



ALICE BORCHARDT

EL
REY
LOBO

ROMA III

Lectulandia

Los ejércitos de Carlomagno acampan en Ginebra, dispuestos a sumar Italia a la larga lista de conquistas de su señor. Al otro lado de los Alpes, las fuerzas mercenarias del corrupto rey Desiderius vigilan los pasos de montaña como gatos impacientes agazapados frente a la ratonera. Entre ambos bandos se abre una salvaje e inhóspita tierra en la que los cambiaformas moran sin turbación, protegidos por su líder Maeniel y su esposa Regeane.

Pero ahora las guerras de los hombres amenazan con destruir la cuidadosa obra de siglos. La parte humana de Maeniel jura lealtad a Carlomagno... pero el lobo no reconoce a señor alguno.

A pesar de todo, es como lobo y como hombre que Maeniel se embarca en una peligrosa misión en nombre de Carlomagno. Capturado, el cambiaformas es condenado a morir dos veces, una como espía y otra como demonio cambiante. Ahora, con la ayuda de un guerrero sajón cuyo amor presenta peligros propios, Regeane se enfrentará a las gélidas quebradas y simas de los Alpes para rescatar a su esposo, sólo para descubrir que éste es el cebo de una trampa tendida por un villano de su pasado más oscuro, un hombre que no se detendrá ante nada para reclamar la venganza con la que sueña.

Lectulandia

Alice Borchardt

El rey lobo

Trilogía de Roma-3

ePub r1.0

fenikz 02.08.15

Título original: *The Wolf King*
Alice Borchardt, 2001
Traducción: Pilar Ramírez Tello
Diseño de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



1

Cuando la encontró sobre el montículo de nieve, pensó que tenía que estar muerta.

Estos francos no se tomaban el mal tiempo lo bastante en serio. Ciertamente, habían llegado desde más allá del Rin para conquistar parte del territorio romano; pero el exceso de vida fácil del que disfrutaban desde entonces les había estropeado.

Estaba sorprendido y furioso. No con la gentil criatura que sin duda había sido la dama, sino con sus hombres y protectores. Porque seguro que había estado rodeada de gente dedicada a sus necesidades. Era obvio que la chica pertenecía a la nobleza. Parecía un destino imposible para una mujer así ser abandonada a merced de la furia de la última ventisca del invierno.

¡En el nombre de Dios! No, ese nombre le amargaba la boca. Los sacerdotes con faldas de mujer le dijeron que los poderes a los que honraba su gente eran demonios, que eran, por algún motivo, malvados. Aseguraban que su Jesús era el único dios. Pero los dioses a los que él veneraba (sea cual fuera su catadura moral) estaban mejor preparados para el tipo de vida que su gente llevaba que ese imbécil de Cristo.

El hombre apartó la nieve del rostro de la mujer lo más rápidamente posible, mientras se preguntaba si estaría muerta. Se quitó el guante. Una furia creciente empezaba a calentarle; no tendría problemas con el frío. ¿Qué clase de hombres estaría a cargo de esta esbelta belleza para que acabase agonizando entre la nieve? Le tocó la mejilla, después la frente. Frías. Frías y duras como el mármol.

Llevaba un vestido de seda con bordes guarnecidos de piel de marta y una capa de brocado blanco. El viento aullaba a su alrededor mientras el mundo se sumergía en un azul frío y grisáceo al ponerse el sol en Algún lugar más allá de las nubes. Le levantó la mano. Helada pero flexible, todavía sin rigidez. La capa exterior del hombre era una pesada piel de oso, algo gastada y sucia. No, muy gastada y sucia, pero cálida.

Se inclinó sobre ella, le levantó la cabeza e intentó ver si la respiración de la chica le soplaban en la mejilla. Las duras bolitas de aguanieve, arrastradas por el viento y ahora mezcladas con la nieve de la ventisca, le herían la nariz y los labios.

No percibía nada. Se paró un momento y después desahogó su frustración con una fuerte palabrota. Podría meter la mano bajo su vestido, pero tocar a una joven en ciertos lugares, incluso con su permiso, era considerado como una ofensa particularmente infame. Se sentía indeciso, no quería deshonorar a la familia de la chica aun en el caso de que fuera ya cadáver.

Entonces escupió otra palabrota, esta vez dirigida a sí mismo. Si no estaba ya muerta, podía morirse fácilmente mientras él se dedicaba a dudar sobre lo que era decoroso y lo que no. Pasó la mano por debajo de su vestido, buscando el lugar donde se nota el latido del corazón con más facilidad, en la parte izquierda del torso, bajo el pecho. Se vio recompensado con cierta calidez y un lento pero continuo latido. Después de eso, no perdió más tiempo. Se quitó su pesada capa de piel de oso y la envolvió firmemente con ella. Cayó en la cuenta de que probablemente tanto él como su capa cobijaran unas cuantas pulgas, aún vivas gracias al calor de su enorme cuerpo. Esta chica no tenía ni de lejos la sana temperatura de la que él disfrutaba; quizá las pequeñas bastardas se murieran. En cualquier caso, el exterminio de sus compañeros parásitos sería el único beneficio que obtendría de esta aventura.

Había planeado evitar el monasterio que se encontraba al pie del paso y buscar algún lugar oculto donde dormir hasta que acabara la ventisca, para después continuar su camino sin delatar su presencia a los francos. Eso ya no sería posible. Si no llevaba a la chica a un lugar bajo techo y caliente, moriría pronto. A él le bastaba con acurrucarse dentro de la capa y dejar que el calor de su propio cuerpo lo aislara del frío. Podía sobrevivir a varios grados bajo cero envuelto en la piel. Después de todo, ésa había sido la razón por la que matara al animal.

Se encontró con el oso en las montañas cuando no tenía más de catorce años. Era un animal viejo, jorobado y con la piel plateada alrededor del hocico, pero bien alimentado, con un grueso pelaje de invierno.

—Parece —le dijo al oso— que soy tu destino.

El oso se alzó sobre sus cuartos traseros y rugió un desafío.

—Puedes irte si así lo deseas —le hizo saber—. No te lo impediré.

Pero el oso se puso a cuatro patas y trotó hacia él para atraparlo en un abrazo mortal. El hombre sabía que sólo tendría una oportunidad; si fallaba, la criatura lo mataría. Se mantuvo en su lugar y dirigió la lanza hacia el costado del oso cuando éste se alzaba de nuevo para hacerlo pedazos. La hoja con forma de espada se hundió hasta la empuñadura de cruz, pero el oso no murió.

Pensó, *No le alcancé en el corazón*, en el instante en que el oso le arrancaba la piel de las costillas con una garra mientras que, con la otra, intentaba desmembrarlo con bastante habilidad. *Bueno*, pensó, y recordaba que estaba tranquilo. *Esto es la muerte*.

Pero no lo fue, porque entonces el oso murió dejándole la mayor y mejor piel que hubiese visto jamás. Al menos fue la mejor después de curtirla y coser el agujero hecho por la punta de la lanza. Se alegraba de haberse aferrado a ella a lo largo de los muchos caminos por los que su vida le había llevado desde entonces.

Descendió la colina con gran esfuerzo cargando a la mujer sobre su hombro. El cruel viento helado que le golpeaba la cara intentaba cegarle y congelarle con una malignidad casi consciente, pero él era demasiado orgulloso y estaba demasiado enfadado como para ceder a su malestar. Su propia rabia le calentaba. *Podría haber buscado entre la nieve donde yacía*, le dijo mentalmente a los protectores o compañeros que estuvieran con ella. *Pero no lo hice*.

—Imbéciles, merecéis morir —susurró a los dientes del viento. Hablaba a sus almas, a sus fantasmas, por si acaso le estaban siguiendo.

Dicen que franco significa libre. Yo diría que franco más bien significa imbécil, idiota.

¿Lo oyes, mujer? Sacudió el cuerpo inerte que colgaba sobre su hombro. *Creo que los tuyos son estúpidos. Creo que los tuyos son sucios. Creo que los tuyos son vagos. Creo que los tuyos son...* Pero la noche y la tormenta no oyeron el siguiente insulto porque en ese preciso momento el hombre se dio de bruces contra el muro del monasterio.

Se tambaleó hacia atrás y quedó sentado sobre un montón de nieve. Bajó de su hombro el cuerpo inerte con sumo cuidado y lo acunó entre sus brazos.

La chica seguía respirando. La piel de oso había cumplido su misión. Su cuerpo estaba ahora más caliente que el del hombre. Él sólo llevaba su camisa, una capa de lana, los pantalones y unas polainas sujetas con tiras de cuero cruzadas. Y estaba más cansado de lo que pensaba o de lo que estaría dispuesto a admitir.

La levantó de nuevo, se puso en pie y fue en busca de una puerta.

Encontró la entrada tras un largo rato de búsqueda a lo largo del muro, búsqueda durante la que su principal temor había sido adentrarse en la helada oscuridad y morir congelado antes de poder volver a encontrar el edificio. Sí, podía tumbarse al frío y usar la capa para envolverlos a ambos, pero no confiaba en que la piel de oso pudiera servir para calentar a dos personas en una noche como ésa.

Las mujeres eran, según su experiencia, criaturas frágiles, y no deseaba en absoluto tumbarse en la oscuridad para sentir cómo la vida de la chica se desvanecía y su cuerpo se enfriaba cada vez más. Cuando los esclavistas francos lo habían conducido a través de los Alpes para venderlo a los lombardos, vivió una experiencia similar con el anciano al que estaba encadenado. A partir de cierta edad el cuerpo pierde la capacidad de mantenerse caliente. Acostumbrado a inviernos glaciales y violentas ventiscas, el hombre avisó a los tratantes de esclavos de que los más ancianos del grupo podrían no sobrevivir a la escalada sobre el paso. Pero todo lo que

obtuvo a cambio de sus esfuerzos fue un golpe en la cara propinado con el extremo del látigo del conductor, un golpe que casi le rompe la mandíbula y que hizo que comerse la galleta y la carne desecada que les tiraban cada pocos días fuera tanto difícil como incómodo. Después fue doblemente maldecido cuando tres de los esclavos murieron en la cima del paso. El hombre se despertó una mañana para encontrarse mirando a un par de vidriosos ojos azules sin vida. Recordó que había estado allí tumbado cuando el anciano empezó a quejarse y gemir por la noche. No hablaba ni una palabra del idioma del viejo; ni siquiera estaba seguro de qué idioma era. Todo lo que pudo hacer fue compartir su piel de oso con él. No le gustaba recordar que había insultado y amenazado al anciano para que se callase, temiendo que hiciera que el conductor los castigara a todos.

Al final, su vecino se quedó en silencio. Había pensado que el viejo dormía. Pero cuando la luz gris llegada de más allá de las hirvientes nubes empezó a llenar el elevado camino rocoso —no como el amanecer, más bien como el agua que llena una copa— se dio cuenta de que estaba encadenado a un muerto. Entonces le tocó a él gritar y chillar, por lo que fue debidamente castigado. Y, peor aún, los conductores de esclavos se habían reído de él por haberse asustado de un cadáver.

Recordaba la forma en que el rígido cuerpo del anciano rebotó de un saliente a otro hasta que, finalmente, se desvaneció en la espesa y pálida nube helada que cubría los valles del fondo. Apretó con más fuerza entre sus brazos a la mujer y rezó para poder volver a encontrarse con los tratantes de esclavos. Rezó a sus propios dioses, tercamente defendidos, para que le permitieran volver a encontrarlos en alguna ocasión en la que las circunstancias le fueran favorables a él. No pedía ninguna ventaja especial, sólo tener armas y que no hubiera cadenas que le sujetaran. Daría las gracias solemnemente a sus dioses y se encargaría del resto. También rezó por encontrar la puerta del muro. Ya se había hecho de noche y todo estaba tan oscuro como el culo de un cerdo.

Rodeó la estructura, tanteando con su mano derecha. Por fin sus nudillos golpearon madera, tablas de roble por el tacto, unidas mediante hierros. Dio un fuerte puñetazo contra ella y la puerta se abrió. Se encontró en un pequeño patio casi tan oscuro como la noche que dejaba atrás.

Había un poco de luz, la suficiente para ver que en los pasajes de columnas protegidos del viento había media docena de hombres. Uno de ellos se levantó y le gritó:

—Cierra de una vez la condenada puerta, estúpido cabeza hueca. Ya hace bastante frío como para que encima un imbécil como tú deje entrar la tormenta.

No se encontraba en situación de poder discutir, así que cerró la puerta de una patada.

Un farol con una pequeña llama colgaba de un estante que sobresalía de la pared. Su luz le permitió ver al grupo de figuras que se apoyaba contra el muro.

—¿Es así cómo se aloja a los huéspedes por aquí? —preguntó de manera

despectiva.

—Así es como se aloja a los listos —la respuesta llegó desde arriba, del hombre que le había gritado antes—. Éste no es el mejor de los sitios para pasar la noche. Como tampoco el señor abad es el más amable de los hombres. Al menos podremos sobrevivir aquí y continuar hacia lugares más cómodos por la mañana. ¿Qué llevas ahí? —El tipo señaló al fardo envuelto en la piel de oso.

—Una... —se detuvo. No era lo que se dice la compañía más respetable de la que hubiera disfrutado.

—¿Una... qué? —Alguien a sus espaldas cogió la lámpara de la pared, la sostuvo en alto y miró la cara de la figura.

—¡Una mujer!

El hombre que le había gritado se puso de pie.

—¿Una qué? ¡Una mujer! Hijo de mala madre. ¿Cómo se te ocurre traer a una mujer precisamente a este lugar y en una noche como ésta?

—La encontré.

Alguien en las sombras se rió de forma desagradable.

—Mi primo encontró ocho monedas de oro, o al menos eso dijo. Pero el juez del rey le cortó la mano derecha de todas formas.

—¿Es guapa? —le preguntó el hombre que le había llamado hijo de mala madre—. Si lo es, a lo mejor puedes venderla por unas cuantas monedas, una noche de alojamiento y algo de comida. Si es lo bastante cariñosa, puede que incluso te dejen conservarla cuando te vayas.

En aquel preciso momento, algo le golpeó con fuerza en la parte superior de la espalda. Sintió cómo la punta se introducía en su piel, soltó a la mujer y se dio la vuelta. Mientras lo hacía, notó como el cuchillo salía de su espalda al escaparse de la mano de su atacante. Las habilidades que le habían mantenido vivo en las cárceles de esclavos lombardas le fueron muy útiles. Golpeó la barbilla de su asaltante con un talón de la mano, lanzando su cabeza bruscamente hacia atrás, mientras le daba un rodillazo entre las piernas.

Sintió un golpe sordo y doloroso en la rodilla al darse contra un taparrabos de cuero con púas. *Un profesional*, pensó. Así que no tuvo ningún escrúpulo en aplastar la cabeza del hombre del cuchillo contra una de las columnas de piedra que sostenían el techo del porche. Se rompió como un huevo contra el suelo de adoquines. Sus sesos se esparcieron por el patio.

Gritos. Estaba oyendo gritos. Su oponente no debería estar gritando. Debería estar extraordinariamente muerto. No, los gritos se oían detrás de él. Se volvió rápidamente. La mujer estaba de pie. Tenía un cuchillo de más de treinta centímetros de largo y se lo estaba clavando en la garganta al hombre que le había gritado que cerrara la puerta. La chica no parecía muy estable de pie, pero la mano que sostenía el cuchillo fue lo bastante precisa. El acero había entrado bajo la nuez del hombre y la punta le llegó hasta cerca de la columna vertebral.

Ella no gritaba. No, el que lo hacía era otro de los «huéspedes», el que llevaba el farol. La sangre manaba de su cara. La sangre de cuatro largas rajadas en una de sus mejillas le goteaba sobre la camisa. La chica debía de haberle alcanzado con las uñas. Cogió la piel de oso, la lanzó sobre ella, la agarró y echó a correr a través del patio hacia la puerta interior.

La puerta se abrió delante de ellos. Un hombre permanecía de pie tras ella con una vela en la mano. Supuso que sería uno de los monjes. Una vez a salvo en el interior, el monje cerró de un portazo y echó los cerrojos. El monje, si eso es lo que era, les dejó recuperar el aliento.

—Venimos... —jadeó, con el brazo alrededor de la mujer; ella se dejó caer sobre su hombro.

El hombre pudo oler un débil perfume en la oscuridad. Ella estaba entrando en calor y el olor provenía de su piel y ropajes. Fue una sorpresa para él, una delicada esencia como la del incienso de las iglesias cristianas a las que sus amos lombardos le habían hecho asistir, pero no tan almizclada, se acercaba más al olor de las flores.

—Venimos —jadeó de nuevo—, en busca de comida y cobijo...

—Silencio —susurró el anciano—. ¿A qué jugabais ahí afuera? ¿Es que intentáis despertar al abad y a toda su casa?

Se oyeron las risillas de algo o alguien en la oscuridad. El monje, si eso es lo que era, murmuró algo ininteligible en voz baja.

—Una lástima para vosotros dos —susurró.

La mujer respiró hondo y se envolvió un poco más en la piel de oso.

—Mi marido y yo... —le señaló a él— nos perdimos. Veníamos por el paso... y...

—¿Marido? Ji, ji, ji. Oh, qué decepción.

La figura se materializó junto a ellos. Llevaba una antorcha. El hombre pudo ver y oler lo suficiente para saber que era sucio, lisiado y viejo; la edad exacta no podría decirla. Cojeaba y tenía una mata de pelo espesa y blanca. Lisiado: la espalda estaba jorobada y torcida, tenía los hombros más altos que la cabeza. Sucio: el hedor a carne sin lavar apestaba asquerosamente el pasillo de muros de piedra. Nunca se había encontrado con un humano tan aromático, ni siquiera en los barracones de esclavos, donde los hombres pasaban meses sin lavarse.

Se rió de nuevo y acercó una hedionda zarpa a la mujer.

El hombre se estaba reponiendo todavía de la conmoción de escuchar que estaba casado, pero puso instintivamente su cuerpo entre esa cosa y la chica. El hombrecillo se volvió hacia el monje de la vela mientras se reía entre dientes de una forma horripilante.

—¿Dice que es su marido?

—Sí, mi señor abad —respondió servilmente el guardián de la puerta—. Deberíamos honrar la santidad del vínculo matrimonial como Cristo... —el portero hablaba con cuidado, despacio, como si tratara con un niño.

—¿Abad? —susurró la mujer. Él se dio cuenta de que sostenía la mano de la chica; sintió cómo apretaba la suya con más fuerza.

La criatura le dio la espalda al guardián y empezó a intentar arrancar la piel de oso del cuerpo de la mujer. Un hilo de saliva le caía desde la comisura de los labios hasta la barbilla. La mucosidad brillaba a la luz... la luz que provenía de detrás de ellos.

Algo se estrelló contra un lado de su cara. Sintió que soltaba la mano de la chica al perder el control de su cuerpo y caer al suelo. La parte de atrás de su cabeza dio contra los adoquines del pasillo; su visión se desvaneció en destellos de luz. No, pensó. No. Retorciéndose, intentó luchar contra los efectos aturdidores del golpe y recuperar el control de sus brazos y piernas.

Alguien gritó. Una mujer.

Tuvo un momento para sentirse desdichado por no haberle podido ofrecer una protección mejor. Todavía luchaba, pero no podía sentir ni sus brazos ni sus piernas; y, cuando pudo, tras lo que parecieron sólo unos cuantos segundos, se dio cuenta de que estaba atado de pies y manos y era arrastrado por el pasillo con las piernas por delante y la cabeza botando de forma poco agradable sobre el pasaje de piedra.

—Mi señor, os ruego...

Todo estaba negro como el fondo de un pozo. Se preguntó si le habría dejado ciego el fuerte golpe en la cabeza... pero no. Simplemente estaba oscuro, porque podía ver un poco.

—¡Mi señor! —El anciano que abrió la puerta seguía amonestando a sus captores.

—¡Llevaos a ese imbécil de mi vista! —La orden salió del que respondía al título de abad—. Llevadlo de vuelta a su celda. No quiero que éste se me escape. —La criatura sonaba como un niño malhumorado.

—Sabes, sabes cuánto me gusta oírles gritar. Puedes escucharlos hasta mucho tiempo después. Tras bajar la losa algunos lo hacen toda la noche, gritan, gritan y gritan.

No estaba tan asustada como debiera. Ése fue su primer pensamiento consciente. Se despertó cuando él metió la mano por debajo de su vestido, por un momento, por un alegre momento, pensó que se trataba de su marido tomándose libertades familiares mientras la despertaba de una siesta. Pero ese feliz y despreocupado momento se desvaneció con rapidez.

Los otros recuerdos se entremezclaban. Él la llevaba. Hacía frío, sí, mucho frío. Él decía cosas insultantes. Se lo llevaban arrastrando por el vestíbulo. Entonces aparecieron tres mujeres, salidas de las sombras. Una llevaba una vela, pero podía verlas a todas con claridad. *Debo ver bien en la oscuridad*, pensó.

Le estaban haciendo preguntas, tirándole de la ropa, intentando que las acompañara.

—¿Es realmente tu marido?

La embargó una extraña sensación de mareo. La que preguntaba era una mujer mayor. Parecía bastante respetable con su capa marrón y el velo de lino. Olía a jabón, sudor y vino. Las otras dos sólo apestaban a alcohol. No llevaban velo y sus vestidos eran informes y no muy limpios. Les rodeaba tal aroma de deterioro alcohólico que se preguntaba cómo hacían para tenerse en pie. Estaba segura de que ambas llevaban borrachas de forma casi constante desde hacía meses.

Una era de piel oscura y tenía el pelo lacio y grasiento; la otra podría ser rubia, pero estaba tan sucia que era imposible decir nada sobre su apariencia original.

—¿Es tu marido? ¿Realmente es tu marido? —preguntó de nuevo la mayor.

No. La idea, por varias razones, resultaba absurda. Pero no estaba dispuesta a decirles eso. Lo había dicho con la esperanza de protegerlos a ambos de cualquier lujuria oportunista que pudiera surgir en lo que para entonces estaba segura que era un nido de bandidos.

—¿Qué te pasa? —dijo la mujer, con voz chillona—. ¿Eres sorda como la pobre Morgana? —señaló a la más lamentable de sus dos compañeras, una niña.

—No, no soy sorda —se oyó responder—. Sí, él es mi marido. ¿Qué le están haciendo? ¿Adónde lo llevan? Todo lo que pedimos es cobijo para esta noche, después nos iremos por la mañana y nunca volveremos a molestaros.

La rubia, la llamada Morgana, empezó a gemir. Parecía un perro, un perro al que han azotado demasiadas veces.

La del pelo lacio se inclinó sobre ella.

—Mira, mira, Lavinia. Tiene... joyas.

La mujer se acercó vacilante, buscando su cuello a tientas. La idea de ser tocada por cualquiera de aquellas mujeres le resultaba repugnante. Dio unos pasos hacia atrás.

—¿No te gustamos, verdad? —se burló la mujer mayor—. No te preocupes. Cuando lleves aquí tanto tiempo como nosotras no tendrás mejor aspecto. El hecho es que seguramente lo tengas peor. Probablemente Sully no sea mucho mayor que tú. Pero en estos momentos él no podrá quitarte las manos de encima. Olvídate de tu hombre y sé amable con el abad. Él es quien manda aquí. Sully, Morgana, traedla ahora. Chica, vienes con nosotras. No nos causes problemas y no te haremos daño. Sería una lástima estropear tu bonita cara.

Seguidamente, las dos desarrapadas se pusieron una a cada lado y empezaron a apurarla para que avanzara por el pasillo.

De nuevo tuvo esa extraña sensación de mareo. Su memoria era un revoltijo de imágenes, imágenes que no podía ordenar. Cada vez que se movía, se sentía aturdida y le dolía la cabeza. A cada paso parecía que un puñal se le clavara en una de las mejillas. El caballo se encabritó. Vio su cabeza recortada contra un cielo surcado de rojo, naranja y negro, un cielo al anochecer. La nieve era de color azul ante la luz moribunda. Ella era una buena amazona. De alguna manera sabía que debería haber

podido controlarlo, pero este animal estaba loco de miedo y caía. Caía. Y había dolor. Dolor entonces como ahora, como una daga de hielo que se le clavaba en el oído y en el pómulo.

Después, él estaba hurgando en su vestido. Al principio estaba encantada, ya que pensaba que había llegado al final del caballo encabritado, del dolor, del frío. No un frío pasivo, sino una sensación punzante y abrasadora en sus pies y manos. Un frío que reptaba, precedido por un hormigueo agónico a través de todos sus dedos, que después pasó a manos y pies. Supo que moriría congelada. No era una muerte tranquila, sino una extraordinariamente angustiada, en la que se formarían cristales de hielo en su carne que provocarían parálisis y aún más dolor... profundizando cada vez más hacia el hueso.

Después estuvo segura de que todo había sido una pesadilla y de que se despertaría a salvo y calentita en su cama... con... y después perdió el hilo en la confusión. Pero él estaría ahí y ella sólo habría estado soñando. Le llevo unos pocos segundos darse cuenta de que el calor y la seguridad habían sido el sueño y la pesadilla... la realidad. Pero, de hecho, él la llevaba sobre el hombro y estaba insultando a los francos, a su gente, en sajón. La había envuelto en esta piel de oso y parecía no desearle daño alguno.

Después estaban en una habitación y Dios, Dios, el hedor. Pero la mujer mayor, Lavinia, estaba encendiendo una lámpara de aceite con varios brazos usando una pequeña vela. La lámpara emitió una llamarada al prender, llenando de cegadora luz lo que hasta unos segundos antes había sido oscuridad. Cuando su visión se aclaró, vio que la mujer mayor tenía algo parecido a horror en los ojos. Morgana se acurrucó cerca de la chimenea en una esquina de la habitación, temblando. Sully apuntaba de nuevo a su cuello.

—Joyas, Lavinia... joyas. ¿Puedo quedarme algunas?

Lavinia sacudió la cabeza, la sacudió una y otra vez. Ignoró a Sully.

—Sabía que ocurriría algún día —dijo—. Intentarían morder algo demasiado grande, demasiado grande para sus bocas y colmillos, algo lo bastante fuerte como para comerles a ellos. Y ahora, por tu aspecto, mujer, diría que lo han encontrado. ¿Cuál es tu nombre, chica, y de qué familia provienes?

La interrogada se echó un vistazo a sí misma intentando descubrir qué había inspirado tal temor en los ojos de la mujer. Vestía una dalmática de brocado de seda verde con bordes de piel de marta, sobre una falda pantalón para montar hecha con suave ante bordado en oro. Su capa era de brocado blanco, un material tupido forrado de armiño. Se llevó la mano al cuello. Sully tenía razón. Joyas, al menos media docena de collares; su cabello estaba recogido en una redecilla de suaves cadenas de metal; y si los collares y la redecilla hacían juego con los anillos de sus dedos, sumaban siete. Todos estaban hechos de plata u oro y adornados con piedras preciosas.

—Eso son muchas joyas —dijo Sully—. ¿Crees que él me dará algunas?

—No —respondió Lavinia bruscamente—. ¿Qué te pasa? ¿Eres medio tonta como ella? —señaló a Morgana—. Puede que estés mirando a la muerte de todos nosotros. ¿Crees que las mujeres que se visten como ella vagan por las montañas de noche, esperando a que alguien las rapte? No, su familia la estará buscando y no pararán hasta que la encuentren. Chica, ¿eres lo bastante idiota como para dejarte llevar por un sinvergüenza de cara bonita como el esclavo que han arrastrado hasta la capilla?

—No, no huiría con nadie.

—Marido. Marido, nada menos. Ese esclavo no es el marido de nadie. No, tú perteneces a algún gran señor, marido o padre, que estará furioso hasta que te encuentre. Y cuando dé contigo, probablemente nos matará a todos y cada uno de nosotros —se dio una palmada en la frente—. ¿Qué haremos? ¿Qué haremos? ¿Cómo te llamas?

—Regeane —la palabra salió de unos labios que parecían pertenecer a otra persona—. Regeane —repitió vacilante—. Regeane es mi nombre.



2

Cuando Maeniel regresó a la fortaleza fue recibido por parte de su gente. Gordo, un enorme hombre con barba, le dio las noticias.

—¿Qué quieres decir con que «se marchó»? ¿Hace dos días? ¿Y nadie la acompañó? ¿En qué estás pensando? ¿En qué estabas pensando? —casi gritó.

Gordo se las apañó para parecer herido y sorprendido al mismo tiempo; era poco habitual que su líder mostrara sus emociones acerca de algo. La conducta actual de Maeniel se acercaba mucho a la histeria. La desaprobación fue dominando la expresión preocupada de Gordo. Esto simplemente no se hacía.

—Olvidas la dignidad de tu posición —amonestó a su señor.

Maeniel se pasó los dedos por el pelo. Levantó una mano para después dejarla caer a un lado.

—¿Dónde está mi esposa?

Su voz tenía un tono peligroso. Gordo no se inmutó.

—Estoy intentando decírtelo. Por favor, escucha.

Maeniel respiró hondo y expulsó el aire despacio.

—Estaba preocupada por el tiempo —continuó Gordo—. Estaba preocupada por ti. Le asustaba que no volvieras a tiempo para reunirte con el rey. Estaba preocupada por el ejército de Carlos y decía que una buena ventisca podría barrer a los guerreros francos. Le contestamos que no nos parecía una gran pérdida, que estas riñas entre reyes no son más que un fastidio para la gente humilde. Si todos murieran, mucho mejor para nosotros... eso lo dijo Matrona, no yo.

Maeniel asintió.

—Conozco bien los sentimientos de Matrona. Continúa.

—El tiempo se puso peor. Todos podíamos sentir la tormenta, pero Matrona dijo que llegaríamos al pie del paso antes de que estallara si nos apresurábamos. Así que ella se fue.

—¡Pero no se iría sola!

—No, sola no —explicó Gordo pacientemente—. Se llevó a Matrona. Gavin gimio y se quejó mucho por el frío que hacía, pero él, Antonius y algunos otros se fueron con ellas. La tormenta se desató esa noche y ha estado soplando desde entonces. Sin Matrona aquí, no hay nadie que cocine —Gordo parecía desconsolado—. Con tu permiso, me voy de caza —dijo, mientras salía con tranquilidad flemática de la habitación.

Maeniel se dirigió rápidamente a sus aposentos. Su esposa podía escribir. Era posible, sólo posible, que le hubiera dejado una nota.

La habitación estaba vacía, pero caliente. Sobre la chimenea, una pequeña abertura en la pared, colgaba una enorme campana de mármol. Incluso en el más frío invierno, la piedra —una vez calentada— atrapaba suficiente calor para mantener una temperatura agradable. Suponiendo, claro está, que alguien mantuviera el fuego encendido. Alguien lo había hecho.

Los romanos que construyeron la fortaleza no habían previsto convertir esta habitación en dormitorio. Puede que fuera el *tablinum* del general que dirigía el lugar.

Tres grandes ventanas redondas, situadas en la parte más alta de una de las paredes laterales, iluminaban el cuarto. Cada una de ellas estaba cubierta por un cristal del grosor suficiente para mantener fuera tanto el viento como el frío. No se podía ver casi nada a través de ellas, pero dejaban entrar mucha luz. Debajo de ellas había una puerta y dos ventanas más. Ahora todas estaban cerradas con pesadas contraventanas de roble para proteger la habitación del mal tiempo.

Cuando llegó aquí por primera vez, le atrajo este cuarto. No sólo por la luz, sino porque las ventanas y la puerta daban a un balcón privado con vistas a un precioso valle con las montañas de fondo. Con el paso de los años había convertido la habitación en un sitio lujoso. Alfombras de seda llegadas de algún lugar de oriente cubrían el suelo y colgaban de los muros, aislando la fría piedra. La gigantesca cama tenía un dosel de madera de cedro tallada y estaba cómodamente equipada con tres capas de telas colgantes. Gasa de seda para las cálidas noches de verano; brocado de seda para el frescor de la primavera y el otoño; y pesada tapicería de lana y seda para el peor tiempo invernal.

Excelentes y gruesas fundas rellenas de pluma cubrían la caja de la cama. Y, encima de ellas, sábanas de seda y un pesado edredón de pieles.

Ella no había dejado ninguna nota, pero su camisón estaba tirado sobre una de las sillas junto al fuego. Lo levantó, se lo llevó a la cara e inspiró con fuerza. Olía como ella. Seguía una antigua costumbre romana a la que prodigaba especial atención porque sabía que a él le encantaba. Perfumaba cada parte de su cuerpo con un aceite distinto. Rosas para los brazos; limón para las manos; mirra para el cuello y los pechos; lavanda, traída de los reinos francos, para el vientre y los muslos; salvia y laurel para las piernas y los pies. Una embriagadora mezcla de aromas: comida, fruta y hierbas al mismo tiempo.

Había cuatro sillas junto al fuego y cuatro juegos esparcidos sobre la mesa. Cada uno de sus asistentes tenía asignada una silla. Matrona, la que estaba de cara a la chimenea; Bárbara, frente a ella; y Antonius, su chambelán, de espaldas al fuego. Gavin también había dejado su rastro junto al hogar. Maeniel pensó en él con una punzada de celos. Era un toro en permanente época de apareamiento y sería capaz de aceptar cualquier cosa que le ofrecieran, pero Matrona lo mantenía bajo control.

Casi podía verlos allí una tarde, riendo, bebiendo juntos, compartiendo un juego de ajedrez o backgammon. A Gavin le gustaba apostar y a veces jugaba grandes sumas, pero Antonius, que solía quedarse con su dinero, evitaba que se acercara demasiado a las mujeres. Cuando Antonius llegó por primera vez a la fortaleza desde Roma, con Regeane, se produjo una situación desagradable. Gavin le acusó de hacer trampas con las cartas y le amenazó con una espada. Maeniel no vaciló. Agarró a Gavin y lo lanzó por la ventana que tenía más cerca.

Antonius se había quedado horrorizado. Pero Maeniel le condujo hasta la ventana (la misma ventana por la que había tirado a Gavin) y señaló al lobo rojo que se retorció sobre un montículo de nieve.

—No le gusta —dijo Maeniel—. Su pelaje es corto. Y tarda horas en abrirse camino de vuelta hasta las puertas. No volverá a amenazarte con la espada.

Después se marchó tranquilamente, pero primero le preguntó a Antonius:

—¿Hiciste trampas?

—Por supuesto —respondió Antonius.

—No lo hagas —dijo Maeniel.

Y, por lo que sabía, Antonius no había vuelto a hacerlo. Pero seguía ganando de todos modos, ya que era, en su peor día, al menos el doble de inteligente que Gavin... o que cualquiera de ellos, a decir verdad.

Maeniel volvió a dirigirse hacia la cama. Regeane y Matrona habían perfumado las sábanas y la colcha. En su mundo, poca gente dormía sola. Cuando Regeane se retiraba por la noche, solía llevarse con ella a alguna de sus mujeres si él no estaba allí.

Fuera, el viento golpeaba las contraventanas. Podía oír su grito susurrante a través de los muros de metro y medio de espesor.

—No —murmuró—. No.

No le importaba quién hubiese ido con ella. Se marcharía esa misma noche y... Se volvió y vio a Bárbara sentada en su silla junto al fuego.

Su cuerpo se sobresaltó, cogido por sorpresa; evitó la transformación con un esfuerzo de voluntad, un esfuerzo consciente.

—¡Bárbara! ¿Tú no fuiste?

—No —negó con la cabeza—. Se te ha olvidado. Yo no estoy dispuesta a jugar con el tiempo. Antonius es mucho más joven que yo —dijo—. Hice todo lo que pude por retenerla aquí, pero nadie me escuchaba, y menos aún Regeane —volvió la vista hacia el cielo—. Y en cuanto al resto, cuando sugerí que contuvieran su pasión por

viajar en medio de rugientes ventiscas, todo lo que conseguí fueron algunas miradas muy peculiares.

—Interferir en la libertad de actuación ajena les resulta impensable —le explicó mientras se acercaba para acomodarse en la silla de Regeane, frente a Bárbara.

—Ese Gordo —siguió ella—, ese idiota casi ni se molestó en decirme que habías llegado. Sólo se le ocurrió mencionarlo cuando pasaba por la cocina de camino a Dios sabe dónde.

—Se va de caza —dijo Maeniel.

—¿Con esto? —Bárbara hizo un gesto hacia las ventanas cerradas.

—Probablemente no sople tan fuerte en los valles de abajo. Incluso si lo hace, siempre puede acurrucarse en cualquier sitio y dormir.

—Al menos se llevó a Audovald —comentó Bárbara.

—Eso me hace sentir mejor —respondió Maeniel—. Audovald es una criatura muy responsable. Esa yegua que le regalé es una hembra voluble, demasiado joven y nerviosa...

—Si no fuera un caballo, diría que es una zorra —dijo Bárbara—. Sólo le interesa una cosa...

—Ya se lo dije —intervino Maeniel—, no hasta la primavera.

—Eh... sí —dijo Bárbara lentamente—. Le dijiste a Regeane...

—¡No! Le dije a la yegua que podía ir olvidándose de ello... y que no fuera a sacar el cuello del establo para levantar el pestillo o a intentar saltar sobre la media puerta.

—Sí —meditó Bárbara—. Se lo dijiste a la yegua... Asombroso. Me gustaría saber cómo lo hiciste.

—Algún día te enseñaré —respondió con aire ausente—. Pero Audovald es sensato. Puede encontrar el camino para bajar de la montaña en la oscuridad. Me alegro de que esté con ella. ¿Cuál es el problema con la carne? ¿Por qué se va Gordo de caza? Y, ¿no te desconcierta vivir con nosotros?

—No sé por qué se va de caza y no, normalmente ni tú ni tus amigos me parecéis desconcertantes. Comparados con el marido medio, sois un soplo de aire fresco. Cualquiera otro hombre probablemente estaría descargando su furia sobre nosotros.

—No —dijo Maeniel—. Simplemente iré tras ella. Ahora mismo.

—¿Con este tiempo? ¿Con la noche a punto de caer? —objetó Bárbara.

—No importa —respondió él.

Las contraventanas vibraban y daban golpes mientras el viento azotaba el edificio.

—Espero que ninguno de ellos haya ido a por el ganado —murmuró al levantarse—. Diles que las ovejas son para la lana y la leche, y lo mismo vale para el toro, las vacas y las cabras. Nada de tentempiés, a riesgo de provocar mi más profundo desagrado. ¿Lo entiendes?

Bárbara asintió.

—Creo que están todos presentes y controlados. El ganado, me refiero. Por lo que respecta a tu gente, no podría decirte.

—¿Necesitas dinero?

—No —dijo Bárbara—. Le prometí que permanecería aquí hasta que volviera.

—Bien. La traeré a casa en cuanto la encuentre.

Bárbara le siguió escaleras abajo, a través del gran vestíbulo y durante otro tramo de serpenteantes escaleras, para después observar cómo se fundía con la noche.

La cosa estaba mal, pensó mientras bajaba por el sendero, pero el viento iba en su misma dirección y podía ver bastante bien. Como lobo, podía viajar incluso en medio de una rugiente ventisca... como Bárbara la había descrito. Pero esta tormenta no era tan grave.

—Por supuesto —refunfuñó para sí desde el fondo de la garganta—, no debería haber ninguna tormenta en absoluto. Es primavera. El cielo debería ser azul, no una manta de veloces nubes ensombrecidas por la bruma. El sol debería lucir durante el día, calentando el aire y derritiendo los ríos y arroyos helados y llenando el valle de un frondoso verde de nuevos brotes. Pero no, aquí está el último aliento del invierno. De repente, se obligó a callar. Se quedó completamente inmóvil. Esperó a que el viento parara un poco. Soplaba levantando el espeso collarín de pelaje de su cuello hasta las orejas y azotando sus sensibles tímpanos con el chillón sonido de su revoloteo.

El ruido llegó de nuevo. Un grito, un grito de caballo, un chillido de dolor, terror y aflicción.

La montaña se erguía sobre el lobo, su cumbre perdida entre las nubes. Junto a él, por un lado, una garganta apenas entrevista caía prácticamente en línea recta hasta un río todavía confinado en hielo. Un lobo puede ver en una oscuridad casi completa, pero en esos momentos había poca luz que los ojos de Maeniel pudieran utilizar. Mantuvo su posición sobre el sendero mediante el tacto: el contacto de sus patas sobre la nieve, su sentido de la dirección del viento y la pendiente del sendero bajo sus pies. No podría viajar más rápido sin ponerse en peligro.

Aumentó su ritmo. Sabía que iba aproximadamente en dirección al sonido que había escuchado. Era todo lo que podía hacer por ahora.

Éstos eran sus dominios.

Sus dominios en el sentido humano y legal. Como el hombre Maeniel, los poseía, cortesía de Carlos rey de los francos. Los que subían y cruzaban el paso seguían su camino y sus reglas. No había oído hablar de ningún viajero que pasara por allí, así que el caballo debía de ser suyo y estar con el grupo de su mujer, Regeane.

¿Audovald? No quería pensar en ello. No, Audovald no era simplemente un caballo, también era un viejo amigo en el que confiaba y Regeane... Dios, oh, Dios, Regeane iba montada en él. Se paró, una ráfaga de viento especialmente violenta le

aplastó el pelaje y el frío le rasgó la piel. Se sacudió bruscamente para librarse de la nieve, mientras pensaba que había pasado demasiado tiempo en la ciudad romana. *El clima templado de allí me ha ablandado. Si es Audovald, reconocerá mi voz.* Maeniel levantó la cabeza y aulló. Puso en el grito toda su fuerza, comenzando con el grave tono de barítono de la llamada de caza y subiendo, subiendo, ululando a través de la soledad, para después moverse hacia los más altos registros de tristeza y añoranza desconsolada, subiendo, subiendo, casi hasta más allá del alcance del oído humano.

Recibió respuesta. El sonido era un silbante relincho de profunda angustia.

A pesar del viento y el frío y la oscuridad, empezó a correr. El primer salto fue bien, pero el segundo lo introdujo en la oscuridad.

—Regeane —susurró y se dio la vuelta en la cama.

—Yo no miraría hacia ese lado, noble dama —dijo Lavinia—. Ella era una de las favoritas del abad y tomó veneno. A él le gustan más muertas que vivas. Así que sigue aquí, pero ahora huele mal y se le caen algunos pedazos.

—¿Qué? —susurró Regeane, sabiendo mientras lo hacía que Lavinia estaba diciendo la verdad. Sus sentidos de agudeza sobrenatural le advirtieron que había un cadáver en la habitación y estaba en la cama.

Se llevó una mano a la cara; sintió la misma desorientación que provoca el alcohol, pero no había estado bebiendo. Había estado cabalgando por un sendero del paso. El caballo se encabritó. Su último y horroroso recuerdo era la sensación de notar que Audovald el caballo había perdido el equilibrio. La tierra que formaba el estrecho camino debía... debía haberse...

Regeane se tocó la mejilla. Su mano estaba fría, helada. El contacto de sus propios y fríos dedos sobre la piel la sobresaltó, devolviéndola a un estado de alerta completo. Se desplazó lo más lejos posible de la cama.

—¿No hay por aquí cerca ningún otro lugar más limpio y agradable que esta... esta cámara mortuoria?

—No —susurró Lavinia—. Las mujeres venimos aquí porque es seguro. A pesar de que ella... —Lavinia señaló a la cama— no es la compañía más agradable del mundo, al menos no nos golpeará ni violará. Algo que no puedo asegurar de los compañeros más animados del abad.

Sí, pensó Regeane. Esto era un nido de bandidos, si no algo peor. *Peor*, la idea preocupaba a su nublada mente. ¿Qué podía ser peor, a este lado de la muerte? Pero era posible que no estuviera a este lado de la muerte. Quizá había muerto cuando el caballo... ¿cayó? No estaba segura de que hubiese caído, pero entonces... no. Sí, si lo estaba, estaba segura: el caballo cayó. ¿A qué altura del valle? Alguien, no podía recordar quién, dijo que casi a una milla del camino. No, nada podría sobrevivir a una caída como ésa. Así que estaba muerta. Pero ¿cómo era posible? Porque todavía podía sentir, pensar, moverse y sí (respiró hondo el aire helado), sí, también podía

respirar.

Pero podía estar muerta de todas formas, tenía tanto frío... Se acercó lentamente a la baja chimenea en la que se acurrucaba la niña Morgana. La mujer llamada Lavinia cogió un tronco de una rejilla de metal cerca del fuego y lo echó sobre las brasas, ya casi muertas. Siseó y chisporroteó. La corteza debía de estar mojada. Después prendió y se encendió, emitiendo una ola de calor que recorrió la habitación.

Regeane, agradecida, alargó las manos hacia la radiante calidez que se alzaba del recién nacido fuego. Cerró los ojos, observando el resplandor rojizo tras los párpados. El humo de la chimenea, que se introducía en sus fosas nasales y se le pegaba a la ropa, tenía un olor mucho más limpio que cualquier otra cosa en la pútrida habitación en la que se encontraba.

—Ahhh, esto sienta bien —murmuró Lavinia.

Regeane sintió cómo la mente se le empezaba a aclarar.

—¿Mi... marido?

—No seas tonta —le espetó Lavinia—. Apuesto a que ni siquiera sabes su nombre.

—No lo sé, pero intentó ayudarme. Puede que incluso me haya salvado la vida. Así que, ¿adónde lo han llevado y qué van a hacerle?

—Shh. Alégrate de que lo tengan a él para mantenerlos ocupados toda la noche. Deja que terminen de matarlo y mañana yo... —se volvió hacia donde estaba Regeane y sofocó un grito de sorpresa. ¡La chica se había ido!

El sajón no era un hombre optimista y, de hecho, sus peores miedos se habían confirmado. Había escuchado, incluso entre los lombardos, oscuras historias sobre este lugar, el llamado monasterio al pie del paso. Esas historias no le habían preocupado en absoluto, ya que planeaba evitar a toda costa a los funcionarios del rey franco. No sabía si le devolverían a sus propietarios lombardos, pero no pensaba poner a prueba su caridad. En ningún lugar de este cruel mundo podía un hombre sin amigos ni parientes esperar cobijo, ni tan siquiera compasión. Ésta era su firme creencia y nada en su vida le había persuadido de lo contrario. Ciertamente, no su propia experiencia.

Había conseguido recuperar el suficiente control sobre sus reflejos como para evitar que la cabeza se le convirtiera en pulpa contra el suelo, pero seguía atado. De camino a donde quiera que le llevaran, sólo se concentró en mantener su tierno cráneo lejos de los adoquines; por lo demás, dejó de revolverse e intentó relajar los músculos. Atado o no, todavía estaba enredado en la piel de oso y el grueso pellejo impedía que el descuidado tratamiento de sus captores le dejara magullado o le destrozara la crisma. La capa le traía buena suerte, o quizá no. Había sido capturado llevándola, pero probablemente le salvara la vida cuando fue vendido a los lombardos. Pero en los barracones de esclavos había tenido que luchar contra tres

hombres por conservar la maldita cosa... ¿o habían sido cuatro? El porrazo en la cabeza había sido fuerte... Entonces acabaron sus especulaciones, ya que se encontró en la capilla del monasterio. Estaba tendido sobre el suelo.

La cosa —pues así era como su mente lo clasificaba—, la cosa que reía lo estaba examinando. Le pinchó con el dedo en varios lugares.

—¿Estáis seguros de que no le disteis demasiado fuerte? —preguntó a los sirvientes que le habían arrastrado hasta allí—. Parece muerto.

—Muerto y un cuerno —gruñó una voz que reconoció como la de uno de los hombres de la puerta—. Abre los ojos, cerdo.

Alguien, probablemente el que hablaba, le dio una patada en las costillas.

El sajón susurró el más insultante epíteto que conocía y abrió los ojos. Estaban todos formando un círculo a su alrededor. Nunca había visto peor banda de asesinos. Todos tenían cicatrices y a todos les faltaban ojos, manos, narices o incluso labios. Pero lo que hizo que un escalofrío de puro terror le recorriera el cuerpo fue el hecho de que el que hablaba, uno de los hombres que recordaba junto a la puerta, era el tipo al que su compañera había apuñalado en la garganta. Y no sólo estaba vivo, sino que parecía disfrutar de una salud razonablemente buena.

La cosa, el risitas, soltó una carcajada tonta muy desagradable.

—Odd, no se puede creer que estés vivo.

Odd carraspeó y escupió una asquerosa mezcla de flemas y sangre al sajón.

—No gracias a él y a su linda putita.

El sajón giró la cabeza justo a tiempo de evitar que la viscosidad le salpicara la cara.

—Tiene buena mano con el cuchillo, esa mujer suya —dijo Odd—. Quizá se quede algún tiempo, para hacernos compañía.

Sí, pensó el sajón, *tiene un agujero en la garganta, casi como otra boca, en el lugar donde entró el cuchillo de la chica*. Alguien se lo había cosido. Se le veía una línea roja desde la nuez hasta justo por debajo de la oreja. No, debería estar muerto. ¿Cómo era posible?

—Una lástima —dijo Odd. Su voz sonaba espesa, áspera... como si al cortarle el cuello sólo se hubiera estropeado un poco su habilidad para el habla—. Una lástima que no pudiéramos traer de vuelta a Gui. Este cerdo le derramó demasiado contra el poste.

—¿Es ése al que le reventé el cráneo? —preguntó el sajón.

Odd se rió con un extraño sonido borboteante. Después carraspeó y escupió de nuevo.

—No estoy arreglado del todo. Todavía sangro —gimió.

—Suéltame —dijo el sajón—. Te arreglaré tan bien como a Gui. No sangrarás nunca más, bastardo.

Alguien le dio una patada. Una buena patada, brutal, que lo dejó casi sin aliento.

—Suplica por tu vida, cerdo —dijo el risitas—. Ellos lo hicieron —gesticuló

hacia las sillas del coro que se encontraban a lo largo de la pared de la capilla.

Sí, el sajón lo reconoció como una iglesia, una de las cristianas. Él y los otros esclavos habían sido conducidos a una cada semana en el estado donde les habían encarcelado. Estos sitios únicamente le recordaban a establos, pero con techos más altos. Eran largos y bastante estrechos. A lo largo de los muros había asientos con elevados respaldos de madera tallada. Éstos eran para los sacerdotes, los únicos que podían sentarse. Los esclavos y aquellos pocos campesinos que se enfrentaban al servicio dispuesto para los más humildes trabajadores de la villa, se arrodillaban en el desnudo suelo de piedra mientras los sacerdotes cristianos con faldas llevaban a cabo un complicado rito sobre el altar, levantado en un extremo de la habitación.

El frío, la presión sobre las descubiertas rodillas y el hedor de los cuerpos sin lavar de sus compañeros esclavos, por no mencionar la presencia de los capataces contratados para evitar que los esclavos causaran molestias, habían convertido toda la experiencia religiosa en algo horrible. En algunos momentos del servicio —nunca supo con seguridad cuáles— los vigilantes descargaban el látigo sobre el desdichado esclavo que hiciese el más leve sonido. Una vez, tras observar cómo despojaban de ojos y lengua a uno de sus compañeros menos inteligentes por haber maldecido al Dios cristiano en medio de los ritos, concluyó que ese dios tenía mucho peor genio que los espíritus del viento, el frío, la tormenta, el fuego, el deseo y la fecundidad a los que veneraba su gente. A ellos, al menos, les resultaba indiferente el sufrimiento humano. El dios cristiano era realmente malvado. De hecho, este abad con cerebro de gusano, rodeado de lo que ahora sabía eran hombres muertos, era un sirviente muy adecuado para ese dios.

—Suplica por tu vida. —Esta vez la patada vino del abad.

—Me meo en ti —dijo el sajón.

—Suplica —chilló el abad. De la nariz le caían mocos y de los labios, saliva. Parecía decepcionado—. En estos momentos —gimió—, ya estaban todos suplicando.

—Me cago en ti —dijo el sajón—. No te daría ni mis meados, son demasiado buenos para ti.

—Ya lo tengo, ya lo tengo —gritó uno de los hombres cerca de Odd—. Mostrémosle a nuestros huéspedes —dijo mientras señalaba a los asientos del coro.

—Sí —respondió el abad.

El abad saltaba una y otra vez con regocijo pero, al segundo salto, el sajón vio hacia dónde iban las cosas y consiguió rodar. El abad aterrizó sobre sus costillas. El sajón brincó como un caballo furioso (atado o no, podía moverse) pero entonces todos se turnaron para ver si podían mantenerse encima de él. Apretó los dientes, se retorció y giró, intentando mantenerse vivo mientras toda la panda intentaba matarlo a pisotones. Afortunadamente, sólo unos cuantos tenían botas lo bastante pesadas como para hacerle daño, pero oyó cómo se le partía una costilla y luego otra; después se impulsó hacia arriba con la cabeza por delante para llegar a la pantalla en forma de

cruz de madera frente al altar, dando arcadas e intentando recuperar el aliento.

El resto retrocedió, con aspecto fatigado, pero el abad consiguió darle unas cuantas patadas más en la región lumbar.

—Vaya, sí que es un tipo entretenido —farfulló el abad alegremente—. Hacía tiempo que no teníamos a nadie con tanta energía. Sí, enseñémosle a nuestros huéspedes.

Dos de ellos le cogieron por los brazos y le arrastraron de vuelta al centro de la larga habitación.

—La antorcha —gritó el abad.

Desde algún lugar junto al altar apareció la llama de una antorcha que describió un arco en el aire en dirección al viejo. Con una habilidad sorprendente, el abad la cogió al vuelo y acercó el fuego a la cara del sajón. Los compañeros del abad parecían aún peores a la luz de la antorcha. Todos debían de haber muerto en uno u otro momento. La cabeza de uno de ellos le colgaba de un modo extraño sobre los hombros. ¿Ahorcado? La piel de otro estaba ennegrecida, tenía un brillo aceitoso y parte de un hueso achicharrado asomaba por el codo. ¿Quemado?

La muerte no parecía haber alterado sus hábitos alcohólicos. Se estaban pasando una botella. Cuando llegó hasta Odd, le dio un buen trago; después empezó a bailar arriba y abajo, medio ahogado y gritando, al ver que parte del vino se le salía por el corte de la garganta y bajaba por la pechera. A los demás esto les pareció divertidísimo.

—Escuece —chillaba—. Escuece.

El sajón se imaginaba que debía de ser cierto. Algunas partes de la raja del cuello debían estar todavía en carne viva. Vivos o muertos, todos eran mucho más altos que el abad pero, aún así, él los dominaba, a pesar de su mirada idiota y el constante babeo.

—Mira —dijo el abad, moviéndose hacia las sillas del coro alineadas a los lados de la iglesia. Acercó la antorcha a lo que allí se sentaba.

El sajón sólo alcanzó a verlo fugazmente, pero la breve visión fue casi suficiente como para desazonarlo incluso a él. Estaba prácticamente seguro de que acabaría uniéndose a las cosas que se sentaban en el coro antes de que llegara la mañana, si es que el sol brillaba alguna vez sobre ese lugar maldito. Y si amanecía, probablemente no sería para él. Volvió la cara resueltamente y cerró los ojos.

El abad chilló de furia y cargó de nuevo contra él.

—Vas a mirar. Vas a mirar o lo primero que haré será arrancarte los ojos —dijo mientras golpeaba la mejilla del sajón con la antorcha.

Se oyó gritar a sí mismo mientras sentía y olía cómo se le quemaba el pelo y la piel. Podía oír la risa del abad.

—Sabía que podía hacerle gritar. Tarde o temprano, siempre consigo que griten.

—Me lo creo —dijo el sajón cuando se recuperó lo suficiente como para hablar.

—Oh, sí, créetelo.

La antorcha se encontraba entre el abad y él. Todo lo que podía ver eran las llamas.

—Levantadlo —ordenó el abad—. Ponedlo de pie. Traedlo aquí para que pueda ver al resto de los huéspedes.

Le obligaron a ponerse de rodillas. Tuvieron que hacerlo entre cinco o seis. El sajón era un hombre grande. Mientras lo hacían, se le ocurrió algo. La parte crítica de su cerebro le decía que era un plan desastroso, pero la parte más optimista de su mente le sugería que, ya que se había quedado sin ideas brillantes, no perdía nada con intentar ésta.

Gritó con fuerza.

Lo soltaron y cayó al suelo, cayó pesadamente, y gritó de nuevo. No fue difícil. Tenía dos costillas rotas y era insoportablemente doloroso.

En situaciones normales, no hubiera gritado, ya que era algo así como un hombre de hierro. *Pero los gritos parecen entretener a estos monstruos. Así que dales unos cuantos, pensó.*

—¿Qué pasa? —preguntó Odd con voz de borracho—. No te hemos hecho tanto daño... al menos todavía no. —Después comenzó a reírse y a esparcir gotitas de vino y sangre que le salían del corte en la garganta.

—Estoy herido —gimió el sajón—. Herido por dentro. Cuando saltasteis sobre mí me rompisteis algo.

Odd le dio una patada y el grito resultante convenció al resto de que estaba realmente herido y no fingía, porque Odd le dio con la punta de la bota en una de las costillas dañadas. El reflejo de pura agonía arqueó la espalda del sajón y casi se desmaya.

Esto despertó la ansiedad del abad.

—Vamos, ponedlo de pie. Le quiero aquí antes de que se me muera. Él —dijo el abad, indicando al oscuro altar— sólo me deja jugar con ellos hasta que mueren. No me deja que continúe después. No los trae de vuelta. Si éste se muere —lloriqueó—, no volveré a tenerlo. Y quiero que se quede un poquito. Así que levantadlo —chilló.

La cuadrilla de los cadáveres, pues así pensaba en ellos el sajón, le obligó a arrodillarse otra vez. El sajón hizo que su cuerpo se quedará inerte. Y cayó con un fuerte golpe.

—Levántate —gritó el abad, mientras le daba con la antorcha.

El sajón gritó a su vez y gimió, pero consiguió permanecer quieto; después dejó escapar un auténtico rugido de pura agonía cuando el abad presionó la antorcha contra su cara.

Debo de estar muerta, pensó Regeane. Sí, eso lo explicaría todo. Debo de estar muerta; de lo contrario, ¿cómo podría ver tan bien en la oscuridad? Seguía la curva de la pared al otro lado del cuarto al que las mujeres le habían llevado, pero era capaz

de ver el largo vestíbulo que la rodeaba. De hecho, incluso parecía haber una luz más adelante y podía oír el distante sonido de gritos y chillidos. Sí, había luz. Regeane se apresuró, pero cuando llegó hasta el resplandor plateado se dio cuenta de que era sólo la luna que brillaba a través de las vigas rotas del techo. Fuera, la tormenta debía de haberse apagado. Ahora la luna brillaba de forma esporádica entre las nubes que se movían con rapidez por el cielo nocturno.

El viento soplaba a través del tejado roto, de tal forma que se le erizó el vello en cada centímetro expuesto de su piel. El frío era cortante, pero la brisa estaba limpia y amortiguaba los olores de aquel lugar. La nieve también había entrado por el agujero del techo y se amontonaba sobre el suelo. Estaba helada, resbaladiza, así que intentó rodearla. Sus botas de montar resultaban torpes sobre el hielo.

—¿Qué? ¿Mujer? ¿Estás loca? He intentado mantenerte lejos de él —el susurro provenía de las sombras junto al charco de luz de luna.

Regeane reconoció la voz, era la del viejo monje que les había dejado entrar en un primer momento.

—Debo encontrar a mi marido —contestó.

—No me repitas esa mentira —respondió con algo de aspereza—. Te mandé junto a las mujeres para intentar salvarte de nuestro supuesto abad y su grupo demoníaco y te encuentro aquí, corriendo a su encuentro. ¿Tanta prisa tienes por encontrar tu final? El hombre es un esclavo huido. Noté su collar cuando chocó contra mí en la puerta. No es marido para una mujer como tú.

—No importa —dijo Regeane—. Debo ayudarlo. Él intentó salvarme.

El hombre, sólo una sombra en la penumbra, la agarró del brazo, pero ella se soltó con asombrosa facilidad. Justo en ese momento, se oyó un terrible chillido.

—No-no-no —gimió el anciano. Intentó coger a Regeane de nuevo, pero ella ya corría hacia la capilla. Vio unas enormes puertas de roble más adelante. Una estaba cerrada, pero la otra tenía una rendija abierta. Una débil luz se proyectaba sobre el vestíbulo vacío.

Alargó una mano y la abrió.

Para Maeniel, la sensación fue más de volar que de caer. Caer le producía un terror primario, aunque la nevada oscuridad era tan espesa que no estaba tan asustado como debiera. El sendero pareció desaparecer, después se encontró volando, después aterrizó. Se quedó sin aire de golpe. Puede que perdiera la consciencia, pero no estaba seguro. Sólo sabía que se había dado muy fuerte contra un montón de rocas y se había quedado completamente sin aliento. Hizo lo que cualquier humano haría en tales circunstancias: se quedó tendido muy quieto e intentó desesperadamente recuperar la respiración.

Mientras lo hacía, su visión comenzó a aclararse. No resultaba de mucha ayuda, pensó, ya que todo lo que podía ver eran largas cortinas de nieve, azotadas por los

vientos de la tormenta como si fueran gigantescos pedazos de tela. Pero cuando miró hacia arriba fue capaz de ver, incluso en la brumosa penumbra, que el sendero había desaparecido, barrido por una avalancha monstruosa que se había lanzado desde la pendiente de la montaña glaciara.

Regeane, pensó, mientras luchaba por levantarse. Cuando por fin pudo tenerse en pie, parecía haber pasado una eternidad. La luz ya empezaba a mejorar y pudo ver lo que le había salvado la vida. Se encontraba sobre la acumulación de nieve de la propia avalancha. La topografía del paisaje había quedado alterada por completo. Además del arrasado sendero, había desaparecido parte de la cumbre, extendida ahora en forma de abanico sobre lo que antes era una escarpada caída hasta el valle, con el torrente de la montaña en la garganta del fondo. La pendiente ya no era tan pronunciada y el río estaba intentando abrirse un nuevo camino sobre los restos del glaciar caído desde la montaña.

El lobo se agachó y aulló de nuevo.

Y de nuevo obtuvo respuesta.

La luz aumentaba, aunque la nevada seguía cayendo. Ahora, más que una cortina, era una fina niebla, por lo que pudo ver no muy lejos un punto negro sobre la nieve. Era Audovald. El caballo estaba medio enterrado. Sólo se podía ver su cuello y una de las patas delanteras.

El caballo resopló por el hocico cuando sintió al lobo acercarse. *¿Eres tú?*

Sí. Se saludaron frotando los hocicos.

Audovald se tranquilizó. *¿Estás enfadado?*

El lobo volvió a frotarse contra su hocico. *No. Estoy asustado.* Usaba su lenguaje corporal, intraducible al humano.

La perdí, fue el grito de dolor del caballo.

El lobo se frotó de nuevo contra su hocico para tranquilizarlo. *Somos mortales. Sé que hiciste todo lo posible.*

La montaña entera se derrumbó. El caballo estaba muy afectado. *El sendero se desvaneció bajo mis pies. Los demás huyeron. Antonius intentó llevarlos a un lugar seguro.* Audovald gimió, un único y terrible sonido en boca de un caballo. *No sé si lo consiguió, pero había azuzado a los otros para que avanzaran y nosotros estábamos demasiado lejos. Intenté cabalgar hacia abajo con la avalancha. Fallé.* Alargó el cuello hacia fuera, posó la cabeza sobre el montón de nieve y cerró los ojos.

El lobo comenzó a cavar.

Probablemente tendré todas las patas rotas.

Los caballos son unos pesimistas, pensó el lobo. Paró un momento y preguntó, *¿Te duele?*

No.

Entonces lo intentaremos. El lobo siguió cavando.

Ella la oyó venir. También yo, continuó el caballo. *El problema fue que el desprendimiento de hielo era tan grande que no confiamos en nuestros sentidos, pero*

se volvió, les hizo adelantarnos y dio la alarma. Antonius actuó con rapidez. Pero ya estaba encima de nosotros, ella y yo éramos los últimos de la columna y la nieve nos arrastró. No sé qué le pasó a los demás.

El lobo liberó la otra pata delantera del caballo. Audovald intentó lanzarse hacia delante, pero dio un grito de dolor y cayó hacia atrás.

No lo intentes hasta que yo te diga, dijo el lobo.

Sí, mi señor, contestó el caballo. Sin embargo, el lobo notó que estaba más animado.

El sajón la vio abrir la puerta. Milagrosamente, el resto de la corte de medianoche no lo hizo. El abad acababa de retirar la antorcha de su cara y él y la cuadrilla de los cadáveres observaban ávidamente las reacciones de su víctima. El sajón se dejó caer de espaldas y se puso de lado, con los ojos medio cerrados, intentando recuperar la respiración. Ella era una luz de pura belleza en un universo de oscuridad. De nuevo maldijo brevemente a sus guardianes. ¿Cómo habían dejado que una mujer de su clase (una noble con toda certeza) cayera en tan grave peligro? Esperaba que, al ver lo que le estaban haciendo, huyera de allí. Debería haber estado aterrorizada del espantoso grupo, pero no parecía asustada. En vez de eso, se volvió un poco y sacó su cuchillo.

Un cuchillo de mesa, supuso con desesperación; pero no, la cosa era más bien una espada corta, un sax de un solo filo y mortífero.

—Dejadlo en paz —ordenó la chica.

A Dios gracias, lo hicieron.

El sajón pasó de la culpabilidad al ver que ahora se estaban concentrando en ella, a una alegría salvaje porque los estaba distraendo unos momentos, para acabar sintiendo la esperanza de que fuera lo bastante buena con ese destripacerdos como para contenerlos hasta que él lograra desatarse. Había estado comprobando las cuerdas durante la anterior refriega y estaba seguro de poder liberarse, si es que lo dejaban tranquilo unos segundos.

Cierto, estaba herido y, si se hubiera parado a pensarlo, dolorido, pero también hervía de rabia y sentía una sed de venganza ciega y absoluta.

Toda la cuadrilla se abalanzó sobre ella en tropel.

Él rodó sobre su espalda, levantó las rodillas hasta tocar el pecho y pasó las atadas manos sobre los pies. Cuando las tuvo delante, cogió las cuerdas de los tobillos. Cedieron al primer tirón. *Medio podridas, como todo lo demás en este asqueroso lugar*, pensó; al instante, ya estaba en pie.

Odd tenía una especie de espada. No parecía muy buena; estaba cubierta de una gruesa capa de óxido. El sajón se acercó a él por detrás y se la arrebató de las manos.

Odd, sorprendido, se volvió rápidamente.

El sajón blandía la espada con una sola mano. *Dioses de mi gente, sienta bien*

tener una espada. Ha pasado tanto tiempo, pensó mientras su filo rasgaba el hombro de Odd, le atravesaba las costillas y terminaba de cortar su torso por la mitad justo por encima de la cadera.

No era una espada tan mala, después de todo, pensó el sajón. Debió de pertenecer a un verdadero guerrero. *Dondequiera que estés*, dijo a su espíritu, *te vengaré*. Dicho lo cual, rebanó al abad en cuatro trozos.

Comprobó horrorizado que yacían en el suelo, retorciéndose, intentando juntarse, de la misma forma que una serpiente partida se mueve y colea hasta mucho después de haber muerto. La sangre burbujeaba en la garganta del hombre muerto, derramándose sobre el suelo de piedra. La sangre, más sangre de la que pudiera haber en un cuerpo humano, salía a chorros del cadáver mutilado, salpicándolo todo.

Regeane vio el terror reflejado en la cara del sajón. Había sacado su scramasax. Haciendo caso omiso de su valía, se envolvió el brazo izquierdo con la capa de brocado blanco. El hombre cuya cabeza colgaba en un ángulo extraño se lanzó hacia ella con una lanza. Le hizo frente con el brazo envuelto en la capa, parando la punta en alto, mientras le clavaba el cuchillo en el abdomen. Le salió mejor de lo que esperaba. Un segundo después, el asesino se tropezaba con sus propios intestinos.

El sajón estaba paralizado de miedo.

—La antorcha —gritó ella—. Usa fuego. Les asusta el fuego.

Estaba recordando Roma, avispas negras sobre la cara de una mujer y una tumba que primero estaba allí y después no.

El sajón se lanzó hacia delante, agarró la antorcha y la arrojó sobre la pantalla de la cruz de madera frente al altar. La madera era vieja, quebradiza y debía de estar seca como la yesca, a lo que hay que sumar las cortinas de lino al fondo de la pantalla. Ardieron con gran estruendo y, en unos segundos, la capilla estaba iluminada como el día. Lo que Regeane y el sajón vieron era horrible.

El sajón concluyó que tenían que ser los trofeos del abad. Los asientos del coro estaban llenos de cadáveres. Algunos eran reconocibles, posiblemente morirían unos cuantos meses atrás; otros eran sólo ropajes y piel seca, dientes, cuencas vacías y huesos marrones. Lo que estaba muy claro era que todos tuvieron una muerte terrible. Un cadáver reciente parecía no tener señales pero, por su expresión de terror demencial y la posición en la que sus manos se habían quedado rígidas, estaba claro que había sido enterrado en vida.

Regeane miró. A su lado había una mujer. Estaba desnuda. La habían clavado a la silla de madera con una docena de lanzas, ninguna en un punto vital. Podría haber vivido, pensó Regeane, durante días.

El resto de los miembros de la cuadrilla de los cadáveres huyó hacia el altar.

Una idea poco inteligente.

El ser se irguió delante de ellos desde el profanado altar, sólo visible porque las llamas que corrían sobre la pantalla de la cruz le rodeaban y definían. Un oso, pero el oso más grande que Regeane o el sajón hubieran visto. Un oso con piel de fuego.

Rugió y las paredes parecieron temblar. La cuadrilla de cadáveres cayó al suelo y se humilló a sus pies.

—Muerto —rugió—. Habéis matado a mi devoto, mi adorador, mi sacerdote. Los he mantenido vivos a él y a sus criaturas durante cien inviernos mientras moraba aquí.

—Sí —gritó Regeane—. Su existencia mancillaba todo lo que es bueno.

—¿Qué me importa a mí cómo se entretienen mis criaturas?

Los ruegos de la cuadrilla sólo parecieron irritar al ser con forma de oso.

—Morid —dijo y así lo hicieron, derrumbándose sobre el suelo en varios montones—. Os encontré en la horca. Volved allí.

Se desvanecieron.

—Lástima que no pueda hacerlos lo mismo —gritó—, pero quizá mis vasallos puedan.

Tanto Regeane como el sajón observaron aterrorizados cómo a su alrededor los cadáveres del coro empezaban a moverse.

Al lobo gris le llevó casi una hora liberar los cuartos traseros del caballo. Ambos sufrieron, temerosos de que una de las patas resultara estar rota. Si así lo fuera, ninguno de los dos hubiera sabido qué hacer.

El lobo gris no sabía cómo iba a tener valor para matar a un amigo, ni siquiera para salvarlo de un terrible sufrimiento. Y el caballo sabía que una pata destrozada supondría su fin. Hasta un humano con tal herida tenía pocas posibilidades de recuperarse. La pérdida de sangre y la infección causaban un tremendo efecto incluso en los que sufrían heridas menores. Pero la suerte quiso que, cuando el lobo hubo liberado las cuatro patas, Audovald se viera capaz de ponerse en pie cómodamente.

No me explico, le dijo al lobo mientras comprobaba cada pata pisando y doblándola, cómo es posible que no quedara herido de muerte. Pero parece que no lo estoy. Ahora veamos si podemos bajar hasta el valle. Debo buscar al resto.

Los dos se mantenían en equilibrio sobre la escarpada superficie en forma de abanico del desprendimiento. La nieve ya había dejado de caer y el cielo estaba aclarándose. La luna brillaba con intensidad. Tanto el caballo como el lobo veían tan bien como si fuera mediodía.

Puede que estén a millas de distancia o profundamente enterrados, dijo Audovald.

Los caballos son unos pesimistas, pensó de nuevo el lobo gris. Estaba a punto de empezar a dar vueltas cuando oyó una aguda llamada más arriba.

Todavía quedaban algunos restos desperdigados del sendero. Sobre uno de ellos había una loba negra. Su rabo se movía adelante y atrás con un gesto grácil, pero no de entusiasmo.

Estoy viva, ven.

Lo hizo. Estaban en una cueva poco profunda, una gruta natural. Antonius estaba tumbado, con una de las sillas de montar a modo de almohada. Gavin se ocupaba de un pequeño fuego. La loba negra, Matrona, y Maeniel se volvieron humanos. Maeniel tomó prestadas algunas prendas de Gavin, una tupida túnica de lana y unos pantalones. Gavin parecía culpable y abatido al mismo tiempo.

—La perdimos —dijo, y comenzó a llorar.

Antonius abrió los ojos una vez, sacudió la cabeza y volvió a cerrarlos. Matrona se vistió con una dalmática de seda blanca y una falda pantalón de montar de ante marrón.

—Nos lamentaremos después —dijo Maeniel con firmeza—. Cuando estemos seguros. Ella es una de nosotros y nosotros somos difíciles de matar.

Los ojos de Antonius se abrieron.

—¿Quieres decir que piensas que puede seguir viva? Pero ¿has visto la caída que...?

—Como dije —repitió Maeniel—. Cuando estemos seguros de una u otra cosa, habrá tiempo de sobra para el dolor y las recriminaciones. Mientras tanto, buscaremos. Antonius, ¿puedes montar?

—Sí. —Antonius se puso en pie al instante.

—Bien —dijo Maeniel—. Audovald viene hacia aquí.

—¿El caballo sobrevivió?

—Sí, lo he desenterrado. Nosotros... —señaló a Gavin y Matrona— iremos como lobos. —Se quitaron la ropa.

El brillo de la luna llenó los ojos de Antonius antes de que se perdieran en la noche.

Una pesadilla. Esto era una pesadilla, pensó Regeane mientras se frotaba los ojos con la mano.

—¿Es posible que hayamos muerto? —le preguntó al sajón.

Él asintió.

—Yo mismo lo he pensado. Muertos en medio de la nada, sin ofrendas y sin familia que nos llore. Sin los sacrificios y las laudas apropiados para decirle a los dioses que ambos fuimos nobles y nos comportamos con corrección, hemos sido enviados a la tierra salvaje como proscritos.

—Yo siempre he sido una proscrita —dijo Regeane—. No tengo miedo.

—Da la casualidad de que yo también lo soy —respondió el sajón—. Reducido al más bajo estado de esclavitud, vendido sólo por la fuerza de mi cuerpo, he trabajado con cadenas en los campos de trigo lombardos; una vez hice de caballo para tirar de un arado.

La conversación era muy tranquila.

Con la expresión vacía, sacudiéndose como una marioneta, empezó a acercarse a

ellos el primer cadáver, aquél cuya cara era una máscara de terror. Mientras tanto, las llamas que en un principio parecían limitarse a la pantalla del altar y la cúpula sobre él, comenzaban a arrastrarse lentamente hacia el resplandeciente techo.

—Deberíamos tener problemas para respirar —dijo Regeane—. En vez de eso, el humo sale de la habitación.

Ambos retrocedían ante el avance del muerto.

—Me imagino que habrá agujeros en el techo —dijo el sajón. Después gritó de miedo y asco cuando algo compuesto sólo de huesos negros con unos cuantos y andrajosos restos de carne y ropa le cogió por detrás.

La cabeza estaba medio cubierta por una capucha. Con un valor que desconocía poseer, Regeane le dio un puñetazo en el cráneo. La cosa cayó al suelo y el sajón la pisoteó hasta destrozarla con sus botas. Después cortó con su espada el siguiente cadáver en tres piezas.

Un segundo después, Regeane gritó.

La cabeza, hombros y un brazo del abad todavía estaban pegados. Con una mirada malévola, se asió al empuje de Regeane con los dientes y mordió con fuerza.

La cosa que observaba entre las llamas que consumían el altar rió a carcajadas.

—Todavía queda algo de vida y mucha malicia en mi criatura.

—Quédate quieta —ordenó el sajón a Regeane. Después, cortó la mitad superior del cráneo del abad con la espada—. Ya no —dijo el sajón mientras los restos rodaban por el suelo.

—Debemos —susurró Regeane con labios rígidos y pálidos— encontrar alguna estrategia para tratar con estas cosas.

—Sí —contestó el sajón.

Y así lo hicieron.

Por encima de ellos, el fuego consumía lentamente el techo. Tizones y ascuas ardientes llenaban el aire a su alrededor. Los asientos del coro prendieron con un destello y un rugido, incinerando a los muertos que estaban demasiado descompuestos como para servir de ayuda al malvado ser del altar.

Regeane y el sajón se vieron obligados a retroceder hasta el vestíbulo. Y estaba claro que todo lo que quedaba del monasterio estaba en llamas.

—Yo corto —dijo el sajón—. Tú quemas.

—Sí —dijo Regeane; cogió dos antorchas del destrozado marco de la puerta mientras se apartaban del infierno que se extendía a través de la antigua y condenada estructura.

Todas las partes de la ruina protegidas de los elementos estaban secas como yescas. Él iba haciendo pedazos los horrores que les rodeaban. Ella prendía fuego a los trozos de carne momificada, jirones de ropa y hueso seco.

El sajón era un hombre de hierro y su «Valor, mujer, valor» mantuvo a Regeane viva a lo largo de una noche llena de dolor, terror, asco y cansancio.

El peor momento fue cuando la cosa de la cama en la primera habitación a la que

habían llevado a Regeane se levantó para atacarles. El cuerpo putrefacto estaba demasiado húmedo para arder con las antorchas de Regeane, así que arrancó las colgaduras de la cama, las tiró encima del horrible ser y las quemó; después añadió los cojines y la ropa de cama. Todo el edificio estaba ya envuelto en llamas, el tejado de la capilla había caído.

Regeane y el sajón huyeron por la puerta y salieron al paisaje nevado. Para su sorpresa, había luz por el este y era de día. Se pararon al cruzar la puerta, respirando hondo el aire limpio y frío. El sajón se dejó caer sobre una columna de piedra puesta frente a la abadía, pero después se levantó al ver acercarse a tres lobos a galope tendido.

No estaba terriblemente asustado. Había luchado contra lobos con anterioridad y sabía que estos tres, que parecían bien alimentados y en buenas condiciones, probablemente huirían de dos adultos, uno de ellos armado.

—No —dijo Regeane—. No les ataques. Son mi marido y dos de sus amigos. Te comenté... —le dijo, agarrando su muñeca—. Te comenté que siempre he sido una proscrita.



3

Supongo... —dijo el sajón más tarde, mientras Antonius le quitaba el collar de hierro del cuello—. Supongo que no estoy muerto.

Antonius levantó las cejas.

—Por supuesto, ¿eso es lo que pensabas?

—Sí —el sajón respondió vacilante—. Lo pensé durante un momento anoche. ¿Eres un sacerdote?

Antonius levantó las cejas aún más.

—No —dijo—. Aunque mi padrastra era papa.

—¿Unla? —dijo el sajón.

A Antonius le dio lástima lo que veía como un bárbaro bastante desconcertado.

—Soy el chambelán de mi señora. Su esposo gobierna un ducado aquí en las montañas. Él no lo llamaría ducado, pero por su tamaño, prestigio, riqueza y poder, lo es.

Entonces el sajón hizo la pregunta que le había estado quemando en la mente desde que Regeane recibió a un enorme lobo de montaña con un sentido beso y un abrazo:

—¿Soy prisionero de nuevo?

Antonius sabía muy bien lo que significaban tanto el collar como la pregunta.

—No —respondió en el mismo instante en que cedía el collar.

Por unos segundos pareció como si el sajón fuera a llorar. Antonius se dio la vuelta con rapidez, ya que no deseaba ver cómo se venía abajo una criatura de fuerza tan contundente.

—Pero ¿el collar? —preguntó el sajón.

—¿Qué collar? —respondió Antonius.

—Ven —dijo Matrona. Llevaba un vestido largo de seda negra con un collar de oro y granates, una elaborada construcción decorada con esfinges aladas. Como la

mayor parte de las riquezas de Matrona, parecía increíblemente antiguo.

El sajón lo señaló con el índice.

—¿Qué...?

—Una calurosa noche en Babilonia —dijo ella—. Amé a un rey.

Entonces alargó la mano hasta su mejilla, allí donde el abad le había quemado. Él se estremeció, pero cuando le tocó el dolor abandonó sus heridas... todas ellas. Mientras le atendía, se quedó dormido, pero soñó que había regresado a las barracas de los esclavos en el gran estado lombardo. Se despertó con un sobresalto e intentó golpear a Matrona, pero ella le cogió la muñeca con tanta fuerza que el hombre supo que podría habérsela roto con facilidad si ella hubiese querido.

—¿Quién es dios? —preguntó el sajón.

—La madre —respondió Matrona.

—La madre es muy poderosa —dijo él.

—Me alegra que lo sepas. Nos llevaremos bien.

Regeane se acercó a ellos. Tenía algo de ropa y la piel de oso sobre el hombro.

—Tengo ropa limpia. Matrona, ¿podrías sostener su capa como cortina mientras se viste, por favor?

—Quizá lo haga —dijo Matrona—. O quizá no. Me gustaría ver qué más tiene.

Regeane se ruborizó, pero el sajón se ruborizó aún más. Su ropa estaba hecha jirones. Se puso rojo de pies a cabeza.

—Matrona, eres terrible —rió Regeane.

A su alrededor el sol brillaba con intensidad, tanto que había comenzado a calentar el aire y a derretir la nieve. El camino estaba despejado y mucha de la gente de Maeniel investigaba el monasterio quemado.

—¿Qué encuentran? —preguntó el hombre.

Regeane se estremeció y se rodeó con los brazos como si tuviera frío.

—Nada, o al menos nada nuevo. Huesos, pedazos de carne podrida. Puede que hayan pensado en un botín, porque hay algo de oro y plata, pero no nos lo llevaremos. Lo enterraremos con los restos humanos en el cementerio del recinto.

—¿El viejo monje, las mujeres? —preguntó el sajón.

Regeane volvió a temblar.

—Creo que no eran reales, sino sombras del espíritu oso. Sus sirvientes. Todos intentaron evitar que te ayudara.

El sajón asintió.

—Ahora, vístete —le indicó—. Vamos a Ginebra a decirle al rey franco que su mejor camino a través de los Alpes está en ruinas. Debes parecer un guerrero de nuestro grupo, un caballero, para que tu presencia no sea cuestionada. Nosotros te protegeremos. Y tú podrás seguir tu viaje cuando sea posible, si así lo deseas.

Él cogió la piel de oso y la ropa que le ofrecía. Ella se volvió y se alejó.

—Vístete —dijo Matrona, sosteniendo en alto la piel—. Tu delicadeza te honra. Algo de castidad (no demasiada, te lo advierto, pero alguna) resulta atractiva en un

hombre joven.

—Ahora comprendo —se estaba quitando la camisa y los pantalones—. Ahora comprendo —repitió.

—¿Comprender el qué? —preguntó Matrona desde el otro lado de la piel de oso.

—Todo —dijo el sajón—. Todo. Me preguntaba por qué los dioses habían puesto tan pesada carga sobre mis hombros. La pérdida de todo lo que era y tenía. Ahora lo sé. Alguien debía estar aquí para sacarla de la nieve. Para asegurarse de que viviera. Yo fui elegido y nunca deberé cuestionar el precio.

Detrás de la piel, Matrona frunció el ceño.

Unos cuantos días después, Ginebra se extendía bajo ellos. La ciudad no era gran cosa, pero el lago era bonito. En él se reflejaban las montañas y la luz mortecina. Cuando se encontró con Regeane y el sajón, Maeniel había mandado ir a por a su gente. Algunos estaban fuera cazando con Gordo, pero se unieron al resto a su orden. Así que tenía con él a treinta guerreros. La mayoría eran parte de su manada. Unos cuantos, como Antonius o Bárbara, no lo eran.

Matrona cabalgaba junto al sajón. Había permanecido a su lado los últimos dos días. Cierto era que ya no sufría ningún dolor, pero la herida infligida por el abad había sido grave y necesitaba que la vigilara. También él lo necesitaba, pensó Matrona. Montaba como si estuviera en una nube, como si una gran pena o una gran alegría lo hubieran sacado de su cuerpo. Al principio no podía decirlo con certeza, pero para el segundo día estaba segura de que era alegría.

La primera noche de campamento el lobo gris y la loba de plata se habían desvanecido entre los abetos que bordeaban el sendero.

—Ella es la plateada, él el gris, tú la negra y el capitán de la guardia es rojo —le dijo el sajón a Matrona.

—Sí.

Él asintió con la cabeza.

—¿Has oído hablar de Irmunsul?

—Un árbol famoso —dijo Matrona.

—El árbol de la vida.

—No —dijo Matrona—. ¿No te creerás eso?

Él no respondió. En vez de ello, preguntó a su vez:

—¿El padre de Regeane?

—Un Wolfstan —dijo Matrona.

Él no hizo más preguntas pero, cuando volvió a mirarle, vio lágrimas en los ojos del sajón.

—Son muy emocionales estos hombres salvajes de más allá del Rin —le dijo a Maeniel algunos días después.

—El padre de Regeane era sajón —contestó Maeniel—. Gundabald lo asesinó.

—¿Su difunto tío?

—Su muy, muy difunto tío —respondió Maeniel.

Estaban solos, caminando juntos sobre la nieve. Los demás estaban sentados alrededor de las hogueras y se preparaban para acostarse. Regeane y Maeniel tenían un elaborado pabellón para ellos dos. Maeniel miró hacia allí y vio cómo se movía una sombra en el interior.

—Debe de estar desvistiéndose —dijo—. No me gustaría hacerla esperar.

Matrona sonrió.

—No, eso no estaría nada bien.

—¿Cuál es su interés por ella?

—¿Cuál es el tuyo? —preguntó Matrona.

—No juegues conmigo.

Había luna llena. Pintaba la nieve de luz azul; las sombras eran formas grises con incrustaciones de plata. Maeniel tenía la cara roja y las fosas nasales distendidas como las de un semental.

—Si ése es el caso, anímalo a marcharse. Tiene mi permiso. Dale todo lo que pida. Dinero, armas, caballos (excepto Audovald), por lo demás, no me importa.

—No creo que eso sirva de nada —dijo Matrona—. El padre de Regeane era sagrado para su gente.

—Ella es una franca —dijo el lobo gris.

—Mitad sajona por la sangre de su padre. Creo que quizá sea la mitad más importante.

—No —dijo Maeniel—. He matado a más de un hombre por ella y mataría a mil antes de que se separara de mí, aunque fuera sólo por una hora, sin mi consentimiento. La he estado esperando durante mil años.

—No mates a éste —dijo Matrona—. Ella no te lo perdonaría.

—No —dijo él con un gruñido de su garganta.

—No, te lo advierto.

—¿Tan mal están las cosas? —tenía los ojos llenos de una luz fría y pálida, y brillaban como los de un depredador al tenue resplandor de las fogatas.

Matrona se puso un dedo sobre los labios.

—Ni una palabra; ella no lo sabe. Ahora vete a la cama.

—Sí.

No hubo más movimiento en la tienda. La lámpara se oscureció.

Cuando se volvió hacia Matrona, vio su ropa colgando de la rama de un árbol, pero la loba negra se había ido. Sabía que ella vigilaría al sajón; en realidad, ella lo vigilaba todo.

Se apresuró a entrar en la tienda. La lámpara estaba apagada pero, incluso a través de la lona, una difusa luz de luna inundaba el habitáculo. Ella llevaba un camisón de seda, pero sólo le duró puesto un momento.

Cuando llegaron a las inmediaciones del campamento de Carlos en Ginebra, todos se volvieron hacia Antonius. Como chambelán, sólo él había conocido al poderoso rey franco cuyo nombre resonaba ahora por toda Europa.

Antonius se rascó la cabeza.

Gavin, el lobo rojo capitán de la guardia, comenzó a reírse.

—Tampoco sabe cómo acercarse a él.

—Cállate, Gavin —dijo Maeniel.

—Dices eso mucho cuando Gavin está cerca —comentó Regeane.

—Sí —añadió Matrona—. Y nunca funciona. Él no para de hablar ni un momento.

—No esta vez —dijo Maeniel con firmeza. Tenía los ojos fijos en un grupo de jinetes armados que se aproximaban a ellos. Los dirigía un hombre mayor, pero las tropas eran jóvenes y la calidad de sus armas y vestiduras los proclamaban como parientes de algunas de las grandes familias del reino franco.

—Quedaos todos aquí, salvo Antonius. Él debe acompañarme. —Maeniel montaba a Audovald—. Adelante —le dijo al caballo y así lo hizo. Antonius los seguía.

Cuando alcanzaron a los jinetes, ambos grupos tiraron de las riendas.

—Los *scarae* —dijo Regeane observándolos desde arriba—. He oído hablar de ellos, son la guardia personal del rey.

Rodearon a su marido y a Antonius. Regeane los observaba con inquietud.

—¿Matrona? —preguntó—. ¿Bárbara?

—¿Pasa algo malo? —contestó Bárbara.

—No podría decirlo —dijo Gavin—. El viento sopla hacia el lado contrario. No puedo olerlos.

—Es posible que el rey los esté tratando con honor —especuló Bárbara.

Justo en ese momento, Maeniel volvió la vista. Primero miró a su mujer, después a Matrona. Él y los demás se alejaron galopando hacia el campamento de los francos.

—Algo va mal —afirmó Matrona de forma categórica.

—¿Deberíamos huir? —preguntó Gavin.

—En cierto modo —dijo Regeane—. Busca un lugar para acampar y monta las tiendas.

Miró hacia arriba. Se podía ver la luna, un orbe casi transparente recortado contra un cielo azul tan claro que parecía hecho de fino esmalte. Los últimos rayos dorados de sol ardían por el oeste y una oscuridad blasonada de millones de estrellas dominaba el este.

—¿Y? —preguntó Matrona.

—Cambia —dijo Regeane pero, cuando hizo dar la vuelta a su caballo, vio que detrás de ellos había más miembros de la *scarae*.

Gavin tiró de las riendas y el caballo casi se levanta sobre las patas delanteras. Fue a coger su espada.

Regeane guió a su montura hasta ponerse frente a él y cabalgó hacia el que estaba segura que sería el capitán de los *scarae*, un hombre fornido con una masa de cicatrices y arrugas a modo de cara. Le dedicó una sonrisa deslumbrante y se dio por satisfecha al ver cómo el endurecido guerrero se volvía del color de una ciruela madura.

Bárbara emitió un pequeño sonido de aprobación desde el fondo de la garganta.

Matrona susurró entre dientes a Gavin:

—Idiota, aquí no. Harás que nos masacren.

—Mi señor —dijo Regeane—. Habéis asustado al capitán de mi marido.

—He sido enviado para conducirlos a vuestro campamento —dijo el guerrero. Un acento suave y cultivado contrastaba con su fiero aspecto—. Soy Arnulf de la marca de Bretaña.

Regeane sonrió de nuevo y le ofreció la mano. El viejo guerrero se inclinó ante ella cortésmente.

—Intentaré —dijo— llevaros a un lugar donde os encontréis cómoda.

No fueron alojados en un lugar cómodo. El capitán llevó al grupo hasta el centro del campamento. A un lado estaban las tiendas de los nobles *scarae* pero, al otro, se encontraban los carromatos tirados por bueyes que transportaban a las «mujeres de placer» y a los proveedores de comida y bebida —sobre todo bebida— de las tropas. Alguna vez debió de haber sido un prado abierto, bajo la sombra de arboledas dispersas cerca de la pantanosa orilla del lago, pero ahora la hierba abrasada por el invierno había sido pisoteada hasta convertirse en lodo y los árboles cortados para leña; el lugar era insoportablemente ruidoso y apestaba a una combinación de olores: desechos humanos, comida podrida, alcohol y nubes de humo de las hogueras cercanas.

Los hombres de Maeniel rodearon estrechamente a Regeane, Matrona y Bárbara. Gordo estornudó. Joseph, un guerrero formidable de barba cerrada y largos bigotes, parecía dispuesto a retar a Arnulf a un duelo.

—No puedo creer —dijo Regeane arrogantemente a Arnulf— que el rey franco consigne a una de sus parientes a un sitio tan desagradable.

—Mi señora, en ausencia de vuestro señor, yo y mis hombres velaremos por vuestra seguridad —dijo Arnulf suavemente—. Y encuentro difícil de creer que un hombre de tan alta posición como vuestro señor exponga a su esposa a los avatares de un campamento del ejército, en vez de dejarla segura en casa con sus tejedoras.

Después, dirigió a Regeane una mirada que la hizo ruborizarse y apartar la vista. Intentó lo mismo con Matrona. Estaba acostumbrado a clavar su mirada más insolente en las mujeres para intimidarlas.

Ella le respondió con una fría mirada evaluadora y después le habló en voz baja, audible únicamente para él:

—No sé qué es menor, si tu polla o tu cerebro, para que te atrevas a insultar a una parienta del rey. No creo que sea un hombre tan débil como para sufrirlo dócilmente.

—Ella no deja de jactarse de su conexión —Él también hablaba en voz baja y entre dientes—. Su relación es distante y deshonrosa.

—No entra dentro de tus funciones el juzgar eso —dijo Matrona—. Ahora, vete. No es correcto que mi señora sufra la insolencia de subordinados.

Matrona le dio la espalda y se dirigió a Regeane y el resto.

—Estamos aquí, mi señora, así que será mejor que nos acomodemos para pasar la noche —señaló hacia los pocos árboles que quedaban en la orilla—. Vosotros, los hombres, cortad algo de leña y montad las tiendas. Las mujeres necesitamos empezar la cena.

Arnulf estaba sentado en su caballo, mirándolos fijamente.

—Id —dijo Matrona—. Ni necesitamos ni queremos nada más de vos.

Cuando Matrona dejó de hablar, Arnulf seguía allí. Le ignoraron y finalmente se fue, rechazado por los miembros de la manada.

Cada uno se puso con la tarea asignada para levantar el campamento. Al sajón le desconcertaban, pero también los encontraba refrescantes. Nadie daba órdenes. De vez en cuando, aparecía algún extraño que lo intentaba, pero era totalmente ignorado. Se levantaron las tiendas, se encendieron las fogatas. Matrona y Gavin encontraron cañas frescas para los suelos de las tiendas y de las camas, de forma parecida a los juncos que se utilizaban en moradas más permanentes.

Se dio comida a los caballos y se les alineó alrededor del campamento, formando una zona intermedia entre ellos y sus vecinos más desagradables. Audovald presidió la distribución de los caballos y el reparto de comida, una medida poco usual pero eficaz, ya que él sabía donde prefería dormir cada animal y ninguno de ellos era jamás maneado ni atado. Ninguno de ellos se apartaba, tampoco.

Los animales encontraban seguridad en ser caballos de tiro. Dado que en la fortaleza de la montaña a aquellos que no deseaban trabajar se les permitía valerse por sí mismos, la comida era la paga y los caballos se la ganaban.

A pesar de la declaración de Matrona, nadie cocinó. Regeane desempaquetó una comida fría a base de fruta, carne en lonchas, queso y vino. El sajón, Regeane y el resto de las mujeres la compartieron.

Gavin desapareció en cuanto se hizo de noche y los demás, incluyendo a la poderosa Silvia, lo siguieron.

Matrona estaba resentida por el encierro.

—Podrías irte —dijo Regeane.

—No, no te dejaré aquí sola.

—Gracias —dijo Bárbara.

—Bárbara, no te ofendas —dijo Matrona—. Ni tú... cualquiera que sea tu nombre —le dijo al sajón—. Ya sabéis a qué me refiero. Le dije que se mantuviera alejado de estas riñas reales. Casi todas las provoca la codicia, una codicia que no compartimos.

—Él sentía que no podía hacerlo —dijo Regeane—. Tenía miedo por vosotros,

¿es que no lo ves? —rogó a Matrona.

—No —dijo ella, desviando la vista de las velas de la mesa y volviéndola hacia la noche—. De todas las guerras que he visto, y he visto innumerables a lo largo de mi vida, excepto una o dos en las que la gente involucrada actuó claramente en defensa propia, casi todas ellas comenzaron por una locura y acabaron en desgracia para todos los participantes.

—¿Y cuántas has visto? —preguntó el sajón.

—La primera ya fue suficiente —dijo Matrona. La vela más cercana a ella se consumía, ardía con llama azul; la mirada reflejada de la cazadora se dirigió de nuevo hacia él—. Se dice que la guerra es el deporte de los reyes y no creo que su apetito por ella decaiga nunca.

—Coge más velas y enciéndelas —le dijo Bárbara al sajón—. Si alguien llegase ahora y viera los ojos de vosotras dos, probablemente nos matarían a todos.

Hubo un grito y después un chillido en el exterior.

El sajón se apresuró a llegar a la entrada de la tienda y apartó la tela. Arnulf estaba allí con cuatro de sus soldados; uno de ellos se retorció en el suelo.

—Obtendré una compensación por esto. Vuestro caballo coceó a mi hombre.

—Los caballos cocean —dijo Regeane—. ¿Qué hacía él cerca de la parte que cocea?

—Ni siquiera están atados a los postes —gritó Arnulf—. No estaba cerca del caballo. El animal vino hasta aquí, se dio la vuelta y le golpeó.

Una de las yeguas, la montura de Matrona, estaba junto al hombre del suelo, que todavía gemía y jadeaba. Le había dado con los cascos en el abdomen. El animal ponía cara de no haber roto nunca un plato.

—¿Qué hacíais en un sitio donde podían cocearos? —preguntó el sajón.

—Vinimos a ver a las damas —dijo Arnulf—. Para asegurarnos de que estaban a salvo. Ninguno de los hombres parecía estar por aquí —sus ojos exploraron el casi vacío campamento.

—Están en las tiendas, durmiendo —contestó el sajón—. Como todos los justos y virtuosos debieran estar a estas horas.

—Es tarde y las damas no reciben —dijo Regeane—. Ahora, marchaos. Encárgate de ello —le dijo al sajón bruscamente, para después cerrar la solapa de la tienda.

El sajón, de pie y en silencio, cruzó los brazos.

Arnulf intentó intimidarlo con la mirada. No funcionó. El sajón medía más de metro ochenta, pesaba ciento seis kilos en cueros, llevaba una espada larga con una sola mano cuando la mayoría de los hombres necesitarían las dos manos para levantarla y la expresión de su cara sugería que tenía ganas de pelea. Nadie quería desafiarlo. Arnulf y sus compañeros cogieron al herido y se batieron en vergonzosa retirada.

Maeniel y Antonius fueron llevados hasta una tienda cerca del pabellón principal, donde les pusieron grilletes. Antonius protestó enérgicamente en latín; en franco, la versión germánica del latín; en gaélico, un latín hablado similar al italiano; y en otros dialectos menos reconocibles. Cuando Maeniel intentó abrir la boca, Antonius le cortó.

—Mantén la conducta de un gran noble. Yo estoy aquí para protestar por ti. Eso es lo que hacen los chambelanes, senescales y demás.

Maeniel se encogió de hombros.

—Puedo deshacerme de esto en cuanto quiera —dijo.

—Lo sé —contestó Antonius—. Pero no lo hagas, por favor.

—No —coincidió Maeniel—. Hay algo que aprendí rápido en mi asociación con los humanos y es una máxima que procuro tener presente a todas horas.

—¿El qué?

—Que nada es tan simple como debiera ser o como yo anticipé que sería.

—Me pregunto qué habrá pasado —murmuró Antonius para sí.

—No me lo puedo ni imaginar —Maeniel hablaba con resignación.

—Mis señores —un hombre joven entró en la tienda—. Soy Arbeo de Sens. Mis disculpas para ambos, señores, pero actúo según las órdenes de mi señor, el rey. —Unos sirvientes entraron con una mesa plegable y un banco—. Por favor, sentaos y haré que os traigan pan, queso y vino para que podáis tomar un tentempié.

—Comprendo —respondió Maeniel cortésmente.

A Antonius le llevó unos tres segundos medir al joven. Llevaba una coraza de cuero cocido sin decorar y su espada era vieja y tenía una empuñadura simple y envuelta en alambre. Pobre, pensó Antonius, y, por lo tanto, susceptible si se le trata con cortesía.

Se sentaron a la mesa; el joven fue a obtener los refrigerios.

—Puede que tú lo comprendas, pero yo no —dijo Antonius—. Yo no —repitió—. No lo suficiente. Dame uno de tus anillos.

Siguiendo el consejo de Antonius, todos se habían vestido hasta los dientes. Maeniel llevaba un anillo en cada dedo. Desenroscó uno y se lo dio a Antonius, una creación de incalculable valor fabricada en oro macizo con un bello grabado que representaba la cabeza de uno de los emperadores romanos, no sabía cuál de ellos. Pero la piedra incrustada era un enorme rubí indio.

—Es increíble —dijo Antonius—, las cosas con las que apareces. ¿Dónde conseguiste eso?

—Se me olvidó —dijo Maeniel. No lo había hecho, pero no estaba dispuesto a contarle la historia.

Arbeo volvió, seguido de un sirviente con una bandeja de pan, vino y queso. El sirviente la colocó sobre la mesa. Después, a la señal de Arbeo, se retiró. Sólo para asegurarse, Antonius echó un vistazo a las botas de Arbeo. Malas, muy malas. Eran demasiado grandes, tan gastadas y rozadas que casi habían perdido la forma. Se había

enrollado tiras de lino en torno a las piernas para protegerlas del frío; se podían ver a través de los agujeros de las botas.

—Señor —Antonius se dirigió a Arbeo.

Obviamente sorprendido por el tratamiento, la cara de Arbeo adquirió cierto aspecto solemne.

—¿Sí?

—Mi señor —dijo Antonius— desea asegurarse de que no sufres privaciones por culpa de tu cortesía. Me pide que te dé esto. —Dicho lo cual, ofreció el anillo a Arbeo.

El joven lo cogió con cautela y se quedó mirándolo asombrado.

—Esto es demasiado.

Antonius abrió la boca, pero Maeniel habló.

—No si nos dices qué ocurre. ¿Por qué se nos trata así?

Arbeo sopesó el anillo en su mano; después, con una mirada de pesar, lo dejó sobre la mesa.

—Señor, se me prohibió expresamente discutir con vos cualquier cosa relacionada con el arresto.

Maeniel hurgó en su bolsa y encontró algo de plata.

—Entonces, acepta esto. Sigo sin querer que pagues por nuestra cena. Y toma el anillo, si así lo deseas. Le hubieses gustado a la dama que me lo regaló.

Arbeo medio desenvainó la espada, desenroscó la parte superior del pomo y colocó el anillo en el hueco.

—¿No sonará? —preguntó Antonius.

—¿Puedes decirme si mi esposa se encuentra a salvo? —preguntó Maeniel.

—Oh, sí, señor, puedo decirlo eso. Lo está. La dama es, después de todo, parienta del rey.

—¿Está aquí el Conde Otho?

—Sí —el chico parecía perplejo.

—Bien. ¿Puedes llevarle un mensaje a mi esposa?

—¿A la señora Regeane? ¡Sí señor! Sería un honor.

—Bien. Dile que saquen la manteca...

Antonius le lanzó una dura mirada.

Maeniel respiró hondo y comenzó de nuevo.

—Dile que haga llamar al Conde Otho y... y... pida su protección y... asistencia.

Cuando el chico se hubo marchado, Antonius habló.

—Manejaste bien el asunto. Por un momento tuve mis dudas, pero al final lo resolviste. Por cierto, ¿quién te dio el anillo?

—No importa —dijo Maeniel—. Pagué a ese picha de serpiente, Otho, lo bastante como para que esté deseando hacerme algunos favores. Bastantes favores, de hecho.

—¿Las serpientes tienen picha?

—Suponiendo que sean macho, sí.

—Nunca conocí a nadie que hubiera visto una —dijo Antonius.

—Son retráctiles.

—Cielos —dijo Antonius—. Imagino que es algo necesario, teniendo en cuenta su método de locomoción. ¿Has observado a una pareja en el acto sexual?

—Sí, una larga y aburrida tarde, lo hice.

—Por supuesto —Antonius asintió mientras se acariciaba la barbilla—. Por supuesto.

Arbeo entregó el mensaje.

—¡Otho! Debería haberlo pensado —dijo ella, y le dio algo de oro al joven. Después salió, con Arbeo de guía, en busca de la tienda de Otho. Bárbara, Matrona y el sajón la acompañaban.

Decididamente, necesitaba protección.

El ejército del gran rey tenía ganas de juerga. Había colas frente a la taberna y los carromatos del burdel. Algunas putas satisfacían a sus clientes en público, tumbadas sobre los equipajes de la parte trasera de los carros de bueyes mientras los hombres hacían cola frente a ellas.

Regeane asimilaba el espectáculo lo mejor posible tras el velo y la capa que le cubrían la boca, pero Matrona y Bárbara caminaban con tranquilidad mirando a su alrededor despreocupadas.

Las damas mejor pagadas de las friedelehe profesionales, aquellas que preferían asociaciones más prolongadas —cortesanas, en otras palabras—, presidían grupos ruidosos y en ocasiones violentos. Un hombre, desnudo, les adelantó corriendo. Sangraba y era perseguido por otros dos hombres armados. De otra tienda salieron chillidos, sonidos que indicaban una verdadera batalla en progreso, puntuada por agudos gritos femeninos. Cuando Matrona quiso investigar, el sajón y Arbeo la apartaron. Permitió que los hombres la urgieran a apresurarse, pero les dedicó a ambos una mirada de indignación desde sus párpados entrecerrados.

—No es correcto que una dama se exponga a tales escenas de libertinaje —dijo Arbeo.

—¿Por qué? ¿Te da miedo que una o más de nosotras podamos querer unirnos a la diversión?

Arbeo parecía horrorizado.

Regeane se succionó las mejillas para evitar reírse a carcajadas y vio cómo el sajón también luchaba en un intento por suprimir su regocijo.

—No temas, soy demasiado vieja —dijo Bárbara.

—Habla por ti misma —le dijo Matrona—. Yo no lo soy, pero ahora mismo estoy ocupada. Ven a visitarme —le ronroneó al joven— algún día que esté libre y te instruiré en el arte del libertinaje creativo y civilizado.

La mirada de absoluta y helada perplejidad de Arbeo casi destruye por completo

la compostura de Regeane.

En ese preciso momento, una de las chicas trabajadoras del borde del camino escupió a un cliente. El hombre sacó un cuchillo. El chulo de la chica intentó intervenir y recibió un feo corte en el pecho a cambio de sus esfuerzos.

Matrona agarró la muñeca del soldado con bastante aire de indiferencia, la levantó de un tirón hasta situarla entre los omoplatos del hombre y le quitó el cuchillo. Después le dio una patada en las piernas y, cuando dio de bruces contra el suelo, le golpeó con fuerza justo detrás de la oreja en la sensible zona del apófisis mastoides. El soldado yacía tembloroso en el suelo, semiconsciente y paralizado por el dolor.

La chica del carro se sentó. Maldijo a su chulo por ser tan inepto como para dejar que su cliente le hiriese y después al soldado por ser un piojoso pervertido maloliente.

Matrona preguntó:

—¿Por qué?

—Quería una mamada. Yo no chupo. Trabajo exclusivamente tumbada.

—Buscamos al Conde Otho —dijo Matrona.

—Yo también —dijo la chica—. Él me buscó a esto... —señaló al chulo con un movimiento del pulgar—. Hace cuatro días que no lo veo. Este saco de estiércol... —volvió a señalar al chulo de nuevo— se lleva demasiado. Y como protección... —la chica puso los ojos en blanco—. Bueno, ya lo habéis visto.

—¿Otho tiene mujeres?

—Un lote completo. —La chica sacudía la cabeza para dar énfasis—. Muchas mujeres. Los hombres del rey están más calientes que un polvo en un pajar. Fatso está perdiendo dinero por todas partes.

—No parece propio de Otho descuidar su negocio —dijo Regeane.

—Cierto —coincidió Bárbara—. No estoy segura de que tenga corazón pero, si lo tiene, el dinero es lo que más ama.

La chica asintió.

—Hablamos del mismo tipo, seguro. Cuando fui a su tienda, nada. La vieja que estaba allí no me dejó entrar.

—¿Dónde está su tienda? —preguntó Matrona.

—Cerca de la del rey —respondió la chica.

El campamento estaba más o menos montado como un conjunto de anillos, con el pabellón del rey en el centro. Alrededor de él se agrupaban los de los grandes nobles; tras ellos, los *scaræ*; y, más allá, en la oscuridad exterior, la chusma compuesta por campesinos, soldados de a pie, seguidores del campamento, putas, carros a modo de tabernas y las clases en la sombra: asesinos, bandidos, mendigos y ladrones profesionales en busca del botín en caso de victoria.

Pero igualmente satisfechos con la derrota, ya que serían capaces de robar a los heridos y a los muertos en el campo de batalla.

Allí era donde se encontraban en esos momentos.

El sajón le ofreció a la chica algo de plata, el salario de dos o tres noches de trabajo para una prostituta de su clase.

—Llévanos a su tienda —le dijo.

Ella agarró el dinero y saltó de la parte de atrás del carromato.

—Enseguida —dijo—. Debéis tener cuidado con los jinetes. Patrullan por la noche y no quieren que ninguno de nosotros se les cuele dentro.

Era tarde y, una vez alejados de la juerga de la infantería, el campamento se fue haciendo cada vez más silencioso. Los refugios ocupados por los más pudientes eran mayores y más apartados entre sí. A los sirvientes se les alojaba aquí. La mayoría tenían un montón de basura y una letrina. La chica señaló a una gran tienda. Al menos tres habitaciones, en el extremo más cercano al exterior del enclave tomado por los de alta cuna. Estaba situada bastante lejos del resto. Había una antorcha encendida frente a la tienda más cercana pero, por lo demás, la oscuridad era completa.

—Quizá esté dormido —sugirió Arbeo—. Quizá deberíamos volver por la mañana —parecía inquieto.

—No —dijo Regeane—. Si está dormido, lo despertaremos.

—No está dormido —dijo Matrona—. Algo va mal.

—¿Seguro? —preguntó el sajón.

—Sí —dijo Matrona—. Regeane, el viento está a nuestras espaldas. Debemos rodearla, pero no nos acerquemos más.

Regeane asintió y las dos mujeres empezaron a moverse rodeando la tienda cercana a la de Otho.

—Apaga tu antorcha —le dijo Matrona al sajón.

Él lo hizo, sumergiéndola en una zanja con un líquido de aspecto sospechoso. Parte del mismo se deshizo en vapor y ya no quedó duda alguna sobre su identidad.

—Puaj —exclamó la chica.

El sajón se volvió hacia ella y Arbeo.

—Idos —señaló hacia el camino por el que habían venido.

Ambos pusieron objeciones.

—Las damas pueden necesitar mi protección —dijo Arbeo.

—Yo no soy una chica, soy Gilas —dijo ella—. Y necesito saber sobre Otho. Si algo le hubiese pasado, necesito conseguir otro protector.

—Dejad de discutir —ordenó Regeane—. Tú, Gilas, puedes quedarte. Arbeo, escolta a Bárbara de vuelta a nuestro campamento.

Bárbara sonrió, tomó del brazo a un desdichado Arbeo y se lo llevó de allí.

—Gilas, tú te quedas aquí —dijo Regeane.

—No, quiero ver —insistió Gilas con cabezonería.

—De acuerdo —dijo el sajón con un peligroso tono de voz—. Pero no hagas ruido. Si haces el más leve sonido, te aplasto en el suelo como a un clavo.

—Lo prometo, lo prometo. Estaré más callada que una piedra —dijo dando botes.

—Vale, entonces cierra el pico.

Matrona encabezaba el grupo, haciendo eses entre las tiendas hasta que sintió que el casi inmóvil aire le daba de frente.

—Aquí —dijo.

El aire estaba cargado de humo de madera quemada, efluvios humanos, comida y el espeso aroma a agua estancada del lago. El sajón decidió no olfatear. Concluyó que no podría oler ni su labio inferior, pero Regeane sí que lo hizo.

—Oh, Dios mío —susurró a Matrona—. No me he enfrentado a nada igual desde Roma.

—¿Has reconocido a lo de ahí dentro como Otho? —pregunto Matrona.

—Sí. Vivo o muerto, no podría decirlo, pero está ahí.

Gilas abrió la boca para preguntar qué estaban haciendo, pero captó la mirada del sajón y la cerró de inmediato. El sajón sacó con cuidado la espada de su vaina. Regeane cogió su hacha y Matrona hizo aparecer un cuchillo de veinticinco centímetros del interior de su manga.

—¡Por detrás! —susurró el sajón.

Los demás asintieron y se movieron lo más silenciosamente posible. Se acercaron a la parte trasera de la tienda.

Otho seguía vivo, aunque estaba seguro de que no por mucho tiempo. A esas alturas casi empezaba a desear que la criatura que le capturó le hubiese matado. Todo su cuerpo hervía de dolor. Estaba clavado a su otrora espaciosa y confortable cama con unos cuchillos que le atravesaban muñecas y tobillos. No había recibido comida en cuatro días ni agua desde hacía dos, pero todavía se aferraba a la vida. Estaba amordazado, pero la mordaza estaba tan empapada en la sangre de sus labios y mejillas y en algún que otro rastro del vómito de su estómago que ya no funcionaba. De todas formas, eso ya no importaba, porque tenía tan hinchadas la boca y la garganta que no podía articular sonido alguno. Afortunadamente, había empezado a perder la consciencia más a menudo hacia unos cuantos días.

Aún así, se aferraba a la vida. Otho estaba corrompido hasta la médula de sus huesos. De joven había decidido que el dinero era la única cosa que merecía la pena tener en la vida y había buscado riqueza con una energía inquebrantable y una diligencia que sobrepasaba por completo a los débiles y esporádicos intentos de quienes se movían llevados por el deseo de otras formas de gratificación más mundanas, como sexo, bebida, comida, o las más complejas consideraciones de amor, familia, dedicación profesional o incluso artística. En un periodo de tiempo sorprendentemente corto, se había hecho muy, muy rico. No era bastante. Demasiado no es suficiente para ningún espíritu motivado solamente por la avaricia. De hecho, a sus tormentos corporales se añadía el saber que su propia codicia le había conducido hasta la situación actual.

Cuando el extranjero llegó hasta su tienda unos cuantos días atrás, en un primer momento Otho se había negado a verlo; pero el regalo de un brazalete de oro macizo, un brazalete de oro casi puro, le hizo cambiar de idea. Había accedido a recibir al extranjero y realizado la elección fatal. Cogió su dinero, un montón de dinero que hacía que las sumas sacadas a Maeniel parecieran irrisorias en comparación. Había escuchado las acusaciones del extranjero. Fue a visitar al rey, a quien repitió al oído las acusaciones.

Una vez de vuelta en su tienda en el campamento del rey, Otho había intentado despedir al hombre, si eso es lo que era. Cuando la criatura simplemente se rió y se negó a marcharse, Otho ordenó a sus sirvientes que le echaran...

Fallaron; a pesar de ser una banda de endurecidos mercenarios, habían fallado. Oh, cómo habían fallado. De hecho, aquellas de sus armas que quedaron intactas eran las que clavaban a Otho a la cama. La única razón por la que seguía vivo era que él quería que sufriera. Por lo demás, estaba complacido. Merodeaba la tienda noche y día tomando una u otra horrible forma, esperando. A qué, no se lo podía imaginar.

Así que Otho trató de esperar, luchando contra la muerte, porque últimamente había añadido otra pasión que gobernaba su vida junto con la necesidad de riquezas y que era tan abrumadoramente fuerte como aquélla. Esta nueva pasión consistía en una absoluta lealtad hacia el rey Carlos, cuyos hombres empezaban ya a llamar El Grande, era el principal amor de su vida. Y Otho estaba convencido de que, al transmitirle el chisme que le proporcionó la criatura, de alguna forma le había traicionado.

Aproximadamente a la misma hora, Antonius y Maeniel eran llevados ante el rey. Le acompañaban otros doce nobles. El lobo gris había oído decir que Carlos no llevaba trajes elaborados ni distintivos. De hecho, a menudo le rodeaban hombres que hacían mayor ostentación de riqueza que él, pero Maeniel lo reconoció tan pronto como entró en el cuarto; reconoció quién y qué era. Sólo en una ocasión anterior había visto a otro individuo con esa mirada en los ojos y, sin tan siquiera pedirle a Antonius que se lo señalara, Maeniel hincó una rodilla en el suelo.

Carlos no era el mejor vestido, ni el mayor, ni siquiera el más impresionante de los hombres presentes. Era como Maeniel, fornido, musculoso, de pelo oscuro y con una barba corta, posiblemente por deferencia hacia su esposa Hildegarda, que no deseaba que se presentara afeitado ante los longobardos quienes eran, después de todo, famosos por su pelo facial (de ahí el nombre de longobardos, es decir, Barbas Largas). Ella quería que él demostrara ser lo bastante hombre como para cubrir de pelo también su barbilla.

El rey alargó unas fuertes y callosas manos para levantar a Maeniel y Antonius.

—Por favor, sin ceremonias. Si las historias que han sido puestas en mi conocimiento resultan ser falsas, yo mismo os abrazaré como hermanos. Si no...

tendremos que ver las medidas a seguir.

Tras decir esto se sentó en una silla plegable. La nobleza de la corte franca se apiñó en torno a él.

—Seré breve. Se me ha informado de que vos y Antonius habéis conspirado en el asesinato del tío de vuestra esposa, Gundabald, y de su hijo, Hugo. Y de que, además, robasteis el monasterio al pie del paso protegido por vuestra fortaleza, asesinasteis a sus habitantes y después quemasteis el edificio, iglesia incluida.

Antonius abrió la boca.

—No —dijo el rey—. Déjale hablar por sí mismo.

Maeniel asintió.

—Primero, Gundabald y Hugo.

—Eran unos hombres de hábitos algo licenciosos —comenzó Antonius.

—Antonius —dijo Carlos—. ¿Estás teniendo problemas con tu memoria? Ya te lo he dicho, déjale responder por sí mismo.

Antonius levantó los brazos y las cadenas sonaron.

—Antonius, puedes hacer que lo malo parezca bueno, que el día parezca noche, que la mañana parezca tarde y, en definitiva, mediante tus circunloquios, puedes confundir por completo a un ejército de abogados, jueces y escribas y enterrar graves crímenes en tan oscuros legalismos de tal forma que ni siquiera un rey trabajador y sus igualmente trabajadores eruditos serían capaces de resolverlos. Como ya he dicho, déjale responder por sí mismo.

Antonius suspiró profundamente.

—Muy bien —dijo Maeniel—. Seré breve y directo. Gundabald era un inútil y un borracho. Su hijo era un aprendiz de inútil y borracho. Eran una pareja tan desagradable que su santidad creyó apropiado apartar a mi esposa de su compañía y alojarla con las monjas hasta que estuviéramos casados. Aunque no fueran la más encantadora de las compañías, los respetaba como parientes de mi esposa. Les entregué una importante suma de dinero el día de nuestra boda. Las consecuencias de mi generosidad fueron totalmente predecibles. Días después de la boda, ambos se desvanecieron sin dejar rastro y nunca se volvió a saber de ellos. Su santidad el papa Adriano tuvo la cortesía de encargarse él mismo del asunto, pero no se pudo encontrar a ninguno de los dos. Antonius, aquí presente, puede dar fe, ya que fue testigo de la situación. Probablemente les cortaron el cuello y les robaron las carteras, o viceversa. Es posible que sus cuerpos acabasen en el Tíber, que ha servido de cementerio desde que la ciudad consistía en siete colinas de tierras de labranza. Ahora bien, por lo que respecta al monasterio, tenía su propia y considerable heredad y esas tierras no tocan las mías en ningún punto. Cuando mi esposa y yo viajábamos hacia aquí, tuvo lugar una avalancha. Barrió buena parte del camino que los romanos construyeron sobre el paso. Esto nos obligó a dar un rodeo y entonces vimos humo. Investigamos y...

Alguien gritó:

—¡Fuego, fuego!

El rey corrió hacia la puerta y apartó la tela. El fuego pintaba las nubes bajas del cielo nocturno. Antonius se volvió hacia Maeniel. Las cadenas estaban en el suelo. El lobo gris se había ido.

El sajón practicó un largo corte en la lona. Afortunadamente, la tienda estaba un poco inclinada y la tela estaba suelta. Lo primero que vio fue una ballesta cargada y lista para disparar a la entrada de la tienda. Lo segundo, tercero y cuarto que vio fueron cadáveres.

Uno parecía haber sido descuartizado. El segundo había sido decapitado limpiamente. El tercero era el causante de que el poste de la tienda estuviese suelto: lo habían sacado, atravesado con él el cuerpo del hombre y vuelto a clavar en la tierra.

Después vio la figura sobre la cama. Se movía. El sajón pasó a través de la lona, entró en la tienda y le echó un vistazo a Otho. Los ojos del conde, abiertos y expectantes, lo miraron y parpadearon. El sajón arrancó los dos cuchillos que atravesaban las manos de Otho y las dos espadas que le atravesaban las piernas.

De algún modo, Otho consiguió no gritar. Podría haber gritado en semejantes extremos, incluso aunque tenía la garganta y la lengua tan hinchadas que casi bloqueaban la entrada de aire. El dolor era tan atroz que podría haber gritado. Pero consiguió suprimir hasta el más leve sonido mientras perdía la consciencia.

Cuando empujaba las piernas de Otho para sacarlo por la abertura de la tienda, el sajón sintió a la cosa detrás de él. Se volvió, con la espada en alto. Esta vez la forma era la de un oso, pero ningún oso viviente fue jamás tan grande.

Intentó golpear la cara del sajón de un zarpazo y éste se protegió con la espada, causándole una profunda herida en la pata delantera. La cosa emitió un chillido de rabia pura, pero la espada no pudo parar por completo el impulso del golpe. La garra dio contra un lado de la cara del sajón, haciéndolo girar.

Pero Regeane era ya loba y entró en la tienda como un sordo relámpago de plata a la media luz. La cosa estaba medio vuelta, todavía recuperándose del golpe propinado al sajón. Ella fue directa al muslo para cortar las arterias, pero falló, aunque infligió una herida bastante respetable en los músculos de la parte superior de la pata. La sangre lo salpicaba todo.

La criatura volvió a rugir con furia y se puso a cuatro patas para atacar a la loba plateada, intentando acorralarla en una de las esquinas donde las poderosas garras de las patas delanteras podrían, literalmente, hacerla pedazos.

Matrona, la loba negra, aterrizó sobre su lomo. El cuello de la criatura era demasiado grueso y fuerte para morderlo, así que fue a por uno de los enormes hombros y sintió cómo sus colmillos tocaban hueso.

Esta vez, la cosa gritó de dolor. Empezó a girar sobre sí misma para intentar

alcanzar a la loba negra. Viendo que no funcionaba, empezó a volverse a izquierda y derecha en un intento de tirarla.

Flap. El cuerpo de la negra restallaba casi como un látigo. Matrona se preguntó si se le rompería la espalda, pero resistió, con los dientes clavados hasta las encías en el hombro del oso gigante.

La loba de plata se puso en pie bajo ella y volvió a atacar, esta vez a la pata trasera. Si pudiese partir un hueso, la batalla acabaría definitivamente... o eso pensaba.

Detrás de la rodilla. Le llevaría unos pocos segundos llegar hasta él. Se lanzó y conectó perfectamente. Hubo otro grito cuando sus colmillos seccionaron tendones y se hundieron en el mismo cartílago de la rótula. Pero ambas lobas habían olvidado contra qué combatían.

Repentinamente, cambió de táctica y agarró la ballesta. La loba de plata no pudo soltarse lo bastante rápido. Sólo había conseguido abrir la mandíbula cuando la flecha le desgarró el cuerpo.

¡Muerte!, y todo se detuvo. El mundo se convirtió en una nube de silencio. La mujer estaba de pie frente a la loba moribunda; estaba completamente desnuda. Ya se había desdoblado antes, cuando fue al otro mundo para obtener curación para Antonius. Miró a los ojos de la criatura oso y sintió la influencia de su soledad. Los largos, solitarios, dolorosos años de silencio y desesperación. Estaba en ambos lugares a la vez, atrapada en su cuerpo moribundo, luchando por respirar mientras la flecha le hacía los pulmones pedazos y destruía su corazón mortal, aferrándose a la consciencia mientras se desvanecía por los oscurecidos pasadizos de su cerebro. Y mujer, viendo a la cosa gemir y sollozar su eterna tristeza por lo que había sido y nunca volvería a ser. Sintiendo su propia forma carnal (brazos, piernas, manos, estómago, pechos, piernas, e incluso la planta de los pies) sobre el polvoriento suelo de tela de la tienda y viendo cómo el gris cerraba sus mandíbulas sobre la muñeca de la pata delantera de la cosa en un intento desesperado por desviarle de su objetivo. *Oh, mi amor*, pensó Regeane. *Que deba dejarte así...*

Algo le dio en la mano que tenía extendida. Distinguió la forma y el tacto y siempre recordaría a aquella que lo llevaba consigo. Un bastón de endrino.

Golpeó con él. No para matar, porque sentía lástima por la cosa a pesar de toda su monstruosa oscuridad. *Desaparecer. La haré desaparecer. Fuera*, gritó, pero sólo en su mente.

Ahora muero, pensó. *Como mi padre murió a manos de Gundabald y mi madre.*

Y entonces cayó, fundiéndose con la forma de loba que yacía a sus pies, se convirtió en mujer, consciente ya de que el muro de la tienda era una cortina de fuego. Se miró, atónita ante su propio y desnudo aunque intacto cuerpo. Se convirtió de nuevo en loba mientras las llamas trepaban por el seco tejado de lona. Después, escarbando el suelo con desesperación, consiguió ponerse a cuatro patas y huir hacia la salvaje conmoción y confusión de la noche que la esperaba.

Maeniel y Regeane se sentaron en su tienda más tarde esa misma noche y hablaron sobre lo sucedido. Ella llevaba puesto el camisón, pero él quería hablar y le distraía demasiado verla vestida de seda, así que le pidió que se pusiera una de sus largas camisolas de lana.

También se ponía las camisas de lino normales de Maeniel de vez en cuando, pero él se distraía aún más si se las veía puestas, ya que no solía llevar nada debajo. El sexo es divertido cuando uno es joven y está enamorado, y ella contaba con ambas cosas. Él ya no era joven, pero también le resultaba divertido y siempre había sido así.

—¿Por qué no lo mataste?

—No sé si hubiera podido —respondió—. Si Hildegard no hubiera venido, él me habría matado. Pero de alguna forma hizo que el tiempo se detuviera y me dio su bastón de endrino. Sabía que el objeto era poderoso; todo lo relacionado con Hildegard lo es. Elegí usarlo para hacerle desaparecer.

—No me gusta —dijo él—. Hildegard pertenece a Cristo. Nosotros no. Yo rindo homenaje a Cristo —igual que tú, ya lo noté— pero no le pertenecemos.

Regeane se encogió de hombros. Estaba sentada en una silla de campamento frente a él. Se levantó la camisola, dejando las piernas al descubierto.

—Estate quieta —dijo, mientras apartaba la vista.

Ella sonrió, después se puso seria.

—No sé a quién pertenece la gente como Hildegard. La primera vez que nos encontramos, ella me defendió de un fantasma...

—Y la segunda hizo que te echaran del convento en donde vivías.

—No —dijo Regeane—. Me fui por propia voluntad. Tenía cosas que hacer. Ella vino a advertirnos a mí y a las monjas de que el asado de cerdo estaba envenenado. Yo ya lo sabía. Podía olerlo, pero ellas no y algunas podrían haber comido. Hildegard es buena. Es casi la definición de la bondad. No quise matar ni siquiera a una cosa tan malvada como él, no con algo de Hildegard.

—No sé cómo puedes estar segura acerca de ella. Por todos los cielos, la mujer ya estaba muerta cuando la conociste.

—Sí —dijo Regeane—. Lo estaba.

Por unos instantes, ambos se quedaron callados.

—Casi te pierdo esta noche —dijo él finalmente—. No ha sido uno de mis momentos más felices.

—¿Crees que eres el único que lo ha pasado mal? —preguntó ella—. Lo peor de todo para mí era saber que al morir te dejaría, quizá para siempre. Estoy segura de que los muertos no perecen, pero es lo único de lo que estoy segura sobre los mundos más allá de la muerte. Tengo razones para creer que la muerte es un viaje mucho más complejo de lo que ninguno de los vivos comprende y ¿quién sabe si alcanzaremos los lugares donde habitan nuestros seres queridos o si simplemente vagaremos

durante toda la eternidad? Ser feliz en esta vida es cuestión de tener mucha suerte. Ser feliz en la siguiente quizá también lo sea. Sólo sé una cosa... no quiero seguir hablando de ello.

Se levantó y fue hacia la cortina que separaba su dormitorio del resto de la tienda.

Maeniel se había equipado con un pabellón al menos tan grande como el de cualquiera de los nobles. La habitación delantera tenía un comedor y una sala de recepciones. Toda la casa estaba reunida en torno a una larga mesa, todos comiendo y bebiendo. Sin nada mejor que hacer cuando se convirtieron en lobos, se fueron a cazar y habían cogido dos ciervos y numerosas piezas de caza menor. En esos momentos estaban de festín, aunque el banquete comenzaba a declinar.

—¿Hambrienta? —le preguntó Maeniel a su novia.

—No, preocupada —dijo ella—. Antonius me contó que dejaste la morada real a gran velocidad.

—Antonius se quitó sus propias cadenas e hizo que las mías parecieran forzadas —dijo Maeniel—. Antonius siempre nos cubre las espaldas.

—Preferiría que no tuviera que hacerlo —dijo Regeane—. Si haces algún milagro delante de Carlos, espero que tengas una explicación sólida y buena que ofrecerles. ¿Crees que alguien notó algo?

—No, no lo creo y, si lo hicieron, de todas formas nunca creen lo que sus ojos les dicen. Ardieron más de diecisiete tiendas. Todo el campamento estaba en armas, pensaban que Desiderio se había colado de alguna forma por las montañas y había atacado al ejército durante la noche. Carlos casi tenía una derrota en sus manos sin haber siquiera librado la batalla. Les ha llevado horas a él y a sus hombres conseguir que todos se calmasen. Había muchas heridas leves, quemaduras, escaldaduras; algunos se las apañaron para apuñalarse con sus propias armas o para casi asfixiarse por sacar sus posesiones de las tiendas en llamas. Así que no, no creo que nadie notara a unos cuantos perros que corrían por el campamento en medio de la confusión.

—¿Otho? —preguntó Regeane.

—Está malherido, pero Matrona cree que vivirá y no es que ella suela acertar, es que siempre acierta. Al menos en lo que se refiere a eso. Sufre mucho dolor en su cuerpo y también una gran agonía en su mente, porque piensa que me traicionó a mí y al rey por escuchar a lo que fuera esa criatura... a la criatura que me acusó de crímenes.

—Sí que mataste a Gundabald —dijo ella en voz baja.

—¡Por favor! ¿Lo lamentas?

Dejó caer la cortina para cerrarla.

—No, no. Lucila y Antonius llevaban razón. Tenía que hacerse. ¿Qué pasa con Hugo?

—Nunca averiguamos adónde se fue. Todo el dinero de Gundabald había desaparecido. Adriano estaba convencido de que había huido llevándose sólo lo que

podía cargar. Nos encargamos del asunto antes de que tú y yo nos fuéramos de Roma.

—No me lo dijiste —dijo ella.

—Habías pasado por una horrible experiencia. No quería preocuparte pero, por lo que sé, Hugo sigue huyendo.

Regeane asintió, pero seguía pareciendo inquieta.

—Mañana Otho hablará con el rey —continuó Maeniel—. Carlos lo vio y era obvio que había sido brutalmente asaltado. Otho le dijo lo suficiente a Carlos como para limpiar mi nombre por completo.

—¿Dónde está ahora? —preguntó ella.

—En la habitación de al lado con Matrona y... Gilas. Están cuidando de él.

—Es una niña muy dulce.

—Es una puta —dijo Maeniel.

—¿Quién eres tú para juzgar?

Él asintió.

—Tomo buena nota, pero yo no la llamaría «niña dulce». Y, siguiendo con el tema, siempre me he preguntado sobre tu cariño por Silve. Fue un poco ridículo que le montaras su propio negocio, ese bar independiente en Roma. Ella hizo todo lo posible para que te quemaran viva en la estaca. ¿Por qué no la dejaste seguir vendiendo lo que había estado vendiendo toda su vida?

—Silve vende su cuerpo —dijo Regeane tranquilamente— porque es la única cosa que puede vender. Todo lo que hice fue darle un lugar de refugio donde poder hacer algo de dinero, estar cómoda y dormir sola si así lo desea. Gundabald solía pegarle. También me pegaba a mí.

—Sí —dijo Maeniel en voz baja—. Lo sé.

—No —dijo Regeane—. No siento en absoluto que lo mataras. Sólo me alegro de no haber tenido que hacerlo yo. Lo que me preocupa es... bueno, ¿dijiste que él y Hugo desaparecieron?

—Sí, lo hicieron, así que...

—¿Quién se lo comió? —preguntó ella.

Él frunció el ceño.

—Probablemente... probablemente... Sin duda, Matrona no. Ella es delicada; incluso Silvia es demasiado melindrosa. Probablemente Gavin. Él se comería cualquier cosa.

—¿Quieres decir que Gavin es la tumba de Gundabald?

—Sí, creo que sí. Nunca he abordado el tema con él, pero sí, supongo que lo es. ¿Eso te hace infeliz?

—No. Es asombrosamente apropiado, eso es todo. Tan completa y devastadoramente apropiado que Gundabald acabara como cena de Gavin, eso es todo.

En la habitación contigua, Otho se despertó y pidió agua. Matrona, que dormitaba en una silla junto a la cama, se la llevó. Estaba pálido y, aunque pesado, nadie volvería a llamarlo gordo. Llevaba una dalmática limpia, una de las de Maeniel, las suyas se habían perdido en el fuego.

—¿Te duele? —preguntó Matrona.

—No —respondió él—. Me preguntaba qué le diré al rey mañana.

Matrona no le sugirió que contase la verdad.

—¿Amas al rey? —le preguntó al conde.

—Sí.

—Entonces encuentra una forma de explicar tus acciones de manera verosímil, una que él se crea, a la vez que dejas claro que el señor Maeniel y la señora Regeane no son culpables de ningún crimen. Mi señor es leal a Carlos y puede serle de gran ayuda en su actual misión, pero sólo si es libre para hacerlo.

—Sí —respondió Otho—. ¿Me recuperaré?

—Sí —dijo Matrona—. Si haces como te digo. Posiblemente también si no lo haces, pero sería mucho mejor para tu salud que lo hicieras, en el sentido de que soy una sanadora consumada y no te gustaría perder mis servicios prematuramente.

—Oh, no. Definitivamente, no. Comprendo totalmente tus preocupaciones y las comparto. Oh, sí, querida dama, nunca seré ingrato por tus servicios. Tú y tu señora salvasteis mi vida, poniendo en peligro la vuestra. Vi la pelea, al menos algo de ella. Por supuesto, mi mente y mis sentidos estaban algo confusos, así que no puedo estar seguro de todo lo que vi pero, confía en mí, no sólo estoy dispuesto sino deseoso de ser de utilidad a tu señor y tu señora. Y estoy más que dispuesto a creer que podéis ser de gran ayuda al rey.

—Efectivamente —dijo Matrona—. Así que recupera tus fuerzas y ten la historia preparada para cuando llegue el rey por la mañana.

Fuera, en la habitación común, Antonius, Bárbara y el sajón estaban jugando al ajedrez o, mejor dicho, Antonius y Bárbara jugaban y el sajón les observaba.

—Mate en tres movimientos —le dijo Bárbara a Antonius.

Él estudió su posición durante dos minutos y después cogió el tablero y le dio la vuelta.

Bárbara comenzó a reír.

—Esto hace tres juegos —dijo el sajón—. ¿Por qué no pruebas con otra cosa? Tabas, dados... algo en lo que ella no sea tan buena. Venga, tómate una cerveza.

Antonius fue hacia una mesa lateral en la que había vino, fruta y queso.

—¡No! Dios me libre de ese meado de cerdo alemán. Y por lo de ser buena en el juego, yo... yo la enseñé.

Bárbara se rió aún más fuerte y le dio un codazo al sajón en las costillas.

—Mal perdedor. Puedes darme una cerveza a mí. No me quejaré.

El sajón llenó una copa y se la acercó. Antonius se sirvió una copa de vino para él y después comenzó a recoger las piezas del ajedrez de marfil para colocarlas en su caja.

Satisfecha con saber que Otho la llamaría si la necesitaba, Matrona entró en la habitación y se unió a los jugadores.

—¿Dónde están? —preguntó.

—Todos ahí dentro —el sajón inclinó la cabeza para indicar la habitación de Maeniel y Regeane.

Matrona también se sirvió una copa de vino. Después se acercó y descubrió la cortina para echar un vistazo al interior del dormitorio.

—Oh, cielos —dijo—. Y aquí, entre todos los lugares posibles.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Bárbara—. No miramos. Queríamos, pero saber demasiado sobre algunas de las cosas que ocurren... —su voz se fue apagando. Tomó otro trago de la cerveza del sajón, un líquido oscuro, con un rico sabor a malta—. Esto me gusta —le dijo al sajón.

Él asintió y gruñó:

—Te hace mear mucho. Más que el vino. Es más sano —parecía virtuoso—. Limpia los desagües.

—Creo que es la primera vez que lo oigo expresar así —dijo Bárbara.

—¿Qué están haciendo? —le preguntó Antonius a Matrona.

—Sólo duermen juntos —respondió.

Antonius parecía espantado.

—Duermen. Sólo duermen —repitió Matrona—. Si quieres, puedes mirar.

—No. Estoy cansado. Debe de estar a punto de amanecer. Creo que me voy a acostar. Hay muchas cosas que no sé y aún muchas más cosas que no quiero saber y ésta es una de ellas. —Como oficial de la corte de alto rango, tenía su propia tienda en un carromato.

El sajón se levantó, se limpió la boca y apartó la cortina. La habitación estaba repleta de lobos. Estaban apilados sobre la cama, en el suelo y sobre las alfombras persas que cubrían el suelo. Como líder, el lobo gris era el que estaba más cerca de un brasero encendido. La loba de plata se acurrucaba en la curva de su cuerpo, el hocico sobre el cuello del gris. Gavin se apoyaba en su espalda. Mientras el sajón miraba, gimió en sueños y sus garras temblaron. El sajón podía reconocer a casi todos incluso de esta forma: Joseph; Gordo, un vagabundo de las montañas españolas; Silvia, gorda como mujer y enorme como loba. Todos juntos en manada, durmiendo profundamente. Cerró de nuevo la cortina.

—Juntos en manada —dijo, repitiendo su pensamiento.

—Sí —dijo Matrona—. Deben recordarlo de vez en cuando.

Antonius y Bárbara se habían ido. Todas las damas tenían sus propios carromatos.

—Les honramos —dijo el sajón—. El lobo es un amigo de confianza, un mal enemigo, fiel a los suyos. Gentil con su mujer, padre devoto para sus hijos, casto y

atento a sus obligaciones para con la manada. ¿Qué hombre podría pretender ser más virtuoso? Así se dice. Así lo creo. Los dioses trajeron al lobo aquí para nuestra enseñanza, para que supiéramos cómo comportarnos. Después nos dieron un talismán, una señal de nuestro pacto, que ellos cuidaran de nosotros como nosotros cuidamos de ellos.

Matrona fue hasta la mesa y apagó la lámpara.

—Entonces, ¿nuestra forma de vida no te incomoda en absoluto?

—No —respondió—. Me siento como si, tras un largo viaje, hubiera llegado a casa.

Después cogió su piel de oso, se enrolló en ella y se dispuso a dormir en el suelo.



4

Silve llevaba pocas horas despierta. Se asomó a través de las contraventanas que aislaban su bodega mientras se preguntaba si merecía la pena abrir tan temprano. La mayor parte de su clientela no empezaba a aparecer hasta después de la puesta del sol y la mayoría se comportaba furtivamente incluso entonces, por lo que prefería las sombras y los lugares con poca iluminación para comer y beber.

Silve intentaba satisfacerlos, mantenía las luces bajas, las cantidades de vino honestas y la comida que servía barata, abundante y siempre fresca. Ante la más absoluta y total sorpresa de todos, triunfaba como mujer de negocios. Aunque hasta los taberneros de las zonas más deprimidas de la ciudad eterna no le darían la bienvenida a los clientes de Silve, ella prosperó porque los aceptaba tal y como eran.

Ninguno de ellos era ni remotamente honesto, así que sólo aceptaba efectivo. La mayoría eran ladrones, algún que otro asesino, bravucones que peleaban por dinero de forma encubierta y un grupo más público de mercenarios asesinos que eran contratados por nobles enfrentados o por cualquier otra facción en cualquier parte de la dividida Italia. Todos ellos agradecían un lugar tranquilo donde comer, beber y hacer transacciones de negocios antes de comenzar sus rondas nocturnas. Eso era lo que Silve les ofrecía.

Y, a cambio, sus agradecidos aunque violentos clientes mantenían el orden en la taberna. A pesar de que se producían bastantes asesinatos en el área circundante, ninguno podía conducir hasta la ahora muy respetable propietaria.

No era más de la séptima hora, tarde noche. La única criatura a la vista era el gato atigrado de su vecino y todo lo que hacía el gato era dormir al sol, tumbado con la blanca barriga mirando hacia arriba, las patas al aire, la viva imagen de la relajación más absoluta.

Silve bostezó y pensó en la posibilidad de volver a la cama. Puede que todavía

fuera capaz de esbozar una siestecita antes de la noche. Se empezaba a dar la vuelta cuando apareció un hombre y se puso a golpear suavemente, muy suavemente, en los cierres. El gato en el umbral de la casa de enfrente ni se inmutó.

Ella pensó en subir las escaleras, volver a la cama e ignorarle, pero estaba bastante segura de que era uno de sus habituales. Pocos más irían cubiertos con capa y capucha en una tarde cálida. Así que describió el cerrojo y abrió uno de los cierres.

El hombre se coló dentro.

Silve se puso detrás del mostrador.

—Todavía no tengo ninguna comida preparada, pero...

Después pudo echar un vistazo más atento a su cara.

¡Hugo!

El bofetón la derribó. Él apoyó una rodilla en el suelo y le puso un cuchillo en la garganta.

—¿Dónde está tu dinero? Sé que este sitio es tuyo y que es próspero. Así que, ¿dónde está el dinero?

Silve trató de apartarse de él usando los codos. Estaba de espaldas contra el suelo, pero Hugo la cogió por el pelo con una mano y acercó más el cuchillo a su arteria carótida.

A ella nunca antes le había asustado Hugo; él estaba completamente dominado por su padre, Gundabald. Pero sí que le asustaba este Hugo. Estaba más delgado, parecía mucho más viejo y ya empezaba a perder los dientes, pero sus facciones habían adquirido un aspecto salvaje del que carecían cuando era joven. Daba la impresión de haber tenido que luchar por sobrevivir y eso no había mejorado ni su juicio ni su temperamento.

—Silve. —La punta del cuchillo hizo correr un poco de sangre.

—Sí, sí, Hugo —susurró—. Dinero. Está arriba en el dormitorio. Deja que me levante, ¿de acuerdo? Iré a por él.

Otro hombre entró en la tienda, seguido por un tercero. Parecían, si es que era posible, mayores y más maltratados que Hugo. A uno le habían recortado las orejas y al otro le faltaba una mano.

—Wedo, ve a por él —le ordenó Hugo al de las orejas.

Wedo pasó rápidamente por su lado para subir las escaleras al fondo de la tienda. El tercer hombre observaba la calle con inquietud.

Silve aprovechó la momentánea distracción para ponerse de pie e intentar alejarse lo más posible de Hugo.

—Adelante, adelante —animó el manco a Hugo—. Ya te ha dicho dónde está. Termina con ella, imbécil. Termina con ella.

Hugo enseñó los dientes y se lanzó sobre Silve. Pisó al gato.

El gato no sufrió daños —esto se supo mediante investigaciones ulteriores—, pero el espantoso chillido resultante, que probablemente despertó de la siesta a todos los habitantes de la manzana, permitió que Silve pasara por encima de la barra.

Después no estaba segura de si había dado un salto de altura, un salto de longitud o si simplemente le habían salido alas y salió volando, pero en un segundo estaba al otro lado de la barra y corriendo por la calle, dejando escapar gritos lo bastante largos, fuertes y llorosos como para acabar con la siesta de cualquiera que hubiese sido capaz de seguir durmiendo tras el chillido de angustia del gato.

Media hora más tarde estaba sentada en el jardín de peristilos de Lucila mientras sus doncellas le aplicaban reconstituyentes y la temible Lucila intentaba sonsacarle una historia coherente.

—¿Estás segura de que era él?

Silve dejó de toser y sollozar el tiempo suficiente como para decir, con gran indignación:

—Por supuesto que estoy segura de que era él. Iba a mataaaarmeeee.

—Empiezas a hacerme desear que lo hubiese logrado —le espetó Lucila—. Mujer, contrólate y responde a mis preguntas como es debido.

Dulcinia, la cantante, estaba con Lucila, como solía estarlo habitualmente. Silve había acudido primero a Dulcinia, aterrorizada de que Lucila la matase. Hugo era, en el mejor de los casos, un hombre perseguido. Lucila, el papa e incluso, sólo posiblemente, el duque lombardo Desiderio deseaban tener una charla con él. El tipo de charla que uno mantiene en una habitación en la que los potros, los hierros candentes y las empulgueras son los muebles más destacados. Lucila podría creer —dios nos libre— que Silve le había dado dinero a Hugo por propia voluntad o que albergaba en su corazón un secreto cariño por él.

Dulcinia, viendo la condición emocional de Silve, comprendió que éste claramente no era el caso y la condujo de inmediato hasta Lucila. Prometió interceder ante ella si la dama se ponía irritable.

—Por favor, Silve —rogó Dulcinia—. Intenta calmarte un poco y contar a nuestra ilustre patrona lo sucedido.

Dulcinia escurrió un paño en una palangana con agua y lo colocó con sus manos de largos dedos sobre la frente y los ojos de Silve; después, le dio un pañuelo limpio.

—Ahora suénate la nariz, chica, e intenta decir algo con sentido.

Silve se la sonó y después respiró profundamente. En la oscuridad, donde no tenía que mirar a la cara de desaprobación de Lucila, se sentía mejor.

—Eso es —la arrulló Dulcinia—. Buena chica.

—Realmente no sé nada más excepto que era Hugo —dijo Silve—. Dio unos golpecitos en mis contraventanas. Estaba cubierto con una capa y una capucha, así que no podía saber quién era, así que pensé... yo pensé...

—No nos interesa lo que pensaste —dijo Lucila con una voz terrible.

Silve rompió a llorar de nuevo.

A Dulcinia se le acabó la paciencia.

—Ya está bien, parad. Las dos. Silve, deja de aullar como una gata callejera en celo y tú, Lucila, deja de asustarla.

—Pensó que era uno de sus clientes habituales. Todos sabemos qué tipo de gente frecuenta el establecimiento de Silve.

Silve tragó saliva.

—Sí, eso es lo que pensé. Pero no lo era. Era Hugo. Yo estaba en el suelo y Hugo me puso un cuchillo en el cuello y me dijo que quería dinero. Le dije dónde encontrarlo.

—¿Había más hombres con él? —preguntó Lucila.

—Sí, dos. Proscritos.

—¿Proscritos? —preguntó Lucila.

—Uno tenía las orejas recortadas; el otro sólo tenía una mano. Hugo llamó al de las orejas Wedo. No dijo el nombre del otro, el manco. De todas formas... —los ojos de Silve se abrieron de miedo—. ¡Ése le dijo a Hugo que terminara conmigo! Vino a por mí y pisó al gato...

—¿Quién fue a por ti? ¿Y qué tiene el gato que ver con todo esto? —preguntó Lucila.

—Hugo fue a por mí y él pisó al gato. Es una gata amarilla, negra y blanca. Pertenece a mi vecino del otro lado de la calle y a veces viene a mi tienda. A por las sobras. La alimento porque caza ratones para todo el mundo, no sólo para su dueño, y además...

—Ya empiezo a saber mucho más de la cuenta sobre esa gata —la interrumpió Lucila—. Ahora, Silve, respira hondo y dime lo que hizo Hugo después de pisar a la gata.

—No lo sé porque, cuando chilló, todo el mundo dio un salto y yo corrí y corrí y corrí... hasta que llegué a la villa de Dulcinia. Y... —Silve comenzó a sollozar de nuevo.

—No creo que haya ningún tipo de duda. Es Hugo —dijo Dulcinia.

Lucila se levantó y fue a llamar a sus guardias.

—No te preocupes —le dijo Dulcinia a Silve—. Ahora tienes amigos, amigos poderosos. Te protegeremos. Esta noche mandaré a uno de mis hombres contigo a la taberna y después podemos reunirnos de nuevo por la mañana para decidir qué hacer. Ahora, cálmate y ve a echarte. El médico de Lucila irá a verte.

—No necesito ningún médico. No me pasa nada malo —añadió Silve.

—Sí que lo necesitas, querida. Puede que todavía no te hayas dado cuenta, pero tienes un ojo morado muy feo. Venga, vete con los sirvientes y haz lo que te digan —dijo Dulcinia mientras las doncellas de Lucila guiaban a Silve.

Dulcinia pasó unos tranquilos minutos sola hasta que regresó Lucila. Sin embargo, no estaba sola. Dentro de la mente de Lucila siempre sonaba la música. Era famosa por su voz y a veces componía sus propias melodías para poemas que convertía en canciones. En esos momentos intentaba encontrar un tema que expresara la belleza de los jardines de Lucila al anochecer. La belleza del eterno gorjeo de las fuentes, los sutiles aromas de las hierbas y flores que crecían a lo largo de senderos y

arriates. Muy cerca, una rosa en flor mezclaba su fragancia con la del tomillo blanco y la salvia de suaves flores azules. Algo, quizá jazmín, la acariciaba de vez en cuando con su deliciosa esencia.

Un ajeno de follaje plateado y aterciopeladas flores amarillas resplandecía débilmente a los primeros rayos de luna. Lucila regresó y se sentó junto a Dulcinia.

—Gracias por traerla aquí. Es una noticia realmente importante. Siento haber sido tan impaciente con Silve, pero su histrionismo me resulta exasperante.

—Sí, pero hoy estás irritable. Creo que si yo hubiera pasado por la misma experiencia que Silve, también estaría histérica.

—Tonterías —dijo Lucila—. Nunca en toda tu vida, ni siquiera de niña, te has comportado tan mal como Silve en su mejor momento. Cuando Regeane me pidió que supervisara la «operación empresarial» de ese bicho, me puse furiosa. Pero, por supuesto, no dejé que Regeane lo notara. Estuve de acuerdo. Regeane había hecho demasiado por mí, por Adriano, por todo el mundo, para que le negase esa petición tan relativamente modesta. Cuando pienso en lo que esa chica pasó a manos de sus repulsivos parientes, del grupo lombardo, de todas las facciones que se enfrentan aquí en Roma, se me hiela la sangre. Atada a una estaca, mientras observaba como su campeón luchaba por salvarle la vida. Sabes que llegaron a...

—Encender el fuego —terminó Dulcinia—. Sí, yo estaba allí. Como también lo estaban todos los habitantes de Roma de entre dos y noventa años. Y ahora uno de esos mismos parientes ha vuelto. Listo para causarle más problemas a la pobre niña.

—No si le pongo las manos encima —dijo Lucila—. He alertado a Adriano, a la guardia papal y he mandado a mi propia gente a rastrear la ciudad, pero no creo que encontremos a Hugo. Ni siquiera ese desagradable hijo de perra es tan estúpido. Además, alguien está con Silve y su tienda estará vigilada día y noche. A veces la detesto, es cierto. No la he perdonado por hablar en contra de Regeane cuando la chica sólo intentaba salvar el piojoso pellejo de Silve. Regeane la perdonó y después incluso consiguió ponerla bajo mi protección. Y todo aquel que está bajo mi protección debe mantenerse a salvo a toda costa. Mi reputación lo exige. Lo que estoy haciendo ahora es intentar pensar en alguna forma de desacreditar a Hugo ante Desiderio. Porque, tenlo por seguro, mi amor, es a Desiderio a quien Hugo se va a dirigir. Todos tenemos tantos deseos de acoger a esa rata como de cobijar a una colección de sanguijuelas o a cualquier otro tipo de plaga.

—¿Estás segura? —preguntó Dulcinia.

—Completamente. Es probable que Hugo esté en la miseria. Nos engañaron espléndidamente cuando abandonaron a Regeane y transfirieron sus lealtades a la facción lombarda de Roma. Maeniel es un hombre bondadoso y posiblemente les hubiera pagado para que se mantuviesen alejados pero, cuando intentaron asesinar a Regeane por vía judicial, fue demasiado hasta para su estómago. Regeane había intentado evitar que yo les hiciera cortar el cuello y, si se hubiesen mantenido en un segundo plano, puede que hubiese accedido a sus deseos. Pero esos bastardos

pensaron que podían marcarse un tanto y vengarse de Regeane por haberse cruzado en su camino. Fallaron. Gundabald está muerto.

—¿Estás segura?

—Sí —dijo Lucila—. Estoy segura. Pero ninguno de nosotros, ni yo, ni Adriano, ni Maeniel, pudimos encontrar huellas de Hugo y, créeme amor, todos tenemos diferentes pero altamente eficaces métodos de búsqueda. Mi suposición es que Gundabald le dijo a Hugo que iba a contarle a Maeniel con qué tipo de esposa se había casado. Maeniel ya lo sabía y la información fue, digamos, redundante.

—Eso me perturba —dijo Dulcinia—. Yo conocí a Regeane. Me gustó. Pero tú y Silve a veces habláis de ella como si no fuese del todo humana.

—Sí, sí... —respondió Lucila—. Pero a veces la ignorancia es mucho más segura que algunas clases de conocimiento. Así que, por favor, no te preocupes por eso, mi amor. En cualquier caso, Gundabald no volvió. A Hugo las tripas se le hicieron agua. Seguro que en cuanto consiguió salir de la botella corrió lo más rápido que le fue posible. Entre una cosa y otra, Gundabald había amasado una cantidad de dinero considerable, así que Hugo se tomó un momento para arrasar con él. Una lástima, pensaba que alguien le cortaría el cuello a la pequeña comadreja para robarle sus ilegales ganancias, pero parece que no ha sido así. Ahora ha regresado para vender la única cosa de valor que tiene... información.

Dulcinia estaba complacida. No había visto a Lucila tan animada desde hacía meses. Ya empezaba a pensar que su adorada amiga estaba a punto de sucumbir a la vejez, pero ahora parecía revitalizada. Sí, Dulcinia se dio cuenta de que Lucila estaba simplemente aburrida. En su juventud había sido absorbida por una feroz lucha por sobrevivir. Después, su asociación con Adriano la había llevado hasta la política y pasó su madurez batallando contra la facción, lombarda, que estaba determinada a obtener el control del papado.

Ahora los lombardos habían sido derrotados, al menos en sus planes con respecto al papado. Adriano era papa. Los hijos de Lucila eran mayores: su hijo Antonius estaba con Regeane, su hija Augusta se había casado con un miembro de una de las familias más acaudaladas y socialmente prominentes de Roma. Lucila estaba protegida, era rica y muy respetada en casi todos los ámbitos, pero se encontraba aburrida y solitaria.

Regeane y Antonius se habían ido. Adriano y Lucila eran todavía amantes, pero él estaba cada vez más involucrado en asuntos administrativos, tanto seculares como sagrados. Quince minutos de conversación con Augusta eran suficientes para inducir un coma o un arrebató de furia, dependiendo de si le parecía más apropiado instruir a su madre sobre política o sobre sociedad. Augusta no sabía nada sobre lo primero y demasiado sobre lo segundo. En cualquier caso, Lucila se encontraba sola y con pocas cosas que hacer.

¡Pero ahora...! El regreso de Hugo introducía en la vida de Lucila algunos nuevos e interesantes problemas.

Dulcinia sonrió.

—Esto no es cosa de risa —dijo Lucila.

—Por supuesto, pero es tarde y creo, si no recuerdo mal, que me invitaste a cenar esta noche. No he comido ni un bocado desde esta mañana. Me salté el almuerzo y después llegó Silve y...

—Oh, dios mío —Lucila se dio una palmada en la frente—. Se me había olvidado. Recibí un cargamento de alcachofas y un barril de ostras y el cocinero prometió preparar alcachofas al estilo siciliano con un relleno de jabalí hecho a base de aceite de oliva, queso y miga de pan. Y las ostras, crudas con una salsa agria de mantequilla y limón. Y, por si fuera poco, tengo una maravillosa ánfora de Farlenum de seis años de cosecha propia.

—Vaya festín —exclamó Dulcinia—. ¿Sólo nosotras dos?

—Sí, pero mucho me temo que tendrás que cantar a cambio de tu cena.

—Siempre es un placer cantar para ti, mi amor.

Y las dos mujeres se fueron juntas, cogidas del brazo.

Hugo y sus amigos se habían refugiado en una tumba alejada de las puertas de la ciudad, en el camino a Lombardía. La tumba no era romana, ni siquiera era una tumba etrusca del periodo anterior, en el que la riqueza proporcionada por el hierro y el comercio griego hizo florecer una civilización en Etruria. Se trataba de una aún más antigua, de la edad de bronce, cuando los muertos no eran separados de sus familias y se les devolvía a los suyos para que sus huesos fuesen enterrados bajo los suelos de las casas y fueran objeto de sacrificios como antepasados venerados. Así que era un lugar extrañamente vacío, tranquilo pero desierto, hecho de piedra decorada, pero sin argamasa, en forma de colmena, con un cuenco cerca de la puerta para el agua lustral y, a veces, para el fuego sagrado; tanto el fuego como el agua se usaban para santificar los ritos funerarios.

Pronto sería de noche. Hugo y sus cohortes engullían algo de pan y un trozo de queso que habían logrado robar de la taberna de Silve. Hugo sólo le había dado a sus amigos unas cuantas monedas de plata y se había quedado con el resto.

—Después de todo, es mi mujer. La tienda es mía y puedo hacer que la venda y...

—Si lo haces, eres un imbécil —dijo el hombre de orejas recortadas llamado Wedo.

—¿Por qué? Lo he estado pensando y ella es mi esposa. Nos casamos antes de que me fuera de casa y...

—Si Roma es como las otras ciudades en las que he estado —susurró Wedo—, una mujer sola o, igualmente, un hombre solo no podría ser propietario de ningún negocio... no sin la protección de los poderosos.

—Silve es una zorra. No tiene amigos en la nobleza.

—Ahora sí —dijo Wedo—. Cuenta con ello. Por lo que me has contado, Silve

ganaba como mucho unas cuantas monedas por noche vendiéndose a los borrachos en la trastienda de las tabernas. Yo vi ese bar. Un mostrador con cajas de vino, mesas, sillas... Y arriba era más agradable. Una cama con cortinas alrededor, sábanas de lino, mantas de lana y tres vestidos y más de tres delantales, todos colgados de clavos en la pared. Esa mujer tuya tiene amigos, seguro. Si Gimp y tú no hubieseis sido tan idiotas y no la hubierais asustado, le habríamos sacado aún más.

Gimp agachó la cabeza e intentó parecer invisible.

—No, chico, vuelve allí —dijo Wedo— y lo próximo que cocine Silve será tu pellejo. Y ahora, ¿qué tal si dividimos decentemente lo que sacamos de tu mujer? Después podremos seguir cada uno nuestro camino en paz.

Hugo terminó de comer, se levantó, se sacudió las migas de pan y la grasa de las manos y después fue a orinar al cuenco en donde antaño se guardaba el agua para los ritos de los sacrificios.

No, pensó mientras el chorro caía sobre el meandro que una vez marcara el camino que los muertos debían seguir hacia el paraíso. No, no quería darle más dinero de Silve ni al hombre llamado Gimp ni a Wedo. Necesitaba cada moneda si iba a conseguir audiencia con alguno de los sirvientes de Desiderio.

Muy a su pesar tuvo que admitir que Wedo tenía razón. Era imposible que una chica como Silve hubiese ganado lo bastante, ni siquiera con un protector generoso, para pagar por un establecimiento así. La única persona que se le ocurría con la suficiente compasión como para ayudar a Silve era Regeane.

Hugo temía a Regeane, pero pensar en Lucila o Maeniel le helaba la sangre en las venas. Comparada con cualquiera de ellos, Regeane era una mujer dulce. Maeniel lo mataría sin pensarlo nada más verlo y Lucila haría algo peor: haría que le torturaran hasta estar segura de que no tenía nada más que contarle y, después, lo asesinaría de la forma más dolorosa posible. Eso era justo lo que ella le había prometido. Él había presenciado la tortura de Lucila a manos de los hombres del duque lombardo.

Terminó de orinar y regresó al lugar en el que sus compañeros comían. Vacilación. La vacilación le había costado la oportunidad de matar a Silve. Así que no vaciló. Agarró a Wedo del pelo, le echó la cabeza hacia atrás y le rebanó el cuello.

Gimp levantó la cabeza con aspecto sorprendido pero, un segundo más tarde, la bota de Hugo le dio en la punta de la barbilla. No sintió cómo el cuchillo de Hugo le perforaba la garganta desde delante y cortaba la espina dorsal en la espalda.

De repente, la tumba quedó en silencio. Hugo había matado a otros hombres antes, el primero en una pelea de taberna no mucho después de la muerte de Gundabald. Pero solía ser más difícil que esta vez y le seguían muchas más complicaciones. Sentía, sin embargo, que no sería prudente quedarse, así que limpió su cuchillo en la camisa de Wedo, registró ambos cadáveres y notó mientras lo hacía que de la garganta de Wedo todavía brotaba un oscuro riachuelo de sangre.

Como era de suponer, Gimp no tenía nada. Pero Wedo guardaba dos monedas de oro que debía de haberse quedado cuando sacó el dinero de la caja fuerte de Silve.

Hugo se felicitó por haber abordado el problema de tratar con sus dos compañeros de la forma más sensata. Necesitaba deshacerse de ambos. Hubieran supuesto una vergüenza segura en la corte lombarda. Y las dos monedas de oro le ayudarían mucho cuando llegara el momento de escenificar el espectáculo necesario para ganarse a Desiderio.

Después se levantó y dejó la tumba.

El brillo de la tarde noche le picó en los ojos durante un segundo. Dio un furtivo vistazo alrededor, pero estaba absolutamente solo. El único sonido era el producido por los insectos que cantaban en la nueva y alta hierba y la única cosa en movimiento al alcance de la vista era un remolino de polvo que giraba sobre las piedras del antiguo camino romano hacia Lombardía.

Comenzó a andar, con la intención de poner toda la distancia posible entre él y los cadáveres que dejaba atrás.

Dentro de la tumba, Gimp empezó a moverse; la sangre oscura de su vena yugular fluía más rápido mientras él recuperaba la consciencia.

En el camino del exterior de la tumba la brisa de la tarde paró y el remolino de polvo desapareció mezclándose con el aire como una espiral de humo. La conciencia que viajaba en él pendía inmóvil, indiferente al movimiento o a la quietud. Recordaba una especie de lúgubre malicia, pero eso era todo. Se estaba desvaneciendo; sin energía humana de la que alimentarse, pronto se disiparía de la misma forma que la espesa niebla lo hace a la luz del sol, desvaneciéndose en tenues filamentos hasta desaparecer por fin.

Los guardianes de la tumba ahora eran sólo sombras. Las últimas procesiones de las que tenían memoria ocurrieron hacía mil años. Dormían y soñaban con gente ya perdida que llevaba ofrendas de trigo, fruta y flores para agasajar a los fallecidos antes de quemarlos en una pira. De esta forma, los espíritus podían comenzar el viaje hacia la lejana tierra de los muertos. La gente que conocían ya no existía, el mundo había cambiado tanto que ya no consideraba necesaria su intercesión. La única razón por la que permanecían allí era porque algunos granjeros de los alrededores venían para hacer ofrendas de aceite y vino, en la creencia de que tales ofrendas traían buena suerte.

Siempre lo habían hecho. Desde tiempos inmemoriales.

Los guardianes dormían incluso cuando los pastores usaban la antigua tumba para refugiarse del mal tiempo con sus ovejas. Porque los pastores, nada tontos, hacían todas las ofrendas que podían y estos espíritus comprendían las eternas necesidades de los que luchan para ganarse la vida en la tierra polvorienta y caliente cercana al mar. Las comprendían, de hecho, mucho mejor que sus equivalentes posteriores, y eran más tolerante y amables.

Pero Hugo los había despertado, primero profanando el antiguo cuenco y después derramando la sangre de sus compañeros. No hubieran hecho mucho por vengar su vandalismo —no podrían haber hecho mucho, porque ahora eran débiles y borrosos

—, pero sintieron tanto la fuerte presencia del camino como la fútil lucha de Gimp por vivir. Así que lo invitaron a entrar.

Antonius se levantó primero. Dejó su carromato en el campamento, eligió una tienda, una de las usadas por la gente de Maeniel, y le quitó los muebles. Joseph llegó poco después. Quería salir a orinar, pero tras asomar la nariz por la puerta de la tienda de Maeniel decidió que hacerlo en un árbol como lobo podría suponer complicaciones. Había lo que para él era un incómodo número de humanos paseando por allí. Se transformó en hombre, se vistió y fue capaz de encontrar una trinchera cercana. Después volvió con parsimonia —Joseph nunca se movía más rápido que con parsimonia— a la tienda que compartía con Gavin.

—¿Qué haces? —le preguntó a Antonius, que estaba dibujando líneas y círculos en el suelo de arena de la tienda.

—Ah, bien, alguien está levantado. Necesito rocas, de todos los tamaños, pequeñas y grandes; al menos cuatro o cinco cubos de barro; y algunas ramas verdes.

Joseph, que no le tenía mucho cariño al trabajo, miró a Antonius incrédulo.

—¿Por qué?

—Eso no importa. Tú tráelo. Estoy ocupado.

Joseph consideró la posibilidad de preguntarle a Maeniel si debía obedecer a Antonius, pero era lo bastante listo como para saber que su líder diría que sí y, si era lobo en esos momentos, acompañaría el sí con un mordisco en el hombro.

—Y date prisa con eso.

Una hora más tarde, Antonius había construido una maqueta bastante buena de las montañas en el suelo de la tienda de Joseph. Usó el barro para las colinas menores, el follaje para el bosque y las rocas para los picos más altos. Ciertamente, era esquemático, no estaba hecho a escala e ignoraba cierto número de detalles, pero era lo bastante claro para Maeniel, que había vivido en las extensiones alpinas muchos más años de los que a Antonius le gustaba pensar.

No mucho después de que él y Regeane se unieran a los otros en la fortaleza de las montañas, una noche Antonius había abarrotado de vino a Gavin hasta dejarlo en un estado de borrachera profunda. Gavin balbució sobre varias cosas: César —el primer César, el que le dio su nombre al resto—, Britania, una poderosa hechicera, romanos —romanos imperiales a quienes, según Gavin, Maeniel había conocido bien— y todo tipo de rarezas. Antonius no se creyó ni la mitad de lo que le contó Gavin pero, si algo era cierto, aunque sólo fuera una décima parte, Maeniel era un hombre mucho más extraño y poderoso de lo que él se hubiera imaginado nunca.

En todo caso, le mostró la maqueta a Maeniel para su aprobación.

La recibió. Maeniel hizo algunos cambios, no muy importantes, y declaró que era una reproducción fiel.

En ese momento llegó Arbeo para anunciar que el rey estaba desayunando con

sus nobles y que llegaría en breve. Regeane se retiró a su habitación dejando a los demás para que recibieran al rey.

Se tumbó en la cama y cerró los ojos.

Bárbara y Matrona entraron.

—¿Qué te pasa? —preguntó Bárbara.

—Me duele la cabeza —respondió Regeane.

Bárbara se puso en jarras.

—A ti nunca te duele la cabeza.

Matrona miró a Regeane especulativamente.

—Ahora me duele —dijo Regeane de inmediato.

Bárbara miró a Matrona. Se sentía perdida, pero Matrona simplemente observó a Regeane, mirándola con ojos opacos y oscuros.

—Creo que tengo algo para esa jaqueca —dijo y volvió con un espejo etrusco. Se lo dio a Regeane.

—Oh, es ese tipo de jaqueca —dijo Bárbara.

—Sí —contestó Matrona.

—No quiero mirar —insistió Regeane.

—¿No? —preguntó Matrona—. ¿Por qué no?

—Me da miedo lo que pueda ver. En Roma miré antes del juicio y me vi arder.

—Lo sé —dijo Matrona—, y no podías saber que un segundo después extinguirían el fuego. Pero seguiste adelante con valentía y harás lo mismo ahora.

Bárbara fue hasta una de las sillas plegables y se sentó. Esta gente tenía presciencia, hasta ahí llegaba Bárbara. No los consideraba afortunados. El conocimiento del futuro era un don perturbador, mucho más propenso a ser doloroso que a no serlo.

Durante un segundo, Regeane sostuvo el espejo en la mano, presionándolo contra su cuerpo supino.

Matrona se acercó al brasero de la esquina, con el que se pretendía calentar la habitación durante las frías noches de invierno. Las brasas estaban casi apagadas. Sólo seguía ardiendo un pequeño grupo en el centro, cubierto de cenizas blancas; las demás estaban negras y muertas. Matrona tiró algo a las brasas.

Regeane se vio sentada en un bosque poblado de innumerables y gigantescos árboles. Los troncos se elevaban como los pilares de una gran iglesia, sin ramas hasta que alcanzaban mucha altura. Allí en lo alto cosechaban la luz del sol, dejando el suelo envuelto en profundas sombras llenas de los desechos de mil inviernos, que a su vez formaban una alfombra suave y elástica. El suelo del bosque quedaba salpicado de rayos de sol únicamente cuando el viento movía las enormes copas de los árboles en un abismo de susurros, el sonido eterno casado de alguna forma con el silencio eterno.

En la cama, Regeane sintió un destello de pánico. Estaba aquí, pero no lo estaba, como había estado en la tienda cuando se enfrentó al ser oscuro. Podía ver a Matrona

y a Bárbara, la habitación y sus muebles, pero de algún modo el bosque increíblemente antiguo parecía más real que las sombras de las personas y las cosas que la rodeaban, así que se sentó y miró en el espejo.

El viento se movía por el bosque, un destello de luz iba y venía. Después se desvaneció, de la misma forma que la niebla ante el sol.

—¿Y bien? —preguntó Matrona.

—Ha sido decepcionante —dijo Regeane.

—¿Qué viste?

Los labios de Regeane se torcieron de asco.

—¡Hugo!

Matrona se rió entre dientes.

—¿Eso es todo?

—Bueno —dijo Regeane— parecía tener miedo.

Hugo tenía miedo.

Gimp le había alcanzado.

Hugo compró pan y queso en una granja no muy lejana. No había visto hombres, pero el lugar estaba fortificado y las mujeres suspicaces. Pero, cuando les ofreció plata, encadenaron a los perros y le vendieron pan de cebolla mezclado con aceitunas negras y suave queso blanco en un tarro de cerámica. Tenía el gusto fuerte y ligeramente ácido del queso de cabra. Era pesado, salado y estaba cubierto por una corteza gruesa y pálida, pero la parte interior era cremosa y sabía bien.

El paisaje llano estaba desierto y el camino romano se reducía a un rastro de polvo, a veces sólo indicado por los cipreses que los ingenieros romanos plantaban a lo largo de los márgenes. Aquí y allí se veían las ruinas de una granja abandonada hacía tiempo, con el patio cubierto de altos hierbajos.

Una vez vio lo que había sido una gran villa y casi fue a pedir hospitalidad durante la noche, pero sólo le llevó unos cuantos pasos darse cuenta de que las contraventanas, aún cerradas, estaban ennegrecidas por el fuego y los campos y pastos a su alrededor estaban llenos de malas hierbas. El edificio vacío, que debía haber cobijado seres humanos hasta hacía poco, le daba una curiosa sensación de intranquilidad. Notaba como si hubiera ojos observándole a través de las grietas de los cierres achicharrados y algo vagara por las vacías habitaciones sin tejado tras ellos.

Se apresuró. Estas llanuras, objeto de incursiones desde el mar y de luchas entre los estados lombardos y el papa, habían sido despobladas siglos atrás. Sólo resistían unos cuantos fuertes. Ahora, incluso estos caían al extenderse los disturbios internos y externos.

Empezaba a temer no encontrar un lugar seguro donde pasar la noche cuando vio los restos de un pueblo justo frente a él. Como casi todas las estructuras actuales,

estaba situado en el punto más alto en kilómetros a la redonda.

En ese preciso momento el camino romano se desvaneció, desapareció, arrastrado por las riadas del invierno que habían formado un pequeño barranco que llegaba hasta el mar. Al borde del camino Hugo se dio cuenta de que, si se volvía y seguía el barranco seco, le llevaría hasta el pueblo que se veía en la distancia.

Cuando llegó hasta él vio que, lejos de ser un pueblo, había sido una pequeña ciudad, pero casi toda ella había desaparecido, rota y desgastada por los torrentes creados por el barranco. Era imposible discernir si su abandono había sido causado por la destrucción de las inundaciones o si había sido abandonada mucho antes y después destruida.

Así que Hugo trepó por la cuesta del barranco y se encontró en el foro. Las ruinas del templo se cernían sobre él por un lado y, por el otro, una columnata donde una vez hubiera tiendas miraba hacia el vacío barranco y la playa más allá de él. Los adoquines que cubrían las calles de la antigua ciudad estaban casi enterrados en la arena traída por el viento desde la playa. Había multitud de huellas sobre la arena. Podían verse huellas de pájaros, ratones, conejos y, aquí y allí, de gatos salvajes, pero no pisadas humanas.

Se estremeció. Nunca había estado en un lugar más desolado. Subió por los empinados escalones que llevaban al templo, situado sobre una alta plataforma con vistas al mar. La plataforma del templo le pareció fría; el viento del océano, que antes era una brisa refrescante, ahora corría con fuerza y el sol ya no estaba muy lejos del borde del horizonte.

Desde su posición podía ver el paisaje circundante. No había rastro de asentamientos humanos por ninguna parte. La noche se acercaba y Hugo no quería que le pillase a descubierto.

Encontró cobijo en una fosa cerca del templo. En su momento debía haber sido una tienda que miraba al foro, pero el suelo se había podrido o quemado cuando abandonaron la ciudad y sólo había quedado un sótano poco profundo. Había multitud de ramas caídas en el barranco que llevaba hasta el mar, las suficientes para encender un fuego, y las paredes del sótano eran lo bastante altas para protegerle de ojos curiosos.

Cuando llegó la noche ya tenía una buena fogata, no demasiado alta, ya que no quería que fuese vista por nadie más que merodeara por aquel paraje destrozado por la guerra, pero lo suficiente como para mantenerle caliente. Le quedaba un poco de vino. Se lo bebió, comió el pan y disfrutaba enormemente del queso cuando una voz le preguntó:

—Ojalá me hubieses guardado un poquito de eso.

Hugo miró hacia arriba y vio a Gimp sentado frente a él. El agujero de su garganta todavía estaba abierto, pero ya no sangraba.

Hugo comenzó a gritar.

Uno de los soldados de la guardia real, un capitán, despertó a Lucila al día siguiente. Parecía satisfecho de sí mismo.

—Creo que encontramos a uno de los hombres que buscabais, mi señora.

Llevaba un saco consigo. Lo puso en el suelo, levantó el extremo y la cabeza de Wedo salió rodando.

—¿Lo matasteis vosotros? —dijo Lucila con voz acusadora.

—No —respondió el capitán—. No somos tan ineptos. Estaba muerto cuando lo encontramos. Alguien le cortó el cuello. Su cabeza no dejaba de intentar caerse, así que la serramos del resto del cuerpo y dejamos la carroña para los cuervos y los perros salvajes. Nos pareció más sencillo hacerlo así.

Lucila asintió.

—Tenía la esperanza de coger vivo al menos a uno de ellos.

—Desearía poder complaceros, mi señora, pero eso es todo lo que tenemos. Algunos pastores lo encontraron en la vía Aurelia. Estaban en una caverna o una tumba antigua. Todavía hace frío afuera. Se refugiaron allí para pasar la noche. Lo encontraron. Sin embargo, había mucha sangre en el suelo. Puede que hubiese algunas heridas. ¿Una pequeña desavenencia entre ladrones?

Lucila asintió de nuevo.

—En el camino a Lombardía.

Mandó buscar a Silve. Ella mantuvo cierta reticencia hasta que los soldados le dijeron que el hombre estaba muerto. Mirar cadáveres no le preocupaba.

—No es Hugo —dijo ella.

—Eso ya lo sé —dijo Lucila entre dientes—. Pero ¿es uno de ellos?

—Parece diferente.

Puso la cabeza boca arriba con el pie.

—Sí —dijo—. Es al que Hugo llamó Wedo. Él robó mi dinero.

—Sí —dijo Lucila.

—¿Lo recuperaron? —preguntó Silve desconsolada.

—Por supuesto que no —contestó Lucila—. Pero no te preocupes, te lo compensaré. No es que me importe el culo de una rata si lo recuperas o no, pero Regeane querría que lo hiciera.

—Lo necesitaré —dijo Silve—. Estoy embarazada.



5

Regeane decidió no presentarse ante lo sólo podía ser un consejo de guerra. Carlos llegó. Le seguían sus compañeros de la caballería, los *scarae*. Hoy Arbeo se encontraba entre ellos, a punto de reventar de orgullo.

El rey saludó a Maeniel, no le dejó que se inclinara ni se arrodillase, sino que le dio la mano. Carlos le dijo a Arbeo:

—Él habló bien de ti; ésa es la razón de que hoy nos acompañes.

—Gracias, señor —tartamudeó Arbeo.

—¿Cómo está Otho? —preguntó el rey.

—Mejor. Una dama de mi casa, Matrona, está cuidando de él. Es una doctora muy hábil. Otho no podría estar en mejores manos.

Cuando llegó el momento de la visita a la habitación de los enfermos, Carlos dejó a su escolta fuera. Matrona se relajaba en la misma silla plegable en la que estuviera el día anterior. Aunque no lo hubiese admitido, se había vestido para el rey; llevaba una dalmática imposiblemente bella con mangas de farol y un dibujo de dos alas de pájaro superpuestas y, bajo ella, una seria camisa de manga larga fabricada en seda blanca. Sus joyas, una gargantilla de la que colgaban cien cadenas de oro. Cuando Carlos entró, ella se levantó e inclinó una rodilla, mientras hacía una reverencia con la cabeza.

La seda se pegaba a todas y cada una de las voluptuosas curvas de su cuerpo. Carlos estaba impresionado y le indicó que se pusiera de pie, lo que ella hizo con una gracia casi inhumana.

Otho, tumbado en la cama, sonreía maliciosamente.

—Debo agradecerlos el que, gracias a vuestros excelentes cuidados, mi amigo esté ya recuperándose de sus heridas.

—Es un placer dar uso a mis habilidades por tan buena causa. Ahora, con vuestro permiso, me retiro para permitiros hablar en privado con vuestro súbdito.

Él asintió, tomando buena nota de cómo la decorada seda se deslizaba por su cuerpo mientras salía elegantemente de la habitación.

Matrona entró en la habitación contigua, en la que se encontraban Regeane y el sajón. El suave murmullo de las voces llegaba a través de la pared de lona.

El sajón no dijo nada porque, aunque él sólo podía oír un susurro apagado, era obvio que Regeane y Matrona estaban escuchando. Un par de veces sus ojos se encontraron. Matrona asintió y después lo hizo Regeane. Al cabo de un rato, hasta el sajón pudo oír cómo Otho lloraba y el rey le consolaba.

—Lágrimas de verdad —susurró Matrona—. Ama al rey.

Los ojos de Regeane se humedecieron.

—Matrona —preguntó—, ¿qué era esa cosa? —Puso la mano sobre el hombro del sajón—. Luchamos contra ella en el monasterio, pero ya me la había encontrado antes en Roma, en una tumba. También luché contra ella entonces. Intentó cogernos a mí o a Silve. Creo que me quería a mí más, pero que se hubiera llevado a Silve si hubiese podido cogerla. Pero ella corrió. Le dije que corriera. Después luché contra el ser. Al final, después de que casi me paralizara de terror, huyó. Por eso Silve creyó que yo era una bruja y testificó en el juicio. Ella dijo la verdad, pero nadie se lo agradeció y menos aún Gundabald y Hugo.

—Silve contó la verdad tal como ella la veía —dijo Matrona—. Recuérdalo. La mente de Silve es limitada, como mucho, y nunca fue capaz de comprender a lo que se enfrentaba en esa cosa ni en... —se paró y levantó un dedo— ti.

—Sí —asintió Regeane pensativa.

Maeniel entró justo entonces.

—Mi señora —le ofreció una mano a Regeane—. Ven para que te presente a tu pariente, el rey.

Regeane también se había vestido para la ocasión, pero no como Matrona. Magníficamente, pero con una rigidez bizantina que ocultaba tanto como embellecía. Camisa de bello lino egipcio; sobretodo de manga larga de seda bordada con hilo dorado; y, sobre él, una dalmática de rígido brocado de oro. El conjunto lo remataba un velo de encaje blanco sobre un duro griñón de oro, almidonado y bien sujeto con horquillas largas y doradas, que le cubría el pelo.

Maeniel la conducía frente a él lleno de orgullo.

El sajón se volvió hacia Matrona.

—Bien podría ser una monja.

Había visto algunas en Lombardía. Llevaban largos vestidos azules o negros con tocas blancas. Alguien le dijo que eran las mujeres del dios cristiano pero, si lo eran, el dios nunca parecía estar interesado por ellas, ya que no tenían hijos. Otro esclavo cristiano dijo que así es como tenía que ser. Él había respondido con cierta grosería, preguntando de qué servía una mujer si no podía darte hijos. Pero el otro esclavo no parecía ser un cristiano muy convencido, ya que respondió:

—No lo sé. Yo también me lo pregunto.

No había sido una conversación muy larga. Ambos estaban exhaustos puesto que esa primavera habían sido condenados a tirar de un arado. El sajón le había roto la mandíbula a uno de los conductores. No sabía lo que había hecho su compañero y nunca lo averiguó porque, después de tres días de trabajo brutal bajo el sol, el esclavo murió.

Su propietario lo consideró una pérdida y el sajón fue por ello devuelto a la cuadrilla de trabajo. Sólo que esta vez nunca le quitaban las cadenas.

—Ésa es la idea. Ha escogido evitar problemas —contestó Matrona—. Al hombre le gustan las mujeres. Todo un desfile de damas ha pasado por su cama. Regeane no quiere encontrarse entre ellas. Es una complicación que no necesitamos.

—Su marido no tiene por qué saberlo.

—No seas tonto —dijo Matrona—. Él lo sabe todo. Sabría exactamente lo ocurrido al momento de acercarse a ella. Cuánto tiempo, con cuánta frecuencia, quién era el hombre y si fue o no forzada. Que nunca se te ocurra esconderle nada. El deseo, incluso el frustrado, es tan evidente para cualquiera de nosotros como el estandarte de dragón de Carlomagno.

—Entonces él sabe que la amo —dijo el sajón.

—Sí —respondió Matrona— y yo también. Pero, siempre que ella no te corresponda, a él no le importa. En lo que respecta al rey, planeamos una distracción. Otho le ha dicho a Carlos que soy accesible.

El sajón levantó las cejas.

—A mí me gustaría —dijo Matrona, con una sonrisa malvada— y también al rey.

—¿Dónde conseguiste...? —el sajón indicó el collar.

—De un hombre llamado Príamo en un lugar llamado Troya.

El sajón sacudió la cabeza.

—Nunca oí hablar ni de la ciudad ni del hombre —dijo.

Regeane regresó a la privacidad del dormitorio y Maeniel y Carlos fueron a ver la maqueta de Antonius. Todos los hombres jóvenes se apiñaron a su alrededor muy interesados, aunque tanto Maeniel como Antonius albergaban ciertas dudas sobre si comprendían su significado. Se daban codazos los unos a los otros para presumir ante el joven rey. Al menos intentaban decir cosas inteligentes sobre ella.

—Se supone que esto es Ginebra, donde estamos acampados. —Antonius señaló a un trozo de tela azul al borde de la mesa. Desde él trazó con el dedo una de las rutas que Carlos seguiría sobre las montañas.

—Veis —dijo Carlos a los jóvenes de los *scarae*—. No digo que sea fácil, pero tampoco es imposible. No con amigos como estos.

Con un gesto de su brazo indicó a Maeniel y a Antonius. Los jóvenes les vitorearon. Antonius sonrió cortésmente, como si todo el asunto no fuera más que un agradable paseo por el jardín.

En una de las tabernas móviles del exterior estalló una pelea y los gritos y chillidos llegaron hasta ellos.

—¿Cómo os las apañasteis para acabar en un lugar tan espantoso? —preguntó Carlos.

—Nos condujeron aquí, o al menos condujeron a mi esposa y amigos, después (no mucho después) de nuestra llegada.

—Ya veo —dijo Carlos—. Un error, sin duda.

Carlos se volvió a los *scarae*.

—Amigos, estoy seguro de que hay mejores zonas de acampada. Por favor, aseguraos de que mi señor Maeniel encuentre una. Pero no... —dijo volviéndose hacia la maqueta de Antonius—, no toquéis esto.

—Es portátil —dijo Antonius.

Carlos asintió.

—Creo que ambos seréis de inestimable ayuda en esta misión. Hablaremos de eso más tarde. Ahora, chicos —se dirigió a los *scarae*—. Ayudad a nuestros amigos a levantar el campamento y a mudarse.

El nuevo asentamiento era mucho más tranquilo. Al borde de un bosque, estaba a la sombra de los árboles y era fresco durante el día. Por la noche era incluso más atractivo, al menos para ellos.

Bárbara y Matrona se pusieron de acuerdo para organizar un banquete: jabalí con salvia, manzanas, chalotas, alubias con salchichas y un poco de jamón ahumado a la sal del otoño anterior. Verduras salvajes recogidas por Regeane y Silvia cerca de un arroyo, aliñadas con aceite y vino. Panes, de una docena de clases diferentes. Matrona era una experta panadera y, lo que ella no conseguía hacer, lo hacía Bárbara.

Como siempre, la gente se levantó de la mesa, se introdujo en la noche y desapareció. Cuando acabó la cena, Regeane, Maeniel, Antonius, Bárbara y el sajón se sentaron en la tienda alrededor de la maqueta para discutir sobre ella.

Antonius había formado el corrimiento de tierra que mostraba la destrucción del camino.

—¿Crees que lo entendió? —preguntó Antonius a Maeniel.

Maeniel parecía distraído.

—Alguien viene —dijo. De todos ellos, él era el que poseía los sentidos más agudos.

El sajón cogió el candelabro y encendió cuatro velas más. Nadie quería que sus ojos brillaran demasiado.

—Creo —dijo Maeniel— que el rey y posiblemente tres más.

Regeane se levantó. Carlos la había visto vestida de oro y era la única forma en que quería que él la viese. Pero el rey entró en la tienda antes de que ella pudiera retirarse. Sus ojos recorrieron la compañía.

—Veo que no sois tan formal con vuestros íntimos —dijo mientras sonreía a Regeane.

Ella sólo llevaba una camisa de lino de manga larga cubierta por un vestido marrón con brocado de oro en cuello y dobladillos. Se había quitado el velo y la capa.

—Con vuestro permiso —se inclinó y se alejó hacia la puerta.

—Dime —preguntó Carlos—, ¿te marcharías si no estuviera yo aquí?

—No.

—Una chica sincera —dijo el rey.

—A veces demasiado —respondió Antonius con un suspiro.

—En este caso, no lo creo. Me preguntaba si ella se sentiría cómoda con este matrimonio. No os conocía a ninguno de los dos antes de aprobarlo. Fue, de hecho, idea de Otho.

—Yo soy rico, ella es bella —dijo Maeniel—. ¿Cómo no íbamos a llevarnos bien?

Regeane se ruborizó.

—Ahora yo soy feliz —siguió Maeniel—. Y ella está mimada.

Regeane se puso aún más roja y comenzó a reírse.

—Es cierto. No me niega nada.

Él le cogió la mano, se la llevó a los labios y la besó.

—Ciertamente, no mi compañía —dijo Maeniel.

—Me temo que yo seré el que lo haga —dijo Carlos.

—¿Cómo es eso? —preguntó Maeniel.

—Tengo varios mapas de la región que vamos a cruzar —dijo el rey, examinando de nuevo la maqueta—. Pero no creo que sean muy precisos.

—Mapas, sí —dijo Antonius—. Los mapas son un problema. Hay unos cuantos buenos. Pero mi señor Maeniel ha vivido en estas montañas toda su vida y ha señalado dos buenas rutas que podríais tomar.

—Y por lo que respecta a la seguridad del paso —dijo Maeniel—, comprad las provisiones que queráis y pagadlas. Las gentes de los altos valles no son guerreras; quizá lo fueran antaño, en tiempo de los romanos, pero ya no. Lo que desean es vivir en paz. La vida no es fácil allí y deben luchar mucho. Los romanos acantonaron los pasos y los hostigaron, pero no creo que llegaran a ser realmente conquistados. Han aprendido los beneficios de llevarse bien con los grandes grupos armados; sin embargo, os lo advierto, no prometáis lo que no penséis cumplir. Hay demasiada chusma en vuestra caravana. Echadlos antes de marchar. Llevaos solamente a los soldados.

Carlos asentía mientras escuchaba.

—¡Sabios consejos! Adriano no se equivocaba contigo. Envió cartas diciendo que eras un hombre capaz. Pero, entonces, mi llegada es predecible tanto en tiempo como en lugar.

—Sí —respondió Maeniel.

—Así que Desiderio me estará esperando. Si no lo está, es más imbécil de lo que pensaba. Porque, si yo supiese que él se acercaba, lo estaría esperando.

Antonius fue hasta la maqueta y señaló dos o tres puntos.

—Pero no sabré cuál de ellos, ¿verdad?

—No, a no ser que alguien lo averigüe por vos —dijo Maeniel.

—Sí —dijo Carlos.

—Oh —dijo Regeane.

—Yo conozco a las gentes y conozco la ruta. He cruzado estas montañas muchas veces —dijo Maeniel—. Saldré esta noche. Si... si me dais vuestra palabra de que mi esposa y amigos quedarán bajo vuestra protección.

—Sí —contestó Carlos—. Tienes mi palabra.

Hugo huyó, pero pronto se dio cuenta de que no podría ir muy lejos. La parte delantera del agujero del sótano era poco profunda, pero la trasera era alta y quedaba el techo suficiente como para impedirle trepar por la superficie de la pared.

Gimp se rió. O, mejor dicho, la cosa que poseía a Gimp se rió.

—Ven —dijo—. Aviva el fuego. La criatura en la que viajo tiene frío. ¿O quieres quedarte solo y a oscuras conmigo?

No, pensó Hugo. Eso sería impensablemente horrible. Casi balbuciendo de miedo, se acercó poco a poco y echó más combustible al fuego.

—No eres Gimp —lloriqueó Hugo—. Ni siquiera sueñas como él.

—No. Soy mucho más listo que el pequeño Gimp aquí presente. Así que no intentes ninguno de tus trucos conmigo.

—¿Dónde estás? —preguntó Hugo mirando frenéticamente a su alrededor.

La cosa que había sido Gimp le enseñó los dientes.

—Aquí. Justo aquí. Dentro de él. Ofendiste enormemente a los guardianes de la tumba donde lo dejaste, así que me mandaron llamar. Resultó que estaba cerca de allí. Puedo conferir vida a los moribundos. Tu otra víctima estaba muerta, demasiado muerta para mis atenciones. Pero el pobrecito Gimp todavía luchaba, paralizado y moribundo, por supuesto, pero la chispa de la vida todavía brillaba en él. Me admitió en su mente sin rechistar cuando le prometí vivir. Como puedes ver, él, igual que tú, disfruta de la vida. Igual que yo.

Hugo estaba enfermo de miedo, pero no era como Gimp. Hugo tenía mucha más inteligencia. Ciertamente, Gundabald le había dominado cuando vivía, pero desde que su padre muriera él se había tenido que valer por sí mismo y no le había parecido nada fácil.

Ahora esta cosa, algo surgido de sus más oscuras pesadillas, expresaba el deseo de poseerle. Y de un modo enfermo y siniestro, Hugo se sintió atraído por la idea. Pero no se iba a vender tan barato como Gimp. No. Se convertiría en la posesión de esa cosa sólo si podía prometerle lo que él más deseaba.

Le enseñó los dientes a la cosa sentada al otro lado del fuego formando algo que no se parecía en absoluto a una sonrisa.

—Se me puede comprar.

El compañero de Gimp consideró la compra. Había seducido al abad. A otros los

había aterrorizado, acosado, como había hecho con Otho. Pero nunca había comprado directamente. Ahora esta criatura, sólo marginalmente más capaz que la que ya habitaba, se ofrecía a la venta.

Consideró los pros y los contras. La fuerza y el terror sólo eran de utilidad limitada cuando se trataba con los mejores. Pero su práctica siempre había sido vencer primero mediante la fuerza, porque entonces la mente se debilitaba y se derrumbaba. En Roma había visto a Regeane como una criatura de gran poder, así que había intentado tomarla; pero ella le había rechazado con una resolución y un éxito que no había encontrado hasta entonces, defendiéndose no sólo a sí misma sino también a Silve.

E incluso Otho le venció cuando intentó controlar su mente. Estaba seguro de poder convertir a esta criatura en una marioneta si ejercía toda su fuerza pero ¿por qué gastar todos sus esfuerzos en dominar? Como la encogida criatura que tenía frente a él, también era finito. La batalla contra los lobos casi le había vaciado hasta la inexistencia. ¿Por qué trabajar más duro de lo necesario?

Pero el precio. Todo dependía del precio.

—¿Qué pedirías?

Cuando entró Regeane, Matrona y el sajón estaban lavando a Gilas, la chica que los había guiado hasta la tienda de Otho. Cada dos por tres dejaba escapar un grito suave, agudo y estridente, como el de un pájaro profundamente alterado.

Los arrebatos de emoción no le sentaban bien al bárbaro.

Matrona le lavaba el cuerpo y el sajón el pelo. Le había dicho a Matrona que eso le parecía menos perturbador.

—¿Por qué haces ruido como si fueras un pollo enfermo? —le dijo severamente a la chica.

—Estoy toda mojada.

—Ésa no es razón para protestar —contestó él bastante categóricamente.

—Estoy mojada. Por todas partes —gritó ella—. Los sacerdotes dicen... —eso es todo lo que pudo articular. El sajón, que la tenía cogida por el pelo, la sumergió al oír la palabra «sacerdotes».

Ella se sentó gritando.

—Al menos déjame cerrar la boca.

La cogió por el pelo otra vez.

—Si no la hubieras abierto en primer lugar, el agua no hubiera entrado dentro —dijo con mal disimulada sorna—. Una palabra más sobre sacerdotes y te ahogo.

Gilas balbuceó algo y se calló.

—¿Qué ha dicho? —preguntó él a Matrona.

—No lo sé. Algo sobre el pecado —dijo Matrona—. Chica, te dedicas a vender tu cuerpo en la parte trasera de un carromato. ¿Qué te importan a ti las divagaciones de los sacerdotes?

—Es mi negocio, mi comercio —respondió Gilas en un tono tanto desafiante

como herido—. No lo disfruto, así que no es pecado.

—¿Qué es pecado? —preguntó el sajón.

—A mí también me resulta poco claro el concepto —dijo Matrona—. Aunque, cuando la religión cristiana empezó a hacer ruido por el mundo, me trasladé a una comunidad cristiana y estudié la filosofía. Nunca conseguí sacar nada en limpio de algunas de sus ideas. El pecado es una de ellas.

El sajón gruñó y sacó a Gilas de la bañera. Matrona la envolvió en sábanas de lino limpias.

El sajón encendió el fuego del brasero y Matrona comenzó a cepillar el pelo de Gilas con un peine de finas púas.

—¿Sabes? —dijo Gilas, como si hubiese hecho un descubrimiento importante—. Creo que esto sienta bien. Si me convierto en criada de Otho, ¿cuántas veces tendré que hacerlo?

—Sólo una al mes, más o menos —dijo Matrona—. Pero puede que llegue a gustarte. Otho es rico. Tiene una villa con sus propios baños, como tenían los romanos. Está subiendo de nivel, porque Otho está agradecido por su lealtad y quiere que encuentre otra profesión —le explicó Matrona a Regeane—. El conde piensa que, sin la ayuda de la chica, habría muerto en poco tiempo.

—Probablemente lleve razón —dijo el sajón—. Hasta que movió los ojos creía que estaba muerto.

—¿Gilas? —preguntó Regeane—. ¿Tienes otro nombre? Aparte de Gilas, me refiero.

—No —respondió ella—. Mi madre seguía al ejército y también su madre. Y eso es todo lo más que se recuerda. Durante la época de campañas solíamos sacar lo bastante para mantenernos en invierno. A veces encontrábamos a un oficial que nos pagaba por lavar su ropa y cuidar de sus cosas, pero todos querían mucho trabajo duro por unas pocas monedas. A ella siempre le iba mejor en la parte de atrás de un carromato. Lo mismo me pasa a mí. Otho promete buenas pagas. Primero tendré que verlo —dijo en tono sombrío—. Tendré que verlo. Tendré que verlo de verdad —repetía mientras Matrona se la llevaba.

El sajón volcó la bañera, echando el agua sobre los hierbajos del exterior.

—¿Deseabas algo, mi señora? —preguntó a Regeane amablemente.

—No, en realidad venía a hablar con Matrona.

Él asintió mientras escurría el agua restante de la bañera con una esponja y la secaba. La cosa era de piel, piel cocida, y la guardaban en uno de los carromatos.

El sajón se había insertado hábilmente en sus vidas de camino desde las montañas. Era tranquilo, nunca se entrometía, siempre estaba dispuesto a hacer cualquier tarea que se le encomendase. Se hizo útil para todo el mundo y su tremenda fuerza le convertía en una presencia de incalculable valor en todas y cada una de las dificultades, desde enfrentarse al torturador de Otho hasta liberar un carromato atascado en el barro.

—¿Por qué te quedas con nosotros? —le preguntó Regeane.

—Por ti.

—Eso no tiene futuro.

—¿Me pides que me marche?

—No, no. Te quiero, pero no... no de...

—Sí —dijo él—. Lo sé. A mí me pasa algo parecido. Probablemente yo me sienta más atraído hacia ti por la pasión que tú hacia mí, pero quizá sea sólo porque soy un hombre. Igualo una cosa con la otra.

—Se va —dijo Regeane. Estudiaba la punta de sus botas de montar como si, de repente, se hubiesen convertido en una cosa muy importante—. No quiero que se vaya solo.

—Entonces, ve con él.

—No sé si querrá llevarme.

—Entonces, no le preguntes.

—Soy su esposa.

—No me hagas reír. Eres una esposa convencional tanto como él un marido convencional.

—Hay un problema.

—¿Cuál? —levantó la bañera del suelo y la apoyó contra uno de los postes de la tienda. Vacía, pesaba muy poco.

—Él es un lobo que a veces es hombre. Yo soy una mujer que a veces es lobo. No mantengo mi forma fácilmente durante el día, no tanto como él.

El sajón asintió.

—Entonces te seguiré con una mula de tiro y llevaré ropa para ambos.

—No me gusta este asunto de ser una esposa. El rey me hizo sentir innecesaria.

Matrona entró detrás de Regeane.

—Las mujeres son débiles —salmodió en tono religioso.

—Debería darte vergüenza —dijo el sajón.

—Dinero —dijo Hugo—. ¿Qué es dinero? Oro, plata, piedras preciosas, sedas, terciopelo y otros ropajes de calidad. Dinero.

La cosa dio un paso atrás. Gimp se sentó con la boca abierta y una mirada vacía en los ojos. Finalmente parpadeó y pareció recuperar la consciencia, después dijo:

—Déjame tomar algo de queso.

Los ojos de Hugo rastrearon rápidamente toda la habitación. ¿Se había ido la criatura? Le dio a Gimp el tarro y le observó comer con los dedos. Cuando hubo terminado, Gimp engulló las migas de pan que quedaban. Después suspiró, se tumbó de lado y empezó a dar la impresión de estar a punto de dormirse.

Hugo le observaba preguntándose si le serviría de algo escabullirse en la oscuridad. De repente Gimp se sentó muy derecho y dijo:

—Ve a la esquina del sótano que queda a tu derecha y cava en el lugar donde te diga.

—Necesitaré luz.

Gimp cogió una de las ramas que ardían y fue hacia la esquina del fondo, cerca del muro. Hugo le siguió.

Curioso muy a su pesar, Hugo cavó.

Cuando el hoyo todavía no llegaba ni a los dos metros de profundidad, Hugo empezó a cansarse. Hizo una pausa, jadeante.

—Cava —ordenó la cosa dentro de Gimp.

—Trabajo tan rápido como puedo.

—Lo sé —dijo la cosa—. Vosotros, los mortales, sois las peores criaturas a la hora de abusar de vuestros cuerpos. Él es un borracho y un vago y un estúpido, y tú eres un borracho y un vago. Pero él está más dañado que tú, así que te prefiero a ti.

—¿Dañado? ¿Te refieres al cuchillo que le clavé?

—No. Su madre estuvo enferma durante demasiado tiempo antes de que él naciera. Cava —rugió.

Hugo reunió las fuerzas que le quedaban para raspar unos cuantos centímetros más de tierra y se encontró frente a un pequeño tarro de terracota. Se le olvidó su cansancio. Raspó la tierra que lo rodeaba; lo arrancó del agujero, rompiéndolo del tirón. Las monedas de oro saltaron por todas partes.

Con las manos temblorosas, Hugo empezó a contarlas. Eran áureos de oro, la moneda del antiguo imperio y una fabulosa fuente de riqueza, un tipo de moneda que no circulaba desde hacía cientos de años.

Hugo supo que era rico cuando probó con los dientes una de las monedas y ésta se dobló. Oro macizo y puro. No tenía ni idea de cuánto valían, pero no necesitaba preocuparse por ello en ese preciso momento porque, junto con el oro, había un montón de plata también en forma de monedas y joyas rotas.

—Supongo que es un precio justo para nuestra asociación.

Las palabras devolvieron a Hugo a la tierra de un fuerte golpe.

El viento del mar empezaba a levantarse. Abanicaba el fuego de Hugo que ardía cerca del foro en ruinas. Las llamas proyectaban una vacilante luz amarillenta por todo el agujero del viejo sótano.

Los puños de Hugo se abrían y cerraban sobre el metal que le llenaba las manos.

—Tengo lo que quiero —dijo, con voz temblorosa—. Pero ¿hay más?

—¿Qué te crees que soy? —preguntó la cosa del interior de Gimp—. ¿Un prestidigitador barato? ¿Un saltimbanqui, un charlatán que actúa por su paga? No has visto ni un ápice de lo que puedo hacer.

Gimp gritó cuando se incendió su ropa y quedó envuelto en llamas. Después, tan rápido como había empezado, el fuego desapareció. Hugo se encogió tiritando en el suelo, con las monedas esparcidas a su alrededor. Mientras Gimp se arrodillaba con los restos achicharrados de su ropa colgándole del cuerpo, Hugo lloriqueaba en

silencio. Entonces, Gimp habló.

—Habla. Estoy cansado de regatear contigo, idiota. Di sí o no y acabemos con esto.

—Sí —gimió Hugo, mientras le castañeteaban los dientes y todo su cuerpo temblaba—. Sí, sí.

Algo oscuro como una nube de tormenta pareció flotar sobre Hugo, para después caer como un aguacero o un mar partido. Durante un segundo, Hugo temió ser aplastado. Pero después el peso, la sombra, pasó a través de él, entró en él de la misma forma en que el agua penetra la tierra seca y se desvanece.

Hugo se puso en pie, tembloroso, débil con un cansancio emocional y físico absoluto e incontrolable. Su capa estaba junto al fuego. Se tambaleó hasta llegar a ella, se tumbó y se hundió de inmediato en una inconsciencia profunda.

En las semanas posteriores, Hugo mostró una energía que cualquiera que le hubiese conocido en el pasado encontraría muy poco característica. Lo cierto es que temía desobedecer a su «huésped».

Se despertó o, mejor dicho, su cerebro se despertó frente al sol que comenzaba a elevarse sobre el mar. El rompiente estaba tranquilo y el viento que sentía en la cara era fresco.

—¿Qué?

—Estate quieto, idiota. Estoy viendo la salida del sol.

—Lo hace todos los días —protestó Hugo.

—Sí, un milagro que tú y los de tu clase no podéis comprender.

Hugo consiguió volverse a dormir mientras la cosa usaba su cuerpo, lo que resultaba divertido, secretamente divertido para su huésped.

Cuando fue despertado de nuevo, su huésped le llevó en busca de más escondites secretos de monedas. Encontraron dos no tan provechosos como el primero, pero suficientes para proporcionarle un buen comienzo en el primer pueblo que encontraron en su camino a lo largo de la costa.

Gimp le seguía, andando en silencio. Podía hablar pero, aparentemente, su voz había quedado afectada por el cuchillo y, además, el espíritu le había ordenado que se mantuviera callado.

El dinero le permitió a Hugo comprar caballos y ropa y pasar la noche en los mejores alojamientos para viajeros. Ninguno de los mejores era demasiado bueno. La tercera noche estaban durmiendo en una posada de un diminuto lugar llamado Corvo. Por primera vez desde su acuerdo, su huésped le había dejado beber hasta quedar sumergido en una niebla mental, y él y Gimp se habían tambaleado hasta la cama. La criatura le despertó de madrugada y fue consciente de que tenía una jaqueca sorda y punzante y una sed tremenda.

Hugo intentó gemir, pero su huésped le advirtió que se mantuviese en silencio. Notó un sonido y movimiento en la oscurecida habitación. No debería haber ninguno de los dos. Hugo no había estado tan borracho como para dejar la habitación abierta y

las ventanas eran estrechas y estaban cubiertas de rejas de hierro.

—Siéntate —le ordenó su huésped—. Enciende una luz.

Hugo lo hizo. Al primer chispazo de la vela, vio como el posadero se acercaba cruzando la habitación, con un hacha en alto. Hugo intentó gritar, pero no pudo porque la criatura soltó una carcajada.

El orinal voló por los aires vaciando su considerable contenido directamente sobre la cara del posadero. Los orines pican cuando aterrizan sobre los ojos y el hombre quedó cegado y enfurecido. Se lanzó hacia delante e intentó darle un hachazo a Hugo... o al menos a la cama donde Hugo estaba sentado.

Esta vez Hugo sí que gritó y saltó al suelo, soltando palabrotas como un desesperado. Su huésped volvió a reírse y tiró el cuerpo de Gimp sobre las rodillas del posadero. Éste tropezó con la espalda de Gimp, pero el hacha continuó su trayectoria descendente. En vez de clavarse en el colchón de paja, siguió adelante y cortó dos de los dedos del pie del posadero.

El hombre gritó de dolor y calló retorciéndose al suelo.

La vela voló de la mano de Hugo y aterrizó en el colchón. La colcha de tela tardó unos pocos segundos en quemarse, pero después las llamas llegaron hasta el colchón y lo consumieron.

—Corre —ordenó el huésped de Hugo—. Es probable que tenga amigos. Éste es su pueblo.

Hugo recogió las pocas pertenencias que todavía no estaban en sus alforjas y siguió a Gimp, que ya había alcanzado el patio cercano al establo. Los caballos ya estaban ensillados y esperándoles, hecho que hizo a Hugo pararse a pensar. No sabía que su huésped pudiese funcionar tan eficazmente sin él, pero no dedicó ni una fracción segundo a considerar el asunto porque todo el pueblo zumbaba como un avispero. Los hombres gritaban, las mujeres chillaban; y las llamas ya se habían extendido desde la ventana de su habitación hasta el seco techo de paja. Hugo espoleó a su caballo y, con resaca o sin ella, huyó.

Al amanecer estaban a kilómetros de distancia y ya dejaban la costa atrás, siguiendo de cerca la vía Aurelia por el interior hacia Florencia. A Hugo se le permitió parar junto a un arroyo de montaña para tomar unos sorbos de agua y lavarse la cara.

—No deberías beber tanto —dijo su huésped—. Especialmente el matarratas que sirven en tabernas como la última que visitamos. Idiota, estaba intentando drogarte.

—Bonito momento para decírmelo —murmuró Hugo.

Una potente patada en el trasero mandó a Hugo de bruces contra el arroyo.

—Eso te aclarará la cabeza —dijo su huésped.

Hugo se levantó, farfullando. El agua estaba helada.

Nadie podía haberle pateado. Gimp estaba de pie cerca de los caballos, con los ojos abiertos y a tres metros de distancia.

—¿Cómo haces estas cosas? —preguntó Hugo perplejo.

—No lo sé. ¿Cómo ves el color azul?

—Quieres decir que tú no puedes verlo.

—Sólo cuando uso tus ojos.

Hugo se tambaleó hasta los caballos y se apoyó en su silla.

—¿Cómo puedo conseguir algo de tranquilidad?

—Conviérteme en un dios, Hugo. Conviérteme en un dios —dijo su huésped—.

Una vez lo fui, ¿sabes?

—¿Un dios? —murmuró Hugo—. No eres un dios, eres un fantasma.

La patada subsiguiente levantó a Hugo a un par de centímetros del suelo.

—¿Alguna vez has visto a un fantasma que pueda hacer esto?

—No. Ay —Hugo se arrastró hasta la silla, donde sentía que al menos su espalda estaría protegida—. Si fueras un dios —lloriqueó— sabrías cómo veo el azul y no tendrías que darle patadas a la gente.

—Probablemente tengas razón. Odio admitirlo, pero así es.

Justo entonces algo —Hugo estaba seguro de que su huésped— golpeó la grupa del caballo y éste se lanzó al galope.

Regeane estaba sentada junto al sendero en medio de la brumosa media luz del alba cuando Maeniel pasó por allí. Había salido sigilosamente de la cama antes del amanecer y estaba seguro de haberla dejado durmiendo.

La había dejado durmiendo.

Se paró y le dedicó una larga y pensativa mirada, una que ella ya había visto antes. Se la había dirigido a Gavin cuando su valioso capitán fue encontrado masticando un grande y carnosos fémur de alce sobre una de las bellas alfombras persas de Maeniel. Esto dio lugar a una persecución que acabó cuando Gavin se refugió detrás de Regeane y comenzó a gemir lastimosamente.

Regeane, que estaba en forma humana, había dicho:

—Por favor, querido... —y Maeniel se había vuelto humano.

—Vete —le había ordenado a Gavin—. Vete antes de que vaya a por mi fusta.

—¿Tienes una fusta? —había preguntado ella.

Gavin salió disparado como una flecha de ballesta.

Maeniel se echó encima su túnica, sonrió y dijo:

—No, pero Gavin no lo sabe.

Sin embargo, pensaba ahora Regeane, *yo no soy Gavin*. Lanzó a Maeniel una mirada arrogante y siguió sentada junto al sendero, con la nariz ligeramente levantada.

Ambos se sostuvieron la mirada.

Regeane se negaba a que él la intimidase.

Finalmente Maeniel volvió a adoptar la bamboleante forma de caminar del lobo viajero y no puso ninguna objeción cuando ella se situó junto a él.

El sol nunca les molestó y Regeane estaba sorprendida; en Roma, como cambiaformas joven e inexperta, habían creído que el día y la noche limitaban su acceso a la loba. Sí, la luz tiraba de la mujer y, a veces, se sentía mareada, como si su mitad humana quisiera tomar el mando y empujara con fuerza para hacerlo; pero en esos momentos buscaba los lugares profundos y ocultos, de espesos arbustos y altos árboles, y evitaba estar al descubierto donde el sol podía cogerla. En poco tiempo, la loba era capaz de reafirmarse con fuerza.

Maeniel les abría paso a ambos, conduciéndola a través de senderos que, con total seguridad, ningún humano había pisado nunca. A lo largo de los caminos y puestos de avanzada romanos, el invierno apenas empezaba a perder su control sobre las alturas, así que se mantuvo en los valles. Eran más cálidos; las plantas comenzaban a florecer, margaritas amarillas y blancas, y los árboles echaban hojas nuevas, color verde y verde dorado. Más arriba, perfumaban el aire los siempre verdes abetos, piceas, pinos e incluso los pocos cedros que quedaban. La hierba, nueva y de un verde esmeralda, estaba llena de violetas, grupitos morados y blancos, e incluso amarillos.

Llegaron al lago casi de noche. Su primera impresión fue la de que era más pequeño que antes. ¿Realmente había pasado tanto tiempo? Volviendo la vista atrás, supo que así era.

La roca donde ella solía descansar tras su baño estaba ahora en tierra seca cuando, hacía tiempo, había proyectado su imagen sobre el agua. La catarata seguía allí, pero parecía caer mucha menos agua por los negros escalones de basalto e, incluso desde donde se encontraba, podía ver que el lago que se extendía bajo sus pies era mucho más pequeño y estaba rodeado de árboles jóvenes del bosque invasor.

El lago bajo la catarata se estaba llenando de cieno. El follaje de las orillas de aguas bajas se extendía hasta el interior. La cicuta, con sus flores blancas de apariencia inocente; pontederias, con sus púas color añil; altas espadañas mirando hacia lechos de berros dulces, ácidos y con flores amarillas. Más allá de los berros se veía cierta cosa vagabunda con rizadas flores blancas y largas hojas con forma de espada; y, cerca del centro, el loto silvestre y el nenúfar abrían copas perfectas de blanco, amarillo, malva y rosa, y redondas almohadillas verde oliva flotaban en la superficie.

Ambos lobos se sumergieron en el lago; la luz del sol resplandecía sobre las ondas que sus cuerpos formaban en las tranquilas aguas, una luz que hubiera cegado a cualquier espectador. De repente, los dos eran humanos.

—Es precioso —susurró Regeane, intentando no perturbar el silencio de la tarde.

—Sí —dijo él—. Incluso después de tantos años y tanto dolor.

—¿Has estado aquí antes?

—Oh, sí, muchas, muchas veces... pero eso ocurrió hace mucho tiempo.

—Lo he visto.

—¿Cuándo?

—La noche que nos casamos. Estabas haciéndome el amor, creo, justo aquí.

Él permaneció en silencio, escuchando.

—¿Oyes algo? ¿A alguien?

—No. Sólo el viento en el bosque, la música de la cascada y el sonido de tu corazón latiendo.

—No puedes —dijo ella suavemente.

—Puedo. Lo oigo —entonces la abrazó y besó sus labios.

Cuando se separaron para respirar, él habló.

—Hagamos realidad tu visión profética.

—Sí —fue tanto una palabra como un suspiro.

Hugo se mantuvo callado durante unos cuantos días. Ante la sorpresa de su huésped y de Gimp, no se excedió con la bebida en las tabernas y posadas en las que pararon. Aguó su vino y comió bien, yéndose a la cama repleto, con el estómago lleno y sin dolor de cabeza por la mañana.

Le dijo pocas cosas a su huésped, sólo hizo una pregunta la segunda noche cuando estaba a punto de irse a dormir.

Gimp no se encontraba allí, había ido a aliviarse detrás de la posada, en una tupida ladera.

—¿Cómo encaja Gimp en tus planes? —preguntó Hugo con un tono bastante ácido.

—Le prometí la vida. Cumplo mis promesas incluso cuando mis sacerdotes son lunáticos y mis seguidores vienen de la horca.

Hugo asintió.

—No le abandonarás.

Hugo lo reconoció claramente como una orden.

Hugo había pasado la mayor parte de su madurez envuelto en una neblina alcohólica... madurez que consideró alcanzada a los doce años. Pero tenía cerebro y, cuando estaba seco, funcionaba bastante bien. Recordaba la vida de Gundabald antes de su descenso a la más abyecta pobreza: buena comida; ropa de abrigo suave y cómoda; los mejores vinos; criados para limpiar tras de él; y mujeres al menos pasablemente atractivas siempre a disposición de su padre. Y, cuando Hugo creció lo suficiente, también a su disposición. Su padre y él habían sido tratados con respeto por sus comerciantes e incluso por la baja nobleza. Pero Gundabald había jugado con el desastre al intentar comprar su entrada en el círculo interno de grandes magnates que rodeaba al rey. Era demasiado ambicioso. Sus propiedades no eran lo bastante grandes y gastó la cantidad de tierras y dinero capaz de mantenerlos a todos ellos cómodos en enriquecer a los que le prometían la grandeza, los que moraban en los extremos de la corte real, los parásitos indigentes de la nobleza. Pero, hasta el fin de sus días, Gundabald creyó que tenía el premio dorado del ascenso real justo al

alcance de la mano. La mejor parte del botín obtenido por el rey franco en sus conquistas iba a engrosar los fondos de sus cortesanos preferidos. Estar entre sus íntimos suponía un nivel de riqueza aún más allá de los sueños de codicia de Gundabald.

Sobrio, primero a la fuerza y después voluntariamente, Hugo consideró todas estas cosas. Nunca le había gustado su padre como hombre y, pensando sobre sus ambiciones, llegó a la conclusión de que Gundabald había sido un imbécil. El hombre había abusado y aterrorizado a Regeane con su insistencia en que participara en los planes para asesinar a su esposo. Gundabald la había conducido finalmente hasta la rebelión, todo para poder conseguir más dinero con el que enriquecer aún más a los mentirosos.

No, pensó Hugo. Ese camino no era para él. Gracias a su padre, él era un hombre perseguido, aislado para siempre del mundo de la aristocracia franca en el que había crecido. Pero ahora, ahora tenía la oportunidad de recuperar su fortuna. Sobrio, comenzó tranquilamente a pensar en cómo hacerlo.

Su oportunidad se presentó en el camino a Florencia.

Su huésped le había dirigido hacia el terreno de una villa abandonada. O puede que una vez fuera un pueblo; el lugar estaba tan destrozado que era imposible saberlo. Este tesoro escondido tenía abundante plata. Su huésped le indicó que sacara un ladrillo de uno de los muros. La caja escondida detrás había sido muy bella. Las joyas que se encontraban en el interior estaban cuidadosamente envueltas en seda y, aunque oscuras, todavía estaban en buenas condiciones, como también lo estaban las monedas de plata del fondo de la caja, probablemente reunidas a lo largo de toda una vida.

De vuelta al camino, vio a los salteadores. Estaba mirándolos desde arriba porque se escondían en una zanja abierta en la roca, cubierta de rosas silvestres. El escondrijo era bueno, ya que los tallos de las rosas eran tan gruesos que era fácil pasar por alto la existencia de la zanja.

—¿Por qué? —le preguntó a su huésped.

—Viene una caravana de mercaderes.

—Es nuestra oportunidad.

—¿Nuestra oportunidad para qué?

—Para empezar a convertirte en un dios —dijo Hugo, sintiéndose superior por primera vez—. Dile a ese idiota de Gimp que a partir de ahora se quede mudo.

El plan de los bandidos era muy sencillo: emerger de la espesura de tallos de rosas, coger una de las mulas de carga de los mercaderes y escapar hacia las rocosas malezas de robles y retamas. Un grupo de mercenarios escoltaba la caravana. Tanto ellos como los mercaderes iban a caballo, por lo que no podrían adentrarse en las rocas de la ladera, al menos no lo bastante rápido como para evitar que los ladrones desvalijaran la mula y se desvanecieran sin dejar rastro en lo que ahora era una selva de terreno inestable, árboles atrofiados, maleza y espesos rosales silvestres.

Los bandidos estaban desarmados o armados precariamente. Todo lo que Hugo tuvo que hacer cuando cogieron la mula fue cabalgar frente a ellos y gritar. Uno, más testarudo que el resto, no soltó las riendas del animal. Los demás se dispersaron.

Hugo desenvainó la espada, pero una roca lanzada con buena puntería se estrelló contra un lado de la cabeza del hombre.

La mula rebuznó, se encabritó y dio una coz. El último foco de resistencia se asustó y corrió junto al resto. Hugo tomó las riendas sueltas de la mula y condujo al animal de vuelta al camino.

En esos instantes, la brigada de mercenarios escolta subía la ladera. Hugo pasó por un breve e inquietante momento en el que parecía que le iban a confundir con uno de los ladrones. Pero fue capaz de solucionar la confusión enseguida señalando la dirección en la que habían huido los bandidos. Los escoltas fueron a por ellos.

—Me temo que será inútil —le dijo Hugo al mercader.

Los mercenarios ya se habían rendido. El terreno era traicionero y nadie quería perder un animal valioso.

—Sí —contestó el mercader—. Pero gracias por salvar nuestra propiedad. Soy Armine Welborn de Florencia.

—Hugo de Bayona —dijo Hugo mientras se inclinaba. Hugo nunca había estado cerca de Bayona, pero sonaba bien.

—No sabes qué gran servicio me has prestado. Cada uno de estos animales es de incalculable valor. En este viaje sólo llevamos seda. Gasas, damascos, tapices, colgantes de lana llegados de oriente, todos con destino a la corte del rey en Pavía. La pérdida de sólo una de estas mulas podía haberme arruinado.

—No hay de qué —dijo Hugo, inclinándose de nuevo—. Estoy encantado de haberte servido de ayuda. Si eres natural de la ciudad de las flores, quizá puedas decirme dónde podría encontrar un alojamiento seguro para esta noche.

Hugo sintió los ojos del mercader sobre él, calculando con astucia su valía. Sus ropas estaban arrugadas y manchadas por el viaje, pero llevaba un anillo de plata maciza en una mano y uno de oro en la otra. Tanto él como Gimp montaban unos caballos magníficos.

—Pues en mi casa, por supuesto —dijo Armine—. Me has prestado un gran servicio. Los mejores alojamientos de la ciudad son, mucho me temo, sórdidos, sin las comodidades que un caballero como tú darías por sentado.

Hugo consiguió forzar una sonrisa moralista.

—De hecho, he sufrido muchas penalidades en este viaje pero, si cumplo mi objetivo, me sentiré recompensado.

—Cielos —dijo Armine—. ¿Cuál sería ese objetivo?

—Tengo —dijo Hugo— tristes y desagradables asuntos de familia por resolver.

La punta de la nariz de Armine se torció.

—Vaya —exclamó—. ¿En Florencia?

—No, no en esa bella ciudad sino más allá, en Pavía.

—Armine —gritó alguien—. Vamos, debemos llegar a la ciudad antes de que oscurezca a no ser que quieras perder esas valiosas cosas tuyas. Empieza a moverte.

Hugo y Gimp se unieron a la caravana y reemprendieron el camino. Unas cuantas horas después cruzaban el Arno y entraban en Florencia.

A Hugo, Florencia le pareció deprimente, un lugar de altos muros, calles estrechas y un miedo casi constante entre los que no ostentaban el poder. La ciudad estaba ahora en manos de unas doce familias poderosas, cada una con su propia residencia fortificada, todas reclamando un segmento del populacho como seguidores.

Con la decadencia del gobierno romano, el pequeño propietario, el empresario independiente, desaparecieron. La única forma de sobrevivir que tenía el pequeño comerciante o el granjero era aceptar el patronazgo de una de estas familias líderes y rendirle homenaje. La violencia callejera entre las familias en contienda era casi constante y no había noche sin una pelea salvaje entre los seguidores de una familia y los de otra.

La residencia de Armine era cómoda, pero tan bien fortificada que causaba temor. Tenía puertas dobles en la entrada —una de madera y la siguiente de hierro— y los muros que daban a la calle eran altos y tenían pinchos de acero en la parte superior. Mercenarios contratados patrullaban los muros noche y día.

Dentro, había un atractivo jardín rodeado por una columnata. Esto, descubrió Hugo, era para las damas, quienes prácticamente no dejaban el recinto. De hecho, las hijas de Armine nunca habían salido de la casa y ambas eran ya adolescentes.

Al llegar, Hugo hizo su primera visita a los baños y después, fresco y oliendo a limpio, fue llevado hasta un amenazador conjunto de habitaciones. Todas las ventanas tenían barrotes de hierro; las paredes y el suelo eran de piedra.

Gimp sólo dijo:

—Parece una prisión.

—Tú eres mudo —le recordó Hugo.

—Aún así, parece una prisión.

Hugo iba a golpearle, pero su huésped se lo impidió.

—Se mantendrá callado cuando sea necesario. Déjale estar. ¿Cómo va a convertirme en dios esta tontería?

—Observa y verás —dijo Hugo agresivamente.

Su huésped gruñó.

—Me estás haciendo enfadar.

Hugo se estiró en la cama.

—¿Qué quieres? —murmuró.

—Una explicación.

—No tengo una explicación —dijo Hugo—. Voy a tener que improvisar.

En ese momento alguien llamó a la puerta. Un criado entró en la habitación con una bandeja. Llevaba una jarra de vino y una copa, entre otras cosas.

—Mi señor me pidió que os dijera que la cena se retrasará un poco —dijo el

criado—. Para que no paséis hambre, pensó que podríais necesitar un tentempié.

A Hugo no le interesaba el resto de los objetos de la bandeja. Unos cuantos días de sobriedad habían sido suficientes para él. Se levantó con cierta presteza, agarró la jarra de vino y se sirvió una gran copa, mientras que Gimp daba cuenta de la fruta, el pan y el queso. Hugo sólo pudo tragarse una copa, la segunda le fue arrebatada de la mano.

—No me fío de tus improvisaciones cuando estás sobrio; ¿cómo piensas que me siento cuándo estás borracho? —dijo su huésped con una voz marcada y rechinante.

Pero el vino sobre el estómago vacío ya había hecho su trabajo y Hugo se quedó dormido sobre la cama.

Un criado le despertó mucho después. Había tenido una pesadilla sobre Gundabald. Todas las pesadillas de Hugo eran sobre Gundabald. Se sentía como si no hubiese dormido nada pero, teniendo en cuenta lo que estaba a punto de hacer, pensó que sería mejor parecer un poco ojeroso. Así que su aspecto era para bien. Se vistió con cuidado, eligiendo sus prendas más oscuras, para dar impresión de pálido e interesante.

Del tesoro amasado por su huésped eligió regalos para las chicas y una exquisita cadena para el padre.

Gimp, sentado en el suelo en un rincón, se le quedó mirando.

—Bueno, ¿qué pensáis? —les preguntó a Gimp y a la criatura.

—Parece que llevas una semana con diarrea —dijo Gimp.

—¿Cómo demonios voy a saberlo? —dijo el huésped—. Para mí todos los humanos son iguales. Sois todos flacos y feos. Baja las escaleras y pon en acción ese magnífico plan que guardas tan en secreto. Y deja de molestarme. Si quieres saberlo, pareces alguien con una enfermedad debilitante. Ahí lo tienes, ¿satisfecho?

Después giró a Hugo hacia la puerta, la abrió y le empujó al pasillo.

La cena fue majestuosa y la comida buena. Hugo pensó que era la reunión más deprimente a la que había asistido. *Madonna* Helen y sus dos hijas estaban presentes. Todas tenían el aspecto de prisioneras rotas en el potro a las que se les había permitido vivir sus últimos días bajo el cuidado de sus familias.

Las dos chicas eran rubias y superaban a Hugo en palidez, a lo que no ayudaba el hecho de que la moda del momento en Florencia invitara a aplicarse abundantes cantidades de polvos blancos para proteger la piel del más leve rayo de sol. Teniendo en cuenta la atención que prestaban a cada palabra de Hugo, ambas estaban necesitadas de compañía.

Los tres chicos, más jóvenes que sus hermanas, intentaron animar los actos iniciando una guerra de comida, así que fueron conducidos a la cama temprano en compañía de doce ayudadas de cámara.

En opinión de Hugo, un hombre sin un ápice de imaginación, parecían prisioneros escoltados hasta la horca.

Madonna Helen, su madre —una esbelta mujer rubia— estaba en lo que

amablemente se conoce como «declive». Los médicos la habían sangrado copiosamente y prescrito todo tipo de caras panaceas fabricadas a base de venenos como mercurio, alumbre u opio. Para complicar más la cosa, tenía que alimentarse con una dieta de vegetales cocidos. Este tratamiento la había llevado varias veces al borde de la muerte y la había reducido a tal estado de demacración espectral que a Hugo le parecía difícil creer que estaba mirando a una mujer viva.

Una vez acostados los chicos, la conversación decayó hasta que el mercader comenzó a preguntarle a Hugo sobre sus viajes.

—¿Cómo estaba Roma?

—Sólo estuve allí unos cuantos días —respondió Hugo.

—Unas cuantas horas, mejor sea dicho —le dijo en silencio a Hugo su huésped.

Hugo siguió adelante:

—El papa actual es un enemigo de los lombardos y, aunque intenté conseguir su ayuda en mis problemas familiares, él me amenazó con echarme de la ciudad si no me marchaba pronto. Ahora estoy solo, excepto por mi pobre y mudo criado, así que huí.

—Qué horror —dijo la mayor de las hijas de Armine. Su nombre era Chiara; el de su hermana, Phyllis.

—Mi vida ha sido muy triste desde que mi padre fue asesinado —dijo Hugo.

—Debió ser terrible para ti —dijo Phyllis con un suspiro.

—Terrible por el hecho en sí —dijo Hugo— y terrible por la forma en que se cometió; pero me temo que no es una historia apta para los oídos de tan dulces damas.

—Oh, soy bastante liberal con mis hijas —dijo Armine.

—Lo apruebo —dijo Hugo—. Porque esta historia es una que debiera servir para educar los corazones de las mujeres, enseñándolas a respetar la sabiduría superior de sus hombres y la locura que puede resultar cuando los deseos de sus corazones se anteponen al cerebro. Una buena lección moral.

—Veis —les dijo Armine a sus hijas—. Escuchad y aprended.

—Comenzó —dijo Hugo— cuando mi tía Gisela se prometió con un sajón pagano salvaje llamado Wolfstan. Mi padre... —Hugo levantó la vista al cielo—, que en paz descansa, un hombre santo como ningún otro... En cualquier caso, mi padre, Gundabald, se opuso a esta unión viendo que el sajón se negaba a convertirse al cristianismo, inclinar su cuello ante el dulce yugo de Cristo y ser lavado en las aguas del renacimiento y la vida eterna. Pero Gisela se negaba a escuchar tanto las advertencias de su hermano como cualquiera de las objeciones de los muchos sacerdotes que él llamó para apoyar su postura de que la carne pagana y la cristiana no deberían convivir en el lecho marital. Porque este sajón era guapo y rico y Gisela estaba locamente enamorada de él. La fortuna de mi familia estaba en declive por aquel entonces y Gisela, aunque no era pobre, no era ni mucho menos tan rica como deseaba ser; posiblemente se enamorara de la excelente vida que él podía

proporcionarle. Y, de hecho, durante su primer año de matrimonio parecían ser felices y haber realizado una afortunada unión. Él le permitió tener su propio capellán y recibir los sacramentos; sin embargo, ella decía que él no observaba las muchas ocasiones en las que la iglesia ordena la castidad incluso a los unidos en la dicha matrimonial.

Tanto Armine como su esposa parecieron un poco incómodos mientras Hugo recitaba la lista:

—Todos los domingos, todos los días santos, el periodo completo de Adviento y Cuaresma y bastantes más.

—Sí que parecen ser muchos —dijo Armine, mirando a su mujer de reojo—. No todos los fieles son tan estrictos...

—Pero mi padre sentía que Gisela debía hacer más para avanzar en la causa del cristianismo con su marido, en vez de permitir dejarse vencer por las costumbres del pagano. Así que la reprendió con dureza, dejándola envuelta en lágrimas y enfureciendo enormemente a este Wolfstan. Unos cuantos días después mi padre se fue de caza con algunos de los sajones de Wolfstan. De alguna forma se las ingeniaron para llevarle hasta las profundidades del bosque y abandonarlo allí. Después de lo cual fue atacado por un lobo gigantesco. En ese momento, temiendo por su vida, cayó de rodillas ante la bestia salvaje y agarró la cruz de Cristo que siempre llevaba en el cuello. Para su más absoluto asombro, la sanguinaria criatura retrocedió ante el objeto sagrado. Aprovechando la oportunidad, mi padre cogió una ballesta, pidió a Dios que bendijera la flecha y disparó al lobo. Ante los horrorizados ojos de mi padre, un fuerte viento sopló por el bosque y el cielo se oscureció como si presagiara una temible tormenta. Esto sólo duró unos segundos pero... pero...

Todos tenían la boca abierta, pendientes de cada palabra de Hugo.

—Pero cuando el viento cesó, el cielo se aclaró y los pájaros cantaron de nuevo, mi padre vio, donde había yacido el lobo, el cuerpo de Wolfstan, el marido de su hermana.

Esta revelación se merecía un reconstituyente para los hombres y dulces de miel y vino dulce para las mujeres. Hugo podía ver que se había ganado una popularidad instantánea en el hogar de Armine.

—¡Qué horror! —Phyllis se apretaba la mano contra el pecho—. No entiendo cómo pudo sobrevivir al trauma de semejante experiencia.

—Mi padre era un hombre fuerte —dijo Hugo—. Pero, ay de mí, eso no es todo, sólo es el principio.

—¿De verdad? —dijo Chiara.

Hugo creyó detectar cierto tono de burla en sus palabras, pero los demás le observaban con expectante credulidad. Así que la ignoró y continuó.

—Como tan acertadamente observaste, el trauma de mi padre fue enorme. Pero esto no le impidió hacerse con Gisela y regresar a casa con ella. Ni tampoco descansó hasta que la vio casada con un buen hombre cristiano llamado Firminius. Pero se

olvidó de la contumacia y obstinación de algunas mujeres. De vuelta a casa, poco después de su segundo matrimonio, se descubrió que estaba embarazada. La exhortamos a que se... deshiciera del niño, ya que sin duda se vería contaminado por el mal, pero ella se negó.

—Se negó a matar a su hijo —dijo Chiara.

Armine la fulminó con una mirada reprobatoria y su cara se quedó inexpresiva. *No me estoy ganando a ésta*, pensó Hugo. *Pero, de todos modos, es al padre a quien quiero.*

—No teníamos nada en contra del niño —dijo Hugo—, pero pensamos que sería mejor entregarlo como ofrenda a Dios, es decir, enviarlo a un establecimiento de santas monjas y criarlo en, digamos, aislamiento. Pero Gisela defendió a su hijo enérgicamente y recibió el apoyo de Firminius en su tozudo y equivocado cariño por Regeane.

—¿Regeane era el nombre de la pequeña? —preguntó Chiara.

—Sí. Pero pronto, a una edad muy temprana, Regeane comenzó a mostrar inclinación por las artes oscuras, igual que su padre. Desgraciadamente, Firminius murió cuando Gisela era todavía joven y ella no volvió a ceder ante la sólida orientación masculina proporcionada por mi padre, Gundabald. En vano llevó a la niña de santuario en santuario, a iglesias dedicadas a la adoración de Cristo, su santa madre y los muchos santos, intentando a toda costa tranquilizar el turbulento espíritu de Regeane y someter su alma rebelde. Pero falló, así que estábamos en Roma buscando la bendición del papa cuando Gisela, agotada tras tantas penas y tribulaciones, por fin obtuvo el descanso eterno. Poco después de su muerte recibimos la noticia de que Carlos, rey de los francos, había preparado un matrimonio para Regeane. Naturalmente, estábamos horrorizados.

—Naturalmente —Chiara arqueó una ceja e imitó a Hugo con ironía.

Hugo la ignoró.

—Pero el papa, el nuevo papa Adriano, interfirió en nuestros intentos por impedir el matrimonio. Apartó a Regeane de nuestros cuidados y se aseguró de que fuera desposada, como la pobre Gisela, con todo un salvaje y un sinvergüenza. Ni que decir tiene que este sinvergüenza estaba encantado con ella.

—¿Debo suponer que este cariño por Regeane era de muy mal gusto? —preguntó Chiara.

De nuevo, Hugo la ignoró.

—Somos una gran familia, aunque venida a menos, y estamos emparentados con los Arnulfing, los reyes francos. Un humilde plebeyo como este Maeniel la habría considerado un gran premio, incluso si hubiese sido una jorobada medio boba con un solo diente. Pero el papa hizo oídos sordos a las advertencias de mi padre. Así que Gundabald y yo contactamos con la facción lombarda en Roma. Se le pidieron cuentas al papa en persona y Regeane fue juzgada por bruja.

Chiara frunció el ceño, pero el resto de los comensales estaban boquiabiertos.

—Ella eligió un juicio por combate y el tal Maeniel la defendió. Fue una batalla larga y encarnizada pero, aunque resulte difícil de creer dado que el campeón lombardo era un guerrero poderoso, osado, justo y honesto, fue derrotado a manos de Maeniel. Creo que él y Regeane debían haber pactado con magia negra para destruir al campeón de Dios.

—No vayas tan lejos —le advirtió a Hugo su huésped—, pero continúa, hasta ahora lo estás haciendo bien.

Lo estaba y él lo sabía. Todos salvo Chiara le miraban con la boca abierta de admiración.

—Pero eso no es lo peor.

—¿No? —jadeó Armine.

—No. Mi padre creyó que cabía cierta esperanza de que Maeniel no estuviera tan hechizado por Regeane como para ser inmune a todo buen consejo, así que fue a intentarlo una vez más. Lo encontró en su banquete de bodas. Lo sé; yo le seguí. Estaba terriblemente preocupado por su seguridad y tenía una buena causa. Porque, cuando él empezó a amonestar a Maeniel, él y Regeane abandonaron sus prestadas formas humanas. Bajo la apariencia de un lobo, igual que su padre, ella cayó sobre mi santo padre y... junto con su embelesado amante, también él en forma lupina... lo destrozaron miembro a miembro. ¡Sucedió tan rápido! No pude hacer nada. Cuando vi que si intentaba hacerles pagar por este espantoso crimen acabarían rápidamente con mi propia vida, huí, con la determinación de vengar a mi padre para después retirarme a un monasterio donde pasar el resto de mis días dedicado a la oración, la flagelación, las buenas obras y la sagrada penitencia. Pero, antes de marchar, debo advertir al duque lombardo sobre Maeniel y Regeane, quienes ahora sirven al rey franco y esperan ayudarlo en su guerra contra el legítimo gobernante de Lombardía, el duque Desiderio.

—Es toda una historia —dijo Chiara.

—Oh, temible será el día en el que el señor ungido por Cristo, su excelencia el gobernante de los lombardos, sea atacado mediante la magia negra —dijo Armine—. Pero ¿qué puede él hacer contra esta pareja? Dímelo, te lo ruego.

Hugo sonrió. Los dientes que le quedaban eran impresionantes, un poco manchados de verde, pero todavía buenos.

—Dile que incluya perros lobo entre sus perros de guerra porque, tenedlo por seguro, Maeniel y Regeane intentarán espiar sus movimientos y planes para informar de ellos a Carlos, el rey franco. Si el lombardo puede destruirlos, arrebatará a los francos una de sus armas más poderosas.

Armine frunció el ceño.

—Iba a enviar cartas al rey Desiderio esta noche. Esta historia es tan fantástica... que casi no doy crédito. Pero todos saben que los reductos del paganismo amenazan constantemente a aquellos que acogen a Cristo, así que le advertiré de que esta vil pareja ha dirigido su malicia hacia él... y de que incluya los mejores perros lobo entre

sus perros de guerra.



6

Después de hacer el amor, nadaron hasta la cascada en el centro del lago y descansaron sobre la plataforma de basalto negro, erosionada por el agua a lo largo de los siglos. Las noches en las montañas todavía eran frías —a veces lo eran incluso en pleno verano— pero el sol de la tarde resultaba cálido sobre sus cuerpos y el agua estaba, ante la sorpresa de Regeane, casi caliente.

—Hay un manantial de agua caliente en los alrededores —explicó Maeniel—. Llena el estanque de arriba. Antes se le conocía como el Espejo de la Dama.

—¿La Dama? —preguntó Regeane.

—Sí —dijo Maeniel—. Sólo la Dama. Matrona me dijo que así es cómo se la conocía en Grecia hace dos mil años.

Regeane sonrió.

—¿Matrona lo recuerda?

—Sí —Maeniel no sonreía—. Matrona lo recuerda.

Regeane descansaba de espaldas sobre la piedra, con la cabeza en el regazo de Maeniel, dejando que el agua templada fluyera sobre ella. El aire que les rodeaba todavía soplaba con cierto frío invernal y la mezcla constituía un placer para los sentidos. Levantó el brazo y le tocó la cara.

—Hemos hecho el amor como hombre y mujer muchas veces, pero nunca nos hemos amado, no en nuestra otra forma.

Él parecía un poco inquieto.

Se inclinó y le besó la punta de la nariz.

—No eras lo bastante mayor. Como mujer, estás completamente desarrollada, pero una loba evita el deseo hasta que alcanza la cumbre de sus poderes. Todavía no has alcanzado la tuya, pero debes saber que, si piensas que es como los perros, estás equivocada.

—¿No lo es?

—No. Cuando llegue el momento y estés preparada, yo te guiaré. Hasta entonces, date por satisfecha.

Ella levantó los brazos, enlazó los dedos entre el pelo de Maeniel y empujó su cara hasta la de ella para besarle. El sol era cálido, al igual que su cuerpo. La luz del sol deslumbraba al reflejarse en el agua y hasta el mismo aire que les rodeaba olía a primavera. Cuando sus labios se separaron, ella descubrió que ya no descansaba sobre su cuerpo. Ahora él estaba sobre ella y ella estaba entre sus brazos.

—¿Otra vez? —preguntó ella con simulado fastidio.

—Sí.

—Bueno. No me importa hacerlo. O, mejor dicho, no me importa que lo hagas.

—Lo haré —dijo él.

Ella se sobresaltó ligeramente.

—Creo que ya lo has hecho.

—Sólo estoy comenzando.

—Si eso es el comienzo, ¿cómo es el final?

—Concéntrate... y me aseguraré de que lo averigües.

Después de eso, los dos dejaron de interesarse por las palabras.

Cuando hubieron terminado, ella se quedó dormida en sus brazos. Él era demasiado lobo en esos momentos como para dormir. Se quedó tumbado y la sostuvo. El sol se hundió un poco más en el cielo. Sólo podía oír el canto de los pájaros y el dulce y urgente sonido del agua al caer. A veces el viento susurraba al agitar las copas de los árboles. Con su aliento hacía que el color de los álamos que bordeaban el lago cambiase del verde al plateado. Más lejos, oyó el aullido de un lobo. Y se preguntó si la manada todavía se reuniría en el estanque de arriba antes de la caza; pero, después, el grito del lobo convirtió la agradable languidez en incomodidad.

Ella se despertó y abrió los ojos. Él se introdujo en el agua del lago, cerca de la cascada, y ella le siguió.

—Hay una manada cerca, así que será mejor que nos vayamos. Para ellos, sólo somos otros lobos. No nos querrán en su territorio.

Ella asintió y se volvió para regresar nadando a la orilla, pero él la cogió del brazo.

—Quieta —le puso un dedo en los labios. La canción del lobo comenzaba de nuevo y quería escuchar—. Hablan sobre un humano acampado no muy lejos.

Estaban descansando juntos en el agua, con los brazos sobre la plataforma de basalto cerca de la cascada. Él la miró.

—Oh —dijo Regeane—. El sajón. Se me olvidó mencionarlo. Vino conmigo, por si acaso.

—¿Qué es esto? —dijo Maeniel—. ¿Un desfile de Estado? ¿Quién será el siguiente en salir de los arbustos? ¿Matrona? ¿Gavin? ¿Antonius? ¿Bárbara?

—Gavin —dijo ella—. Lo cierto es que no se le ha visto desde que acampamos

con el rey.

—Naturalmente —contestó Maeniel—. Sus oportunidades para el libertinaje son limitadas en las montañas. Cuando descubrió los carromatos de «apoyo» que acompañan al rey, probablemente se volvió loco.

Regeane se zambulló de cabeza, se dio la vuelta y comenzó a nadar hacia la orilla. Maeniel la siguió.

Unas cuantas horas más tarde, llegaron al campamento del sajón. Estaba acurrucado, con cara de mal humor, junto a un fuego. Los dos lobos salieron de entre los árboles y entraron sigilosamente en una tienda montada junto al bosque. Cuando vieron que estaba vacía, cambiaron de forma y se vistieron con ropa humana; después salieron para saludar al sajón.

Había puesto trampas y tomaron una buena cena compuesta de estofado de conejo con pan, un pan aplastado que había hecho simplemente calentando una roca y echando la masa sobre ella. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Maeniel vio a alguien hacer pan así.

Pasaron la noche con todas las comodidades. Regeane y Maeniel se quedaron en la tienda; el sajón se envolvió en su piel de oso y pasó la noche bajo las estrellas.

La discusión surgió antes del alba.

—Has pasado un bonito día en el bosque —le dijo Maeniel a Regeane—. Ahora me estás retrasando y apartándome de mi verdadero trabajo.

Todavía no había amanecido y una niebla plateada fluía a través del bosque, buscando su camino entre los árboles con largos y finos zarcillos. Había empezado a caer desde los picos justo antes de la puesta del sol, hasta que había llenado las hondonadas y valles de más abajo y brillaba como madreperla a la suave luz de la luna.

Entonces, justo al amanecer, antes de que el sol volviera a despertar en el hueco más allá del paso, había parecido tener al mundo entero bajo su suave dominio.

En esos momentos fue cuando entró en la tienda, tan suave y silenciosamente que ni siquiera Maeniel, el lobo gris, pudo intuirlo ni sentirla. Pero Regeane se despertó, nadó hasta ascender desde las profundidades de aguas negras que descansan al fondo de la consciencia. Quizá atormentaba a la loba de plata —como nos atormenta a todos — porque ahí fue de donde surgió de la nada el primer antepasado, ni planta ni animal, y cruzó la barrera infinita y desconocida entre lo animado y lo inanimado, para que naciera la vida. La vida conoce el agua antes que todo lo demás. Llena nuestros pulmones en el útero como recordatorio del lugar de dónde venimos y quiénes somos; descansa como un estanque bajo la consciencia y, mucho más abajo, bajo los sueños; y en el más profundo sueño, el cerebro medio descansa en ella y se renueva para poder recuperar la consciencia cuando despierta.

Y desde el más profundo de los estanques, el pozo más allá del mundo, desde la niebla, la voz había llamado a Regeane. *Si le amas, no le dejes partir solo.* Después la voz fue hecha jirones por los vientos del tiempo mientras la niebla se disolvía en el

aire del alba y ella caía en el sueño y lo olvidaba.

Ahora, Maeniel la besaba en la frente y la empujaba hacia el sajón.

—Vete a casa —le ordenó—. A partir de ahora debo viajar rápido, en las sombras durante el día y en la oscuridad de noche. No tengo tiempo para preocuparme de que no puedas mantener tu forma, o para defenderte de otras manadas de lobos, o para enseñarte cómo vivir en la naturaleza, comerte cualquier cosa que puedas cazar y evitar dejar rastros para otros lobos u hombres. No sabes lo bastante como para ir pegada a mis talones y pasarán muchos años antes de que lo hagas. Ésta no es una excursión de un día por mis tierras o una caza organizada para tu diversión y no tengo tiempo para darte lecciones sobre las habilidades que necesitarías para sobrevivir. Un error por tu parte puede hacer que me maten en el mejor de los casos o que nos maten a ambos en el peor. Esto es la guerra... y la guerra no es lugar para tontos. Y en cuanto a ti... —se volvió al sajón—. Puedo encargarte la misión de llevarla a casa a salvo. En todo el tiempo que llevas con nosotros, nunca me has visto realmente enfadado pero, si descubro que has ayudado y apoyado su locura después de esto, conocerás mi ira. Te lo prometo. Y la sufrirás durante mucho, mucho tiempo. Probablemente pienses que tus amos lombardos eran duros, pero lo que te hicieron no es nada comparado con lo que yo puedo hacer. Te encontraré dondequiera que te escondas y obtendré mi compensación y, si a ella le pasara algo... —Se interrumpió—. Regeane —dijo—. Su vida está en tus manos. ¿Me entiendes? —Las lágrimas corrían por las mejillas de la mujer—. No hay fuerza terrenal que pueda obligarme a hacerte ni el más leve daño, pero no puedo decir lo mismo respecto a él. ¿Lo entiendes?

—S-sí —tartamudeó ella.

—Bien.

Por un instante se pudo ver una sombra gris fugaz en la niebla de la mañana y después desapareció.

Lucila y Dulcinia se encontraron unos cuantos días después de que Silve les hiciera saber sus grandes noticias.

—¿Cómo demonios se ha quedado embarazada Silve? —preguntó Dulcinia.

Ambas mujeres estaban en el jardín de Lucila, descansando tras la cena. Ninguna tenía ganas de moverse mucho. Lucila simplemente puso los ojos en blanco y miró a Dulcinia.

—O he descuidado completamente tu educación o...

—Lo sé, lo sé, pero media Roma ha pasado por encima del cuerpo de Silve. Si no se quedó embarazada entonces, ¿por qué ahora, en nombre de Dios?

—Puede que se quedara antes —dijo Lucila— y tomara una pócima para perderlo. Recuerda, sufrió muchas privaciones antes de que Regeane la tomara bajo su protección. Ahora tiene abundante comida a intervalos regulares y ha dejado de

beber ese horrible brebaje que solía tragar.

—Ahora lo sirve a sus clientes —dijo Dulcinia.

Lucila sacudió la cabeza.

—Lo que sirven en las peores tabernas es mucho peor que lo que ella sirve. No diré que las pociones que vende en el mostrador sean buenas para la salud, pero es extrañamente honesta en ese sentido. Todo el vecindario recurre a ella para beber y ella trata muchas enfermedades con sus mezclas.

Dulcinia parecía sorprendida.

—Los pobres van a menudo a la taberna cuando están enfermos. Silve tiene pociones para la fiebre intermitente, las fiebres periódicas, los niños enfermizos e incluso para los bebés con cólico. Poco puede ayudar con las enfermedades que les afligen, pero unas cuantas hierbas mezcladas con vino pueden limitar algo los efectos. Y después, por supuesto, la mujer cuyo periodo no ha venido y cuyo marido está fuera de la ciudad... puede que sólo sea un retraso, pero...

—Aah, sí —dijo Dulcinia.

—Y después están los que tienen una enfermedad debilitante de los pulmones, por no mencionar a otros que son simplemente viejos y les molestan los dolores de huesos.

—Lo que ella no sabe —dijo Dulcinia—, probablemente lo sepa Simona. Aconseja a Silve frecuentemente.

—¿Simona? —preguntó Lucila.

—La madre de Póstumo —dijo Dulcinia—. Silve corrió a ella después de escapar de Hugo. Simona me la envió a mí y después...

—Tú la trajiste hasta mí —dijo Lucila.

—¿Qué pasa con el niño?

Lucila respiró hondo.

—Bueno, está claro que lo quiere; si no, con sus habilidades, no lo estaría llevando. Así que la mandé a casa con Susana, mi doncella, y le di órdenes estrictas para que obedeciera a Susana en todo.

—¿El padre?

—No tiene la menor idea de quién puede ser.

—Quizá sea mejor así. Dada la naturaleza de los amigos de Silve, si lo supiera puede que sólo causase problemas.

Lucila asintió.

—Seguramente, cuando empiece a notarse, todos sus clientes se pondrán a mirarse los unos a los otros.

—Sí y probablemente todos tengan buenas razones para hacerlo. —Sin ninguna duda.

Unos días después de que Hugo contara su historia a Armine, Chiara fue lo bastante

tonta como para dejarle cogerla sola en el jardín. Había hecho todo lo posible para evitarle desde que oyera el cuento, incluso llegó a llevarse una bandeja a su habitación cuando la familia cenaba con él, pero el jardín necesitaba cuidados. Era simplemente una cuestión práctica. Ciertamente, el jardín del patio era un lugar donde tomar el aire y recibir visitas, pero se extendía alrededor de la parte trasera de la casa fortificada y contenía un pequeño huerto de árboles frutales: membrillos, melocotoneros, perales y granados. Un gran jardín de hierbas suministraba condimentos y verduras para la casa, por no mencionar medicinas para Madonna, quien, para gran pesar de Chiara, no mejoraba en absoluto. El médico la había vuelto a sangrar, pero su madre estaba tan débil que Chiara había quedado horrorizada por la crueldad del procedimiento.

El doctorapestaba a alcohol ese día y le había cortado en media docena de lugares antes de encontrar una vena que le gustase. Cuando el brazo de su madre estuvo por fin sobre el cuenco, la sangre no dejaba de coagularse y el médico tuvo que seguir reabriendo la herida hasta que, por fin, Chiara le echó de la habitación como una furia y consoló a su madre. Mientras ella yacía llorando en brazos de Chiara, Chiara le prometió que se desharía del hombre, sin importar lo que dijese su padre.

La chica estaba en el jardín recogiendo hierbas para el armario de medicinas de su madre y pensando en cómo llevar a cabo su hazaña. Ella sabía que allí crecían varias cosas...

De repente, Hugo la tenía entre sus brazos y respiraba sobre su cara. La respiración de Hugo hedía como agua de pantano. Chiara se revolvió intentando desembarazarse de puro asco, intentó clavarle las uñas en los ojos y casi le deja ciego. Esto hizo salir a su huésped, quien golpeó a Hugo con fuerza y lo lanzó contra una pérgola de hierro usada para cultivar uvas.

—Déjala en paz o te destrozo a palos.

Chiara se alejó del tambaleante Hugo, con la cara perfectamente pálida. Tanto el huésped como Hugo eran conscientes de que ella le había oído hablar.

—Idiota —rugió el huésped. Le dio una bofetada a Hugo en la oreja y éste cayó al suelo—. Lo estropearás todo, estúpido libertino. En una ciudad llena de cortesanas, tienes que elegir a una chica respetable. ¡Cuán estúpido puedes llegar a ser!

—No —dijo Chiara—. No le golpees de nuevo. Podrías matarle.

—¿Y eso te preocupa? —preguntó el huésped de Hugo.

—En absoluto —dijo ella—, pero nunca sería capaz de explicárselo a mi padre.

—Ciertamente —el huésped de Hugo se rió, una desagradable carcajada de alegría.

La piel de Chiara se estremeció.

—¿Qué eres? ¿Un demonio?

—Probablemente. Estoy sorprendido.

—¿De qué?

—De que puedas oírme. La mayoría no puede.

—Sí, es un don —dijo Chiara—. Cuando murió tía Stella, la vi subir las escaleras hacia la habitación de mi madre. No sabía que había muerto. Pensé que simplemente iba de visita pero, cuando le pregunté a mi madre sobre ello, ella rompió a llorar y me dijo que Stella estaba muerta. Pero no te preocupes, no se lo diré a nadie. Yo... yo... yo creo que entiendo mejor lo que está pasando, esa extraña historia. ¿Te vendió su alma?

—¿Qué puedo yo querer de su podrida, sucia y diminuta alma? Su cuerpo ya es lo bastante malo. No, sólo quiero usarlo durante un tiempo.

Hugo estaba sentado, sosteniéndose la cabeza.

—Me pregunto si podrías ayudarme a mí con un problema —dijo el huésped.

Hugo comenzó a levantarse.

—Siéntate —dijo el huésped—. Quédate ahí.

Hugo se sentó.

—¿Qué querías? —preguntó ella con voz trémula.

—Tu influencia con tu padre. ¿Le ha escrito al rey?

—Sí. Tan pronto como escuchó la historia que él —señaló a Hugo— contó. Pero yo le persuadí para que no fuera demasiado crédulo.

—Intenta que escriba y elogie todo lo posible al querido Hugo.

—Sí —dijo ella y asintió para dar énfasis a sus palabras—. Sí, ciertamente lo haré.

—Ahora, ¿cuál es tu problema?

—Quiero deshacerme del médico que trata a Madre. Creo que la está matando.

—Lo está —dijo el huésped de Hugo con voz desagradable—. Tira sus medicinas y sustitúyelas por extractos de frutas. Son veneno —después gritó—. Y, por amor de Dios, alimenta a esa mujer.

Chiara retrocedió parpadeando.

—Lo haré, lo haré. Iba a llevarle algo de capón y sopa.

—Es un buen comienzo. Ahora, muévete.

Chiara huyó.

Regeane regresó a la tienda con la cabeza alta y los puños crispados. Una vez dentro, se derrumbó del todo y lloró. Las lágrimas salían en igual medida que su rabia. No había mucho que destrozar en la tienda, solamente un par de ollas, pero las tiró contra el suelo de todas formas. Y después atacó las gruesas paredes de lona con su cuchillo y las hizo trizas.

—Le voy a dejar. Lo haré. No puede retenerme. Al menos, eso es lo que dice Matrona. Me iré. Me quedaré... me quedaré sólo para castigarle. Nunca le volveré a hablar.

El sajón se encogió de hombros y fue a afeitarse junto al arroyo, un pequeño paseo colina abajo. Cuando volvió, se sentó sobre una roca y esperó. Cuando cesaron

los ruidos en la tienda, se levantó y comenzó a mezclar pan para el desayuno. Al cabo de un rato salió Regeane. Estaba más calmada, pero tenía la nariz y los ojos rojos. Se sentó sobre un tronco junto al fuego.

El sajón hizo pan sobre una piedra caliente, le añadió queso y se lo pasó a Regeane.

—Me conoce muy bien —dijo ella—. Puedo arriesgar mi vida, pero no podría soportar que te pasase algo.

Desgarró salvajemente el pan con los dientes.

—Si un hombre —dijo el sajón—, cualquier hombre, encuentra algo que ama locamente, protegerá a esa persona o cosa. En caso necesario, lo protegerá hasta la muerte.

—Sí, pero ¿qué hago yo? —Las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas de nuevo.

—Cómete el desayuno —dijo el sajón—. Ya pensaremos en algo.

Le dieron vueltas a varias ideas durante algunas horas, pero no pudieron encontrar ninguna que ambos consideraran viable. Después, desanimados, anduvieron los pocos kilómetros que les separaban del lago y se quedaron de pie mirando sobre el agua.

—Me trajo aquí ayer. Se comportaba como si ya conociese el lugar —dijo Regeane—, pero está lejos de la fortaleza.

El sajón se estremeció y se le erizó el vello de los brazos.

—No hace frío.

—Este lugar —dijo mientras se frotaba los brazos—. ¿Puedes sentirlo?

—Supongo.

—Cerca... cerca del árbol era parecido.

—¿Qué árbol? —preguntó ella.

—¿Has oído hablar del Irmunsul? ¿El árbol sagrado, el que Carlos taló?

—No lo sé.

—Él vino a nuestra tierra, no hace mucho tiempo. Cuando fui capturado, nosotros, mi familia, éramos los guardianes del árbol. Yo salí a caballo para dar la alarma, pero este Carlos es muy buen soldado. Nos cogió por sorpresa y mi madre y yo éramos los únicos miembros de mi familia presentes. —El sajón se quedó callado, parecía perdido en sus recuerdos—. Carlos vino al santuario a por el oro, botín que enterramos en el campo. Pero no necesitaba talar el árbol para eso. Mi madre estaba en el santuario. Estaba rodeado de tres anillos, con arceles de tierra, y el árbol se levantaba en el centro sobre un montículo, solo. Nos reuníamos allí y celebrábamos nuestras asambleas cuatro veces al año. Mi madre se enfrentó a los francos sola. La mataron. Se dice que, antes de morir, le dijo a Carlos que todo lo que hiciera al final se convertiría en cenizas. Dijo que él conquistaría un imperio pero sus hijos no gobernarían por mucho tiempo, lo perderían; y que la persona que más amara le traicionaría y otros recogerían lo que él hubiese sembrado.

—Creo —dijo Regeane— que sueña con rehacer el mundo como hicieron los

romanos y con extender su dominio incluso más allá que ellos, pero piensa que para hacerlo debe recibir la bendición de Dios. Parece como si el gran árbol fuera su primer tributo al dios cristiano. Él acusó a mi marido de quemar el monasterio. Maeniel dijo que no parecía muy preocupado por Gundabald o por mi tío, sino más bien por los insultos a la iglesia.

—Ah, bueno —dijo el sajón—. Nosotros hicimos eso. Y, además, fue un buen trabajo.

—No me arrepiento —dijo ella—. Y tampoco lo haría Carlos si supiera toda la verdad.

—¿Qué le pasó a ese Gundabald?

—No era un individuo demasiado agradable.

—No, eso ya lo había supuesto.

—Asesinó a mi padre.

—¿Wolfstan?

—Sí. Dijeron que fue un accidente de caza, pero Gundabald le asesinó. Mi padre era...

—Como tú. Lo sé. Tu padre era muy amado. Somos parientes... muy lejanos, pero tenemos la misma sangre. Ésa es la razón de que para mí resulte un honor servirte.

—Oh —dijo Regeane en voz baja—. Ahora la comprendo. No me había dado cuenta. Pero tú debes conocer a la gente de mi padre, ¿no?

—No demasiado —dijo el sajón—. Recuerda que fui vendido como esclavo a los lombardos. No he estado en casa desde hace mucho tiempo. Además, tú tienes obligaciones aquí.

—Sí y... —se interrumpió y señaló a lo alto de la cascada—. Llamó a ese lugar el Espejo de la Dama.

—Entonces, vayamos a echarle un vistazo.

Así que subieron hasta la cima.

Sí, el estanque estaba muy tranquilo. Parecía que ya nadie pasaba por allí, ni siquiera la manada de lobos que frecuentaba la región. Una tupida vegetación de acafresnas, serbales, crecía alrededor del agua y los tallos de las rosas silvestres, cubiertos de dulces flores de escaramujo, descendían hasta introducirse en el estanque. Las flores de esta rosa eran las más grandes que el sajón había visto y tenían también los colores más vivos. Un rosa intenso, casi malva en los bordes, le daba su sombra al blanco, alrededor de los estambres color dorado brillante del centro. El perfume de las flores se dejaba sentir en el aire inmóvil, pero los largos y espinosos tallos que se enrollaban en los esbeltos serbales parecían formar una barrera casi impenetrable para cualquiera que quisiese mirar en el estanque.

—No sé si podremos pasar —dijo el sajón—. Al menos, no sin abrirnos paso con la espada —empezó a sacar la que llevaba a la antigua usanza, colgando atravesada sobre la espalda.

—No —dijo Regeane—. Aquí no —alargó la mano y el sajón sintió cómo se le ponía la carne de gallina mientras los tallos del rosal silvestre se apartaban a su toque y abrían un camino para permitirles pasar a ambos.

Un segundo después, se encontraban a orillas del estanque. Las rocas estaban cubiertas de musgo, que cedía como una suave alfombra bajo sus pies.

—Nadie viene hasta aquí, ni siquiera los animales —dijo Regeane.

—Quieres decir que a nadie se le permite venir, ¿verdad?

Regeane miró en el agua; el sajón también lo hizo.

—Sólo un bosque —dijo él.

—Sí, pero no éste.

Y ella llevaba razón, porque el bosque era otro y estaban mirando desde abajo hacia una montaña cubierta de nubes cuyas vertientes eran elevadas aristas y profundos barrancos. Los árboles eran gigantes, más anchos que ningún otro que Regeane o el sajón hubiesen visto.

Mientras observaban, el cielo se oscureció, el enorme bosque se llenó de luz verdosa y un magnífico rayo alcanzó un árbol. El árbol estalló en llamas y proyectó una chillona luz dorada sobre la capa de nubes bajas en movimiento, la lluvia cayó y el paisaje quedó medio cubierto por sus cortinas sinuosas. La imagen del estanque se volvió borrosa y el bosque se desvaneció para convertirse en docenas de círculos concéntricos, de la misma forma en que se enturbia un cristal cuando lo golpea la lluvia.

Siguiendo un impulso, Regeane introdujo una mano en el agua. Desapareció, simplemente desapareció. Debería ser capaz de poder ver sus dedos bajo la superficie, pero no podía.

El sajón la agarró del brazo y la apartó.

—¡No! —gritó.

—Parece —dijo Regeane— que tengo más de una forma de viajar.

Estaban cenando cuando el huésped de Hugo se deshizo del médico.

Cuando el médico bajó para la cena, las piernas le temblaban un poco. Chiara le lanzó una mirada de hostilidad pura. El hombre había ido a protestarle a su padre por la interferencia de Chiara. Eso le había dado una buena oportunidad para advertirle a Armine de que era posible que Madonna Helen, su esposa, no viviera mucho más.

La noticia había afectado gravemente a Armine. Cuando se casó con Madonna era un mercader con mucho futuro. No la había visto nunca antes de la boda y, ese día, quedó decepcionado. Demasiado delgada, silenciosa, reservada y tímida, su aspecto rubio pálido, casi descolorido, no le intrigaba. Se quedó embarazada el primer mes de casados y él dejó su cama hasta que llegó el momento de volver a acostarse con ella. De nuevo se quedó embarazada de inmediato. Tras el nacimiento de su segunda hija, la salud de su esposa se deterioró por un tiempo y asuntos de negocios le obligaron a

viajar. Cuando regresó, su mujer tenía una salud inmejorable y reanudaron las relaciones. Le preocupaba un poco el hecho de que sus dos hijos mayores fueran chicas.

Aunque Chiara estaba aprendiendo el negocio y le servía de ayuda, él había confiado en su esposa para que le ayudara con los asuntos de la contabilidad y con la inversión de los considerables beneficios de sus negocios. Al menos en parte gracias a su esposa, era uno de los hombres más ricos e importantes de la ciudad.

El miedo le paralizaba; no sabía qué iba a hacer sin su esposa. También le embargaba la culpa por no haberse ni siquiera molestado en conocer a alguien tan importante en su vida.

La cara de pura y fatua satisfacción del médico enfureció a Chiara quien, si hubiese encontrado la forma, le habría asesinado en ese mismo instante. Se preguntaba si el amigo de Hugo mantendría su promesa cuando hizo precisamente eso.

El médico estaba enfrascado con la sopa, un caldo de alubias con cerdo salado y arroz. Estaba sorbiendo ruidosamente cuando paró para soltar un chillido y saltar como medio metro.

—¿Qué tienes, hombre? —preguntó Armine.

—Na-na-nada —tartamudeó el médico.

—¿Nada? ¿Qué es esto? ¿Nada? —oyó Chiara decir al huésped de Hugo. Oyó las palabras con tanta claridad que estaba segura de que todos en la mesa las habían oído también. Miró a su alrededor y sólo vio expresiones vacías.

Esta vez, el desdichado hombre emitió un sonido que recordaba a una manada de perros de caza siguiendo un rastro. Empezaba bajo y se elevaba más y más hasta acabar en una nota casi femenina. En ese mismo momento, se agarró la entrepierna y saltó encima de la silla.

—Ah, eso está mejor —dijo el huésped de Hugo, mientras le daba la vuelta a la silla.

El médico dio un grito terrible y aterrizó de golpe en el suelo. Durante el siguiente minuto aproximadamente, el hombre realizó las acrobacias más extraordinarias que Chiara hubiese visto. Rodando una y otra vez por la habitación como si intentara escapar de un par de manos invisibles que le persiguieran, pinchándole y golpeándole, atizándole y, sí, tanteando sus partes íntimas. En cierto momento se encontró tumbado de espaldas, pataleando, dando vueltas y más vueltas en círculo, mientras que gritaba una y otra vez con todas sus fuerzas.

Todo esto, al menos a oídos de Chiara, venía acompañado de unas escandalosas y continuas carcajadas. Armine se levantó de un salto.

—Por Dios bendito, hombre. ¿Estás poseído por los demonios?

El médico ni siquiera frenó.

—Oh. Ay. Noooo, ohhhh. ¡No! ¡No! ¡No! —ahora estaba de rodillas, arrastrándose hacia la puerta.

Las risas pararon. En vez de eso, Chiara oyó una voz gritar:

—Más rápido, más rápido. Más rápido, mula —y Chiara se dio cuenta de que la criatura estaba montada sobre el desgraciado hombre.

La chica se levantó, corrió hacia la puerta y la abrió de un golpe.

—Gracias —dijo alguien.

El médico salió del comedor de forma precipitada. Había dos lámparas de pie hechas de latón que ardían con aceite, una a cada lado de las puertas. El aceite caía a chorros desde ambas lámparas, dando un salto en el aire y prendiendo mientras fluía. El médico gritaba mientras seguía corriendo.

Chiara le siguió hasta la puerta. Con fuego o sin él, quería verle en la calle.

El hombre alcanzó la entrada. La puerta se abrió sola —o, mejor dicho, sin intervención humana— y el médico salió como impulsado por un buen patadón. Pasó volando por encima de los escalones y aterrizó de bruces en la calle, tras lo que le cayó por encima una lluvia de monedas de oro. El hombre se puso de rodillas y comenzó a recogerlas lo más rápidamente posible.

—¿Qué? —preguntó Chiara.

—Sus honorarios —respondió el huésped de Hugo—. El oro es una poderosa fuerza para motivar a los humanos. Su estancia con tu familia le ha sido lucrativa. Pensé que sería mejor enviar el dinero con él. No querrás que vuelva, ¿no?

—Sí —dijo Chiara—. Quiero decir, no.

El hombre escuchó su voz y miró hacia ella. Chiara se enfrentó a su mirada. Los ojos de la chica le quemaban el cerebro.

—Vete —dijo—. Vete y no vuelvas jamás.

Cuando Chiara cerró la puerta, el hombre ya había recogido todo el oro, se había puesto de pie y huía de allí a toda velocidad. Ella corrió el pestillo y se dio la vuelta.

—Gracias —dijo.

—No hay de qué —fue la respuesta.

Cuando regresó al comedor, los criados estaban recogiendo el aceite derramado. Su hermana, Phyllis, y los chicos estaban inmensamente entretenidos. Su padre estaba alterado, su madre parecía aliviada.

Chiara volvió a su asiento.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó su padre.

—Bebe demasiado. Está viendo serpientes —le dijo Chiara—. He oído que se pasa al cabo de un rato.

—Una lástima —dijo su padre—. Ahora tendré que buscar a otro...

—No, no lo harás —le dijo su esposa.

Armine parecía sorprendido. En todo el tiempo que llevaban casados, ella nunca le había contradicho.

—Nunca jamás permitiré que nadie trate ninguna de mis enfermedades. No puedo ni describir los tormentos que he soportado a manos de ese idiota miserable y borracho. Puede que viva o puede que muera pero, sea lo que sea, lo haré a mi modo.

Chiara es perfectamente capaz de atender cualquiera de mis necesidades y ella es el único médico que me atenderá. Un día más con ese imbécil y hubiera contratado a un asesino. ¿Queda claro?

—Sí, querida —dijo Armine.

Unos cuantos días después, Hugo dejaba Florencia camino de Pavía, acompañado por Chiara y Armine, para ser presentado al gobernante lombardo, Desiderio.

La esposa de Armine estaba muy mejorada y se recuperaba satisfactoriamente.

Maeniel avanzaba a través de las montañas, tal y como le había dicho a Regeane. Viajaba principalmente por la noche y cazaba al alba y en el crepúsculo. Había conseguido alimentarse en pequeñas cantidades hasta que al fin llegó a la apertura del final del paso y miró hacia abajo desde las laderas más bajas de la montaña para contemplar los húmedos valles del Po.

Los valles del río al pie de la montaña eran la puerta de entrada a Italia. Los romanos se habían acantonado en los dos pueblos del río que ofrecían el camino más fácil. Esta ruta comarcal no era simplemente el mejor paso, sino que, por varias razones, el camino entre los dos valles fluviales era el único posible. Se habían tomado posiciones defensivas en las gargantas de Ivrea y Susa. No sólo tomado, sino también fortificado, y el rey lombardo había dedicado las suficientes tropas como para mantener ambas a buen recaudo.

Desde su posición en la ladera de la montaña, Maeniel echó un vistazo a los terraplenes que se extendían a través del estrecho cuello de la garganta y pensó que el tal Desiderio no era ningún idiota. De entre todos los lugares de la montaña, probablemente fuera éste el mejor para parar a Carlos.

El lobo gris se tumbó, descansando la cabeza sobre las patas, para esperar a que cayese la noche. Ya había inspeccionado Ivrea y sentía que era el peor lugar para desafiar a Desiderio. Incluso si Carlos lograra forzar el cuello de los terraplenes que cruzaban la garganta, había dos o tres excelentes posiciones de retirada para las fuerzas de Desiderio. Atacar allí sería como rendirse. *Pero aquí, aquí, pensó el lobo, aquí hay posibilidades.*

Esa noche fue descuidado. Estaba tratando con humanos y se había acostumbrado a salirse con la suya. Tenía el viento a la espalda y todavía era de día cuando comenzó a bajar. De hecho, ni siquiera se había puesto el sol, sino que se encontraba tras los acantilados que daban al valle. El río y el camino estaban en penumbra y el viento de las montañas empezaba a enfriarse.

Sí, estaban las antiguas murallas romanas que miraban al río, cuyos restos no eran más que un sendero rocoso que avanzaba hasta la orilla y seguía el agua por debajo de las torres de piedra. Un ejército que intentase pasar por allí tendría que marchar casi en fila de a uno entre altos acantilados junto a un río que, gracias a la nieve derretida que lo alimentaba desde las cumbres, se había convertido en un torrente

embravecido. Pero, por el contrario que en la fortaleza, el camino sólo se estrechaba durante un corto tramo antes de volver a ensancharse. El río caía formando rápidos más allá del fuerte romano; y, después del fuerte, había un pueblo. No era muy grande, era el tipo de lugar que crece cerca de los puestos del ejército para ofrecer servicios tanto placenteros como necesarios a los militares.

El pueblo también estaba fortificado. Estaba colgado de un saliente rocoso que sobresalía en dirección al río. Consistía en un grupo de edificios de piedra caliza con tejados de teja roja, un muro resistente y una pesada puerta en el lado que daba a tierra firme para protegerlo de los maleantes. La ubicación de los demás edificios, rodeados por el río rebosante y helado, bastaba por sí sola para desanimar a cualquiera lo suficientemente valiente o estúpido como para intentar entrar por la fuerza.

Más allá del pueblo, el valle se ensanchaba y continuaba hacia abajo hasta una llanura fértil de agradable aspecto. El lobo, a pesar de toda su despreocupación, no era tan tonto como para usar el camino. Se abrió paso junto a él, a través de la espesa vegetación de arbustos, altas malezas y árboles que bordeaba el estrecho sendero, hasta que llegó tan cerca de la fortaleza que fue consciente del peligro de ser visto. Así que se dio la vuelta y comenzó a subir la colina tras los muros.

Sí, pensó. *Esto se puede flanquear*. El lugar debía haber sido inexpugnable en tiempos de los romanos. Las fortificaciones dominaban el primer punto del valle y el pueblo el segundo pero, a lo largo de los años, los altos muros entre la fortaleza y el pueblo habían comenzado a erosionarse.

Un corrimiento de tierras había creado un pronunciado desnivel precisamente entre el pueblo y las fortificaciones, donde antaño sólo se levantaban escarpados muros a ambos lados. Una fuerza atacante podría rodear la fortaleza y aparecer detrás de los defensores. En las condiciones actuales, el pueblo ofrecía pocos problemas a un grupo de guerreros resueltos. Sí, sería casi imposible entrar, pero sus defensores tampoco lo tendrían fácil para salir. Simplemente sellando las puertas mientras el ejército principal de Carlos pasase y dejando una pequeña guarnición, en un par de semanas la gente de dentro, sin forma de abastecerse, acabaría rindiéndose.

Carlos vendría desde dos direcciones, Mons Jovis y Mons Cenis. La parte del ejército que pasara cerca de Mons Jovis, la fortaleza alpina de Maeniel, podría fingir haber sido vencida por los defensores en Susa, mientras que el resto daba un rodeo y flanqueaba la fortificación romana.

Algo así, estaba seguro, es lo que había pensado Carlos cuando decidió dividir su ejército y mandar una parte a Mons Jovis y otra a Cenis. La estrategia general estaba ya planificada en el cerebro de Carlos, pero Maeniel tendría que sugerirle algunas aproximaciones tácticas.

Maeniel se detuvo sobre la casi increíblemente empinada colina que miraba sobre las fortificaciones que cerraban el cuello de la garganta. Desde aquí ya no podía seguir subiendo, pero le servía para hacer un reconocimiento del interior de los muros

romanos.

Sí, no estaban cerrados por detrás, aunque las partes que daban al valle habían sido arregladas. Se les habían añadido nuevos andamiajes de madera detrás de las almenas y se habían echado nuevos terraplenes frente a los muros. Éstos estaban provistos de afiladas estacas para repeler una carga de caballería, en caso necesario.

Los terraplenes a ambos lados se extendían más allá de los muros hasta el mismo río. Desde el frente parecían bastante formidables y, de alguna forma, desde atrás lo parecían aún más, ya que era obvio dado el número de caballos que veía Maeniel pastando en campo abierto que había una fuerza de reserva considerable para resistir en caso de que los atacantes no se rindieran fácilmente.

Ya empezaba a irse la luz, el sol se ponía tras los picos del oeste. Maeniel se ahuecó el pelaje. Todavía hacía frío a esa altitud tras la puesta del sol. Se sentó con la cabeza sobre las patas delanteras para esperar a la oscuridad, mientras enumeraba las cosas que todavía necesitaba hacer antes de poder reunirse con el rey: acercarse más al muro protector y enterarse de cuántas tropas defendían el fuerte; asegurarse de que el pueblo no escondía ninguna sorpresa desagradable para el rey; trazar un camino que permitiera a la segunda parte del ejército de Carlos flanquear la fortaleza.

Sintió una aguda punzada de culpa al pensar en Regeane, pero ninguna duda acerca de lo acertado de su decisión. Ya era bastante ponerse en peligro a sí mismo; si algo le pasase, muy bien. Podía asumirlo. Había tenido una vida larga y buena y había experimentado muchas alegrías y tristezas; pero poner punto final a las perspectivas de alguien tan joven como ella sería intolerable. En lo más profundo de su corazón, sabía que el deseo de protegerla era fruto tanto del egoísmo como del amor. En la parte más profunda y secreta de su alma, estaba seguro de que, después de haberla poseído, simplemente no sería jamás capaz de volver a vivir sin ella y de que su pérdida le destruiría tan eficazmente como la muerte. Así que la determinación de evitar que le acompañara en este peligroso viaje era un resultado inevitable.

Ella le perdonaría. En el tiempo que llevaban viviendo juntos, la había visto cariñosa, amable y deseosa por complacerle. No era de las que guardaban rencor. Haría las paces con ella lo antes posible. Después suspiró, deseando que este asunto, aún más ajeno a su naturaleza que a la de Regeane, terminara para poder volver a casa y disfrutar de la compañía de su bella esposa y sus buenos amigos sin interferencias ni interrupciones. Cerró los ojos y, al más puro estilo de los lobos, se echó una siesta mientras esperaba la noche.

Hugo obtuvo un gran éxito en la corte lombarda de Pavía. Había escogido a la persona adecuada para ayudarlo. Armine era el representante del rey en el comercio de telas. Los reyes tienen que comer. Se suponía que el gobernante lombardo se abastecía económicamente gracias a sus propiedades, pero el mercado para el vino y el aceite que producían era muy inestable en el mejor de los casos. Casi toda la

comida se consumía dentro de un radio de pocos kilómetros del lugar de producción.

Los tiempos estaban demasiado revueltos como para enviar mercancías por barco; los artículos al por mayor, como los agrícolas, producían unos beneficios poco más que esporádicos. El comercio de telas era un asunto diferente. A pesar de la pobreza, el apetito por la ropa ostentosa no había hecho más que crecer entre la nueva aristocracia bárbara. Vestirse hasta los dientes era una de las pocas armas de las que un hombre disponía para causar sensación y presumir de la riqueza conseguida, así que todos los que podían lo hacían.

La seda que llegaba desde Constantinopla a las ya emergentes ciudades portuarias del Mar Adriático atravesaba Pavía, pasaba los Alpes y se introducía en Europa. Desiderio tomó su parte y Armine gestionó sus rutas de abastecimiento.

Hugo fue presentado como un hombre de sabiduría clásica con un gran conocimiento sobre las artes que dominaban los antiguos: una forma educada de indicar el hecho de que había estudiado la adivinación y la hechicería. Y, aunque la corte lombarda tenía «hombres sabios» más que de sobra, el huésped de Hugo se aseguró de que sus predicciones fueran correctas y de que sus ocasionales milagros menores, tales como identificar objetos escondidos o leer mensajes ocultos en sobres, fueran genuinos.

El huésped no le confiaba a Hugo toda la información que recogía. Parte de ella se la comunicó a Chiara en el jardín.

—El rey no es fiel.

—Creo que no se espera que lo sean —respondió Chiara—. Los reyes, según tengo entendido, son una ley en sí mismos, al menos en lo que respecta a las mujeres. Todos pretenderán que no lo ven o, si ocurre algún hecho reconocido, le felicitarán.

—Ahhh —dijo el huésped de Hugo.

—¿Dónde está Hugo?

La criatura empezó a reírse.

Chiara se estremeció.

—Me gustaría que no hicieras eso. Me da escalofríos.

—¿Por qué?

—No estoy segura. Tendré que examinar mis sentimientos al respecto.

—Hmm, qué raro. No creía que vuestra especie fuese en absoluto analítica.

Chiara frunció el ceño, se agachó y simuló estar oliendo una rosa.

—Hablas como si no fueras de nuestra especie.

—No lo soy. Tú, tú misma me llamaste demonio.

—Lo sé —susurró Chiara—. Pero yo pensaba que los demonios eran sólo almas condenadas que trabajaban para el diablo.

De nuevo, sonaron unas fuertes carcajadas, al menos para Chiara.

—No sé nada del diablo, demonios y demás, aunque un antiguo sacerdote mío no dejaba de soltar tonterías sobre esas cosas. Él también creía que yo era un demonio, especialmente desde que le permití satisfacer su gusto por la crueldad y su perverso

deseo de mantener relaciones sexuales con los muertos.

—¡Dios! —susurró Chiara—. Me gustaría que cambiaras de tema.

—Tampoco sé nada de Dios —contestó el huésped de Hugo—. Y sí, llevas razón, llegué a convencerme de que ese sirviente mío en concreto estaba loco. Al final forjó su propia destrucción al retar a alguien lo bastante fuerte como para enfrentarse a sus ataques, volverlos en su contra y matarle. Pero, loco o no, mantuve mi palabra ante él e incluso ante ese imbécil de Gimp y ese cerdo de Hugo. Y también, mi bella y remilgada dama, mantuve mi palabra ante ti. Cuando no tenías a nadie que te ayudara, yo estaba allí.

—Tranquilo, tranquilo. Es cierto. Lo estabas. Y te debo más de lo que jamás pueda pagarte y te lo agradezco. Y también creo que eres fiel a tus amigos. Pero ¿nunca has pensado acerca de un dios mayor?

—No —la respuesta fue bastante rotunda—. Ni tampoco creo que exista tal cosa. No. No desde que mi gente fue destruida y a vosotros, de entre todas las criaturas, se os permitió ocupar nuestro lugar. No, el universo es simplemente resultado de fuerzas aleatorias puestas en movimiento por alguna causa desconocida, y yo sólo miro por mi supervivencia y la de aquellos que me sirven y, si eres lista, harás lo mismo.

Después desapareció.

Chiara no sabía cómo era capaz de percibir la marcha de la criatura pero, igual que sentía su presencia, también sentía su ausencia y le sorprendió la respuesta emocional que la enojada partida despertó en su corazón.

Se dio cuenta de que le gustaba. Esto la horrorizó levemente, pero su conversación la intrigaba y podía decirle todo lo que quisiera. Por ejemplo, le había preguntado sobre la enfermedad de su madre y él había dicho:

—Sangra demasiado cuando tiene sus ciclos femeninos.

—¿Eso es todo? —le había preguntado Chiara.

—Probablemente. Es algo que he notado en las mujeres que tienen varios hijos y ella ha dado a luz a cinco. A veces su flujo se incrementa.

No le preguntó cómo había obtenido ese conocimiento, porque sus respuestas eran casi siempre sinceras y a veces muy desconcertantes. Se preguntó dónde habría ido.

El huésped de Hugo estaba con Hugo, observando sus fútiles intentos por persuadir a una de las damas más viejas de la corte para que le entregase su virtud. Sintió puro asco, al menos en parte porque sabía que esta dama en particular era considerada fácil por la mayor parte de la nobleza; pero ella era una especie de experta en lo referente a la seducción masculina y la absoluta falta de técnica de Hugo la espantaba.

—Eres —le dijo el huésped a Hugo— un completo idiota.

Hugo interrumpió su ataque, porque eso era en general a lo que se reducían sus intentos de seducción. Había conseguido arrinconar a Ilease en el alféizar de una ventana y ella le mantenía apartado estirando los brazos.

Hugo fue encolerizado hasta una mesa y se sirvió algo de vino.

—Me gustaría ver cómo lo haces mejor —le murmuró en voz baja a su huésped.

Éste hizo uso de toda su fuerza y Hugo se convirtió en espectador de lo que siguió. El huésped de Hugo nunca había escuchado que «el licor da calor», pero lo sabía. El licor y otras lisonjas ofrecidas a la señora Ilease la persuadieron para que le acompañase hasta los aposentos de Hugo, donde le dio a éste último una lección sobre las artes amatorias con Ilease como sujeto. Hugo no sabía que se pudiese complacer y penetrar a una mujer de tantas formas distintas, tantas veces. Casi era de noche cuando Ilease salió tambaleándose por la puerta de Hugo. Estaba exhausta, dolorida, escandalizada ante su propio comportamiento y negra y azul en algunos lugares. Nada de lo cual podía ser atribuido al huésped de Hugo, sino a sus propias acrobacias, entusiastas en exceso. Llevaba un brazalete de plata y un broche de oro y se sentía profundamente satisfecha.

Tras marcharse ella, Hugo —que odiaba desprenderse de algo de valor— comenzó a protestar por la generosidad de su huésped.

—Cierra la boca. Puedo encontrar cosas como esas siempre que quiera. Cuando necesites más, iré a traértelas pero, mientras tanto, cierra la boca.

Hugo se bajó tambaleante de la cama. Estaba desnudo.

—¿Qué me has hecho? —lloriqueó—. Casi no puedo andar.

Su huésped le detuvo en la ventana.

Hugo gimió.

—Hace frío, me castañetean los dientes...

—Quédate quieto —le ordenó su huésped—. Tienes suerte de que esté de buen humor.

Desde la ventana de Hugo se podía ver desde la ciudad romana medio derruida hasta el paso de Susa.

—Sigue quejándote —gruñó la criatura— y puede que te eche fuera. ¿Quieres arriesgarte?

Hugo se calló. No estaba seguro de que el espíritu pudiera llevar a cabo esa hazaña, pero recordaba las patadas tras el fracaso en la taberna y la salida del médico del comedor en Florencia. No estaba seguro y no tenía intención de tentar su suerte.

—Ahora me voy —dijo el huésped. Después le dio una patada por detrás a las piernas a Hugo.

Hugo aterrizó en el suelo con un chillido y un estruendo.

—Coge el vino. Llévate el jarro a la cama y no, repito, no te metas en ningún lío hasta que vuelva. ¿Está claro?

—Sssí —gimió Hugo, pero su huésped notó que ya estaba arrastrándose hacia el jarro que había sobre la mesa.

El lobo se despertó antes de que saliera la luna de entre los picos que se elevaban

sobre él. Se deslizó como una sombra hasta la ribera en el valle. Unas vacas lecheras marrones se atiborraban al aire libre entre bosquecillos de árboles. Depredador o no, le ignoraron salvo para levantar la cabeza de vez en cuando y así controlar su avance.

Aunque la luna no iluminaba el valle, su luz le daba un tinte plateado al cielo y Maeniel podía ver casi tan bien como de día. Manteniéndose entre las sombras, cruzó los terraplenes montados cerca del río y después se acercó al pueblo. Por lo que podía observar, el trayecto era fácil, aunque el desprendimiento de rocas de arriba había dejado escombros por todo lo que antes eran pastos despejados y los árboles habían echado raíces en los restos rocosos. La cobertura que le ofrecían compensaba cualquier inconveniente.

Pudo abrirse camino hasta el pueblo y acercarse mucho a los muros sin ser visto. Era mayor de lo que parecía desde lo alto del valle. Estaba amurallado y las puertas estaban cerradas. El lobo se paró entre la maleza que bordeaba el río. Sentía que había algo equivocado en el pueblo. Si Regeane hubiese estado allí, podría haberle advertido. Ella misma se había refugiado en la Vía Apia en una tumba que no estaba allí... pero es cierto que no había notado nada raro entonces y él no podía ver nada abiertamente raro aquí.

Un riachuelo de agua que pasaba a través de los restos de la roca caída llegaba hasta más allá del pueblo para internarse en la espesa maleza medio sumergida de la ribera. Parecía haber socavado los muros del fondo, cerca del agua. El lobo se introdujo en la maleza. Sí, había una grieta en el muro justo antes de que éste se uniera a la primera casa. Los muros no eran necesarios sobre el agua y las casas en sí ofrecían muros lisos frente a la corriente. Miró a través de la grieta y vio los adoquines de una plaza. Comenzó a cavar con la intención de agrandar el agujero.

A casi un kilómetro de allí, en una cueva, Gimp se despertó ante el grito triunfal del huésped de Hugo.

—Ha caído en mi trampa. Bajemos al río para echar las redes.

La excavación era fácil, pensó Maeniel. Casi demasiado fácil. Habré pasado en un minuto, pensó y se cayó de cabeza al río.

El lobo era un buen nadador, pero el río, alimentado por la nieve derretida de los glaciares de lo alto del paso, estaba helado. La conmoción lo dejó temporalmente indefenso. La veloz corriente lo arrastró hasta los rápidos, agua blanca que se extendía, que se arremolinaba sobre un lecho rocoso.

Una criatura menos fuerte que él podría haber muerto. El río revolcó a Maeniel y lo condujo a través de las rocas que cubrían el lecho del río. Mientras caía hacia el valle que se extendía más abajo, el arroyo se ensanchó repentinamente y, durante un segundo, el lobo quedó varado en un punto poco profundo. Pudo ponerse encima de sus piernas, pero después fue arrastrado de nuevo hasta la corriente y succionado por una vorágine hirviente que le escupió sobre una cascada para caer en una caz del fondo y después ser lanzado contra las mallas de una red de acero. Durante unos segundos quedó atrapado bajo el agua. Luchó frenéticamente por no ahogarse y le

sacaron a la superficie. Consciente de que estaba en forma humana, sintió cómo el metal le cortaba la piel al cerrarse el collar en torno a su cuello.

En su tienda a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia, Regeane se sentó en la cama, agarrándose la garganta. *Un sueño, pensó. Era un sueño*, intentó decirse a sí misma. Acababa de soñar sobre el momento en que Gundabald la había encadenado y sobre la segunda vez en que había *intentado* encadenarla... pero sus temores no se apaciguaban.

Unos cuantos segundos después, el sajón entró en la tienda. Llevaba una antorcha encendida en la mano. La luz la cegó. Las espirales de fuego proyectaban un brillo espeluznante alrededor de su cara.

Regeane resultaba apenas indecente; vestía una camisola de lana y un sobretodo de linón blanco con encaje.

—Él... él... se ha encontrado con... no lo sé... no puedo...

—¿Estás segura? —preguntó el sajón.

—¡No! Sí, sí... lo estoy.

Un segundo después estaba mirando a la loba. La camisola y el camisón estaban en el suelo. Sintió su espeso collarín cuando pasó rápidamente junto a él para salir de la tienda. Después desapareció. Como loba, corrió a través del bosque hacia el estanque. Cuando lo alcanzó, vio que la luna estaba llena y su reflejo flotaba en la calma superficie.

La loba de plata se detuvo y la blanca y pálida luz resplandeció sobre su largo pelaje protector. Una vez más sintió la extraña fuerza que le proporcionaba la luz, como la sintió en aquella lejana noche en Roma tras la muerte de su madre, cuando se encontró sola en un camino oscuro y peligroso.

Desde entonces había sido una atrevida aventurera, amiga de un papa y había compartido los favores de su amante, Lucila, para después casarse con el señor Maeniel... la mimada esposa del señor Maeniel. ¿Pensaba el lobo gris que su protección había cambiado la esencia de su naturaleza? Si lo hacía, era un imbécil por creer algo tan ridículo. Era la misma Regeane que se había aventurado en la Campania y en los mundos tras ella para salvar la vida de Antonius. La mismísima mujer que no había dudado en arriesgarse a morir en la hoguera por ayudar a sus amigos. Y más idiota era ella por dejarle minar su bien ganada confianza en las habilidades conferidas por su doble estado y presionarla para permitirle viajar solo hacia el peligro: un acto de locura por ambas partes.

¿Había sido capturado? ¿Estaba muerto? No lo sabía. Pasase lo que pasase, tenía que actuar creyendo que podía hacer algo para salvarle.

Se dio la vuelta, trotó a lo largo de la orilla del lago y comenzó a subir hacia el Espejo de la Dama. De nuevo, como antes, las cañas de rosas y zarzas se apartaron al tocarlas, pero quedó decepcionada cuando alcanzó el estanque y vio el mismo cielo y la misma luna reflejados de la misma forma en estas aguas que en las del estanque de abajo. Si había una puerta aquí, estaba cerrada. La mujer estaba preocupada. *¿Qué*

voy a hacer? ¿Cómo llegaré hasta él? La siempre práctica loba dijo simplemente: *Estás sedienta, bien pudieras tomar un trago de agua.*

Su hocico se acercó al estanque. Pero, cuando la nariz tocó el agua, vio que estaba mirando a un mundo sin luna en el preciso instante en que amanecía, cuando el cielo es una banda de ópalo ardiente a través del horizonte occidental y hay un silencio contenido, todo en calma, y los contornos del jardín del mundo están inundados de la preciada luz de los primeros rayos del sol.

Regeane no dudó. Se lanzó al agua.

El estanque se cerró a su alrededor sin emitir sonido. Un observador habría quedado desconcertado ante la falta de ruido al sumergirse. El estanque resplandeció durante un instante y después la luz de la luna volvió al agua, un disco lo bastante brillante como para ensombrecer a las más lejanas estrellas.



7

La cabeza de la loba de plata emergió del agua. El alba pintaba de gris los árboles alrededor del lago, haciéndolos visibles. Regeane nadó hacia la orilla. Las raíces de los árboles llegaban hasta el agua y corrían bajo la superficie; tenían el tacto de surcos viscosos bajo sus patas mientras subía con dificultad a la orilla del lago.

Se dio impulso para alcanzar la ribera y se sacudió el agua del pelaje. El mundo de los árboles era sombrío y estaba cubierto de niebla. No se oía nada, salvo un chillido lejano, demasiado distante como para darle nombre. Sobre ella, los troncos se elevaban más y más arriba hasta desvanecerse dentro de un banco de niebla baja. No podía ver ni una sola rama lateral.

Sabía que el sol estaba saliendo porque la luz se hacía cada vez más brillante. Nunca había visto árboles como aquellos. No dejaban ni un punto de suelo desnudo entre los troncos y las raíces. Cubrían la tierra de la misma forma que una cota de mallas forma la coraza de un guerrero, las raíces y los troncos se extendían sobre el suelo hasta que tocaban las raíces de otro árbol, formando nudos, para volverse después hacia el interior de la tierra.

Las cosas crecían en la región de sombras perpetuas. El terreno atrapado por todos los rincones de las retorcidas raíces soportaba una variedad magnífica de helechos y otras curiosas plantas que Regeane no había visto nunca antes. Algo que echaba raíces sobre la corteza dejaba caer unos tallos colgantes cubiertos de hojas tan diminutas y numerosas que parecían pelaje y eran tan suaves como tal al acariciarlas, aunque verdes, frías y ligeramente húmedas. Otras eran como los helechos a los que estaba acostumbrada, pero muchos eran más grandes, llenando los agujeros entre los troncos de los árboles con un deslumbrante despliegue de celosías y encaje verde. Pero por muy hechizadas que estuviesen, ninguna ocultaba el hecho de que los árboles creaban una superficie casi imposible para que algo como un lobo pudiese

viajar sobre ella.

Puede que como humana fuese capaz de encontrar un paso entre los enormes troncos, pero sospechaba que quien se internara en ellos podría vagar allí para siempre o hasta que el hambre y la desesperación le reclamaran... o la reclamaran. En la luz creciente, vio cómo el lago emergía de una cueva o saliente no muy lejos del lugar por donde había aparecido ella.

Regeane abandonó a la loba y se volvió humana. Volvió a sumergirse en el lago y nadó hacia la cueva. Al acercarse más, vio que no era una cueva sino una garganta densamente cubierta por los árboles gigantes. Sus raíces colgaban desde arriba hasta el agua, formando una vasta red tan infranqueable como los barrotes de una jaula gigante. Los árboles bebían mientras el agua latía entre estas grandes y esponjosas raíces, y fluía durante una distancia imposible de calcular, bajando por una escalera de roca sólo débilmente visible a través de la malla de raíces.

No, pensó Regeane. La habían puesto en un camino y llevaba en una sola dirección. Estaba a punto de volverse y regresar nadando al lago cuando lo vio. Era un conjunto de plumas rojas, escamas rubí y dientes.

Cayó sobre su cuello con un chillido y le clavó los dientes en el hombro. Ella se convirtió en loba con un reflejo brusco y protector, cerró las mandíbulas en torno a la cosa y se la comió. Antes de poder pensárselo, ya no estaba.

Después la loba se dio la vuelta y nadó hacia el desagüe que salía del lago en dirección a un río. Para cuando lo alcanzó, la luz ya era mucho más brillante. Las nubes rodaban en el cielo, moviéndose velozmente como si las condujesen los altos vientos de arriba. La baja neblina que saludaba a la mañana se había marchado, pero los árboles cercanos eran tan altos que las nubes se movían entre ellos. Como montañas, atrapaban la siempre cambiante vorágine de vapor. Dejaban pasar largos rayos de luz que se proyectaban aquí y allá sobre el bosque de helechos que crecía al abrazo de los árboles gigantes.

Regeane, la loba de plata, siguió el río. La condujo a través de un curso tortuoso sobre grandes piedras. No era profundo y la mayor parte del tiempo sólo cubría las patas de la loba. Para Regeane no había más visión u olor que los del aire húmedo y un agradable olor casi de lluvia que ella asociaba con plantas verdes en crecimiento. Se arrepentía de haberse comido a la cosa roja. Eso suponía un problema. Pero la cosa la había atacado y la loba estaba hambrienta. Se preguntó si podría envenenarla pero, tras unas cuantas horas de marcha, decidió que si todavía no había sentido molestias, probablemente no lo hiciera. La única otra vida animal con la que se había cruzado habían sido unas pequeñas criaturas que emitían un débil sonido como de campanas cuando se las importunaba y después huían volando, desvaneciéndose entre las islas de niebla del bosque de helechos que se extendían a ambos lados del río durante una distancia desconocida a ambos lados.

Cuando intuyó que faltaba poco para el mediodía, el río se ensanchó hasta entrar en otro lago pantanoso. Estaba abarrotado de plantas acuáticas. Algunas las conocía:

el loto egipcio, grande y de color púrpura rosáceo, cuyas flores colgaban muy por encima del agua; las agujas azules de la pontederia, que florecía en enormes racimos cerca de los troncos gigantes de los árboles. Abundaban los berros amarillos y Regeane se volvió humana durante unos momentos para comerse unos cuantos.

Encontró un árbol adornado con las largas guirnaldas trepadoras de la planta de hojas pequeñas y suaves. Cogió una de las parras y descubrió que en el extremo de cada largo y peludo tallo había una fruta. Probó una. El sabor le explotó en la boca. Rico, ácido y después dulce. Sabía que sería incapaz de describírselo a nadie. Como la mayoría de las cosas, sólo sabía a sí misma.

Mientras se daba un festín con los berros y las frutas —el tipo de comida a la que no se adaptaba un lobo— notó que las nubes comenzaban a condensarse amenazadoramente. Soltó la parra y se dejó caer de nuevo en el agua. El viento se movía sobre la superficie creando pequeñas ondas. Las cañas y los juncos empezaron a hacer entrechocar sus tallos. Regeane se dio cuenta de que estaban torcidos, como suelen estarlo las hierbas de las orillas, moldeados por los vientos predominantes. Así que esta lluvia debía llegar a menudo. En lo alto, los relámpagos zigzagueaban a través del cielo.

Usando los helechos como piedras de paso, Regeane subió de nuevo al árbol. Las plantas epífitas crecían por doquier en las profundas grietas de la corteza y los largos tallos de esta planta en particular, la que estaba repleta de fruta, eran más fuertes de lo que parecían.

Más arriba de la trepadora colgante crecía un helecho gigante con forma de abanico con grandes hojas de encaje. Parecía vivir de la lluvia. Un ancho y frondoso zarcillo lo ataba al árbol y las hojas salían desde su centro.

Cuando alcanzó un hueco entre los helechos, miró hacia abajo y se dio cuenta de que podía ver el fondo del lago a través de las cristalinas aguas. También él estaba cubierto de las enormes raíces que formaban el suelo del bosque. La vida en este lugar parecía ser un regalo de los grandes árboles. Estaban, en un sentido bastante literal, por todas partes.

Las plantas acuáticas que no vagaban por la superficie tenían sus raíces entre los árboles y Regeane vio las largas formas de algún tipo de pez remando junto a los sumergidos troncos de los árboles. El cielo estaba ya casi negro; el mundo entero, hasta donde ella podía ver, estaba envuelto en la verdosa penumbra que presagia la tormenta. En lo alto, los relámpagos centellearon y un tremendo trueno sacudió el bosque acuático. No muy lejos, uno de los árboles gigantes estalló en llamas. Después el viento azotó y la lluvia golpeó su cuerpo. Quedó cegada durante un segundo cuando el viento empujó una mezcla de humo, vapor, ascuas y cortezas ardientes hacia ella, envolviendo su cuerpo con los restos del árbol quemado.

Regeane cerró los ojos y agachó la cabeza apoyándola en el culantrillo para protegerse de la lluvia que empujaba el viento. Sólo a unos cuantos metros de distancia, a pesar de la lluvia, el árbol gigante ardía como una antorcha, siseando y

chisporroteando mientras el fuego consumía el duramen relleno de resina.

A Regeane le daba la impresión de que estaba ardiendo alguna torre oscura, ya que el árbol era lo bastante alto como para conducir el fuego hasta las nubes que se movían arriba. Regeane oía a su alrededor un llanto de dolor cada vez más intenso, un grito quejumbroso de tristeza sin límite. *El viento*, intentó decirse a sí misma. *El viento. Debe ser el viento de tormenta.* Pero cuando el viento paró, la lluvia empezó a golpear directamente sobre el suelo, extinguiendo el árbol en llamas y Regeane se sorprendió al darse cuenta de que miraba el mundo a través de una cerca de hojas de helecho. Estaba envuelta en las suaves frondas del helecho sobre el que se había apoyado.

En un primer momento se asustó, pero después descubrió que las hojas no ofrecían más resistencia que la de un vestido de fino encaje. De hecho, la cubrían como un vestido, calentándola frente a la helada lluvia. Descansó durante un rato, cabeceando sobre el abrazo protector del helecho hasta que el cielo se despejó y la capa de nubes se rompió en varias figuras hinchadas y blancas.

El helecho la liberó, extendiendo sus frondas para capturar la intermitente luz del sol. Regeane bajó de un salto. Su ímpetu la llevó hasta el fondo del lago, donde se impulsó con los pies sobre las raíces cubiertas de cieno. Justo antes de llegar a la superficie pasó nadando junto a ella un banco de peces, sus brillantes escamas eran destellos de luz reflejada en aguas cristalinas. Sintió un repentino y cortante escalofrío y, cuando su cabeza emergió a la superficie, se encontró siendo de nuevo loba en la zona menos profunda del río que salía de las montañas para pasar junto a una fortaleza y su pueblo. El aire era frío y el sol comenzaba a ocultarse.

Antes del alba, Hugo fue sacado de la cama. Aterrizó sobre el suelo.

—Lo tengo —le gritó su huésped en la oreja.

—¿A quién? —preguntó Hugo.

—Al lobo —gritó de nuevo el huésped—. A Maeniel, el lobo gris.

—No —dijo Hugo, apretando la cabeza entre las manos.

—¡Sí! —Su huésped rebosaba de júbilo.

—¿Lo mataste?

—No. ¿Por qué habría de hacer algo tan estúpido?

—Porque es peligroso —gruñó Hugo—. Grande, fuerte y muy peligroso. Había al menos algo de verdad en la historia que le conté a Armine. Yo lo sé. Lo vi.

—No me importa a quién o qué matara, le quiero. Y, además, él te proporcionará buena reputación en esta corte de Pavía. Algo nada desdeñable. No te preocupes. Le domaré.

—No te preocupes —murmuró Hugo mientras empezaba a vestirse—. Eso es precisamente lo que me dijo Gundabald antes de visitarles por última vez. Le mataron y después uno de ellos probablemente se lo comiera.

—Sí, las dos mujeres casi acabaron conmigo —dijo el huésped de Hugo.

La cara de Hugo se quedó helada.

—¿Las conoces?

Su huésped se echó a reír.

—Oh, sí las conocí. Mataron a mi devoto. Ella, la perra, y un amigo. Casi la cojo en otra ocasión, pero esa vez iba con otra mujer. Me quitaron al encogido humano al que estaba torturando. Ahora quiero mi venganza. Seguro que ella vendrá buscándole, pero yo poseeré al señor Maeniel... y por consiguiente también a ella. Espera y verás.

—No —dijo Hugo—. Mátalo. O él encontrará la forma de matarte a ti.

—Cerdo. —El huésped de Hugo usó toda su fuerza de nuevo, pero esta vez falló. Había gastado demasiada energía en el encuentro sexual de la noche anterior y, además, Hugo estaba mortalmente aterrorizado de Maeniel. Esto le proporcionó un vigor que desconocía poseer.

Comenzaron a destrozar la habitación.

El huésped de Hugo comenzó a lanzarle a éste todo lo que podía levantar. La contribución de Hugo a la pelea fue correr como loco de un lado a otro, tropezándose con los muebles y vociferando a grito pelado.

La criatura agarró la ropa de cama y llevó a cabo un creíble intento de asfixiar a Hugo con ella. Hugo escapó arrastrándose bajo la mesa. Entonces el huésped soltó las sábanas, cogió la jarra de vino e intentó arrojar su contenido a la cara de Hugo. No tendría por qué haberse molestado: estaba vacía. Pero no se podía decir lo mismo del orinal...

Hugo se levantó y dejó escapar un bramido de furia y asco que hizo temblar las vigas; después agarró la mesa y la lanzó en la dirección aproximada de la que venían tanto la voz como las acciones del huésped. A estas alturas del proceso, Chiara abrió la puerta.

—¿Estáis los dos locos de atar? —gritó—. Mi padre está aterrado, como todo el mundo lo bastante cerca para oírlos. Estoy segura de que alguien ha llamado a la guardia.

Se escuchó ruido de pisadas y, unos segundos después, media docena de hombres armados pasaron rápidamente junto a Chiara para entrar en la habitación. Hugo se las había arreglado para alojarse en palacio y no quería perder su lugar en el centro de la acción. Intentó enredar al capitán de la guardia personal de Desiderius con una historia sobre haber salido de la cama para caer encima del orinal.

Era una historia que el adusto y viejo soldado no se creyó, así que les advirtió con severidad que el rey mantenía su casa en orden y que, por favor, minimizaran tales molestias en el futuro.

Chiara le dijo al capitán que al oír los ruidos había ido corriendo para ver qué pasaba. Esto sí lo creyó el soldado, ya que ella llevaba las cuatro capas de ropa requeridas por su estado virginal y por las frías noches de las montañas. Sin embargo,

acompañó a Chiara de vuelta a sus habitaciones y se aseguró de que estuviera a buen recaudo en el interior. Ella salió furtivamente en cuanto se hubo marchado.

Hugo apestaba a orina rancia y su huésped todavía estaba furioso.

—Eres un cobarde bastardo. Una lloriqueante y quejumbrosa excusa de ser humano. Un piojoso chupapollas. Un...

—Para —susurró Chiara—. Insultarlo no te llevará a ninguna parte. Bueno, al menos no a ninguna parte a la que quieras ir. Si provocáis de nuevo a ese viejo envarado de pantalones de hierro, estad seguros de que pasaréis la noche en la calle.

Era cierto. Ambas criaturas se calmaron.

—¡Dios! —le susurró Chiara a Hugo—. Apesta. Ve a bañarte y recuerda que cogiste —miró a su alrededor— su dinero e hiciste algunas promesas. —Dio una patada en el suelo con uno de sus pequeños pies—. No me digas que no estás preparado para mantenerlas.

—Más le vale —dijo el huésped.

—Bueno —le dijo Chiara a Hugo—. ¿Qué tienes que decir en tu favor?

—Él-él-él ha capturado a esa cosa.

—¿A qué cosa?

—Al hombre-lobo —dijo Hugo y escupió—. Y no quiere matarlo.

Chiara pareció sorprendida.

—¿Por qué no?

—Porque él, el señor Maeniel, tiene grandes poderes y yo quiero controlarlo a él... y a ellos.

—Y a su bella esposa, la señora Regeane —añadió Hugo.

—Sí, también está eso —declaró el huésped categóricamente—. Luché contra ella en Roma por una tonta y hosca furcia. Después de nuevo con mi sacerdote. Le mataron, ella y su pariente, un señor sajón. Aunque no le conoce, él es su pariente. Y después, en el campamento de Carlos, casi me vencen... me extinguen, como supongo que dirías tú.

—¿Casi te matan? —preguntó Chiara.

—Sí. Yo no muero, al menos no como vosotros, pero puedo ser destruido. Y ella y su mujer, Matrona, casi lo consiguen. Ahora... ahora le tengo a él y la quiero a ella. —Sacudió a Hugo de la misma forma en que un perro sacude a una rata.

Chiara dio un paso atrás, porque salpicaba un poco. Había muchos meados en el orinal, y el pelo y las ropas de Hugo estaban mojados.

—Lávate, cerdo.

—Creo que será mejor que hagas lo que te dice —le dijo Chiara.

Hugo susurró algo realmente vil entre dientes.

—Cierra tu sucia boca —le dijo su huésped.

—Estáis los dos contra mí —gimió Hugo.

—No, yo no —dijo Chiara—. Yo también pienso que sería más inteligente deshacerse de esta criatura, Maeniel, como vosotros le llamáis, pero, pero... tú y yo

hemos aceptado su favor y nos hemos comprometido. Tal y como yo lo veo, no tenemos elección en este asunto.

Hugo recibió un empujón, un fuerte empujón en dirección a los baños.

—Ve, lávate.

Maldiciendo al mundo entero y a todo lo que en él habita, Hugo se alejó tambaleándose.

Él estaba todavía allí. Chiara sabía que no estaba sola.

—¿Es esto inteligente? —preguntó. La respuesta le sorprendió. Era meditada, incluso sensata.

—Sí, así lo creo. En primer lugar, las criaturas como Maeniel son difíciles de matar y disponen de recursos que incluso ellos desconocen. Si probara y fallase, él podría quedar libre y, una vez suelto, sería un enemigo formidable. Yo puedo, como has visto, hacer algunas cosas, pero no soy tan fuerte como este hombre-lobo. Hugo...

—No te molestes —dijo ella—. No confiaría en él ni para que fuese al mercado a comprar cebollas. Ya lo veo, o creo que ya lo veo.

—Bien —fue la respuesta.

—Por cierto —dijo ella, levantado las cejas—. ¿Tienes...? Hugo te acusó de querer a la bella esposa de este Maeniel.

—Vuelve a la cama —dijo la criatura con aspereza—. Y no me molestes más con tus preguntas.

Gimp no era mala persona y, a su modo, porque estaba más acostumbrado a hacer lo que le decían, era más eficaz que Hugo. Le habían dicho que pescara a este extraño del río y que lo encadenara. Y el huésped de Hugo le había dicho exactamente cómo encadenar a Maeniel, así que Gimp lo hizo, temiendo desobedecer. Estaba mortalmente asustado de Hugo y su huésped; simplemente tenía la esperanza de librarse de algún modo de los dos. Uno le había matado y el otro, de alguna forma incomprensible, le había salvado la vida.

Encadenó a Maeniel a una anilla en la pared de la cueva, le puso otro par de grilletes en las manos y en los pies. Y, ya que no era cruel, le dio al prisionero una vieja túnica y le cubrió con una manta.

Maeniel evitó la transformación. No se atrevía. No le llevó mucho imaginarse que Gimp era sólo un poco más listo que el tronco de árbol medio y no quería perturbar la mente de su captor. Mentas. De hecho había dos o tres más, pero eran, si es que eso era posible, aún más lentas que la de Gimp.

Se sentaban como búhos alineados sobre un tronco, observándole, con bastante aspecto de estar esperando a que Maeniel se transformara no ya en lobo, sino en al menos un dragón. Decidió que sería mejor decepcionarlas. Así que vomitó agua, dos veces, y después consiguió dormirse.

Cerca del amanecer el ruido de la llegada de Hugo le despertó. Gimp, acompañado del resto, se levantó y salió fuera. Tuvo lugar una fuerte discusión tras la

que Gimp volvió, aparentemente, solo.

—Puedes decirle a Hugo que entre —dijo Maeniel—. Lo oí y puedo olerlo. Sé que está aquí. Tiene un aroma bastante característico incluso cuando está recién lavado como ahora.

No había mucha luz en el exterior. Gimp añadió otro tronco al fuego en la entrada de la cueva y Maeniel, que pudo entonces verle con mayor claridad, supo que no era Gimp. Le sería difícil explicarle a alguien no dotado como él tanto de sentidos lupinos como de humanos cómo lo sabía, pero así era.

—¿Quién eres? —le preguntó. Incluso estando encadenado, consiguió sentarse erguido y apoyar la espalda contra el muro de piedra.

—El oso —fue la respuesta—. Soy el oso —después de decirlo, el Gimp-que-no-era-Gimp se rió. Era una risa particularmente desagradable.

—Luchamos —dijo Maeniel.

—Probablemente más de una vez —respondió el oso—. Si es que tienes los mismos recuerdos que yo.

—Los tengo —dijo Maeniel—, pero me refiero a más recientemente.

—Sí. Yo era el oso entonces y, como siempre, en el pasado. Soy el oso y una vez luchamos por conseguir el mundo.

—Sí —dijo Maeniel—. Pero entonces yo era el lobo y no parte de la lucha.

—Oh, sí —dijo el falso Gimp—. Incluso entonces eras parte de sus bandas, aunque les seguías a través de la nieve y les pedías las sobras de sus festines. Confiaban en ti y eras bienvenido en sus fuegos.

—Supongo que es cierto —contestó Maeniel lentamente. Después dijo—. El oso, todos los osos, te recuerdan, aunque no lo admitirían. Recuerdan cuando cazabais casi como iguales y se sentían honrados por llevar tu nombre. Incluso estos romanos —continuó Maeniel— se hicieron llamar hijos del lobo, se amamantaban de las tetas de una loba. Ellos, los hijos del lobo, dejaron sus huellas por todo el mundo y estos bárbaros salvajes todavía toman sus nombres de vosotros y, a veces, incluso os desafían. Sí —dijo Maeniel—. Si dices que eres el oso, entonces hace tiempo que tu gente desapareció y fue olvidada. Los árboles, la hierba, el ancho cielo estrellado, ya no los conocen.

—Sí —dijo el falso Gimp—. Y nunca terminaré de llorarles. Aun siendo yo el único que recuerda, siempre les rendiré el tributo de mi eterna desgracia. Pero esto es más difícil de lo que pensaba, porque parece comprender.

—No puedo decir que me falte comprensión —respondió Maeniel—. Pero ¿qué es lo que quieres de mí?

—A ti, a ti mismo. Quiero unirme a ti, unirme de la forma en que poseo a Hugo y a otros.

—¿Poseer? Uno posee a un esclavo. Yo no soy posesión de nadie.

—Mi elección de palabras no fue acertada —protestó el falso Gimp—. Por una vez, tras tantos años nutriéndome de estos medio-monos balbucientes que

reemplazaron a mi propia especie, tendría de compañero a un igual, a alguien que podría compartir mi mente, mi voluntad. Podríamos barrer a estos reyes guerreros y gobernar el mundo. Gobernarlo a nuestra manera. Devolverlo a lo que era antes: bosques sin fin, sabanas por las que vagaba un millón de bestias salvajes, desiertos enojados con flores que brotaban de sus tallos por el día y cielos iluminados de estrellas por la noche, océanos que acariciaban playas limpias y blancas, campos de nieve que resplandecían con un millar de colores cuando la aurora boreal brillaba en las alturas. Recuerda, lobo, ¿recuerdas cuando tus antepasados vagaban libres en manadas que llegaban a tener cientos de miembros y gobernaban sin rivales las largas noches de invierno?

—Sí, lo recuerdo —dijo Maeniel—. Y recuerdo cuando llegaron los otros, primero portadores del fuego, después de la piedra y el acero. Luchamos contra ellos como lo hacemos a veces ahora, pero nunca fue una guerra. No como tú la propones.

—Bueno, mira a tu alrededor. La guerra es lo único que entienden. Mira a estos reyes, listos y dispuestos a gastar cuantas vidas sea necesario, incluso las tuyas, ¿para controlar el qué? Te lo pregunto a ti, ¿para controlar qué? Una corona de hierro hecha con un clavo que fue usado para crucificar a un hombre que los hubiera despreciado a ambos.

—Sí, quizá tengas razón —dijo Maeniel—. Pero también se dice que «¿en qué beneficia a un hombre ganar el mundo si pierde su alma?». ¿Es mi alma lo que quieres?

—Sí. ¿Qué podría vencernos si nos unimos?

—Tengo que pensar sobre ello.

—Bien. Te veré esta noche. Éste... —señaló al cuerpo de Gimp— sirviente mío te alimentará. Espero tu decisión.

Gimp se sentó y se desplomó contra el muro, sin expresión alguna en la cara. Unos minutos después se despertó, se rascó la cabeza, se levantó y fue tambaleándose hasta el fuego a la entrada de la cueva.

Cuando Gimp salió de la cueva, Hugo se había ido. El huésped de Hugo había traído ropa para Maeniel, así que Gimp la metió en la cueva. No hubiera resultado fácil para Maeniel vestirse con las cadenas, pero había una capa entre las prendas y se envolvió con ella. Después se comió el pan y la carne seca que Gimp le llevó.

El huésped de Hugo le deseó un gran número de destinos desagradables a Hugo y después se marchó para buscar a Regeane en el paso de Susa.

Los soldados llegaron a mediodía. Arrestaron a Gimp, pusieron a Maeniel sobre un caballo y cabalgaron rumbo a la capital lombarda de Pavía. Alguien a quien Maeniel conocía había traicionado a alguien. No sabía cómo o por qué había pasado. Maeniel apostaba por Hugo. Era más que probable que la pequeña rata escuchimizada se mease en los pantalones con sólo pensar en enfrentarse a Maeniel, así que probablemente hubiese corrido a ver a Desiderius tan pronto como supo que su enemigo había sido capturado. Maeniel no tenía ni idea de cómo había logrado

esquivar a su huésped, pero de alguna forma lo había logrado y ahora le tenía encadenado y de camino a Pavía.

El hecho de haber cambiado de captores no suponía un consuelo para Maeniel. Los soldados lombardos se aseguraron tanto como Gimp de que sus grilletos estuviesen bien prietos y Desiderius estaría mucho más dispuesto a matarle.

El huésped de Hugo no encontró a Regeane. En forma de loba, ella ya había pasado Susa. Cuando la loba de plata salió del río, localizó sin dificultad el lugar donde Maeniel había entrado. Después, explorando río abajo, también encontró el punto en el que Gimp y sus hombres le habían sacado.

La ilusión todavía estaba presente. El espíritu parecía no tener problema para producir estas cosas, pero esta vez no la engañó. Un pueblo, cualquier pueblo, siempre tenía algo de movimiento. Como mínimo tendría que haber humo y, dado el frío de principios de primavera, en un verdadero pueblo deberían arder uno o más fuegos. Además, tendría que haber ruido, gente yendo y viniendo incluso a altas horas de la noche. No se veía nada de eso.

Vio inmediatamente cómo le habían atrapado y después, tras descubrir dónde le habían encadenado sus captores, se dispuso a seguir su rastro. Encontró la cueva, pero llegó allí después de que los hombres de Desiderius salieran hacia Pavía, llevándose a Maeniel con ellos. Tras investigar los rastros que habían dejado alrededor de la entrada a la cueva, se sentó en la fresca oscuridad cercana para considerar la situación.

Le asustaba la idea de seguir de cerca a una gran partida de hombres armados durante el día. El terreno estaba despejado y era demasiado fácil ser descubierta, acorralada en una esquina por los jinetes y asesinada. Además, se pararían en pueblos por el camino y estos sitios siempre estaban protegidos por fieros mastines. ¿Hacia dónde se dirigirían? Turín posiblemente, pero la capital lombarda de Pavía era el lugar más probable. Sí, el Dora Riparia se uniría al Po río abajo y Pavía estaba ubicada cerca de la confluencia del Ticino y el Po.

La mujer asintió para sí.

La loba también quedó satisfecha.

Durante unos momentos se enfrentaron la una a la otra.

¿Qué pasa si en el valle del río nos encontramos a otros lobos?

Tendremos que ocuparnos de ello, contestó a su oscura compañera, si ocurre.

Pasaron la noche en una villa fortificada del rey. Permitieron a Maeniel bañarse. Cuatro soldados lombardos le observaban y, dado que los baños de la villa se habían venido abajo desde tiempos romanos, sólo había una piscina (no muy limpia) alimentada por un manantial cercano. Pero el antiguo hipocausto estaba encendido y

el agua estaba caliente. El edificio era de piedra caliza natural. El techo era de cemento con grandes ventanas de cristal que dejaban entrar la luz. Sólo una puerta servía de entrada y salida a los baños.

Los cuatro soldados lombardos, que por sus armas y galas debían ser de la guardia de palacio, estaban de pie junto a la puerta mirándole como águilas a una granja de pollos. Maeniel oyó como uno murmuraba a otro:

—Se dice que es un poderoso hechicero capaz de cambiar de forma.

—¿Lo dices en serio? —respondió uno de los otros con una sonrisa.

—Sí —respondió el capitán—. Y que ninguno de vosotros se arriesgue con él. Sea lo que sea, los bandidos de los alrededores se mantienen alejados de su ducado. Tiene fama de ser un temible guerrero y, cuando estuve en Roma, le vi cortar en pedazos lentamente al espadachín más peligroso que la facción lombarda pudo mandar contra él. Si os descuidáis un poco, es probable que os rebane el pescuezo... y si no lo hace y escapa de alguna forma, yo lo haré. ¿Lo cogéis?

Maeniel notó que los otros soldados parecían impresionados. Cuando terminó de bañarse le dieron ropa limpia y no menos de diez le vigilaron mientras le volvían a encadenar. Hicieron turnos y siempre le observaban al menos dos hombres, mientras permanecía encadenado a una anilla en el muro del cubículo donde dormía.

Le dieron una manta pesada y oscura. Fue bienvenida. Tan cerca de las montañas las noches siempre eran frías. Pero tenía un olor extraño y fuerte que le provocaba náuseas cuando se la acercaba demasiado a la nariz y, a veces, le hacía estornudar.

Tampoco se emborrachó ninguno de sus guardias... algo sorprendente, ya que la embriaguez nocturna era común entre los soldados. Dada la eficacia de sus captores, Maeniel decidió que no intentaría escapar en esos momentos. Sentía haber fallado en su misión, pero confiaba en que un comandante tan hábil como Carlos tuviera más de un as en la manga y mandase a otro para hacer un reconocimiento. Posiblemente no todo estuviese perdido y Maeniel pudiera acordar un rescate por sí solo. Todo dependía de cuánto se hubiese creído Desiderius de la historia de Hugo; Maeniel no recordaba a Hugo como un individuo impresionante. Lo mejor para él sería hacerse el inocente perjudicado y ofrecer un soborno importante a Desiderius o a quien fuese que tomara las decisiones en la corte lombarda. Tenía, confiaba en ello, los recursos para comprar su libertad en caso necesario.

Con esto en mente, bostezó, se puso lo más cómodo posible considerando el número de pesadas cadenas que ataban su cuerpo y se echó a dormir.

Por la mañana temprano, a Chiara la despertaron unos ruidos espantosos en el pasillo. Su padre dormía en una habitación interior; por suerte, su puerta estaba cerrada. Chiara abrió la puerta una rendija y vio a Hugo corriendo de un lado a otro del pasillo. Tenía el culo al aire y algo o alguien le azotaba. Los ruidos espantosos eran sus gritos, amortiguados porque tenía un orinal de peltre firmemente encajado en la

cabeza. En medio de los golpes de la vara que Chiara veía dar contra el trasero y los muslos de Hugo, él tiraba, intentando sacarse el orinal. Sin embargo, el metal estaba torcido de tal forma que resultaba imposible.

—Oh, no —susurró ella—. Oh, por favor... por favor.

—Vuelve a tu habitación —dijo el huésped de Hugo—. No he acabado.

Hugo gritó:

—Bliaraa, añuda.

Lo que Chiara tradujo como «Chiara, ayuda».

—¡Añuda! ¡Añuda! ¡Añuda! —aullaba Hugo.

—Me traicionaste —chilló su huésped—. Te atreviste a traicionarme. Pedazo de... —Entonces el huésped cambió a otros idiomas distintos, ninguno de los cuales comprendía Chiara.

Chiara cerró la puerta con fuerza tras ella y se plantó en la entrada con la espalda contra las tablas.

—¡Para! Para de una vez —le dijo al huésped de Hugo.

Él lo hizo, no sin antes lanzar a Hugo una paralizadora patada en la ingle.

Chiara le trajo a Hugo una capa e hizo llamar al herrero. Éste llegó con una sierra de metal y unas grandes tijeras de aspecto peligroso.

—Gracias a Dios es peltre —le dijo el herrero—. Si hubiera sido cualquier otro metal más fuerte nunca se lo hubiésemos sacado. Pero, con todos mis respetos, lo que no puedo entender es, para empezar, cómo se la encajó ahí con tanta fuerza.

Por un segundo, a Chiara le faltaron las palabras. Finalmente pudo decir:

—Fue un accidente.

—Ya veo —dijo el herrero con calma—. Los hombres de su edad suelen ser dados a ese tipo de accidentes, pero una mujer joven de vuestra tierna edad... involucrarse en juergas como éstas...

—¡Oh... Dios... mío! —susurró Chiara, mientras su cara se ponía escarlata y sentía arder las orejas— Yo... yo... yo no, quiero decir... yo no podría... yo no haría. Oh, Dios. Sólo escuché ruidos en el vestíbulo... y le encontré...

Sólo ella pudo oír cómo el huésped de Hugo dejaba escapar unas risotadas salaces.

—Lo tienes bien merecido por interferir en mis pequeñas diversiones.

Chiara huyó.

El campo estaba regresando a la naturaleza. Los pequeños propietarios ya no podían mantenerse. Los lombardos se habían quedado las grandes haciendas romanas y las dirigían como los romanos, usando cuadrillas de esclavos. Regeane vio estas haciendas desde lejos. Los cultivos no solían plantarse cerca del río, aunque estaba claro que desviaban una parte del agua mediante canales de irrigación; pero la a veces empinada y rocosa orilla, junto con la espesa vegetación arbórea, desaconsejaban

cualquier asentamiento demasiado cerca del agua. Una vez se encontró con lobos. Una pequeña manada de no más de seis individuos, se estaban alimentando del cadáver algo pasado de un joven buey que tenía aspecto de haberse roto el cuello al caer por un terraplén.

Se mantuvo alejada de la manada y de los restos del buey. Todavía tenía muchas tendencias humanas y, para la mujer, la carne desprendía un hedor nauseabundo. Cuando Regeane estuvo a la vista, los lobos levantaron la cabeza y la observaron pasar.

No pensaba que ninguno de ellos le fuera a prestar más atención, pero uno fue tras ella. Oyó el débil sonido de sus almohadillas sobre el blando lodo.

La mujer sintió un escalofrío de puro miedo, pero la loba estaba enfadada. Los lobos tienen ciertas leyes. Ella no estaba interfiriendo con ninguna. No había amenazado a ninguno ni matado en su territorio. Tenían que haberla dejado pasar tranquilamente, pero ahí estaba ese imbécil detrás de ella. Matrona le había dicho lo que debía hacer. La mujer esperaba que funcionase.

En el último segundo, se dio la vuelta e hincó su hombro en el lobo que se aproximaba. La loba de plata era casi dos veces más grande que su atacante. Ella, pues era una de las hembras, cayó rodando por el bajío.

La loba de plata se mantuvo firme, gruñendo.

La otra se puso a cuatro patas de un salto y no mostró ningún deseo de continuar el ataque. Se mantuvo en pie sobre la orilla y se sacudió el agua del pelaje.

Había funcionado, pensó la loba de plata, de forma un tanto triunfante, así que casi no vio a los otros dos ocultos tras las espadañas y la maleza, moviéndose a su lado. De hecho, nunca supo lo que la puso sobre aviso, pero un segundo no estaban allí y al siguiente sí.

Regeane estaba junto a un árbol caído y ellos pasaron por encima de él, dispuestos a aterrizar sobre su lomo o, mejor, ella sabía —se lo decían sus recuerdos— que uno de ellos aterrizaría sobre su lomo, iría a por su columna y el otro intentaría arrancarle la garganta.

No corras, le había dicho Matrona. *Ni siquiera pienses en correr. Si lo haces, te cogerán.*

No lo hizo. Se dio la vuelta y los recibió al vuelo. Los flanqueó. El primero cayó encima del segundo y las mandíbulas de Regeane se cerraron sobre su cuello. La mujer deseaba que dudase, pero la loba hundió sus colmillos hasta las encías.

Su adversario se liberó con el sonido más parecido a un grito que había escuchado emitir a un lobo y, cuando se volvió, lista para seguir la batalla, se dio cuenta de que todos huían. La velocidad de su desaparición fue asombrosa. Parecieron fundirse con la maleza de la orilla del río. Todos se desvanecieron excepto el buey, con las moscas todavía revoloteándole por encima y un charco de sangre junto a sus largos cuartos traseros hundidos en el lodo.

Conmocionada, Regeane —la mujer tenía ahora todo el control— salió disparada

y no paró de correr hasta quedarse sin aliento varios kilómetros río abajo. Esperaba no volver a encontrarse con ninguno más de sus hermanos. Sin embargo, habían sobrepasado sus expectativas; eran taimados, inteligentes y fieros. Ahora comprendía mejor por qué Maeniel había sido reacio a llevarla con él. Ella misma no poseía en absoluto esas cualidades en la medida necesaria. Ciertamente, no lo bastante como para impresionar a alguien como él. Estaba resuelta a cultivarlas en su propia personalidad.

Se sumergió en el río para limpiar su pelaje, se sacudió y siguió adelante, dándose cuenta que le esperaba una perspectiva sombría. La noche anterior no contaba. La había pasado llena de energía, siguiendo el rastro de los hombres que capturaron a Maeniel. No había tenido ocasión para descansar. Tenía que dormir. Ahora.

¿Cómo encuentro una guarida?, se preguntó a sí misma. *¿Una guarida segura?*
No tenía ni idea.

Adriano fue a ver a Lucila. Él, Lucila y Dulcinia cenaron justo antes de anochecer. Dulcinia le dio a Lucila un beso de buenas noches y se fue a casa. Adriano y Lucila paseaban por el jardín.

—Viene por el lago Ginebra a través de los Alpes —le dijo a Lucila—. Esto, por supuesto, no es del dominio público. Desiderius ha bloqueado algunos pasos hacia Lombardía. Se ignora dónde están y cuál es la disposición de sus tropas.

Lucila asintió.

—¿Quieres mi ayuda para averiguarlo?

—No —dijo Adriano—. Creo que ya se están ocupando de eso. Nosotros, Carlos y yo, tenemos un problema más acuciante.

—¿Cuál? —preguntó Lucila; después suspiró—. Querido, me hago vieja. —Se sentó en un banco.

El jardín estaba a oscuras, pero sus criados habían puesto antorchas en los muros del triclinio que bordeaba el jardín y cerca de la fuente, así que había luz. Había llovido durante el día y el aire era fresco y húmedo.

—No estoy segura de querer oír esto —dijo Lucila.

—¿No?

Lucila bajó la vista y se miró las manos.

—Eres papa. Es lo que ambos queríamos y estoy cansada.

Él levantó su mano. Mostraba las cicatrices de la tortura perpetrada por los lombardos y las uñas eran gruesas y estaban torcidas. Ella recordaba el dolor que sintió mientras se las arrancaban una a una. Había gritado. Recordaba cómo había gritado y sentía una vergüenza terrible por haber caído tan bajo. La mano se apretó en un puño y la retiró.

—Me arrancaron las uñas y, cuando eso no funcionó... Estaba funcionando, aunque ellos no lo sabían. No sabía si podría soportar otra más. Pero sacaron los

hierros candentes.

—Shh —la besó en los labios, después se retiró—. ¿No lo puedes olvidar?

—No —ella sacudió la cabeza—. No puedo. Nunca volveré a dejarte ver mi cuerpo.

No lo había hecho. No desde que fuera torturada. No desde que él la rescató de los lombardos.

—Has sido vengada —dijo él desolado—. Basilio, el agente lombardo, está muerto. Gundabald... no lo sé. Pero ese Maeniel que se casó con Regeane me dijo antes de dejar Roma que no necesitaba preocuparme por él.

—Créetelo —susurró Lucila—. Regeane me contó lo que había pasado y no querías saberlo. Ciertamente, estoy vengada.

—Pero —dijo él— ese pequeño excremento de Hugo ha encontrado de alguna manera la forma de entrar en Pavía y se ha convertido en un miembro respetado de la corte.

Lucila dejó escapar un siseo de pura furia.

—Dime lo que necesitas que haga —dijo.

—No —dijo Adriano—. No esta noche. Vine —dijo en voz baja— para remediar esta separación entre nosotros.

—No —susurró Lucila—. Toma una amante más joven. Dame unas cuantas semanas y yo... —se estaba poniendo en pie mientras hablaba—. Yo te encontraré una chica limpia y no demasiado inteligente, una de tan baja cuna que no venga cargada con una tribu de parientes...

—Déjalo ya —él también se levantó y la cogió de los antebrazos. Lucila cerró los ojos y, a la luz de las antorchas, Adriano pudo ver dos lágrimas que resbalaban lentamente desde detrás de sus párpados para bajarle por las mejillas.

—Cuando voy a mi hogar, a la casa donde nací, para visitar a mis hermanos y hermanas, sé que la casa es vieja, que los frescos se están descascarillando; incluso las losas del patio y de la escalera que sube al techo están gastadas por el paso de muchos pies. Pero también sé que mis antepasados sacrificaban allí a los lares y penates de mi familia y más tarde celebraban el sacrificio de la eucaristía en el triclinio tras escuchar las palabras de Cristo y aceptarle como el centro de sus vidas. No cambiaría ese edificio por la famosa casa de oro de Nerón. Toco con mis labios el dintel de la puerta cuando entro; y, muy amada mía, una casa es sólo una cosa de piedra, ladrillos y mortero. Cuánto más puedo amar a la que llevó la alegría a mi vida, a la madre de mis hijos y compañera de mi vida. No hay ninguna otra mujer en mi vida y, lo que es más, querida, en mi alma, nunca la habrá. Nuestro amor no se basó nunca en la lujuria de la carne. ¿Recuerdas cuando nos conocimos?

Ella lo recordó y el sol pareció brillar sobre ella, caliente sobre su cuello. Estaba embarazada, cuatro meses, y había caminado un largo trecho desde las montañas que se extendían como una espina dorsal desde el centro de Italia hasta Roma. Lucila tenía oro, pero le asustaba usarlo. Una moneda de oro en manos de una mujer

solitaria sin parientes que la protegieran era simplemente una invitación para los ladrones. El oro estaba cosido a su camisa y en un cinturón que le rodeaba las caderas.

Iba de negro y les había dicho a quienes se encontraba que era viuda. De hecho, había teñido el vestido y el velo con agallas de roble en las montañas. Se paró junto a una fuente cerca de la entrada de la ciudad. Sabía que las mujeres se reunirían allí antes de que saliera el sol para recoger agua para sus familias y preparar con ella la comida matinal antes de que se dejara sentir el calor del día.

Las mujeres la habían enviado a una comunidad de viudas que se encargaban de proporcionar alojamiento seguro para la multitud de solitarias peregrinas que atestaban la ciudad santa. Le alquilaron una habitación a la que se llegaba subiendo unas estrechas escaleras, en el tercer piso de una panadería cercana a las ruinas del foro. No podía gastar el oro y tenía que comer, así que le dijeron que acudiese a la iglesia en el palacio Laterano, en el que se distribuía diariamente pan, vino y carne a los pobres.

—Hay una columnata —le dijo una de las viudas más ancianas— donde puedes descansar, resguardada del sol, y cruzando la calle, una escalera y un pórtico rodeado de una pintura de Cristo y sus santos dando limosna a los pobres. Di tu nombre al sacerdote que se encarga de los necesitados y él te ayudará.

—¿Sabes —dijo Adriano— cuándo me enamoré de ti?

—No.

—Cuando te vi de pie entre las otras mujeres que habían venido para recibir las limosnas.

—Qué extraño. No sabía que te hubieras fijado en mí ese día.

—Lo hice. Se te resbaló el velo de la cabeza, cayó sobre tus hombros y tu cara y dorado cabello fueron como una flor brotando frente al negro de tu vestido. Una flor que me miraba. Quise besarte entonces, pero sentí tanta timidez que sólo pude pedirte el nombre. Pero cada día esperaba angustiado que aparecieses. Sabía que estabas embarazada.

—¿Lo sabías? —estaba sorprendida—. Pensé que había engañado a todo el mundo.

—No —dijo él—. Puede que no supiese mucho sobre mujeres, pero sí que había visto a bastantes de ellas en mi trabajo con los pobres. Puedo decir cuándo la dama está esperando. También podría decirle a la dama algo más. Ninguna cicatriz podría jamás hacerte fea para mí.

Lucila hubiera discutido, pero descubrió que la estaba besando y, en pocos segundos, no estaba dispuesta a discutir más.

Más tarde, en su dormitorio, le hizo mirar sus pechos.

—Dios —susurró él—. El dolor.

—Ya no importa —dijo ella—. Pero confesé. Hay ciertas cosas...

—No —dijo él—. Nada más... no esta noche —cogió la lámpara de entre sus

manos y apagó la llama.

—Por esto, me aseguraré de que Carlos luzca la corona de hierro. Espera, mi amor, espera y lo verás. Eres mi único amor y, cuando nos separemos, de la forma que sea, puedes estar segura de que serás la última... del mismo modo que fuiste la primera. Para siempre.

Cerca del alba le despertó.

—Te ayudaré a encontrar a Gerberga.

—Había decidido no pedírtelo —dijo él.

—No, la antigua esposa de Carlomán y sus dos hijos son el quid del asunto. Esos niños son los herederos legítimos al trono de Francia. Incluso si Carlos destrona a Desiderius, toda su habilidad para gobernar y su poder en la batalla podrían no servir para nada. El tiempo está de parte de Gerberga y ella lo sabe bien. Si puede evitar a Carlos, no sólo mantendrá viva la causa lombarda, sino que ella y sus hijos se convertirán en el centro de atención para cada magnate descontento de Francia. Todos los que esperan destronar a Carlos o incluso crearle dificultades se dirigirán a ella. Y no ayuda el que ella tenga más derecho a ser la legítima soberana de Francia que Carlos.

—No lo sé —dijo Adriano—. Los chicos son todavía niños y estos reinos bárbaros no aceptarán a un niño como rey.

—¿Por qué no? —preguntó Lucila—. Ya lo hicieron. La señora Fregundis obtuvo el apoyo de los nobles del rey y llevó a los hijos de Clovis al poder en Francia siendo sólo niños.

—Gerberga no es otra Fregundis —dijo Adriano—. No tiene ni la inteligencia de esa eminente señora ni, en todo caso, la confianza de los notables que deciden las cosas en el reino franco. No estoy de acuerdo. Sólo puede causar problemas. Lo hará. Ya lo ha hecho, muchos problemas. Y cada día esos hijos suyos se hacen mayores y en poco tiempo serán excelentes candidatos al trono. El propio Carlos sólo tenía dieciséis años cuando sucedió a Pipino el Breve como rey. No, querida, he estado investigando por mi cuenta. Ha huido de Pavía hacia... nadie lo sabe. Probablemente con Adalgisus, el hijo de Desiderius; se dice que es su amante y es seguro que él espera ayudar en su causa.

—Perra intrigante —susurró Lucila—. A Adalgisus le ciega la idea no sólo de llevar la corona de hierro de Lombardía, sino de ser el rey *de facto* de Francia cuando se sienta en el trono gobernando en nombre de sus dos hijos. Mi amor, los hombres no son los únicos que pueden susurrar falsas promesas para conseguir sus fines.

Adriano se ríe entre dientes.

—No te negaré eso. Tú serás mi único amor.

—¿Para siempre? —preguntó Lucila.

—Así es. Y a veces desearía que no lo fuera, pero lo es —respondió con tristeza.

—Oh, mi amor, cualquiera que sea mi destino, vive tu vida y vuelve a amar. Tú me enseñaste cómo hacerlo; enseña a alguien más cuando me haya ido. Porque no te

ayudaré a encontrar a Gerberga por mi cariño hacia ti, sino porque he sido jugadora en este juego de poder demasiado tiempo como para levantarme y ceder mi puesto en la mesa a otro. Es muy apropiado que una chica campesina trafique en el deporte de los reyes.

Al acercarse la noche, Regeane se encontraba en territorio virgen. Estaba muy cansada. Llevaba en pie dos días y dos noches casi enteros. Había consumido gran parte de sus recursos físicos: de ninguna manera todos, pero sí muchos.

El valle del Po era una de las zonas más ricas de Italia. Pero, aunque era productivo, una parte importante de él había sucumbido a la despoblación y abandono generalizados que perseguían a los vestigios de lo que una vez fue un gran imperio.

¿Qué había pasado con ellos, con esta gente de grandiosa magnificencia, para que sus logros se hubiesen vuelto caos tan rápido? Tal análisis estaba más allá del alcance de una loba hambrienta y cansada.

Porque ahora estaba hambrienta, muy hambrienta, la carroña consumida por sus congéneres río arriba empezaba a parecer más atractiva vista en perspectiva. Si no para la delicada mujer, sí para su hermana de luz de luna.

La tierra alrededor del río se estaba convirtiendo velozmente en marismas y pantano mientras el río continuaba su serpenteante curso a través de la zona húmeda. La loba de plata acabó nadando tanto como andando. Veía muchas ruinas. Estaban siendo lentamente absorbidas por el pantano. Muchas no eran más que piedras derrumbadas cubiertas de sauces, robles de agua, cañas gigantes y espadañas pero, de vez en cuando, una casa sin tejado con el interior repleto de malezas verdes la miraba con ventanas sin ojos desde la otra orilla.

A lo lejos, el sol se hundía en una tira de nubes ahumadas que viajaba justo por encima del horizonte. El aire estaba ahora caliente en el valle del Po y ocasionalmente algún mosquito la importunaba. Los estanques estaban llenos de aves acuáticas, patos y gansos de todo tipo, pero la hambrienta loba no tenía ni idea de cómo cazarlos.

La mujer, sin embargo, fue capaz de admirarlos mientras alzaban el vuelo sólo con verla. Se preguntaba si le esperaba otra noche sin comer y meneaba metafóricamente la cabeza al pensar en las deficiencias de su educación lupina, cuando vio el pueblo.

Las ruinas se extendían a ambos lados del río. Piedras rotas, columnas solitarias, fragmentos de un foro con sus destrozados templos, de los que ya se había robado hacía tiempo cualquier cosa con un mínimo de valor para alguien... una vista melancólica a la sesgada luz áurea de la tarde. La mujer suspiró. La loba probó el aire.

Por si hay bandidos, le dijo a su compañera. Las ruinas no eran lugares encantadores, sino siniestros, a menudo desagradablemente habitados por la noche.

Los forajidos más peligrosos solían buscar refugio en ellas.

La loba, todavía bajo la sombra de la frondosa ribera del río, volvió a comprobar el aire. No, nada, pero este lugar le preocupaba. ¿Por qué? No tenía ni idea.

Se metió dentro, entre los rotos bloques de piedra que una vez contuvieron al pueblo. No, nada humano podría vivir aquí. Todo lo que quedaba del pueblo era ya parte del pantano. Tuvo que ir saltando de una pequeña isla de piedra a otra. Se detuvo en una, más ancha y gruesa que las otras, para recuperar el aliento y mirar en el agua. Un pez grande descansaba a su sombra, moviendo lentamente sus aletas para mantener su posición en el perezoso riachuelo. Regeane había aprendido a cazar como los lobos gracias a Matrona. En unos segundos, había cazado, matado y consumido su cena y se relajaba sobre el gran bloque de piedra, disfrutando del calor de los últimos rayos del sol.

Ahora, una guarida.

Los romanos habían construido un puente sobre el río aquí. Los arcos todavía permanecían en pie. Siendo como era la ingeniería romana, probablemente seguirían en buen estado durante otros mil años. El río no había destruido el puente, sino que lo había rodeado, cubriendo el pueblo. Donde el puente una vez terminara, cerca del foro, el río pasaba bajo un arco coronado con lo que debió ser un puesto de guardia que miraba al hundido foro. Unos cuantos saltos de bloque en bloque y un pequeño chapuzón la llevaron hasta el puesto de guardia.

Al puesto se llegaba a través de una estrecha escalera de piedra que ahora comenzaba bajo el agua y subía hasta lo alto del arco para acabar en una plataforma. La loba no podía subir la escalera, pero la mujer sí... y así lo hizo. Era difícil y las piedras estaban resbaladizas y húmedas, pero cuando alcanzó la cima descubrió que podía supervisar el campo en kilómetros a la redonda. También descubrió que estaba vestida con una red de blancas plantas acuáticas en flor.

Bueno, pensó la mujer, *no es tan raro*. Había estado cubierta de helechos en su viaje a través del otro mundo.

Estas plantas eran igualmente bellas y olorosas.

El sol tocaba el borde del horizonte y se oscurecía débilmente con las negruzcas nubes, pero su sombra quedaba más que compensada con los metálicos reflejos morados, rojos y dorados que devolvían las que desde allí se descubrían como amplias zonas pantanosas, tanto despejadas como cubiertas de bosque, habitadas por una rica variedad de pájaros, peces y, sin duda, ciervos, jabalís y otras magníficas presas. Y en la distancia, río abajo, vio las características torres de lo que sabía tenía que ser Pavía, débilmente distinguibles contra los brillantes colores de la puesta de sol gracias a unos cuantos puntos de luz.

Regeane se sacó su túnica de plantas acuáticas por la cabeza y la dejó caer sobre el pequeño lago de abajo; se volvió loba; giró una, dos, tres, cuatro veces sobre sí misma; se tumbó, apoyó la cola en la cara y se quedó dormida.



8

Pavía era la cesta de pan del reino lombardo. Aquí se concentraba la mayor parte de la riqueza de este afortunado reino, en haciendas en las que los esclavos trabajaban duro para cultivar las cosechas de unos terrenos reclamados por los pantanos. Los romanos habían adornado la ciudad con lo mejor de sus fabricantes. La mayor parte de la gente que vivía en esta joya engarzada en un campo de magnífica abundancia eran o bien ricos, o bien esclavos que atendían las necesidades de los ricos o cuidaban de sus propiedades cuando se ausentaban. La ciudad lo mostraba, ya que consistía en una colección de espléndidas villas, caros edificios públicos municipales y establecimientos recreativos.

Nadie lo bastante afortunado como para disfrutar de diversiones como las carreras, el circo o los amplios y cómodos baños se preocupaba en absoluto por el anillo de hogares respetables (aunque pobres) y tiendas de madera, estuco y ladrillo que recorrían la ciudad y se amontonaban dentro y fuera de los muros. Las calles allí eran estrechas, las casas no eran villas espaciosas y la gente que residía en ellas trabajaba para ganarse la vida y no estaba en posición de disfrutar del teatro, la arena y los baños.

Por supuesto, los lombardos no eran romanos, pero cuando tomaron el pueblo decidieron que vivir de la misma forma que los antiguos habitantes romanos era un premio adecuado para los conquistadores. Pero, en estos momentos, el sistema empezaba a deshilacharse por los bordes. Los esclavos eran más caros. Las clases más pobres del pueblo probaban ser más difíciles de controlar —mucho más exigentes con sus derechos legales, por ejemplo— que los intimidados *humiliores* de los tiempos romanos. Pero la presencia directa del rey y la corte estaba manteniendo, hasta cierto punto, las cosas en su sitio.

El hipocausto de los baños estaba encendido. Los gladiadores rara vez luchaban en la arena y el obispo montaba una pataleta tremenda cuando uno de ellos resultaba muerto. No porque simpatizara con el pobre hombre, sino porque no debería resultar entretenido observar el derramamiento de sangre. Pero siempre que se limitaran a paganos, el anciano prelado no hacía más que lloriquear un poco. Y, si todo lo demás fallaba, siempre estaban las ejecuciones públicas y los esclavos huidos a los que castigar, así que los lombardos habían conseguido preservar hasta ahora algunos aspectos de la cultura romana. Y, dado que los esclavos todavía podían comprarse para trabajar hasta la muerte en las enormes haciendas y que las cosechas todavía obtenían un buen precio, los lombardos pensaban que estaban haciendo todo lo posible para conservar la sociedad clásica.

Maeniel fue llevado al foro en el centro de la ciudad. Todavía estaba encadenado. El comandante de mirada fría de la guardia real no iba a correr riesgos. Maeniel nunca antes había visto a Desiderio, pero estuvo seguro al instante de que el alto y encanecido hombre que le miraba desde los escalones del reconvertido templo a la diosa Roma tenía que ser el rey lombardo.

El concepto de la diosa Roma era una de las últimas invenciones clásicas. Por aquel entonces todo el imperio romano en un nido de grajos que coleccionaba religiones extrañas, incluyendo no pocos cultos a emperadores deificados bastante humanos. Alguien, no quedó registrado quién, hizo una amalgama con todo el lío y decidió que, si había disputas sobre cómo se iba a llevar el arte de gobernar, lo mejor y más seguro sería dedicar unos cuantos sacrificios y un montón de incienso de vez en cuando a una personificación del aparato estatal romano; de esta forma, si surgían preguntas acerca de sobre quién recaía la lealtad de individuos o grupos, podían cubrirse las espaldas diciendo que rendían homenaje a la diosa Roma.

Era una especie de suplente genérica de los dioses antiguos, los emperadores muertos, toda la panda del Olimpo, los espíritus locales buenos y malos, las hadas, los duendes, los kobold, íncubos, súcubos, gnomos, enanos, ogros y cualquier cosa que pudiera surgir por la noche, cuyos ritos propiciatorios pudieran haber sido desatendidos, pasados por alto, ignorados o simplemente olvidados por algún motivo. Los templos tenían buen aspecto, los seguidores no adoraban a nada ni a nadie que hubiese existido nunca y sólo esos cristianos tan locos podrían poner alguna objeción a echar un poquito de incienso sobre las brasas.

Este templo en concreto era ahora una catedral cristiana. La diosa, cosmopolita como era, probablemente nunca se inmutó. Pero el nuevo campanario resultaba poco apropiado junto a la bella basílica romana de hormigón, mármol y ladrillo.

Maeniel suspiró y desmontó del caballo. Las cadenas arrastraban.

Doce escalones de mármol bastante empinados conducían hasta las enormes puertas dobles de bronce. El capitán de la guardia real pinchó a Maeniel en los riñones con el lado bueno de la lanza y dijo:

—Muévete.

Maeniel, que no quería conocer más de cerca a la lanza, se movió, escalones arriba, a través de un estrecho porche y cruzando las puertas de cobre. El obispo, o alguien vestido de forma lo bastante impresionante como para serlo, le roció con agua bendita y le bendijo al pasar. Dado que Maeniel no empezó a soltar humo de azufre, ni estalló en llamas, ni se desvaneció en una nube de polvo, tanto el obispo como el rey decidieron que era lo bastante seguro seguirle por el pasillo hasta el interior de la iglesia.

El rey tomó asiento a un lado del altar y el obispo al otro. Maeniel los miró a ambos. La mirada fue lupina, pero aparentemente no la tomaron como tal. Detrás de él, Maeniel escuchó cómo la gente entraba en la iglesia.

Los señores y damas lombardos tenían prioridad. Ellos y sus sirvientes —que llevaban abanicos, sillas, taburetes, sales olorosas, ramilletes de hierbas contra contagios y, por último pero no menos importante, comida y bebida— ocuparon todos los mejores sitios junto al altar. Detrás de ellos, la gente del pueblo se abrió paso a empujones para llegar hasta los lugares que la nobleza había dejado libres hasta que cada rincón del edificio estuvo abarrotado por completo.

Maeniel esperó. En el interín, hincó una rodilla ante Cristo, saludándole como el más poderoso de todos los dioses y ofreciéndole sus respetos. Después se puso en pie. Las cadenas sonaron cuando se inclinó y de nuevo al levantarse; por lo demás, la iglesia permanecía en silencio.

El rey decidió hablar en primer lugar.

—Mi señor Maeniel, ¿qué hacéis en mi reino?

Maeniel respondió honestamente, principalmente porque había pasado mucho tiempo intentando dar con una historia convincente que explicara sus actividades al rey y no había conseguido, ni siquiera tras muchas horas de serios esfuerzos mentales, inventar una medianamente creíble.

—Vuestra majestad, intentaba espiar la disposición y número de vuestras tropas para proporcionar la información al rey franco, Carlos.

—Eso no es ningún secreto —contestó Desiderio—. He reforzado Ivrea y Susa. Él tiene que venir por una u otra ruta. Le estaré esperando.

—Así lo vi —dijo Maeniel.

El rey asintió. Era algunos años mayor que Carlos, su pelo negro tenía hebras grises y a su alrededor flotaba un aire de cansancio y duda.

Perderá, pensó Maeniel. Puedo verlo en su cara. No tiene la confianza en sí mismo que necesitaría para derrotar al rey franco. No tiene la confianza que cualquier rey debe tener para mantener su posición. He escogido el lado correcto. Cualquiera que sea mi destino, este hombre está condenado.

—Una respuesta honesta —dijo Desiderio.

—Lo sé —dijo Maeniel—. No se me ocurrió una buena mentira.

Una suave risa tonta recorrió la iglesia.

—Muy bien —continuó Desiderio—. ¿Qué debo entonces pensar de las otras

historias que se cuentan sobre vos?

—Oh —dijo Maeniel—. ¿Qué historias? —Intentó parecer candoroso. No lo consiguió del todo.

—Que sois un poderoso hechicero confabulado con el diablo, capaz de cambiar de forma a voluntad de hombre a bestia y viceversa, y que no habéis venido a informaros sobre mis planes militares, sino a acabar con mi vida —dijo el rey.

Maeniel respiró hondo y respondió lo mejor que pudo.

—Mi señor rey, no tengo planes sobre vuestra muerte. Soy un soldado, no un asesino a sueldo. Y no sé nada del diablo. Ni, si tal ser existe, estoy en deuda con él.

Alguien se rió.

Maeniel reconoció a Hugo.

—Oh, bien —dijo—. Supuse que estarías aquí, Hugo. ¿Por qué no sales a donde pueda verte?

Hugo volvió a reírse.

—Creo que no.

—Eres listo —dijo Maeniel—. Porque si alguna vez te pongo las manos encima...

—Callaos —dijo Desiderio—. Una respuesta inteligente, señor Maeniel, pero parcial. Si no os importa... responded toda la pregunta.

—No soy un hechicero —dijo Maeniel—. Y podéis otorgar toda la credibilidad que deseéis a los cuentos de este imbécil engañado, pero yo no apostaré nada por la veracidad de ninguna declaración que saliera de sus labios.

—Muy bien —dijo el rey—. Entonces, ¿negáis su acusación?

Maeniel sintió cómo se le helaba la sangre en las venas. El rey bajó la vista para no enfrentarse a sus ojos. *Una trampa*, pensó Maeniel. *Una trampa*. Llevaba puesta la capa que le habían dado la noche anterior.

Nafta. Al contacto con la vela que Hugo tenía en la mano, prendió fuego.

El lobo se apoderó de él con toda la fuerza del terror mortal e irracional cuando sus ropas ardieron. Las cadenas y la ropa en llamas de Maeniel aterrizaron formando un montón en el suelo de la iglesia y el lobo gris quedó atrapado solamente por el collar de acero que le rodeaba el cuello.

La cadena tiró de él en medio de un salto y el capitán de la guardia real le dio al lobo un fuerte golpe en el cráneo con la parte trasera de la lanza. Lo bastante fuerte como para matarlo, pero le quedaba suficiente vida como para llevarle a través de la transformación y dejarle tumbado en el suelo en forma humana, sangrando de nariz y boca y profundamente inconsciente.

La loba de plata se despertó al oír sonido de pisadas sobre el puente y entonces

recordó que no había pies humanos en setenta kilómetros a la redonda y, sí, había arcos, pero no puente. *Los muertos*, pensó. *Esta ruina es un lugar para los muertos, como Cumae*. Se levantó mujer sin quererlo y se encontró mirando al mundo oscuro.

Podía ver el puente tal y como una vez fuera y, cuando se volvió, el foro de la ciudad con su plaza de mármol estaba intacto, pero todo salvo la ciudad estaba a oscuras. No podía ver luna ni estrellas, sino sólo la cohorte romana sobre el puente: su comandante y los hombres que le seguían. Su apariencia le intrigaba mucho. Debían ser romanos, los templos y el foro proclamaban que el sitio era romano, pero la armadura y las armas que llevaban eran arcaicas. Corazas de triple anillo, lanzas, espadas de un solo filo, largos escudos de madera laminada —el exterior estaba pintado, pero en este mundo no había colores—, cascos con largas orejeras y una cresta de plumas. Una cabeza de lobo le enseñaba los colmillos desde cada uno de los escudos. El centurión, el líder, no llevaba escudo pero sí tres crestas de plumas.

—¿Estoy —preguntó Regeane— con los muertos?

—Muertos y olvidados —dijo el centurión. Parecía orgulloso de ello.

—No estoy vestida —dijo ella.

—No estoy vivo —respondió el centurión—. Pero te dejaré mi capa —se la quitó y la lanzó hacia ella.

Regeane se envolvió en la versátil prenda y descendió los escalones. La llevaron hasta una habitación de guardia —vacía, para alivio de Regeane— y ella atravesó la puerta y salió al puente que no existía.

El centurión estaba con sus hombres. Mirándole, Regeane no pudo reprimir un escalofrío. Era una momia sin ojos ni labios y su piel seca se estiraba con tirantez sobre los huesos. Sus hombres no estaban mucho mejor. Todos ellos lucían sus heridas mortales: a uno le faltaba parte de la cara, otro tenía una horrible herida que casi le amputaba la pierna y el cuello cortado. Regeane intentó no mirar con demasiada atención al resto.

—Defendimos el puente —dijo el centurión— mientras nuestro comandante y su hijo se retiraban. Nos vengaron de los cartaginenses. Estamos satisfechos, nos honramos de guardar el puente. Arrancamos la cuña que sostenía la roca que aplastó a nuestros enemigos. Roma se hizo grande. Si no hubiésemos caído, occidente y las épocas posteriores hubieran sido distintas. Pero se nos pidió y estábamos dispuestos a pagar el precio.

—Sin embargo, esto está oscuro. —Regeane volvió la vista hacia lo que era, salvo por los edificios blancos como huesos del puente y el pueblo, una oscuridad impenetrable que la rodeaba a ella y a los soldados—. Oscuro —repitió— y muy frío. ¿Dónde están la luna y las estrellas, el viento, las siluetas nocturnas de los árboles, el suave murmullo del agua y el tacto sedoso de la hierba? Erais hombres y debéis recordar el sol.

—Sí —fue la respuesta—. Recuerdo el sol cuando no era cruel.

Regeane vio un viñedo que descendía hasta un lago en el que se reflejaban los

colores del alba sobre borrosas hileras de viñas adornadas con racimos de frutas de laborita, amatista y zafiro. Después la visión cambió y vio a un hombre muriendo al sol clavado en una cruz con forma de equis: el centurión. Sus ojos habían desaparecido y el hirviente calor le tensaba la piel sobre los huesos.

—Fui el último. Le corté el cuello a los heridos, pero los cartaginenses se enfadaron al ver que el comandante había escapado y morí de la forma que has visto. Pero mi espíritu sigue vivo, algo a considerar... y tú lo llamaste. A veces tenemos que construir con ilimitada tristeza.

—No puedo creerme eso —susurró Regeane, pero el romano y sus hombres se habían ido y la loba se sumió en un sueño más profundo. Cuando despertó se encontró mirando a través del terreno pantanoso abierto hacia el sol naciente. Estaba tumbada sobre uno de los bloques que habían servido de suelo al foro del pueblo y estaba arropada con los restos manchados y hechos jirones de una capa escarlata.

Esto debió haber sido una cisterna, pensaba Maeniel, como la prisión de Roma. La había visto hacía mucho tiempo en uno de los viajes que hizo hasta allí. La había visto y olido: un agujero en la tierra. El prisionero caía en el pozo. El verdugo esperaba abajo. Esta vez no había verdugo, pero no creía que el rey fuera a mostrar ninguna compasión. Se sentó. Le dolía la cabeza, estaba desnudo, tenía sangre reseca sobre la cara y el pecho.

Sin embargo, estaba cansado. Todavía un poco mareado por el golpe, reconoció con cuidado su entorno más inmediato usando todos sus sentidos, tanto lupinos como humanos. Sólo podía observar.

La prisión tenía forma de botella con base plana; la única entrada que podía ver era una tapa redonda de aproximadamente un metro de diámetro en la parte superior. Los lados de la botella se ensanchaban, formando una pendiente hacia fuera desde la entrada en el cuello y formando un espacio redondo de unos tres metros de diámetro en el fondo. Estaba cubierto de arena. Una arena muy blanda. Y entonces vio algo que le produjo escalofríos. Había rejas, pesadas rejas a ambos lados de la celda.

No, no había sido una cisterna. Era una cisterna.

Se puso de rodillas. Una voz al otro lado de la reja le preguntó:

—¿Estás cómodo?

Reconoció la voz del rey.

—Difícilmente —dijo Maeniel—. Hace frío, estoy desnudo y no rechazaría un poco de vino y algo para comer.

—Una lástima —dijo Desiderio—. Pero tendrás que conformarte. A no ser que me enseñes cómo hacer ese truco.

—¿Qué truco?

—Oh, por todos los santos. Por favor, no te hagas el tonto. El truco que te vi hacer... no sólo yo, sino medio pueblo y la corte al completo. Todos vimos cómo te

convertías en lobo.

Maeniel no respondió. Se quedó en silencio.

—Asombroso —continuó el rey—. No quieres admitirlo.

—No.

—Hombre, el hecho de que estés vivo ahora es sólo un tributo a mi insaciable curiosidad.

—Vaya.

—Así es —respondió Desiderio—. El obispo no se puede aguantar las ganas de quemarte. El capitán de mi guardia quiere que te estrangulen. Tu amigo Hugo hizo algunas sugerencias; bastante imaginativas, me permitiría añadir.

—Predecible.

—Sí, y tan letales como las otras sugerencias, aunque algo más dolorosas. Después de todo, estrangulaste a su padre.

—Sí, sí, lo hice; probablemente una de mis acciones más útiles y virtuosas. No puedo arrepentirme. —Entonces se rió—. Dudo que Hugo tampoco lo haga. Creo que estaba más contento que triste por deshacerse de su malhumorado, borracho y maquinador padre. Probablemente se sintió encantado de poder hacerse con toda la riqueza que el viejo pillo repelente hubiese amasado y huir de la ciudad. Si queréis saberlo, el papa y yo le buscamos por todas partes y no hubo forma de encontrarle. Es probable que descubriera su pérdida sólo cuando se despertó sobrio una mañana y se dio cuenta de que no le quedaba dinero. Os ruego encarecidamente que le mantengáis cerca de vos. Preferiría acariciar a una víbora.

El rey rió entre dientes.

—Realmente eres un maestro del disimulo. Él me advirtió sobre ello. Pero yo, como tú, me aparto del tema. ¿Cuál es el truco? ¿Cómo te conviertes en lobo?

—Yo no me convierto, como vos decís, en lobo. Soy lobo, sólo que a veces me parezco a un hombre. Y en honor tanto a la verdad como a la brevedad, os diré que no puedo enseñaros como cambiar de piel porque ni yo mismo sé cómo lo hago. Simplemente lo hago, y la que me dio nombre y poder no me proporcionó una explicación.

—¿Es algo demoníaco entonces? ¿Este poder tuyo? —El rey parecía deseoso de que Maeniel se incriminase a sí mismo.

—No sé nada de demonios. Nunca me he encontrado con ninguno. Ni tampoco sé del todo lo que vosotros los cristianos queréis decir con esa palabra. Sí que os digo que si etiquetáis todo lo que no comprendéis como demoníaco, el mundo que veis se llenará de maldad.

—¿Entonces no eres cristiano?

—No.

—¿Aceptarías el bautismo, si se te diera la oportunidad?

Maeniel estaba a punto de responder con un gruñido de furia, cuando su lado humano le contuvo con brusquedad. Esta ocasión era demasiado buena como para

perderla. Ya había concluido que no había forma de salir por las buenas de la celda. Si pudiera persuadir al rey para que creyera que podría convertirlo, el proceso de instrucción y bautismo podría ofrecer una oportunidad para escapar. Una sin cadenas y al aire libre...

—¿Por qué? —contestó.

—Para salvar tu alma, por supuesto.

No, esto no le gustaba y no confiaba en las intenciones del rey. Ya le habían engañado una vez. Esta situación tenía el olor a podrido de otra trampa.

—No me hagáis reír —dijo—. Todavía tengo la cabeza magullada y me duele la nariz. Lo mejor que podéis obtener de mí es un rescate, vuestra majestad. Tengo mucho dinero; contentaos con eso. Cuando Carlos cruce los Alpes, lo necesitaréis.

Pudo escuchar una fuerte inspiración que venía desde detrás de la pantalla de hierro.

—¿Rechazas mi oferta de salvación? ¡Qué contumaz obstinación! Ten en cuenta tu alma inmortal.

—No es mi alma lo que me preocupa —dijo Maeniel.

Escuchó una puerta cerrarse tras la pantalla y después el lento crepitar de una puerta al izarse. Maeniel llamó al lobo, pero sólo por unos instantes. La bestia ofrecía fuerza y resignación. Una mirada a la oscuridad eterna exenta de terrores humanos, de cielo, de infierno. Mucho tiempo atrás sólo se veía como parte del mundo, su comportamiento para bien o para mal lo determinaba lo que era y no ningún código impuesto por otros, y este conocimiento le proporcionaba fortaleza.

El hombre lucharía. El hombre no sabía cómo no luchar. Pero el lobo lo centraría con el conocimiento y la confianza de la paz del cazador nocturno ante el cambiante mundo y su eterna seguridad sobre el lugar que ocupa bajo las estrellas y entre ellas.

He vivido tan bien como he podido. Me siento satisfecho. Después abandonó al lobo, porque un agua tan fría como la muerte empezaba a caer a través de las rejas, inundando la celda.

Regeane apartó la destrozada capa y se convirtió en loba. El romano había dicho que ella le convocó. No estaba segura de lo que había querido decir. Había viajado a la tierra de los muertos en otra ocasión y otro hombre le había dejado una señal. Así que volvió a hacerse humana, dobló la capa con cuidado y la dejó en una profunda grieta de la piedra.

Miró por encima del agua y respiró hondo. El aire estaba limpio y fresco, demasiado fresco. Incómoda, se frotó los brazos. Tenían el vello de punta, pero se aferró a la forma humana durante unos instantes más, bebiendo de la belleza que el sueño le había negado. Qué horrible quedar atrapado para siempre en la oscuridad.

El agua reflejaba el cambiante cielo matinal, dorado en el soleado centro, después verde y, finalmente, azul por los bordes. Cañas, arbustos, espadañas y sauces

recortaban sus negras siluetas sobre la floreciente luz.

A veces tenemos que construir con ilimitada tristeza.

Remingus, ése era su nombre. Lo sabía, pero no sabía cómo; eso es lo que Remingus había dicho. La frase la atormentaba. Le había hablado desde las completamente impenetrables barreras del tiempo y la muerte.

Si me llamas, acudiré.

El susurro fue tan débil que casi no pudo oírlo. Como papel rozando con papel, o como las escamas de una serpiente moviéndose sobre una roca. Miró hacia Pavía. Sobre el morado y el rojo violáceo del alba, todavía brillaban esos pequeños puntos de luz, ya casi extinguidos por el día naciente.

Entonces se hizo loba, con el suave pellejo reluciente, pulido por la luz nueva. En pocos minutos había encontrado un pez, desayunado y se encontraba de nuevo en camino. Le habló a Maeniel. *Mantente vivo. Espérame.* Deseó fervientemente que así fuera mientras se apresuraba.

En Roma, Lucila desayunaba con Dulcinia. Un queso de crema de leche con fruta y huevos cocidos en una salsa de pimienta y cebolla; lo acompañaban con un vino blanco bien aguado.

—Estás siendo muy desagradable, hermana mía —le dijo Dulcinia amablemente, tras unos momentos de conversación sobre el tiempo, las verduras de primavera que aparecían en el mercado y aquellas familias que todavía se podían permitir retirarse a sus fincas campestres para escapar de los meses de calor que se avecinaban.

—¿Por qué lo dices? —Lucila intentó parecer sorprendida.

—¡No te atrevas! —dijo Dulcinia—. Media Roma lo sabe. No, no media, todos los habitantes de Roma que no están seniles, ni son menores de dos años, ni tienen gravemente dañadas sus facultades mentales saben que te visitó y que pasó la noche aquí. ¿Qué pasó?

Lucila se removió en el asiento, apartando la mirada de Dulcinia y dirigiéndola hacia el verde de la mañana. Estaban cerca del patio y habían abierto las puertas plegables que daban al triclinio. De repente, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Dulcinia aguantó la respiración. Conocía a Lucila desde hacía mucho tiempo y la amaba.

—No. No me digas que se comportó... mal.

—No. No lo hizo. Dijo que me amaba, que siempre me amaría y después, juzgando por la cantidad de ardor que llevó a nuestra cama, diría que me probó que nada de lo ocurrido ha supuesto la más mínima diferencia para él.

—Sí, en el palacio Laterano dijeron que había vuelto todo sonrisas y parecía muy feliz.

—Sí, querida, y yo también lo soy. Pero también es cierto que puso en mi conocimiento un hecho perturbador. Gerberga ha desaparecido.

—Política de nuevo —suspiró Dulcinia.

—Cuando le conocí —dijo Lucila—, la política era uno de sus principales intereses y yo me encapriché rápidamente del juego. Si no lo hubiera hecho, creo que nuestra relación no hubiese prosperado. Ya entonces, la facción pro-franca empezaba a prepararle para un alto cargo y pude ver que cualquier mujer que quisiera ganar su amor y mantenerlo tendría que ocupar su puesto a la mesa. Subimos juntos. Y no puedo decir que me arrepienta de mi ambición cuando recuerdo la granja de mi padre, con su interminable trabajo, suciedad, niños chillando y ganado medio muerto. Mi madre murió por exceso de trabajo y partos antes de cumplir tu edad, Dulcinia. En cuanto las caderas de alguna de las niñas empezaban a ensancharse y sus senos se marcaban en la pechera del vestido, mi padre comenzaba a intentar venderla al mejor postor, incluso aunque fuera a los tratantes de esclavos de Rávena. Mi hermana sufrió esa suerte, y... y... sí: también yo, querida. Y teniendo en cuenta lo que vi de los lascivos amigos de mi padre... —Lucila se detuvo. Sus ojos habían adquirido una dureza que asustó a Dulcinia. Tenía los puños apretados. Se miró las manos, relajó los dedos. En algunas zonas las uñas le habían atravesado las palmas y hecho brotar la sangre—. Debo encontrar a Gerberga y a ese hijo de Desiderio, Adalgiso.

—Todo lo que puedo ver es que estás jugándote mucho a que Carlos haga algunas cosas muy complicadas... Llevar a un ejército a través de los Alpes, por ejemplo. Incluso con los romanos, no era un juego de niños —dijo Dulcinia.

—Sí, bueno, él tiene su parte y nosotros la nuestra. Prefiero concentrarme en lo que puedo controlar antes que en lo que no. ¿Todavía estás solicitada entre todos esos bárbaros?

Dulcinia dejó caer las manos.

—Sí, pero...

—Nada de peros. Ya he hablado con Rufus...

—Lucila, es inevitable que me reconozcan como tu agente. Nuestra relación es tan bien conocida que ya nadie se molesta siquiera en cotillear sobre ella. No oiré nada sobre Gerberga y su amante. Nadie me dirá una palabra.

—Sí, sí, sí, pero tu doncella, querida mía, es otro cantar. Oh, todas las mujeres de cada pueblo y aldea se morirán por saber las novedades y modas en las cortes de Constantinopla y Roma. Acudirán en bandadas para arreglarse el pelo como la emperatriz Irene y averiguar qué combinación de violetas y mirra, con un toque de rosas, se lleva entre las damas griegas de vida alegre; y si los corsés se hacen mejor con tejo o con tendones duros, y cómo son más fáciles de coser en seda para conseguir mayor sujeción. Muy complicado este asunto de ser mujer, querida mía, muy complicado. Y reconoce que soy una experta en estos asuntos de peinados, de los usos y ocasionales, aunque exquisitos, abusos del maquillaje y del arte menor de embellecer los lugares a donde no alcanza la pintura. Y tengo cientos de recetas para perfumes, polvos y aceites olorosos. Incluso puedo valorar joyas, decir si es plata, plata dorada u oro, puro o de aleación, y poseo un ojo excelente para las piedras,

tanto preciosas como semipreciosas. Puedo sopesar un broche en la mano y decir si es plata, oro o peltre plateado, o incluso ese impostor de impostores, el plomo dorado. De hecho, creo que me voy a divertir muchísimo.

—Sí —suspiró Dulcinia—. De nuevo esta aventura está hecha para ti. ¿Dices que el señor Rufus nos va a acompañar?

—Oh, no, Cecilia no quiere perderle de vista. ¿Sabías que él le ha hecho una máscara con una nariz de plata? Y la lleva todo el tiempo. Pero sí nos dejará una escolta de veinticinco leales soldados, todos están atados a él por juramento y han recibido tierras por sus servicios. Unos hombres de calidad un poco mayor que la de los mercenarios a sueldo. No quería correr riesgos con tu seguridad, ya sea en los caminos o en las ciudades.

Dulcinia asintió.

—Iré a casa y hablaré con mi secretaria sobre las invitaciones que he recibido y los incentivos que me han ofrecido para viajar al reino lombardo.

El plan de Lucila conllevaba un gran peligro para Dulcinia. No le gustaba pensar en lo que ocurriría si era reconocida o capturada, pero había visto a Lucila moverse por Roma de incógnito sin despertar mucho interés. La ropa de las mujeres se prestaba al disfraz.

Se asumía que una mujer vestida de seda, oro y con perfume caro era de cierto tipo, mientras que la misma mujer llevando un vestido gastado, velo oscuro y capa era de otro. La gente rara vez cuestionaba estas suposiciones.

La ropa se usaba para indicar posición social, grado de riqueza y rango. Quien no la utilizara para este propósito, sería considerado un loco.

Las mujeres de alquiler, prostitutas, llevaban su propia vestimenta característica y se pintaban la cara. Anunciaban su profesión. Tal y como harían las doncellas y ayudantes de una artista como Dulcinia. Tendría tanta demanda como su ayudante y Lucila, con su habilidad y familiaridad con todo tipo de gente, no tendría ninguna dificultad en hacerse pasar por una mujer así.

Ya empezaba a encanecer y Dulcinia sabía que si dejara a un lado la vanidad de los tintes de pelo, perfumes caros, maquillajes y corsés, Lucila parecería casi otra persona.

Cada ciudad tiene sus notables de la corte y familia gobernante, y las mujeres pertenecientes a esta clase se morían de ganas por saber cotilleos, consejos sobre moda, noticias de los reinos bárbaros y el oriente griego; hablarían con libertad delante de su doncella. Y le dirían todo lo que supieran. Oh, Dios, vaya sí lo harían.

Si su doncella no podía averiguar dónde estaba Gerberga, nadie podría. Y probablemente por eso Adriano le había encargado el trabajo a Lucila. No era la primera vez que se encontraba en un aprieto y no deseaba que su mano derecha supiera lo que hacía la izquierda.

Lucila la apartó de sus pensamientos.

—Vaya, qué cara de decepción.

—Algo de lo que no hemos hablado —dijo Dulcinia mientras se levantaba— es de qué vamos a hacer con la reina de Francia si la encontramos.

—No te preocupes antes de tiempo —le ordenó Lucila—. Carlos, como has puntualizado tan astutamente, tiene que cruzar los Alpes. Tendremos que tomar esa decisión cuando llegue el momento.

A Chiara la despertaron las violentas sacudidas que daba su cama.

—Ayúdame, maldita sea. Tienes que ayudarme. Le están matando.

—¿A quién? ¿Qué? ¿A quién están matando?

—Al lobo.

Chiara reconoció al huésped de Hugo. También había estado en la iglesia con Hugo cuando tendieron la trampa a Maeniel para que se descubriera a sí mismo.

—No estoy segura de querer salvar a esa criatura —comenzó.

Eso fue todo lo que pudo articular. El huésped de Hugo volcó la cama, tirándola al suelo. Chiara dejó escapar un grito. Su doncella, como siempre, dormía en una alcoba cercana y su padre estaba en la habitación contigua. Consiguió ponerse en pie y empezó a calzarse los zapatos, suaves artículos de piel, casi sandalias. Algo la cogió del pelo y comenzó a arrastrarla a través de la puerta hacia el oscuro pasillo.

Se agarró con fuerza a la jamba de la puerta y masculló entre dientes.

—Déjalo. Ahora.

Él lo hizo. Ella sabía que la fuerza de la criatura tenía límites. No estaba segura de qué ocurriría si se enfrentara a él, pero realmente no quería averiguarlo... al menos, no ahora.

—Sí —dijo—. Sí, te ayudaré, pero deberás comportarte decentemente.

—Lo haré, pero será mejor que te apresures porque no durará mucho más.

Chiara agarró su capa y se envolvió en ella.

—¿Dónde está Hugo?

—En su cuarto, balbuciendo de miedo, es un hombre acabado. Está seguro de que el lobo va a matarle. Por eso arregló ese sucio truco para hacer que la criatura se inculpase. Tengo noticias para ese pedazo de estiércol. Si el lobo no le mata, yo lo haré —dijo furioso el huésped de Hugo.

—No querrás hacer eso —dijo Chiara mientras corría velozmente escaleras abajo, intentando hacer el menor ruido posible—. Tienes que necesitarle para algo, igual que al resto de nosotros, de otro modo no te contendrías. ¿Dónde está Gimp?

—Borracho en una taberna cerca del río. Justo cuando más lo necesito.

En pocos segundos habían salido del edificio. Chiara se detuvo un momento. La calle estaba oscura y desierta.

—Por todos los cielos, ¿qué hora es?

—Tarde —fue la respuesta—. Deprisa. No puedo entender lo que los estúpidos humanos hacéis con el tiempo, que es después de todo más un río que segmentos

de...

—No me alecciones. ¿Dónde? ¿Dónde quieres que vaya?

—Al foro. ¡Corre!

Chiara corrió.

Pavía no era una ciudad grande. Pocos minutos después se encontraba ya cerca de la catedral.

—¿Qué pasa si nos ve el guardia? —dijo Chiara jadeante.

—Eso supondría su desgracia —dijo el huésped inexorablemente—, pero no nos verá. Está en la misma taberna que Gimp, también borracho.

Ella voló escalones arriba. Las enormes puertas de bronce estaban cerradas con llave.

—¿Y ahora qué?

—Entro, levanto la barra y te deajo entrar.

En menos de un segundo ya había terminado. La barra estaba sobre un pivote. Una vez dentro, Chiara la dejó caer de nuevo en su hueco. Después se dio la vuelta y miró la grande, oscura y vacía iglesia.

—Oh, oooohhhh —dijo Chiara.

—Por lo que puedo ver, estamos solos —dijo el huésped de Hugo.

—¿Estás seguro?

—No, pero si ves algo, seguro que te quejas como es tu costumbre y, ya esté vivo o muerto, podré ahuyentarlo. Deprisa.

La empujó hacia delante. Ella pasó corriendo junto al altar. Allí sólo ardía una débil luz, una parpadeante luz de santuario. El huésped de Hugo la cogió. Una hazaña impresionante, ya que estaba suspendida de cadenas que colgaban del techo abovedado. Pareció volar hasta donde estaba Chiara, después se colocó delante de ella, conduciéndola a la cripta en la que se enterraba a los reyes lombardos.

Varias entradas y puertas le bloqueaban el paso, pero todas se abrieron ante ella. Pasó a toda prisa por la cripta, un lugar bastante siniestro. A la gente de esta época no les iban las esfinges, ni siquiera los excitantes sarcófagos, como a los romanos. Los señores y damas lombardos eran encerrados en cajas de piedra lisa, todas ellas elegantemente grabadas con el nombre y rango de sus ocupantes.

Chiara puso los ojos en blanco un par de veces, pero los miembros de la nobleza lombarda se mantuvieron en su sitio. Cuando alcanzaron la parte trasera de la cripta, otra escalera les llevó aún más abajo. Se notaba la humedad. La humedad y el frío.

La lámpara del santuario esperaba en el aire frente a Chiara, a un metro y medio de altura.

—Ponla más baja —dijo ella—. Me estás cegando. Tengo que ver dónde pongo los pies.

—Malditas sean todas las mujeres —dijo el huésped de Hugo, pero la lámpara bajó unos cuantos centímetros.

Los escalones eran muy estrechos y parecían tallados en la elevada roca que

sostenía la catedral. Chiara los sorteó con sumo cuidado, ayudada por el hecho de que las cosas se iluminaban más conforme más se acercaba al fondo.

La compuerta no era muy grande, así que el agua no llenó la cámara rápidamente. El río corrió a través de la celda por derecho propio en vez de quedarse en ella; la otra reja estaba conectada a un pasaje que devolvía el agua al lugar de donde provenía. Pero Maeniel vio enseguida la naturaleza de la trampa. Como el agujero principal que sellaba la celda por arriba estaba abierto, la burbujeante agua subía por momentos y le llevaría hasta allí y, cuando el agua alcanzara la parte superior, entraría en una pequeña fuente, un tubo que conducía hasta el sótano de más arriba y subiría casi, pero no del todo hasta el nivel del suelo. El agua subiría y saldría de la celda, pero él no, porque la salida estaba cubierta por una reja de hierro. El agua pasaría por la reja y él quedaría atrapado debajo. Y se ahogaría.

Todavía le quedaban unos segundos, a caballo sobre la ola del agua que subía, hasta que alcanzara la reja. Unos pocos segundos para contemplar su destino y preguntarse de camino quién construiría esta sádica trampa. Permitía que un observador mirara desde arriba la lucha de los individuos de más abajo, mirar cómo se ahogaban. Estaba calculando bastante fríamente que no llevaría mucho, cuando se encontró mirando la cara de una chica que le clavaba la vista desde arriba.

Estaba de rodillas cerca de la abertura de la cisterna. Se detuvo un segundo, intentando encontrar la forma de abrir la reja, pero rápidamente se dio cuenta de que no era posible. Estaba bien asegurada; la barra que la abría se extendía a lo largo de la fuente y estaba sujeta al suelo con un fuerte candado y una cadena. Tiró de ella enérgicamente.

—No —le gritó el huésped de Hugo. Ella volvió a la fuerza la cabeza hacia la derecha.

La compuerta que abría y cerraba la tubería que permitía al río llenar la cisterna se levantaba con un simple sistema de palanca. Si se bajaba, se subía la tapa de hierro que cerraba la tubería. Si se subía, la pesada tapa volvía a caer por su propio peso y sellaba la tubería.

Una solución simple y elegante, la tubería de llenado estaba arriba y la de desagüe abajo.

Levanta la tapa de hierro y el río entrará. Hacían falta dos hombres para hacerlo. Sube la palanca desde la posición inferior, la tapa de hierro vuelve a su sitio y la cámara se vacía. No tan rápido como se llenaba, pero se vaciaba. Y aunque hacían falta dos hombres para levantar la palanca, hasta un niño podía bajarla.

Quienquiera que fuese este hombre, Chiara no quería que tuviera un fin tan horrible. Empezó a ponerse de pie. El huésped de Hugo la volvió a sentar.

—No —le dijo a ella. Después se dirigió a Maeniel—. ¿Puedes oírme?

—Sí —respondió él. Estaba flotando sobre el agua que ya llegaba cerca de la reja. Alargó las manos y agarró los barrotes con los dedos. Estaba mirando a Chiara.

—Quiero —dijo el huésped de Hugo— poder absoluto sobre tu cuerpo,

incluyendo el cambio de hombre a lobo. Quiero poseerte igual que a Hugo.

—Le dejaste engañarme.

—Lo hice. Lo hice —bramó el huésped—. Pero no pensaba que te matarían tan rápido. Ahora dame lo que quiero y te sacaré... te dejaré vivir.

—Como tu esclavo...

—No. No, seremos compañeros. Destruiremos a estos monos, estas criaturas dementes y crueles, y el mundo volverá a ser lo que era... un mundo en paz. Cada uno con los de su clase. Y mi gente volverá y me honrará de nuevo.

—No —dijo Maeniel.

—¿No? —el huésped de Hugo parecía incrédulo—. ¿No? —repitió—. Te ahogará.

—Entonces, me ahogaré —dijo Maeniel—. Preferiría ahogarme que dejar que alguien controlara mi vida. La vida de un esclavo no es vida alguna para mí.

—Muere —gritó el huésped de Hugo—. Muere con tu tozuda estupidez. Muere como el imbécil que eres, lobo.

Pero no le estaba prestando atención a Chiara. La chica se había zafado de la presión que le sujetaba el hombro. El huésped de Hugo gritó, un rugido de rabia y terrible furia de oso, pero ella ya estaba en la pared. La palanca estaba asegurada en la posición descendente mediante un perno de hierro colocado en un agujero sobre el hueco. De un solo movimiento, sacó el perno y lo lanzó lo más lejos posible.

La palanca colgaba, temblando, mientras las veloces aguas golpeaban el pesado tapón de metal. Durante unos instantes pareció que la tapa no caería.

Pero entonces lo hizo, levantando de un golpe la palanca. Maeniel se encontraba aporreando la reja cuando Chiara comenzó a gritar.

Cuanto más se acercaba Regeane a la ciudad, más asentamientos encontraba en las proximidades de la ribera. Parecía que las tierras de cultivo invadían cada vez más el bosque y los pantanos que rodeaban el arroyo. Se encontró viajando de día, mientras escuchaba a su hermana de luz de luna. *Sé precavida, no te dejes ver ni oír innecesariamente.* Así que avanzaba en silencio, abriéndose camino entre los sauces y los robles de agua, cerca de la orilla. Evitaba el terreno blando sobre el que pudiera dejar huellas de pies... o de patas, según el caso. Iba con tanto cuidado que las aves acuáticas que comían cerca de las riberas chapoteaban tranquilamente en las zonas menos profundas. Una vez, animada por la mujer, se paró para admirar a una mamá pato con una bandada de patitos que nadaban cerca de un tronco junto a la orilla. Cuando la vieron, el grito de alarma de la madre paralizó a los bebés, lo que los hizo casi invisibles entre las cañas. Regeane siguió adelante. Sabía que en ninguna de sus dos formas sería bienvenida, pero sí que sintió que la temían menos como loba de lo que la hubiesen temido como humana. *Sabemos demasiados trucos,* pensó.

Tenía el viento de espaldas, algo que sabía que Maeniel nunca le permitiría, así

que no sintió lo que tenía delante hasta que tropezó con ello. La chica estaba tirada en la orilla del río. Estaba desnuda, con medio cuerpo metido en el agua. Las moscas ya habían empezado a trabajar.

La loba quiso salir corriendo. Cuando Regeane le preguntó a su compañera oscura, la loba respondió siguiendo sus principios generales o, al menos, le dio lo más parecido a una respuesta que una criatura sin palabras puede articular: *¡Salgamos de aquí!*

—No —respondió la mujer.

Comenzó a rastrear la ribera.

La familia estaba un poco más allá, dos hombres y un niño, cerca de un bote de fondo plano encallado en el bajío. Estaban todos muertos; salvo por cuchillos y duelas, parecían desarmados.

La muerte tiene su propio hedor. Regeane lo sabía; el hedor ya contaminaba el cálido aire primaveral. Sangre, heces, orina, los olores miasmáticos de los asesinos y los asesinados. Miedo, ira, sexo, los olores del semen derramado y la sangre espesa y coagulada. La loba no necesitaba que la instruyeran acerca de los motivos de los culpables.

Un poco más allá, siguiendo el curso del río, encontró a la segunda mujer, mayor que la chica, pero todavía atractiva. A la chica le habían cortado el cuello, la tierra estaba empapada de sangre cerca de su cabeza. La otra debía haber sido su madre. Había sido sorprendida mientras lavaba la ropa en una zona de rocas poco profunda. Las dagas que habían clavado su cuerpo todavía con vida a la orilla mientras era usada habían desaparecido y el agua cristalina había lavado su sangre. Yacía junto a la orilla, justo debajo del agua, con la cara tranquila, los ojos cerrados y no menos de cinco puñaladas en el pecho.

Cerca de donde yacía la mujer, la loba de plata vio un camino. La familia debía dedicarse a guardar el vado, llevando a los viajeros de una a otra orilla cuando el agua estaba profunda. ¿Soldados? Sí, distinguía hierro entre la mezcla de olores presente en la ribera. Los soldados debían haber venido para cruzar.

Trotó de vuelta y registró cada cadáver. Sí, cinco de ellos. Cinco firmas de hombres no muertos. Olores identificables; huellas de zapatos —los campesinos estaban descalzos— y aquí y allí un jirón de ropa, una hebra enganchada en los rosales silvestres recién florecidos al borde del bosque. Se fueron por el mismo camino que ella seguía, hacia Pavía.

La loba se sentó a pensar.

Necesitaba ropa, pero no quería conseguirla así. De todos modos, un vestido era un vestido y las dos mujeres que había visto no los echarían de menos. La mujer había terminado la colada y estaba secándose sobre los arbustos, cerca del cuerpo. Regeane encontró camisa, falda y blusa, e improvisó ropa interior con un pedazo de camisa vieja que parecía haber sido usada como camisón.

Usó el resto de las prendas para cubrir los cadáveres. Sacó los cuerpos de las dos

mujeres del agua y trató de colocarlos decentemente pero, dado que el *rigor mortis* empezaba a asentarse, no había mucho que pudiera hacer. Finalmente optó por cubrirlos todos, incluyendo a los hombres.

Encontró la casa de la que venían en un terreno más elevado con vistas al vado. Estaba vacía. Miró dentro sólo lo bastante como para asegurarse de que no hubiese niños escondidos cerca y después siguió andando hacia Pavía.

Se había trenzado el pelo y lo cubría con un velo. Sabía que los asesinos habían tomado el mismo camino y le asustaba encontrarse con ellos, pero no lo hizo. Iban a caballo y debían tener prisa por llegar a la ciudad, porque una vez terminada su atroz labor en el vado, habían espoleado sus caballos para salir al galope y hacía tiempo que se habían ido.

Mercenarios. Sí. La mujer sonrió con tristeza. Desiderio debía estar contratándolos.

El sol le calentaba la espalda, pero no fue una caminata larga. Cuando llegó a lo alto de la colina, vio que la ciudad coronaba la siguiente subida. Estaba anidada en la siguiente curva del río, rodeada de huertos, cultivos, viñedos, y olivares verde grisáceo, todos disfrutando de la brillante y primaveral luz del sol.

Cruzó un puente peatonal sobre un riachuelo que desembocaba en el río. Había gente por todas partes, mujeres en sus patios, barriendo, desenvainando guisantes, incluso amasando pan en pilas junto a sus puertas. Los hombres estaban ocupados cultivando campos y jardines y entre las viñas. Su paso no causó ningún comentario, pero sí que recibió algunas largas miradas. Las mujeres solas eran poco corrientes, pero su velo, la trenza de pelo y el largo vestido la proclamaban como una chica respetable con algún recado privado.

Regeane conocía las reglas: mantenía la vista baja y evitaba todas las miradas masculinas que se fijaban en ella, pretendiendo, como era debido, que no existían. El camino se fue convirtiendo rápidamente en una calle. Casas de madera, zarzos y barro se amontonaban a ambos lados. Éstas no estaban tan abiertas como las que había visto en el campo: todas tenían pesadas puertas de madera y pocas ventanas daban a la calle. Pero incluso así pudo ver un par de cortinas que se agitaban a su paso. Justo delante surgieron las grises piedras de una puerta romana.

Se dio prisa, incómoda por las moradas casi sórdidas que la rodeaban. Empezaba a echar de menos el río y el bosque, la naturaleza que dejaba atrás. Entraba ahora en otro tipo de selva, una mucho más peligrosa.

Vio a cinco hombres de pie enfrente de una taberna justo en el exterior de las puertas. La loba los reconoció antes que la mujer y la mujer sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca. Éstos eran los hombres. Un soldado musculoso tenía arañazos en la cara. Las mujeres debían haber opuesto resistencia. Dos más; sin nada característico, pelo color arena, pero sus ojos le daban escalofríos, estaban vacíos y muertos. Uno tenía una venda nueva y manchada de sangre en la mano. Y dos no eran mucho más que niños, pero sus caras decían que dejaron la niñez atrás hacía largo

tiempo.

La estudiaron con calculado interés conforme se acercaba a la puerta. Pensaba que no intentarían nada. Había demasiada gente alrededor. El dueño de la taberna estaba en su entrada, con una taza de barro en la mano. Ya era tarde. El sol estaba ya alto, pero el revoltijo de casas alcanzaba tanta altura, dos o tres pisos, que las calles estaban en la sombra.

Regeane pasó junto a ellos, respiró aliviada y cruzó las puertas. Dos hojas reforzadas con hierro permanecían abiertas. No había guardias ni ningún otro signo de presencia oficial. Las casas en la empinada calle del interior eran aun más altas que las del exterior y estaban todavía más volcadas hacia el interior, como en Roma. Sólo puertas atrancadas y altos muros de piedra daban a la calle.

Regeane tuvo que subir casi trepando; la calle se inclinaba. De vez en cuando veía a mujeres que la miraban a ella desde los balcones del segundo piso, pero cuando las miraba directamente o se paraba para saludar, volvían a desaparecer rápidamente en sus viviendas.

Regeane siguió andando, sintiéndose cada vez más insegura. Había pensado mucho en llegar hasta Pavía, pero no en lo que haría una vez dentro. No conocía a nadie en la ciudad. No tenía dinero. Un lobo tenía que viajar forzosamente ligero. Había esperado encontrar una fuente. Las mujeres tendían a congregarse cuando recogían agua. Podría preguntar por el rey y por los prisioneros que habían llevado a la ciudad y dónde los encerraban. Pero, por el contrario que en Roma, con sus incontables piazzas y fuentes, esta ciudad no parecía tener espacios públicos. A no ser que contara la taberna por la que había pasado y no se atrevía, como mujer sola, a acercarse por allí. Y sí, mientras avanzaba deprisa, la loba le dijo que oía pisadas tras ella.

¿Los cinco de la taberna?

El viento soplaba desde la parte baja de la calle. Sí, eran muy característicos. La mente del lobo podía clasificar los diferentes datos sensoriales de la misma forma en que la mano humana clasifica las monedas. Dos estaban juntos, los dos más jóvenes iban por delante del resto. Sí, tenían más energía. Eran los más serenos. Los otros tres estaban medio borrachos.

Regeane se levantó las faldas y comenzó a correr. Ellos continuaron al mismo ritmo. Estaba descalza. Cuando llegó a lo alto de la colina, se dio cuenta de por qué no tenían prisa. La calle terminaba en una pequeña plaza. Estaba rodeada de casas que daban con sus paredes vacías a la calle y una pequeña iglesia de las que visitan los pobres, con un porche de pilares sencillo y tejado bajo. En una pared junto al porche había una fuente, un tubo encajado en la pared que se vaciaba sobre una palangana de piedra.

Remingus estaba junto a ella. Ya no era el cadáver reclamado de la cruz donde le dejaron los cartaginenses. No, parecía un hombre. Mientras le miraba, se quitó el anticuado casco de legionario. Llevaba un capuchón de piel debajo. Se lo quitó

también y se pasó los dedos por el cabello, empapado en sudor. Le recordaba un poco a Maeniel, fornido con húmedos rizos oscuros.

—A mediodía —dijo ella—, bajo el sol. —Sí, era un ser de poder asombroso.

—Se nos permite hacer estas cosas —dijo él.

—¿Quién lo permite?

Remingus se rió.

—Ya vienen —señaló hacia la oscura calle. La luz del sol inundaba la plaza.

—Lo sé —dijo Regeane—. Tendré que matarlos.

Remingus enjuagó su casco en la fuente, lo llenó de agua y le dio a Regeane de beber. Ella lo hizo. No se había dado cuenta de que tuviera tanta sed.

Él le indicó un estrecho pasaje cerca de la iglesia. Ella no lo había visto porque estaba casi perdido entre las sombras.

—¿Adónde da? —preguntó.

—A un pequeño jardín en la parte de atrás de la iglesia. Es tranquilo. Nadie puede verte. Los muros de las casas que lo rodean no tienen ventanas ni puertas en ese lado.

Regeane volvió a beber y asintió.



9

No estoy segura de poder matar a cinco hombres —dijo Regeane.

Remingus simplemente se rió y dijo:

—Atrápalos conforme salgan del callejón. Puedes cogerlos por sorpresa.

Los dos primeros entraron en la plaza. No intentaron disimular sus intenciones y corrieron hacia ella. Regeane se dio la vuelta y echó a correr por el callejón. Era bastante largo, abarcaba todo el lateral de la iglesia. Nunca llegó hasta el final porque una puerta se abrió, alguien la cogió del brazo y tiró de ella hacia dentro.

Regeane, perpleja, se encontró en medio de una pequeña cocina con una mujer alta, delgada y de gesto adusto. Había abierto la puerta lo justo para meter a Regeane dentro. La cerró de un portazo y corrió un pesado pestillo.

En el exterior, uno de los hombres golpeó la puerta con el hombro. La mujer agarró una gorda sartén de hierro y gritó:

—Hijo de un cerdo degenerado, vete o te reventaré los sesos.

Golpeó con fuerza la puerta con la sartén.

Regeane podía escuchar cómo los hombres hablaban fuera. Uno de los mayores estaba amonestándolos.

—No seas tonto. No tienes ni idea de cuánta gente puede haber en esa casa. Déjalo estar, joder. Déjalo estar. No tengo ninguna intención de morir aquí. No por una mujer.

Alguien le dio un puñetazo a la puerta o la golpeó con el hombro, a lo que siguió un grito de dolor.

—Ya te lo dije, déjalo estar.

Hubo otro grito y una sarta de palabrotas.

—Estoy sangrando, estoy sangrando.

—Inténtalo de nuevo y descubrirás que eso es sólo un arañazo, estúpido bastardo.

—Te voy a patear el culo tan fuerte que...

Las voces se fueron desvaneciendo mientras los hombres se alejaban.

—Parece que se van —susurró Regeane.

La vieja resopló.

—Yo no estaría tan segura. Probablemente sólo hayan vuelto a la plaza.

La habitación estaba caldeada. Regeane empezó a sudar. Había un fuego en una de las esquinas. Expulsaba el humo por medio del precursor romano de la chimenea, un muro doble con una rejilla cerca del fuego que permitía que el calor y el humo subieran y salieran al exterior del edificio.

Había mostradores de piedra en las otras tres paredes. Una masa de pan subía en una tabla de madera en el centro de un mostrador. Había poca luz, pero la habitación tenía una ventana, tan pequeña que Regeane no la había visto desde fuera, no era más que un estrecho corte cerca de la puerta con una reja sobre él.

—Chica tonta —dijo la mujer—. ¿Qué pensabas que harían cuando te pillaran sola en el jardín del cura? ¿Por qué no entraste en la iglesia?

—Me alcanzaron tan deprisa...

—Sí... —respondió la mujer. Parecía albergar sospechas—. Me parece bien pero ¿qué haces llevando el vestido de Mona?

Como muchas otras mujeres que no podían ofrecer explicación a su comportamiento, Chiara se refugió en el histerismo cuando el vigilante la encontró en el foro frente a la catedral. El vigilante llamó al capitán de la guardia. Éste no pudo hacer mucho más con Chiara que el vigilante. Llamó al rey.

Desiderio llegó. Había estado bebiendo hasta tarde con sus amigotes, así que al menos dos terceras partes de la corte se congregaron para intentar averiguar qué pasaba.

Chiara se encontró justo donde no quería estar: en el centro de atención.

—Llamad a su padre —dijo Desiderio—. Es la hija de Armine.

Chiara estaba lloriqueando de miedo, no ya del huésped de Hugo —resultó que al final le había hecho muy poco— sino por la absoluta desesperación que sentía al no poder dar con una explicación realmente buena para justificar que la encontrasen en el foro sin más ropa que su camisón.

Entonces llegó Armine. Sin más contemplaciones, le dijo a Chiara:

—Deja de armar escándalo ahora mismo, jovencita. Nunca fuiste una histérica; no intentes convencerme de que has comenzado a estropearte a estas alturas.

Chiara se calmó.

—Debo haber estado andando sonámbula. Madre siempre dijo que tenía cierta predisposición a ello cuando era un bebé y...

—Sonámbula —dijo Armine—. Y no, nunca oí que tu madre dijese tal cosa. Sonámbula... ¿quién eres? ¿Angelina, la doncella de arriba? Por sonámbula acabó teniendo gemelos.

La cara de Chiara se incendió.

—No soy en absoluto como Angelina.

El obispo llegó justo a tiempo para escuchar las últimas palabras de Armine y la furiosa negativa de Chiara.

—¿Qué has hecho? —le gritó enfadado al capitán de la guardia—. ¿Me has sacado de mi agradable sueño por un simple caso de fornicación?

Chiara no sabía lo que era fornicación, pero no quería tener nada que ver con ello.

—No sé nada sobre for-for... lo que sea que dijo. El vigilante me despertó. Apestaba a vino. Me asustó. Empezó a gritarme. Todos me gritan y dicen que yo he for-for... lo que sea. No lo hice. No hice... lo que sea que sea eso.

Chiara estaba ya trastornada, realmente trastornada. Aparte del tumulto que la rodeaba, podía oír la risa casi homérica del huésped de Hugo. Sobre el ruido de la multitud retumbaba una carcajada tras otra.

El obispo era un hombre anciano y vestía un camisón de lana y un gorro de dormir.

—Te dije —le dijo mordazmente a Desiderio— que no alojaras a ese brujo de Hugo en tu palacio. Ahora mira lo que ha hecho. Ha corrompido a la inocente hija de uno de tus hombres más leales. El herrero dijo que encontró ayer a ese loco con un orinal en la cabeza. Esta tonta niña encaprichada... —el obispo señaló a Chiara— le rescató de su propia locura. Además, mantiene conversaciones con el aire. Este nigromante se pasa la noche confabulando con los demonios. La mujer que vive bajo él dice que teme por la salvación de su alma, tan fuertes son los sonidos, los gemidos de las almas condenadas que él dirige. Su propio sirviente Gimp, le teme como a la muerte.

El arzobispo se puso tan vehemente que se le cayó el gorro. Al ir a recogerlo, perdió el equilibrio y sólo el firme brazo del capitán de la guardia le salvó de romperse la crisma contra el suelo. El capitán recibió poca recompensa por sus servicios. El arzobispo le maldijo rotundamente y mandó traer su bastón y su silla. Sus criados le trajeron ambos.

—¿Es eso cierto? —Armine parecía atónito—. ¿Estás enamorada de ese Hugo? —le preguntó a Chiara.

—¿Qué? —gritó ella—. ¿Hugo? Piensas que Hugo y yo estamos... ¿Hugo? ¡Hugo! —La indignación de Armine no era nada comparada con la de Chiara—. Preferiría hacer la bestia de dos espaldas con... con... con una cabra enferma antes que con Hugo.

Por los ruidos que hacía, parecía que el huésped de Hugo se moría de la risa.

—Y tú —dijo Chiara, mirando a su alrededor. Nadie estaba muy seguro de a quién se refería—. ¡Tú! Déjalo ya de una vez. —Chiara intentó decir algo más, pero todo lo que salió de su garganta fue un graznido chillón. El capitán de la guardia le dio una copa de vino.

Desiderio estaba profundamente enfadado; quería volver a su juerga. Chiara tenía

sed y, además, estaba segura de haberse puesto completamente en ridículo.

—No puedo recordar cuánto tiempo hacía que no me divertía tanto —le dijo el huésped de Hugo.

—Ojalá no estuvieras muerto —murmuró a la copa de vino entre dientes—. Me gustaría matarte yo misma.

Entonces apareció Hugo, llevado entre dos miembros de la guardia real. Estaba claro incluso a la luz de las antorchas que alguien lo había reventado a palos. Tenía un ojo cerrado y otro medio abierto. El labio superior estaba hinchado y el inferior roto. Era imposible contar todos sus moratones, y eso que debía tener muchos más bajo la ropa. Parecía sólo medio consciente y se le doblaban las piernas.

—¿Le habéis ahogado? —le preguntó Hugo a Desiderio.

—¿Ahogado? —chilló el arzobispo—. ¿Ahogado a quién?

Desiderio puso cara de consternación.

—Al lobo —dijo Hugo, escupiendo sangre entre los dientes rotos.

El arzobispo se levantó, moviéndose como un hombre mucho más joven. Intentó darle un golpe en la cabeza al rey y probablemente le hubiese partido el cráneo si el capitán de la guardia no lo hubiera rechazado con su escudo. El bastón estaba enfundado en plata y tenía la parte superior rellena de plomo.

De nuevo, el capitán recibió pocos agradecimientos. El obispo le lanzó un golpe de bastón y volvió a maldecirlo.

—¡Pagano, arderás en el infierno! —gritó—. Haré que sepas que mi iglesia es tierra consagrada. Te dije que si te pillaba ahogando a alguno más de tus enemigos en el sótano de mi iglesia, te excomulgaría... te negaría mis sacramentos. Te veré en el infierno. En el infierno... —el arzobispo se dirigió tambaleante hacia la iglesia.

Desiderio y los demás siguieron a Hugo, que era arrastrado por el vigilante.

—Me disculpo —le dijo Armine a Chiara—. No hay forma de que él pudiera... quiero decir, el hombre está en tales condiciones que... ¿Cómo? ¿Por qué?

Cuando la multitud llegó al sótano, quedó claro que nadie iba a ahogar a nadie durante algún tiempo. El vigilante echó un vistazo a la penumbra, en la que el tapón estaba fijado a la tubería que llenaba la celda. Habían cortado la cadena que lo conectaba a la palanca cerca de la parte superior del mango. Colgaba del tapón hacia la oscuridad.

El vigilante se persignó y le dijo al obispo:

—Cuando intentamos pescar el extremo de la cadena con una pértiga, alguien... algo... empezó a reírse.

El obispo gritó a la cisterna:

—¿Hay alguien ahí?

—Sí —respondió Maeniel—. ¿Podrías enviar algo de comida y bebida? Tengo hambre y sed.

—No —susurró Hugo.

—Demonios, demonios —murmuró el obispo.

—¿El vestido de Mona? —repitió Regeane.

—El vestido de Mona —dijo la mujer.

—¿Su nombre era Mona?

—¿Era? —preguntó la otra.

—Está muerta —respondió Regeane.

—¿Muerta? No puede estar muerta. Está prometida a mi hijo. —La mujer agarró a Regeane por los hombros. Regeane sintió cómo le clavaba las uñas—. ¿Muerta?

—Están todos muertos —dijo Regeane—. Los encontré en el río. Ella, la mujer mayor...

—Itta.

—Sí —continuó Regeane—. Itta estaba lavando la ropa. Creo que su hija...

—Mona.

Regeane asintió.

—Creo que su hija estaba con ella. Los cinco hombres que me siguieron por la calle...

—¿Cinco? Yo sólo vi a tres.

—Creo que los otros iban detrás —dijo Regeane—, pero el caso es que ellos cruzaron el río. Creo que querían a las dos mujeres, pero los hombres, quiero decir, el marido de Itta...

—¿Alberic?

—Sí —dijo Regeane—, y otro hombre y un niño...

—Avitus y Alan, su hermano y el hijo de su hermano.

—Sí —dijo Regeane—. Supongo que ayuda el darles nombre... En cualquier caso, cuando llegué allí ya estaban todos muertos.

—¡No! —gritó la mujer—. Estás mintiendo. Tienes que estarlo.

Regeane escuchó un crujido en el fondo de la habitación. Una escalera descendía desde el piso superior; tan pronto como tocó el suelo, un hombre joven la bajó corriendo.

—¿Todos muertos? ¿Mujer, qué estás diciendo? —gritó.

—Mi hijo —dijo la mujer mayor—. Mi hijo, Robert.

—Muertos —repitió Regeane—. Todos ellos.

El chico salió corriendo.

—No —gritó la mujer tras él, pero Robert cerró le cerró la puerta en las narices mientras le pedía que se quedara en casa.

»No, no, no —susurraba la mujer con tozudez.

—Creo —continuó Regeane— que querían a las mujeres. Los hombres las defendieron, pero no eran rivales para mercenarios bien armados, y...

—No puede ser. Ayer mismo estaba hablando con Itta en la fuente sobre el matrimonio. A mi hijo le preocupaba que vivieran en el vado, ya que parece que el rey franco, Carlos, pronto traerá la guerra a través de las montañas. Tiene algún tipo

de pelea con Desiderio.

—Sí —dijo Regeane.

Un pequeño rayo de luz entró a través de la raja de la ventana, creando una barra de oro en la tabla sobre la que reposaba el pan.

—Ya ha terminado su primera subida. Ahora hay que aplastarlo con los puños y llenar las sartenes. No puedo malgastar el fuego del horno.

—Déjame trenzar la masa —dijo Regeane. Siguió las instrucciones de la mujer, trenzando como Matrona le había enseñado. Eso es lo que eran los panes: largas trenzas llenas de aceitunas, huevos y aceite. Regeane podía ver algunas iguales colgando de alambres cerca de la parrilla del horno.

—Se conservan mucho tiempo —dijo la mujer— y son un buen pan para llevarse al trabajo. Los hombres se los llevan al campo. Yo los trenzo de forma que no haya peleas sobre quién se ha quedado con la barra más grande. Soy panadera; mi oficio es vender pan.

Y después, inesperadamente, fue tambaleándose hasta un taburete que había en un rincón y comenzó a llorar en su delantal.

—Oh, no. —Regeane se le acercó y la abrazó—. Me gustaría haberte podido traer mejores noticias. Lo siento mucho. Lo siento muchísimo.

Tras unos minutos, la mujer se secó los ojos, después se quitó el delantal y fue a coger uno limpio del montón que estaba encima de uno de los mostradores, junto a la puerta.

—Itta los lavó —dijo—. Yo hago el pan, ella hacía la colada —y comenzó a llorar de nuevo, susurrando una y otra vez—. No puedo parar. Es que no puedo parar. Era mi mejor amiga.

Siguiendo las instrucciones de la mujer, Regeane se puso el delantal y metió los moldes de pan y dos o tres cazuelas de estofado en el horno.

—Lo dejan aquí para usar el calor mientras yo horneo —explicó la mujer.

Regeane asintió, después cerró y atrancó la puerta del horno. Después de terminar y lavarse las manos en un cubo, la mujer habló.

—Eres una noble.

—¿Cómo lo sabes?

La mujer parecía enfadada.

—Ninguna campesina tiene manos como las tuyas.

Regeane estudió sus manos por un momento.

—Sí —dijo.

—¿Por qué estás aquí?

—Desiderio encerró a mi marido, el señor Maeniel.

—Entonces puede que tengas tus propias lamentaciones. Está en la botella.

—¿La botella? —repitió Regeane.

—La cisterna bajo la iglesia. Parece que los prisioneros se ahogan allí.

Regeane se levantó, se llevó la mano al pecho y cerró los ojos.

—No.

—Sí.

—¿Cómo?

La mujer le explicó el mecanismo de la botella.

—Se dice que la construyeron los romanos para asegurarse de que la ciudad tuviese un buen suministro de agua si era atacada, pero nadie beberá de ella ahora. Demasiadas personas que se opusieron a Desiderio han muerto allí. Hubo un tumulto en la plaza anoche y se dice que el señor Maeniel todavía vive. Pero ¿quién sabe hasta cuándo?

—Sí —susurró Regeane—. Tengo que sacarlo. ¿Oiría el rey un ruego de clemencia?

—La tormenta de las montañas que ruge sobre el valle sabe más de clemencia que ese hombre. No diré su nombre ni volveré a decirlo nunca porque, si lo que dices es cierto, él mató a mi amiga. Nunca vería nada malo que hiciesen sus soldados. Nunca. Los del pueblo nos hemos quejado en vano de sus estragos. Se supone que nos protegen las leyes. Insistimos en nuestras propias leyes cuando conquistamos esto y nos asentamos, pero él no las conoce.

Escupió en el suelo y restregó el escupitajo con el pie.

—Somos menos que esto para él. Mi bisabuelo subió al bisabuelo de Desiderio en su escudo. Luchamos por él. Le hicimos rey. Y él... él reniega de nosotros. Beningus, la voz de la ley, estará aquí esta noche. Tenemos una reunión de nuestra... sociedad funeraria. Veremos qué tiene que decir sobre esto. ¿Cómo te llamas?

—Regeane, hija del señor sajón Wolfstan.

—Sí, he oído hablar de ti. Nada malo; sólo cosas buenas. Yo soy Dorcas, panadera de Pavía. Sigo con el negocio que mi padre y mi marido llevaron antes que yo. No nos hemos encontrado en buenas circunstancias, pero me alegro de conocerte.

El huésped de Hugo visitó a Maeniel. Maeniel se había valido de su pelaje para protegerse del frío; la celda subterránea estaba helada.

—¿Qué quieres? —le preguntó sin más miramientos al huésped, una vez se hubo vuelto humano; no era cómodo—. Espero que no le hicieras daño a la chica.

—No —bramó el oso—. Es uno de los pocos humanos que me gustan bastante. Dime, ¿puedes verme?

—Sí, veo una especie de sombra de oso y, si me lo permites, voy a llamar al lobo. —Lo hizo y se sentó, con el rabo torcido respetuosamente alrededor de su cuerpo, escuchando lo que decía el oso.

—Déjame entrar, te lo pediré una vez más. Creo que todavía puedo salvarte, pero tienes que ofrecerme el uso de tu cuerpo.

El lobo se levantó y le dio la espalda al oso, se acurrucó en el suelo, dejó caer el rabo sobre la nariz para mantenerla caliente y se echó a dormir.

—Te quemarán —gritó el oso—. Incluso si consigo evitar que reparen la tubería, encontrarán alguna otra forma. Soy la única cosa que los mantiene alejados.

El lobo abrió los ojos y miró al oso a través de su largo rabo.

El oso salió hecho una furia, haciendo vibrar la reja de la celda, todas las tuberías y cualquier cosa suelta de la cámara superior.

El guarda, el vigilante Sextus, estaba arriba, sentado en los escalones del sótano. Estaba, como siempre, medio borracho, pero se espabiló de inmediato al oír el rugido de rabia del oso y se persignó. Su mano fue a por la jarra de vino, pero el oso la cogió primero, la levantó y la estrelló contra el muro al lado del cual se encontraba Sextus. Ante los ojos del vigilante, la jarra pareció levantarse en el aire por sí sola y explotar, poniéndole perdido de fragmentos de arcilla y vino.

El oso salió furioso de la iglesia, abriendo de golpe las puertas. Parecía y sonaba como una destructiva ráfaga de viento.

Sextus huyó a grito pelado.

Regeane ayudó a Dorcas a prepararse para la reunión. Iba a tener lugar en su tienda. Colocaron una mesa sobre caballetes y Dorcas y Regeane trajeron bancos del piso de arriba. La escalera estaba diseñada de tal forma que podía recogerse desde arriba y aislar la parte superior de la casa del sótano.

A Regeane los alojamientos de arriba le parecieron cómodos y atractivos. Las ventanas del fondo de la habitación daban a un patio con una fuente y un jardín con hierbas y vegetales o, al menos, con la tierra levantada y lista para plantar. Romero, tomillo, borraja, ajo y otros cultivos de invierno llenaban el jardín de hierbas.

Los muros laterales no tenían ventanas, ya que la casa los compartía con los edificios de ambos lados. El otro grupo de ventanas daba a la calle. Regeane se percató de que éstas tenían unas contraventanas más fuertes que las de las ventanas interiores. Este piso tenía bancos y una mesa bastante elegante con sillas plegables, e incluso unos cuantos libros en un estante de la pared.

Dorcas señaló a una escalera, una bastante empinada que subía por el muro.

—Los dormitorios están arriba. Si no te importa compartir mi cama esta noche, te ofrezco la hospitalidad de la casa.

—Gracias —dijo Regeane. De todos los muros colgaban tapices hechos por la propia Dorcas y en el rincón había un gran telar.

—Sabes, nunca aprendí cómo usar uno.

—¿Una noble como tú? —Dorcas parecía sorprendida.

—Son caros y mi tío y su hijo gastaron todo el dinero —dijo Regeane.

—Odio ver cómo una mujer inteligente se sacrifica por hombres sin valor.

—Creo que eso es lo que pasó con mi madre, pero luego le hizo caso a mi tío y...

—¿Y qué?

Regeane se encontró acorralada. Obviamente no quería contarle la historia de

cómo murió su padre.

—Repudió a su primer marido. ¡Una locura! Era rico y mi tío esperaba conseguir parte de su dinero. Supongo que tuvo éxito hasta cierto punto, pero nunca sirvió para nada.

—Esos planes no suelen servirlo —dijo Dorcas—. Es mejor ganarse el dinero. Lo sé. He trabajado toda mi vida. —Entonces, comenzó a llorar de nuevo.

Regeane intentó ofrecer algún consuelo, pero Dorcas se apartó.

—Mucho bien me ha hecho todo ese trabajo. Tengo algo ahorrado y pensaba ofrecerle el dinero a Itta. Podría haber comprado una casa en la ciudad y establecerse como lavandera. Lo hacía bien. Podría haberme devuelto el dinero. Oh, ¿por qué? Oh, ¿por qué lo retrasé? Mi propia avaricia egoísta causó la muerte de mi mejor amiga.

Regeane no pudo evitar llorar por simpatía y abrazar a Dorcas.

—Di mejor que estabas asustada y fuiste cauta. El mundo es un lugar cruel. No te culpes. ¿Cómo ibas a saber que pasaría algo tan horrible? Hiciste cuanto pudiste. Estoy segura de que ella necesitaba el trabajo que tú le proporcionabas.

Nada de esto pareció ayudar mucho a Dorcas. Regeane pensó en la gente a la que amaba, sus amigas Lucila, Bárbara, Matrona. ¿Cómo se sentiría si alguna de ellas cayese de una forma tan brutal y absurda? Ella tampoco sabía si sería capaz de soportarlo.

Entonces vio a Robert avanzar por la calle. Estaba montado en una mula. Ella y Dorcas salieron a su encuentro.

Chiara fue andando hasta el jardín de palacio. Era, en esos momentos, cerca del final del invierno, un lugar bastante inhóspito, pero algunas flores tempranas que no podía reconocer empezaban a asomar sus cabezas entre la tierra. Una buena mata de flores, alguna clase de lilas montañas blancas y moradas, asomaba al pie de los árboles. Las flores de los membrillos y los manzanos se hinchaban, preparándose para abrirse. Las largas candelillas de los robles, fresnos y sauces decoraban sus ramas con verdes cadenas de flores polinizadas por el viento antes de que las hojas nuevas estuviesen listas para hacer acto de presencia. El aire de las montañas que resplandecían casi como un espejismo en la distancia, levantando sus picos blancos y azules contra un cálido cielo azul, era fresco y llevaba una pizca de humedad del río, un olor a cosas en crecimiento que se abrían paso desde el recién cubierto suelo del invierno.

—Es precioso —susurró mientras cerraba los ojos y dejaba que el sol le calentase la cara.

—Sí —respondió el huésped de Hugo.

Ella resopló.

—Tú.

—Sí, de nuevo.

—¿Le hiciste esas cosas tan horribles a Hugo? —preguntó severamente.

El huésped de Hugo se rió entre dientes.

—No tiene gracia.

—Sí, sí la tiene. Hugo es un pedazo de mierda. No malgastes tu simpatía con él. Demonios, si no le hubiera parado, el muy hijo de puta te habría violado en tu propio jardín.

Llevaba razón. Puede que Hugo no hubiese sido capaz de consumir el asalto sexual —Chiara hubiese luchado y chillado—, pero lo habría intentado y podría haberla herido en el proceso. Chiara se mordió el labio.

—Tienes razón —dijo finalmente— pero ¿qué pasó?

El oso gruñó.

—Deja de hacer eso —dijo Chiara—. Y ahora, ¿qué pasó? ¿Es que no ves que no me considero alguien especial? Me preocupa. ¿Qué me harías si te enfadaras?

—Nada y lo sabes. No podría haber estado más furioso que lo que estuve anoche. Chiara se rió.

—Para ya. No me gusta que se rían de mí. Es demasiado denigrante.

—Me hiciste cosquillas.

El oso volvió a dar vueltas.

—Chiara, las criaturas como vosotros sacáis la energía para vivir de lo que coméis. Las plantas, de alguna forma, la obtienen del sol. Si pasan mucho tiempo en la oscuridad, como una vez le ocurrió a la tierra, mueren.

—¿Adónde se fue el sol? —preguntó Chiara, levemente horrorizada.

—Deja de preguntarme una cosa cuando intento explicarte otra. —El oso, el huésped de Hugo, estaba irascible.

Chiara se dispuso a atender, toda oídos.

—Por favor, continúa. —Sonaba tan calmada y adulta que el oso se sintió tanto apaciguado como divertido. No podía sonreír, pero una suave onda de risa le recorrió el cuerpo y Chiara vio el resplandor.

—Muy bien —continuó él—. Yo... yo absorbo energía. Concretamente —añadió, ya que ella todavía parecía un poco horrorizada— la absorbo de mi relación con los seres que sienten. Sin ellos, moriría.

—¿Morirías?

—No estoy seguro, Chiara, de que la muerte sea la palabra adecuada para mí. Quizá simplemente me quede en estado latente y después me despierte... en ciertas circunstancias.

—¿Misterioso?

—Eres tan joven, Chiara. Toda la vida es un misterio. Nacida del aire venenoso creado por un choque de relámpagos, viento y lluvia sobre un mar embravecido.

—¿Lo hizo Dios? —preguntó Chiara sin aliento.

—No puedo decirlo porque no lo sé. Si Dios... Las herramientas que usó para crear el universo están más allá de la comprensión humana. Es mucho más

complicado de lo que a esos sacerdotes obtusos les gustaría que creyeras.

—No entiendo...

—No, y nunca lo harás. Yo tampoco, y soy un milenio entero más viejo que tú.

—Un milenio son mil años —dijo Chiara.

—Sí.

Chiara dirigió la vista más allá del río, hacia las montañas.

—Mil años —susurró para sí—. ¿Mil años? No es de extrañar que consideres a Hugo un imbécil. ¿Qué deberás de pensar de mí?

—Seguiría pensando que Hugo es un imbécil aunque viviera un milenio de milenios. ¿Tú? No... sólo muy, muy joven. Y te envidio a ti y a los de tu clase por vuestro compromiso con la tierra, con lo que para mí es una realidad alternativa, incluso aunque signifique que debáis morir.

—Sí, supongo que es cierto, pero en un día como éste la muerte parece algo muy lejano.

—¿Es muy bello? —preguntó él casi con melancolía.

—¿No puedes verlo?

—Lo percibo, pero no es lo mismo. Déjame... ¿Chiara? —preguntó—. Por favor, déjame mirarlo a través de tus ojos por un instante.

Chiara se apartó del débil movimiento que sintió en el aire cercano.

—No —parecía alarmada—. ¿Es así cómo conseguiste el terrible poder que ejerces sobre Hugo? ¿Le engañaste para...?

Eso es todo lo que pudo decir, porque una tremenda ráfaga de viento salió de ninguna parte, le desprendió el pasador con el que se solía recoger el pelo y le levantó las faldas cuando se dio la vuelta para protegerse de la corriente. Y después se fue tan rápido como había llegado, dejándola despeinada, asustada y completamente sola.

Regeane bajó las escaleras con Dorcas para dejar entrar a Robert. Él se tambaleó hasta caer en brazos de su madre. Tenía el rostro grisáceo y parecía desolado. Dorcas lo abrazó.

—Oh, hijo mío.

Él tragó saliva y Regeane vio como su pecho subía y bajaba intentando normalizar la respiración.

—Madre, dame un momento. Casi no puedo hablar de lo que he visto, pero déjame decirte una cosa —señaló a Regeane—. Ella dijo la verdad, están todos muertos. Tengo otra pregunta que hacerte —miró a Regeane fijamente—. ¿Tuviste algo que ver con sus muertes?

—No —negó Regeane categóricamente.

—¿Viajabas sola?

—Sí. Vine siguiendo el río con la esperanza de rescatar a mi marido, el señor Maeniel.

—La ropa...

—Necesitaba un disfraz.

—Elegiste uno muy poco inteligente.

Regeane asintió.

—Puedo verlo ahora —apretó y aflojó los puños.

—La gente de por aquí conoce a tu marido. Tiene el nombre de una bruja y se dice que sus seguidores no son hombres normales, sino que pertenecen a los cazadores salvajes que cabalgan sobre las nubes cuando las tormentas llegan desde las montañas, azotando la tierra con viento y frío cortantes. Y por las noches, cuando el calor del verano arranca refrescantes truenos a las nubes y cortinas de relámpagos brillantes como el día bailan sobre el trigo y el arroz acunados en los brazos de los grandes ríos, tú y tu señor cabalgáis con el primero de todos los cazadores, entre las altas cumbres nubosas, sobre corceles nacidos de cabezas de trueno, y os regocijáis con las caricias de la lluvia de medianoche.

—Sí —respondió Regeane—. Supongo que en cierto modo es así, pero recuerda que el campo produce los frutos de la tormenta que abraza la tierra con su lluvia. Una cosa puede ser terrible en su majestad, pero no por ello malvada. Ni mi esposo ni yo le haríamos daño a gente inocente ni causaríamos voluntariamente su infortunio. Encontré lo que tú viste y me lamento con vosotros de la locura y la crueldad de tales acciones.

—Es cierto —dijo él—. Ninguna mujer hizo ni podría hacer lo que les hicieron a Mona y a Itta, y además las asesinaron con armas de acero.

Tras decir estas palabras, comenzó a llorar. Dorcas intentó consolarle, pero la pena pudo con ella y, durante unos momentos, se lamentaron juntos.

Al cabo de un rato, Robert recuperó la compostura y habló en voz baja a Regeane y a su madre.

—Cuando cabalgué hasta el río me llevé conmigo a otros dos, Gannon y Sheiel. Encontramos los cuerpos. Alguien los había tapado y había intentado colocar sus miembros en una postura decente.

Regeane asintió.

—Sí, vimos tus pisadas. Tras hacer todo lo que estuvo en nuestras manos, los lavamos en el río y limpiamos las marcas de vileza y asesinato. Después los envolvimos en algunas telas de lino que Itta tenía en la casa. Hablamos entre nosotros y llegamos a la conclusión de que sería mejor no llevarlos en público a la ciudad, por miedo a que los hombres que cometieron el brutal crimen escapasen. Así que los cuerpos están amortajados en su vivienda. Gannon mandó llamar a su esposa, y ella y algunas de las otras mujeres se quedaron con Sheiel en el río. Después Gannon y yo hablamos con Johns. Es el dueño de la taberna donde los soldados se alojan. Él y el resto de los hombres concluyeron que esos cinco son casi con total seguridad los culpables. Dejaron la taberna a primera hora de la mañana. Cuando Johns les preguntó hacia dónde se dirigían, le dijeron, entre muchas risas, que se iban de caza.

Creemos que planeaban hacer lo que se les antojara con las dos mujeres mientras hacían la colada, ya que su costumbre es lavar con la fresca de la mañana y secar las ropas al sol cuando está alto. Madre, encontramos una docena de nuestros delantales en un montón junto a Itta. Parece que la cogieron a ella y a Mona primero, pero Mona luchó; de hecho, uno de ellos tiene arañazos en la cara y otro está herido. Creemos que Mona le hizo los arañazos. Tenía sangre bajo las uñas. Llegó hasta su padre, Alberic. Él y su hermano lucharon. Pensamos que hirieron a uno de los atacantes, pero fueron tomados por sorpresa y no tenían armas. Los tres cayeron. Entonces, ellos... ellos, esos perros humanos, sacaron a Mona a rastras. —Robert se quedó en silencio unos instantes—. Llevaba puesto mi anillo. Le cortaron el dedo para quitárselo. Por eso sé, por eso estoy seguro de que fueron ellos. Johns dijo que cuando volvieron de la «caza» le pagaron el alojamiento para otra noche. Cuando uno de ellos rebuscaba en su bolsa para sacar el dinero, Johns vio el anillo. En ese momento no le dio importancia, pensando que sólo era uno parecido pero, cuando le contamos lo que habíamos encontrado, él nos dijo lo que había visto.

Regeane suspiró.

—Su dedo. Pero antes yo no me di cuenta, había demasiada sangre.

—Madre, les quiero muertos —continuó casi con calma—. Los quiero a todos muertos. No me importa si el rey los cuelga o si les corta el cuello él mismo, pero los quiero muertos. Y los veré de camino al infierno antes de que pase otro día. La ley está de nuestra parte. La ley lombarda nos da derechos. Demandaremos justicia de Desiderio. Sus hombres no insultarán a nuestra gente con impunidad.

—Hasta ahora —dijo Dorcas—, no ha mostrado intención alguna de escuchar a su gente. Mona no es la primera, hijo mío. Lillas fue abordada cuando se dirigía a la fuente hace unas semanas. Acababa de casarse. Por supuesto, no contará lo que le ha pasado. Dios sabe que yo tampoco lo haría. No traerá la desgracia a su familia ni a la de su marido, pero perdió el niño que llevaba. Cuando su padre y su suegro se enfrentaron al rey, él se rió en su cara y dos días después mataron a su marido en la calle, casi a la puerta de su casa. Y nadie se atreve a denunciar a los culpables, aunque al menos una docena de personas vieron quiénes eran. Ahora Lillas se sienta en su casa y guarda luto por su marido y su bebé. Hijo mío, yo no me sentaré en mi casa para guardar luto por el último y mejor de mis niños, tú.

—Madre, no podría considerarme un hombre —dijo Robert con suavidad— si sufriera esto sin buscar venganza.

—Déjame ayudar —dijo Regeane en voz baja.

—¿Cómo podrías servirnos tú de ayuda? —preguntó Robert—. Eres una mujer pequeña y sin armas.

—Tengo armas que no puedes ver, tanto yo como mi esposo. Déjame estar allí cuando cuestiones al rey.

—Tendremos que dejar descansar el asunto esta noche —dijo Robert—, pero no veo que suponga ningún problema. Mandamos llamar a Beningus. Oirá el caso y nos

contará lo que dice la ley.

Alguien llamó a la puerta y Dorcas se apresuró para ver quién era y admitirle. Regeane continuó preparando la mesa, cubriéndola con una tela tupida y colocando cucharas para los potajes que darían comienzo a la comida, mientras que Robert ayudaba a Dorcas con los bancos. La habitación comenzó a llenarse de gente que hablaba en voz baja con Robert y con Dorcas y después les abrazaban.

Todos se sentaron juntos a comer. Regeane y Dorcas trajeron pan y los cuatro potajes a la mesa. Habas cocinadas con cerdo salado; pollo, una gallina guisada con azafrán y verduras tempranas; codo de cerdo con clavo, manzanas y vino; y lentejas cocinadas con jamón y espesadas con huevo.

Beningus llegó y se sentó a un extremo de la mesa. Robert se sentó al otro. No tenía mucho apetito y, conforme más gente iba entrando en la habitación, movilizó más bancos y les sirvió al estilo bufé de las ollas que había en la mesa.

Se hizo de noche en el exterior y velas, antorchas y velas de junco aparecieron entre los congregados en la tienda. Robert había puesto varias antorchas en los muros. Estaban encendidas e iluminaban la habitación por completo. Cuando todos terminaron de comer, quitaron las mesas y dispusieron más bancos y sillas de las viviendas cercanas. Ahora las necesitaban. Regeane estaba segura de que debía haber más de cien personas abarrotando la habitación. La mayoría eran hombres, pero también había unas cuantas mujeres entre ellos.

—Viudas —dijo Dorcas—. Como yo, son las cabezas de familia. Muchas, de nuevo como yo misma, no se vuelven a casar. Temen poner en peligro el futuro de sus hijos. Un segundo marido podría acabar con la fortuna acumulada por el primero.

Después Dorcas se asomó a la estrecha ventana.

—Está oscuro —dijo.

Robert se unió a ella.

—Está oscuro y no hay luna. Tráeles ahora —le dijo Dorcas a Robert.

Él asintió y se fue. Varios hombres le acompañaron. Trajeron a los muertos. Estaban envueltos en tela, amortajados por completo pero con las caras al descubierto, mostrando esa última calma sobrenatural que hasta los que mueren violentamente asesinados muestran cuando comienza su viaje hacia el polvo.

Dorcas lloró sobre Itta y los hombres. Otros entre la multitud se unieron a sus lamentos, pero Robert permaneció en silencio. Permanecía mudo ante la amortajada silueta de Mona. De vez en cuando suspiraba y una vez llegó a tocarle la mejilla con el dorso de su callosa mano.

Regeane asistía en silencio a la tristeza general que la rodeaba. Tras largo rato, Robert alzó la cabeza. Sus ojos se encontraron con los de ella y le hizo señas para que se acercara. Las antorchas empezaban ya a apagarse para convertirse en bultos grises y humeantes. Las luces de cera se derritieron y la única iluminación del cuarto eran las velas que ardían a la cabeza y a los pies de cada uno de los cinco cadáveres. Descansaban juntos sobre una valla apoyada sobre los mismos soportes que habían

sostenido la mesa de la cena.

—Cuéntanos lo que ocurrió —le preguntó Robert— y dinos, si puedes quién es el culpable. —Después, descubrió la mano de Mona. Regeane vio el dedo que faltaba. Él puso la mano de Mona entre las de Regeane.

Sin dudarlo un segundo, ella tomó los dedos rígidos y fríos entre sus dos manos. Notó como se hacía el silencio en la habitación. Intentó encontrarse con los ojos de Robert, pero él evitó su mirada.

—¿Qué esperabais que hiciera? ¿Sangrar? —preguntó Regeane. Hablaba de la creencia según la cual cuando un asesino toca el cadáver de su víctima, el cuerpo comienza a sangrar, incluso aunque la persona lleve varias horas muerta.

El muñón del dedo cortado permaneció en carne viva. No apareció ni una gota de sangre en los dedos de Regeane.

—Tenía que saberlo —dijo él.

Regeane volvió a dejar la mano de Mona sobre su pecho y dio un paso atrás. No miró ni a Robert ni a la muchedumbre reunida en la habitación, sólo al inmóvil rostro de Mona.

—Los cinco soldados que se alojan en la taberna junto a las puertas romanas, cerca del río, son los culpables. Y ninguno de ellos es más culpable que los demás. Lo planearon juntos. Todos tomaron parte en la violación, en los asesinatos. Llegaron por el camino desde la ciudad muy temprano, para no ser vistos, y esperaron a orillas del río hasta que amaneció. Si miráis, veréis un claro en el lugar donde dejaron sus caballos. Justo al alba, Itta bajó, acompañada de Mona, para lavar un gran montón de ropa en el bajío. Los hombres se quedaron en la casa, todos menos uno que se unió a una partida de quemadores de carbón y fue a cortar leña.

—¿Cómo puedes saber eso? —preguntó Robert.

Regeane estrujó entre los puños la tela de su falda y dijo enérgicamente:

—Lo sé.

—El hermano de Avitus es un quemador de carbón —dijo Dorcas—. Robert, déjala hablar. No está obligada a contarnos cómo lo sabe. Sigue, Regeane.

—Itta luchó. Tenía un cuchillo. Hirió a uno de los soldados y arañó con fuerza a otro con las uñas. La chica corrió en busca de ayuda. Su padre, su hermano y su sobrino estaban cerca del bote, encendiendo una hoguera. No tenían ninguna posibilidad. Los soldados se les echaron encima antes de poder coger armas como las que ellos llevaban. Las pocas que tenían no fueron muy eficaces. Los asesinaron fácilmente, incluso al niño. Sacaron a Mona a rastras y la llevaron al río. —Regeane se detuvo. Sabía lo que había ocurrido allí, pero no quería decirlo. No al hombre que había amado a la chica, muerta de forma tan horrible.

—El resto ya estaban muertos —dijo Robert—. Así que nadie acudió en su ayuda.

—No. —Se quedó callada.

—Ojalá hubiese estado allí —dijo Robert.

—Entonces te hubieran matado a ti también —respondió Regeane. Hablaba con

dureza—. La muerte se cierne sobre esos canallas igual que la niebla sobre el agua.

—Sí —dijo Robert, cogiendo la mano de Mona—. Lo sé. —Después, también él se quedó en silencio.

Regeane permaneció junto a él con la cabeza gacha. Cuando la levantó, el brillo de la vela se reflejó en sus ojos. Los destellos eran como lunas gemelas en la oscura habitación.

—Me estaban siguiendo —dijo—. No debiste haberme parado. No iban a cogerme sola. Yo les iba a coger a ellos. —Levantó la mano entre las sombras; sus largas uñas parecían garras.

La multitud jadeó, pero Robert dio un par de zancadas hasta el muro y encendió una nueva antorcha con una usada, de forma que la luz llenó el cuarto.

—Beningus, haz hablar a la ley.

Un hombre alto y bastante delgado dio un paso adelante entre la gente y se situó de cara a la improvisada asamblea.

—Yo soy —dijo— vuestro elegido. Hace largo tiempo, cuando las palabras sobre el papel sólo eran maravillas extrañas para nosotros, los hombres y mujeres de nuestra familia dejaron las leyes a cargo de la memoria. Y cuando manteníamos nuestras asambleas, los que tenían disputas de la suficiente importancia como para requerir la atención de nuestros mejores hombres podían llamarnos para que les ofreciéramos la solución más justa según la ley. Junto nuestros líderes y ante ellos hablábamos sobre cómo se resolvían los desacuerdos y las peleas en el pasado y cómo nos parecía que debían resolverse ahora que podíamos estar en paz entre nosotros. A este fin, nunca aprendí a leer ni a escribir. Porque ahora los reyes se sirven de libros mohosos llenos de símbolos que sólo unos pocos comprenden e interpretan la ley en su propio beneficio. Pero yo y los de mi clase somos los depositarios de lo que ha sido y de lo que debería ser, y tenemos prohibido tergiversar las enseñanzas recibidas para nuestro provecho. No podemos aceptar pago por nuestros servicios. Nuestro comercio, ya que somos mercaderes de ganado y curtidores, nos sustenta. Más que sustentarnos, en realidad. El año pasado me fue muy bien.

Una ola de suaves risas recorrió la habitación.

Robert suspiró y susurró a Regeane:

—La honestidad de la familia de Beningus es proverbial.

—Dinos qué debemos hacer, Beningus —dijo Dorcas.

—He pensado sobre ello —contestó—. Las leyes de asalto y ultraje son aplicables al caso.

—Hubo deseo presente —habló uno de los hombres congregados.

—Sí, pero las leyes sobre el deseo se aplican al matrimonio y a la propiedad, no al asesinato, y esto ha sido asesinato. Las leyes protegen a las mujeres de la violación y a los hombres del asesinato secreto. Las mujeres fueron tanto ultrajadas como asesinadas. Los hombres fueron asesinados secreta y silenciosamente. La ley de

asalto se aplica porque estos hombres son extranjeros y no pertenecen a nuestra gente. Pero la ley exige que el rey o los jefes de un lugar protejan a su gente de los robos y atentados físicos. Así que, sean o no sus soldados, no puede evitar que respondan ante los cargos de los que se les acusa. Y si se probase su culpabilidad, bien, entonces tendrá que colgarlos. Un rey que no hace justicia no está preparado para ser rey. Un rey que no puede mantener la paz no es un rey en absoluto.

La habitación se quedó completamente inmóvil. El silencio fue largo y clamoroso. Regeane sabía que algo decisivo estaba teniendo lugar. Sabía que había presenciado el nacimiento de un cambio que algún día sacudiría al mundo.

No era más que una humilde reunión de almas compasivas que se congregaban para lamentar la pérdida de un puñado de hombres y mujeres sin importancia que había encontrado la muerte de manera fortuita. No se podía imaginar cómo este suceso tan ínfimo iba a cambiar toda la historia subsiguiente o incluso conseguir que el muy poderoso Desiderio se revolviere incómodo en su trono, pero lo haría. Lo sabía porque Remingus y sus hombres estaban entre la gente que llenaba la habitación.

Los podía ver por todas partes, algunos como sombras superpuestas a las caras y cuerpos de hombres y mujeres vivos; otros llevaban con ellos la oscuridad absoluta de la tumba, abriendo nichos en las sombras mientras los vivos evitaban instintivamente sus dominios. Todos llevaban la clara marca del horror de su muerte y la entrada en la eternidad, desde Remingus, que había languidecido en una cruz cartaginense, hasta los demás, que mostraban las heridas que habían acabado con su existencia.

Honor, pensó Regeane. El honor y el sino. Entregaron su momento en aras del honor y la destrucción bajo el ojo del sol, para que su propio mundo pudiera sobrevivir. Sabían que la vida misma no es una declaración de pérdidas y ganancias y que no puede ser calculada como tal. Todos somos más y menos que la carne que vestimos desde el nacimiento hasta la muerte, pero nunca estamos seguros de por qué o cuánto.

Chiara se despertó cuando sintió la presencia del huésped de Hugo en la habitación. Estaba secretamente aliviada, más que otra cosa. Se había preocupado por él, ya que la última vez que se vieron él se marchó enfadado. Temía que él no volviera a hablarle y se dio cuenta —para su gran sorpresa— de que le echaría de menos. Comparados con el espíritu errante, la mayoría de los humanos a los que se le permitía frecuentar eran mortalmente aburridos. Como la mayoría de las chicas de su edad, estaba prácticamente encarcelada; la conservación de lo que su familia consideraba su inocencia se convirtió en algo de primordial importancia conforme se acercaba a la edad de merecer. Así que en los últimos años había visto como sus contactos con otros seres humanos eran bruscamente restringidos.

La aventura nocturna asustó a su padre, aunque saliera de ella con su reputación ilesa. Un milagro, teniendo en cuenta las circunstancias, pero la experiencia convenció a Armine de que su hija necesitaba protección contra los peligros y tentaciones del mundo. A este fin, Chiara fue trasladada a una habitación interior con vistas a un plácido jardín.

Su nueva doncella, una vieja adusta y sombría reclutada en una comunidad de anacoretas dedicadas al servicio de la santa iglesia de Dios, dormía en la cámara exterior. Como el edificio tenía cuatro pisos de altura y la única entrada al dormitorio de Chiara era a través de la cámara donde Bibo —el nombre de la antigua monja de clausura— dormía, estaba claro que no iría a ninguna parte sin permiso y supervisión paternas.

—Muy bonito. Me metes en todo tipo de problemas con mi padre, por no mencionar al obispo y al rey, y después no sólo no te disculpas, sino que ni siquiera te pasas por aquí para hablar conmigo. Menudo amigo que eres.

—Tu padre es un dulce inocente que lo sabe todo sobre las telas, su fabricación y las dificultades de transportar grandes paquetes de ese material de un lugar a otro, por no mencionar la forma de conseguir el mejor precio para sus artículos cuando llegan a su destino. Pero es un primo total a merced de cualquier alma agradable que pretenda venderle un puente sobre el Tíber cerca de Roma.

Chiara lo pensó unos segundos.

—Y ése sería el papa.

—Exacto.

—Oh.

—Sí. Ahora levántate. Esa bruja de ahí al lado está despierta, de rodillas, intentando redimirse por unos pecados de los que hasta el mismo Dios habrá perdido memoria. Puede escuchar una parte de esta conversación, pero no la otra. Si te oye hablar en una habitación vacía en el mejor de los casos te tomará por loca y, en el peor, por poseída; seguramente le dará informes regulares a tu padre y él se creará su versión de los hechos antes que la tuya.

—No estoy vestida —objetó Chiara.

—Llevas ropa interior, una camisa de lino y un camisón de lana. Ni una monja podría igualar tu modestia. Sal al balcón ahora mismo.

—Eres un déspota —dijo ella, pero obedeció.

—Y tú tienes un humor de perros —le dijo el espíritu—. Pero vas a escuchar lo que tengo que decirte.

Chiara abrió las contraventanas, teniendo cuidado de no hacer ruido. La noche estaba clara. En el aire se notaba un frío invernal cortante y el cielo estaba abarrotado de lo que parecían millones de estrellas. Pero no hacía viento y el camisón y los calcetines de lana de Chiara eran cálidos. Estaba a punto de exclamar «Qué bello», pero recordó el origen de su última discusión con el espíritu y no quería otra, al menos no tan pronto.

Pero él respondió a su pensamiento de todas formas.

—Sí, lo es.

Chiara confiaba en poder asentir y así lo hizo. El espíritu continuó.

—No he venido aquí esta noche para discutir las maravillas de la creación, sino a traerte un mensaje mucho más importante. A tu padre y al rey se les avecinan un montón de problemas.

—¿Qué está pasando?

—Lo primero y menos importante en estos momentos es que Carlos, el rey franco, avanza a través de los Alpes. Honestamente, debo decir que admiro la perspicacia del lobo al elegir seguir a ese soberano en particular, ya que muestra un grado inusualmente alto de habilidad e inteligencia para un humano y, sobre todo, para uno de noble cuna. La mayor parte de los humanos pertenecientes a esa subespecie en concreto tienen aproximadamente la misma capacidad intelectual de las liendres; este Carlos parece ser un individuo altamente competente. Lo que, por cierto, le augura malos tiempos al cobarde y taimado rey lombardo.

—¿Eh? —dijo Chiara.

—Carlos es listo y valiente. Desiderio es estúpido, cobarde e inepto. ¿Qué crees que pasará?

—Oh —dijo Chiara—, pero del dicho al hecho hay mucho trecho.

—Cierto —respondió el ser mordazmente—. Pero más importante es el hecho de que la gente de Pavía y los terrenos circundantes está harta de las fechorías de las fuerzas de mercenarios que tu torpe rey ha contratado para defender sus dominios. No confía en su gente ni en su nobleza y con razón. Nunca ha hecho nada para ganarse la lealtad de ninguno de ellos. En vez de eso, ha convertido en política de estado la maquinación, las puñaladas por la espalda y el asesinato, y esta política está a punto de dar unos frutos de lo más desagradables. Por decirlo muy brevemente, sus pollos vendrán mañana al corral y se dará cuenta de que son unas aves muy feas. Y debes avisar a tu padre de que la plaza no será un lugar seguro. No vayas allí sin protección, no importa lo que pase. No te muevas de esta habitación. No puedo enfatizar esto lo suficiente. Coge una migraña, una enfermedad horrorosa, cae presa de convulsiones, pero quédate en casa.

—Ya tenía planeado levantarme con unos retortijones terribles. Van a quemar mañana al que tú llamas el lobo.

—El obispo y el rey van a convocar una asamblea para juzgar a Maeniel por brujería —dijo el espíritu—. Pero convocar una asamblea es una equivocación.

—¿Por qué?

—Porque en una asamblea la gente tiene derecho a presentar otros asuntos y, no te quepa duda, aprovecharán este error del traicionero monarca para hacerlo. Por lo que respecta a quemar al lobo... Bueno, su esposa está aquí. En otras circunstancias podría haber sido lapidada por bruja, pero dado el feo humor de la ciudadanía en estos momentos veo que, contra todo pronóstico, la están escuchando. Es una perra

con un pronto peligroso y sus planes no incluyen que su marido sea quemado vivo.

—Bien por ella —susurró Chiara agresivamente.

—Vaya con las mujeres, cómo os apoyáis.

—¡Ja! Ya me gustaría. Mira a esa idiota de Bibó. Ahora no puedo hacer nada sin que se dé cuenta. Estoy completamente arrinconada por esa vieja bruja y mi padre.

—Vas a ir a la plaza diga lo que diga, ¿verdad?

—Sí —respondió Chiara, dando una patada en el suelo—. No me perdería esto por nada del mundo.

El espíritu dejó escapar un siseo de furia que al final se convirtió en un suspiro de indignación.

—Vas a hacer que nos maten a todos —le espetó el espíritu.

—¿A todos? Nadie puede hacerte nada... ya estás muerto.

—Sí, sí, sí pueden —confesó el espíritu—. Si gasto todas mis energías en un acto de violencia, puede destruirme. Por eso no aplasté a ese piojo repulsivo de Hugo como si fuera un vaso de cristal.

—¿Entonces cómo se hizo todos esos moratones?

—Es un borracho empedernido. Se emborrachó para evitar que le obligase a ayudar al lobo. Salió al vestíbulo con la intención, creo, de entrar en tu habitación por la fuerza. Le empujé por las escaleras.

—No me puedo creer que se hiciera tanto daño aunque cayese por las escaleras.

—No se lo hizo. El pequeño montón de caca de perro pareció no sentirlo, así que cuando llegó de nuevo a rastras hasta el primer escalón de arriba le volví a empujar.

—Eres terrible.

—No tan terrible como lo que él tenía en mente para ti, querida. Lo sé. Murmuraba sobre ello mientras volvía a subir las escaleras. Eres muy inocente y hay crueldades que ni siquiera sabes que existen. Crueldades que un hombre como Hugo cometería sin pensárselo dos veces.

—Oh —susurró Chiara.

Al espíritu le agradó que ella pareciese más sumisa.

—Ya veo...

—No, no, no lo haces. Y no me gustaría que lo hicieses. Ahora, ¿te quedarás en casa? ¿Como una mujer sensata?

—No —dijo Chiara firmemente—. ¿Es que no ves que necesito saber lo que pasa? Tengo al menos que intentar proteger a mi padre porque, incluso si yo me escondo, él irá. Especialmente si el rey convoca una asamblea. Creerá que es su deber estar allí y yo no le dejaré ir solo.

—Maldición —rugió el huésped de Hugo.

Justo en ese momento se abrió la puerta que daba a la cámara de Bibó.

—Mi señora, mi señora —gritó la vieja—. El peligro... El aire de la noche lleva el miasmático olor de la tumba... la muerte monta sobre el viento nocturno —cogió a Chiara por el cuello del camisón y por un brazo e intentó arrastrarla de vuelta a la

habitación.

—Para —Chiara levantó los brazos, tratando de apartarla y aflojar las manos de la mujer sobre el cuello de la ropa—. Para ahora mismo. Me estás ahogando —gritó Chiara desesperada—. Sólo quería un poco de aire.

—Un amante —chilló la vieja—. Eso es, tienes un amante... un amante que te visita. Está en el jardín —torció el estrecho cuello del camisón aún más sobre la garganta de Chiara.

Chiara jadeó y trató de respirar. El vestido la estaba estrangulando de verdad. Un puño se estrechó contra la cara de Bibo, dándole en la zona del ojo derecho. Con un chillido ensordecedor, cayó de espaldas. Casi en el mismo instante, Armine entró por la puerta exterior acompañado por dos miembros de la guardia del rey, ambos armados de la cabeza a los pies.

—Me ha golpeado. Su amante me ha golpeado —gritó Bibo.

—Cogedlo vivo —rugió Armine—. Si su honor se ha visto comprometido, tendrá que casarse con ella. Si no, ¡tendré su cabeza en una pica! En una pica, os digo, en una pica.

—Dios mío —susurró Chiara y saltó hacia atrás.

El primero de los guardias reales alcanzó el balcón y no pudo frenar su impulso a tiempo para evitar estrellarse contra la baranda. Después dejó escapar un chillido realmente inhumano cuando Armine, que le seguía de cerca, se dio de bruces contra su espalda y casi —casi, pero no del todo— lo tira por la barandilla; se libró de una caída de aproximadamente cincuenta pies romanos hasta un patio de losetas que estaba en el centro del jardín de abajo.

Bibo gimió de nuevo, esta vez con menos entusiasmo.

—Su amante...

Armine y los dos guardias ya no estaban en peligro de caer, pero ya que todos tenían las espadas desenvainadas, había una posibilidad real de que se infligiesen serias heridas los unos a los otros por accidente. Chiara estaba de pie en una alcoba protegida a un lado por la cama y al otro por una cómoda de sólido roble elaboradamente tallada.

—Su amante... —gimió Bibo.

—En nombre de Dios, ¿no tenéis ni un ápice de sentido común? —gritó Chiara—. ¿Qué es esto? ¿Sois todos unos locos con cerebro de gusano? ¿Cómo iba a recibir a un amante? Estamos a cuatro pisos de altura. El hombre tendría que tener alas.

—Aquí —dijo Armine pasmado— no hay nadie. ¿Cómo es posible?

—Su amante —lloriqueó Bibo.

Uno de los guardias se agachó y puso de pie a Bibo, para después retroceder bruscamente cuando olió su aliento.

—Puaj, apesta a taberna.

Armine se acercó y olisqueó.

—Borracha, por todos los cielos —se volvió a Chiara y meneó un dedo—. Esto es

todo cosa tuya, jovencita. Si no fuera por estas peregrinaciones nocturnas tuyas, podríamos...

Los puños de Chiara se cerraron y una expresión indignada empezó a extenderse por su rostro, pero justo entonces tres cosas ocurrieron al mismo tiempo.

Armine recibió una patada en los pies que lo dejó sentado en el suelo como a Bibo le había pasado antes. Las puertas del balcón se cerraron de golpe, dejando la habitación repentinamente en una oscuridad absoluta. Y...

Chiara recibió un inesperado y profundo beso.

Cuando uno de los guardias consiguió salir trastabillando al vestíbulo y volvió con una antorcha, Armine soltó un salvaje grito de sorpresa. Chiara aguantó la respiración bruscamente y se presionó las mejillas con los dedos; sentía el rostro arder. Siguió la dirección de la mirada de su padre y vio que su cama estaba cubierta de rosas blancas.

Parecen catorce kilómetros de mal camino, pensó Lucila. El ilustre pasado de Roma ensombrecía a la ciudad, pero por todos lados brillaban fragmentos de su antigua gloria, incluso entre las ruinas. Aquí, no quedaba nada. De camino al interior de esta otra urbe pasaron por villas en ruinas y un pueblo romano destruido en los llanos de más abajo. Sólo quedaba unas cuantas columnas y piedras derruidas de lo que había sido el foro y un gran anfiteatro. Algunas casas estaban habitadas por campesinos cuyos rebaños de ovejas y cabras pastaban en la rica hierba que cubría lo que una vez fueron tiendas, calles y moradas. Más allá de las ruinas de la ciudad, el campo abierto era cultivado por campesinos que vivían en un promontorio rocoso que se elevaba sobre el valle.

Dulcinia le señaló a Lucila los restos de la ciudad y de varias villas mientras avanzaban a caballo por el desértico llano costero.

—El señor de este lugar —le dijo a Lucila— dice que la ciudad fue abandonada porque se inundaba durante las lluvias primaverales. Dice que los aldeanos a veces cavan aquí buscando tesoros y que a veces los encuentran, pero normalmente sacan trozos de cristal roto, cerámica y, de vez en cuando, unos cuantos fragmentos de mármol. Los pastores traen aquí sus rebaños a pastar porque hay tantas piedras en el terreno que no pueden cultivarlo.

Acababan de plantar un mosaico de olivos y viñas en una colina cercana coronada por algún tipo de construcción de piedra. Lucila señaló las piedras derruidas.

—Me pregunto qué sería eso.

Dulcinia se encogió de hombros.

—Vete a saber, pero ahora es un pueblo.

Lucila miró con más atención y vio la silueta de cabañas y cobertizos agrupados bajo la cúpula ennegrecida por el fuego de un antiguo edificio.

—Podrían haber sido los baños, o incluso una iglesia —dijo.

Dulcinia volvió a encogerse.

—Supongo. No veo qué importancia tiene. ¿Qué harías, mi amor? ¿Intentar traerlo todo de vuelta? Ni siquiera tú querrías eso.

Lucila suspiró, después soltó una risilla.

—Se inunda, nada menos. Una agradable y educada forma de decir que tengamos cuidado, que el campo no es seguro por estos lugares.

Dulcinia se rió suavemente, después volvió la vista atrás hacia la escolta que las seguía. Los hombres cabalgaban con descuido. Sólo unos cuantos llevaban puestos los cascos y las cotas de malla, pero la mayoría de ellos cargaba con un surtido de armas muy profesional: espadas, cuchillos y una potente maza con forma de garrote colgaban de la silla de cada uno de ellos. Incluso las dos mujeres llevaban cuchillos, un par cada una, uno largo —el feo y peligroso sax de un solo filo— y uno más corto, con una hoja de doble filo muy útil. Lucila también tenía un feroz sax con forma de media luna, envuelto en piel bajo la manta de su silla.

El día era cálido y despejado, el cielo azul; corría una fresca brisa y el canto de los pájaros llenaba el aire mientras cabalgaban junto a un pequeño bosquecillo de árboles que bordeaba el camino. Las dos mujeres montaban a horcajadas y vestían túnicas, calzas y faldas pantalón.

—En ese último cruce del río llegué a creer que tendríamos que luchar —dijo Dulcinia—. Me alegro de que estés aquí. No sé lo que habría hecho sola.

La cara de Lucila se endureció.

—Quizá deberíamos haberlo hecho. Era un bastardo con pinta sospechosa y sus amenazas podían haber sido sólo una fanfarronada. Pero sentí que no podía arriesgarme. Es muy probable que hubiésemos ganado; casi seguro que habríamos masacrado a ese contingente de escoria que tenía pululando por el vado. Pero insistió que pagaba sus impuestos a las autoridades locales —que no sé quiénes demonios serán en este lugar dejado de la mano de dios— así que la amenaza de una pequeña guerra era inquietante, por no decir más. Eso y que redujo el importe a pagar rápidamente cuando vio bien a los hombres de Rufus. Me hizo decidir que no merecía la pena correr el riesgo, no por unas cuantas monedas de cobre. Pero me apuesto lo que sea a que su señor, si es que lo tiene, ve muy poco de los peajes.

—Ves, ahí lo tienes —dijo Dulcinia—. Yo hubiera pagado lo primero que pidió. No soy valiente, querida. Esos forajidos con los que iba me aterrorizaban.

—Bah —dijo Lucila—. Parásitos y carroñeros. Probablemente les tira lo que a él le sobra. No tenían ni una pequeña pieza de armadura decente, ni siquiera una sola espada buena. No es asunto mío limpiar ese nido de víboras en particular, pero te juro que me aseguraré de que tanto Adriano como Rufus sepan de ellos. El uno o el otro podrían encargarse de que su líder acabe adornando una cruz.

Justo entonces llegaron al empinado camino que llevaba hasta el nuevo pueblo situado en la cima de una roca. Toda una escalada pero, cuando llegaron a lo alto, tanto Lucila como Dulcinia quedaron complacidas con lo que vieron. El pueblo

todavía estaba en proceso de construcción. La plaza estaba adoquinada, con una especie de palacio a un lado y una iglesia en construcción al otro. Al fondo de la plaza habían una balaustrada de piedra en la que uno podía apoyarse para respirar aire, refrescarse con la brisa matutina y mirar los campos fértiles y bellos que descansaban a lo lejos.

Era día de mercado y había de todo tipo de gente comprando y vendiendo lo que era, teniendo en cuenta el pequeño tamaño del lugar, una considerable variedad de artículos. Conejos, pollos, gansos, hierbas, laurel, ajo, tomillo, menta y pequeñas cantidades de especias exóticas como canela, clavo, azafrán y pimienta. Champiñones en abundancia, cebollas, puerro, coles y alcachofas repartidas entre manojos de verduras frescas silvestres recogidas por las mujeres antes del alba, con los tallos y raíces en agua para mantenerlas frescas durante el calor del día.

La multitud de la plaza recibió a Lucila y Dulcinia con un entusiasmo casi salvaje y escoltó a las dos mujeres, e incluso a sus protectores masculinos de fiero aspecto, hasta la escalinata del palacio. El señor lombardo local no salió corriendo a saludarla. Él y algunos de sus hombres ya estaban fuera probando —sólo probando, por supuesto— un nuevo lote de cerveza. Los alborotados ciudadanos le llevaron hasta ellas con respeto, pero sin miedo, y la multitud que rodeaba el palacio fue la que evitó que se rompiera el cuello, ya que no podía ver de lo ocupado que estaba intentando meterse una magnífica túnica de terciopelo rojo por encima de una camisa blanca bastante desgastada.

Lucila pensó que bien podría haberse dejado cubierta la cara. Tenía una profunda cicatriz en una de las mejillas, una nariz muy partida y le faltaba parte de una oreja. Pero su gente le vitoreaba y él se inclinó ante la mano de Dulcinia como un caballero.

Lucila hizo una reverencia y él contestó gravemente:

—Señoras, resultáis ser un placer para la vista. Espero que hayáis disfrutado de un viaje seguro.

—Tolerable —dijo Dulcinia—, excepto al llegar al río.

La cara del señor se oscureció.

—¿Qué pasó en el río?

Dulcinia habló sobre cómo las pararon y les pidieron un peaje.

—Éstas son mis tierras y... y no debería haber pasado. Ese pequeño y asqueroso canalla ha vuelto. Iría hasta el río ahora mismo, pero...

—Seguramente ya se habrá ido, Padre.

El que hablaba era un joven tan guapo como su padre era feo.

—Yo soy Ansgar —dijo el guerrero— y éste... —señaló al joven— es mi hijo Ludolf. Cuando llegamos a este lugar, el asqueroso ladrón con el que os habéis encontrado tenía su nido aquí. Todo el campo que nos rodea estaba hecho un desastre porque tenía a la gente aterrada.

El joven se rió.

—Padre, por aquel entonces no estabas casado y yo ni siquiera había nacido.

Ansgar parecía un poco disgustado.

—Lo siento. Se me olvida que todo esto pasó hace años. Cuando murió mi padre, mis hermanos y yo dividimos sus tierras entre nosotros. El mayor se quedó con la mejor parte. Mi otro hermano y yo nos quedamos con los restos —gesticuló expresivamente hacia el final de la plaza que miraba sobre el valle—. Pero creo que salí ganando.

Le respondieron los vítores de la multitud congregada en la plaza.

—Pero venid, señoras. Entrad. Siento decir que nuestro hogar está un poco desorganizado hoy, pero mi esposa tiene un malestar que la aflige cada primavera y...

—Una canción —gritó alguien entre la muchedumbre. El resto recogió el grito—. Una canción. Una canción.

La cara del señor se oscureció, pero Lucila vio cómo la cara de Dulcinia se ruborizaba de placer y una sonrisa le revoloteaba en los labios. Ansgar parecía dispuesto a protestar, pero Dulcinia dijo:

—No, no. Por favor, me encantaría cantar para ellos. ¿Dónde?

—El porche de la iglesia. —Ludolf señaló al otro lado de la plaza.

Sí, la iglesia tenía un patio de columnas y paredes, todavía sin tejado, pero los andamios estaban preparados y los carpinteros estaban arriba montando las vigas del techo. De entre la gente allí reunida salieron músicos como por arte de magia: una mujer con un arpa, dos hombres con flautas y varias personas con diferentes tipos de tambores.

Dulcinia se paseó por la plaza, sonriendo, saludando y siendo saludada por la gente del pueblo. Parecía inspirada, pensó Lucila, por la perspectiva de interpretar para el pueblo. Sí, pensó, y recordó el día en el que había hablado por primera vez, junto a la taberna, con la niña de ocho años que fregaba cazuelas casi tan grandes como ella. La niña estaba triste, sucia y desnutrida, pero cuando Lucila le pidió que cantara, el resplandor que inundó su cara fue algo magnífico y, en ese preciso instante, antes de que la chiquilla abriera la boca, Lucila ya había decidido que Dulcinia debía ser rescatada de su brutal destino. No importaba cómo sonara su voz. Por supuesto, una vez que hubo cantado... oh, esa voz divina, celestial... Dulcinia había alcanzado ya la escalinata de la iglesia y consultaba con los músicos.

Otro hombre se apresuraba para llegar. Llevaba una enorme viola. Unieron las cabezas durante lo que pareció un largo rato, dejando escapar chirridos, bocinazos, gritos, sonidos agudos, los ocasionales borbotones de notas. Entonces Dulcinia y los demás se distribuyeron por el porche de la iglesia. Dos de los percusionistas se bajaron, pero uno sacó un cuerno y otro una tira de cuero con campanillas. Dulcinia levantó una mano y todos en la plaza guardaron silencio hasta que ella comenzó a cantar.

Era una letra muy simple sobre un amante que compara a su amada con una rosa o, mejor dicho, con una variedad de rosas, blancas, rojas, rosas; incluso se mencionaron los flexibles tallos y las caderas como rosas otoñales. Una canción

ligera, incluso un poquito divertida. Llevaba la analogía una pizca demasiado lejos como para ser tomada muy en serio y acababa con una ornamentación vocal bastante bonita. Esto provocó los vítores del público y peticiones para que cantara otra, pero Ansgar dio unas palmadas y dijo:

—Ya es suficiente. Las damas han recorrido un largo camino y necesitan cenar y refrescarse.

Uno de los carpinteros se descolgó del tejado de la iglesia, se puso una toga de terciopelo negro y las saludó. Resultó ser Gerald, el hermano de Ansgar y el primer obispo de la recién creada diócesis. Ansgar y su hijo condujeron a Lucila y Dulcinia al interior del palacio. Más allá de las puertas había un amplio salón de recepciones iluminado mediante ventanas practicadas en el techo. Fuera, bajo el sol, hacía calor, quizá demasiado; aquí hacía fresco, incluso cuando el sol dejaba pasar sus largos rayos a través de los translúcidos aunque no transparentes tragaluces.

—Aquí es donde cenamos —dijo Ansgar— y recibimos a las visitas.

—¿Visitas de estado? —preguntó Dulcinia.

Ansgar se rió.

—Creo que sois las primeras.

El salón terminaba junto a unas escaleras dobles, una a cada lado, que llevaban hasta la parte interior del palacio. Alguien, una mujer, descendía por ellas, hablando mientras bajaba.

—¿Por qué no me dijiste que estaban aquí, amor mío? Ya sabes... —su tono sonaba a reproche—, sabes que deseaba fervientemente conocer a la mejor cantante de toda Roma... y...

—Mi esposa —dijo Ansgar—. Sufre de un malestar, de naturaleza temporal, que...

—Lo que intenta decirnos es que cada primavera caigo mártir de mi fastidiosa nariz. Mis ojos lagrimean, me pican y escuecen, y esta nariz gotea como una maldita fuente y tengo que...

Justo entonces Dulcinia y Lucila se introdujeron en un charco de difusa luz solar generada por el tragaluz del techo. La mujer, que ya había alcanzado el pie de las escaleras, se paró, les dedicó una mirada larga y atenta y chilló.

—Lucila, por mi vida. ¡Lucila! En nombre de Dios, ¿qué haces aquí?

El puño de Ansgar se cerró como un torno sobre el brazo de Ludolf.

—Cierra la puerta, rápido —le espetó—. ¡Ahora! Y echa el cierre. ¡Ahora! ¿Me oyes? Ahora —repitió.

Ludolf estaba ya en movimiento, desenvainando la espada mientras lo hacía.

Lucila escudriñó la oscuridad junto a las escaleras.

—Stella —jadeó—. ¿Cómo...? ¿Qué?

—Ah, bueno —murmuró Dulcinia—. Ahí van los disfraces.

Regeane fue la invitada de Dorcas durante la noche que siguió a la reunión. Las dos mujeres se retiraron a la parte superior de la casa. Dorcas le prestó a Regeane un camisón de lana y un par de calcetines. La habitación tenía cuatro ventanas. Una tenía cristales y permitía ver el patio de abajo. Las otras tenían cortinas —gasa blanca bordada—, persianas y después unas contraventanas de roble pesadas y sólidas que podían cerrarse desde dentro.

Dos velas iluminaban la habitación, una a cada lado de la cama. La gran cama era la pieza central del cuarto pero, a lo largo de las paredes, bajo las ventanas, había grandes cómodas para guardar ropa y otras telas. Hacían doble labor como bancos, ya que estaban cubiertas de cojines suaves, aromáticos y aterciopelados, muy cómodos para sentarse.

Dorcas levantó uno y lo ahuecó para Regeane.

—Itta me ayudó a hacerlos. Ella se encargó de los gansos —dijo Dorcas, después permaneció en silencio, inmersa en sus pensamientos, con aspecto de haber olvidado tanto a Regeane como a la habitación en la que estaba.

Pero entonces volvió en sí con sobresalto.

—Lo siento —dijo y colocó el cojín en un banco para Regeane—. Es sólo que no me puedo creer que nunca volveré a verla. Pero dime —preguntó—, ¿eres de las que se asustan del aire nocturno?

—No —respondió Regeane, riéndose un poco a pesar de su lúgubre humor—. ¿Cómo podría?

Dorcas asintió.

—Sí —sonrió de forma bastante sombría—. ¿No te asusta tu... extraño... esposo?

—No —dijo Regeane—. Ni yo a él. De hecho, si lo conocieras, lo encontrarías más amable y gentil que la mayoría de los hombres.

—Dios, eso es cierto. Recuerdo un par de veces, recién casada, que llevé las marcas del desagrado de mi hombre.

—¿Te golpeó?

—Una vez. Una vez me quejé a mis padres, pero ellos se rieron de mí.

—¿Qué hiciste?

—La segunda vez que lo hizo, le dije que sería mejor que no durmiera en esta casa, así que se fue. Se armó un lío tremendo —dijo Dorcas entre risas—. Mis padres me visitaron, después el sacerdote, que citó las escrituras. Le dije que no había visto nunca en las escrituras que un hombre tuviese derecho a dejarle el ojo morado a su esposa. El pueblo se quedó sin pan, pero mi marido regresó, me dijo que no me pegaría más y me dio su palabra. Yo la acepté y vivimos juntos en paz y alegría hasta su muerte. Verás, yo no entendía qué había podido hacer para ganarme su desagrado. Estaba haciéndolo todo lo mejor posible y trabajando duro. A él simplemente no le

había gustado la cena. No había cocinado bastante la carne. Le dije a él, a mi madre, a mi padre y al cura que no viviría con un tirano cruel. Preferiría morir o irme por los caminos y ganarme el pan pidiendo en la puerta de las iglesias o abriéndome de piernas para todos los que me pagaran.

Regeane asintió.

—Una victoria. Mediante tales victorias las mujeres hacen tolerables sus vidas.

—Itta nunca lo vio así —dijo Dorcas—. Dejaba que su marido la dirigiera en todo. Por eso no le dejé el dinero para montar una tienda aquí en el pueblo. No pondría el dinero ganado con el sudor de mi frente en manos de su marido. Probablemente se lo hubiese gastado en tonterías, bebida, apuestas en las tabernas, intentando impresionar a sus amigos. Así que ahora sólo me queda arrepentirme por lo que he perdido: mi mejor amiga y la futura esposa de Robert.

Comenzó a llorar de nuevo y Regeane hizo lo que pudo para consolarla.

—No te culpes así —susurró Regeane—. ¿Cómo... cómo lo ibas a saber? Además, esos hombres son los únicos responsables.

Dorcas se secó las lágrimas.

—Son hombres muertos.

—¿Estás segura?

—Sí —dijo Dorcas tranquilamente.

—¿Cómo lo harán?

—Esta noche el dueño de la taberna drogará su vino, después Robert y algunos otros les tapan los ojos y les llevarán hasta aquella iglesia —señaló al otro lado del callejón.

Regeane se volvió y miró a través de una grieta de las contraventanas. La iglesia parecía oscura y vacía, pero los oídos de la loba oyeron movimiento en el callejón y dentro del edificio.

—Se quedarán allí hasta que el rey convoque la asamblea para tratar sobre tu esposo el lobo. Después le daremos a Desiderio otra oportunidad como rey. Pero, de una forma u otra, estos hombres morirán. Caerán bien ante la venganza privada, bien ante la justicia del rey. Robert y los otros hombres están decididos a ello.

—¿Mi marido? —preguntó Regeane.

Dorcas apartó la mirada y no quiso mirarla a los ojos.

—Tendrá la oportunidad de hablar en su defensa. La ley se lo garantiza. No puedo prometer más.

El frío viento nocturno sopló a través de la ventana sobre la mejilla de Regeane.

—Ya veo —dijo.

—No, no, no lo haces —dijo Dorcas—. Te he procurado una tranquila noche de sueño, pero eso es todo —esta vez miró directamente a los ojos de Regeane—. Si trataras de escapar de este cuarto, bueno, Robert y algunos otros estarán justo debajo de nosotras. Ahora mismo hay un centinela. Tú y tu marido vinisteis para ayudar a nuestros enemigos. Sí, los hombres de por aquí odian matar mujeres, especialmente si

sólo intentan cumplir con su deber para con su esposo... sea él lo que sea. Pero si causaras algún problema o intentaras escapar, harán lo que deban. ¿Comprendido?

—Comprendido —dijo Regeane.

—Ahora, vamos a dormir —dijo Dorcas—. Si podemos. Si puedo. Apaga la vela.

Regeane apagó la vela de su lado de la cama. Se metió dentro de ella, con sus colchones y edredones de plumón. Suaves, más suaves incluso que los de su cama en los aposentos de las montañas. Se durmió casi al instante de tocar la almohada.

Pero Remingus y sus legionarios muertos anduvieron con ella en sus sueños y juntos hablaron de muchas, muchas cosas... sobre la vida, la muerte, la pérdida desesperada y la ascensión y caída de los imperios, las ciudades y los hombres. Regeane recordaba la noche como una larga conversación pero, cuando la despertó la fría y gris luz anterior al alba que se escurría entre las persianas, no podía recordar nada de lo que se había dicho.

—Mis pensamientos están contigo —susurró—. Mi único amor. Tengo que intentarlo. Perdóname, pero tengo que intentarlo.

Después se levantó y, tras ponerse la ropa de Mona, comenzó a trenzarse el pelo, preparándose para tan importante día.

Dorcas ya se había levantado. Regeane bajó las escaleras hasta la panadería de la mujer. La estaba esperando. Hora de tomar algún desayuno.

Regeane no tenía ganas de comer, pero otra de las lecciones de Matrona era que necesitaba más alimento del que suelen necesitar los seres humanos normales para recargar la energía que le permitía cambiar de loba a mujer y viceversa. Y puede que hoy necesitara de toda su fuerza. Sopas de pan y vino, un potaje de judías con caracoles y ajo.

Después Dorcas le dejó un tupido velo marrón.

—Con un poco de suerte no sabrán quién eres —decía mientras Regeane se lo ponía alrededor de cabeza y hombros—. Ahora debo llevarles comida a los hombres de la iglesia —cogió una cesta del rincón y se fue, entrando en el callejón detrás de la iglesia.

Regeane se quedó sola. Dorcas no había cerrado la puerta tras ella, *una clara invitación a escapar*, pensó Regeane. *No le abandonaré a su suerte. Él no me abandonaría a la mía.* Se dio la vuelta y vio a Remingus de pie en un rincón, acabando los restos del potaje.

—Estás aquí —dijo ella.

—Estoy aquí —respondió él—. Por ti.

Ya no era el fantasma de cuencas vacías con el que se había encontrado por vez primera, sino el hombre que había visto el día anterior. Recordaba haber compartido una bebida de su casco.

—Eres polvo —dijo ella.

—No tanto como para que pueda notarlo cualquiera —contestó—. Iremos juntos a la plaza. Te acompañaré a ti y a Dorcas... ella me verá.

—¿Qué va a pasar?

—No lo sé —inclinó el cuenco y se tragó el líquido del fondo—. Muy bueno. Dorcas es una cocinera excelente; los caracoles le dan un toque agradable. Como ves, mi magnífica cazadora, la muerte no otorga la omnisciencia —estaba envuelto de pies a cabeza en un manto color rojo oscuro y marrón.

Dorcas regresó y se sorprendió al verle.

—¿Quién es éste? —preguntó.

—Un amigo —dijo Regeane.

Ella miró a Remingus fijamente.

—No sabía que tuvieras amigos en la ciudad.

—No los tengo —contestó Regeane—. Remingus viene de algo más lejos. Vivía cerca de un lago en la región de los vinos, cerca de Roma.

—Sí —respondió Remingus—. Es cierto. Una vez, hace mucho tiempo. Pero pongámonos en camino. El sol está alto y quema la niebla matutina. Pronto el rey estará en el foro.

Tenía razón. Cuando los tres llegaron al antiguo foro, lo encontraron ya abarrotado y seguía recibiendo gente a un ritmo constante. Los vendedores de pan frito y verduras, así como otros con odres de vino y cerveza cargada a lomos de mulas, empezaban a hacer buen negocio alrededor de la muchedumbre. Todo lo que uno necesitaba era una copa y unas cuantas monedas de cobre.

El fresco de la mañana empezaba a disminuir ante la fuerte luz del sol y la gente se atiborraba libremente de los refrigerios que ofrecían los vendedores de comida y vino. Regeane se sentía incómoda. A pesar del ambiente festivo, esto no era una reunión alegre. Demasiados hombres estaban bebiendo demasiado, demasiado temprano. Un número significativo de hombres vestidos con capas tupidas no bebían nada en absoluto.

Regeane sintió cómo se le erizaba el pelo de la nuca cuando la loba le informó de que todos los hombres adultos iban armados y también no pocas mujeres. Dorcas tenía dos largos y pesados cuchillos de trinchar en el cinturón. Estaban, como casi todos los demás, escondidos bajo su capa. Casi todo el mundo daba vueltas por allí, saludando a sus viejos conocidos y matando el rato. Regeane no conocía a casi nadie, así que ella y Remingus salieron del centro de la reunión. Los cuatro lados del foro estaban rodeados de columnatas. Dos de ellas servían de porches para tiendas y almacenes en los que se guardaban los abundantes productos del campo y se llevaban a cabo las transacciones. La tercera era el pórtico del palacio real y la cuarta la entrada al que una vez fuera templo de Roma, ahora convertido en catedral cristiana. Sus elevados escalones y enorme pórtico se erguían por encima del resto.

—Él está aquí —dijo Regeane.

Remingus no necesitaba contestar. La loba encontró el rastro de Maeniel sobre las piedras, los escalones y en una inexplicable ráfaga de viento que le levantó el velo y le tiró del trenzado cabello. Un terrible e insondable sentimiento de pérdida la

desgarró por completo, incluso mientras el viento levantaba el polvo de los adoquines bajo sus pies y hacía volar y agitarse las ropas de lo que ya era una multitud.

—Se van a amotinar —susurró.

—Creo que sí —respondió Remingus. La condujo entre las tiendas desde la iglesia hasta el borde del foro. El viento cesó y el aire quedó extrañamente inmóvil.

Cuando llegaron al final del callejón entre los almacenes, Regeane notó que podía mirar sobre los tejados del pueblo hasta el paisaje de más allá. Husmeó el viento. En la oscuridad de lo más profundo de su mente, la loba se levantó.

Ve, su hermana de pesadilla susurró. Ve. Fue una locura por su parte involucrarse en los manejos de reyes estúpidos. Pagará el precio. ¡Corre! Huelo la lluvia que lleva el viento. No quemarán nada hoy. Cambia. Salta. Las tejas y los muros de piedra soportarán fácilmente tu peso.

A Regeane se le movió el cabello. La trenza se deshizo y el pelo cayó suelto sobre los hombros. Después se escuchó un grito en el foro.

—El rey. Viene el rey.

El velo se le deslizó de la cara hasta caer sobre sus hombros.

—No —susurró la mujer—. Pase lo que pase, cualquiera que sea su suerte, no emprenderé ese viaje solo. En la vida o en la muerte, prometo estar a su lado.

—El horizonte se oscurece —dijo Remingus.

—El aire se ha parado —respondió Regeane.

Hubo un grito más fuerte.

—El rey.

En la iglesia, el obispo, sus criados y el capitán de la guardia de Desiderio echaron una escalera de cuerda al pozo.

Maeniel subió.

Tenían diez ballestas apuntándole. Un movimiento en falso y sería un colador. Maeniel calculó las posibilidades del lobo para sobrevivir en tales circunstancias y las encontró nulas. Se le ordenó arrodillarse y le pusieron cadenas en muñecas, tobillos y cuello. Todavía estaba desnudo, pero el capitán de la guardia se apiadó de él lo bastante como para hacer un agujero en una manta desgastada y pasársela por la cabeza. Después fue obligado a avanzar a punta de lanza por las escaleras, cruzando la iglesia y a través de la puerta, hasta que llegó al pórtico.

La plaza ya estaba llena. La mayoría de la gente se agrupaba cerca de la iglesia porque acababa de anunciarse el juicio. Era el prisionero y enemigo del reino lombardo más celebrado que el rey hubiese tenido. Su habilidad guerrera era aún más legendaria que su reputación de brujo.

Maeniel observaba a la gente con la mirada salvaje de un auténtico lobo mientras ellos se empujaban y apartaban los unos a los otros para poder verle bien. En su cara se leía un desafío que era a su vez indiferencia, como si dijera «tenéis suerte de que

esté encadenado, pero no importa, porque no podéis asustarme con el fuego ni la espada. Sé quién y qué soy y tanto en la vida como en la muerte soy libre»; la confianza absoluta de la bestia que posee una inocencia absoluta y no puede ser obligada a sentir culpa o arrepentimiento como las criaturas humanas inferiores.

Estudió sus ojos y después miró hacia la neblina al borde del horizonte. Vio la tormenta en ciernes, sintió el calor, vio cómo el polvo se levantaba sobre los campos recién arados de las propiedades reales cercanas a la ciudad. Después los guardias le empujaron para que bajara las escaleras y cruzara la plaza hacia el rey, que se sentaba junto a los obispos y otros notables lombardos a la sombra del pórtico de palacio, mirando tanto al prisionero como al gentío.

Regeane se abrió pasó entre los demás para acercarse a Maeniel. No había pensado en cómo le afectaría verlo, tan cerca y sin embargo tan lejos. Pero también era práctica. En esta situación él necesitaría de toda su fuerza y confianza para salvarse. Así que no debía perturbarlo. No debía adivinar su presencia entre la multitud.

En un bosque medio congelado en las altas cotas de su dominio salvaje, él la hubiera intuido en un radio de veinte kilómetros; pero aquí, entre la masa de humanos sudorosos, su presencia quedaba enmascarada por los miles de olores generados por hombres y mujeres, además de por los muy diversos artículos de las tiendas y depósitos que rodeaban el foro, agravado todo ello por el belicoso humor de los machos del grupo.

Para el lobo, su rabia y violencia en estado puro suponían un hedor asfixiante. Si le hubiesen dejado solo en esta atmósfera, el lobo hubiera metido el rabo entre las piernas y huido lo más rápido posible y, aún más, no hubiese parado hasta llegar a un lugar mucho más limpio. El hombre pensó lúgubrementemente que alguien iba a tener muchos problemas ese día. ¿Era él?

No. No. Sus guardias pudieron apartar al gentío fácilmente y cuando los hombres, los más peligrosos, miraron a Maeniel, todo lo que el lobo pudo ver en sus caras fue una ligera curiosidad. Estaba siendo apropiadamente humillado, descalzo, llevando sólo una manta vieja a modo de túnica. Su cabello era un nido de ratas, tenía el cuerpo manchado por el cieno del suelo de piedra de su húmeda celda y lucía un collar de acero en el cuello y cadenas colgando de cada una de sus extremidades.

Si acaso, parecía despertar compasión en los corazones de las mujeres; a los hombres les era indiferente. Sentía que les preocupaban otros problemas más acuciantes.

Justo delante vio al rey sentado cómodamente a la sombra del pórtico. Esta vez Desiderio no permitió que el obispo se presentara como su igual, como había hecho el prelado en la iglesia. El rey se sentaba en el centro del porche, con la corte de pie a su alrededor. El obispo, como deferencia a su edad, también disponía de una silla, pero más baja y a un lado del rey, cuyo trono estaba sobre un estrado.

Maeniel reprimió una sonrisa mientras sus guardias llegaban al pie de los tres escalones que conducían al pórtico. El capitán le hizo caer de rodillas, mientras que los mercenarios, con bastante brutalidad, abrían un hueco ante el rey.

Chiara estaba cerca del trono, justo a un lado, cerca de su padre y de Hugo. Los ojos de Maeniel se posaron sobre ella durante lo que para la chica fue un momento de auténtico terror, pero no dio muestras de reconocimiento. Bueno, la iglesia estaba mal iluminada y quizá no la viera bien. *No seas idiota*, se dijo a sí misma. *Sabe quién eres, pero también sabe que no debe armar revuelo, y menos aquí*. Dio un suspiro de alivio.

El oso estaba presente. Montaba sobre Gimp; Hugo y el oso habían roto relaciones por el momento. Habían acabado lanzándose cosas el uno al otro después de que el oso visitara a Chiara. La conmoción alertó a la guardia de palacio y casi echan a Hugo a patadas. Chiara volvió a intervenir y persuadió al oso para que se fuera. Él encontró la taberna donde Gimp se estaba ajumando y, con bastante mal humor, buscó cobijo en su discípulo más amable. Gimp resultaba una residencia más cómoda que Hugo en estos momentos, ya que era un borracho silencioso. Tras consumir cierta cantidad de cualquier brebaje alcohólico, se quedaba dormido; de hecho, en esos momentos estaba dormitando. El oso había tomado el control de más funciones corporales de las que había usado nunca con cualquier otro de sus anfitriones, incluso hasta el extremo de decirle a Gimp cuándo rascarse, mear y cagar. A Gimp no le importaba. Estaba contento. Ahora pasaba borracho la mayor parte del tiempo y tenía más que suficiente para comer. Su huésped nunca podía mantenerlo muy limpio y no tenía siquiera la inteligencia ni la habilidad para desenterrar los ocasionales tesoros que el oso mostraba a Hugo. Aunque al oso no le era particularmente útil, al menos le resultaba relajante y cooperativo... mucho, mucho más de lo que podía decirse de Hugo.

Había una cosa de la que el oso no se percataba. Su posesión de Gimp se notaba en la cara de éste. Chiara era nerviosamente consciente de su presencia y también lo fue Maeniel cuando le echó un buen vistazo.

El oso, estudiando a Maeniel mientras se arrodillaba sobre el polvo, no pudo reprimir el placer de regodearse.

—Tendrías que haberme escuchado —le dijo el oso a Maeniel—. Sabes lo que te van a hacer, ¿verdad?... sí, ¿verdad? —le preguntó con sorna.

Maeniel alzó la vista hacia Desiderio, Gimp y Chiara.

—¡Te van a quemar, quemar vivo!

Chiara jadeó con horror. Después, igualmente horrorizada por su reacción, se tapó la boca con la mano.

El oso bramó, riéndose.

—Voy a disfrutar con esto.

Entre la multitud, Regeane, de pie junto a Remingus, también le oyó.

—La cosa malvada está aquí —susurró.

—Sí —respondió Remingus por lo bajo—. Ten cuidado. Creo que todavía no ha notado tu presencia. Lo vi de lejos la noche en que nos encontramos. Me invocó desde el silencio y la oscuridad, de vuelta, de vuelta desde la paz, desde las aguas del Leteo en las que podía ir a la deriva y soñar sueños de alegría y tristeza, abandonado por los vivos en esas orillas brumosas. De vuelta a la abrasadora luz del ser y el pertenecer, del amor, el odio y el dolor. Vine hasta ti. Vivo.

Regeane se estremeció al sentir la mano de Remingus sobre su brazo. Después se quedó paralizada, porque el rey estaba hablando.

—Este hombre —dijo señalando al arrodillado Maeniel— es un enemigo de nuestro pueblo y sirviente del rey franco Carlos. Ha admitido abiertamente su culpabilidad. Creo que no hay más que decir antes de...

—¿Puedo hablar? —preguntó Maeniel.

—No —respondió Desiderio—. Siléncialo —le ordenó al capitán de la guardia, quien acto seguido golpeó a Maeniel en un lado de la cabeza con su maza.

El golpe hizo que le pitaran los oídos y le abrió un corte en el pómulo; sangre escarlata le corría por la cara.

Regeane gritó. De hecho, bastante mujeres entre la muchedumbre gritaron o hablaron:

—No. Por piedad. Está atado.

El rey les lanzó una mirada de furia sobre las cabezas de los mercenarios.

—Callaos —rugió—. Azotaré al próximo que cause cualquier molestia y colgaré a cualquiera que piense en unirse al desorden. No toleraré ningún disturbio en ésta, mi ciudad real. En cuanto a éste... —Desiderio se levantó y señaló a Maeniel—, coged a este despojo humano y colgadlo, después quemad su cadáver para que no pueda andar por la noche, ya que es un cruel brujo.

El bramido que se levantó desde la multitud asustó hasta a Maeniel.

Desiderio retrocedió.

Los mercenarios decidieron de repente que preferían no darle la espalda a los ciudadanos que habían estado empujando tan a la ligera y se apresuraron escaleras arriba para ponerse de cara a la plaza, con lanzas y ballestas preparadas.

Maeniel se puso en pie, pero el capitán era un hombre inflexible y lo mantuvo donde estaba a punta de lanza; el pequeño cambio fue que ahora estaba frente a frente con su prisionero en vez de detrás de él.

Regeane entendió por primera vez el mal genio de la gente del pueblo. Sabía, igual que Maeniel, que estaban dispuestos a precipitarse sobre los guardias y matar a todo el que se pusiera a su alcance. Incluso el corto de Desiderio se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Alguien situado junto a Maeniel se dirigió al rey.

—Majestad, creo que es nuestra costumbre darle a los acusados una oportunidad de defenderse antes de pronunciar sentencia.

Regeane reconoció la voz de Robert.

—S-sí —tartamudeó Desiderio y después señaló a Maeniel—. Habla... habla.

—Tengo poco que decir —dijo Maeniel—. Sí, soy uno de los hombres de Carlos. Sí, vine para espiar vuestras defensas, pero fui capturado antes de poder cumplir mi misión y por tanto no os causé ningún daño ni a vos ni a la ciudad ni a su gente. Creo que mis acciones fueron honorables. Nunca pretendí ser vuestro amigo y creo que es vuestra costumbre permitir que un prisionero capturado compre su libertad.

Lo que Desiderio necesitaba era una distracción y ésta era buena.

—¿Qué ofrecéis? —preguntó sin ambages.

—Os ofrezco dos libras de oro.

—Es una gran suma.

Maeniel pudo ver girar las ruedas del mecanismo.

—Y, además, media libra para el obispo. Diez piezas de oro para cada uno de los nobles de vuestra corte y una para cada cabeza de familia de la ciudad.

Era una suma realmente asombrosa, pero Regeane había visto los cofres de Maeniel y no dudaba que pudiera pagar eso y más. Su ducado rebosaba prosperidad y su gente no era de la que tenía mucho interés en lo referente a las posesiones. Por un momento, el mal humor de la gente desapareció. Los cortesanos murmuraron entre ellos e incluso los mercenarios hicieron aritmética mental, ya que algunos tenían sueldos atrasados. Por un breve espacio de tiempo, todos se dedicaron a la agradable tarea de gastar dinero imaginario.

Pero Hugo probó ser un aguafiestas.

—¿Qué? —chilló—. ¿Qué? ¿Lo vais a dejar marchar? ¿Y basándoos en qué? ¿Sólo en su palabra? ¿Quién? ¿Quién, os preguntó? ¿Quién será su aval?

—Hugo —respondió Maeniel—. Hugo, muchas cosas se han dicho de mí, tanto buenas como malas, pero nadie ha sido nunca tan infame como para cuestionar mi honestidad. Lo que prometo, lo cumplo. Mantuve mi palabra incluso contigo y ese cruel padre tuyo.

—Lo mataste. —Hugo casi echaba espuma por la boca—. Te vi matarlo.

—¿Así que estabas allí? Bueno, si estabas mirando, entonces sabrás que intentó matar a mi esposa, Regeane. Regeane, que imploró clemencia para vosotros dos. Es suficiente —las cadenas de las muñecas y tobillos de Maeniel tintinearón—. Ah, tienes suerte, pedazo de estiércol, de que esté encadenado. Cualquier hombre que se precie defendería a la mujer unida a él por la ley y el amor.

El grito de respuesta de la multitud fue ensordecedor.

—Saben lo que pasó junto al río —susurró Regeane.

—¿Pensabas que no lo sabrían? —preguntó Remingus.

Desiderio parecía frustrado. Hugo dio un paso adelante. Parecía tanto frustrado como furioso. Le gritó al rey.

—¿Qué? ¿Dejaréis que ese hechicero, ese asesino apestoso, compre su libertad con nada más que promesas?

—Sí —Desiderio frunció el ceño—. Está el tema de los avales. ¿Qué tipo de garantía me ofreces de que mantendrás tu palabra?

Regeane avanzó unos pasos, quitándose el velo mientras lo hacía.

—Su Majestad —habló con una voz alta y clara que llegó hasta los límites de la muchedumbre—. Yo me encargaré de avalar a mi señor y esposo.

Con cadenas o sin ellas, Maeniel se volvió.

—¿Regeane? ¿Tú? ¿Aquí? ¿Cómo?

El color abandonó su cara. Alargó una mano, con la muñeca encadenada, hacia ella. Regeane tomó la mano extendida y se acercó a él.

—Yo seré el aval de mi señor —repitió—. No miente. Lo sé bien. Pagaré hasta la última moneda de cobre del rescate, pero liberadlo y yo me quedaré, como prisionera o como invitada, a elección vuestra, hasta que él vuelva con el pago.

—No —dijo Maeniel.

—Sí —dijo Regeane mirándole directamente a los ojos—. Sí, lo haré. No temáis, cumplirá lo prometido —apretó su mano—. Mi amor —susurró—. No me niegues esta oportunidad de salvarte.

A pesar del gentío y de los cortesanos que les observaban desde el porche, los dos parecían estar solos. Él alargó su otra mano y la apoyó en la mejilla de Regeane. Después, la besó suavemente en los labios.

—Con tan bella vencedora, cómo voy a evitar ser conquistado. Será como tú desees, mi amor —dijo él.

Las mujeres que se encontraban entre la multitud lloraban; Chiara lloraba, las lágrimas le mojaban la cara.

El obispo los estudió a ambos y después le dijo a Desiderio:

—Es mejor resolver las disputas con dinero que con sangre. Dejadlo ir.

—De acuerdo —dijo el rey.

La gente le vitoreó. Él parecía incómodo. Desiderio no estaba acostumbrado a ser popular. Maeniel le dijo lo mismo a Regeane cuando le susurró al oído.

—El rey no está acostumbrado al cariño de su gente.

—No te preocupes —respondió ella en una voz aún más baja—. No le durará mucho.

Maeniel la atrajo más hacia sí y después miró al cielo. Era mediodía o quizá un poquito más tarde. El sol daba de pleno sobre la muchedumbre. Sólo el porche, donde el rey tenía a sus mercenarios, cortesanos y otros notables, estaba a la sombra. No se movía ni una pizca de aire.

—¿Lo sientes? —le susurró Regeane a Maeniel.

—Sí... desde esta mañana. Hasta en ese horrible agujero al que llaman botella. Lo supe incluso antes del alba.

—Muy bien —dijo Desiderio mientras daba una palmada—. Este asunto queda

concluido —le dirigió a Maeniel una mirada de soslayo—. Y concluido, espero, para satisfacción de todos.

Regeane sintió cómo la mano de Maeniel se cerraba sobre la suya.

Está mintiendo, pensó ella. Maeniel lo sabe; yo lo sé; no piensa cumplir su parte del trato.

—Miente —la voz del oso habló desde su residencia en el cuerpo de Gimp—. No piensa dejarte marchar.

Tanto Maeniel como Regeane oyeron las palabras del oso, igual que lo hicieron Chiara y Hugo.

—Apuesto —continuó el oso— a que estaréis los dos muertos antes de que caiga la noche.

—Sí —respondió Maeniel con tristeza—. No aceptaría la apuesta. Puede que ni siquiera pudieses cobrarla, pero la ganarías.

—Quiero a uno de los dos. Tengo el poder. Esta turba enfurecida es como una fuente de vida para mí. Elegid. Dejadme tener a uno. Dame a la mujer-lobo, Maeniel, y te sacaré de la ciudad para llevarte al bosque. O, si así lo prefieres, entrégate a mí y la pondré a buen recaudo lejos de aquí. De lo contrario, ambos pereceréis.

Maeniel atrajo a Regeane aún más hacia su cuerpo. Ella sintió la consoladora calidez y fuerza de su cuerpo contra el suyo, pero no llegaron a tener oportunidad de contestar. Robert habló.

—Nuestro asunto no está concluido —dijo en voz alta.

Desiderio ya se estaba dando la vuelta para marcharse.

—No atenderé más casos hoy —dijo irritado.

—Oh sí, sí lo haréis —rugió Robert—. Oiréis éste.

Robert estaba de pie entre el grupo de hombres que integraban la multitud. Éstos eran los que Regeane había visto antes, los que no bebían alcohol, llevaban ropajes algo más gruesos y no parecían sentir el calor tanto como los otros.

Los ojos del obispo los observaron atentamente. Todavía estaba sentado.

—Mi señor —le dijo a Desiderio—. Mi señor, creo que el tema es urgente y deberíais atenderlo.

Algo parecido al gruñido de un animal surgió de la muchedumbre.

El rey se detuvo.

Sus cortesanos, incluso los mercenarios de su guardia, parecían asustados.

Los ojos de Robert estaban rojos por la larga vigilia en la iglesia y su cara estaba arrasada por el dolor. A Regeane le parecía veinte años más viejo que el chico que había visto bajar alarmado las escaleras de la casa de su madre. Sabía que con el tiempo haría las paces con su pena, pero nunca volvería a ser tan joven de nuevo.

Se produjo una conmoción en los extremos de la plaza y Regeane vio a algunos de los amigos de Robert escoltar a los cinco soldados a través de la gente. Los hombres habían sido desarmados pero, por lo demás, parecían ilesos. Los tres mercenarios mayores estaban claramente asustados, pero habían visto demasiada

violencia como para sentirse intimidados por lo que seguramente consideraban sólo como una panda de campesinos. Los dos más jóvenes, no tan endurecidos como los mayores, parecían aterrados. Detrás de ellos llevaban los cuerpos del encargado del vado y su familia, amortajados como la noche anterior. Uno de los hombres que acompañaban a los prisioneros era Beningus, la voz de la ley.

Una nube cubrió el sol y una suave brisa agitó la ropa de todos los presentes. El olor a lluvia se dejaba notar con fuerza en el viento. Bajando por el callejón, entre los almacenes, Regeane podía ver el cielo oscurecerse como un cardenal a lo largo del horizonte. Una tormenta, una de las grandes, se acercaba desde las montañas del norte.

Los cinco cadáveres descansaban, cada uno sobre su féretro, ante el rey.

—¿Y éstos son? —preguntó Desiderio con arrogancia.

Robert dijo sus nombres empezando por los dos hombres, para seguir con los del chico y los de las dos mujeres.

—Ninguno murió por causas naturales —dijo—. Sus heridas demuestran que fueron asesinados a hierro.

Entonces apartaron las mortajas para dejar a la vista las heridas de los cuerpos. Todos ellos mostraban una palidez amarillenta y cerosa; el aire se llenó del olor a sangre derramada.

—Estoy de acuerdo —dijo Desiderio con una mueca de asco—, están ciertamente muertos y murieron tal y como dices. ¿Pero, qué tiene esto que ver conmigo? ¿O... —señaló hacia el corrillo junto al trono— con los guardianes de mi persona y mi tranquilidad?

—Ellos son los asesinos —dijo Robert directamente mientras los señalaba.

—¿Y tienes alguna prueba para apoyar tan monstruosa acusación?

—Sí. El tabernero los vio salir ayer por la mañana temprano y volver más tarde con heridas. Y cuando registramos sus posesiones encontramos un anillo que pertenecía a mi prometida; un colgante de su madre, Itta; y dos cuchillos que reconocimos como propiedad de los hombres de la casa. Además —dijo, señalando al mayor de los mercenarios—, el tabernero declara que la cara de este hombre estaba limpia de marcas cuando salió, como dijo él, de caza, y el más joven no tenía ninguna herida en el brazo. Pero cuando regresaron estaban heridos, tal y como podéis ver ahora.

—¿Así que —dijo Desiderio enfadado— debo condenar a mis leales hombres por la palabra de un tabernero borracho y del hijo medio adulto de una viuda que regenta una casa de mala reputación?

Esto último fue un insulto gratuito. Todos los que pudieron oírlo lo sabían. Dorcas era un modelo de decoro.

Robert se quedó blanco de rabia, pero Beningus apoyó una mano sobre su hombro y dijo:

—John es un comerciante tranquilo y educado y Dorcas se gana la vida

vendiendo pan. Pan, debo añadir, que se consume en vuestra mesa. Podéis negar la acusación, mi señor, pero no es necesario insultar a quienes os la plantean.

La multitud guardaba silencio.

Regeane notó que el viento aumentaba.

—Muy bien —respondió el rey con poca elegancia. Después señaló al más endurecido de los mercenarios, al hombre con los arañazos en la cara—. Dinos —ordenó Desiderio—. ¿Qué ocurrió?

El hombre le dedicó a Robert una mirada burlona e insolente.

—Salimos, como ya se ha dicho, a cazar, y esa gente nos atacó en el vado. Una emboscada. No estaban solos. Había otros con ellos. Opusimos una fiera resistencia al cobarde ataque de los ladrones y los hombres murieron, el resto huyó. En cuanto a las mujeres... —soltó unas risitas y le dio un codazo al hombre que estaba junto a él—, no se nos puede culpar por tumbarlas y recoger nuestra paga de soldados. No eran vírgenes y ninguna se opuso del todo.

—Entonces me pregunto, ¿por qué —dijo Beningus— era necesario matarlas?

El hombre parecía incómodo.

—No fuimos nosotros. Debieron ser sus hombres cuando regresaron y vieron que las damas habían sido demasiado amables. —Soltó una carcajada temblorosa pero nadie, ni siquiera sus camaradas, le acompañó.

Desiderio chascó los dedos y señaló a los soldados.

—Soltadlos en el acto.

Regeane sintió náuseas. Podía oler al mercenario arañado de una forma inaccesible a cualquier ser humano. Sabía lo que había hecho y sabía que Itta le había causado los arañazos, bastante feos, con las uñas antes de morir.

Nadie se movió.

El silencio se hacía más espeso. En el cielo, el sol empezaba a oscurecerse y el viento soplaba con fuerza. La plaza estaba resguardada, pero las fuertes ráfagas ocasionales levantaban el polvo en forma de nube y los remolinos de aire bailaban como espectros amarillos sobre los encorvados adoquines. Las capas de los hombres ondeaban al viento y las mujeres se agarraron con más fuerza los mantos y los velos.

Regeane se dio cuenta, al igual que todos los demás, de que estaban en punto muerto. Los mercenarios armados que rodeaban al rey no parecían dispuestos a saltar en medio de la muchedumbre y arriesgarse a Dios sabe qué, mientras que los hombres que habían capturado a los malhechores no tenían intención presente ni futura de dejarles libres.

Beningus intentó romper la tensión.

—Mi señor —dijo, dirigiéndose al rey—, quizá antes de que actuéis de forma tan precipitada, deberíais escuchar a John, el tabernero, y a los hombres que acompañaron a Robert para recoger los cuerpos. Ellos os dirán que esta familia fue cogida por sorpresa y desarmada. Que no hubo ningún signo de ataque en el vado. Además, la chica joven, Mona, debería ser examinada por una comadrona para ver si

era virgen antes de que abusaran de ella. Debéis saber, mi señor, que probablemente todos los aquí reunidos conocieran bien a esta familia y disfrutaban de un buen nombre. Nadie les considera capaces de un acto de pillaje como el que describen estos soldados.

Desiderio estaba colorado y le temblaban las manos. Estaba, todos lo sabían, al borde del abismo. Robert estaba de pie cerca de Maeniel, quien se inclinó para susurrarle algo al oído. Sólo Regeane escuchó lo que le dijo.

—No, no te vuelvas loco. Son demasiados para guardar en secreto su culpabilidad. Presiona un poco a uno de los más jóvenes. Cederá.

Sí, pensó Regeane.

Los dos más jóvenes estaban un poco apartados de los tres mayores. Uno tenía la cabeza inclinada y parecía inmerso en sí mismo. Miraba temeroso hacia la nada, con los ojos abiertos de par en par por la conmoción. Robert le eligió. Anduvo tranquilamente hacia los soldados y lo apartó del resto. Cogió la camiseta del chico y la retorció en su puño mientras rugía:

—De acuerdo, dime que la chica a la que amaba no era virgen. Dime que era una ramera. Mírame a los ojos y dime... dime que deseaba lo que le hicisteis.

El chico intentó volverse.

—No, maldito mentiroso. Mira. Mírame a los ojos y dilo...

—No —el chico cedió como había dicho Maeniel—. No, ella no nos deseaba. Gritó y gritó. Oh, dios, todavía puedo oírla gritar en mi cabeza, incluso después de que le... —se calló, el horror helado en sus facciones.

—¿Incluso después de que le cortases el cuello? —añadió Robert en un tono increíblemente calmado.

—Sí —el chico respondió con voz ahogada—. Sí, incluso entonces todavía podía oírla... gritar.

Robert retrocedió un paso y soltó la camiseta del chico, limpiándose las manos en su túnica como si se hubieran contaminado de algo inmundo... como Regeane pensaba. El chico cayó de rodillas sobre la piedra, entre sollozos, gimiendo que estaba condenado.

Robert se volvió hacia Desiderio y le señaló con el dedo.

—No sois ningún rey. Un rey que no administra sus propias leyes y que no defiende las vidas de su gente, no es un rey.

A lo lejos, brillaban los relámpagos y se oían truenos en forma de estruendos distantes.

Cuando llegó el turno de Desiderio, señaló a su vez a Robert.

—Coged a esta insolente rata de alcantarilla y colgadla —les gritó a los soldados reunidos bajo el pórtico—. Hacedlo y hacedlo de inmediato.

Robert se mantuvo en su sitio, mirándolo desafiante.

Los soldados temían moverse. La turba era un animal gigantesco y nadie quería atacar. Sí, eran unos cuarenta, bien armados, en posición de superioridad en el porche

por encima de la muchedumbre; sin embargo, sin contar mujeres y niños, había al menos varios cientos de hombres capaces entre los ciudadanos y, sí, estos eran hombres con familias. Así que si el rey y sus mercenarios se mantenían firmes, podrían huir... Pero si no lo hacían, si decidían luchar, los resultados podrían ser desastrosos tanto para el rey como para cortesanos y soldados.

El obispo, viejo como era, intentó salvar la situación.

—Mi señor rey —habló en voz alta en medio del tenso silencio—. Mi señor rey, la confesión del chico desmiente la primera historia contada. Es decisión vuestra averiguar la verdad y si estos sinvergüenzas se merecen la horca, sin duda, colgadlos. Y tú, jovencito —le dijo a Robert—, tu dolor y rabia son comprensibles, pero no provoquéis más a vuestro soberano el rey. Has probado que éstos... —gesticuló hacia los mercenarios—, estos bandidos no dicen la verdad. Date por satisfecho, te lo ruego.

El chico corrió hacia el obispo y se tiró de rodillas ante el prelado. El obispo levantó su mano en absolución e hizo el signo de la cruz.

—¿Estoy condenado? —preguntó el chico.

—No —contestó el obispo—. He implorado, tanto como podría cualquier hombre, perdón por tus pecados, pero debéis confesaros.

El joven señaló a Robert.

—Él dice la verdad. Yo y mis amigos somos culpables de asesinato. Nadie nos atacó. Vimos a las mujeres, las deseamos y planeamos cogerlas solas junto al arroyo y conseguir placer de ellas por la fuerza, pero las mujeres lucharon. La más joven huyó y fue en busca de sus hombres, así que...

—Así que —continuó el obispo—, ya lo sé, no se podía hacer otra cosa. Teníais que matarlos a todos.

El obispo le dirigió una sombría mirada a Desiderio.

—Vos sois el rey. Haced justicia —miró hacia arriba, a las abrazaderas de la columnata, vigas altas que ayudaban a apartar las columnas del edificio. Las señaló—. Servirán como horca.

Una ligera llovizna cayó sobre la plaza. Regeane sintió cómo unas cuantas gotas le caían por la cara. A su alrededor la gente suspiraba. En la periferia de la multitud, los miembros menos interesados de la asamblea, viendo la inminente llegada de la tormenta, comenzaron a marcharse a sus casas apresuradamente. Regeane cogió el brazo de Maeniel y le acercó más al obispo. Esperaba de alguna forma ponerlos a ambos bajo su protección. Desiderio era un hombre traicionero. Maeniel todavía estaba encadenado. De algún modo, tenía que quitarle ese collar del cuello.

Vio la rabia en la cara del rey y el miedo en la de Hugo cuando ella acercó a Maeniel al obispo. La lluvia estaba llegando a la plaza como una niebla empujada por el viento y bajo ella la gente empezaba a desaparecer. La ropa de Regeane se empapó

antes de que se diera realmente cuenta de cómo había pasado. Hugo se inclinó y le habló al rey en voz baja. Desiderio levantó la mano. No, pensó ella. No.

Remingus, el fantasma, el terror, el cadáver momificado, estaba junto a ella. Sus cuencas vacías miraban a Hugo.

El capitán de la guardia tenía una lanza. Hugo la cogió y la lanzó hacia Regeane. La lanza le dio en el cuerpo, un poco por encima de la cadera izquierda. El dolor de la muerte la recorrió por entero y ella cayó de espaldas sobre la calle. El cambio intentó llevársela, como un halcón a un conejo, con un ataque súbito. Ella lo rechazó. Todavía le asustaba lo que la muchedumbre podría hacerle si se convirtiera en loba a plena luz del día.

—Llama a la loba —rugió Maeniel—. Llama a la loba, Regeane. Sólo la loba puede salvarte.

En ese momento cayó toda la fuerza de la tormenta. La lluvia azotó a la multitud. Las mujeres huyeron hacia la iglesia, pero los hombres no corrieron. El mundo se desvanecía. Maeniel se volvió lobo mientras caían los relámpagos. Las cadenas cayeron.

La cadena, pensó Regeane, todavía revolviéndose en la calle, *la cadena*.

El collar todavía le rodeaba el cuello y le unía a la cadena, pero el extremo de ésta ya no estaba bajo el control del capitán de Desiderio. Un segundo después, Maeniel era de nuevo hombre y la cadena se convertía en un arma.

El primero de los mercenarios que intentó cogerlo tuvo una muerte terrible. La cadena se enrolló en torno a su cuello. La cara se le volvió escarlata, después azul. Maeniel tiró; los eslabones se cerraron formando una espiral más estrecha y le arrancaron la cabeza. Los mercenarios del porche dispararon a la muchedumbre. Conducidos por Maeniel, Robert y sus amigos cargaron contra el porche.

Regeane notó sus sentidos embriagados de noche mientras su hermana oscura iba ganando el control absoluto; al momento, la loba de plata se agazapaba sobre los adoquines. Los nobles y funcionarios de la corte lombarda colapsaban la entrada al palacio en su histérica huida. Sin importarle la seguridad de nadie salvo la del rey, el capitán de la guardia empujó a sus hombres, los convirtió en una amplia cuña y pasó por encima y entre los cuerpos de los aterrorizados cortesanos hasta introducir al rey en palacio. La loba de plata vio a Hugo entre los últimos rezagados, agarrado a la espalda del capitán. Éste se volvió y, lanzándole a Hugo una mirada malévol, lo arrojó sobre Maeniel, que dirigía la carga.

Maeniel simplemente le dio un codazo para apartarlo en su intento por alcanzar al rey pero, de nuevo, el capitán de la guardia se impuso. Golpeó con su maza el hombro de Maeniel y lo puso de rodillas. No podía herir realmente al lobo, pero sus cuerpos bloquearon la entrada y le dieron al resto de la guardia, ahora mortalmente aterrorizada por la turba, tiempo para abrir las puertas hacia fuera.

—Atrás —le dijo a Maeniel—. Mataremos a los que estén en el pasillo. Atrás.

Maeniel y Robert sabían que era cierto. El estrecho pasillo llevaba directamente al

patio de palacio y estaba construido de tal forma que era fácilmente controlado por unos cuantos hombres. Las puertas se cerraron de un portazo y el sonido se perdió en el casi constante redoble de los truenos.

El obispo seguía sentado en su silla. Los pocos rezagados que no habían podido escapar con el rey estaban acurrucados junto a él. Éstos incluían a Chiara, Armine, que la abrazaba protector, unos cuantos ancianos, mujeres y Hugo, que había conseguido echar a codazos a los más débiles y capturar la posición más cercana al obispo.

Regeane vio que no quedaba ninguna cordura en las caras de los integrantes de la turba.

Maeniel se puso deliberadamente entre el obispo y los furiosos hombres y se enrolló la cadena en el brazo.

—No —dijo—. Están indefensos y son inocentes. Robert, ¿dónde están los asesinos?

El obispo demostró entonces su agudeza.

—Huyeron —dijo—. No pudieron entrar en palacio y el resto no quería defenderlos —señaló la calle que llevaba a la catedral, la única entrada realmente buena a la plaza.

—No —gritó Robert. Cortinas y cortinas de lluvia volaban por la plaza—. Nunca los cogeremos con este tiempo.

—Habla por ti mismo —le respondió Maeniel—. Y si yo soy demasiado lento, mi esposa puede.

Regeane se dio la vuelta y cargó atravesando la plaza. Robert y los otros la siguieron a través de la lluvia. Un relámpago cayó cerca del porche, impactando sobre uno de los almacenes. Prendió en llamas, llenando el aire con un estremecedor olor a pelo y plumas quemadas, sólo para extinguirse con la lluvia.

Regeane, tras el rastro de la banda de criminales, dudó un segundo y después siguió corriendo. El viento de cara le decía que estaban más adelante, locos de miedo.

Maeniel le dedicó un momento al obispo.

—Metedlos en la iglesia.

El obispo estaba ya de pie y reuniendo a su pequeño rebaño cuando Maeniel se hizo lobo. El lobo lanzó una breve mirada de furia a Hugo, con sus salvajes ojos amarillos. Hugo se escondió detrás del obispo, empujando a Armine y a Chiara a un lado. Armine le devolvió el empujón. El talón de su mano le dio a Hugo en el pecho y le echó dando vueltas bajo la lluvia.

El obispo le devolvió la mirada a Maeniel.

La mandíbula inferior del lobo cayó, sacó la lengua y, por un instante, el obispo hubiera jurado que el animal se reía. Después el lobo saltó del porche y siguió al resto, con la cadena colgando y bailando detrás de él, golpeando los adoquines mientras corría y haciendo volar las chispas.

Fuego bajo la lluvia.



10

El sajón no oyó nada, no vio nada, pero en un momento no había nadie y al siguiente sí lo había. Estaba moviendo su fuego medio consumido con un palo mientras se preguntaba si debería molestarse en añadir más combustible, ya que estaba a punto de enrollarse en la piel de oso para irse a dormir, cuando sintió unos ojos sobre él, miró hacia arriba y vio a la loba negra. Estaba sentada sobre sus patas traseras y le observaba desde el otro lado del fuego.

—¿Matrona?

Un segundo después se convertía en mujer, con su voluptuosa carne iluminada por los cambiantes diseños del fuego. Él apartó la mirada y se quitó el manto.

Matrona se rió.

—Vosotros humanos os preocupáis demasiado por un poquito de piel. ¿Por qué no le echas una buena mirada? ¿Qué pasa? ¿Te resulto repulsiva?

—¡No! —respondió él de inmediato—. Todo lo contrario, pero no me dejaría avergonzar o dejar que mi virilidad se muestre sin ningún propósito.

Matrona soltó una carcajada ronca.

—¿Cómo sabes que no servirá a ningún propósito?

Esta vez se ruborizó.

—No me gustaría que me pillasen con la querida del rey.

La mujer —la loba negra— llevaba un collar, un magnífico dragón de *cloisonné* con escamas de rubí, ámbar, topacio y zafiro. Soltó otra risotada gutural. Ahora se envolvía en su mejor manto de lana bordada, así que podía mirarla. Ella rodeó el fuego y acarició su ya hirsuta mejilla con una mano de largos dedos.

—Escucha, hermoso bruto (y realmente eres hermoso), no soy la querida de ningún hombre y tampoco soy la posesión de nadie, ni siquiera de un rey. Hago lo que quiero y cuando quiero. Siempre lo he hecho y siempre lo haré. Sí, me acosté con Carlos; el señor Maeniel me lo pidió. El rey disfrutó de la experiencia y así yo obtuve

su favor. Y me abrió su mente. Por eso estoy aquí. ¿Dónde están? Carlos ya está en marcha a través de las montañas, pero le confió al señor Maeniel una tarea importante. Si ha fallado, yo debo sustituirle y, si yo fallo, tú debes terminarla.

—¿Cuál es?

Matrona cogió un palo y dibujó un rudimentario mapa.

—Carlos viene por aquí —dijo, mientras hacía una línea indicando un paso a través de las montañas—. Su tío Bernard sigue otra ruta. ¡Aquí!

—¿Ha dividido a sus fuerzas?

—Sí, pero también lo hizo Desiderio. Una mitad tiene su base en Ivrea y la otra en Susa. Si Carlos ataca cualquiera de los dos lugares, sabe que Desiderio llamará a sus fuerzas del otro. Dime el resultado. Tú has mandado hombres. Podrás ver el plan de Carlos.

—Lo veo —respondió el sajón—. Cuando llegue el ataque, Desiderio creará que se trata del grueso de las fuerzas de Carlos. Por ejemplo, si Carlos ataca Susa (porque, si yo fuera Carlos, ahí es donde iría) Desiderio sacará de Ivrea a sus mejores guerreros. Entonces el tío de Carlos, dirigiendo a las fuerzas de Ivrea, podrá atacar a la debilitada guarnición, abrirse paso y atacar Susa por el flanco. Atacadas por delante y por detrás, las fuerzas de Desiderio huirán hacia Pavía. No se atreverá a perder a su ejército ante Carlos, pero alimentará la esperanza de resistir un asedio.

Matrona asintió.

—Pero —dijo ella— no hay mapas del terreno entre Ivrea y Susa. Cuando el tío de Carlos llegue hasta la guarnición, las fuerzas de Ivrea deben cabalgar rápidamente hasta Susa. Se trata de una zona de bosques, silvestre, sin caminos ni senderos definidos. El lobo tenía que encontrar la ruta más rápida desde Ivrea hasta un punto del flanco de Desiderio en Susa. Ahora, te lo pregunto, ¿dónde están? Ambos deberían haber regresado ya.

—No lo sé. Tuvieron una pelea.

Matrona suspiró hondo.

—Teme por ella.

—Sí. Pero ella le siguió, viajando de una forma que no puedo comprender.

—¿El Espejo de la Dama?

—Sí. Prometí esperarla. Como ves, aquí estoy.

—Sí —dijo Matrona—. Sé dónde es. Viajé hasta aquí con mi gente hace mucho tiempo, pero no me servirá para nada, al menos no antes de que amanezca. Ese lugar es peligroso a la luz de las estrellas.

El sajón desvió la mirada hacia el oscuro bosque. Su imaginación no dejaba de mostrarle una imagen de lo que había visto antes de que ella se envolviese con el manto. De repente, se dio cuenta de que no estaba en absoluto cansado. Pero sí que sentía la necesidad de alejarse de ella antes de quedar como un idiota.

—Te llevaré allí por la mañana —dijo—. El paisaje de por aquí ha cambiado con el tiempo y yo seguiré...

Matrona volvió a acariciarle la mejilla.

—¿No estás cansado de esperar? ¿Cuánto hace?

—¿Desde que llegué aquí?

—No —dijo Matrona mientras lo besaba.

Lucila estaba atrapada y lo sabía. Un segundo más tarde, el hijo de Ansgar cerró las puertas y se puso de espaldas a ellas.

—Quédate ahí, Ludolf —ordenó Ansgar—, hasta que averigüe lo que pasa aquí. ¿Lucila? —le preguntó a su esposa.

Ella volvió a estornudar.

—Oh, Dios, sí, es Lucila. La... amiga del papa Adriano. Maldita sea, Lucila, dime lo que estás haciendo aquí y no te quedes ahí intentando poner cara de no haber roto nunca un plato. Te conozco. Y no estarías aquí a no ser que tramaras algo.

—¿Lucila? —repitió Ansgar—. El nombre es bien conocido. Y no, no me digas lo que maquinan. No quiero saberlo. Stella —se dirigió a su esposa—, no más preguntas.

Stella parecía medio enferma, pero indignada.

—No importa... esposo, te digo que...

—No, ya me has dicho suficiente. No digas más. No quiero tener conocimiento de ningún complot. No quiero saber nada que me obligue a tomar medidas drásticas. Mi señora Dulcinia, ¿cómo has podido permitir ser usada para crear una situación tan embarazosa? Soy un hombre leal a Desiderio, el rey lombardo. Gobierno mis tierras por su designación, tal y como lo hizo mi padre antes que yo, y le debo buena fe y lealtad a mi señor. Ahora, Lucila —siguió con severidad—. ¿Os deben esos hombres, la escolta con la que venís, os deben lealtad?

Lucila se recompuso.

—No —dijo—. No, pertenecen al conde Rufus de Nepi. Por favor, por favor, Ansgar, que no haya derramamiento de sangre. Permíteme pagarles por sus servicios y dejarles ir en paz.

—Muy bien, pero sin trucos. Y no pasará nada entre vosotros que mi hijo no pueda oír o ver y tu amiga, Dulcinia, se quedará aquí como garantía de tu buen comportamiento mientras lleves a cabo este asunto. Hijo, acompaña la, alerta a tu tío, pero no hagas nada que alarme al pueblo.

Lucila se retiró del brazo de Ludolf.

—Dulcinia, cuéntame lo que está ocurriendo —dijo Stella severamente.

—No, Dulcinia, no lo hagas y, Stella, quédate callada.

Stella estornudó tres veces y se sonó la nariz con su pañuelo.

—Oh, Dios, me siento fatal y encima esto. Esposo, ella trama algo y deberías averiguar lo que...

—Shh, querida —dijo él mientras abrazaba a Stella—. Vuelve arriba. Hablaremos

durante la cena. Estás enferma y necesitas descansar.

—Mi amor —dijo ella—, no me beses. Cogerás lo que yo tengo.

Él sacudió la cabeza.

—No, no lo creo. Cada primavera como un reloj, y a veces en otoño, te pasa lo mismo. Sólo Ludolf parece sufrirlo de vez en cuando como tú, aunque no tanto, gracias al cielo. Y, dado que es tu hijo, no creo que sea contagioso. Ahora haz como siempre, sé una esposa obediente y sensata. Ve a descansar y hablaremos más tarde en la cena.

Stella subió las escaleras, todavía murmurando para sí.

—Obediente y sensata, nada menos.

Ansgar podía resultar tan exasperante. La presencia de Lucila la había alarmado y su querido esposo no parecía tener ni la más remota idea de lo inquietante que era este giro de los acontecimientos. *A decir verdad*, pensó Stella, *estoy asustada*. En vez de irse a su habitación, se dirigió a la de su marido. Daba a la plaza.

Un grupo de criados estaba junto a la ventana cuando entró. Todos excepto su doncella, Avernia, se dispersaron. Avernia era un personaje privilegiado. Había estado con Stella desde que tomase su primer amante en Roma, a petición de Lucila. Stella se unió a ella en la ventana.

—¿Es ésa quien creo que es? —preguntó Avernia.

—Sí —dijo Stella.

—Por mi vida. Lucila. Ah, bueno, no tienes nada que temer. Él lo sabe todo sobre ti.

Stella le dirigió una mirada vacilante.

—La mujer que deje saber todo sobre ella a un hombre, es una idiota. Cuando le conocí le dije que era prácticamente virgen... que Aldric era mi primer amante.

Avernia puso los ojos en blanco.

—¡No! Nunca me lo contaste.

—Yo era la atracción estrella de un burdel y, embarazada o no, nunca se hubiera casado conmigo si no hubiese pensado que era una mujer agraviada.

—¿Qué vas a hacer? —Avernia parecía asustada.

Stella se lamió los labios.

—No lo sé, pero no puede quedarse aquí. Tarde o temprano se vengará por haberla descubierto ante mi marido y le contará todo sobre mis pequeñas aventuras en Roma.

—De todas formas, él no te repudiará —dijo Avernia—. Eres la madre de sus hijos. Seguro que no lo hará. No, sería imposible...

—Cierra la puerta —dijo Stella entre dientes—. ¿Qué pasa? ¿Quieres decírselo a toda la casa?

Avernia fue corriendo a cerrar la pesada puerta de roble y corrió un gran pestillo de hierro.

Stella se sentó en la cama, abriendo y cerrando los puños sobre el vestido de seda.

—Maldita Lucila —susurró—. Maldita puta intrigante. ¿Qué hace aquí? ¿Cómo se atreve a interferir en mi vida otra vez? ¿Cómo se atreve a meter a Ansgar en problemas?

Avernia se encogió de hombros.

—No creo que importe lo que esté haciendo aquí. El problema es cómo deshacerse de ella.

—Dios —susurró Stella—. Dios. Ansgar es lo mejor que me ha pasado nunca. ¿Por qué viene aquí a arruinarlo todo? La mataré si me hace parecer una vulgar ramera ante él.

—Bueno, eso es lo que eras.

El impacto de la bofetada resonó en la habitación. Avernia chilló tan fuerte que Stella estaba segura de que lo habrían escuchado en la calle. Avernia rompió a llorar y corrió hacia la puerta. Stella saltó de la cama y la cogió entre sus brazos.

—No, no, no lo hagas. No salgas de aquí haciendo una escena. Tienes tanto que perder como yo con todo esto. Debes quedarte aquí y ayudarme a pensar en una salida.

Avernia quería ponerse histérica, pero lo que Stella decía era tan cierto que procuró controlar de inmediato su cólera y su dolor. También ella tenía un marido, el herrero del pueblo. Le había dado cinco hijos y todos vivían y prosperaban en la nueva ciudad. Tampoco podía permitirse un escándalo sobre su pasado.

—De acuerdo, pero no abofetees a quienes sólo te están diciendo la verdad. Dedicar tus esfuerzos a resolver esto. Perder la calma conmigo no nos ayudará.

—Sí, sí. Calla y déjame pensar. —Stella comenzó a pasear arriba y abajo. Su segundo recorrido por la habitación la llevó hasta la ventana. Miró a Lucila, que estaba en la calle. Se detuvo, después caminó a paso ligero hasta el escritorio de su marido, situado en la pared opuesta a la cama, se sentó, encontró una tablilla de cera y comenzó a escribir trabajosamente.

—¿Qué haces?

—No creo que Lucila quiera interferir en mi vida si le doy unos cuantos problemas de los que preocuparse.

—¿Cómo lo harás?

Stella no respondió, sino que preguntó a su vez.

—¿Todavía van a ir tus hijos a Florencia para comprar virutas de hierro?

—Sí.

—Entonces podrán llevar una carta.

—Lo harán si se lo pido.

—Será mejor que lo hagas. Y no le digas ni una palabra a Ansgar, ¿me oyes? Ni una palabra.

—No...

—Yo sí —Stella levantó la vista de la mesa—. Procura mantener la boca cerrada. Hazlo por el bien de las dos. O ese grande, fuerte y malhumorado esposo tuyo

averiguará cómo te ganaste tu dote.

Avernia tragó saliva.

—No —dijo mientras se persignaba—. Me quedaré callada como una tumba y mis hijos también. Lo juro.

En algún momento anterior al alba, el sajón le preguntó a Matrona:

—¿Cómo supiste que no era un campesino?

Ella se rió.

—¿Qué campesino sabe limpiar el óxido de una cota de malla, escoger un buen caballo de guerra y entrenarlo para la batalla, afilar una espada de forma tan experta que afeitaría las cerdas de un jabalí manteniendo la hoja pulida como un espejo? En lo que respecta a la espada, te observé con el arma que cogiste en ese horrendo lugar en el que Regeane y tú intentasteis refugiaros. Esa cosa parecía un atizador para la chimenea y, de hecho, creo que probablemente alguien lo usaría a tal efecto, pero en una semana la tenías limpia, afilada y brillante como la luz de la luna.

El sajón estuvo de acuerdo.

—Aunque maltratada, era una buena arma. Tuve que sacrificar algo de acero para eliminar la corrosión y el óxido de la hoja, pero como la habían tallado con mucha precisión no resultó dañada en el proceso. Siempre que se afila se pierde algo de acero en la hoja; un buen herrero siempre lo tiene en cuenta.

—Así habla un verdadero granjero —dijo Matrona—. Siempre se preocupan mucho por sus juguetes con filos.

—En mi país, a veces lo hacen —contestó el sajón—. No puedo lamentar ser tomado por un hijo del campo.

—¡Sí! ¿Es por eso que dejaste que te usaran como mula de carga cuando te vendieron al otro lado de las montañas?

—¿Cómo lo has sabido?

Debía haberse ruborizado; Matrona sintió el calor en su piel.

—Tu cuerpo lleva las marcas de los arreos y del látigo —dijo ella—. ¿Por qué no dejaste que tu familia pagara un rescate?

Él permaneció en silencio.

—¿Por qué? —volvió a preguntar Matrona.

—¿Estoy yo compartiendo tu cama o tú la mía?

—Estamos en el bosque, no hay camas —respondió Matrona.

Él se tomó un momento para absorber la información.

—No hay promesas entre nosotros.

—Ninguna. Placer mutuo, eso es todo.

—Era demasiado orgulloso. Mi señora madre estaba muerta. No quería que los hombres me señalaran y dijeran «ahí va un hombre con un precio» y después escuchar las risas de las mujeres. Preferiría hacer el trabajo de una mula.

Matrona suspiró.

—Hombres, las cosas que hacen en nombre del honor.

—Creo que no puedes imaginarlo. Confieso que muchas noches lloraba tumbado en el miserable establo en el que nos encadenaban, deseando desesperadamente estar en casa, con mis caballos, halcones y sabuesos. Me hubieran matado de alguna forma lenta si me hubieran vuelto a capturar. Maté a dos hombres cuando escapé, pero prefiero la muerte a una esclavitud perpetua, a un exilio perpetuo.

—Sí —respondió Matrona.

—¿También tú?

—Sí. Hace tiempo, una o dos veces, tomé esa decisión, pero me estoy quedando dormida.

Él respondió abrazándola con más fuerza. No sabía si era él el que se aferraba a ella o ella a él, pero tras tanto tiempo solo, sentir el cuerpo de una mujer resultaba reconfortante.

Se lo debía todo a Regeane y a su gente. Soñó con ellos, con los lobos de la niebla. Elegantes, seguros de sí mismos, moviéndose como fantasmas a través de los árboles al caer la noche. En el cielo, el sol se deslizaba entre las sombras mientras las nubes bajaban desde las montañas. Él descendía hacia su campamento. Además, cargaba sobre el hombro el cuerpo destripado de un ciervo. Se preguntaba si le atacarían, si intentarían quitarle el ciervo. Pero no lo hicieron.

Uno a uno, aparecieron, tan semejantes a los retales de nieve sobre la tierra del bosque (blanco grisáceo con ojos brillantes) que no fue consciente de su presencia hasta que el movimiento les descubrió. Les saludó y les vio pasar, su enorme líder y su compañera al final del grupo. Y sabía, sin saber cómo, que le habían estado observando, capaces de atacar y matarle fácilmente si hubiese hecho algún movimiento contra el resto, pero que respetaban el poder interior que veían en él, como él en ellos. Así que tenían una tregua, de un depredador peligroso a otro.

Y cuando se encontró en la situación más comprometida de su vida, ellos acudieron para ofrecerle protección y consuelo, le proporcionaron cobijo y le liberaron.

Cuando Matrona se despertó, el sol proyectaba rayos de luz entre los pinos. Él ya estaba en pie; olía a pan recién hecho. Se levantó y apartó las mantas. Él apartó la vista y le ofreció su manto. Matrona se rió.

—¿Qué? ¿Todavía no estás curado?

—Mirarte hace que desee comenzar de nuevo.

—Asegúrate de que tu esposa sea una mujer ardiente, de lo contrario siento lástima por ella. No hay nada mejor o peor que ser constantemente perseguida por la casa por un marido jadeante.

—¿Mejor o peor? —No obtuvo respuesta y, cuando se volvió, ella ya no estaba.

El dragón de oro yacía entre los pliegues de su manto sobre la tierra del bosque.

La loba virgen es la más rápida, la más peligrosa. El viento y la lluvia que éste llevaba azotaban la cara de Regeane, pero la lluvia no le molestaba. El lobo es un animal estupendo para el mal tiempo y el viento le decía en qué dirección huían los asesinos entre las calles estrechas y retorcidas de la ciudad. El diseño en forma de cuadrícula de los romanos había sido rechazado hacía tiempo en favor de la abundancia medieval de caminos entremezclados que llevaban a plazas en miniatura.

La persecución se veía entorpecida por el hecho de que, en su terror, los fugitivos ignoraban los muros, vallas e incluso viviendas que les bloqueaban el camino hacia la libertad. Conducidos por el guerrero con la cara arañada, derribaron de una patada la puerta de una casa, salieron a un jardín amurallado y estaban saltando el muro, que estaba cubierto de picas, cuando Regeane, pisándoles los talones, salió de la casa. Tenía dos segundos para decidir si les seguía. Dado que no había tenido ocasión de comprobar lo alto que podía saltar como loba, le agradó comprobar que podía superar los dos metros; pero una de las picas le rozó el estómago, produciendo un escalofrío de miedo que le recorrió el cuerpo. En cuanto aterrizó en el suelo de piedra del otro lado, comprendió por qué habían emprendido una maniobra tan peligrosa incluso para un humano. La consternación en sus caras resultaba casi cómica. Casi. Podía haber quedado empalada y muerta en una de esas picas.

El líder cogió una piedra; lanzada por el brazo de un hombre resultaba casi tan peligrosa como una flecha de ballesta. Ella saltó, girándose hacia la izquierda con la sinuosa elegancia de una serpiente. Pero le dio en la parte izquierda del pecho, paralizando su pata delantera a la altura del hombro. Dejó escapar un grito de agonía, medio aullido, medio grito, mientras caía sobre el suelo de piedra. Pero sus patas ya estaban en movimiento y sus zarpas se agarraron a las grietas de los adoquines. El dolor —y entonces se dio cuenta de que la única herida era el dolor intenso que sentía— cedió y consiguió mantenerse en pie.

El de la cara arañada estaba prácticamente encima de ella. Garganta: demasiado cerca. Entrepierna: era un soldado, demasiado probable que llevara protección. La sensible cara interior del muslo: perfecto... ahora le tocaba gritar a él. Pero tenía una roca más grande. Le raspó un lado de la cara y estuvo a punto de amputarle una oreja. Se vio obligada a saltar y él logró ponerse en pie y alejarse, pero ahora dejaba tras de sí un rastro de sangre.

Para un lobo, bien podía ser un rastro de brea ardiente. Dejó escapar un grito, en lenguaje lupino. *La presa está aquí al lado*, y escuchó y olió más que ver a Maeniel y el resto al final de la calle. La cadena hacía un ruido temible al chocar contra las piedras. Después volvió a su persecución.

La calle se hizo bastante más empinada hasta convertirse en unas escaleras. Cuando salió de la curva, vio que el que había marcado se retorcía en un charco de sangre. Sabía que debía haber acertado en la gran arteria del muslo. Casi le compadeció, pero entonces recordó los ojos de Itta mirándola a través del agua cristalina, abiertos y vacíos en muerte, y supo que él debió ser el que empujó a la

mujer bajo el agua y le atravesó las costillas con su cuchillo, sujetándola en el cenagoso fondo del bajío hasta que se ahogó.

Su compasión se evaporó. Saltó por encima de su cuerpo y continuó tras el resto. Gracias a su olfato, supo que Maeniel, Robert y sus amigos estaban detrás de ella. Esa maldita cadena, que estruendo tan espantoso. ¿Qué iban a hacer con esa maldita cadena?

La calle era ya una rampa curvada hacia fuera que miraba sobre la ciudad. La lanza parecía no tener prisa mientras volaba hacia ella. Durante un instante Regeane frenó y todos sus músculos se tensaron. Pensaba que podía estar dirigida a ella, pero no lo estaba, y pudo verlo claramente una vez que la sobrepasó.

Un tiro precioso. Precioso. Ella y Maeniel cazaban juntos a la manera de los humanos y sabía cómo debía manejarse una lanza. De los cuatro criminales que quedaban, los dos mayores empezaban a flaquear. Los jóvenes les sacaban ventaja.

La lanza, en el punto más elevado de su arco, se detuvo y cayó, alcanzando al más lento de los fugitivos en el punto de unión entre los hombros y el cuello y atravesando la columna vertebral. El hombre cayó, muerto sin remedio incluso antes de golpear el suelo. Quedaban tres. Los lobos matan, los gatos matan, pero lo hacen de formas distintas. El lobo cae sobre su víctima y la reduce en el suelo. El gato es ágil, el mordisco es un golpe mortal que acaba con su víctima instantáneamente. Pero para la bestia de carne mutable y luz de luna tangible, ambas formas eran posibles.

Muerte de lobo, pensó Regeane y apresuró la marcha. Mortal, casi tan rápida como un guepardo, más rápida que la mayoría de las bestias con piernas, se acercaba, acortando la distancia entre ella y el otro rezagado. Había matado al chico y había disfrutado con ello. El hijo era, con su constitución debilucha, sólo un niño prácticamente indefenso, una presa fácil.

La ancha y empinada calle se torcía sobre el pueblo de más abajo; solamente un muro de protección no muy alto separaba la calle de una caída sobre el batiburrillo de techos de tejas. Detrás, al mejor ritmo del que era capaz, Maeniel sintió cómo el corazón se le subía a la garganta. Se dio la vuelta, dispuesto a encargarse de cualquiera de los amigos de Robert que dejara escapar otra lanza, pero ninguno de ellos parecía muy dispuesto a intentarlo. Ellos, tanto como el lobo, olían la sangre y estaban listos para enfrentarse mano a mano con los supervivientes.

Más adelante, Regeane se aproximaba a su presa elegida. Él la vio por el rabillo del ojo. Corría por el lado exterior de la calle, en el que el carril de seguridad le llegaba a media pierna. Se desvió bruscamente hacia él y se golpeó la rodilla dolorosamente contra el freno de piedra, pero podría haberse salvado si el hombro y las mandíbulas de Regeane no le hubieran empujado por la izquierda. Perdió el equilibrio y cayó. El grito fue terrible, escalofriante, pero breve. Se dio de cabeza contra un tejado de terracota. Le rompió el cuello y le aplastó el cráneo.

Regeane se frenó un poco para el esfuerzo final. La calle había llegado hasta la cumbre de la colina y los dos que quedaban delante contaban con ser más rápidos en

la bajada que los lobos, Robert y sus amigos. La lluvia había disminuido, pero la loba le advirtió a Regeane que la tormenta aún no había terminado, ya que oscurecía por momentos. La luz se iba y un crepúsculo verdoso de pesadilla acechaba a la ciudad. Unos relámpagos brillaron en el cielo y cayeron cerca de allí; la casi simultánea explosión del trueno llenó a la loba de terror. Casi se escapa al control de la mujer. Redujo la marcha drásticamente. Se le puso el vello de punta mientras la electricidad estática bailaba como fuego sobre su pellejo, pero la mujer dirigía a la loba. Inexorablemente, se sacudió el miedo y su vista, deslumbrada por el destello, se aclaró. Pero cuando fue capaz de ver de nuevo, se dio cuenta de que los dos fugitivos restantes habían desaparecido.

En la plaza, Chiara observó con los ojos abiertos de par en par cómo la turba iniciaba la persecución.

—Te lo advertí, maldita sea, te lo advertí —rugió el huésped de Hugo.

Durante unos instantes Chiara no respondió, después dijo:

—Al menos, gracias a Dios, se han ido.

—No te molestes en agradecersele a Dios. Agradéceselo al obispo. Si no hubiese hablado cuando lo hizo...

—Podríamos estar todos colgando de las vigas. La muchedumbre estaba deseando colgar a alguien y puede que hubiesen aceptado sustitutos.

El obispo se estaba levantando.

—No —le dijo a Chiara—. No se han ido todos.

Las armas de la guardia de Desiderio habían tenido algún efecto. Había cinco montones empapados y sangrantes abandonados sobre los adoquines. Al menos tres de ellos todavía se movían. Aunque el cielo se estaba poniendo más oscuro, la lluvia disminuía; el obispo se quitó la capa y la toga doradas. Llevaba una túnica de lino gastada y pantalones. Saltó algo torpemente desde el porche y comenzó su ronda entre los heridos. Mientras absolvía de la mejor forma posible los pecados de los vivos y de los muertos, empezó a dar órdenes.

—Vosotros, los hombres, id a por camillas. Hay algunas en la iglesia. Los heridos deben ser trasladados a un lugar más seguro. Y recoged a los muertos... —Los cadáveres seguían en el lugar donde habían sido colocados para la inspección del rey—. Ponedlos en el porche, protegidos de la lluvia hasta que puedan recibir un entierro cristiano.

Gimp, siguiendo las instrucciones del huésped de Hugo, y un par de hombres más ayudaron a mover los cuerpos, mientras que otro grupo, compuesto en parte por mujeres, corrió hacia la iglesia.

Armine continuaba sosteniendo a una todavía temblorosa Chiara.

—Niña —dijo—. En este día has visto cosas capaces de perturbar las almas de hombres adultos. De hecho, yo no lo olvidaré.

El obispo regresó al porche del palacio. Armine le echó una mano para subir. Tenía la ropa empapada, el escaso cabello pegado al cráneo, pero parecía extrañamente más joven que cuando llevaba el peso de la capa y la toga ceremoniales.

—A dos de ellos ya no es posible ayudarlos. A otro, no lo sé. Está muy malherido. Es probable que los otros dos sobrevivan si se les pone bajo techo y son atendidos inmediatamente.

Justo entonces llegaron dos hombres con una camilla. El obispo los dirigió en el traslado de los heridos a la iglesia. Chiara se liberó de los brazos de Armine y corrió al otro extremo del porche, donde ahora estaban los cadáveres. Los dos más jóvenes estaban juntos en un extremo de la fila; los habían puesto cerca de la puerta de palacio. Chiara miró a Mona y a su primo. La lluvia y los dolientes habían lavado la herida que hendía la cabeza del chico. Estaba en carne viva, un corte rojo en su lívido cuero cabelludo y parte de la cara. Habían cosido el cuello cortado de Mona, pero su mano mostraba el muñón del dedo que habían cortado para robarle el anillo.

—No son más que niños —susurró Chiara, alargando la mano para tocar la cara de Mona.

—Ella tenía catorce, él doce —le dijo el huésped de Hugo.

—¿Cómo lo sabes?

—Escuché cómo lo decían. Escucho muchas cosas. Ahora sal de aquí conmigo. Te lo advertí.

Chiara hizo rechinar los dientes.

—Cállate, so... so... so...

—¿Qué debo hacer ahora? —dijo el espíritu y después se rió—. ¿Enseñarte algunos buenos insultos?

—Ojalá tuvieras una cara para poder abofeteártela —dijo Chiara—. Y, por cierto, ¿qué quiso decir esa farsa que montaste en mi habitación anoche?

Antes de que pudiera responder, llegó Armine.

—Mi queridísima hija, ¿con quién hablas?

Chiara miró a su alrededor frenéticamente.

—Con Gimp —sugirió más o menos.

—No está aquí —dijo su padre con severidad.

—¿Con Hugo? —dijo esperanzada.

—Está inmerso en un total espasmo de terror, enganchado a la silla del obispo.

Más abajo, en el otro extremo del pórtico, el obispo intentaba arrancar a Hugo de su silla con poco éxito. La mayoría de los otros cruzaban la plaza camino de la catedral. La lluvia había disminuido, pero el cielo estaba negro como la noche.

—Vamos, el tiempo empeora. Vamos —dijo Armine en un tono que no dejaba lugar a la desobediencia. La cogió de la mano y comenzó a empujarla hacia el borde del pórtico.

—No —dijo el espíritu—. No lo hagas.

Chiara se soltó y le habló al aire vacío de una forma que asustó a Armine más de lo que lo había hecho la tormenta o la turba.

—No —repitió ella—. ¿Qué va a pasar?

—Cállate —dijo el huésped de Hugo—. Estoy escuchando. Uno.

Chiara miró a su alrededor con los ojos dilatados de miedo.

—Dos —dijo el huésped de Hugo—. Abajo, abajo, abajo —gritaba—. A la de... tres.

El rayo cayó. Todo el foro quedó iluminado por un brillo azul sobrenatural. La torre de la iglesia, la estructura más alta del foro, se derrumbó, las pesadas piedras caían y agujereaban como clavos el tejado de tejas de la catedral. El almacén de madera se deshizo y prendió fuego.

Chiara vio cómo el obispo salía despedido como si le hubiera empujado una mano gigante. Hugo miraba hacia arriba, con la boca abierta y, medio segundo después, Chiara se dio cuenta de que Hugo no podía ver nada. Sólo se le veía el blanco de los ojos. Seguidamente, se desplomó como una muñeca de trapo.

Armine se las arregló de algún modo para mantenerse en pie, aferrado firmemente a su hija. El obispo giró y giró hasta que él también acabó de algún modo en brazos de Armine. La explosión del trueno fue simplemente ensordecedora, el peor sonido que Armine hubiese escuchado nunca desde aquella vez en que escapó por los pelos de una avalancha en los Alpes algunos años atrás. De hecho, este sonido era incluso peor.

La lluvia empezó a caer con fuerza justo después del relámpago, cortinas y más cortinas de lluvia salvaje, cegadora, empujada por el viento. Lluvia tan cerrada que ahora resultaba imposible ver el otro lado de la plaza. Lluvia que extinguió el fuego del campanario. Armine era un hombre grande y fuerte. Rodeó con sus brazos a Chiara y al obispo y los protegió de la ráfaga hasta que tanto el viento como la lluvia amainaron lo bastante como para huir del porche del palacio y adentrarse en la medio derruida catedral. Era de construcción romana, piedra y hormigón, y, excepto por unos cuantos agujeros en el techo, seguía siendo acogedora, cálida y seca.

Un segundo después, Regeane alcanzó también la cima. Los dos hombres a los que había estado persiguiendo ya no estaban. Había esperado verlos en la cuesta de bajada que conducía a las puertas. La misma lluvia cegadora que había caído sobre la plaza golpeó a Regeane, retrasando de nuevo a la loba.

¿Adónde? ¿Adónde habían ido? A un lado de la plaza había un muro que aguantaba una villa de una colina aún más alta, pero a la derecha lo que había sido un precipicio se había convertido en una pendiente arbolada —empinada sin lugar a dudas, pero posible de escalar— que conducía a una ciénaga pantanosa que el río inundaba cada primavera.

Regeane redujo la marcha, el viento y la lluvia la azotaban, empapando su pelaje y enfriándole el cuerpo. Pero tenía la sangre alterada y anhelaba matar. Los antiguos sueños de las hembras en las manadas de lobos de antaño la reclamaban, apelaban a

su corazón. *Pequeña hermana, nueva hermana, naciste para esto. Cuando no existían los humanos, cuando nosotros gobernábamos y vagábamos por los lugares más duros y más difíciles, por glaciares, por desiertos de nieve y hielo, por llanuras donde la hierba muere bajo el ardiente calor y alimenta fuegos salvajes que oscurecen el cielo, por bosques, verdes bosques donde la lluvia nunca deja de caer, hubo una vez que gobernábamos y prosperábamos en todos estos lugares. Fuertes y sin miedo. Tú, la más peligrosa entre los mortales, conduce a tu presa hasta ti y derríbala.*

Sí ¡Allí estaban! Avanzando cuesta abajo a través de la maleza. Malas hierbas, zarzamoras, cañas, rosas silvestres, abetos rojos, abedules y coscojas hacían que el camino fuera difícil. Pero si alcanzaban el río... Vio varios botes pequeños amarrados en la orilla; si conseguían hacerse con uno, podían escapar. Una vez río abajo podían perderse en las enormes marismas —sólo medio domesticadas, incluso en tiempos romanos— del valle del Po.

Ni siquiera los lobos podrían seguirles a través de los matorrales de juncos, espadañas, islas diseminadas y diminutas vías fluviales formadas por el río. Más allá esperaba la costa y los barcos que podían librarles para siempre de cualquier persecución posible.

No, pensó Regeane. No.

Saltó sobre el pequeño muro de piedra que separaba la calle de la cuesta. Y bajó, medio corriendo, medio deslizándose a través del lodo agitado por corrientes de agua dulce producidas por la abundante lluvia que caía sobre la pendiente. Medio se deslizó, medio corrió hasta que la colina se hizo menos empinada y pudo encontrar mayor sujeción en la hierba y los matorrales altos, retamas doradas punteadas por los tallos espinosos de las rosas silvestres.

El golpe la cogió por sorpresa. Uno de ellos se había dado la vuelta para romper una pesada rama de una coscoja. Ella se tambaleó y él le intentó dar en la cara, apuntando a los ojos. Enfurecida, ella se lanzó también a por los ojos del asesino, falló, y cayó hacia atrás mientras una de las afiladas ramas le atravesaba el hombro. Gritó de dolor, intentando levantarse, pero entonces sintió el impacto de algo que parecía ser el extremo útil de un ariete.

Maeniel, llegó con fuerza, velocidad e instinto asesino. Inmovilizó al hombre y le desgarró la garganta.

Robert le pisaba los talones a Maeniel. Le dedicó sólo un vistazo rápido al tembloroso cuerpo de su enemigo y acertó distancia con el último de los asesinos, el chico que había confesado en la plaza.

Acorralado, se dio la vuelta, de espaldas a un grueso y retorcido tronco de sauce. Robert estaba ya sobre él.

Los dos lobos se limitaron a mirar. Al mercenario le quedaba un último truco. Alzó los brazos y dijo «¡No!» como si se rindiera miserablemente. Después fue a por los ojos de Robert con dos dedos de una mano y —de algún modo guardaba un

cuchillo— con la otra intentó acuchillarle en el vientre.

Robert, que todavía bajaba por la cuesta, no se dejó engañar ni por un segundo. Metió la barbilla, se volvió a medias y le lanzó una cuchillada ascendente en el diafragma con su propio cuchillo, pasando a través de un lóbulo del pulmón y clavándose en el pericardio de su oponente. A cambio, recibió un cruel corte en los músculos de su costado izquierdo, bajo las costillas. Pero entonces su hombro se echó hacia atrás arrancando el cuchillo de las manos del mercenario, dejándole con los ojos fijos en la daga de Robert que sobresalía justo por debajo de sus costillas. Robert dio un paso atrás.

Los ojos de ambos hombres se encontraron.

—Es mortal —dijo el chico, agarrando con las manos el cuchillo de Robert.

—Vivirás hasta que lo saque —le dijo Robert.

—¿Te he matado a ti también? —preguntó el chico.

Por primera vez Robert se dio cuenta de que estaba herido. Exploró el corte con los dedos de la mano derecha.

—No, sólo ha cortado carne —dijo.

—Me alegro —respondió el chico—. Ya se ha hecho suficiente. Yo lo empecé. La vi cuando cruzamos el río para recibir la paga de Desiderio. Me trabajé las mentes de los otros. Ella me sonrió. Era preciosa. Te odié. Sabía que nunca tendría algo así para mí. No te conozco; pero te odié.

Robert alargó la mano y la cerró sobre el puño de su propio cuchillo.

—Cuidado.

Regeane oyó el grito detrás de ella y vio a los otros amigos de Robert de pie en el camino mirando hacia abajo.

—No creo —dijo Maeniel. Era humano e intentaba desenredar su cadena de un arbusto.

Robert colocó su brazo izquierdo como una barra sobre el pecho de su enemigo.

—¿Me perdonas? —dijo el chico.

—No —respondió Robert—. Pero te permitiré rogar el perdón de Dios. No quiero que ardas en el infierno. Sólo tienes un momento.

—Lo sé —dijo el chico—. Mi corazón vacila. Mi pecho está lleno de sangre. Espera. —Cerró los ojos.

Esperaron todos, Robert, los hombres de pie en el camino, Regeane y Maeniel. Ahora era lobo de nuevo. Entonces se abrieron los ojos del chico. Cogió la muñeca de Robert y tiró de su mano hacia fuera, liberando el cuchillo. Salió un horrible chorro de sangre.

Los ojos del chico se abrieron de par en par. Una expresión de sorpresa dominó su cara.

—No duele tanto como pensaba —dijo, y después se desplomó en el suelo y murió.

Robert se tambaleó unos pasos, después se sentó entre los juncos en el agua

fangosa y descansó la cabeza sobre las rodillas.

Regeane y Maeniel siguieron bajando por la colina. Regeane temía por Maeniel. Si intentaba nadar en el río con la cadena alrededor del cuello, podía ahogarse. Pero cuando llegaron abajo, Robert agarró el collar y trató de abrirlo con las manos. Al principio no tuvo éxito, pero después, de repente, ayudado por una impresionante demostración de fuerza bruta, el collar se retorció en sus manos hasta abrirse. Robert no sabía cómo había hecho lo que había hecho, pero tanto Regeane como Maeniel escucharon la voz del oso.

—Adelante, huid, no os puedo detener. Y obviamente no quiero que te ahogues. Quiero ese bello cuerpo tuyo ileso... y tu esposa. La tendré a ella también. Esperad y veréis si no lo logro.

Maeniel desapareció entre los juncos y las espesas plantas acuáticas de la orilla del río. Robert abrazó a Regeane. Durante un momento, ella apoyó el hocico sobre su hombro; después ella también se apartó y desapareció.

Dentro de la catedral el obispo se ocupaba de los heridos. Estaba irritable, gruñón y de muy mal humor. Armine le ayudaba. Este hombre en concreto estaba llorando y gimoteando por culpa de una flecha que le sobresalía del antebrazo.

—Se gangrenará y moriré. Los arqueros las mojan en veneno —chilló el hombre—. Por favor, por favor, decidme que no moriré.

—Cállate, Arnold —le espetó el obispo—. No hay veneno en estas flechas. A los arqueros que contrata el rey les asusta demasiado y son demasiado vagos como para molestarse en hacerlo.

—Sabe mucho del tema —le dijo Armine.

—Sí —le respondió el obispo—. En mi juventud fui un guerrero notable hasta que el último rey, el que precedió en el trono a este retorcido canalla, decidió que necesitaba poner al cargo de este obispado a un obispo del que supiera con total seguridad que no era un sirviente del papa.

Justo entonces, el hombre al que examinaba el obispo dejó escapar un grito que helaba la sangre. No resultaba sorprendente, ya que el prelado había empujado la flecha a través de su hombro hasta sacarla por el otro lado; después rompió el astil y se la quitó del todo.

El obispo tiró al suelo la flecha rota mientras decía:

—Ahora estás curado. Cállate.

Cuando Armine trató de contener la sangre que manaba del hombro de su paciente, el obispo lo detuvo.

—No, no. Déjala que se corte sola. La sangre se llevará cualquier veneno que todavía quede en la herida. Después ponle una venda limpia y mándalo a casa. Allí podrá molestar a su esposa en vez de a mí. —Tras decir esto, el obispo pasó al siguiente herido.

Éste estaba callado, pálido y muy quieto. Parecía profundamente inconsciente.

—Oh, Dios —susurró el obispo—. La única compensación que he tenido durante mi cargo como obispo del rey es no tener que ver este tipo de cosas muy a menudo. Ha recibido el impacto en las tripas y es casi seguro que muera. Todo lo que puedo hacer es preparar opio y dárselo a su mujer. —Sacudió la cabeza y se levantó.

Se volvió hacia el siguiente, pero Armine lo apartó a un lado.

—Mi señor —susurró Armine—, tengo razones para creer que mi hija está...

—¿Está qué? —gruñó el obispo—. Escúpelo, hombre, ¿qué? ¿Embarazada? —Hablabla en voz bastante alta.

—No. No. Shh. Silencio. No, no creo que esté embarazada.

—Bueno, ¿entonces qué? Por todos los santos, hombre, ¿qué?

—Poseída.

—¿Poseída? Por Dios... —el obispo escupió—. Por el triple y santo nombre de Dios, ¿qué estás farfullando? Poseída y un cuerno... y una leche y un pimiento. ¿Poseída? Y una mierda. Por supuesto que está poseída. Todos lo están a esa edad. Los chicos, también. Son peores que las chicas. Al menos las chicas son más discretas. Están atrapados en un lodazal de ardiente deseo y miedo a desahogarlo. Sí, los chicos también. Tienen sexo en el cerebro... todos ellos. Cásala, idiota. Y asegúrate de que sea un hombre, ¿me oyes? Un hombre, no un imbécil amanerado. Y ella estará bien y tú tendrás nietos. Ambos seréis felices. Imbécil, bobo, idiota. Me acosa una plaga de imbéciles. Y esa traicionera serpiente real que ocupa el trono no es el menor de ellos. Ah, lo que daría yo por volver a tener a su padre... Sí, cácala y no con el brujo de Hugo, ésa pequeña araña viciosa.

—No —dijo Armine—. Pero creo que nadie tendrá que volver a preocuparse por Hugo. Le eché un buen vistazo a su cara antes de huir hacia la catedral. Creo que está muerto.

—Sí —dijo el obispo—. Estoy de acuerdo. Un final apropiado para el borracho sinvergüenza. Yo también creo que el rayo hizo bien su trabajo.

—No lo bastante bien —dijo alguien.

Armine, de cara al obispo, vio cómo se le abría la boca a éste de par en par. Se volvió y vio a Hugo de pie bajo el arco que daba al vestíbulo de la catedral, justo cuando entraba en la zona iluminada por la titubeante vela.

—Siento informar —le dijo Hugo al obispo con un gesto medio salvaje, medio triunfante— de que estoy todavía vivo y ni siquiera malherido.

Chiara, que estaba al otro lado del pasillo ayudando a una de las mujeres a hacer vendas con los jirones de una camisa, levantó la vista y contuvo la respiración. Se puso en pie, pareció quedar paralizada y después se movió lentamente hacia Hugo. Él le sonrió, la misma mueca salvaje que le había dedicado a Armine. Le brillaban los ojos con malicia e inteligencia y habló en voz baja a Chiara que estaba, en esos momentos, sólo a unos centímetros de distancia.

Armine sintió cómo se le secaba la boca. Se tragó el nudo que tenía en la

garganta. ¡No! Contra toda lógica, contra la evidencia de sus sentidos, sabía que lo que estaba viendo —fuera lo que fuese— no era Hugo.

Sólo Chiara escuchó lo que le dijo, escuchó las palabras salidas de la boca, la lengua y la garganta de Hugo.

—Resulta fantástica la forma en que están saliendo las cosas. Ahora, por fin, tengo un cuerpo propio.

Chiara se derrumbó desmayada, pero no se hizo daño porque, con una mirada de profundo deseo y devoción, Hugo la cogió y la depositó con cuidado sobre las baldosas de mármol, acariciándole el cabello con increíble ternura mientras lo hacía.

—No me fío de esa zorra —le dijo Lucila a Dulcinia—. De toda la mala suerte posible, ser reconocida en nuestra primera aparición...

—Yo lo llamaría mala organización —dijo Dulcinia—. Deberías haber sabido que eras demasiado prominente como para evitar ser detectada.

—Bueno, podíamos haber caído en peores lugares —dijo Lucila.

Era cierto. Ansgar no era un hombre cruel ni violento. Lucila envió a Nepi a los hombres que Rufus le había prestado, bien recompensados y con una compungida nota al papa en la que admitía que Ansgar había descubierto sus intenciones y que no la ayudaría en posteriores averiguaciones sobre el paradero de la reina franca. Por lo demás, Ansgar era el perfecto anfitrión. Era primavera. El paisaje cercano al pueblo estaba en calma. El hermano de Ansgar, el obispo Gerald, era un devoto cetrero. Sus halcones compartían la iglesia los domingos con sus feligreses y, después de misa, cabalgaba al aire frío de la mañana acompañado por lo que Lucila calculaba sería medio pueblo a caballo y a pie, mientras que él cazaba con sus halcones y sabuesos.

La suya era una contribución necesaria para la comunidad. Los pájaros migratorios podían devastar —y de hecho, lo hacían— las siembras de primavera. Él y sus compañeros cazadores reducían las bandadas y asustaban a un número considerable de las aves mayores, de tal forma que los cultivos pudieran pasar el peligroso periodo de verde juventud, tierna y succulenta, hasta madurar y convertirse en trigo de pan.

La cosecha diaria de chochaperdices, pájaros cantores, conejos y las más ágiles y esbeltas liebres destacaba claramente en los banquetes que culminaban casi todas las noches. Dulcinia cantaba en los banquetes y, por demanda popular constante, en todas las demás ceremonias que ofrecieran la más mínima excusa para celebrar cualquier cosa: desde cumpleaños, bodas, bautizos, santos, todas las ceremonias religiosas, misas, te deums y bendiciones hasta humildes funerales en los que la viuda a menudo encontraba consuelo en una magnífica interpretación de «Stabat Mater» o «Panis Angelicus».

De hecho, algunos paganos recalcitrantes se convirtieron, simplemente porque les ofrecía la oportunidad de escuchar la voz de Dulcinia durante sus ceremonias

bautismales.

Gerald, el obispo, estaba encantado de que cantara antes, durante y después de misa. Después de sus halcones, el arte de Dulcinia constituía su mayor placer. Se sentaba en silencio, apoyado en el respaldo de su trono de madera en el altar, con los ojos cerrados y una gran sonrisa en la cara.

Una bella mañana de primavera, Lucila estaba sentada escuchando la voz de su amiga inundar la nueva catedral y compartiendo la paz casi extática que el obispo y de su congregación irradiaban durante la interpretación de Dulcinia. Se preguntaba de dónde venía todo. Aunque inacabada, la catedral todavía conseguía ser preciosa. Las paredes estaban pintadas con escenas importantes en la vida de Cristo realizadas por un pintor que había estudiado, de entre todos los lugares posibles, en Atenas. Estaban pintadas con un estilo fantástico y dinámico en colores brillantes sobre los muros de estuco blanco. «Las bodas de Caná» se celebraban con un cristo barbilampiño con pelo rizado y oscuro, sentado con su madre entre los invitados a la boda y coronado con laurel. En el otro extremo de la iglesia estaba visitando el templo, sonriendo, instruyendo a sus aparentemente atónitos y encantados mayores. Tras el altar, era el Cristo resucitado, cuyas heridas no eran reliquias de dolor y tristeza mortales, sino ornamentos de un gran conquistador que se erguía victorioso sobre el mal y la muerte.

Lucila era una mujer instruida, por supuesto, pero había leído las antiguas historias y a los antiguos filósofos. Hablaban de un pueblo abnegado, cruel, explotador, militarista hasta la locura, adicto a las conquistas salvajes, que pisaba el cuello de todo aquel que estuviera cerca de sus ejércitos. Un pueblo que eliminaba a cualquiera que se resistiera a sus exigencias y condenaba a los sumisos a ser simples piezas de mobiliario, sometidos a los castigos más drásticos y crueles. Un pueblo cuya idea del entretenimiento era asesinar de forma imaginativa y salvaje a otros seres humanos; un pueblo que se revolcaba en ríos de oro y ríos de sangre.

Y habían llegado a esto: a sentarse en una iglesia en una mañana de primavera fresca y agradable, adorando a un dios que predicaba la inocencia, el perdón y el amor. Escuchando la voz de una chica que había sido una niña abandonada, pero que podía cantar mejor que la alondra, elevándose más y más hacia la luz del sol. *Hasta las cosas más sencillas son un enigma, pensó Lucila. Y el mayor de todos los dones es saber cuán ignorantes somos. Percibir los gigantescos y borrosos perfiles de aquello que desconocemos y no podemos de ninguna forma conocer.*

Entonces, la canción de Dulcinia terminó. Dejó la escalinata del altar e hizo una genuflexión ante la eterna presencia. Gerald la bendijo, mientras decía que la belleza de su arte contribuía a la mayor gloria de Dios. Lucila estuvo tan cerca de orar como nunca antes en su vida... y no estuvo mal, porque al día siguiente acabó el agradable idilio y los problemas llegaron a la ciudad.

Ansgar salió al amanecer. El bandido Trudo, el que había obligado a Lucila y a Dulcinia a pagarle un soborno por cruzar el río, estaba molestando a los mercaderes

que viajaban hasta la ciudad con artículos importantes que vender. Ansgar decidió de mala gana que no podía seguir tolerando los estragos causados por Trudo. Entre los artículos transportados por los mercaderes había sal y Trudo insistía en ser pagado con este valioso producto. Los dominios de Ansgar eran interiores y no tenían otra fuente y, si Trudo seguía robándola, los ciudadanos se encontrarían en una situación desesperada.

—Tenemos que deshacernos de él de una vez por todas —le dijo Ansgar a Lucila en las tempranas horas antes del alba, mientras se preparaba para marcharse.

Stella hizo una escena. Llorando, arañándose la cara, rasgándose la ropa, echándose polvo en el cabello.

Gerald, que había cambiado su cayado de pastor por una espada y una cota de malla sin mayor problema, estaba de pie mirando a Stella con indulgencia mientras ella se entregaba a la histeria.

—A pesar de todo lo demás que pueda haber pensado de ella —dijo Lucila misteriosamente—, siempre pensé que Stella era una persona sensata, pero esto...

Gerald se encogió de hombros.

—Ha sido así desde que se conocieron en Rávena. Supongo que piensa que Ansgar creerá que no le ama si ella no se vuelve loca cuando él se marcha a la batalla.

—Supongo que... sí —dijo Dulcinia—, pero aún así... por dios...

Ludolf, a quien la conmoción lo había sacado de la cama —había heredado de Stella la tendencia al mal de la primavera— bajó para consolar a su madre. Stella se desmayó en un sillón estratégicamente colocado, bien provisto de cojines. Ludolf le sostenía una mano y Dulcinia la otra.

Stella gritó.

—Gracias a Dios que mi hijo se queda aquí. Así que si tú, querido mío, la fuerza de mi alma, la luz de mis ojos, perecieras, al menos le tendré a él para consolarme durante el breve tiempo que resista como un espíritu inquieto en el crepúsculo de mi tristeza en este valle de lágrimas. Oh, desdichada. Desdichada. Desdichada.

Ansgar se apresuró a despedirse, urgido por Gerald.

—Vayámonos ya y se calmará. Cuanto más lo retrases, peor se pondrá. Vamos —ordenó Gerald.

Ansgar se fue con las lamentaciones de su esposa resonándole en los oídos.

Cuando cruzó la puerta, Lucila le espetó:

—Oh, cierra la boca. Reserva tu compasión para ese piojo de Trudo y el grupo de carroñeros cobardes y mal armados que le rodean. Tu marido y sus hombres probablemente los destrozarán como el fuego a las astillas. Tu esposo es un soldado competente e inteligente y Trudo es un golfo vago que quiere vivir de los esfuerzos de los demás. Puede que nunca sepa lo que le golpeó.

Stella llamó a Lucila un nombre característico de la jerga romana que Ludolf no reconoció, se sentó y demandó alimento. Ludolf y Dulcinia se fueron corriendo a las enormes cocinas del fondo de la casa para buscar algo que llevarle.

Stella se quedó sentada mirando con tristeza a Lucila. Estaban en la parte trasera del imponente palacio, en una habitación pequeña que daba al jardín de hierbas. Las costosas especies que aliñaban los pocos banquetes de estado que Ansgar daba se obtenían de aquí. Otras hierbas, medicinales y culinarias, eran preparadas y almacenadas. Un pequeño tramo de escaleras llevaba hasta la bodega de vinos, un lugar privado donde Stella, la señora de la casa, llevaba las cuentas y supervisaba la múltiple y compleja tarea de dirigir la gran propiedad.

—¿Qué le has dicho sobre mí? —le preguntó Stella a Lucila.

—Nada.

Stella sorbió por la nariz.

—No me lo creo.

—Stella, no soy tonta y no me tomes por una. Él es tu marido. Eres la madre de su hijo. No creo que se mostrara agradecido con alguien lo bastante estúpido como para desacreditar tu pasado ante sus ojos. Creo que subestimas a Ansgar. Sí, le cuesta pelear pero, una vez que lo hace, sospecho que es extremadamente peligroso. No tengo ningún deseo de ganarme su enemistad. Y te aseguro que no lo haré difamando a su esposa y, por supuesto, no lo haré mientras sea huésped en su casa, disfrutando tanto de su generosidad como de su hospitalidad.

—Me asustaste cuando te vi —dijo Stella precipitadamente.

—No tienes nada que temer de mí.

Stella frunció el ceño.

—Ojalá lo hubiera sabido cuando llegaste —dijo Stella. Evitaba los ojos de Lucila.

Una terrible sospecha empezó a adueñarse de la mente de Lucila.

—Stella, ¿qué has hecho?

—Creo que no me prestó ninguna atención...

—¿Quién?

—Adalgiso —dijo Stella.

El grito de pura rabia de Lucila hizo que Dulcinia y Ludolf llegaran corriendo. Encontraron a Stella intentando en vano mantener la silla entre ella y una enfurecida Lucila. Pero cuando los espectadores entraron en la habitación, las dos mujeres pararon, se estiraron los vestidos y sonrieron.

—Sólo manteníamos una pequeña charla —dijo Stella, batiendo las pestañas ante Lucila.

—Completamente cierto —dijo Lucila—. No nos prestéis atención. Nuestra discusión, aunque algo animada, es básicamente amistosa.

Tanto Ludolf como Dulcinia parecían no creérselo, pero se fueron y volvieron a la cocina.

—Lucila, ¿puedes calmarte, por favor?

—Sí, sí —susurró Lucila—. Calmarme. ¿Sabías esto antes de dejar que Ansgar se fuera?

Stella asintió.

—Lo sabía, pero no pensaba que Adalgiso se presentaría después de todas las semanas que llevas aquí. Él está, después de todo, escondido con su amante en uno de los pueblos fortificados del norte.

—¿A cuánto está el pueblo más cercano?

—No muy lejos. Puedes ver los muros desde los escalones de la catedral si el día está despejado.

—Lo está —dijo Lucila—. ¿Pertenece a los lombardos?

—Sí, todos estos alrededores pertenecen al reino lombardo.

—Sí —asintió Lucila gravemente.

—Estoy cansada de esta tontería. Cansada y hambrienta —le espetó Stella.

—La histeria te produce apetito.

Stella abrió la boca pero no salió nada. Respiró hondo.

—Deberías estar agradecida de que sea una dama —le dijo a Lucila— y no desee insultarte.

—¿Algo sobre un perro hembra? ¿Era eso lo que tenías en la punta de la lengua? —preguntó Lucila.

—Qué perspicaz eres. —Tras esto, Stella salió con paso majestuoso de la habitación.

Comieron en la cocina. Sí, Ansgar daba banquetes y comía con los principales hombres de la ciudad cada noche y para ello usaba el enorme comedor de estado. Pero las comidas familiares se realizaban en la cocina, una habitación larga con el jardín detrás en la parte oriental de la casa. La mesa era un simple tablón sobre caballetes, con bancos a ambos lados. Gracias a la chimenea situada en un extremo de la habitación, siempre estaba caldeada. Un muro doble al fondo, con una rejilla empotrada, se llevaba el humo y unas puertas plegables que conducían al jardín de la cocina, el cual se extendía por toda la parte de atrás de la casa, estaban abiertas durante el buen tiempo para dejar entrar la luz y la ventilación. Un porche poco profundo con una columnata protegía la habitación en las peores horas de calor del verano y de las lluvias que inundaban el campo en invierno.

En resumen, pensó Lucila, era la habitación más bonita de la casa. Miraba el jardín de la cocina. Verduras tempranas, escarolas, nabos y zanahorias balanceaban su follaje como si fueran plumas sobre los surcos; las últimas cebollas estaban en flor y el ajo estaba saliendo. El robusto romero estaba cubierto de flores azules y el tomillo perfumaba los senderos entre los macizos de vegetales. Las flores de las diminutas plantas trepadoras —que iban desde el blanco, pasando por el morado y el azul, hasta el malva profundo— empapaban el jardín, todavía bastante vacío, con sus colores y fragancias. La salvia todavía no estaba formada del todo, aunque algunos de sus tallos verdes ya lucían tempranas espigas violetas. Sobre los muros, los granados en espaldera estaban cubiertos de los capullos de color naranja encendido que se abrirían para comenzar la buena, ácida y succulenta cosecha de otoño.

Stella estaba sentada a un extremo de la larga mesa, en medio de una intensa consulta con la cocinera sobre el menú de la cena y la futura celebración cuando regresara Ansgar. Dulcinia se sentaba a su lado. Comían queso fresco, pan, cebollas y bacon.

—Necesito hablar contigo, Lucila —susurró Dulcinia—. A solas.

—Nunca vamos a estar tan solas como ahora —dijo Lucila de mal humor—. Stella no nos presta ninguna atención. ¿Qué ocurre?

—Ludolf —susurró Dulcinia.

—Ya me di cuenta de que se te pegaba como un moscardón. ¿Empieza a resultarte desagradable?

—No —dijo Dulcinia, todavía en voz baja, pero tensa—. Todo lo contrario. Sí, todo lo contrario sería apropiado.

Lucila se encogió de hombros.

—Eres una artista seria. Él es un hombre joven y guapo. Ten una aventura. Porque, no te equivoques, eso es lo que sería... una aventura.

Dulcinia sacudió la cabeza.

—Eso es lo que creía al principio, pero... —todavía parecía tensa—. Pero, bueno, verás, tengo un retraso... y... pero...

—Por favor, por favor habla claro —dijo Lucila entre dientes—. Sabes que he tenido una vida dura. ¿Qué pasa? ¿Te asusta escandalizarme? Si estás embarazada, chica, hay medicinas. Si deseas tener el niño, Ansgar estará sin duda encantado, incluso con un pequeño ilegítimo. Puede permitirse mantenerlo y, dicho sea de paso, tú también puedes. Chrispus es muy generoso y no le importará en absoluto quién es el padre.

Chrispus era el cardenal Chrispen Mantleck, coleccionista de instrumentos musicales y músicos ocasionales, uno de los cuales era Dulcinia.

—Por cierto, ¿sabe él algo sobre Chrispus? Espero que no hayas estado guardando un secreto tú también —añadió en voz más baja.

—Oh, sí, lo sabe. Sabe de mi nacimiento y sabe que no tengo padres reconocidos, e incluso sabe sobre mi crecimiento prematuro antes de que me rescataras. No tengo secretos con él. Sí que creo estar embarazada, pero ése no es el problema.

—Y entonces... —Lucila abrió las manos en un gesto de indefensión—, dime, ¿cuál es el problema?

—Está hablando de matrimonio —respondió Dulcinia suavemente.

—Dios mío, eso sí que es un problema. Él no puede...

Dulcinia asintió.

—Lo sé.

—Tú no...

—Oh sí, lo haría —dijo Dulcinia con fervor.

—Oh, maldita sea, estás...

—Enamorada —dijo Dulcinia—. Salvaje, loca y muy desesperadamente

enamorada. Sí, lo estoy.

—Dios, qué desastre.

Entonces se dio cuenta de que Dulcinia lloraba con los ojos abiertos, silenciosamente, dejando caer las lágrimas por sus mejillas. Y, sin saber de cómo, Lucila entendió que Dulcinia era tan hija suya como los otros dos que había llevado en su vientre y que amaba a la cantante quizá más que a esos niños de su propia sangre y carne. Y también estaba dispuesta a amar a Ludolf. Sabía poco sobre el chico, salvo que tenía una cara atractiva y que, cuando Dulcinia confesó su embarazo, él había demostrado el buen gusto de pedirle matrimonio. Parecía un joven honesto.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Lucila.

—Se siente muy mal —dijo Dulcinia—. Tiene un resfriado como el de su madre cuando llegamos. Creo que tiene fiebre. Se fue a su cuarto, pero quiere que suba y le lea un rato.

Lucila se levantó.

—Ven.

Volvieron a las habitaciones del piso superior. Ahora Lucila tenía prisa. Empezó a recoger su falda de montar y las botas del armario.

—¿Qué pasa? —preguntó Dulcinia—. ¿Cuál es el problema? Actúas como si fuera a ocurrir algo terrible.

¿Qué haces?

—Algo terrible va a ocurrir, pero no tiene por qué ser terrible para ti —Lucila ya se había puesto la falda pantalón y metía los pies en las botas—. ¿Dónde está la habitación de Ludolf?

—En la otra ala. Sobre el jardín. Es silenciosa.

Lucila agarró a Dulcinia del brazo.

—Vete a su habitación. —Tenía dos pequeñas botellas en la mano, una envuelta en alambre dorado. Las apretó contra la palma de Dulcinia—. La que tiene el alambre es opio, la otra valeriana. Ve a su habitación, cierra la puerta con pestillo, quédate allí. Manténlo ocupado durante el resto del día.

—¿Pero qué...?

Las uñas de Lucila se le clavaron en la carne.

—¿Lo amas?

—Sí. Sí, pero...

—Entonces haz lo que digo.

—Lucila, me estás asustando.

—Mantente asustada. A veces es muy inteligente estar asustado. Ésta es una de esas veces. ¿Me oyes?

—S-s-sí.

—Incluso si tienes que drogarlo, mantenlo callado durante lo que quede de día. Ahora, vete.

Dulcinia salió corriendo.

Lucila estaba vestida. Se echó una bolsa de cuero al hombro y corrió escaleras abajo. Vio como Stella la miraba desde el pie de las escaleras. Oyó la conmoción en la calle.

Lluvia. La lluvia todavía resultaba cegadora mientras los dos lobos nadaban por el río en dirección a Pavía. Estaba a rebosar de agua del deshielo. *El lugar donde Mona y su familia fueron asesinados debe estar ya bajo el agua*, pensó Regeane. Esperaba que la lluvia purificara la tierra y que los espíritus de los muertos encontraran la paz. Todos los muertos, no sólo las víctimas.

El cielo se empezaba a iluminar mientras pasaba la peor parte de la tormenta. Largos rayos de sol caían a través de la red de nubes de tormenta y conducían hacia la luminosidad a las tierras pantanosas por las que nadaban. Habían huido, eran libres. El pueblo, con su terror claustrofóbico quedaba atrás; la prisión y la muerte eran ya sólo un recuerdo; y el agua fresca y limpia se llevaba la tristeza, el miedo, las huellas y el hedor, e incluso hacía que el recuerdo del dolor resultara más borroso.

Él dirigía. Ella le seguía, el viejo patrón volvía a reafirmarse, extrañamente reconfortante para ambos.

Maeniel parecía tener prisa. Odiaba el confinamiento de las ciudades. Ella había temido un poco por él tras dejar Roma. Cada noche, incluso cuando ella se sentía terriblemente cansada, él se convertía en lobo para salir a recorrer parajes oscuros y a veces peligrosos. Al principio ella le acompañaba en estas correrías, pero después le había pasado factura el agotamiento de pasar los días a caballo o montada en carros por caminos que no habían recibido mantenimiento en varios cientos de años. Eso y los largos terrores de sus luchas tanto con los lombardos como con sus rapaces parientes. El cansancio comenzó a hacerle mella y su prisa por regresar al fuerte parecía tener cada vez menos sentido.

El asunto había llegado a una crisis cuando, una tarde, ella se había arrastrado a su lado tras un día de viento y lluvia. Estaba helada y tan cansada que casi no tenía ganas de cenar. Se había estado mordiendo la lengua todo el día para reprimir las quejas. Necesitaba casi desesperadamente el calor de sus brazos y que su musculoso cuerpo la abrazara, la hiciera sentir segura, a salvo y, sobre todo, amada. Una seguridad que le permitiera pasar la noche en un sueño profundo y reparador sin pesadillas.

Pero en vez de al hombre, sintió al lobo, que salió de la cama y se dirigió tan silenciosamente como la luz de las estrellas hacia la puerta de la tienda y la noche al otro lado. Ella se sentó enfurecida, tan enfurecida que se dio miedo a sí misma. Comenzó a gritar y a tirarle cosas. Cuando él se volvió humano, desconcertado y asustado al ver a su antes complaciente esposa convertida en una arpía chillona, ella se deshizo en una tormenta de lágrimas.

En menos de un segundo, la tienda se llenó de lobos. Todos culpaban a Maeniel

de haberle hecho algo terrible a Regeane o intentaban consolarla y calmar su histeria. Fue entonces cuando entró Matrona con una botella. Persuadió a Regeane de que tomara unos sorbos. El brebaje sabía fatal, pero la calentó y la calmó considerablemente.

—¿Qué es? —preguntó Regeane cuando pudo volver a hablar.

—Una cosilla que cogí entre las islas, detrás del viento del norte.

Nadie dijo nada. Nadie sabía dónde estaba eso.

—Corta los escalofríos —dijo Matrona—. Allí lo necesitan porque siempre hace frío.

—¿Qué le has hecho? —le preguntó Gavin a Maeniel en tono acusador.

La mayoría de ellos eran ahora humanos porque deseaban hablar y el lenguaje lupino era demasiado lacónico para la gama de emociones que fluía por la habitación en esos momentos. Gavin estaba pudorosamente envuelto en una manta, Gordo llevaba su capa como un sarong, Matrona vestía una camiseta de Maeniel y Silvia sólo llevaba puesta su propia piel.

—Debe haberle hecho algo —dijo Silvia—, porque nunca antes la había oído gritar así. ¿Qué has hecho? —le lanzó una fiera mirada a un perplejo Maeniel, que había vuelto a convertirse en lobo.

—Sí, ¿qué has hecho, mi líder? —preguntó Gordo, algo horrorizado.

—Tiene que haber sido algo terrible —dijo Silvia—. Matrona, llévatela a tu tienda. Yo me quedaré contigo. No tengas miedo, pequeña, nosotros te protegeremos.

—Esperad un momento —dijo Gavin—. Le conozco desde que, cuando yo tenía trece años, nos encontramos en aquel bosque irlandés y nunca he visto que...

Maeniel se hizo humano y Matrona le pasó una túnica por la cabeza.

—Callaos —ordenó, y fue obedecido.

Se hizo el silencio.

—Regeane, ¿qué ocurre?

Regeane, ahora avergonzada, abrió la boca para decir «nada», pero Matrona la miró a los ojos.

—Díselo —le pidió.

—Estoy tan cansada... —susurró Regeane.

—Ah, ya veo —dijo Matrona—. Fuera. Todo el mundo fuera. Dejad a los recién casados solos para que resuelvan esto.

Maeniel se sentó junto a ella sobre el colchón plegable y la cogió entre sus brazos. Con un suspiro de agotamiento, ella apoyó la cabeza sobre sus hombros.

—La próxima vez —dijo él, con los labios sobre su pelo—, la próxima vez no te esfuerces tanto en complacerme. —Ella asintió y, mientras ambos se tumbaban, él dijo—: ¿Lo prometes?

Ella se estaba ya quedando dormida cuando respondió.

—Lo prometo.

Sí, lo había prometido, confiando en él entonces como debía hacerlo ahora.

Decirle la verdad.

Comprobó la profundidad del agua que la rodeaba volviéndose humana y poniéndose de pie. Era poco profunda, le llegaba hasta la cintura. El bosque de cañas murmuraba entre las moribundas ráfagas de viento. Extraño, no se apoyaba sobre fango, sino sobre piedra.

Maeniel se detuvo. También se convirtió en humano, pero sus pies dieron con lodo y le costó llegar hasta ella y poder asentar por fin sus pies sobre la misma plataforma.

—¿Dónde estamos? —preguntó Regeane.

—Cómo te preocupas —contestó él—. En algún lugar del valle del Po.

—¿Cómo no voy a preocuparme? No puedo ver tierra firme por ninguna parte. Nada, ni siquiera un árbol, sólo plantas acuáticas, cañas, espadañas y hierba alta, hierba con bordes afilados —dijo ella mientras se miraba un corte superficial que acababa de hacerse en la palma de la mano.

—Shh —dijo él; la rodeó con sus brazos.

Ella dejó que la besara. Mientras lo hacía, una ráfaga de viento particularmente fuerte les golpeó, congelándola. Un segundo más tarde, tenía el vello de punta. Le apartó.

—Tengo frío. La noche se acerca. No sabemos dónde estamos. Nos hemos perdido y tú quieres...

Él volvió a besarla.

—Al menos podrías disculparte.

—Sí —dijo él—. Mis disculpas.

—Disculparte y sentirlo.

—No —le dijo él y volvió a besarla—. Todavía creo que tenía razón. Pero tuviste suerte, al igual que yo. Si el traicionero rey lombardo no hubiese sido un imbécil testarudo, ambos podríamos haber perecido, pero no lo hicimos. Así que no me seguiré preocupando por algo que casi pasa. Sin embargo, es cierto que te subestimé. Y deberás darte por satisfecha con esta admisión y no pedirme más.

Regeane soltó un pequeño grito de exasperación.

Pero después él volvió a besarla y ella descubrió que ya no tenía frío.

—Oh —dijo—. Parece como si no te hubiera visto desde hace años, pero el agua es demasiado profunda.

—¿Demasiado profunda para qué? —preguntó él.

—Déjalo. Deja de tomarme el pelo.

—Shh. Mira.

Una nube cubrió el cielo durante unos instantes y, al oeste, una villa abandonada surgió del chispeante reflejo del sol y el agua.

—Ves —dijo él—. Sabía que ocurriría algo. Siempre ocurre si te relajas.

—No me gusta —dijo ella—. Recuerda al oso.

—¿Qué? ¿Vas a perder la fe en tus sentidos porque una vez te traicionaron?

—Te traicionaron a ti —le espetó ella—. No a mí.

—Sí —dijo él tristemente—. Y en Roma, cierta tumba...

—Vale, tomo nota —dijo ella.

—Nademos hasta allí.

Lo hicieron, abriéndose camino entre las hamacas de espadaña y juncos hasta que alcanzaron un tramo largo y recto de agua despejada limitado por muros de piedra que antes formaban un canal construido para llevar agua a los campos desde el río. Todo el suelo estaba bajo agua. De vez en cuando asomaban a través del agua lo que una vez fueran magníficos mosaicos, en las zonas donde no habían quedado cubiertos por vetas de sedimentos. Dos gladiadores luchaban a muerte en un mural, con sus nombres bellamente grabados junto a cada uno de ellos. Un tal Mirmillo se enfrentaba a un tal Retiarius y el retrato mostraba a Mirmillo enredado en una red de Retiarius mientras su espada se hundía profundamente en el cuerpo de su oponente.

Regeane se detuvo a mirarlo, ganándose así una mirada asqueada de Maeniel. Más allá, un jardín de peristilos miraba al cielo junto a un estanque azul lleno de peces. Los verdaderos árboles y flores del jardín se habían extinguido hacía tiempo a causa de las riadas, mientras sus falsificaciones brillaban en el anegado pavimento. Más allá, las hileras de un huerto (berenjenas, cebollas, apio, perejil, col, salvia y tomillo) hablaban sobre una época de prosperidad perdida ante el río tiempo atrás, los peces mordisqueaban las *tesserae* que formaban las imágenes.

Unas cuantas habitaciones del segundo piso, la mayor parte de ellas sin tejado y con muros cochambrosos que sólo se elevaban unos cuantos centímetros, les ofrecieron el único refugio que habían encontrado hasta el momento. Se zambulleron desde la orilla del canal y nadaron hasta donde los muros sobresalían sólo unos cuantos centímetros por encima del agua. Alguien más debía de haberse refugiado allí hacía tiempo, porque un montículo de paja seca cubría el suelo.

Regeane se volvió humana y un segundo después Maeniel estaba de pie junto a ella.

—Veo que conociste al oso —dijo Regeane—. ¿Qué quería de ti?

—Lo mismo que de ti. Control.

—No —dijo Regeane.

—Sueña con devolver al mundo a su antiguo esplendor, como era antes de que llegara el hombre con ciudades, granjas y reinos que luchan entre sí y destrozara la tierra. Un mundo en el que sólo había animales.

Regeane frunció el ceño.

—¿De verdad?

—Sí. Cree que si combinamos nuestros poderes podría barrer a la humanidad. Creo que, si bien no se equivoca, al menos digamos que sí es ambicioso en exceso. ¿Por lo que a mí respecta? Ah, si fuera posible... Pero he tenido una asociación bastante prolongada con la humanidad y la encuentro mucho más dura de lo que él piensa.

—Eso sería terrible, destruir uno de los grandes reinos.

—¿Grandes reinos? —preguntó él.

—Así es como los llama Matrona —respondió ella—. Pájaros, el reino del aire; peces, el reino de las aguas y el mar. Plantas, el reino del silencio.

Él estaba junto a ella; los rayos del sol de la tarde la habían calentado y él la tenía entre sus brazos y le acariciaba el cuello con la nariz.

—Estate quieto —le dijo, entre risas.

—No pasa nada. Estamos casados. Todos, incluso en la iglesia, lo aprueban.

—Dudo que la iglesia apruebe nada que tenga que ver con nosotros.

—Aún así —dijo él—. El obispo es la prueba de que hasta las instituciones más absurdas son incapaces de silenciar a la gente de buen corazón. Sólo te gusta porque se puso de mi parte en el tema del rescate. Pero, mi amor, el peor momento de mi cautiverio fue cuando te quitaste el velo y revelaste quién eras. Desiderio intentó ahogarme, Hugo me engañó para que me revelara ante el gran altar de la catedral y el oso me amenazó con la muerte si no me rendía ante él. Pero ninguna de esas malas experiencias me asustó tanto como darme cuenta de tu vulnerabilidad. Te amo. Si te ocurriera alguna desgracia, creo firmemente que eso me mataría. Sí, es cierto. Subestimé tus habilidades, pero tú debes recordar los sentimientos de aquel que te ama hasta la locura cuando corras algún riesgo.

—Gundabald quería encerrarme en una jaula con un collar y una cadena —le respondió Regeane a su vez—. ¿Es eso lo que significa tu amor? ¿Un collar y una cadena?

Ella se dio la vuelta entre sus brazos y le miró a los ojos, dirigiéndole la mirada directa que él tan a menudo usaba con los demás. La mirada del lobo, el examen de una criatura que no sabe mentir. Él descubrió que tenía que apartar la mirada y recordó que la madre de la manada es una líder por derecho propio y no simplemente la consorte del líder. Entonces Regeane se hizo loba. Saltó de su nido. Cerca de allí sobresalían del agua como pequeñas islas las partes superiores de algunas columnas que antes soportaban el porche de peristilos. Ella eligió una y se mantuvo quieta para la caza. Pescado, pensó.

Desde su posición exploró silenciosamente las aguas. El momento, cuando llegó, fue veloz como el rayo. El pez se agitó muy poco o nada. Le había partido el espinazo con los colmillos. Depositó el cuerpo a sus pies, sobre la cima de la columna y sus ojos le invitaron a acompañarla.

Lo hizo.

Después volvieron al nido e hicieron el amor, como hombre y mujer. Maeniel le contó las experiencias de su cautividad; ella le narró su viaje.

—Encontré lobos, lobos de verdad —dijo—. Pero por lo que dice Matrona, no debieron haber atacado. Estaba perpleja y enojada. Creía que existían reglas.

Él asintió.

—Las hay, pero es muy probable que la madre de la manada te viera y sintiera

algo extraño. Temía que pudieras convertirte en una rival. Como todas las reglas, no son inamovibles y algunos las romperán si les conviene.

Regeane digirió estas palabras y después habló.

—Por alguna razón, no me veo como la madre de una manada de las tierras bajas, pariendo cachorros cada año.

—Podrías serlo si quisieras —dijo él.

Yacían enroscados cómodamente. Él vio cómo se le abrían los ojos a la rojiza luz del anochecer.

—¿De verdad?

—Sí, ambas vidas están abiertas para ti, si decidieras usar tu don de esa forma.

—Simplemente no me imagino... La idea me asusta... sin embargo también me resulta atractiva. Pero siento lo mismo sobre la idea de vivir como loba y sólo como loba, que lo que sentía cuando mi madre me describió el sexo: estaba segura de no querer hacer... ¡eso! Pero mírame ahora y, por cierto, ¿por qué no me quedo embarazada? ¿Cuánto ha pasado? Casi ocho meses y... Al principio no te lo confié...

—Lo sé —dijo él—. Estabas preocupada por ello. Matrona me lo dijo.

—Oh... —contestó Regeane—. Únicamente me dijo que rara vez tenemos descendencia entre nosotros. La mayoría son producto de matrimonios mixtos, como yo, pero tú eres un... lobo.

—Sí, y sólo lobo.

Ella asintió.

—Así que ¿qué tipo de niño engendrarías?

—No lo sé. Que yo sepa, nunca he tenido ninguno y he conocido carnalmente a muchas mujeres humanas.

Ella meneó la cabeza. Su cabello todavía estaba mojado y regó la cara de Maeniel con una lluvia de gotitas.

—Oh, demonios —dijo ella—, tanta agua por todos lados... y empieza a hacer frío.

—Cambia —dijo él— y durmamos.

—Lo dices sólo porque no te gustaba el rumbo de la conversación.

—No negaré que no me gusta. Explora áreas de las que preferiría no hablar. Al menos, no ahora. —La abrazó con más fuerza, atrayéndola hacia su cálido cuerpo.

Ella ronroneó un poquito, un sonido muy poco lupino.

—Ah, ésta es mi preciosidad. Mi amor de miel, dulce como una fruta madura recién arrancada del árbol, o como las bayas en otoño. Deja de preocuparte por lo que no puede cambiarse y duérmete.

Regeane se adormeció, pero abrió los ojos una vez más.

—¿No viene nadie aquí? —preguntó.

—Nadie —le aseguró él—. De no ser así, lo sabría.

Después ella se durmió, deslizándose tranquilamente en las oscuras aguas, en el estanque del silencio.

Cambió mientras los últimos rayos de sol se convertían en un abanico de luz sobre el horizonte occidental. Después, también él buscó a su paciente hermano, el lobo, y durmió.

Lucila lo supo en cuanto vio la cara de Stella. Tenía la mano en la garganta y horror en los ojos.

—Odio tener razón —susurró Lucila para sí. *Él está aquí, pensó, y ahora Stella está asustada de lo que ha hecho.*

Lucila intentó recordar lo que había oído sobre el hijo de Desiderio. Duro, inconstante, agresivo y cobarde al mismo tiempo. Pero, sobre todo, un idiota, un idiota egoísta, un idiota que sufría la peor enfermedad de todas, la del poder, la creencia en que sólo por su nacimiento tenía derecho a mayores privilegios que cualquier otro hombre. Y allí estaba.

Ella se inclinó elegantemente.

—Mi señor.

Él le sonrió con desdén.

—Ah, por fin nos conocemos. Eres, si no me equivoco, la famosa (¿o es infausta?) Lucila.

A Lucila le hubiera gustado arrebatarle la sonrisa de una bofetada, pero invocó una exquisita sonrisa y contestó.

—Lo que vos preferáis, mi señor. Creo que ambas palabras indican una carrera de cierta distinción.

La sonrisa se ensanchó.

—Tendremos que explorar tus, tengo entendido, muy asombrosos talentos.

Lucila sintió un escalofrío de miedo. *Voy a ser la rehén de este hombre y el tipo no es malvado. Es peor que malvado, es estúpido.*

—Veo que estás vestida para montar —observó él—. Bien. Tendremos que marcharnos rápidamente. Tengo —le explicó a Stella— sólo unos pocos hombres en mi séquito y creo que no me quedaré hasta que vuestro esposo regrese.

Sí, pensó Lucila, porque sabes que él protestaría ante este ultraje, este secuestro de una mujer indefensa bajo su protección.

—No quisiera hacer esperar a su alteza —dijo Lucila con mansedumbre—. ¿Nos vamos?

Él la estudió con ojos opacos durante un instante. Lucila podía sentir cómo le sudaban las axilas y las palmas de las manos. *Maldita sea, maldita sea, pensó. He causado esta idiotez con mi propia locura.*

—Es demasiado fácil —dijo él—. Estás planeando algo o escondiendo algo. ¿Qué es?

—Qué va a ser, nada —susurró Stella.

Que se la llevaran todos los demonios. Era una mala mentirosa, aunque lo cierto

es que siempre lo había sido.

Durante el día el salón de recepciones estaba en la penumbra, la única luz entraba a través de los pesados tragaluces de cristal de la bóveda de medio punto de hormigón y Lucila supuso que Adalgiso decía la verdad cuando contaba que sólo iban diez hombres con él. Pero, ya que Ansgar había dejado al pueblo sin sus defensores, este grupo era suficiente y, si encontraban alguna resistencia, podría ocurrir una masacre. Podrían abrirse paso a golpe de espada a través de la desarmada ciudadanía como el fuego a través de la maleza seca. Si Ludolf o Dulcinia tuvieran alguna idea de lo que pasaba, podrían intentar parar a Adalgiso y ser los primeros en morir. Por eso estaba tan asustada Stella.

Lucila consiguió formar una sonrisa de gentil resignación.

—Mi señor, sois demasiado suspicaz. ¿Qué podrían esconder dos mujeres solas a un hombre de vuestra excelente inteligencia estratégica? Llegasteis, ¿no es así?, al vecino monasterio de Temi y esperasteis allí a que Ansgar partiera. Después de lo cual os apresurasteis a llegar aquí. ¿Estoy en lo cierto?

Adalgiso sonrió complaciente.

—Eres una mujer con discernimiento, con gran discernimiento.

Lucila continuó.

—Fue esta mañana cuando Stella me confesó que os había escrito sobre mi llegada algunas semanas atrás. Sí, planeaba escapar, sola si hubiese sido necesario, pero vos os adelantasteis. Así que debo entregaros la partida y considerarme vuestra prisionera. La simplicidad más absoluta, mi señor, y sin necesidad de desconfiar. Estoy completamente a vuestra merced.

Halágalos, halaga a los muy bastardos. Les encanta, pensó Lucila. *Si sólo pudiese sacarlo de aquí antes de que convierta esta situación en un desastre sangriento.*

—De todos modos, creo que preferiría que la señora Stella de Imola comparta nuestro viaje hasta el otro lado de las fronteras con las tierras de Ansgar. Te dejaré ir en la villa Jovis y tu marido podrá recogerte allí. No tengo intención de ser acosado ni perseguido.

—Llamemos a mi doncella —dijo Stella—. Debo vestirme para el camino.

—¡No! No estaremos tanto tiempo en la carretera.

Uno de los hombres de Adalgiso se adelantó hasta llegar a Stella y la cogió del brazo. Stella intentó soltarse.

—Vamos, vamos, mi señora —dijo Adalgiso—. Eberhardt es un viejo amigo. Me dijo que te conoció durante tu estancia en Rávena hace algún tiempo.

Esto cada vez se pone peor, pensó Lucila. Sentía cómo le temblaban las piernas bajo la falda pantalón.

—Muy bien. Vayámonos ya —dijo Lucila.

Stella parecía tan asustada como un ratoncillo en las garras de un halcón. Justo entonces, la doncella de Stella, Avernia, bajó las escaleras corriendo. Adalgiso

empujaba a Lucila hacia la puerta y Eberhardt hacía lo mismo con Stella.

—Mi señora, mi señora Stella...

Ambos hombres se detuvieron y Avernia les alcanzó. Lucila vio la mirada que Eberhardt lanzó a las escaleras, intentado averiguar si Avernia estaba sola.

—Avernia, vete —siseó Stella—. No armes un escándalo. ¿Me oyes? No armes un escándalo o te daré una paliza.

—No —gritó Avernia—. ¿Qué estáis haciendo? —Cada vez iba subiendo el tono más y más.

Eberhardt miró a Adalgiso con desesperada irritación. Empujó a Stella hacia la puerta. Avernia agarró el otro brazo de Stella y le obligó a parar.

—¡No! ¡No! —gritaba—. ¡No! ¡A las armas! ¡A las armas! Mi señora está...

Lucila sintió cómo la soltaba Adalgiso. Su espada brilló a la media luz, de la misma forma que un rayo resplandece en un cielo de tormenta. Atravesó el pecho de Avernia de izquierda a derecha. El siguiente grito de la mujer acabó en un horrible gorgoteo. Se tambaleó hacia atrás con una expresión de sorpresa casi cómica, si no fuera por la muy fea y poco cómica herida. Se sentó en el suelo, intentó respirar y una fina niebla de gotitas de sangre le salió por la boca, salpicando las faldas de Stella. Después, se agarró a la mano extendida de su señora.

Eberhardt apartó a Stella de allí. Era una mujer pequeña e indefensa en las manos enormes y poderosas del hombre.

—No —susurró Stella mientras era impulsada a través de las puertas, hacia la plaza.

Lucila vio cómo caía Avernia, con el cuerpo retorciéndose mientras intentaba respirar con los pulmones llenos de sangre. Observó cómo echaba espumarajos sanguinolentos por la boca y cómo la sangre finalmente corría por sus labios.

Adalgiso limpió su espada en las faldas de Lucila y volvió a guardarla en su vaina.

—Muévete —dijo, señalando hacia la puerta—. Ahora.

Lucila lo hizo.

Dulcinia corrió por el pasillo hacia la habitación de Ludolf. De camino, tomó una decisión, una muy importante. *¿Drogarle? ¿Está Lucila loca?* No, le iba a decir a su amante la verdad. El problema era que no estaba en su cuarto. Consternada, empezó a buscarle y le encontró unas cuantas puertas más abajo, en la biblioteca.

Ansgar, aunque no había recibido ninguna educación, era un defensor de la cultura y tenía cuarenta libros, una gran cantidad para la época. Ludolf intentaba encontrar una copia del «Arte de amar» de Ovidio para Dulcinia, que nunca lo había leído entero. Estaba seguro de que había una, pero el problema era que los libros estaban mezclados con correspondencia de estado y con las cuentas de la casa de Stella. Cuando entró Dulcinia, la miró desde el montón de pergaminos que estaba

examinando y vio en seguida que estaba asustada.

—Algo va mal, pero no sé qué. Lucila se ha vestido para viajar y me dijo que te mantuviera en tu habitación.

La cara de Ludolf se endureció.

—¿Planea escaparse?

—No lo sé. No lo creo. Lucila no es tonta y el campo no es seguro para una mujer que viaje sola. Es simplemente imposible, no puedo ni imaginarlo, conozco a Lucila. Si quisiera huir, iría a pie. Puede hacerse pasar por una campesina; la he visto hacerlo. No, no parecía asustada, no por ella, sino por mí y... sí... por ti.

Ludolf soltó el pergamino que tenía en la mano.

—Rápido, ayúdame a armarme.

A Dulcinia sólo le llevó un instante pasarle la cota de malla por la cabeza. Se estaba poniendo el cinturón de la espada mientras avanzaba por el pasillo —con Dulcinia detrás, casi corriendo para seguirle el paso— cuando oyeron los gritos de Avernia.

Ludolf comenzó a correr.

Pero, para cuando llegaron a las escaleras, Stella y Lucila cabalgaban a toda prisa por el camino que salía de la ciudad. Cuando él y Dulcinia llegaron al pie de las escaleras, Dulcinia miró bien a Avernia y gritó. Le salió bastante mejor que a la pobre Avernia.

—¿Está muerta? —Ludolf parecía aturdido—. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Qué ha pasado? Dulcinia, si sabes algo que no me estás contando...

—No, oh, Dios mío, no, no lo sé —jadeó, sacudiendo la cabeza.

En ese momento entró el herrero. Corrió hacia Avernia, pero se detuvo cuando pudo ver con claridad que su esposa era ya cadáver. El grito de Dulcinia había alertado a los sirvientes. Se estaban reuniendo, algunos persignándose, todos mirando a Avernia boquiabiertos.

—¿Qué...? —preguntó el herrero—. ¡No, tú no! —señaló a la espada de Ludolf.

—No —dijo Dulcinia—. Estábamos en el vestíbulo de arriba cuando la oímos gritar. Vinimos rápidamente, tan rápidamente como...

—No —dijo uno de los hijos de Avernia—. Estábamos trabajando en la catedral, al otro lado de la calle. Vimos entrar a un grupo de hombres armados, no muchos, sólo... —se encogió de hombros y miró a sus hermanos—, ¿quizá ocho, diez? No lo sé, no muchos. Hablamos de ello entre nosotros y después decidimos llamar más tarde porque estaban armados y no los conocíamos. Al menos no a todos. Reconocimos a uno.

—¿A quién? —preguntó Ludolf.

—Dilo —dijo el herrero.

—Parecía Adalgiso, el hijo del rey, pero no nos podíamos creer que él estuviera aquí... y con una escolta tan pequeña. Así que no confiamos en nuestros sentidos, pero pensamos que debíamos decírselo a nuestro padre.

—No la dejéis ahí tirada de esa forma. —Señaló a Avernia.

—No, no —susurró Dulcinia y se quitó su propio manto.

Avernia estaba tumbada de espaldas, con la cabeza vuelta como si mirara hacia la escalera y la mejilla en un charco de sangre. Dulcinia le cerró los ojos, le limpió la sangre de la boca y apoyó la cabeza de Avernia sobre su manto doblado.

—¿Dónde está Lucila? —preguntó temerosa.

Había al menos una docena de personas alrededor del cuerpo y seguían llegando más desde la plaza.

—Sí —repitió Ludolf—. ¿Dónde está Lucila y, en nombre de Dios, dónde está mi madre?

Llevó un rato aclarar las cosas. Los hijos de Avernia recordaban haber llevado una carta de Stella a Florencia, pero no sabían nada más sobre el asunto. Su madre no había soltado palabra sobre el contenido.

—Debió escribirle el día que llegó Lucila —dijo Ludolf—. Él esperó hasta que se fue Padre y entonces vino. Pero, por todos los santos, ¿por qué se llevó a Madre? Con todo el respeto para tu amiga, ella es abiertamente defensora del papa y sirve a sus intereses. Pero Madre... ¿qué puede haber hecho ella para merecer su desagrado?

—Lucila sabía que estaba en camino y sabía que si él te desafiaba no la entregarías sin luchar —dijo Dulcinia—. Ella, y probablemente también tu madre, querían protegernos. ¿Qué hubiera hecho tu padre si hubiese estado aquí?

Ludolf resopló.

—No creo que le hubiese permitido que se tomase su hospitalidad tan a la ligera, ni siquiera siendo el hijo del señor al que debe obediencia.

—Sí —dijo Dulcinia—. Eso es lo que pensaba y Lucila lo sabía. No tenía muchos hombres, es muy probable que la mayoría estén con su padre esperando al rey franco. Él se llevó a tu madre como rehén para garantizar su seguridad.

El cuerpo de Avernia yacía sobre la mesa de la cocina, donde habían desayunado hacía sólo unas horas.

Sus hijas la estaban lavando, preparándola para el funeral.

—Dulcinia, ¿vendrás conmigo? —preguntó Ludolf—. Saldremos en una hora.

—Sí, con todo mi corazón.

Él fue a la cocina para consolar a las llorosas mujeres y presentar sus últimos respetos a Avernia. Dulcinia corrió escaleras arriba para vestirse.

Fieles a la palabra de Ludolf, salieron antes del mediodía. Aunque la mayoría de los hombres capaces estaban con su padre, Ludolf consiguió reunir a veinte barbas grises bastante formidables que habían permitido a los hombres más jóvenes hacer campaña con Ansgar.

Dulcinia los veía como un grupo de aspecto peligroso, posiblemente no tan ágiles o animados como los jóvenes, pero con mayor experiencia y una furia sombría. Adalgiso había matado a uno de los suyos y secuestrado a la esposa de su señor. Si le cogían, se encontraría con una desagradable recompensa.

Se detuvieron en el monasterio de Temi. Ludolf no se anduvo con sutilezas con el padre abad.

—No me importa quién sea —le dijo—. Entró en mi casa sin permiso, cogió a mi madre y a una de nuestras huéspedes y, cuando una de nuestras criadas intentó impedirselo, la asesinó. Quiero a mi madre de vuelta. Ella no le ha hecho ningún daño y él debe pagar por sus crímenes.

El abad levantó las manos, pero no pudo hacer mucho más aparte de señalar la dirección aproximada que había tomado Adalgiso y hablarle con amargura.

—Todo lo que hizo fue comer mucho, beber aún más y después sentarse (cuando no estaba durmiendo, claro está) para ordenar que le sirvieran cosas. No me confió de dónde venía, ni lo que hacía aquí, ni adónde iba. Y si hubiera sabido que pretendía hacerle algún daño a vuestra familia os hubiese advertido porque, por lo que a mí respecta, un vecino infeliz causa más problemas que un rey distante y vuestro padre conoce bien mis sentimientos. Y vos también deberíais. Si vais tras él, os prestaré monturas frescas.

Ludolf asintió, cogió los caballos y se marchó. Afortunadamente, el camino que había tomado Adalgiso se estrechó pronto. Era poco transitado, así que las huellas frescas de un grupo de hombres a caballo tenían que ser las suyas. El camino llevaba hasta un páramo montañoso de coscojas, sauces, retama dorada, rosas silvestres y escaramujos. El paisaje poseía una belleza extraña, las flores amarillas de la retama se entremezclaban con las blancas y espinosas del escaramujo y, aquí y allá, las rosas silvestres color rosa y las peras en flor parecían explotar entre la espesura de robles y sauces aún desnudos.

Dulcinia era una buena amazona, pero esta senda ponía a prueba sus habilidades. En una ocasión, uno de los caballos metió la pata en un agujero y lanzó a su jinete a un montículo de escaramujo. El caballo recibió una herida superficial, el jinete quedó más incómodo que herido, pero tuvieron que quitarle la silla al caballo castrado y dejarle encontrar el camino de vuelta mientras su jinete se quedaba con una de las monturas de refuerzo recibidas en el monasterio.

—Lo único bueno que tiene esto —le dijo el herrero a Ludolf— es que no pueden dejar el camino. No tendremos que cazarlos en el bosque.

El camino ganó altitud con rapidez pero, cuando llegaron al punto en que bajaba, Dulcinia vio un río que serpenteaba a través del estrecho valle.

—Lo más probable —dijo el herrero— es que se haya dirigido hacia el agua. Ludolf asintió.

—¿Qué te apuestas a que su rastro se desvanece junto al río?

—Nada —respondió el herrero—. Es una apuesta segura.

Lo fue.

Stella era una buena amazona. Lucila estaba agradecida por ello. Fue capaz de seguir

el paso. Adalgiso estaba claramente asustado. Lucila maldecía su suerte y se prometió a sí misma que haría todo lo posible por mantener el coraje del cobarde. Era un idiota y, por tanto, peligroso, pero no quería ni pensar en un idiota aterrorizado. Por lo pronto, cabalgaban demasiado rápido. El ritmo que Adalgiso imponía cansaría a los caballos antes del anochecer. A no ser que supiera de un lugar conveniente para conseguir nuevas monturas, tendría que ir a algún sitio donde los animales pudiesen beber, comer y descansar, o pronto irían casi todos a pie.

A pie en el bosque, pensó Lucila mientras observaba el espeso páramo que la rodeaba. Esta zona camino de las montañas nunca había estado abundantemente poblada, ni siquiera en tiempos romanos; ahora estaba desierta. Ni siquiera los bandidos podrían prosperar aquí... a menos que les gustara robarse los unos a los otros.

No mucho después del mediodía, llegaron al río y tiraron de las riendas.

—Para —le dijo Eberhardt a Adalgiso—. Nuestras monturas no eran las mejores cuando empezamos y ahora están prácticamente hundidas.

Las monturas de Stella y Lucila eran las que estaban en mejores condiciones. Las mujeres pesaban menos que los hombres, pero hasta sus caballos echaban espuma por la boca y Lucila había notado que ya no servía de nada espolear al animal. Al menos cinco hombres del grupo se habían rezagado a unos cuantos kilómetros cuando los caballos empezaron a tropezar y frenarse en terreno rocoso.

—Supongo —dijo Adalgiso mirando a sus compañeros—. Supongo que será lo mejor.

—Además —dijo Eberhardt—, podemos usar el agua para ocultar nuestro rastro.

Después, los dos hombres se alejaron, hablando juntos en voz baja. Lucila desmontó, aflojó la cincha de su silla e hizo andar a su montura en círculos para refrescarla. Stella llamó a Lucila para que la ayudara a desmontar. Era una mujer pequeña, pero una vez en tierra siguió su ejemplo.

Lucila vio cómo algunos de los hombres de Adalgiso simplemente permitían a sus monturas beber sin dejar que se enfriaran primero.

—Oh, sí —susurró Lucila—. Pronto irán a pie.

—Estoy dolorida —dijo Stella—. Solía ir de caza con Ansgar y con Gerald y sus halcones casi todas las semanas, pero no lo hago desde hace algún tiempo. Hijo de puta, probablemente tenga rozaduras por culpa de la silla antes de que acabe el día. —Después le dedicó a Adalgiso varios insultos en el argot de las calles romanas—. Lo siento, Lucila. Siento muchísimo haberle escrito sobre ti, pero cuando te vi me entró pánico. Verás, que Ansgar me sacara de ese burdel de Rávena fue lo más maravilloso que me haya ocurrido nunca. Simplemente no me podía creer mi buena fortuna y estaba segura de que compartirías mis antiguas... ¿qué son, fechorías?... con él.

—Yo no las llamo fechorías —dijo Lucila—. Los hombres actúan como si las mujeres no tuviéramos que comer. ¿Qué demonios piensan que podemos vender,

aparte de nuestros cuerpos?

—Bueno, eso no lo sé —dijo Stella—. Creo que piensan que debemos preservar nuestra castidad al coste de nuestras vidas, pero debo decir que tanto tú como yo hicimos algo más que conseguir algo para comer. Tú te ganaste la compañía y protección de Adriano y yo estaba cómodamente mantenida por varios altos oficiales de la iglesia.

—Te dije que no te fiaras de ese bastardo de Aldric. ¿Qué pasó en Rávena? —preguntó Lucila.

—Me vendió a un burdel. Sus, ummm, asuntos no prosperaron como él pretendía. El arzobispo le llamó chaquetero y le dijo que un hombre que traicionaba a un señor, traicionaría a otro. Esto era cierto, más cierto que cierto. Sólo que a quien traicionó fue a mí. Mi venta le proporcionó el dinero para el pasaje a Constantinopla. Ser vendida fue la experiencia más vergonzosa y humillante de mi vida.

—Por no mencionar inconveniente y terriblemente peligrosa —dijo Lucila—. Pero supongo que un golpe de mala fortuna presagia un cambio completo de la misma mala fortuna. La rueda gira —continuó—. Hécuba Regina. Todos giramos con ella.

—¿Quién es Hécuba? —se quejó Stella—. No creo que fuera buena cosa que Adriano te enseñara a leer. Desde entonces has estado desconcertando e irritando a tus amigos con extraños retazos de conocimientos arcanos y misteriosas citas.

—Hécuba era una reina que acabó su vida como esclava —le contó Lucila—. Simplemente quería decir que nada es permanente, excepto el cambio.

—¿Ves? —Stella estaba irritada—. A eso me refería.

—¿Me estabas hablando de Ansgar? —le recordó Lucila.

—Sí, bueno, al poco de estar abajo ya estaba arriba, porque Ansgar fue al burdel. Nos «visitamos» unas cuantas veces —dijo Stella con mojigatería—. Y después le dijo a ese alcahuete corto de luces de Milo, el dueño del burdel, que no quería que yo tuviese otros clientes. Quería ser el único hombre de mi vida. Por supuesto, ese cerdo apestoso de Milo quería que hiciese trampas, pero no lo hice.

—Debió ser toda una batalla —dijo Lucila.

—Lo fue, pero gané. Sé que ese tipo de acuerdos suelen ser deshonestos, pero un señor adinerado como Ansgar... no quería perderle. Oh, no, pensaba, no me arriesgaré.

Lucila cogió las riendas de la mano de Stella y condujo a los caballos hacia el agua. Stella se arrodilló en la orilla, bebió con las manos y se echó agua en las mejillas.

—¿Tenía dinero ya entonces?

—Sí —dijo Stella, poniéndose derecha—. Había echado del pueblo a ese piojo rapaz de Trudo y usado sus ganancias vilmente obtenidas para sus necesidades.

—Una de las cuales fue liberarte del burdel.

—Sí, y fue bueno que no hiciese trampas, porque sólo un mes después de

encontrarnos me di cuenta de que estaba embarazada.

—¿Ludolf?

—Sí. Gracias a Dios que sacamos a Adalgiso de la ciudad; ¡estaba tan asustada por mi hijo! Mira que horriblemente fácil le resultó apuñalar a Avernia. Lucila, ¿crees que está muerta?

Stella miró a Lucila y Lucila se dio la vuelta para entretenerse con parte de la cabezada del caballo. La súplica en los ojos de Stella era casi insoportable. Ella y Avernia habían estado juntas durante mucho tiempo.

—No lo sé —respondió Lucila—. Por lo que vi, puede que esté sólo levemente herida. Escúchame, Stella. Cuando cerebro de gachas y el amigo que piensa por él vuelvan, ¿quieres que intente persuadirlos para que te dejen aquí?

Stella miró a su alrededor. Habían dejado atrás el último asentamiento humano, una granja derruida, hacía algunos kilómetros. Ambos lados del río estaban cubiertos de maleza y pequeños árboles.

—Oh, Dios, no. No en este horrible bosque.

—Puede que tu hijo nos siga —dijo Lucila.

—Oh, en nombre del cielo, imagínate si no lo hace. Si Adalgiso me deja aquí, me moriré. Moriré al instante. No lo hagas, por favor. No le hagas una sugerencia tan espantosa.

Lucila suspiró.

—Stella, no haré ni diré nada que te ponga las cosas peor, pero yo preferiría arriesgarme en el bosque, como tú lo llamas, antes que con *Sir Poco Seso* y su sobón amigo. Por cierto, ¿es verdad que el señor alto-oscuro-y-estúpido te conoce de Rávena o puedo descubrir su farol en algún momento?

—Oh, Dios, Lucila, no lo sé. Ellos... ellos eran todos iguales para mí. Dicen que no es pecado si no lo disfrutas. Bueno, si eso es cierto, no cometí ningún pecado en Rávena, excepto con Ansgar.

Sonrió un poco ante el recuerdo y eso transformó su cara de la misma forma que un rayo de sol ilumina a una flor.

Lucila sintió que el corazón le dolía de pena. *Oh, Dios, soy una mujer horrible*, pensó. *Una mujer vengativa por haberlo empezado todo*. Y entonces decidió que su opinión sobre sí misma era probablemente cierta y que el arrepentimiento era la más inútil de las emociones.

En ese preciso momento, Adalgiso y Eberhardt regresaron y todos se pusieron de nuevo en marcha. Como Lucila pensaba, se introdujeron en el lecho del río. El agua no era profunda, pero el fondo era tan rocoso que no podían avanzar deprisa. Lucila seguía esperando que continuaran por el curso del río durante unos cuantos kilómetros y así darle tiempo a Ludolf para que les alcanzase, pero no lo hicieron. Sin embargo, una cosa la alentó. Dos de los caballos fallaron y Adalgiso tuvo que abandonar a cuatro de sus hombres. No los suficientes, pero algo era algo. Vio cómo a Stella se le iluminaba la cara. *Espero*, pensó cuando vio el miedo en los ojos de

Adalgiso, espero que reciba lo que se le echa encima. Si está en mis manos, lo recibirá.

A Chiara la despertaron unas fuertes sacudidas.

—Sí, sí, déjalo ya —le dijo al espíritu—. Ni siquiera ha salido el sol y, además —siguió en tono indignado mientras intentaba enterrarse más profundamente bajo las mantas—, ¿qué le has hecho a Hugo? Tenías su cuerpo en la iglesia anoche.

—¡Hugo está muerto! —dijo el espíritu.

Esta afirmación consiguió que Chiara sacará la cabeza de las sábanas.

—Lo has matado —dijo, acusando al espíritu.

—No lo hice —fue la indignada respuesta—. El rayo le provocó la muerte. Y os hubiera matado también a ti y a tu padre si yo no os hubiera advertido para que os quedaseis en el porche.

—No te creo —gritó Chiara.

Se produjo un sonido que empezó como los ruidos de siseo y chisporroteo que hace un fuego cuando llueve sobre él, después se elevó de volumen, con tonos cada vez más profundos, hasta que acabó con el explosivo rugido de un oso enfadado.

Entonces Chiara vio cómo se bajaban las sábanas y algo la levantaba en volandas agarrándola fuertemente del antebrazo.

—¡Arriba, arriba, arriba! Y vístete. ¡Ahora! Tú y tu padre debéis huir de la ciudad.

Chiara contestó con un chillido de furia.

—Mi modestia, mi reputación.

—A la mierda tu modestia y tu reputación. De nada te servirán si estás muerta. ¡Arriba!

Ella se quedó de pie y fue tambaleándose hacia el rincón donde estaba el baúl de la ropa.

—¡Ayyy! —Chiara dio otro grito.

—Por todos los santos y demonios —rugió el espíritu—. No te he tocado. ¿Qué pasa ahora?

—El suelo está frío y estoy descalza. Cogeré una pulmonía.

—Cállate y deja de chillar. Vístete.

Levantó a Chiara tirando del cuello del camisón y la depositó al otro lado de la habitación, junto al baúl.

—¡Y ahora, vístete!

—Podrías, por favor, marcharte. Y no intentes hacer trampa. Sé cuándo estás en la habitación y no me sacaré el camisón hasta que hayas salido —gritó Chiara.

En ese momento se abrió la puerta de golpe. Armine estaba allí de pie, con una vela en la mano. Era una luz bastante brillante y Armine podía ver toda la habitación. Había una cama, el baúl de la ropa y nada más. Nadie podría esconderse allí pero, sin

lugar a dudas, su hija hablaba con alguien... hablaba en voz muy alta, de hecho.

Chiara se quedó sin respiración y olvidó la ropa.

—¿Qué haces aquí?

—No importa —dijo Armine—. ¿Con quién hablas?

—Oh —dijo Chiara—. ¿Ves lo que has hecho? —le habló al aire.

Armine se persignó.

—Maldito seas, idiota supersticioso —gritó el espíritu y le abofeteó las orejas violentamente.

Armine se cayó al suelo de culo.

—Levántate, idiota —gritó de nuevo el espíritu—. De pie. —Levantó a Armine y lo puso derecho.

Armine dio un grito balbuciente.

—Vale, para ya, para ya de una vez. Deja a mi padre tranquilo, ¿me oyes? No sé qué pretendes con estas tácticas tan despóticas. Todo lo que estás consiguiendo es asustarlo.

El espíritu se detuvo.

—En estos precisos instantes el rey decide vuestro destino, Chiara. Está furioso. Hugo le ha dicho que tú rescataste al lobo. Se ha vuelto loco de rabia.

—¿Quién? —preguntó Chiara, completamente desconcertada.

—El rey, maldita sea. El rey —gritó el espíritu.

—¿Quién? ¿Qué? ¿Cómo? Chiara, ¿hablas con alguien? ¿Con alguien que no puedo ver? —exigió Armine.

—Bueno, ya basta, los dos. —Chiara dio una patada en el frío suelo con uno de sus pies desnudos y se lastimó. Retrocedió hasta la cama, se sentó en el borde, cruzó los brazos, cerró los ojos y elevó con determinación su pequeña barbilla.

—Si no paráis de fastidiarme los dos, nunca os volveré a hablar a ninguno.

Armine entró con cautela en la habitación, lanzando unas miradas un tanto enloquecidas a su alrededor.

—Chiara —preguntó—, ¿hay aquí alguien a quien no puedo ver?

Los ojos de Chiara se abrieron de pronto.

—Sí, es el amigo de Hugo.

Armine asintió. Se movió despacito hasta el baúl de la ropa, vela en mano.

—¿Hay alguien sentado aquí? —preguntó.

—No —dijo Chiara—. Al menos... —ella también miraba a su alrededor— al menos no creo que se siente.

—No lo hago.

—No lo hace.

—Bueno, pues yo sí —dijo Armine mientras se sentaba—. Ahora, Chiara, dime lo que está pasando. Primero, sé que no fue Hugo el que entró en la iglesia anoche. No estoy seguro de quién o incluso... —miró a su alrededor nervioso—, de qué era, pero no era Hugo. Ese hombre era una lombriz. Nunca podría haber conseguido esa

mirada de arrogante autosuficiencia. Y la tierna forma en que me ayudó a llevarte a tus habitaciones anoche no era nada característica de Hugo. Ni tampoco el hecho de que estaba completamente sobrio y, además, nos ayudó al obispo y a mí con los heridos durante la mayor parte de la tarde. Y seguía sobrio. Comió algo de pan y queso, rechazó el vino y se fue a dormir. ¿Hugo? No. Eso no se lo cree nadie.

El espíritu comenzó a reírse.

—Se está riendo —dijo Chiara de mal humor—. Se ríe mucho, especialmente de mí.

—Está bien que tenga sentido del humor —dijo Armine—. Ahora, dime lo que tiene en la cabeza.

—Dice que el rey nos va a arrestar... bueno, no a nosotros...

—A ti —dijo el espíritu.

—A mí —le dijo Chiara a su padre. Se retorció los dedos sobre el regazo—. Parece...

—No hay tiempo para explicaciones —dijo el espíritu—. Debemos marcharnos. El rey redacta las órdenes de arresto en estos instantes. Sus consejeros tratan de disuadirlo de comenzar un baño de sangre, pero no escucha. Tanto peor para él. La única razón por la que la guardia de palacio no está ya en la habitación es porque los soldados a los que mandó buscar están en Susa y todavía no han llegado. Cuando lo hagan, barrerán limpiamente a todos los que él considere enemigos. El obispo está ya cargado de cadenas, pobre anciano. Si no escapáis ahora, bien podríais encontraros ambos explorando esa botella bajo la iglesia, ésa en la que el lobo estaba prisionero. Ahora díselo, Chiara; si le quieres, adviértele ahora.

—Padre —dijo Chiara sin aliento, para después repetir la información del espíritu palabra por palabra.

Armine escuchó. La cera corría vela abajo hasta su mano y le goteaba sobre los dedos.

—Ay —fue todo lo que dijo. Después inclinó la vela para que la cera cayera sobre el suelo. Siguió escuchando con atención.

Cuando terminó de hablar, Armine fue corriendo hasta la ventana. El palacio estaba lleno de luces, una en casi todas las ventanas.

—Vístete —dijo cuando se dio la vuelta—. Ahora. Deprisa. ¿Dónde está Gimp? —le dijo al aire.

Un segundo después, Chiara respondió.

—Se ha ido y... —movió las manos— el oso... así lo llamo yo, el oso... dice que se llevó con él lo que quedaba de Hugo —miró de nuevo hacia arriba y escuchó—. Dice que probablemente estén ya cruzando el río. Dice que nos apresuremos, que él ensillará los caballos.

—¿Puede hacer eso?

—Puede llenar mi cama de rosas, abofetearte las orejas, darle un puñetazo a Bibó y patear a Hugo. No me cabe duda alguna de que podrá ensillar caballos.

Ludolf era hijo de su padre. Le irritaba ver que perdía el rastro de Adalgiso en el río, pero comprendía cómo manejar la situación. El herrero y algunos de sus amigos cabalaron río abajo, pero Ludolf fue río arriba con Dulcinia y el resto de los hombres.

La cantante pensó que su caballo había tropezado con algo en el fondo del río hasta que vio la flecha que sobresalía de uno de sus flancos. Logró sofocar un grito y, un segundo después, el brazo de Ludolf la levantaba en volandas de la silla mientras galopaba para ponerse a cubierto en la orilla. Desmontaron en un bosquecillo. Los árboles eran abetos rojos, densamente rodeados de escaramujos.

Dulcinia miró atrás. Su caballo había caído; daba coces y se retorció en el agua, que ahora corría roja.

—Creo que los hemos encontrado —dijo Ludolf.

Sin haber recibido orden alguna, uno de los hombres cabalgó de vuelta, manteniéndose bajo cubierto en la frondosa orilla del río.

—Advertiré al herrero —le dijo Ludolf a Dulcinia.

—El caballo —dijo ella.

Ludolf sacudió la cabeza.

—Probablemente ya esté muerto.

Sí, pensó Dulcinia, echando un vistazo a través de la pantalla de espinosas vides. El animal se había quedado quieto. De repente notó que le temblaba todo. *Ésa... ésa podría haber sido yo.*

Ludolf se quitó el manto y la envolvió con él.

—Te mandaré de vuelta con uno de los hombres. No deberías haber venido...

—No —dijo Dulcinia. Se dio cuenta de que susurraba—. No, tanto tu madre como Lucila pueden necesitar de los cuidados de una mujer cuando les alcancemos.

Ludolf asintió ausente. Observaba la otra orilla del río a través de la red de vides.

—¿Cuántos piensas que serán? —le preguntó a uno de los hombres más mayores que le acompañaban.

—No muchos, pero somos pocos y no harían falta muchos para bloquear el sendero.

En ese preciso momento llegó el herrero cabalgando velozmente. Desmontó y se puso a cubierto junto al resto. Mantuvieron un consejo de guerra, con las cabezas juntas, tras las coscojas y las vides.

—¿Cuántos? —preguntó el herrero.

—Sólo unos cuantos —respondió Ludolf—, pero con dos bastaría.

Dulcinia miró hacia la otra orilla y vio el porqué. En la zona en la que estaban el río era ancho, pero poco profundo; en la orilla opuesta un sendero empinado subía hasta una cima. Si arremetían contra la posición que los arqueros mantenían detrás de la cima, éstos podían masacrarlos mientras cruzaban el río y serían blancos fáciles en la cuesta que subía hasta allí.

—Pretenden frenarnos —dijo Ludolf—. Probablemente se vayan sigilosamente cuando se haga de noche.

—No —susurró el herrero—, la que mataron era mi esposa. Aproximadamente a un kilómetro de aquí hay otro vado. Mis hijos y yo podemos ir a pie. Apareceremos detrás de ellos. Haz una incursión, mi señor, finge que te hacen retroceder. En una hora, mis hijos y yo te traeremos sus cabezas.

Ludolf se volvió hacia Dulcinia.

—Quédate aquí. No te levantes.

Ludolf y sus hombres se reunieron y corrieron río abajo hasta entrar en el agua. Las flechas volaron desde el lado opuesto. Esta vez no eran flechas de ballesta. El grupo de incursión huyó a cubierto.

Dulcinia podía oír cómo algunos de los hombres se reían entre dientes, aquellos que todavía tenían resuello. El resto resoplaba y jadeaba. Ludolf se reía.

—Podríamos forzar el paso, mi señor —dijo uno de los hombres.

—Sí —respondió Ludolf—. Pero entonces huirían y no sabríamos hacia dónde van. Así es mejor. Él los cogerá vivos.

—¿Qué quieres decir? —susurró Dulcinia.

—Averiguaremos hacia dónde se dirigen —le dijo Ludolf.

—¿Y si no lo dicen? —preguntó ella.

Ludolf y sus hombres se rieron con ganas ante la pregunta. Al cabo de unos momentos, Dulcinia pudo saber el porqué.

Stella y Lucila llegaron al monasterio al anochecer. Adalgiso y Eberhardt prácticamente las tiraron de los caballos y las condujeron delante de ellos hasta entrar en el claustro. Los monjes estaban cenando en la mesa del refectorio en el salón. Se pusieron en pie, asombrados al ver a dos mujeres entrar en el comedor. El prior se levantó y protestó.

—¡Mis señores!

Adalgiso desenvainó la espada.

—¿Dónde está mi señor abad? Hacedlo venir de inmediato.

—Está cenando en privado con algunos amigos —contestó el prior.

—Llevadme hasta él. Eberhardt, tú quédate aquí. Vigila a las mujeres.

—No sé adónde podríamos ir —tartamudeó Stella. Acto seguido se echó el velo hacia atrás.

Todos y cada uno de los hombres de la habitación la observaron extasiados.

—Oh, dios —susurró Lucila mientras se cubría aún más la cara con su velo.

Stella todavía era bella. Incluso estando cansada, quemada por el viento y desaliñada, igual podría haber sido un pavo real contoneándose ante una bandada de cuervos. Era una pequeña rubia de piel clara, ojos azules y proporcionada figura. Lucila estaba segura de que ninguno de los hombres de la habitación había visto antes

a alguien como ella. Lucila volvió a ponerle el velo a Stella, le peinó el pelo hacia atrás y le puso el manto sobre los hombros con más firmeza.

—Por favor... —le dijo Lucila a Eberhardt—. Encuéntranos un lugar donde podamos... —estuvo a punto de decir permanecer desapercibidas, pero lo cambió por —descansar y refrescarnos.

Él también parecía nervioso.

—En cuanto pueda —dijo.

—Estoy dolorida —dijo Stella, con tono infantil—. Y tan cansada que casi no puedo tenerme en pie.

Lucila cogió a Stella del brazo.

—Shh, Stella. Todo irá bien.

—Oh, qué mentirosa más dulce eres —dijo Stella—. Pero no, nada irá bien. Aún así, me gustaría tumbarme, si fuera posible.

Adalgiso volvió. Estaba con otro hombre, obviamente un soldado, grande, de mirada dura, que llevaba una túnica y una espada. Empezó a reírse cuando vio a las dos mujeres.

—¿Regalos para mí? —preguntó—. ¿Qué me decís, señoras? ¿Eh?

Stella se apartó de él con temor.

Él se encogió de hombros.

—La esposa de Ansgar. ¿Por qué demonios la has traído?

—Quería asegurarme de que no me siguiera —dijo Adalgiso.

—Probablemente lo haga, pero yo me encargaré de él. —Después se dirigió al prior—. Lleva a las damas a la casa de invitados. Asegúrate de que tengan algo para comer y un poco de vino. Vamos —les dijo a Adalgiso y Eberhardt—. El cerdo está tan a punto que se cae del asador.

Se volvió a los monjes que se sentaban a la mesa y todavía miraban a las mujeres con la boca abierta.

—Una ronda extra de vino para todos en honor del hijo del rey.

Después salió rodeando a Adalgiso y Eberhardt con los brazos.

El prior, un hombre anciano con una inamovible expresión de condena, las condujo hasta la casa de invitados.

—¿Quién era ése? —preguntó Lucila.

—Dagobert, uno de los amigos de mi esposo. Supongo que es inofensivo —susurró Stella—. Pero es tan grande y bocazas...

El monasterio formaba un cuadrado, con la iglesia a un lado, los aposentos de los monjes a otro y un jardín entre ambos. Tanto el frente como la parte trasera estaban protegidos por altos muros interiores; la casa de huéspedes ocupaba un muro entero, los establos el otro.

La habitación a la que fueron llevadas bien podría haber sido un establo. Pensándolo mejor, Lucila decidió que los establos debían ser más cálidos. Al menos tendrían heno sobre el que tumbarse. En la casa de invitados dos plataformas de

piedra helada hacían las veces de camas y la pequeña chimenea de una de las esquinas servía para calentar la habitación. O hubiera servido para ello si hubiese estado encendida, pero dado que el hogar estaba oscuro y frío, lo único que hacía era crear una corriente que dejaba entrar el aire frío de las montañas a través del agujero del tejado.

—Podéis descansar aquí —les dijo el prior; después se dio la vuelta para salir. Estaba ya oscuro y la única luz que había era la lámpara que llevaba en la mano.

—Esperad —dijo Lucila—. Necesitamos fuego, mantas y comida.

El prior la empujó a un lado y siguió andando. Lucila volvió a saltar delante de él.

—Al menos dejadnos algo de luz —dijo mientras le arrebatava la lámpara de las manos.

Él la apartó de un codazo.

—Ninguna mujer tiene derecho alguno aquí. Os he mostrado dónde cobijaros; no veo razón para ofreceros nada más.

Se fue, cerrando de un portazo.

Stella lloraba en silencio. Lucila todavía tenía la lámpara en la mano. La puso dentro de la chimenea y fue en busca de madera. Encontró una poca cerca de la puerta, además de algunas astillas. En unos minutos había conseguido encender un fuego. Cuando Stella lo vio, se secó las lágrimas y fue a arrodillarse junto a Lucila cerca de las llamas.

—Es reconfortante —dijo.

Lucila apagó la lámpara.

—El fuego servirá para dar luz. Stella, mucho me temo que no tendremos nada para comer esta noche. Este Dagobert, ¿podemos confiar en él para que te cuide hasta que tu hijo o marido te encuentren?

—No —dijo Stella rápidamente—. Como tantos de ellos, de los soldados, me refiero, es un borracho. Por eso está el prior tan enfadado, porque él está aquí... él y sus hombres se están bebiendo todo el vino que los monjes habían almacenado para el año. En teoría, él es el abad, pero nunca viene aquí, salvo para vaciar la bodega. Faltan meses para la cosecha y ya no quedará vino. Dagobert y sus soldados se sentarán en las cocinas y comerán y beberán, sobre todo beberán, durante todo un mes. Después de eso los monjes se quedarán sin nada. No es culpa nuestra, pero el prior no lo sabe; y, si lo supiera, probablemente tampoco le importaría.

—¿Desiderio deja que sus hombres hagan lo que les plazca? —preguntó Lucila.

—Oh, sí —respondió Stella—. Todo lo que les plazca.

Lucila se concentró en alimentar el fuego. La habitación se empezó a caldear.

—Ni siquiera hay un cerrojo en la puerta —dijo—. Creo que deberíamos dormir cerca de la chimenea. Aquí estaremos más cómodas.

Se había vestido para el viaje y llevaba un manto grueso. Lo extendió sobre el suelo cerca de la chimenea para que Stella se tumbase. Ella lo hizo y se puso el velo a modo de almohada bajo la cabeza.

—Oh, querida —susurró—. He sido tan tonta.

Pero entonces cerró los ojos y se quedó dormida, dejando a Lucila despierta y preocupada.

Lucila pasó un tiempo intentando encontrar una forma de bloquear la puerta. Al final tuvo que contentarse con ponerle una astilla de madera a modo de cuña. De vez en cuando podía oír los sonidos de juerga que llegaban desde la cocina del monasterio. Una vez sonó algo que parecía el grito de una mujer. ¿Mujer? ¿Aquí? Sí, por supuesto Dagobert y sus hombres no viajarían sin mujeres. Los soldados casi nunca lo hacían. Y no los importaría herir los sentimientos del prior. Sospechaba que los sentimientos de aquellos que dedicaban sus vidas al trabajo y la oración no significaban nada para Dagobert y sus seguidores. Así que intentó dormir, pero el suelo estaba frío, por no hablar de duro, y Stella monopolizaba la mayor parte del manto de lana. Además, Stella había escogido el punto más cercano al fuego, dejando a Lucila a merced del frío y la oscuridad. Pero, finalmente, Lucila se sumergió en un ligero sueño, así que fue la primera en despertar al oír el ruido de alguien que trataba de abrir la puerta.

Era tarde, el sol ya tocaba las colinas más allá del río, cuando el herrero y sus hijos cruzaron el río con su prisionero. Sólo había uno. Había cuatro arqueros en la orilla opuesta, pero los otros tres estaban muertos.

Como Ludolf prometiera, al final habló. Pero hasta a Dulcinia le sorprendió que durara tanto. No presenció el interrogatorio, pero oyó lo bastante como para tener una idea bastante aproximada de lo que sucedía. El herrero y sus hijos desempeñaron un papel activo en el asunto, pero Avernia era su madre y se les podía perdonar el excesivo entusiasmo que mostraban en sus métodos.

Cuando el prisionero se derrumbó, habló de todo. Pero ni siquiera él sabía dónde había escondido Adalgiso a Gerberga. Le hicieron sufrir lo suficiente como para asegurarse de que decía la verdad sobre el escondite de Gerberga y sus dos hijos y después Ludolf atravesó con su espada el corazón del mercenario.

Para entonces ya era de noche. Dulcinia se acercó de nuevo a Ludolf mientras algunos hombres terminaban de desnudar el cadáver del arquero y se llevaban el cuerpo para tirarlo por un barranco.

También hubo muchas quejas entre los seguidores de Ludolf porque el herrero y sus hijos habían saqueado los cadáveres de los otros tres mercenarios y se habían quedado con el botín. Ludolf dijo simplemente que habían hecho el trabajo y se merecían la paga.

—Siento que hayas tenido que presenciar eso —le dijo a Dulcinia.

—No vi la mayor parte.

Él asintió.

—No creo que ninguna mujer desee ver a su hombre en la guerra, pero Stella es

mi madre. No permitiré que abusen de ella. No sin una compensación. ¿Cómo podría pedir control sobre mis tierras si no soy capaz de defender su honor? ¿Todavía deseas casarte conmigo?

—Sí.

—Puedo ver cómo toda esta sinrazón podría convertirme en un gran señor.

—Shh —susurró Dulcinia—. No dejes que te oigan.

—No, ahora estamos solos, pero si el rey Desiderio pierde ante Carlos, hay un gran trecho de terreno vacío entre el dominio de mi padre y el de Rufus. Podríamos dividirnos la tierra entre nosotros. Rufus y mi padre, quiero decir. Y jurarle lealtad al papa y al rey franco. Tiempo atrás allí había una ciudad y hasta una docena de pueblos. Y pueden volver a levantarse y hacer ricos a sus señores.

Dulcinia le cogió de la mano.

—Pero entonces no querrás por esposa a una chica que canta.

Él se llevó la mano de Dulcinia a los labios.

—Oh, sí, sí querré. Stella es una buena madre para mí y una buena esposa para mi padre, digan lo que digan los hombres de ella. Sí, he oído las historias. Pero no me importa. Además, posees la confianza de Lucila y el favor de Adriano.

—Sí, a Adriano le caigo bien y puede que hasta contribuya a mi dote. Creo que lo haría. Especialmente si consigues rescatar a Lucila y encontrar a la reina franca huida. Creo que consideraría favorablemente tus deseos de limpiar estas tierras de bandidos para cultivarlas. De hecho, creo que le encantaría la oferta.

—Monta. Tendré que encargarme de unas cuantas cosas. Atacaremos cuando lleguemos al monasterio esta noche. Conozco bien el lugar. Un tal Dagobert estará allí con sus hombres. Si mi madre se encuentra bien, seré compasivo. Si no...

Dulcinia observó formarse en su cara la misma expresión que tenía cuando el herrero y sus hijos habían traído al prisionero desde el río. No había disfrutado con lo que había hecho, pero eso no le había detenido ni por un instante. Había visto la misma expresión en la cara de Lucila y también en la del papa Adriano, con similar frecuencia. Hacían lo que tenían que hacer. Y si eso les hacía perder el sueño, ella nunca vio el menor indicio al respecto. Sí, todavía le quería. Más, mucho más que a ningún otro hombre de los que había conocido o visto. Y si algún día esos ojos la miraban con la misma fría resolución, bueno, tendría que soportar las consecuencias.

Lucila se despertó del todo, fría y asustada. Sabía que debía haber dormido un rato, a pesar de lo agarrotada que se sentía, porque Stella se había dado la vuelta hacia ella y su cabeza descansaba sobre el brazo extendido de Lucila. El fuego se había consumido y ahora se reducía a unas pocas llamas azules y amarillas que bailaban sobre los ennegrecidos carbones del hogar. La habitación estaba casi tan negra como la boca de un pozo.

Oyó de nuevo el ruido de los arañosos. Lucila cerró los ojos y se obligó a

ignorarlo. Algo empujaba la puerta. Lucila vio cómo se levantaban las tablas. Sus brazos se cerraron en torno a Stella. Esto es lo que había temido. Uno o más de los rufianes borrachos de la iglesia habían venido como gatos en celo en lo que debían ser las primeras horas de la mañana.

Maldijo al prior y a Dagobert por ser un par de cerdos asquerosos. ¿Por qué no les habían dado a ella y a Stella un alojamiento más seguro? ¿O decidido poner algún tipo de vigilancia en la casa de invitados? Desvió la vista de la puerta y la dirigió a Stella. Estaba allí tumbada, con los ojos muy abiertos, con aspecto de estar mortalmente aterrorizada.

—Pase lo que pase, Stella, no te resistas —susurró Lucila—. Eres demasiado pequeña; esos hombres son demasiado fuertes. Por favor, por favor, prométemelo.

Stella asintió.

Alguien llamó a la puerta débilmente.

—Probablemente estén muy borrachos. Quizá se vayan.

—Dejad de susurrar entre vosotras y abrid la puerta, putas, que tenéis clientes. Abrid y satisfacernos. Si no, tendremos que despertar a toda la casa.

Lucila se puso de pie con dificultad.

—Vamos —dijo Adalgiso—. Nadie tiene por qué saberlo. Sólo nosotros tres. Dejados entrar.

Tres. Lucila apostaría cualquier cosa a que Dagobert era el tercero.

—Vamos —dijo Eberhardt en un tono lisonjero—. Nadie tiene por qué saberlo. Dejados entrar. Retozaremos un poquito y después os libraréis de nosotros. Vamos.

Lucila fue hasta la puerta y apoyó el hombro en las tablas.

—Vete, Adalgiso. Soy muy amiga del papa. No creo que quieras hacerle enfadar. Y Stella es la mujer de uno de los hombres leales a tu padre... Estamos comprometidas... no somos libres para...

Alguien abrió la puerta de una patada.

Stella gritó.

La puerta empujó a Lucila. Sus pantorrillas chocaron contra una de las camas y se fue hacia atrás, cayendo en posición supina sobre el bloque de piedra. Su cabeza se golpeó contra él. Se quedó atontada durante un segundo. Después se vio luchando por quitarse a Adalgiso de encima.

Él le agarró un pecho, retorciéndoselo dolorosamente. Lucila gritó e intentó arañarle los ojos y la cara. Apestaba a vino, un hedor tan intenso que Lucila tuvo que volver la cara para no tener arcadas.

Stella volvió a gritar.

Lucila podía oírla suplicar.

—Oh, no, para. Por favor. Soy una mujer casada. No intentéis forzarme a deshonorar a mi marido —entonces Stella gritó—. No, no, oh, Dios, no. Para.

Lucila podía verla a la tenue luz del debilitado fuego. Eberhardt la cogía del pelo con una mano y con la otra le apretaba el cuello, casi asfixiándola, mientras Dagobert

le subía el vestido.

Adalgiso también tenía a Lucila cogida por el pelo e intentaba levantarle la falda. Algo no tan sencillo, porque era una falda pantalón de montar.

Stella gritó de nuevo. Clavaba las uñas salvajemente en el brazo que le rodeaba el cuello.

Lucila levantó una rodilla, apartando el peso de Adalgiso de su cuerpo, y después se volvió. Él rodó y, como las plataformas eran estrechas, se cayó y aterrizó de espaldas en el suelo de piedra. Dejó escapar un aullido de furia, pero Lucila estaba ya de pie y corría hacia la pila de leña junto a la chimenea. En ese momento, la cabeza de Stella se deslizó a través del hueco del brazo de Eberhardt y a Dagobert le pareció que se iba a escapar. Sus faldas se le escurrieron de entre los dedos, así que retrocedió un paso y le dio un fuerte puñetazo a Stella en el abdomen, justo debajo de las costillas.

—Ahí tienes, yo la calmaré —dijo.

Stella no gritó. No podía. Lucila observó horrorizada cómo se doblaba de agonía, el color dejaba su cara y sus labios, orejas y nariz se volvían azules. Después cayó, aterrizando sobre un costado, acurrucada en una apretada bola de dolor.

Lucila había alcanzado ya la pila de leña. Cogió un tocón de una rama de roble y lo aplastó lo más fuerte que pudo contra la cabeza de Dagobert. Él se quedó sentado en el suelo, mientras la sangre manaba de un corte en la frente. Todavía en el suelo cerca de la cama, Adalgiso intentaba levantarse. Este ejercicio se complicó por el hecho de que su sobrecargado estómago eligió ese preciso momento para vomitar sus contenidos por todo el suelo.

Dagobert estaba cegado por su propia sangre y aturdido por el alcohol. Todavía trataba de levantarse pero, posiblemente por ser un poquito más listo o más ágil que Eberhardt y Adalgiso, ya había emprendido la huida. Lucila vio que tenía medio cuerpo al otro lado de la puerta.

Adalgiso permaneció de rodillas, con violentas arcadas, mientras Lucila golpeaba a Eberhardt en la cabeza con su improvisado garrote. Después le machacó la cara, rompiéndole la nariz y sacándole un ojo. Con el siguiente golpe saltaron la mayoría de los dientes y después consiguió romperle una rodilla. Tenía que finalizar su ataque, porque Adalgiso estaba por fin en pie y se dirigía hacia ella espada en mano.

Le lanzó una simple estocada, tal y como había hecho con Avernia, pero la diferencia residía en que Lucila no era Avernia y Adalgiso ya no estaba sobrio. Ella dio un paso a un lado para esquivar la espada y le golpeó la muñeca con el garrote. Él gritó de dolor.

Lucila le devolvió el grito, maldiciéndole con las peores obscenidades que sabía.

—Mira, cerdo, mira lo que tú y tus amigos habéis hecho. Habéis matado a Stella —le dijo después.

Él clavó la mirada en la mujer rubia, esbelta y antes bella que yacía sobre el suelo cerca de la chimenea. La piel de Stella estaba gris. Estaba fría y húmeda al tacto.

Lucila lo sabía porque estaba de rodillas junto a ella. Un hilo de sangre le salía de entre los labios para caer sobre el suelo. Todavía tenía ambos brazos cruzados sobre el estómago y cuando Lucila intentó tocar esa zona ella dejó escapar el grito más atroz que Lucila hubiese escuchado nunca.

—No, no me muevas. No. Me moriré. Me ha roto algo dentro. Nunca había sentido un dolor tan terrible. Ayúdame, Lucila. Ayúdame. Me muero.

No parecía asustada, sino sólo asombrada ante su condición. Lucila miró a Adalgiso.

—Bueno, ya has hecho el imbécil para toda tu vida, ¿verdad?

Él retrocedió alejándose de Lucila, con la espada en la mano izquierda, mientras intentaba hacer el signo de la cruz con la derecha.

Justo entonces ambos escucharon los chillidos y gritos que llegaban desde la iglesia de la abadía.

Matrona se acercó al estanque en su forma de loba. Como siempre, oyó voces. Algunas las reconoció; otras le resultaban extrañas y a veces estaba convencida de que no eran simplemente lenguaje, sino otras formas usadas por seres que no podían clasificarse como humanos para transmitir información. Los idiomas también eran un misterio. Ella sabía muchos y su mente registraba sus cambios a lo largo del tiempo.

El propio lenguaje de su gente era todavía hablado por muchos pueblos diferentes, pero había variado tanto con el paso de los siglos, de los milenios, que ahora sería un galimatías para sus creadores. Ella misma a veces hablaba despacio, porque su mente recorría perezosamente la senda en el tiempo de un concepto convertido en lengua por las criaturas que primero utilizaron las palabras para imponer orden y pensamiento sobre el continuo, sobre los datos puros de la vida misma.

Una cosa de gran poder el lenguaje. Mucho más poderoso de lo que los hombres y mujeres que lo usaban de forma tan descuidada sabrían jamás. Matrona prestaba atención a lo que decían las voces. A veces ofrecían advertencias o señalaban un camino que debería recorrer. Pero la mayor parte del tiempo simplemente comentaban los problemas de su mundo particular o gritaban su pena o su victoria sobre las dificultades o los logros alcanzados.

Ahora, en este momento, una mujer le cantaba una nana a un bebé, acompañada por el susurrante trino de un caramillo de madera. Matrona reconoció la voz de su madre. Otrora, cuando ella se resistía al omnipresente flujo del cambio, las voces la habían atormentado. Pero ahora aceptaba su parte como espectadora elegida del viaje humano y ya no sufría ese sentimiento de pérdida que vivió al saber que el inexorable flujo de los acontecimientos le arrebataría a todos sus seres amados. Ella, como Maeniel, había escogido un puesto fuera del tiempo y, por el contrario que él o Regeane, aceptaba su misión. A sus ojos ambos eran, bueno... jóvenes.

¡Entonces oyó a Gu! Cantando. Largo tiempo atrás él le había enseñado el calendario y cómo contar los años. Ella pronunció el sonido que era su nombre con la lengua de la loba.

Todos los idiomas habían perdido ese sonido desde entonces, pero era notable que un lobo pudiera hacerlo, aunque los hombres hubieran olvidado cómo. Lo cierto es que él era un maestro de lobos y en el crudo y salvaje invierno del mundo había corrido junto a las manadas para sobrevivir.

—¡Gu! —llamó de nuevo, pero no hubo respuesta. No, se había ido con el resto.

Matrona la madre. Recordamos cuando la bestia y el hombre eran uno. Soy el talismán. Era su talismán. Las montañas rugieron, el humo cegó el ojo del sol y el invierno eterno descendió sobre la tierra.

Era nuestro sino. Entonces éramos descuidados. Gu me lo dijo. Vivíamos en el sol. Arrancábamos la fruta de los árboles, las aguas estaban llenas de vida. Seguíamos los ríos y arroyos en los años secos. Después, cuando llegaron las lluvias, toda la tierra fue nuestra y disfrutamos de su abundancia. No necesitábamos vestiduras porque los retazos de vello de nuestra entrepierna, cabeza y cuello eran suficiente. Gracias a ellos éramos bellos como los gatos, adornados por la mejor sedosidad dorada, negra, rojiza o plateada. Era todo lo que podíamos desear y nos acariciábamos los unos a los otros sin miedo, para pedir comida o amor o incluso perdón y consuelo.

Las amplias sabanas eran una fuente interminable de belleza y alimento, no sólo para el cuerpo, sino también para el espíritu. Bandadas de pájaros oscurecían el sol. Manadas de veloces bestias con cuernos y pezuñas rivalizaban con el mismísimo trueno de las tormentas. Los árboles se doblaban bajo el peso de la fruta y las flores, y las ofrecían ante nuestras bien dispuestas manos.

Hasta que habló la montaña.

Y llegaron los largos inviernos. Los largos y fríos inviernos.

Matrona no podía recordar la sonriente luz, el calor perpetuo.

También dudaba que Gu pudiera. Muchos conocían las historias sobre la luz perpetua y la inacabable generosidad de la madre de toda la vida, pero eran eso, sólo historias. Un paraíso perdido. Ella misma había nacido en el lejano sur después de que su gente siguiera a las manadas desde el norte en su migración anual, para cazarlas en las gargantas y profundidades del frondoso bosque cerca del mar. Se les permitió morar en ese margen de tierra más allá del hielo; un hielo que apresaba las colinas, las montañas e incluso la llanura y que era contenido por el agua, la única agua que sabían que nunca se helaba, la del mar rugiente.

Y en el estrecho lugar rodeado de glaciares podían sobrevivir el invierno hasta la próxima prueba, el largo viaje en el que seguían a las manadas hacia el norte al comienzo de la primavera. Así que una bella primavera, cuando se preparaban para el arduo camino, Matrona había sido entregada a los lobos.

Gu había visto las formas en el fuego y todo cayó sobre ella.

Ella fue a los lobos y la aceptaron como una vez aceptaron a Gu y le dieron un nombre. Así que la aceptaron a ella y le dieron un nombre. Y ella corrió con la manada hacia el norte como hizo su gente. Hacia la estepa, donde se encontró con la loba negra. Lucharon.

Por aquel entonces, Matrona, endurecida por las largas marchas con la manada, luchaba con el resto por su parte de la caza; el frío y el cansancio del día y la noche eternamente helados, siempre detrás de las bestias y vistiendo sólo su piel, la había endurecido hasta hacerla como mínimo igual de fuerte que el resto de los lobos. No se dejaba amilanar ni siquiera por el líder; era una poderosa oponente para cualquier lobo.

Pero éste era especial, diferente del resto. Una última y solitaria superviviente de la manada líder, la organización de lobos del pleistoceno, los *canis dirus*, que habían gobernado mucho antes de que se pensase siquiera en la aparición de la gente de Matrona. La *dirus*. Llegó para reclamar su sacrificio anual, para llevar a Matrona a la oscuridad final y al frío eterno. Y ahora Matrona vestía la piel de la loba y su alma miraba el estanque a través de sus ojos en las últimas horas de la noche.

Matrona se sacudió como si intentara librarse de los recuerdos que se aferraban a su espíritu como las telarañas a los árboles y fijó la mirada en el agua. No hubo advertencias... esta vez. Algunas veces las voces que oía estaban agitadas y molestas. Le decían que el camino era peligroso o que podría pasar algo. Se preguntaba qué camino habría tomado Regeane, cuando escuchó la voz.

—¿Es tu amor un collar y una cadena?

Matrona sonrió y se deslizó en el agua. También ella llegó al mismo bosque extraño en el que Regeane había aterrizado, pero para entonces el sol estaba alto y el aire era cálido.

Como humana, nadó a través del lago entre los árboles hasta la cascada y estudió la misma garganta ahogada por las raíces de los árboles monstruosos que parecían cubrir el suelo del mundo. Matrona había estado aquí antes. Algunas criaturas escarlata parecidas a pájaros pasaban rozando el agua para coger... ¿qué?, ¿insectos? Matrona nunca lo supo.

Arriba y más arriba se elevaban los árboles, sus copas perdidas entre las nubes antes de poder ver rama alguna. Como había hecho Regeane, se volvió loba en las aguas bajas y comenzó a avanzar con la corriente, dejando que el silencio la impregnara. Al contrario que muchos humanos, no solía pensar con palabras. En su mundo, entre los bosques azotados por el viento junto a la orilla del mar donde había nacido, la palabra se usaba para amplificar la interminable comunicación de la flexible danza de la vida sobre el cuerpo. No había conocido ni necesitado palabras cuando vivía con los lobos, ni siquiera tras luchar contra la loba *dirus* y matarla. Después de la llegada de Gu, no había necesitado hablar con él ni con ellos. Así que respetaba el silencio y él le llevaba noticias.

El viento de la mañana estaba haciendo trizas la niebla alta que escondía las

porciones superiores de los árboles. El bosque susurró y después le habló en voz alta al aire cambiante. Los árboles de corteza plateada se movieron, tintineando un poquito mientras las enredadas ramas de las copas con forma de paraguas daban las unas con las otras ligeramente, el sonido de los timbales de la vida y el placer.

Otra noche acaba.

Es de día.

El chapoteo de las negras patas de la loba sobre el agua hablaba largo y tendido de prisa, de urgencia. Las preguntas de las cosas vivas y animadas.

Ella estuvo aquí.

Pero se ha ido.

Se comió un... brillante.

Pero no pasa nada.

Entre las borrosas islas de árboles, caían gotas de condensación procedentes de la niebla nocturna como si fuera lluvia, apagando la sed de los helechos y de las plantas aún más primitivas que colgaban en zarcillos de la corteza de los árboles o anidaban en la tierra atrapadas entre las raíces que cubrían el suelo a modo de armadura sin dejar resquicios entre ellas.

Un árbol murió el día que ella vino.

Nosotros... le lloramos.

Un enorme suspiro.

Nos dejó a la orilla del lago.

Brillante. Y los pájaros escarlata bailaron sobre el agua.

¿O no eran pájaros?

Brillante. Habló el bosque. *Cuatro pies. Dos pies.*

Matrona reconoció su propio nombre.

Dos pies. Cuatro pies.

Nuestra amada hija del silencio.

Iré más allá del lago. Debo encontrarla.

Extraño pensamiento... velocidad. Prisa..., musitaban los árboles.

Matrona reanudó su marcha.

Está en el agua. La oímos. Pisadas. Se comió el brillante... fruta, berros... se llevó parte de nosotros en su interior. Volverá.

Maeniel no siguió el río como Regeane había hecho. Conocía un camino romano. Iba, como casi todos los caminos romanos, en línea recta a través del pantano y hacía que el viaje resultara muy fácil.

Disgustado consigo mismo por permitir que le capturaran y encerraran, marchaba con rapidez para regresar al rey lo más rápidamente posible. A Regeane le costaba trabajo seguirle el ritmo y sabía que él todavía debía estar enfadado con ella por su discusión de la noche ulterior. Aunque parecían reconciliados, sentía que la pelea aún

no había acabado. Él no cedería ni un milímetro ante ella y ella seguía sintiéndose agraviada por él.

Cuando divisó a unas cuantas aves acuáticas, patos con plumas oscuras y brillantes cabezas verdes que viajaban en grupos familiares con patitos despeluchados chapoteando tras ellos, Maeniel se quedó completamente inmóvil, preparándose para un aperitivo de mamá y bebé pato.

Regeane se sintió indignada e incluso la loba estaba molesta. Así que salió de su escondite y los asustó para que echaran a volar. Los patos saltaron delante de su cara en una algarabía de plumas y fuertes chillidos de advertencia. Mientras volaban, él se volvió y sus mandíbulas se cerraron a menos de tres centímetros de la cara de Regeane.

Ella reconoció este gesto como lo que era, una forma de intimidación, y se mantuvo en su sitio mientras él le lanzaba una mirada asesina. Regeane no era rival para él y ella había descubierto durante el breve espacio de tiempo que llevaban casados que, en realidad, prácticamente no existía nada que pudiera rivalizarle. Ciertamente, ninguno de los componentes de la manada que había reunido en torno a él podían ser rivales para su pura ferocidad letal como hombre o como lobo; pero, curiosamente, él no estaba tan predispuesto como cualquier macho humano a tratar de intimidarla con su superioridad física.

Las hembras de la manada tenían su propia jerarquía. Regeane no estaba en lo más alto de la misma. Matrona lo estaba. Pero Regeane era una segunda fuerte y estaba aprendiendo mucho de Matrona. Y una de las lecciones era que debía reclamar el respeto que se merecía. Incluso de él.

Así que el duelo de miradas acabó cuando él apartó los ojos.

Y de nuevo ella le siguió.

Durante unos cuantos kilómetros el camino estaba sumergido bajo las inundaciones primaverales. No quedaba nadie para ocuparse de las acequias que antes lo drenaban. Así que los dos lobos tuvieron que nadar, a veces abriéndose paso entre el lodo. Había serpientes. A Regeane le eran indiferentes pero, para vengarse por el ataque a los patos, fingió prepararse para comerse una... comportamiento que encolerizó a Maeniel y le arrancó un salvaje gruñido de asco.

Regeane levantó la mirada del agitado reptil y le dedicó un gesto de asombro inocente, uno tan abrumadoramente tierno que él adivinó su propósito de inmediato y se alejó enfadado con las patas muy tiesas y el hocico en alto. La serpiente, algo inquieta y ocultando su miedo en veloz culebreo, el lenguaje del movimiento, se alejó de allí deslizándose con rapidez y le dedicó un último giro de cuello y una sacada de lengua —*ha sido un gesto muy grosero por tu parte*— a Regeane, para después desaparecer en un frondoso lecho de pontederias que ya mostraba sus primeras espigas de flores.

Sin embargo, ambos coincidían en su opinión sobre las ranas. Las encontraban absolutamente deliciosas, así que siguieron paseando, cenando sobre la marcha.

Por fin el camino resurgió y el avance se hizo más fácil, aunque había menos ranas suculentas para comer. El terreno comenzó a elevarse. Fue entonces cuando se cruzaron en el camino de Armine, Chiara, Hugo y Gimp. Sólo tenían dos hombres con ellos y eran perseguidos por media docena de soldados y tres perros.

Regeane pensó con horror, *Demasiados para nosotros*. Pero Maeniel se volvió en el sendero sin pensárselo dos veces.

Sí, recordó Regeane. *La chica le había salvado la vida. Debían intentar ayudar*. Maeniel echó a correr. Regeane le siguió.

El oso sabía que les perseguían. Se dio cuenta de ello cuando Armine y Chiara cruzaron el río. Gimp esperaba en el vado de mal augurio donde la familia había sido asesinada.

Regeane había observado, *El agua debe estar ya alta en el cruce. Lo estaba*.

El cuerpo de Hugo estaba echado sobre la silla, panza abajo.

El oso soltó una palabrota.

Chiara le oyó pero, por una vez, no dijo nada. Tanto ella como Armine estaban asustados. Gimp estaba, como siempre, durmiendo. Conseguía hacerlo incluso mientras montaba.

El oso lo despertó con un fuerte rugido. Después volvió a poseer el cuerpo de Hugo. Se deslizó hasta bajar del caballo, se tambaleó, y tuvo que dar tres vueltas alrededor del animal para desenredarse. Pero después se lanzó sobre la silla.

La escolta de Armine no se daba cuenta prácticamente de nada. Tenían una horrible resaca y Chiara, Armine y el oso estaban bastante seguros de que resultarían inútiles en una pelea. Todo lo que podían esperar era que el rey estuviese demasiado ocupado masacrando a sus otros enemigos como para dedicarles algún pensamiento.

Esperanzas vanas.

El oso detectó a los perseguidores antes que el resto. Dejó el sendero para dirigirles al camino romano que atravesaba la zona pantanosa. Armine comenzó a protestar. Espoleó a su caballo para llegar hasta donde el oso —como Hugo— dirigía al grupo.

—¿Dónde...?

—Están detrás de nosotros —contestó el oso.

—Oh, no, no estoy preocupado por mí, pero Chiara... Cuando pienso en lo que podría ocurrirle...

—No dejaré que ocurra —dijo el oso—. No dejaré que la cojan.

—¿Lo prometes?

—Te doy mi palabra —respondió el oso y después cruzó su cara un gesto de ferocidad, un gesto que Hugo nunca podría haber originado—. Mataré a cualquiera que ponga una mano sobre ella. Lo prometo. Juro que lo haré. Ahora tú, Armine, asegúrate de que este cadáver permanezca sobre el caballo mientras yo voy a visitar a

nuestros perseguidores.

El cuerpo de Hugo se derrumbó. Armine lo cogió del brazo con fuerza.

El oso nunca supo cómo se movía, pero lo hacía con rapidez. En unos cuantos segundos vio a los hombres de Desiderio. Ellos también habían entrado en el camino romano. Un hombre a pie se hacía cargo de los tres perros. Tiraban de sus correas. Asesinos. Perros de guerra. Grandes, peligrosos y crueles. El que se ocupaba de los perros llevaba un látigo. Parecían respetar tanto al látigo como a su dueño, pero se lanzaban con furia contra todo lo demás, incluyendo a los guerreros a caballo que los acompañaban, cuando se acercaban demasiado.

El oso los descartó. Se había recuperado de su lucha contra Regeane y Matrona, pero le había llevado varias semanas. Le habían exprimido hasta casi matarle o aletargarle cuando encontró a Gimp y después a Hugo. Los guardianes de la tumba le habían salvado de... ¿la muerte?, ¿el letargo?, quién sabe. Alguna forma de inexistencia. Una fiera batalla con los perros en esos momentos podría arrebatarle sus energías hasta el punto de incapacitarle para ayudar a Chiara y a su padre. Y, curiosamente, eso era lo que más le preocupaba. El miedo a que ella cayera presa de Desiderio y de su ejército mercenario.

Al final el rey acabaría matándola pero, antes de morir, el brillante y valiente pequeño espíritu acabaría roto de la forma más cruel posible. El primer sentimiento de culpa conocido por el oso empezó a apoderarse de su alma al recordar el sufrimiento de los prisioneros del «abad» a manos de ese monstruo humano. Ahora estaba pagando por su desalmado apoyo a los deseos del loco, pero la criatura le había amado, le había adorado. Ésa era su conexión con el mundo de la luz: las emociones de las criaturas que podía hacer suyas. Como el abad, Hugo, Gimp y otros de los que había hecho presa a lo largo de los siglos... los milenios, de hecho. No podría vivir sin su amor, su admiración, su odio, su miedo, su dolor y, sí, su alegría.

Las verdaderas bestias como esos perros enloquecidos y arruinados —sí, arruinados por la crueldad sistemática humana— no podrían ofrecerle jamás las energías que sostenían su vida consciente, las que le proporcionaba la presencia de los humanos. Sin ellos, tendría que desvanecerse, hundirse en una estupidez balbuciente como Gimp y después... Apartó el pensamiento de su mente. ¿Cómo detenerles? Los caballos eran objetivos mucho más asequibles. Los hombres no podían verle, pero los caballos eran un asunto más sencillo.

Se materializó frente a ellos. Escogió la forma del oso y rugió.

Los resultados fueron más que satisfactorios.

Unos segundos después, estaba de vuelta en el cuerpo de Hugo, riéndose entre dientes. El sonido hizo que la sangre de Armine se le helara en las venas.

—Intenta llevar el mejor ritmo posible —le dijo a Armine—. Les di algo en que pensar. Para cuando logren coger sus caballos y calmar a las criaturas, deberíamos haber avanzado bastante.

Armine estudió al hombre que cabalgaba junto a él. Estaba limpio. Llevaba las

ropas más viejas de Hugo, camiseta, dalmática y pantalones de montar reforzados con piel en la parte de atrás, las rodillas y los tobillos. Pero la cara estaba tan completamente cambiada que no podía ver nada de Hugo en ella. Era la cara de un guerrero: peligroso, fuerte, valiente, sin miedo y extrañamente guapo. Se recostaba sobre la silla, con las rodillas aferradas a los flancos del caballo. Controlaba las riendas fácilmente con una mano, mientras que la otra descansaba sobre el cuchillo de su cinturón.

Se movían rápido en línea recta bajando por el centro del camino romano. Cuando llegaban a una zona embarrada o a lugares donde el agua había barrido el camino, él espoleaba a su caballo con facilidad para que galopase y pasaba ese punto sin dificultades.

—¿Qué has hecho con Hugo? —le preguntó Armine.

La cosa que habitaba el cuerpo de Hugo compuso una mueca completamente malvada.

—Me lo comí.

Armine le dirigió una mirada cansada.

—Por Dios, no juegues conmigo. ¿Destruíste el alma de Hugo cuando te quedaste con su cuerpo?

—No, pero eres muy... Hay muchas cosas sobre el mundo que no comprendes. Intenté decírselo a tu hija. El rayo mató a Hugo. Cuando volví tras ver cómo el lobo se marchaba, encontré sus restos en el porche. Todavía respiraba, aunque a duras penas, pero su cerebro, la parte de vosotros que está en el cráneo, era... papilla.

Armine asintió. Tenía más experiencia vital que Chiara. Sabía que a menudo las lesiones graves en la cabeza resultaban mortales.

—Cogí el cuerpo. Puedo usarlo. —La criatura se encogió de hombros—. Pero Hugo se ha ido. El hombre a quien conocías residía en su cerebro; cuando ese cerebro quedó destruido, se fue a donde quiera que sea que... tu Dios los manda. Cielo, infierno, no lo puedo saber. No es mi Dios y no me explica esas cosas. Pero, créeme, Hugo no volverá.

—No puedo decir que lo sienta mucho —comentó Armine.

El oso se rió. Los ecos vacíos del sonido le hicieron rechinar los dientes a Armine.

—No hagas eso —dijo Armine.

—A Chiara tampoco le gusta —contestó el oso—. Pero... —se detuvo, con aspecto preocupado—. Maldita sea. Vienen otra vez y nos ganan terreno.

Imagina, imagina un mundo sin fronteras, un mundo sin naciones, ni ciudades, ni granjas, ni siquiera leyes ni reglas. Una capa de hielo cubría los polos. En verano retrocedía. En invierno se extendía hasta la orilla de los muchos mares. En verano las bestias gigantes que dominaban la limitada naturaleza entre el mar y el hielo ocupaba

las vastas planicies, los verdes valles atrapados entre los pliegues de las arrugadas y anónimas cadenas montañosas y las playas de los enormes mares salvajes.

Este mundo se jactaba de su increíble riqueza, así como de sus brutales privaciones. Ciervos y alces dotados de cornamentas de tres metros, lobos que se agrupaban en manadas y eran del tamaño de caballos pequeños, elefantes mamuts con gigantescos colmillos torcidos y piel velluda dominaban el mundo.

Matrona y su gente cazaban, amaban, vivían y conquistaban entre seres animales que el mundo no ha visto desde que desaparecieron los dinosaurios. Lloraban al final de cada verano, se cortaban las yemas de los dedos en señal de tristeza y se laceraban las caras. Lo hacían con terror, esperando que fueran quienes fuesen los dioses que gobernaban el universo vieran su dolor y, llegado el momento, les volvieran a conceder el regalo de la primavera. Después seguían a los enormes rebaños de animales en un viaje salvaje y peligroso desde las altas planicies, las montañas, las colinas y los bosques para pasar el invierno en la costa, en islas descubiertas por el encogido mar encerrado en el hielo, entre los promontorios barridos por el viento y azotados por aterradoras tormentas.

En este mundo, una mujer tiene que parir a cuatro hijos para criar a uno; un hombre debe ser padre de siete para que alguien le reemplace. Pero seguían amando, robaban la alegría de entre las fauces de la muerte y conocían la felicidad trascendente a la sombra de la espada.

Matrona surgió de las aguas del pantano como una cigarra rompiendo su caparazón para enfrentarse a los dos lobos. Regeane y Maeniel se miraron con expresión culpable.

—Le diste tu palabra a Carlos —le dijo a Maeniel.

Él inclinó la cabeza a un lado, como un perro al que le echan una regañina.

—No quiero tus disculpas —dijo Matrona—. Habla con tu consorte.

Maeniel pareció amotinarse, pero sólo durante un momento, después se volvió hacia Regeane. Se dieron hocico contra hocico. *¿Puedes manejar esto?*

Ella gruñó débilmente desde el fondo de su garganta.

Matrona lo entendió tan bien como Maeniel. Era un *Lo intentaré*.

La cabeza de una espadaña cayó cerca de los pies de Regeane. Alguien había cortado el tallo con una espada. Ella miró hacia arriba. Los ojos de la loba vieron la silueta de Remingus entre ella y el sol. Era tan sólido como el día en que fue con ella a la plaza de Pavía.

—El oso está cerca —le dijo a Regeane.

La loba movió la oreja hacia delante y después hacia atrás. Se sintió molesta.

Remingus continuó.

—Chiara y su padre... él está intentando defenderles. Fallará. La chica, Chiara, salvó a tu marido. Tienes una deuda de sangre con ellos.

Regeane echó a correr a toda velocidad.

Maeniel intentó seguirla. Dio un salto en el aire, pero sintió cómo alguien le

detenía y tiraba de él hacia atrás como cuando un perro llega al final de una cadena, con las patas delanteras al aire y de pie sobre las traseras. Matrona le había cogido por el collarín. Le retenía. La mente de Maeniel se disolvió en un magma de furia enloquecida. Con el movimiento de un dragón gigante, su cuerpo se retorció y después se liberó. Se dio la vuelta y se enfrentó a Matrona.

Ella estaba de pie, mujer, a unos dos metros y medio de distancia. Magnífica en su desnudez absoluta. Su cabello era un salvaje enredo de seda de ébano que colgaba hasta la cintura. Grandes senos con pezones oscuros y bien marcados, una amplia caja torácica que descendía hasta estrecharse en la cintura, para después volver a desplegarse en unas caderas anchas y gráciles. El vello de las ingles crecía abundante, negro y rizado, una oscura y sedosa piel de marta que cubría sus estructuras sexuales. No las protegía, las ensalzaba, el pelo crecía como una cuña cuyo extremo terminaba justo por debajo del ombligo. Por primera vez en su larga amistad, la sexualidad de Matrona le golpeó como una maza. Ella sonrió y los ojos le brillaron con una sabiduría que hubiese convertido a Eva en una simple chica inocente. Sus dientes blancos, con los caninos un poco más largos y más puntiagudos que los de las otras mujeres, brillaron en una mueca salvaje y triunfante.

—Déjala ir —ordenó—. Llegó la hora. Vamos. Por tu propia voluntad sirves a un ser humano. Un rey humano. Muy estúpido por tu parte, pero es lo que has escogido. Así sea. Ahora ella debe marchar sola.

Humana, pensó Maeniel. No, Matrona no era del todo humana. Era lo... otro. La estudió mientras la furia hirviente rugía en su cerebro. Los otros. No siempre habían tenido fuego. Lo obtuvieron de los hombres. Pero su gente tampoco lo había necesitado. La forma del pelo que cubría a Matrona era la de una criatura que tenía antepasados, antepasados cercanos, cómodos sólo con su pellejo... como pasaba con los lobos.

Los antepasados de Matrona habían emergido del estado bestial justo a tiempo para luchar contra el angustioso frío, atroz y bello, pero mortal y aterrador. Un frío y una oscuridad que amenazaban con barrerlo todo a su paso y acabar con la vida de todas las criaturas terrestres y la mayor parte de la vegetación de la que se alimentaban.

Y en esta oscuridad y frío amargos, aparentemente finales y eternos, sólo los cazadores podían sobrevivir, así que los otros casi-humanos fueron cayendo, muriendo de hambre cuando el frío dejó los árboles sin fruta, sin flores y después sin hojas. Cuando la sequía convirtió las junglas en desiertos y las grandes planicies en yescas abrasadas, secadas por el interminable calor de las latitudes tropicales y después quemadas cuando los rayos de fuego cayeron de los cielos oscurecidos por el espeso polvo. Y la lluvia nunca llegaba.

La lluvia, la fecunda agua de los cielos, nunca caía, y las cosas que todavía no eran lo bastante salvajes como para matar, murieron. Habían tomado un camino distinto al de los cazadores, uno más gentil, un camino aparentemente más sabio que

el de la gente de Matrona, pero sólo les conducía a una noche eterna.

Sólo los cazadores, señores del fuego y de las lanzas de madera, sobrevivieron. Podían triunfar, alimentarse de los cadáveres producidos por la matanza y el caos y sobrevivir. Los débiles, los cariñosos, los amables, los compasivos, los bellos y los inteligentes, servían a los cazadores que imitaban el comportamiento de los lobos y de los *canis dirus*, o morían.

Y el mundo contuvo el aliento y esperó a que el sol volviese.

Y la gente de Matrona vagó por la vasta desolación y trajo a la humanidad a la vida y, durante un tiempo, la humanidad se encogió de miedo a la sombra de su fuerza. La gente de Matrona cogió el fuego de sus manos y éste brilló mientras el frío casi lograba acabar incluso con ellos.

Maeniel el lobo entendió todo esto en un suspiro. Mientras se abalanzaba hacia Matrona para la caza.

Matrona echó la cabeza hacia atrás, enseñando sus brillantes dientes blancos, y se rió. Se rió mientras, demasiado tarde, Maeniel se percataba de que se había liberado del mundo de la humanidad y se tiraba de cabeza, siguiendo a Matrona, al interior de otro distinto.

Los sonidos del combate se hacían cada vez más fuertes. Lucila, todavía frente a Adalgiso, le enseñó los dientes.

—Parece que Ansgar o su hijo ya han llegado.

—¿Su hijo? —preguntó Adalgiso.

—Sí —susurró Lucila—. Estaba presente cuando te llevaste a Stella. Ella temía por él.

—¿Mi hijo? —susurró Stella—. Oh, Lucila, ¿crees que podría ser mi hijo?

Adalgiso dio un paso hacia Stella.

Lucila levantó el garrote sobre su cabeza.

—Tócala, vamos, tócala —gritó—. Te mataré.

Adalgiso retrocedió hacia la puerta.

En ese momento apareció Dagobert. Le echó un vistazo a lo que quedaba de Eberhardt y le habló a Adalgiso.

—Vamos. No ha sido una pelea, ha sido una matanza. ¿Cómo han podido entrar tan fácilmente?

Parecía tanto angustiado como perplejo. Y, de hecho, su silueta se recortaba contra el brillo escarlata de un fuego.

Lucila escuchó un grito animal largo y agonizante.

Dagobert miró hacia atrás con terror.

—Los están matando, los matan y queman la iglesia.

Lucila oyó el explosivo sonido de unos cristales al romperse.

—Si no nos vamos ahora, seremos los siguientes. No lo entiendo. El rey

lombardo es el señor de Ludolf. ¿Cómo se atreve a asesinar a los soldados del rey?

—Posiblemente el que hayáis secuestrado a su madre tenga algo que ver con eso —sugirió Lucila con una fea carcajada.

Adalgiso volvió a moverse hacia Stella. Lucila soltó otro grito de furia.

—¿Estás loco? —gritó Dagobert—. Mira lo que queda de Eberhardt y lo que ya te ha hecho a ti. Tenemos que irnos y ahora. El hijo de Ansgar está de un humor asesino. ¿Cómo crees que se comportará cuando encuentre a su madre en estas condiciones?

—¿Y de quién es la culpa? —chilló Adalgiso—. Tú la golpeaste. Yo no te dije que la golpearas.

La luz del fuego era ya muy brillante, el jardín se llenaba de humo. Lucila bajó su arma.

—Eso es, seguid discutiendo. Seguid así hasta que Ludolf os encuentre. Escuchadme los dos. Iré con vosotros sin resistirme si dejáis a Stella aquí y no le hacéis más daño, pero tenemos que irnos enseguida, ¿me oís? Enseguida. Adalgiso, tu padre se pondrá furioso si no logras sacar algo de todo este desastre y yo seré ese algo, pero vete y deja en paz a Stella.

Lucila soltó la rama de roble que había usado como arma y se movió hacia la puerta. Adalgiso la cogió del brazo y huyeron. Más cristales se rompieron mientras corrían por el jardín. Lucila miró hacia la iglesia. El fuego había llegado a las vigas que soportaban el ábside sobre el altar y todo el campanario estaba en llamas. Los sonidos que provenían del resto de la catedral indicaban que algunos de los hombres de Dagobert habían estado lo bastante sobrios como para oponer resistencia, pero estaban perdiendo. Lucila oía cada vez más gritos implorando piedad y más chillidos de los que eran asesinados.

Las llamas se extendían con rapidez por el techo de paja del establo cuando Lucila y los dos hombres llegaron hasta él. Lucila sabía que no tenían tiempo que perder. Aún así, tuvo que pensar por ellos. Seguían confundidos por la bebida, pero ella consiguió ensillar tres caballos, agarró las bridas y los condujo hasta una puerta al fondo. El establo se estaba llenando de humo.

Lucila agarró el brazo de Adalgiso.

—Arriba. Arriba. ¡Monta! —le ordenó.

Él temblaba de arriba abajo.

—¿Cómo... cómo sabes que no nos están esperando ahí afuera?

—Probablemente lo estén —le espetó Lucila—. Pero tú irás primero de todas formas. Tú, Dagobert, coge el de atrás.

Obedientemente, montó detrás de ella.

Dios, pensó mientras se deslizaba encima de su propia silla. El humo era tan denso que casi no podía respirar. Bajó su cabeza a la altura del cuello del caballo, buscando aire limpio. Estaba muy oscuro en el interior del cobertizo, pero pudo ver cómo Dagobert se tambaleaba en su montura detrás de ella. Todavía estaba medio

borracho, demasiado borracho como para protegerse del espeso y asfixiante humo.

—Bien —susurró para sí—. Bien.

Encaminó a su caballo con sigilo hacia la puerta. Después la abrió de una sólida y fuerte patada con una de sus botas de montar. Y lo que Lucila pensaba que podría ocurrir, ocurrió. El establo se convirtió en un túnel de llamas cuando el helado frío del exterior entró a borbotones a través de la puerta abierta. El caballo que montaba Adalgiso se disparó como una flecha de ballesta recién lanzada. Su propia montura se revolvió, pero Lucila sabía que si caía estaba muerta. Soltó las riendas, se agarró al pomo como una lapa y, cuando las patas traseras de la bestia tocaron el suelo, salió corriendo a la misma velocidad que Adalgiso.

Entonces la corriente de aire se invirtió y cogió a Dagobert en su camino de vuelta. Tanto hombre como caballo chillaron de terror mientras el fuego jugaba sobre sus espaldas. Su propio caballo recibió el impacto, las pezuñas traseras se lanzaron hacia delante en una loca carrera. Ella tenía la cabeza agachada junto al cuello del caballo.

La cabeza de Dagobert se estrelló contra el dintel de la puerta del establo. Más que fracturarse, su cráneo se desintegró. Lucila le vio morir. Vio cómo se le abría la cabeza; el impacto le arrancó hasta la mandíbula. Lo que quedaba de él cayó, formando un bulto en llamas en el suelo cerca de la puerta. Su caballo, con la silla vacía, pasó volando junto a Lucila y ésta, que era una estupenda amazona, logró agarrar la brida y recoger las riendas para conducir al caballo de Dagobert tras el suyo. Después pasaron los árboles que rodeaban el monasterio y cabalgaron a través de los pastos. Adalgiso miró hacia atrás, vio a Lucila al galope detrás de él conduciendo al otro caballo. Lucila sacudió la cabeza y Adalgiso espoleó su montura para alcanzar la mejor velocidad posible, cruzar el campo abierto y alejarse de allí.

Una vez estuvo a solas, Stella se quedó tendida en silencio sobre el abandonado manto de Lucila, escuchando cómo disminuían los ruidos de la matanza en la iglesia. Estaba entumecida, el dolor se desvanecía lentamente en el silencio. Estaba tan asustada que ya no sentía el miedo. De repente, Ludolf se inclinó sobre ella.

—Madre —dijo Ludolf, mientras le tocaba la cara.

—Oh, querido mío. —Ella le cogió la mano. Dulcinia miró por la habitación—. Es una pocilga —susurró Stella—. Fría, vacía, ni siquiera tiene una cerradura en la puerta. No nos ofrecieron ningún consuelo.

Ludolf asintió e intentó coger a Stella en brazos. Ella dejó escapar el sonido más horrendo que ambos hubiesen escuchado.

—Oh, Dios —susurró él.

—Lo siento, querido —susurró Stella—. No, no me toques. Por favor, por favor, dame sólo un momento. Estoy segura de que me recuperaré pero, por favor, no me toques ahora.

Dulcinia se arrodilló junto a Stella. Se quitó su propio velo, lo enrolló en forma de almohada y lo deslizó bajo su cabeza. Stella estaba todavía acurrucada sobre el suelo

de piedra. Después Ludolf la cubrió con su capa.

Dulcinia usó sus dedos para explorar el abdomen de Stella con mucha delicadeza. Estaba muy hinchado y duro.

—¿Lucila? —preguntó suavemente.

—Lucila les hizo marchar con ella, gracias a Dios —susurró Stella—. Yo temía... temía que me volvieran a tocar. Querían llevarme con ellos. Lo siento, hijo mío. Cuando me muevo, tengo tanto dolor... Por favor, dame algún tiempo para recuperarme. —Stella les dedicó la sombra de una sonrisa—. Estoy convencida de que dentro de un ratito podré cabalgar.

Ludolf le acarició el pelo.

—Sí, madre. Tómame todo el tiempo que necesites. Tengo todo controlado. Estás completamente a salvo. Ahora, ¿qué ha pasado?

Stella parecía afligida.

—Vino Adalgiso. Culpa mía, yo le escribí. Quería a Lucila, pero me llevó a mí también como rehén. Ignoro lo que planeaba. Ni siquiera sé si tenía un plan... hay tantos guerreros borrachos e idiotas.

Stella cerró los ojos. Parecía cansada.

Dulcinia no había visto nunca una expresión tan horrible como la que veía en la cara de Ludolf. Acunaba la cabeza y los hombros de su madre entre los brazos intentando alejarla del frío suelo.

Un momento después, Stella abrió los ojos de nuevo.

—Por la noche, llegaron por la noche...

—¿Quiénes, Madre? —susurró Ludolf.

—Adalgiso, Eberhardt y Dagobert... —La angustia de Stella era evidente.

—No te molestes en contárnoslo, Madre —susurró Ludolf—. Sé lo que querían. No sufras contándolo.

—Nos llamaron putas...

Para Dulcinia el dolor que notaba en la voz de Stella era simplemente inconcebible. Susurró «no» y se volvió. Tenía una mano sobre el brazo de Ludolf. Sintió cómo él se encogía de forma casi imperceptible al clavarle los dedos. Ambos estaban arrodillados junto a Stella.

—Lucila me dijo que no luchara. Que era demasiado pequeña y me harían daño. Pero yo luché. Le dirás a tu padre que luché, ¿verdad?, ¿por favor? Dile que luché. Te quiero... hijo mío.

Pronunció las últimas palabras tan bajo que casi no llegaban a suspiro, se quedaban en respiración. Y fueron las últimas palabras que Stella pronunciara jamás.

Dulcinia todavía tenía el opio y la valeriana que le había dado Lucila. Lo mezcló con un poco de buen vino y después lo calentó. Stella pudo tomar una pequeña parte de la medicina y tras eso pareció encontrar algún alivio físico. Ludolf y Dulcinia consiguieron moverla con cuidado a una de las plataformas de piedra, adecuadamente acolchada con cojines de plumas y mantas fruto del saqueo de los almacenes de

Dagobert. De hecho, Ludolf recibió tantos edredones que, al final, tuvo que rechazar algunos.

Stella había sido profundamente amada, y no sólo por su marido y su hijo. No había un sólo ápice de maldad en su cuerpo y había realizado miles de buenas obras entre la gente de su marido. Si Ludolf no hubiese frenado a sus hombres, hubieran pasado por la espada a todo ser vivo del monasterio, pero él demostró un dominio de sí mismo casi sobrehumano. De los culpables, Dagobert ya estaba muerto. Lo identificaron gracias a las joyas y armas que había junto a la puerta del establo. Los hombres de Ludolf habían colgado, sin molestarse a pedir permiso, al prior que intentó bloquear la entrada al monasterio. En cuanto a Eberhardt, Lucila le había dejado malherido. Alguien, de identidad desconocida, le cortó el cuello antes de que fuese identificado. Aparentemente se hizo sólo como parte de las tareas de limpieza necesarias después de acabar con los heridos en la iglesia.

La iglesia ardió brillante y vigorosamente, con unas feroces llamas que se extendieron con rapidez a todos los edificios, excepto a la casa de invitados. Los monjes, en vista de la suerte sufrida por el prior, huyeron. Nadie acudió ni siquiera a intentar salvar las edificaciones. Los hombres de Ludolf hicieron sólo lo suficiente para asegurarse de poder coger todos y cada uno de los objetos que tuvieran algún valor. Una vez terminaron de saquear el lugar por completo, aquellos de entre el vengativo grupo a los que todavía les parecía divertido, se dedicaron a guiar o avivar el fuego.

Dulcinia estaba de pie en la puerta con Ludolf mirando cómo ardía todo.

—Sí —dijo él con voz queda—. He mandado llamar a mi padre. Ojalá llegue pronto. A ella no le queda mucho tiempo.

—¿Y ahora qué?

—Te pediremos que hables con el papa en nuestro nombre y en el de Rufus. Ni mi padre ni yo somos traidores, pero no podemos seguir manteniendo nuestra fidelidad al rey lombardo. Nos ha insultado atrocemente, nos ha infligido una herida demasiado profunda; aún es más, si alguna vez le pongo las manos encima a Adalgiso, le mataré. Ya no hay vuelta atrás.

Ansgar llegó antes del amanecer. Stella nunca volvió a hablar, pero pareció sonreír cuando le vio. Murió poco después de su llegada... en los brazos de su marido.

El oso se echó hacia atrás, maldiciendo la irresponsable forma en que Hugo había abusado de su cuerpo. No era ni la mitad de fuerte de lo que al oso le hubiese gustado. Se veía enfrentado a complicados problemas logísticos. Si luchaba como humano, se arriesgaba a que mataran el cuerpo de Hugo. Si lo hacía como oso, se encontraría en una posición muy superior, pero ni siquiera él podría destruir a seis hombres y tres perros. Y, de una forma u otra, el cuerpo de Hugo acabaría muerto.

Se acercaban cada vez más. Se llevó a Armine a un lado.

—Son demasiados, incluso para mí.

—Si sucediera lo peor, abandónanos y llévate a Chiara. Confío en ti más que en esos idiotas. —Armine señaló a los dos hombres que les escoltaban.

Teniendo en cuenta lo que Armine sabía sobre él, el oso decidió que se trataba de un gran cumplido. En ese momento llegaron al punto más alto de una pendiente y el oso vio que descenderían hasta otro de los pequeños valles del río que se encadenaban a lo largo del paisaje. La niebla todavía se aferraba al terreno pantanoso y cubría el agua. El sol brillaba a su alrededor iluminando las colinas, pero todavía tenía que llegar hasta los pasadizos, a veces profundos, que el agua excavaba en su interior.

—Voy a intentar una emboscada ahí abajo —gesticuló hacia la niebla—. Si es necesario, sacrificaré este cadáver que llevo. Puedo seguir luchando incluso si está notablemente muerto. Y, después de eso, puedo hacer otras cosas.

El oso soltó otra de esas risas huecas que tanto le gustaban, una de las que helaban la sangre.

—Deja de hacer eso —dijo Armine—. Guárdalo para nuestros perseguidores. Ya estoy lo bastante asustado de ti.

El oso volvió a reírse, esta vez con un tono más humano. Chiara retrocedió para unirse a ellos.

—Nos siguen, ¿verdad? —Parecía asustada.

—Sí —dijo su padre.

—Estabais discutiendo qué hacer al respecto, ¿verdad?

—Sí —dijo de nuevo.

—Bueno, decidme algo —les gritó—. Por vuestras caras puedo ver que lo tenemos mal, ¿no es así? ¿Vamos a morir?

Armine desvió la vista y no quiso mirarla a los ojos. Estaba cansado y ojeroso.

—Escúchame, Chiara —dijo el oso—, estamos en una situación difícil pero, pase lo que pase, estaré contigo. Recuerda, no puedo morir y estaré ahí cuando me necesites. Así que, pase lo que pase, sigue adelante. No dejes de luchar. Siempre acudiré en tu ayuda —alargó el brazo y le dio unas palmaditas en la mano cerrada que llevaba las riendas—. Ahora tienes que prometerme una cosa.

—¿El qué? —preguntó ella.

—Pase lo que pase, seguirás cabalgando. No mires atrás. Sólo sigue adelante.

Chiara asintió.

—Pase lo que pase. Veas lo que veas y oigas lo que oigas.

—Sí —dijo ella.

Casi habían llegado a la zona pantanosa que rodeaba el río. El oso desenvainó la espada de Hugo.

—Me quedaré contigo —dijo Armine—. Puedo usar una espada. He tenido un par de encuentros con bandidos.

—Entonces no dejes que nada de lo que veas te desconcierte —dijo el oso.

Un poco más adelante, una pequeña fortificación en ruinas se perfilaba en la orilla del río entre un revoltijo de piedras, a través de la niebla blanca suspendida sobre el agua. El oso y Armine dirigieron a sus caballos hacia el interior de las ruinas, esquivando los bloques de piedra a su paso.

Chiara y los dos hombres de la escolta continuaron por el camino hacia el puente.

Regeane alcanzó a los seis hombres y a los perros que seguían a Chiara y a su padre. La loba echó las orejas hacia atrás e intentó hacer que la mujer huyera. No quería tener nada que ver con seis hombres armados, pero los tres perros eran lo que de verdad la asustaba. Para la loba estaban simplemente locos. La crueldad humana había distorsionado tanto su proceso de socialización que odiaban a todas las cosas, tanto humanas como animales, y matarían de inmediato a cualquiera que se pusiera a su alcance.

La loba fue obligada a avanzar por su compañera humana, pero estaba enferma de miedo. Los mercenarios al servicio del rey no eran mejores que los perros. Envenenaban el aire a su alrededor con un aura de horror. El hedor a frío hierro, a piel caliente y sucia y a masculinidad impregnaba su ropa.

El almizcle masculino no le disgustaba. A las pocas semanas de matrimonio ya sabía cuál era el humor de su marido cuando se acercaba a ella. El cálido deseo acariciaba sus sentidos antes de que la tocara, pero este calor era el calor masculino elevado hasta un hedor de advertencia. Estos hombres deseaban matar y el hecho de que una de las víctimas fuera una chica joven sólo añadía mayor excitación a su violencia. En esencia, les pagaban por hacer lo que les gustaba.

Hierro, madera, humo, deseo, rabia y una lejana sombra de desesperación se combinaban para hacer que la loba deseara huir. Pero la mujer se sacudió los recelos de su compañera de medianoche. Dejó el camino y entró en la maleza. Era un lodazal, pero mientras se mantuviera en la hierba, no sería tan difícil mantener el equilibrio. Durante la persecución en el pueblo, había descubierto lo rápida que podía llegar a ser una loba virgen. Hizo un esfuerzo y alcanzó a los cazadores. Fue fácil. Pero ¿ahora qué? Seis hombres, todos bien armados, el cuidador de los perros y tres perros lobos. No, éstos no eran perros lobos, sino de una raza más antigua, los perros de la guerra.

Nacidos y criados para matar. Se decía que el mismo César una vez quedó admirado por un mastín propiedad de los galos que montó guardia en la carreta de su amo durante dos días después de que su amo cayera en la batalla. César intentó capturarlo vivo, pero el perro se lanzó contra las lanzas de los legionarios, escogiendo la muerte antes que la rendición. Al igual que los perros, los humanos también lo hacen. Muchos perecieron antes que rendirse.

Estos perros eran descendientes de esta peligrosa raza. El lobo hembra es sagrado

entre los lobos, pero estos perros no le darían tregua, ni siquiera a una loba.

El terreno comenzó a descender. En lo alto de la colina, Regeane oyó los gritos de los mercenarios al ver a su presa: Armine, su hija, los dos soldados de su escolta... y Hugo.

¿Hugo?, pensó Regeane. *No voy a jugarme el cuello por rescatar a Hugo.* Sin embargo, siguió tras los pasos del grupo de soldados y observó mientras la presa de los asesinos desaparecía en la niebla que se arrastraba cerca del río.

—Preparaos para una emboscada —le dijo el que llevaba los perros al resto—. Creo que podrían aprovechar la oportunidad ahora. Si no lo hacen, puede que no tengan otra.

—Suelta a los perros —gritó el capitán de los soldados.

El cuidador se paró; hizo restallar el látigo.

Los tres mastines tiraban de los collares. Dos ladraron y gruñeron, mientras la furia les hacía echar espuma por la boca; el tercero estaba más calmado y parecía que la larga distancia recorrida empezaba a hacerle mella.

El látigo volvió a caer. Entonces el cuidador de los perros soltó las correas.

Regeane se lanzó a la carrera al mismo tiempo que los perros. Sorprendida, se dio cuenta de que podía correr más rápido que ellos y, posiblemente, alcanzarlos. Cruzó el camino delante de los mercenarios como una sombra veloz y diáfana. Uno de ellos le arrojó una lanza, pero se alejó mucho de su blanco. Al momento se encontró en la frondosa maleza, corriendo justo detrás del último perro. Él pesaba más que ella, así que se mostró cautelosa.

El perro que corría delante de ella saltó un tronco.

El miedo frenaba su persecución. La loba sentía la presencia de un precipicio. Miedo a estar de algún modo corriendo a lo largo del borde de un profundo acantilado y... ¿qué pasaba si se caía?

El perro estaba justo delante. Regeane sólo tenía que incrementar ligeramente su ritmo. Había aprendido observando a Maeniel. Él había nacido sabiendo cómo usar sus colmillos.

El perro asesino tenía un collar de púas que, en teoría, le defendía de los lobos, pero destrozarle una pata también podía servir. Alcanzó al lobo y le hincó los colmillos en la cadera. Su objetivo era el fémur que impulsa las patas traseras de todas las criaturas, desde los dinosaurios hasta los hombres.

El perro gritó. El sonido la conmocionó. No sabía que un animal pudiera parecer tan humano. El perro cayó al suelo, arrastrándose en círculos, intentando morderse la pata medio arrancada y salpicando sangre alrededor de su frenético cuerpo.

De repente, Remingus estaba de nuevo con ella. Llevaba consigo la terrible espada tajadora de los primeros legionarios. De un solo filo, su peso la impulsaba a través de la carne hasta atravesar el hueso. En manos de un hombre fuerte podía partir por la mitad, literalmente, un cuerpo humano de un solo mandoble. Las horribles heridas que infligía eran legendarias. Decapitó al perro con tal velocidad que ni

siquiera la loba tuvo tiempo de pestañear.

—Ve —le dijo a Regeane—. La batalla te espera.

Por encima de su voz pudo oír el sonido de cascos sobre el camino; los mercenarios se aproximaban a los perros. El oso no había elegido el mejor sitio para plantarles cara. Las ruinas estaban cubiertas de vegetación, cubiertas por completo de rosas silvestres, hiedra y otras plantas trepadoras. La proximidad del río ofrecía un suministro de agua continuo que garantizaba un crecimiento exuberante.

El suelo estaba salpicado de escollos tanto para los caballos como para los hombres. Los dos perros que lideraban el grupo y cuatro de los mercenarios salieron de entre la niebla para enfrentarse a Armine y al oso a la vez. El caballo que montaba el oso se encabritó violentamente mientras los dos perros asesinos atacaban.

El oso blandió la espada de Hugo, un arco de luz plateada, y mató al primero, pero su montura cayó a tierra y el segundo perro se lanzó sobre el cuerpo del caballo en busca del cuello, hincándole un puñado de afilados dientes en el brazo. Todo lo que sentía el cuerpo de Hugo, lo sentía también el oso, así que dejó escapar un aullido de dolor inhumano.

Regeane había llegado hasta el lomo del perro. ¿Estoy salvando a Hugo?, fue su atónito pensamiento, pero el impulso de su ataque la llevó hacia delante. Intentó llegar a la parte superior de su columna, a la nuca, pero el collar de púas rechazó su asalto y sus colmillos de lobo se deslizaron sobre el cráneo del perro. Cayó dando tumbos por encima del caballo. El perro, distraído por su ataque, soltó a Hugo y se abalanzó sobre la loba caída.

Cuando todo hubo pasado, la mujer no recordaba haberse puesto en pie o por qué su hermana de pesadilla llevó a cabo la maniobra que le salvó la vida, pero consiguió situarse encima de la barbilla del perro. El animal murió asfixiado antes de que la pérdida de sangre surtiera efecto.

Armine ensartó al primer soldado que salió de la niebla propinándole un mandoble bajo su diafragma. Pero incluso antes de poder recuperar su espada, tenía a dos más encima. En vez de hacer retroceder a su caballo, le hizo ponerse de lado y la pareja se estrelló contra él. Los tres cayeron, una escandalosa masa de pezuñas al aire y hombres intentando levantarse. Armine, pese a su edad, fue el primero en levantarse y aprovechó la oportunidad para matar a otro de los asaltantes de un golpe de espada, esta vez en el cuello. Se enfrentó al tercero y supo que estaba perdido. El hombre tenía una espada, un escudo y armadura.

Armine sólo tenía su espada. El hombre rechazó con facilidad sus siguientes estocadas y después le golpeó con el escudo. El aliento salió de su cuerpo con un *puff*. Se tambaleó hacia atrás, convencido de que iba a morir. Ni siquiera podía correr. Intentaba recuperar la compostura con las piernas hundidas hasta la rodilla en las retorcidas enredaderas que cubrían las ruinas.

El mercenario se abalanzó sobre él para ensartarlo con su espada. Armine vio unos ojos brillar detrás de las piernas del hombre; resultaban tan temibles que estuvo

a punto de gritar una advertencia. Entonces las mandíbulas de la loba se cerraron sobre la pierna del mercenario. Llevaba grebas; dañaron sus colmillos, pero la tibia del soldado se partió como una rama seca. Se volvió a medias para darle a la loba con la espada y Armine, con la furia de la batalla a flor de piel, le decapitó.

Pero, un segundo después, el capitán de la banda de mercenarios apareció ante él. Montaba a horcajadas sobre el arma más terrible de todas, un caballo entrenado para la batalla. Uno de los cascos delanteros aplastó el brazo en el que Armine blandía la espada y ambos huesos se rompieron. Curiosamente, no sintió ningún dolor, pero sus inútiles dedos no pudieron seguir sosteniendo la espada, que cayó al suelo. El segundo casco le dio en el hombro, partiéndole la clavícula y el húmero a esa altura, y Armine se derrumbó. La loba intentó morderle el tendón de la corva al animal. Pero fue sólo eso, un intento. El caballo de guerra la atacó con los cascos.

La loba se encontró volando por los aires. Aterrizó mal y se deslizó entre dos enormes bloques de piedra en medio de la enmarañada red de vides. Notó sabor a sangre en la boca y supo que una de sus costillas se había roto y perforado un pulmón. Pero la loba ahogó a la mujer asustada en un mar de furia ardiente y se puso de nuevo en pie.

El otro mercenario se había unido a su capitán, pero el oso había abandonado el cuerpo roto de Hugo. Como oso, se puso a dos patas enfrente del caballo y entonces cometió un cruel error. Intentó darle un zarpazo al hombre, pero el mercenario tenía el escudo levantado. La zarpa del oso lo destrozó, deshaciendo la funda de acero, la piel y la madera que había debajo. El caballo estaba entrenado para atacar. Mientras el hombre que lo montaba tiraba el escudo roto y cogía su espada a dos manos, el gran caballo se puso a dos patas delante del oso. Otro zarpazo del oso le alcanzó en la pechera, pero el caballo estaba tan bien protegido como el hombre; una faja de malla cubría el pecho y los flancos del animal. Las poderosas garras del oso se deslizaron sobre ella sin causar daño alguno.

Entonces uno de los herrados cascos delanteros del caballo se estrelló con fuerza en el cráneo del oso. El otro le redujo el hombro a añicos. Un segundo más tarde, la lanza del mercenario atravesaba el cuerpo del oso.

El oso sintió que, a no ser que abandonara su forma corpórea, estaría condenado; pero despreciaba la rendición. Mejor, mucho mejor, irse luchando.

Notó una fuerte conmoción cuando la espada del mercenario le cortó la garra izquierda.

Condenado. El oso lanzó un grito sobrenatural que reverberó a través de reinos ignorados por la humanidad y golpeó con su garra derecha la cara del caballo, cegándolo y destrozándole parte del cráneo.

El caballo se tambaleó sobre la masa de enredaderas y piedras rotas bajo sus pies, todavía dispuesto aunque moribundo.

Aún podía morder y lo hizo, inmovilizándole el hombro derecho mientras el mercenario, al ver la zona descubierta, atravesó con su espada el corazón de la

criatura.

Chiara y los dos hombres que quedaban habían alcanzado el puente. Los sonidos de la batalla estallaron a su espalda. Tiró del caballo, preocupada por su padre y el oso. Había hecho una promesa, pero no se sentía obligada a cumplir ninguna promesa hecha bajo lo que ella consideraba coacción.

Uno de los dos hombres, de los criados de su padre, alargó el brazo y le dio una palmada a la grupa de su caballo para que fuera más rápido. El recuerdo de la chica muerta en el porche de la iglesia surgió en su mente, un recordatorio del destino que esperaba a las mujeres que perdían a sus amigos y familiares.

—No —susurró Chiara. Tiró de las riendas de su caballo y le dio la vuelta.

El hombre de su padre intentó cogerla, pero la manó le resbaló sobre su manga y, segundos después, ella galopaba a toda velocidad sobre el puente hacia la batalla que tenía lugar en las ruinas.

El oso se levantó de nuevo cuando la espada le atravesó el corazón, pero la loba de plata ya estaba sobre el caballo, detrás del capitán. Sólo tenía un segundo para elegir el objetivo de su ataque. El hombre llevaba armadura.

El oso estaba cayendo. Sacarle un brazo no serviría para nada. Fue a por la garganta en la parte superior del hombro, cerca del cuello. Su colmillo izquierdo resbaló sobre la malla, lo que le provocó una oleada de puro dolor por todo el cráneo, pero el derecho se introdujo en la garganta y perforó su arteria carótida, desgarrándola por completo. Entonces él la atacó con fuerza, descargando su puño en el cráneo de Regeane, justo por debajo de la oreja.

La loba cayó.

Pero había distraído al hombre lo suficiente. El oso todavía podía morder. Sus mandíbulas se cerraron sobre el brazo donde el capitán llevaba la espada. Arrancó al hombre del caballo moribundo y lo arrojó entre los escombros y las vides, arrancándole un brazo de un mordisco para rematarlo.

En ese preciso momento Chiara surgió entre la niebla. Todavía quedaba un soldado.

Chiara desmontó de un salto, cogió una piedra y se la tiró a la cabeza. Dio de lleno con un paf.

Regeane vio a Remingus, un fantasma, una cosa terrorífica, la cosa muerta salida de una cruz cartaginense, salir de la niebla tras ella.

El soldado también le vio. Fue suficiente. Estaba ileso y vivo, pero era el único. Soltó la lanza, la espada y el escudo y salió galopando como a quien llevan los demonios, lejos de la niebla maldita y de vuelta a Pavía.

Armine yacía inmóvil.

El capitán mercenario estaba muerto. Masiva pérdida de sangre. El caballo todavía se retorció y coceaba.

La loba luchaba por incorporarse en medio de la hiedra que arropaba una ventana o pórtico derruido. Invocó el cambio.

Chiara contuvo la respiración. La silueta de una bella mujer se recortaba frente a la ventana destruida. Chiara nunca la olvidó, porque podía ver el bosque detrás de ella, a través del cuerpo de la mujer.

Regeane levantó los brazos, intentando agarrar los tallos de la hiedra y vio cómo sus dedos los atravesaban.

El oso volvió a rugir, mientras la forma que había asumido se disolvía para convertirse en una mancha oscura entre las enredaderas verdes y las erosionadas piedras.

Se ha ido, pensó Regeane, mientras se preguntaba qué era lo que le estaba pasando. Entonces se tambaleó. Un rayo de sol atravesó la neblina espesa y pálida y entonces fue mujer. Tan sólida y real como siempre, se hincó de rodillas agradecida. Las hiedras trepadoras que caían desde la entrada cubierta de vegetación casi la asfixian con su peso. La loba volvió y se sacudió la espesa red de vides.

Chiara observaba con horror la cosa amorfa que luchaba desesperadamente por conservar su existencia; se enroscaba y retorció como un puñado de serpientes enloquecidas que salían y entraban arrastrándose entre la hierba viva.

De nuevo la loba sintió la tristeza que ya había notado en la tienda cuando lucharon entre ellos. La pena por lo que se perdería, un sentimiento de rabia porque tuviera que terminar así.

Chiara se acercó hasta la sombra.

—Toma tu vida de nosotras. Toma la mía. Te amo. Te dejaré entrar. Ven a mí. No, no te mueras. Te amo.

No basta, pensó Regeane. Y el oso venció. Lo que la fuerza no pudo imponer, lo que el engaño no logró y las amenazas no consiguieron, la compasión lo hizo.

Y las dos, Regeane y Chiara, dejaron que se les uniese.

El lobo y Matrona salieron del agua en el bajío al borde del lago entre los árboles. Los huesos del planeta sobresalían en ese lugar, pero el musgo, o algo que parecía musgo, suavizaba las aristas de roca. Crecía en espesas alfombrillas entre los árboles dispersos y expulsaba frutos densamente cubiertos de fino encaje que escondían dentro algo con aspecto de joya.

Matrona se hizo humana para comerse las frutas de musgo que parecían bayas. Se sentó a la sombra sobre un cojín de terciopelo verde fabricado por la misma planta y comenzó a sacar la dulce fruta de su matriz protectora. Se parecían bastante a las uvas, rojas, moradas, verdes o casi negras, pero no sabían a uva. Eran a la vez más dulces y más picantes.

—¿Quieres discutir? —le preguntó a Maaniel.

—No. ¿Cómo vuelvo? Puede que necesite mi ayuda.

—La respuesta es que no puedes —dijo Matrona—. No hasta que el viaje llegue a su fin. Además, ya tiene ayuda. Los muertos la llamaron cuando iba en tu ayuda y la

escoltarán hasta que tenga éxito en su misión o falle. Déjala ir, lobo águila. Debe averiguar quién y qué es.

Maeniel se sentó cerca de Matrona, observó las ondas del agua atravesar las rocas cubiertas de musgo y miró al otro lado del lago. Estaba precioso bajo la luz del sol salpicada de nubes, una extensión de agua al descubierto que reflejaba el movimiento de las cambiantes nubes de montaña en su superficie.

—Quiero mantenerla conmigo —dijo Maeniel—. La amo.

—¿Mantenerla a salvo o mantenerla estúpida? —le preguntó Matrona entre risas.

—Ambas cosas, si es necesario —le contestó Maeniel.

—Bueno, al final fallarás en ambas cosas y ella no te agradecerá tus esfuerzos.

—Eso es lo que tú dices —respondió él. Después se convirtió de nuevo en lobo.

—No me desafíes, mi señor —dijo Matrona.

Maeniel, más enorme incluso que Matrona, se acercó a ella amenazador con las patas muy rígidas.

—No me desafíes. No sólo porque podrías perder (y es cierto que podrías) sino porque te equivocas. Tú escogiste este camino, la senda del progreso humano bajo este rey. Te advertí que ya tenías todo lo que un hombre podría desear. Buenos amigos, una bella esposa a la que mimar, prosperidad e incluso una pequeña cantidad de poder y seguridad. Más de lo que la mayoría de los mortales podría llegar a alcanzar. Pero no era bastante. Tenías que unirte a las luchas de los señores de la guerra. Bueno, ahora también has alcanzado ese objetivo. El rey te espera. Hiciste un juramento. Mantenlo. Yo me internaría en las montañas, abandonarí el fuerte, le vería fallar, pero tú, que eres mi líder, elegiste aceptarle. Haz honor a tu juramento, lobo, o te arrepentirás de haberlo hecho.

Maeniel se volvió humano de nuevo. Alargó la mano hacia uno de los tallos cargados de fruta y lo retorció.

—No hagas eso —le dijo Matrona mientras sentía cómo la angustia se elevaba a su alrededor—. El musgo dedicó mucho esfuerzo a sus cuerpos frutales. No los dañes. Coge lo que quieras en cuanto a la fruta se refiere, al musgo no le importa. Diseminarlos les resulta incluso de ayuda.

Él le dedicó a Matrona otra de sus largas y lentas miradas.

—Le hablas al musgo.

—Tú le hablas a Audovald. Tienes largas conversaciones con él durante las que discutís todo tipo de asuntos de la granja. Quién está embarazada, quién dará más leche y si ésta o aquella generará mejores productos para elaborar queso. Por no mencionar la intromisión en los asuntos personales del ganado. Qué sementales prefieren las yeguas como grupo de liderazgo y protección en los altos pastos, qué hembra (cabra, vaca, oveja, o incluso la gata del establo) se siente hambrienta y puede tener un embarazo difícil este año, y yo qué sé qué más. Así que, ¿por qué no puedo hablarle yo al musgo? No le ofendas. Las criaturas de este lugar nos ofrecen hospitalidad, protección y dirección. Nos aconsejan sobre las mejores rutas para

viajar. Ve a tu rey. Le has elegido desoyendo mi consejo. Yo le serviré, le daré placer y le protegeré por lealtad hacia ti.

—Me siento avergonzado —dijo Maeniel.

—No, no lo estás y amedrentarás a Regeane todo lo que puedas en cuanto regrese. Has pasado demasiado tiempo como hombre y estás aprendiendo hipocresía, por no mencionar codicia.

El sajón, esperando en el lugar donde le prometió a Regeane que lo haría, se despertó por la noche. Al principio no supo por qué, pero después vio a los tres caballos. Pastaban cerca de los árboles al borde del claro. A uno lo reconoció; era Audovald, el caballo zaino, oscuro, anodino y de patas largas de Maeniel.

Se sentó sobre las mantas.

—Caballo, ¿qué haces aquí? —le preguntó el sajón.

Audovald alzó la cabeza y tocó con el hocico el cuello del caballo más cercano a él.

Un animal pequeño, pensó el sajón. Pero después, cuando hubo estudiado al caballo con mayor detenimiento, vio que no era pequeño. Simplemente estaba tan bien proporcionado que lo parecía, pero en realidad era más grande que Audovald. Su silueta se recortaba contra el brillante cielo, la cabeza frente a las estrellas.

Estudió al sajón durante lo que pareció un largo rato, mientras éste bostezaba y se ponía en pie. Una vez el sajón se hubo levantado, el caballo galopó colina abajo hacia él. Por un momento el sajón tuvo la inquietante impresión de que le iba a atropellar, pero se paró cuando llegó hasta él y después se puso a dos patas. Si la criatura le quería hacer daño, no se imaginaba por qué. Pero después resultó que no era así, porque los cascos bajaron al suelo sin más y levantó las patas delante de él como un perro cuando es la hora de cazar, cuando quiere saludar a un amo ausente o sencillamente cuando quiere jugar.

—¿Amigo? —preguntó el sajón.

El caballo le rozó la cara con el hocico, suave al tacto. El sajón le dio unas palmaditas en el lustroso cuello y el caballo se arrodilló, inclinándose elegantemente sobre una rodilla.

—¿Qué? —preguntó atónito el sajón.

El caballo resopló. Parecía impaciente. Entonces, como él no reaccionaba, le mordió suave pero firmemente en la cara interna de uno de sus pies. El sajón era un jinete adecuado, pero no devoto. Echó una pierna por encima del caballo y éste se levantó con él sentado a lomos. Después simplemente caminó alrededor de su fuego y se paseó hasta el riachuelo para coger agua. Bebió hasta hartarse. El sajón masajé las crines del caballo.

¿Cómo controlarlo?

Cuando el caballo terminó de beber, se quedó quieto, expectante. El sajón presionó ligeramente con su rodilla derecha. El caballo se movió hacia la izquierda. Si presionaba con la izquierda, el caballo se movía a la derecha. *Qué maravilla*, pensó

el sajón. Golpeó ligeramente con sus talones los flancos del animal y comenzó a trotar. El sajón se inclinó hacia delante. El ritmo del caballo se incrementó. Y entonces empezaron a volar como el viento. Cruzaron un prado abierto, después el caballo frenó mientras pasaban entre los árboles pero, una vez entraron en un sendero, el ritmo del caballo se incrementó de nuevo hasta que pasaron la línea de los árboles y llegaron a terreno descubierto. Podía oír el crujido de la hierba bajo los cascos del caballo; aunque ya se había terminado el invierno, el tiempo era lo bastante frío como para convertir el rocío en hielo. El caballo galopó con brío a través de la elevada pradera de montaña y después se paró justo al borde para mirar al otro lado del mundo.

Las montañas se erguían alrededor del sajón. Los picos nevados parecían brillar con su propia luz interior. Por encima de ellos, el arco de la Vía Láctea fluía como un río de luz. Los valles profundos de más abajo estaban ahogados en una sombra borrosa. Ninguna luz humana le estorbaba la visión. Salvo por el viento y el silencio, el caballo y él estaban solos.

El sajón nunca llegó a saber durante cuánto tiempo ambos permanecieron absortos en presencia de la eternidad, pero al fin comenzó a notar el aire más frío y el interminable viento pareció robarle el calor del cuerpo. Se sentía entumecido y medio congelado cuando ejerció la ligera presión necesaria para darle la vuelta al caballo, dejar el alto prado y regresar al campamento.

Cuando lo alcanzó, descubrió que el fuego estaba encendido. Maeniel y Matrona estaban allí. Ambos estaban vestidos.

El sajón vio que el otro caballo era la yegua de Matrona. El sajón desmontó y comenzó a limpiar su montura usando su propio manto. Cuando se acercaron más al fuego, vio que el caballo era un ruano color fresa con las patas, la nariz y la cola más oscuras. Descubrió que no necesitaba ni ronzal ni cuerda para llevarlo. Bastaba con colocar una mano sobre su cuello e indicar la dirección. Estaba frotándole las patas cuando se le acercó Maeniel.

—¿Tienes algo que decirme, mi señor? —le preguntó el sajón.

Ambos sabían lo que quería decir. Regeane, con la complicidad del sajón, le había seguido de todas formas.

Maeniel suspiró. Cualesquiera que fuesen los motivos del sajón, era fiel y honorable. No, esto quedaba entre Regeane y él.

—Tengo un mensaje de Audovald —dijo Maeniel.

—¿Audovald? —las cejas del sajón se enarcaron—. Audovald es tu caballo.

—Lo es.

El caballo inclinó la nariz de nuevo y rozó la mejilla del sajón como queriendo decir «escucha». El sajón se levantó. Era un hombre grande, pero el caballo era dos palmos más alto que él a la altura de la cruz.

—Audovald —continuó Maeniel— me dijo que el caballo viene de un lugar lejano en el que los guerreros son compañeros y amigos de sus monturas y no les

causan daño. Pero su humano fue asesinado y la familia lo vendió en un lugar extraño. No se dejaba poner brida ni silla y mucho menos bocado. Así que lo torturaron, lo mantuvieron despierto y pobremente alimentado y le golpearon para intentar doblegar su espíritu. Huyó y no pudieron capturarlo, pero le resultaba muy duro vivir solo. Los humanos siempre habían cuidado de él. Audovald lo encontró en los altos pastos. Le dijo que conocía a un humano que lo entendería. Tú eres el hombre, o —dijo Maeniel— debería decir, ¿eres tú el hombre?

—Lo soy —respondió el sajón. Se dirigió al caballo—. Sólo habrá confianza entre nosotros.

—Sería recomendable ponerle una manta —dijo Matrona—. Para proteger su lomo y tu culo.

El caballo resopló levemente.

Audovald se volvió hacia Maeniel.

—Él acepta —dijo Maeniel.

El caballo relinchó y levantó las patas delanteras para bailar alrededor del fuego.

—Está contento —dijo el sajón—. Ya no está solo.

—Ni tú tampoco —dijo Matrona.

—Pregúntale su nombre —le dijo el sajón a Matrona.

—Te permite darle un nombre cuando estés preparado —respondió ella—. Mientras tanto, cabalgad hasta el otro ejército, el que dirige Bernard, el tío de Carlos. El lobo gris te guiará. Mañana tendrá que atacar Susa. El lobo puede mostraros a los dos el camino a seguir.

Bernard, el tío de Carlos, todavía estaba en Ivrea. En esos momentos estaba sentado junto al fuego en un claro bajo un alto pico montañoso. A pesar del fuego, seguía teniendo frío, tanto que estaba envuelto en una pesada capa, la prenda multiuso de todo el mundo, desde el esclavo hasta el emperador. Un hombre sin esta combinación entre manta, abrigo, impermeable, escondite de armas y, en general, medio de supervivencia, era realmente desafortunado. De hecho, el término general que usaban los francos para denominar la pobreza era desnudo, la espalda desnuda, en concreto. La capa de Bernard no tenía nada distintivo, era bastante similar a las de los soldados que le rodeaban. Había aprendido tiempo atrás que era un disparate engalanarse espléndidamente para la batalla.

Resaltabas.

El enemigo te caza y te asesina.

El incentivo añadido que supone matarte, además de ganar la batalla, consiste en poseer tu magnífico traje. Asesinar a un aristócrata podía convertir a un soldado de a pie (que normalmente no poseía ni siquiera una buena espada) en un hombre adinerado. Lo había aprendido del padre de Carlos, Pipino el Breve, un hombre que le reprochaba constantemente al mundo su baja estatura. Cualquier soldado demasiado

bien vestido, al margen de lo importante de sus conexiones, era automáticamente perseguido a través de ciénagas, pantanos, ríos, lagos e incluso estanques de patos o, en caso de sequía, puesto a excavar letrinas para el ejército. La envidia permanente de Pipino hacia prácticamente todos y todo le convertía en un individuo ya de por sí difícil de tratar día a día, así que era preferible que nadie se saliese de su camino para molestarle. Bernard aprendió pronto a vestirse con coloración protectora.

Bernard estaba preocupado por Carlos o, mejor dicho, por lo que Carlos le haría si no podía atacar a las fuerzas lombardas al alba, como estaba previsto. Se decía que Carlos tenía un carácter un tanto mejor que el de su padre, pero era, haciendo un cálculo aproximado, el doble de cruel. Ni Bernard ni ninguno de sus oficiales quería pensar en lo que haría Carlos si no conseguían mantener su cita de mañana.

Los oficiales, todos hombres jóvenes, mostraban tendencia a ahogar sus penas en la cena, así que estaban durmiendo. Pero Bernard, que no tenía ni la cabeza ni el estómago para beber mucho vino, permanecía sentado, despierto y preocupado. Cuando Carlos atacó Susa, Desiderio había actuado como se esperaba, retirando sus fuerzas de Ivrea.

Bernard había llegado para encontrar completamente desprevenida a la simbólica guarnición que Desiderio había dejado atrás. Lo que siguió fue una matanza más que otra cosa. Algo, alguien, había conseguido provocar la estampida de los caballos de la guarnición. Sus hombres y él invadieron la posición del enemigo en aquella ruinosa fortaleza romana. Puede que los defensores se hubiesen rendido si les hubieran preguntado, pero Bernard no se molestó en averiguarlo. Los mató a todos.

Desde entonces, las cosas habían ido mal. Bernard había partido hacia Susa con un ejército al completo. Se había perdido. Tenía seis oficiales; estaban borrachos. Había pensado que encontraría guías. Como recompensa por la matanza de la fortaleza, Bernard descubrió que toda la gente de los alrededores se largaba abruptamente al ver a su ejército. Después la niebla, una característica primaveral de las cálidas tierras bajas cerca de las frías montañas, se cerró. El pánico cundía fácilmente en todos los ejércitos, y éste comenzó a rozar el límite del descontrol. Bernard temía presionarles demasiado, así que allí estaba, congelándose el culo junto a un fuego miserable, rodeado de soldados borrachos y exhaustos y preguntándose qué demonios iba a hacer por la mañana.

Ya que se consideraba bien camuflado, se sorprendió cuando un hombre surgió de la oscuridad y le llamó por su nombre. La mano de Bernard se cerró por reflejo sobre el puño de su espada. Estaba solo, sin contar la auténtica alfombra de hombres dormidos que le rodeaba, y durante un segundo se preguntó si iba a ser asesinado en medio de su ejército sin que nadie le ayudara, cuando reconoció al sajón.

No es que eso le consolara mucho. El sajón era un tipo grande y peligroso y no parecía tenerle mucho aprecio a los francos.

—Mi señor Maeniel te envía sus respetos —dijo el sajón—. Y hemos venido para llevaros hasta Carlos.

—¿Hemos? —preguntó Bernard, tratando de ocultar el profundo y completo alivio que sentía.

El lobo más grande que hubiese visto salió de las sombras junto al sajón.

—¿Hemos? —volvió a preguntar Bernard.

—Sí, levanta a tus hombres. Ya casi es de día. Nos iremos antes de que salga el primer rayo de sol.

—¿Confío en que no nos conduciréis a una emboscada?

Los ojos del sajón se estrecharon ligeramente.

—Cabalgaré codo a codo contigo. Si es así, seré el primero al que mates.

—Tu confianza en los criados de tu señor es ciertamente poderosa.

—Mi confianza —resaltó el sajón— en mi señor es poderosa.

Después se volvió, dejando que Bernard sacara en limpio lo que pudiera de tal afirmación.

Bernard no quería pensar sobre las implicaciones. Había escuchado historias sobre Maeniel... y su esposa... y sus amigos.

Cerca de su rodilla había un cubo de madera lleno de vino aguado. Estaba frío. Bernard tomó un largo trago. Después, cogió el cubo por el asa y fue a despertar a sus hombres. Decidió levantar primero a sus oficiales.

Bernard no era ningún estúpido. Carlos era su sobrino. La fortuna de la familia perduraría o se perdería con Carlos. Tal y como ellos habían retirado a los melencidos reyes megrovianos, alguno de los otros magnates podía retirarlos a ellos. Su rey le necesitaba desesperadamente. Incluso si el mismo demonio se hubiera presentado para prometerle llevarle hasta el rey a cambio de su alma, Bernard no le hubiera rechazado. Bernard puso a caballo a todos los hombres que pudo y dejó que la infantería se rezagara. Si los *scarae* no podían hacerlo, nadie podría. Si ganaban, la infantería podía acabar el trabajo. Si perdían, los hombres se quedarían solos y tendrían que sobrevivir como pudiesen.

Cuando el mundo comenzó a iluminarse a su alrededor, Bernard vio que la niebla había regresado para peor. El sajón apareció ante él sobre un magnífico caballo ruano, pero Bernard notó, para su desasosiego, que el caballo no tenía ni brida ni silla en el lomo. El sajón cabalgaba sin bocado ni riendas y el caballo era un semental. Pero Bernard no hizo más preguntas.

—El sendero es estrecho —dijo el sajón—. Dile a cada hombre que siga al que tenga delante, que mantenga el ritmo y que no se pierda.

—Ya lo habéis oído —gritó Bernard.

Después, tras algún tipo de señal del sajón, o alguna otra cosa que no pudo ver, el ruano se dio la vuelta y les condujo fuera de la niebla. Bernard se persignó y les siguió.

—Son locos o brujos —dijo uno de sus oficiales.

Antes de que nadie pestañease, la espada de Bernard salió de la funda y, en el mismo movimiento, decapitó al hombre.

—¿Alguien más quiere hacer un comentario? —Bernard le enseñó los dientes al resto. No se parecía en absoluto a una sonrisa.

Acto seguido se dio la vuelta. El ruano que montaba el sajón se paró, se volvió por completo y lo miró con su ojo de caballo. El sajón le echó un vistazo al cadáver sin cabeza que todavía estaba sentado en su silla. Bernard golpeó el pecho del cadáver con la base de la mano y el muerto se derrumbó.

La niebla era tan espesa que no pudo ver cómo caía al suelo. Incluso mientras observaba, las rebosantes nubes de vapor casi ocultaban al sajón.

—Vamos —dijo Bernard—. Y, por si no lo habéis entendido todavía, yo podría enseñarle al diablo un par de cosas. Así que no me provoquéis. Ahora, moveos.

Lo hicieron.

Lucila siguió a Adalgiso a través de la noche. Esperaba que él supiera hacia dónde se dirigía; ella no tenía ni idea. Cerca del alba, se dio cuenta de que Stella había muerto. Lo supo porque la presencia de Stella le hizo una breve visita para agradecerle que se hubiese llevado a los dos hombres que habían significado su desgracia y para decir que yacía tranquila en brazos de Ansgar, el hombre que, después de todo, había sido su único amor.

Era inútil llorar. Estaban azuzando a sus sudorosos caballos para sacarle los últimos kilómetros a las exhaustas bestias. Los árboles que bordeaban el desigual trazado eran sólo sombras bajo las estrellas. Cada vez que su montura frenaba un poco, Adalgiso maldecía a Lucila y golpeaba al caballo con su fusta. Lucila se percató de que no la golpeaba a ella. Había logrado lisiar y posiblemente matar a Eberhardt, y el querido Dagobert no había sobrevivido durante mucho tiempo después de que ella le dedicara una larga y vengativa mirada, así que suponía que Adalgiso podía tenerle un poquito de miedo. Además, la tristeza que sentía por el fin de Stella llegaba hasta un lugar más profundo, a un lugar dentro de su ser que no sabía de lágrimas por considerarlas únicamente como un signo de debilidad. No. Le prometió a la presencia de Stella que el cerdo que cabalgaba delante de ella y toda su familia se arrepentirían eternamente de lo que le habían hecho. Su frágil belleza no se desvanecería en el polvo sin ser vengada. La presencia de Stella no hizo ningún comentario sobre la resolución de Lucila, sino que sólo pareció decir, *Que la paz sea contigo. Yo he encontrado la mía, Lucila. Que Dios te bendiga y te mantenga a salvo.* Y después desapareció.

Lucila siguió cabalgando a través de la noche. Se había dejado el manto en el monasterio, bajo el destrozado cuerpo de Stella, pero la calentaba el frío odio que sentía en el corazón. Adalgiso y ella llegaron a la villa Jovis cerca del amanecer. A pesar de lo temprano de la hora, los habitantes de la casa estaban despiertos y en movimiento. El encargado de la villa la puso de inmediato a disposición de Adalgiso.

Condujeron a Lucila, que empezaba a notar su edad, a los baños. El agua estaba

templada. Las doncellas de los baños eran dos chicas campesinas que parecían capaces de luchar cuerpo a cuerpo con un toro. Lucila ni siquiera pensó en escaparse. Se llevaron su ropa para lavarla y le entregaron una camisa de lino y un vestido de lana oscura.

Ambas prendas eran amplias y el vestido llevaba un brocado de seda amarilla con un diseño que Lucila observó con sorpresa. ¿Acanto? No, hojas de alcachofa. Seguidamente, las dos chicas la llevaron hasta una habitación que daba al patio interior de la villa. La luz entraba a través de cuatro ventanas de triforio en la parte superior de las paredes. Las ventanas tenían barrotes por fuera, al igual que la puerta. Pero, en el interior, Lucila encontró una bandeja con pan, queso fresco, vino, pasas y un cuenco de sopa de cebolla.

Lucila no tenía apetito, pero tan pronto como probó el vino y un poco de pan, sintió un hambre voraz. No pudo parar hasta consumir la última migaja. Cuando intentó levantarse, se tambaleó. Trastabilló hasta la cama y se durmió antes de tocar la almohada.

Un grito la despertó.

Lucila se puso en pie antes de despertarse por completo. Llegó hasta la puerta y la abrió sin pensar. ¿Por qué no estaba cerrada?

Adalgiso estaba de pie en el vestíbulo, luchando con la chica que, evidentemente, le había llevado la cena... la bandeja estaba sobre una mesa al lado de la puerta de su habitación.

Oh, por dios bendito, pensó Lucila. *Descansa un rato*. En ese momento la chica volvió a gritar, después se acurrucó en el suelo con la espalda contra el muro y llorando. La luz del patio era azul, así que Lucila calculó que debía haber dormido todo el día. Adalgiso seguía de pie, observándose la mano.

—Zorra —gritó—. Tienes las uñas afiladas. Haré que te azoten, pequeña... —Se mordió la lengua al ver a Lucila allí afuera—. Me ha arañado. Sólo quería un poco de compañía —hizo una mueca de dolor—. ¡Putá! —le volvió a gritar—. Apostaría lo que fuera a que no soy el primero que te mete la mano por debajo de la falda.

La chica miró hacia arriba, asustada y enfadada, y respondió con un chorro de palabras en un dialecto que obviamente él no entendía. Lucila la entendió. Parecía que la chica había crecido cerca del pueblo de montaña donde había nacido Lucila. Balbuceaba algo sobre estar dolorida y sangrando.

—La pequeña imbécil es tan retrasada que no sabe hablar latín de verdad —ladró Adalgiso.

—Espera —dijo Lucila con calma—. Yo la entiendo. Le preguntaré cuál es el problema. ¿Cómo te llamas?

La chica se secó los ojos con el dorso de la mano.

—Lavinia.

—¿Qué pasa?

—Quiere que me acueste con él, pero no puedo... no puedo... estoy sangrando...

hace dos semanas mi menstruación no... tenía un retraso, así que me asusté. Tomé una poción. El periodo me vino anoche con sangre y calambres. Me duele tanto que creo que si me toca, me moriré. La cocinera sólo me mandó para traerle la cena. Estoy mugrienta y sucia. Una docena de hombres me poseyeron la semana pasada. Usan a las esclavas de la casa para mantener contenta a la mano de obra. Estuve en el establo con las otras mujeres toda la semana pasada. No sé cuántos me poseyeron... cuando tomé la poción... creo que estaba criando... no quiero que le aplasten el cráneo. Eso es lo que hacen aquí: les aplastan el cráneo y los tiran al viejo pozo.

—Sí —dijo Lucila—. Ahora sécate las lágrimas, no hables y vuelve a la cocina. Yo se lo explicaré al caballero.

La chica no se levantó, se arrastró, con un hombro apoyado en el muro, hasta quedar fuera del alcance de Lucila y Adalgiso; después se puso en pie y corrió.

—¿Qué estaba cotorreando? —preguntó Adalgiso.

—Su menstruación le acaba de venir. Tiene calambres y sangra.

Ya era casi de noche. El último rayo ruborizado de sol se desvanecía en el cielo. Las luciérnagas bailaban sobre los macizos de flores del patio. Había una vela encendida sobre la mesa al lado de la cual se encontraba la bandeja de Adalgiso. Éste estudiaba a Lucila intensamente bajo su luz. La camisa que llevaba bajo el vestido de lana era semitransparente. Sobre ella, el grueso vestido había sido hecho para una mujer mucho más grande que Lucila, así que la abertura delantera del cuello le llegaba casi hasta la cintura. A ambos lados surgían sus pechos, copas pálidas únicamente cubiertas por la fina gasa de lino. Él los miraba fijamente.

—No son iguales —dijo.

—No —respondió Lucila—. Falta parte de uno —echó a un lado el vestido de lana y le mostró la cicatriz del pecho. Le habían destrozado el pezón.

—Eso debió doler —dijo Adalgiso mientras se lamía los labios.

—Lo hizo.

Un segundo después, él se inclinaba para chuparle el pecho herido mientras le mordisqueaba el tejido cicatrizado. Cuando se apartó, estaba ruborizado, las venas de las sienes y el cuello le palpitaban, sobresalían como cuerdas.

—¿Qué usaron?

—Tenazas al rojo en el pezón.

Él ronroneó.

Lucila bajó el brazo y cogió su erección, envolviendo la punta con su mano.

—Ohhh. No —pero no parecía molestarle su acción—. Sigue manteniéndola levantada —susurró—. Me voy a correr.

—Eso sería una lástima —dijo ella—. Una herramienta como la tuya debe ser usada, saboreada y disfrutada hasta que, por fin, se le permita descansar.

Le introdujo en su habitación y atrancó la puerta. La camisa y el vestido aterrizaron en el suelo un segundo más tarde. Después le condujo hasta la cama. *¿Por qué no hizo esto antes de que ese imbécil de Dagobert asaltara a Stella?*, pensó

Lucila con furia. *¿Por qué este estúpido pedazo de mierda de cerdo tuvo que hacerse el hombre entre hombres?* Pero ¿por qué debería esperar otra cosa de él?

No había nada en su personalidad que se pareciera remotamente a la discreción o al buen juicio. Que un idiota hiciera el idiota no resultaba sorprendente.

Maniobró para meterlo en la cama. Ella se puso encima.

—Déjame que controle las cosas —le dijo.

—De acuerdo, pero tienes que contarme todo lo que te hicieron. Todo. Quiero oírlo mientras...

—¿Follamos? —susurró Lucila.

—Sí, sí, mientras follamos... esa bella palabra, follar —rió.

Lucila apretó algunos músculos estratégicos. Él gritó, arqueando su cuerpo contra el de ella.

—He terminado —dijo él; parecía casi atónito.

—Oh, no, querido mío, no has hecho más que empezar.

Él volvió a gritar sorprendido mientras ella apretada esos músculos tan bien entrenados y él sentía responder a su cuerpo.

—Oh, Dios —jadeó—. Cuando llegemos a Verona, tengo que encontrar un lugar donde esconderte. Si ella se entera... te matará.

En algún lugar de su mente, Lucila escuchó un alarido triunfante tan ensordecedor que le sorprendió que Adalgiso no pudiera oírlo también. Lo sabía. Lo sabía. Ahora, ahora debía pasarle el mensaje a Adriano. Y se dispuso a proporcionarle a Adalgiso el mejor rato de su vida.

Una vez hubo terminado con él, se levantó y regresó a su habitación. Lo dejó durmiendo como un cadáver. Lo había atiborrado descaradamente de comida, bebida y suficiente sexo como para dejarlo más flácido que un fideo cocido. Pensaba que no se despertaría antes de que se hiciese de día, como muy pronto, pero echó el cerrojo cuando entró en su habitación y encontró tres objetos que había logrado esconder a pesar de los vigilantes ojos de las doncellas de los baños.

Ahora, ¿a quién sobornar? Lo estaba meditando cuando oyó un tímido golpe en la puerta. Lucila masculló una palabrota pero consiguió sonreír, por si era Adalgiso. Pero era la criada, Lavinia. Entró con una bandeja con pollo frío, sopa, pan y algo de queso.

—Es tarde —dijo Lucila sorprendida—. ¿Está la cocinera todavía levantada?

—No, pero le agradezco lo que hizo por mí y pregunté si podía traerle algo cuando usted y... el señor hubieran terminado. La cocinera, que es buena conmigo, hizo esto y cuando la vi volver de su habitación...

La cara de la chica se veía roja e hinchada a la luz de la lámpara. Parecía que había estado llorando mucho rato.

—¿Cuál es el problema? ¿Tanto te duele? —Las doncellas de los baños no habían conseguido quitarle a Lucila su pequeño suministro de medicinas. De hecho, se habían negado a tocarlas, pensando que era una bruja. A lo mejor podía darle algo a

la pobre niña, un poco de láudano, quizá, eso al menos le permitiría dormir tranquilamente una noche.

Una voz amable era más de lo que la niña podía soportar. Rompió a llorar de nuevo.

—Lo odio. Odio estar aquí. Anoche intenté colgarme pero... inclinarme. No pude. No pude, pero Mira dice que si bebo lo bastante en el pajar... Algunas de las chicas les hacen pagar para tener unas cuantas monedas de cobre con las que comprar una jarra de vino grande. Pero no puedo beber lo bastante como para tener el valor de ponerme la soga alrededor del cuello e inclinarme hacia delante.

Lucila rodeó a la chiquilla con sus brazos y ésta se derrumbó por completo, llorando de una forma que parecía desgarrar todo su ser. Lucila sabía de lo que hablaba la niña. Le recordaba su propio pasado más vivamente de lo que hubiera querido. En los lupanares de Rávena había visto a chicas suicidarse de la forma que Lavinia describía, ataban una cuerda o incluso un pedazo de tela a algo bajo, hasta al respaldo de una silla, se lo enrollaban en el cuello y después se inclinaban hacia delante. Una vez habló con una chica que lo había hecho y después había sido revivida a tiempo. El primer minuto más o menos requiere coraje, pero después la presión corta la sangre que sube a la cabeza y llega el sueño. En poco tiempo, la muerte. Y sólo para probar lo fácil que era, la chica se mató unos cuantos días después siguiendo ese método en particular. Esta vez no la encontraron hasta que fue demasiado tarde, realmente demasiado tarde.

—Dicen que es una bruja —jadeó la niña—. Viendo lo que le ha hecho al señor, creo que debe serlo. Deme algo. Algo para que pueda irme a dormir y no despertarme nunca. Era una buena chica cuando estaba en casa. Una buena chica. Ahora me siento sucia. Siempre están encima de mí. Hice un bebé. Sé que lo hice, pero lo maté porque no quería ver cómo lo mataban ellos. No puedo aguantar más este sitio. Preferiría morir.

Lucila llevó a la chica hasta la cama y la sentó allí.

—¿Por qué no escapas? —le preguntó.

—Lo hice. Lo hice —la chica comenzó a temblar violentamente—. Me cogieron. Fui a casa, pero no había nadie allí. La casa donde vivíamos... estaba vacía. Incluso la villa cercana había desaparecido. Sólo quedaban el viento, los pinos y el silencio. No sabía qué hacer. Me quedé allí durmiendo junto a la fría chimenea hasta que llegaron. Mira mi espalda.

Lucila lo hizo y se estremeció. Tenía la espalda cubierta de tejido cicatrizado. Casi parecía como si la hubiesen quemado.

—Me marcaron. No huiré de nuevo. No tengo a dónde ir.

—Yo podría darte un lugar a dónde ir —dijo Lucila.

Una vez, cuando se mudó a su villa de Roma, se había encontrado a un gato medio muerto de hambre viviendo en el jardín. Cuando le ofreció comida, el animal no se atrevió a acercarse al plato, pero cuando ella se alejó, se abalanzó sobre él. La

expresión en la cara del animal hambriento se parecía mucho a la de la chica, aterradora por la profunda desesperación que encerraba.

—Puede... haré lo que sea —cayó de rodillas—. Lo que sea.

—Lleva un mensaje a Roma. —Lucila tenía un anillo, un anillo que todos sus íntimos conocían. Tenía un camafeo de Adriano. Se lo entregó a la chica con algo de plata envuelta en una tela—. Escúchame con atención —le dijo—. Cuando llegues a la ciudad, dirígete por la mañana temprano a las mujeres que sacan agua de las fuentes. Pregunta por la villa de Lucila. Puede que oigas comentarios ofensivos sobre mí o puede que no. ¿Quién sabe? Pero si lo haces, no les prestes atención. Ve a la villa; este anillo te garantizará la entrada. Habla con Susana, mi doncella. Es la guarda de la villa y puedes confiar en ella por completo.

—Sí —dijo la chica ávidamente.

—Repíteme lo que te he dicho...

La niña lo hizo, palabra por palabra.

—El mensaje es sólo una palabra. Sólo una palabra, pero debes recordarla. Perfectamente. ¿Lo entiendes?

—Sí. Lo entiendo. ¿Cuál es?

—Verona.

—Verona. ¿Eso es todo?

—Es suficiente. Sólo di Verona. Si no consigues encontrar a Susana, busca a Dulcinia.

—¿Dulcinia, la cantante?

—¿Has oído hablar de ella?

—Sí. Todos conocen a Dulcinia, pero estamos hablando de gente famosa, mi señora. ¿Me recibirán?

—Muéstrales el anillo y lo harán. Si todo lo demás falla, busca a Simona, la madre de Póstumo. No es ni rica ni famosa, pero será una amiga para ti.



11

Cuando Chiara y ella entraron en el mundo del oso, escuchó su rugido de furia y terror y supo, con cierto regocijo, que al entrar en su mundo le provocaban el mismo sentimiento de violación que los humanos sentían cuando él intentaba controlarlos. Y entonces se vio moviéndose muy, muy rápido a través de un terreno llano, y era parte de él, el sentido de la dimensionalidad se desvanecía. Regeane era una luz que se retorció saliendo y entrando de un laberinto, moviéndose a gran velocidad hacia... ¿qué?

No tenía ni idea; y entonces empezó a asustarse e intentó reducir su avance, pero se dio cuenta de que no podía. Viajaba más y más rápido, alejándose de su propia vida y de su propio mundo, las imágenes pasaban volando a su lado en una confusión de movimiento. La cara de su madre, Gundabald azotándola en el suelo de sus habitaciones en Roma, el papa, Lucila, Maeniel, y entonces desaparecieron — aquéllos a los que había amado, odiado, temido— y siguió avanzando —¿arrastrada? — aún más rápido. Sintió la unión mujer-loba-loba-mujer. Intentó gritar. El estómago se le revolvió, vomitó, el dolor de las arcadas la reunió con su cuerpo durante un segundo. Después se convirtió en la mujer-loba... ya que era ambas, se dio cuenta asombrada, no la una o la otra, no sólo una de las dos. Entonces se le bloquearon los músculos. Se desprendió de su cuerpo lo mismo que una cigarra se desprende del caparazón tras pasar largo tiempo enterrada en la tierra, lo mismo que una mariposa se desprende de la crisálida, lo mismo que un pájaro se abre camino a picotazos para salir del huevo.

Y vio el árbol. No puedes ver el roble en una bellota ni el melocotón en su semilla venenosa de gruesa corteza, no a no ser que entres en su vida, en su ser. Conocer la figura, la forma que adquiere, no significa que lo conozcas. Ni tampoco basta con darle un nombre y recordar sus partes. La raíz, el tronco-tallo, los anillos, las hojas, la fruta, el cuerpo desnudo en invierno, el vestido verde en primavera o incluso el

número de hojas que pierde durante los crudos vientos del otoño. No conocerás al árbol por ninguna de estas cosas, porque el universo es un árbol y por eso se plantó el Irmunsul de los sajones, para recordar que somos parte del árbol de la vida y que él es parte de la tierra y que la tierra es parte del universo y, a no ser que comprendas todo lo demás, el árbol seguirá siendo un misterio.

El universo explotó a la vida alrededor de Regeane. Lo vio como parte de la singularidad que constituye su espíritu y su comienzo. Entró en erupción. No como un volcán, sino como una flor que se desplegaba en torno a ella, mundo sobre mundos, uno junto al otro como los anillos de crecimiento de un árbol. Y los seres que pertenecían a cada uno de los mundos no sabían nada y no podían saber nada los unos de los otros. Pero todos eran parte del árbol, la singularidad pertenecía a sus raíces. Algunas cosas se movían entre los mundos y... ella... era una... de ellas. El oso era otra. Podía poseerla tanto como un hombre podía poseer las inamovibles estrellas. Ella era su igual y, en algunos aspectos, su superior.

Insoportable como el instante del orgasmo en la carne, así era esto para la mente. Insostenible, cegador, una luz tan brillante que cierra el ojo de la mente con su gloria pura y absoluta.

—No puedo... no puedo —gritó Regeane.

Y regresó de vuelta a su cuerpo —mujer— curada y completa entre las vides, envuelta en la extraña hiedra con hojas lobuladas que cubría las piedras caídas de las ruinas. Podía ver, como una doble imagen superpuesta a la masa de enredaderas, lo que el edificio una vez fuera para los romanos y, antes de ello, el puente que cruzaba un río salvaje y, aún más allá, un lugar donde no había río y el mar lamía una pálida orilla arenosa no muy lejana.

—Para —gritó Regeane—. ¡Para! —Y lo hizo, y se sentó apoyando la espalda en un bloque de piedra mientras miraba a Armine tumbado boca abajo junto a un arco entre la enredada hierba y al oso en brazos de Chiara. Estaba dentro de Hugo.

Los muertos, los que habían matado ellos, estaban esparcidos a su alrededor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Chiara—. ¿Adónde fuimos?

—Creo —dijo el oso— que acabo de recibir una lección sobre mi propia inconsecuencia.

—No lo creo —dijo Regeane—. No, no lo creo en absoluto. Pero estoy... dadme algo de ropa.

Chiara le pasó su manto.

—¿Qué estás haciendo aquí? —rugió el oso dirigiéndose a Chiara.

—Oh, cállate —le dijo ella, después miró a su padre, que se estaba incorporando. El estallido de energía que Regeane había liberado al intentar fundirse con el oso le había ayudado a él también. Sus brazos estaban muy dañados, pero ya no estaban rotos. Sin embargo, estaba mareado y pálido, y sufría varias heridas menores.

—Y cállate tú también —dijo Chiara, poniéndose los brazos en jarras—. Si los dos hubieseis muerto, para esos hombres yo sólo sería una cosa que usar o vender y el

dinero del rey hubiera ganado la mano. Así que callaos... callaos de una vez. Además, quiero saber qué me ha pasado.

—No lo sé —dijo el oso—. Creo que se nos ha ofrecido una especie de... visión. Visteis mi mundo de alguna forma.

Regeane estaba callada. Estaba profundamente conmocionada por lo que había visto. Había llegado más lejos que Chiara y el oso.

—Puedo ver —le dijo el oso a Regeane— que cualquier intento futuro por atraparos a ti o al lobo gris sería fútil. No sé si un intento así resultaría práctico con Chiara. Ella... —la miró— tiene algún tipo de talento. Dijiste —le habló a Chiara—, dijiste que me amabas.

—Eso es porque te amo. —Parecía rebelde y testaruda al mismo tiempo—. Pero no dejes que eso te dé ninguna idea. Soy hija de mi padre y no me voy a tirar sin más en brazos del primer espíritu malvado errante que se presente. Espero alguna seguridad, algo más en la línea de un acuerdo, y no un montón de promesas vacías.

—Ahora cállate tú —dijo Armine—. El oso y yo acordaremos tu futuro entre nosotros.

Chiara les lanzó una mirada asesina a los dos y después se dirigió a trompicones hacia la carretera.

A Gimp lo encontraron descansando apoyado en un poste kilométrico, dormido.

—Maldita sea, se llevaron los caballos —dijo Armine—. Ni siquiera se le puede dejar al cuidado de los caballos.

—No se le puede dejar al cuidado de nada —gruñó el oso.

Después sentó a Hugo. Los ojos de Hugo se pusieron en blanco, su cuerpo se desmoronó.

Regeane le echó un vistazo a la cara de Hugo.

—Ahora sí parece Hugo —dijo—. Cuando el oso está dentro, parece alguien distinto.

—Lo es —dijo Armine malhumorado—. La criatura, demonio o lo que sea me dijo que el cerebro de Hugo es papilla. Le golpeó un rayo durante la tormenta. Pasase lo que pasase, Hugo se ha ido. No estoy completamente seguro de creer todo lo que esa criatura desea que me crea, pero cuando no está presente, eso —dijo señalando al cuerpo de Hugo— no muestra signos de conciencia.

Chiara volvió y le entregó a Regeane un vestido y una camisa. Regeane volvió a las ruinas para cambiarse. Esperaba cabalgar junto a ellos durante algún tiempo pero, antes de hacerlo, le dedicó una larga y lenta sonrisa de satisfacción a Hugo. *Parece que Hugo va a vivir una larga, saludable y próspera vida... algo por lo que no hubiese apostado hace algunos años.*

Cuando regresó junto a los demás, Armine, Chiara y el oso hablaban entre ellos.

—¿Puedes hacer lo que te acabo de ver hacer en Florencia?

—¿El qué? —preguntó el oso.

—¿Dejar el cuerpo de Hugo y estar en... digamos... el despacho de un

competidor mientras él lleva a cabo sus negocios?

—Por supuesto.

—Ah, ¿Hugo, entonces? ¿Hugo?

—Por qué no —respondió el oso.

—Espero que no les mataras a ellos también. A los hombres que nos escoltaban, me refiero.

—No —dijo el oso de inmediato. Llevaba las riendas de los cuatro caballos—. Van a pie y... —la sonrisa del oso era saturnina, como poco— creo que probablemente todavía estén corriendo.

Chiara bufó, pero parecía satisfecha.

—Mi querido Hugo —dijo Armine—. Creo que éste puede ser el principio de una bella amistad.

Matrona se acercó a la tienda de Carlos unas cuantas horas más tarde. Vestía una túnica larga y vaporosa de lino blanco. Llevaba abundantes brocados de oro en el cuello, los bajos y las mangas.

El *scarae* de la entrada la oyó. Era Arbeo, el que fuera carcelero de Maeniel cuando se entrevistó con el rey por primera vez.

—No quiere ver a nadie, mi señora, pero me dijo que si veníais os dejara entrar. Ha sido una tarde terrible. Los consejeros del rey estuvieron aquí, todos gritando y discutiendo para que nos retiráramos, diciendo que el plan del rey había fallado. Que vamos a perder. Que debemos tocar a retirada o atacar con todas nuestras fuerzas mañana. El rey no les deja hacer ninguna de las dos cosas. Dice que no malgastará sus mejores tropas todavía... —Arbeo se interrumpió porque Carlos estaba de pie detrás de él.

—¡Cállate! —dijo Carlos. Acompañó a Matrona al interior de la tienda.

Ella entró y se sentó en una silla plegable. La maqueta que Antonius había construido llenaba por completo la mitad de la habitación. Junto a la maqueta había una mesa con vino y algunos pedazos de carne fría.

Carlos gesticuló hacia la mesa.

—¿Vino? ¿Comida?

—No —dijo Matrona.

—¿Y bien? —le preguntó él.

—La guarnición de Ivrea ya no existe. Yo hice huir a los caballos en estampida. Bernard acabó con ellos. Hasta el último hombre fue asesinado. Nadie escapó para advertir a Desiderio.

Carlos asintió.

—El señor Maeniel está con Bernard. Atacará al alba. Su ejército avanza en estos mismos momentos. Surgirá de la niebla matinal y cogerá a Desiderio por el flanco. Vuestro plan ha funcionado, mi rey. En breve seréis dueño del reino lombardo.

—Ojalá estuviera tan seguro como tú —respondió Carlos. Se dirigió a la jarra de vino de la mesa y la levantó. El objeto era romano; una procesión grabada en alto

relieve alrededor de la tripa de la jarra, ninfas y sátiros retozaban juntos en los ritos de Baco.

—Estoy segura —dijo Matrona—. Miré en mi espejo y vi lo que será.

El asa de la jarra era una espina de flor de acanto. La mano de Carlos descansaba sobre ella.

—Un objeto precioso, aunque pagano, profundamente pagano. Como lo eres tú y tu señor, señora Matrona. Si gano, haré que fundan esta preciosa jarra pagana y que la conviertan en un relicario para los huesos de un santo cualquiera. ¿Sabes dónde la conseguí?

—Probablemente la tomasteis de los sajones quienes, sin duda alguna, se la robaron a otros —dijo Matrona.

—Sí, estaba enterrada entre el botín que adquirí cuando destruí su árbol sagrado, Irmunsul. Así que le di una tregua mientras me servía, pero planeo ganar el mundo para Cristo y las cosas paganas ya no tienen lugar aquí.

—Sí.

—Así que acepta a Cristo y conduce a tu señor y a su bella esposa hasta la pila bautismal, y yo te encontraré una elevada posición en mi reino.

Matrona sonrió.

—¿Creéis que un baño en una piscina congelada y un poquito de mal latín murmurado por un obispo cambiará en algo nuestras naturalezas esenciales?

Carlos parecía incómodo.

—Mi rey, seré directa. A estas alturas de vuestra carrera, no podéis permitir os fallar. Un rey que falla sólo tiene un lugar donde caer, y ese lugar es su tumba. Mi señor os ha concedido la victoria y a pagado un gran precio por ello. Permittedle disfrutar de algo de paz a cambio. Es todo lo que pide. Vos atacasteis a los sajones y destruisteis el árbol sagrado porque necesitabais dinero con el que contentar a vuestros nobles, quienes podrían haberse aliado con la esposa de vuestro hermano si hubieseis contenido vuestra generosidad cuando él murió. Atacasteis a los lombardos porque necesitabais una victoria, una grande, para impresionar a los magnates más poderosos del reino franco. Hombres que, debo añadir, tendrían todo en sus manos, incluso vuestra vida, si decidieran unirse para actuar conjuntamente. Después de mañana vuestra posición será segura. Usad vuestra fuerza para ser compasivo y conceded a mi señor la paz que pide.

Una oleada de furia traspasó a Carlos, una rabia tan inmensa que Matrona, que podía sentir, oler y casi tocar su ira, sabía que él la hubiese matado de haber tenido un arma a su alcance. Después se desvaneció y algo parecido a una admiración reacia ocupó su lugar.

—¿Siempre eres tan brusca con los reyes?

Los labios de Matrona se torcieron. Era lo bastante lista como para no sonreír. Él todavía estaba al borde del asesinato.

—Yo nunca miento —le dijo ella—. Puede que nunca diga toda la verdad, pero

nunca miento.

Él alargó una mano hacia ella.

—Ven. Todavía queda un poco para el alba, cuando tendré que cabalgar con mis tropas. ¿Qué llevas debajo de ese magnífico vestido?

—Nada.

Cuando se encontró con Maeniel a la sombra de la fortaleza de Susa al día siguiente, ella le dijo:

—Él lo sabe.

Antonius, que cabalgaba junto a Maeniel, le respondió.

—No importa lo que sepa. El problema es lo que pretenda hacer con lo que sabe.

—Sucinto y, como siempre, al grano —dijo Maeniel.

—La religión y la conveniencia libran batalla en su mente —dijo Matrona—. Le somos muy útiles.

Carlos había arrojado a sus arqueros e infantería sobre la fortaleza romana. Estaban sufriendo bajas sin obtener resultados aparentes, mientras trataban de forzar con poco éxito la entrada a la altura del río. Los hombres de Desiderio, situados a mayor altura y empuñando ballestas compuestas, estaban utilizando a las tropas de Carlos para practicar el tiro al blanco.

—Esto es lo que no me gusta de la guerra —dijo Matrona—. Son sólo una distracción, pero morirán igualmente.

—Tengo que reconocer que Carlos es digno de admiración: estaba en la vanguardia dirigiendo el ataque.

Mientras Matrona y el resto observaban, Carlos tocó a retirada, tentando así a los mercenarios de Desiderio para que abandonaran la cubierta de la fortaleza y presionaran a los fugados.

Ya era de día aunque el sol aún no había salido del todo; la niebla que había llenado los valles fluviales todavía vagaba en nubes sobre las colinas arboladas cerca del río. En algunos lugares la visibilidad era muy buena. En otros, ambos ejércitos se enfrentaban en la penumbra. Bernard y su ejército atacaron en el dramático momento en el que los primeros rayos del sol caían desde el desfiladero, creando largos pasillos de luz que golpeaban la niebla e iluminaban todo el valle. El río era un vórtice pálido y transparente y la hierba una alfombra esmeralda. Los límites del bosque todavía se aferraban a la humedad y a la oscuridad de la noche, que yacía como una mancha sobre la tierra. Las piedras que formaban la antigua fortaleza estaban quemadas y ofrecían brillos de alabastro bajo la luz dorada.

Carlomagno cerró su trampa.

Los hombres de Bernard se estrellaron, aullando, contra el flanco del ejército de Desiderio. El rey estaba entre ellos, portando el estandarte de los longobardos. Fue el primero en huir. Maeniel montaba a Audovald; el caballo se encabritó un poco y

caminó nervioso. Maeniel pronunció el fuerte bufido que en el lenguaje de los caballos significa *Adelante*. Y así lo hizo.

El grueso de las filas de los *scarae* atacó la línea primero y se abrió paso entre los pocos soldados de Desiderio que intentaban mantener la posición.

Maeniel sintió el espléndido ímpetu de la tensión largamente contenida y por fin disuelta. Él, como el resto de los grandes magnates de Francia, condujo a sus hombres a la batalla.

A una batalla como ésta. El antiguo capitán de la guardia real, ciego de lealtad hacia su soberano, intentó reunir a las tropas y ofrecer resistencia. De hecho, podrían haber vencido si Desiderio hubiese mostrado coraje y resolución. Carlos había llevado hasta allí, a través de las montañas, a la mayor parte de su ejército, pero eran menos que las experimentadas tropas que dirigían los lombardos.

Era un buen ejército mercenario y Desiderio había maquinado, asesinado, traicionado y extorsionado riqueza de todos y cada uno de los rincones y resquicios de su reino para poder reunir este enorme puño armado e imponer su voluntad sobre toda Italia. Pero cuando llegaba el momento, o mejor dicho, momentos, de enfrentarse y destruir a sus enemigos, Desiderio siempre se retiraba.

El año anterior, el papa Adriano se había enfrentado a él fingiendo superioridad y, si Desiderio hubiera reforzado sus filas en la Ciudad Santa con tropas, Regeane y Maeniel podrían haber muerto. Y al tener a Adriano bajo su control podría haberle obligado a abdicar o haberle asesinado. Pero de nuevo Desiderio había evitado la pelea y huido.

Ambas fuerzas se detuvieron bastante más allá del paso de Susa en la llanura abierta. Las relucientes hileras de los soldados de infantería del ejército de Desiderio se pusieron en fila de a seis en formación de batalla. El sol estaba a espaldas de Carlos. Los comandantes francos permanecían sobre sus caballos, esperando la señal del rey.

Maeniel observó a la multitud lombarda. Para entonces todos sus hombres y mujeres estaban presentes, montados y listos para luchar y ganar. Silvia estaba allí. Vestía como un hombre o puede que el hecho de llevar armadura simplemente le proporcionara un aspecto andrógino.

—¿Luchamos? —le preguntó a Maeniel. Parecía impaciente.

—Esperad un momento —le dijo él al resto de la manada—. No lo sé.

—Pensándolo bien —dijo Antonius—. Creo que huirá. Y después el rey tendrá que decidir si quiere organizar un asedio en Pavía.

—Tiene un ejército magnífico —dijo Maeniel—. Es posible que gane, aunque esté en una posición difícil. Su comandante es, además, un hombre capaz.

—Su posición no es tan mala —le dijo Antonius—. Tiene delante un afluente del Ticino. Sus arqueros pueden coger a la infantería franca en los bajíos pantanosos y destruirla. Su comandante ha colocado al grueso de su caballería a ambos lados. No es tonto. Eso es lo que Aníbal hizo en Carinas. Su parte central se dividirá, pero no

lejos de aquí ¿ves esas pequeñas colinas detrás de ellos? No podrán detener una retirada. Pero podría envolver a los *scarae* y quizá, sólo quizá, destruirles. La infantería perecerá fácilmente, pero las tropas de élite de Carlos son las más protegidas. Y las mejor motivadas. A ningún general le gusta que sus posibilidades estén al cincuenta por ciento en una batalla campal. Por eso tanto él como Carlos se están conteniendo. Apuesto a que elegirá el camino fácil y huirá. Puede basar parte de sus fuerzas en Turín y mantener el resto en Pavía. Después puede dejar que Carlos se rompa el cráneo a cabezazos contra sus muros. Pero su comandante está deseoso de luchar. Sabe que no dispondrán de una oportunidad mejor y su consejo puede prevalecer, pero su rey es una pequeña y taimada rata tramposa. Mi consejo, mi señor, es que mantengas tu posición y no te muevas. —Antonius sonrió. Cambió de postura encima de la silla—. No paso suficiente tiempo sobre la silla.

La yegua de Matrona, Cloris, se revolvió y sacudió sus crines.

Audovald habló seriamente con ella y se quedó quieta.

El sol comenzó a quemar la espalda de Maeniel a través de su camisa de malla.

Antonius se alzó con la razón.

Desiderio huyó.

Una retirada bella y metódica orquestada por el capitán de su guardia. Los arqueros mantuvieron su posición mientras la caballería se replegaba en fila de a dos. El capitán de la guardia, tal y como hiciera el día en que empujó al rey para apartarlo de la muchedumbre, marchó el último, dirigiendo la retaguardia.

—Nirvardd es un hombre capaz —dijo Antonius.

—Nirvardd —repitió Maeniel—. Nunca supe su nombre.

Regeane y el resto pasaron la noche en las ruinas de un pueblo en las tierras pantanosas del valle del río. Se sentaron alrededor de una fogata, ya entrada la tarde, y el ambiente era extrañamente amistoso.

—Es raro que nadie viva aquí —dijo Chiara—. Ni siquiera hay rastro de bandidos.

—Nadie ha estado aquí desde hace mucho tiempo —dijo el oso. Le dedicó una mueca a Regeane—. Supongo que estaréis de acuerdo, mi señora.

—Sí —dijo ella—. Siempre puedo notarlos. —Las casas, aunque sin tejado, todavía estaban en pie, así que acamparon dentro de una que estaba de espaldas al viento.

—Los impuestos acabaron con este lugar —dijo el oso—. Lo sé. Viajé por aquí hace largo tiempo con un brujo al que conocía. La gente de este lugar huyó para escapar a los impuestos, no mucho tiempo después de que el viejo imperio muriera. Ya entonces empezaban a marcharse y aquellos que se quedaron no sabían qué hacer para evitar el gravamen ya que, con o sin fugados, la cantidad a reunir para los cobradores seguía siendo la misma.

—Había cada vez menos para pagarla —dijo Armine.

El oso asintió. Era cierto que ya no se parecía a Hugo. Mantenía su cabello muy corto; Hugo lo había llevado largo. Nunca bebía; Hugo era una esponja.

El oso había sido sincero respecto a ese asunto cuando Regeane le había preguntado.

—No tiene ningún efecto sobre mí; no sobre mi yo esencial, quiero decir. No tengo cerebro que emborrachar. Al menos, no como Hugo. —Había estado limpiando un hueso de pato con los dientes—. Sin embargo, sí que disfruto de la comida. Me refiero al sabor. Este cuerpo se moriría de hambre si no cuidara de él. Así que, si tengo que comer, prefiero disfrutarlo. ¿Qué vas a hacer ahora, loba? —le preguntó a Regeane.

—No lo sé —respondió ella. Estaba abriendo un pescado cocinado sobre barro. Había varios en el fuego. No había conseguido pescar ninguno grande, pero había cogido ocho medianos durante una rápida expedición acuática.

—Dame un poco de eso —le dijo Chiara, acercando un trozo de pan plano.

Regeane le quitó las espinas al pescado como una experta y puso la mitad sobre el pan de Chiara, junto con unas cuantas verduras de las que había usado para rellenarlos.

Chiara comió vorazmente.

—Me muero de hambre —dijo entre bocados—. Pelear abre el apetito.

—Eso no llegó a ser una pelea —dijo el oso con aire de condescendencia—. Una pequeña escaramuza, eso es todo.

—Por algún motivo tenía la impresión, la fuerte impresión, de que había sido mucho más que eso —dijo Armine—. Pero, mi querido amigo Hugo, si quieres llamarlo así, te complaceré. Aunque en cierto momento creo que tuve ambos brazos rotos.

—Probablemente lo estuviesen —le dijo Regeane.

—Lo sé —respondió Armine, mirándola a los ojos por encima de la fogata—. ¿Qué ocurrió?

—No lo sé —contestó Regeane.

Armine se afanaba con un cuenco de estofado de conejo.

—Creo —continuó ella— que tuvo algo que ver con lo que Chiara y yo intentamos hacer por el oso.

Chiara comenzó a temblar y a llorar. Gimp cogió los restos de su pescado. Estaba sentado junto a los demás, terminando lo que ellos dejaban y, dado que ninguno disfrutaba del vino agrio, él le daba largos tragos para acompañar lo que engullía.

El oso Hugo pasó un brazo sobre los hombros de Chiara y empezó a reconfortarla.

—Estoy aquí —le dijo— y siempre estaré aquí.

—Ni siquiera hueles como Hugo —dijo ella.

El oso Hugo se rió.

—Pregúntale a la loba, ella es la experta.

—Es cierto —dijo Regeane—. Huele a limpio. Ningún aroma a suciedad, sudor o bebida constante. Tiene un olor seco y agudo, bastante parecido a algún tipo de jabón.

—¿Lo hueles todo? —le preguntó Chiara, ya distraída de su pena.

—Todo —dijo Regeane—. Los olores son un trasfondo continuo para todas las cosas cotidianas. Por ejemplo, estas ruinas, no han sido habitadas durante largo tiempo, no por humanos en cualquier caso. Un zorro tuvo su guarida en la casa de al lado, la zorra crío una carnada, pero ya se han ido. El último olor tiene algunos meses: un viajante vino el invierno pasado. Se quedó unos cuantos días. Cavó. Probablemente buscaba un tesoro. Huelo un viejo —de nuevo hace unos meses— olor a tierra removida y... y hay un búho en un templo en ruinas cercano. No puedes ver el edificio porque es en su mayor parte un montículo de malezas, pero yo huelo ladrillo, cal y mármol. Eso me dice que es un templo.

Tanto Chiara como Armine la miraban con ojos desorbitados.

—No es de extrañar que no te preocupasen los bandidos —dijo Armine—. Probablemente podrías saber si hay uno a varios kilómetros a la redonda.

Regeane asintió, abrió otro pescado relleno y empezó a prepararlo para Chiara.

El oso Hugo bostezó.

—Este maldito cuerpo está cansado. Yo también sabría si alguien se acerca. Ese búho tiene polluelos en su nido. Ahora está cazando para ellos. No sé dónde está el macho. Me estaba preguntando si le habría ocurrido algo. No huelo nada, pero percibo los gradientes de temperatura, el movimiento, los procesos corporales, los latidos del corazón. Porque late. Vuestras clases intelectuales son tristemente ignorantes del mecanismo de los seres vivos. Cuando amplí mis percepciones, vuestros cuerpos me son transparentes y, entre otras cosas, siento lo que podríais llamar la topografía. La forma de la tierra y de las cosas que viven en ella.

—Ahí está —dijo Regeane—. Creo que tiene una rata.

—El búho macho —respondió el oso Hugo—. Ella le oyó. Yo sentí cómo sus alas desplazaban el aire. El humano que buscaba un tesoro tenía razón, aquí hay algo. Una pequeña reserva —volvió a bostezar—. Por la mañana os mostraré dónde se encuentra. Podéis sacarlo. ¿Estoy en lo cierto? —le preguntó a Armine—. Dejasteis Pavía con poco dinero en mano.

—Sí —dijo Armine—. El rey no me ha pagado y no creo que sea saludable quedarme por aquí a esperar que liquide sus deudas. No sabía que pudieras hacer cosas como encontrar tesoros enterrados.

—¿Cómo demonios crees que mantuve con fondos a ese idiota de Hugo? Cuando nos encontramos no tenía bastante dinero ni para pagar a un piojo para que le picara.

—Muéstramelo ahora mismo.

—No, molestarías a los búhos. La rata es un banquete para ellos. Déjalos en paz. Las ruinas están llenas de nocivos roedores. Cuando mamá búho termine de criar a sus polluelos, habrán mejorado en alto grado la atmósfera de este lugar.

—¿Está a mucha profundidad? —preguntó Regeane.

—No —le respondió el oso.

—Entonces yo lo cogeré —dijo ella—. No notarán mi presencia como notarían la de humanos con ruido y antorchas, pisoteando la vegetación. Dame un minuto —se levantó y se metió por una abertura de la casa en ruinas para salir a la oscuridad.

Armine parecía espantado, atónito, asustado e indignado al mismo tiempo. La indignación se debía a que los preparativos hogareños de una familia de búhos se habían antepuesto a sus deseos.

—Vuestra actitud es original, por no decir más. Hubiera pensado que nuestro bienestar tenía precedencia sobre el de un búho.

—¿Por qué? —le preguntó el oso—. Tienen tanto derecho a estar aquí como tú; más, de hecho. Nosotros somos intrusos. Éste es su hogar.

—Si lo miras de esa forma, lleva razón —dijo Chiara.

La llegada de Regeane con un saco de piel en la mano acabó con la discusión. Lo soltó a los pies de Armine. Se abrió con facilidad y una colección de vasijas de plata y oro, pequeños objetos rituales, salió rodando.

—Hay más —dijo ella—. Pero sólo podía cargar con esto... como loba, quiero decir.

—Dios bendito —susurró Armine—. Tengo una fortuna ante mí. Pero parte de esto es vuestro —les dijo a Regeane y al oso.

Regeane se encogió de hombros.

—Ya tengo bastante. Deberías ver la cámara acorazada de mi marido. Podría haber pagado el rescate que le ofreció al rey, multiplicarlo por dos y todavía tendría dinero para gastar.

—Me importa un bledo —dijo el oso—. Percibo cosas como éstas todo el tiempo y también cosas desagradables. Hay quince o dieciséis bebés en un pozo no muy lejos de aquí. Fueron tiempos muy duros para los últimos habitantes de este lugar. Al final no podían criar a sus hijos. Es una de las razones por las que huyeron. También es probable que enterraran el oro por eso. Estaban seguros de que si los cobradores de impuestos encontraban los objetos sagrados, los fundirían. Una lástima. Ahora tú harás lo mismo.

—No, no lo creo. No todos ellos, en cualquier caso —dijo Armine—. Se han dicho muchas cosas desagradables sobre los mercaderes florentinos, pero nadie nos ha acusado nunca de ser ciegos a la belleza —estaba estudiando un exquisito cuenco de plata con un diseño de uvas blancas representadas por medio de adularias—. Creo que deberíamos dedicarnos a la banca, oso. No lo hice en mi juventud. Simplemente no tenía el capital suficiente. Pero tú disfrutarás de la banca, oso. Es mucho más interesante que el comercio de telas.

—Me comprendes demasiado bien —dijo el oso—. No es bueno aburrirme.

Chiara gimió.

—Oh, dios, pero calcular los intereses es una pesadilla.

—Sí, bueno, os dejaré a los dos a cargo de la contabilidad. Tu tremenda influencia será la envidia de todas las mujeres de Florencia.

—Oh —susurró Chiara, absolutamente encantada—, puedo verme en misa vestida de terciopelo y brocado con un misal iluminado en la mano.

—Sí —suspiró Armine—. Y violando todas las leyes suntuarias.

—Tonterías. Madre me dijo que sólo nos reprimen cuando la ciudad está en guerra. Además, también las actividades bancarias están en contra de la iglesia.

—Oh, sí —respondió Armine—, pero es fácil esquivar a la iglesia. Es raro que un obispo no mire hacia otro lado si recibe una donación generosa.

Regeane bostezó.

Armine miró incómodo a su alrededor.

—Antes de que nos acostemos para pasar la noche —les preguntó a Regeane y al oso—, ¿estáis seguros de que seguimos solos?

—Oh, sí —dijo ella—. Nosotros lo sabríamos.

Ella y Chiara eligieron la casa calentada por la hoguera. Regeane era una esposa y Chiara una chica soltera. La decencia exigía que durmieran separadas de los hombres.

Regeane y Chiara se acostaron juntas al lado de un muro.

—Eso es mucho oro —le dijo a Regeane—. ¿Estás segura de no querer nada?

Regeane se rió.

—Ya has visto cómo viajo. ¿Dónde lo pondría?

Chiara se ruborizó.

—¿Qué harás con el oso cuando llegues a la ciudad?

—No lo sé —respondió Chiara—. Por ahora supongo que puede seguir siendo Hugo. Y, a no ser que me equivoque, él y mi padre serán socios dentro de poco —se encogió de hombros—. ¿Qué piensas? ¿Crees que pedirá mi mano en matrimonio?

Regeane estaba reuniendo un montón de hierba para hacer una cama más cómoda. Siempre podía dormir con su forma de loba, pero no quería alarmar a Chiara.

—Porque si no piensa en matrimonio, no voy a considerar ninguna otra opción. Es como decía mi madre, para un hombre está bien ir saltando de cama en cama, pero las mujeres tienen que tener en cuenta la vida familiar y los hijos. Por no mencionar las finanzas y la reputación y el resto de las cosas que el sexo conlleva. Y, además, es el cuerpo de Hugo y no estoy segura de que me gustase...

—Hay que ver cómo cotorreáis —dijo la voz del oso.

Chiara se calló y dio una patada en el suelo.

—Te estás volviendo furtivo. No te sentí. Además, era una conversación privada y no tenías ningún derecho a meter tus narices...

—Ya basta —le dijo el oso—, pequeña dama malhumorada. ¿Es que no vas a acabar nunca de corregirme?

—No mientras te comportes como un patán.

—¿Un patán? ¿Yo, un patán? —rugió el oso.

Chiara se metió los dedos en las orejas.

—No te escucharé.

—De poco te va a servir eso —le gritó el oso—. Mi voz está dentro de tu mente. Chiara se sacó los dedos de las orejas.

—Sí, es cierto, pero...

—Oh, cállate ya —le dijo el oso. Después la apartó de la hoguera, la llevó hasta un rincón oscuro y la besó—. Ahora vete a la cama. Y no te preocupes. No necesito el cuerpo de Hugo.

Y se marchó riéndose.

—Parece que no lo necesita —dijo Regeane.

Chiara volvió junto al fuego. Estaba colorada; su largo pelo rubio, antes recogido, estaba ahora suelto sobre los hombros. Parecía satisfecha.

—Mira —dijo. Tenía una delicada alianza en su dedo anular, tres cuellos de cisne entrelazados repujados en plata maciza—. Es precioso —le dijo a Regeane—. No me di cuenta realmente de que lo tenía puesto hasta que ya se había ido, pero me pregunto de dónde lo habrá sacado. Quiero decir, ¿vendrá su antigua propietaria de madrugada para reclamarlo?

—No, no lo creo. No vino de un cementerio —dijo Regeane—. Había muchas más cosas de las que traje. Tu padre y tú deberéis cogerlo todo por la mañana. — También le alegraba saber que Chiara no se hacía ilusiones sobre el oso, lo que era un buen augurio para su futura relación.

Remingus despertó a Regeane durante la noche. De repente Regeane se encontró en el lugar de los muertos, en la espesa oscuridad sin luna ni estrellas. El pueblo tenía el aspecto del que disfrutaba antes de convertirse en una ruina. Los templos alrededor del foro, que constituía el corazón de toda ciudad romana, se elevaban sobre sus plataformas, tal y como lo hacían antes de sucumbir a las ruinas, pintados y con sus estatuas en relieve intactas observando todo al alcance de su visión. La estatua de un emperador presidía el pueblo, erguida para siempre sobre su pedestal.

La casa en la que dormía Chiara era una tienda en la que se vendían canastas. Regeane no podía verla, pero sabía que la chica dormía bien porque su respiración producía vaho en el frío aire nocturno y podía sentir las nubecillas de vapor.

Regeane atravesó el foro desierto; sus pies reconocían las piedras pero no las sentían del todo. Llevaba puestos la camisa y el desgastado vestido marrón que le había prestado Chiara. Remingus estaba con el chico al que había matado Robert, el que había instigado y llevado a cabo el asesinato de la chica a la que Robert amaba.

—Está aquí con nosotros.

—Sí —respondió Regeane—. Ya lo veo.

—Dile a Robert que su piedad no fue en vano —dijo el chico—. No estoy en el infierno.

—¿No es esto el infierno? —preguntó Regeane. El frío que le atravesaba el cuerpo era estremecedor. El frío que le atravesaba el corazón era aún más profundo. Había comenzado a llorar. Las lágrimas que le corrían por las mejillas eran gotitas de

puro hielo sobre la piel.

—No —dijo Remingus—. No, ni esto es el infierno ni sé lo que es el infierno. Pero aquí no hay esperanza, así que no hay tristeza. Y él está con nosotros. Eso es todo lo que podíamos pedir.

Y Regeane miró a través de los ojos de Remingus mientras él colgaba de la cruz cartaginense y miraba al sol. Intentó cerrar los ojos —o los ojos de Remingus— y se dio cuenta de que ella/él no tenía párpados. Se los habían cortado. Y hasta los endurecidos oficiales romanos que recogieron su cuerpo para enterrarlo se habían quedado atónitos ante las cosas que le habían hecho antes de ponerle en la cruz. Los cartaginenses habían usado toda su ingenuidad para hacerle sufrir pero, aun así, él triunfó. Y la puerta que había estado abierta cuando Aníbal cruzó los Alpes se cerró de golpe, se cerró con una sensación de finalidad que tuvo eco a través de las eras. Al igual que su dolor.

La bendición de sus lágrimas hizo que la escena que veía se volviera borrosa y, cuando se le aclaró la visión, Hildegard llegó para sentarse con sus hermanas de amor y Regeane no notó que ya estaba muerta. La mujer más joven había guiado a la mayor hasta su sitio y había puesto un plato y una copa ante lo que, para las otras monjas, era sólo aire vacío.

Entonces Hildegard alargó la mano y tocó la cara de Regeane con dedos suaves y secos como seda nueva.

—Regeane, ve a Roma. Lucila te requiere.

Regeane se levantó. El aire nocturno era frío y claro. Las estrellas despleaban su esplendor en el cielo. Su mente, como siempre, las situó y la loba le dijo que faltaba poco para el alba.

Chiara había echado a un lado su manta y estaba ahora acurrucada frente al frío. Mientras Regeane observaba la manta se elevó, se colocó sobre ella y se remetió, de manera similar a la forma en que una madre cubre a un hijo que se ha movido mucho por la noche.

—¿Oso? —preguntó Regeane.

—Sí. Una vez Armine me preguntó si me sentaba; bueno, no me siento, ni tampoco duermo. Ese cadáver de Hugo tiene que hacer ambas cosas pero, mientras lo hace, no tengo con qué ocuparme. Sé que algo vino a saludarte, porque no estabas bajo tus mantas hace un momento.

—Me voy a Roma —dijo Regeane.

—¿Sola? ¿Es eso inteligente?

—Probablemente no —dijo Regeane—, pero me voy de todas formas. Presenta mis disculpas.

—Ah, sí, como si dejaras la mesa pronto después de cenar. Un asunto menor. Sin ninguna importancia.

—Espero que no —dijo Regeane—. Cuida de ella.

—Lo haré. ¿Nos volveremos a encontrar?

—No lo sé, oso. Pero, pase lo que pase, te deseo el mejor de los destinos. Y cuando tú y Armine os hagáis banqueros, intenta no estafar a demasiada gente.

Regeane escuchó un gruñido de enfado y supo que el oso tenía más que decir sobre el asunto, pero ella ya era la loba —el cambio era fácil a esas horas— y no estaba allí.

Desde donde estaba sentada, todo lo que Lucila podía ver era un retazo de cielo azul, pero sabía que tenía serios problemas.

Adalgiso había intentado esconderla, una vez en Verona, de Gerberga, la reina franca. A este fin, había alojado a Lucila en la planta alta de una casa que daba a la plaza. Era una casa de mala reputación. Él pensaba que ella estaría segura allí, ya que la reina franca era una mujer altiva que sólo prestaba atención a los notables de la ciudad, aunque había un buen número de mujeres pudientes que hubiesen vendido su alma por recibirla en sus casas. Gerberga levantaba la nariz lo más alto posible y pretendía que sólo el señor lombardo, un tal Syagrius, era merecedor de su atención. Era un individuo de rancio linaje romano cuyo abuelo había tenido la sagacidad de casarse con una dama que se consideraba princesa lombarda... su padre había recogido el fruto de numerosos saqueos y ella había acabado siendo su única heredera. Syagrius se llamaba a sí mismo duque. Dux, en la terminología actual, un señor de la guerra. Su familia se había asegurado de que su hermano fuera arzobispo de Verona, de forma que todo quedara entre familia, por decirlo así.

Así que Adalgiso, Syagrius y Karl, el obispo, eran las únicas personas con las que la arrogante Gerberga se dignaba a relacionarse. Todos los demás tenían que conformarse con observar desde fuera.

—Con algo de suerte —Adalgiso le había dicho con regocijo a Lucila—, nunca sabrá que estás aquí.

Dado que la engreída Gerberga iba diariamente a misa, Lucila pudo observarla atentamente todos los días cuando la llevaban a la iglesia en su silla de manos. La escoltaban cuatro doncellas y dos damas de compañía, además de sus dos hijos, cada uno de ellos acompañado de una enfermera y un tutor.

—¿Eres su amante? —le preguntó Lucila a Adalgiso la primera mañana que pasaron por allí.

—¿Por qué? —le preguntó él. Tenía aspecto de estar presumiendo—. Creía que no te importaba.

Lucila, que quería decir que esperaba lo fuera, para que Gerberga lo siguiera recibiendo, exhibió su más afectada sonrisa y ronroneó.

—Querido mío, me gusta pavonearme de ser la rival de una reina. Es asombroso. Adalgiso la apartó de la ventana.

—Ven, encanto, mi amor, cuéntame más historias sobre... tortura.

Lucila apretó los dientes, pero Adalgiso estaba ocupado dejándole un chupetón en

el cuello. Había aprendido con rapidez los botones que debía presionar para controlar al hijo del rey. Siempre podía avivar su hoguera hasta convertirla en fuego blanco si le relataba los horrores que el verdugo público practicaba sobre aquellos considerados molestos por los poderosos de Roma. Incluso Adriano, que no era partidario de la tortura, la usaba de vez en cuando por las mismas razones que todo el mundo: para que alguien que se entregara a una conducta criminal espectacularmente viciosa sirviera de ejemplo, o para persuadir al reacio ocasional de que compartiera la información que prefería guardarse sólo para él. Lucila se consideraba a salvo siempre que consiguiese hacer interesante la vida sexual de Adalgiso en el futuro inmediato.

Pero no lo estaba, y descubrió el porqué pocos días después.

Abrieron la puerta de una patada cuando faltaba poco para que amaneciese.

Dos hombres.

Lucila pudo ponerse algo encima —un pesado vestido de lana— y consiguió esconder un cuchillo y sus medicinas. La arrastraron hasta el obispo.

Éste miró a Lucila durante largo rato, mientras tamborileaba insistentemente con los dedos sobre el brazo de la silla.

—¿Estáis seguros de que es ésta? —preguntó finalmente.

—Grifo y Myra, los propietarios, dicen que el príncipe visita sus habitaciones todos los días —respondió uno de los soldados.

—Es un poco mayor de lo que esperaba —dijo el obispo.

—Dicen que el príncipe está loco por ella. Se queda en su habitación mucho tiempo —le dijo al obispo el hombre que retorció el brazo de Lucila y lo retenía entre sus omoplatos.

—Supongo que la experiencia tiene su importancia —dijo el obispo. Después estudió la cara de Lucila. Sus ojos la asustaron. No había nada dentro de ellos.

—Dejadme ir —dijo Lucila—. Tengo dinero.

—No aquí —dijo el obispo.

—En Roma. Puedo asegurar que os merecería la pena. También cuento con influencias.

—¿Oh? Sé quién eres. Y no tienes ni el suficiente dinero ni las suficientes influencias como para hacerme traicionar el secreto del rey.

Soy mujer muerta, pensó Lucila.

—Ven aquí —ordenó el obispo a uno de los soldados que sujetaban a Lucila.

El soldado se acercó a su silla. Hablaron en voz baja.

Lucila permaneció inmóvil. No la habían atado ni encadenado, quizá porque ella no les había plantado cara. Estaban solos en el salón del obispo. Lucila podía oír el trajín de los sirvientes a lo lejos. Pero aparte de ella, el obispo y los dos soldados, no había nadie más en la habitación. *Hazlo*, le dijo algo en su mente. *Si piensas demasiado estás perdida*.

A la velocidad del rayo, se retorció para librarse del soldado que la retenía, pero

no había visto que llevaba una maza en la otra mano. Fue rápido; un segundo después la maza se estrelló contra un lateral de su cabeza. Notó el golpe. Fue tan fuerte que sintió una terrible punzada de miedo a que se le rompiera el cráneo; después quedó paralizada y por fin se la tragó la oscuridad.

Se despertó en otro lugar, mirando una reja de acero a través de la cual se veía el cielo. Le habían dado con tanta fuerza que hasta levantar la cabeza le producía un dolor feroz y aplastante. Así que simplemente se quedó quieta, entrando y saliendo de la consciencia durante casi un día y medio. Cuando las náuseas y el mareo se redujeron lo bastante como para permitirle sentarse, casi empezó a lamentar que el golpe no la hubiera matado.

La celda estaba en algún lugar de las ruinas de la vieja ciudad romana. La mayor parte de la misma estaba bajo tierra. La reja del techo era su única conexión con el exterior. El suelo era de piedra cubierta de musgo y las paredes eran del omnipresente ladrillo de terracota que los romanos usaban para construirlo todo, desde acueductos hasta palacios. Seguía durante un trecho bajo tierra hasta introducirse en las ruinas. En ese punto, los muros y el suelo se terminaban y eran sustituidos por un terraplén de escombros y tierra petrificada que bloqueaba cualquier posible salida.

Cuando Lucila volvió arrastrándose hasta la luz, descubrió que le habían dejado una jarra de vino y una cesta con unas cuantas rebanadas de pan duro. Fue a beber un sorbo de vino, pero el olor le hizo retirar la cabeza de golpe. Estaba cargado de opio, muy cargado de opio. Lo bastante, según parecía por el aroma —que, por otro lado era bastante agradable—, para matar a dos o tres personas.

Había una gran piedra plana, parte de una columna muy grande de algún tipo de templo. Era redondeada y estriada en los extremos. Podía servir como un asiento aceptable. Se sentó y se desesperó, cerró los ojos y dejó vagar la mente. Entendía las intenciones del obispo y cómo la habían cogido. Era probable que el obispo Karl fuese el dueño del burdel. Había una innegable afinidad entre el estamento eclesiástico y las casas de prostitución. El obispo de Rávena era el propietario del primer burdel al que había sido vendida con dieciséis años y el obispo se aseguraba bien de cobrar su porcentaje y el alquiler de sus terrenos. Decir que estos establecimientos eran lucrativos, sería quedarse corto. Y dado que la cristiandad se convirtió en parte de la limitada escena urbana occidental antes de proliferar en el campo, la mayoría de las propiedades de la iglesia estaban en las ciudades. La iglesia, el primer organismo corporativo de occidente, tenía muchas.

Debería haberlo recordado, pero había aceptado la palabra de Adalgiso de que estaba a salvo. También debería haber sido más inteligente en ese aspecto. Ahora el obispo Karl la invitaba a suicidarse. La jarra de vino era una especie de misericordia, se la dejaban para que pudiera escoger ese camino en vez de morir de hambre y sed.

Sobre ella, el retal de cielo azul empezaba a oscurecerse. La noche se acercaba. Lucila seguía sentada sobre la invención del destruido imperio romano, el tambor de la columna, profundamente inmersa en la miseria y la desesperación física y

emocional. En el fondo de su corazón estaba convencida de que iba a morir.

Los recuerdos vagaban por su mente como sombras de nubes cruzando los prados en verano: difusos, fragmentados y desconectados.

Como tantos otros, Lucila se lamentaba de su incapacidad para apagar por completo su cerebro y descansar en silencio y paz mental. Su padre había sido un próspero granjero en la región montañosa de Italia conocida como los Abruzzos. Era un hombre duro. Ahora se daba cuenta de que, considerando el mundo en el que vivía, sólo un hombre duro hubiese podido sobrevivir. La vida de un granjero de las montañas no perdonaba a los débiles, ni siquiera a los vagos. Su madre había sido una mujer buena y cariñosa, pero su marido la aterrorizaba.

Pero Lucila había sido una niña feliz y trabajadora hasta que su padre la sorprendió sola en el granero cuando tenía dieciséis años. Al principio se preguntó por qué la estaba tocando. No era un hombre afectuoso. Pero cuando la tiró sobre un montón de heno lo comprendió y se resistió. Él la amenazó con un látigo... una amenaza considerable, ya que era el que usaba para imponer disciplina a los animales difíciles, a sus hijos y, en ocasiones, a su esposa.

Lucila se quedó quieta. Había dolido, pero él había gritado al notar la firmeza de su carne y había quedado satisfecho. Como tantas otras chicas, Lucila había intentado pedirle ayuda a la gente que conocía, pero su hermano mayor ni siquiera quería escucharla. Todo lo que su hermana mayor le dijo fue que ya iba siendo hora de que ella también colaborara para mantenerle ocupado. Su madre dijo que no la creía. Lucila decidió más tarde que tenía que haber estado fingiendo, porque después de eso no volvió a mirarla a los ojos, nunca la miró directamente a la cara. Así que Lucila intentó endurecerse para hacer frente a la situación. Intentó que no le importase.

Pero después él empezó a escabullirse hasta los altos pastos para darse placer con su prieto y joven cuerpo. Para ella, eso era una contaminación insoportable. Ella se encargaba de las ovejas y del escaso ganado, porque no tenía miedo. No permitía que nada, ni los lobos que merodeaban la fría noche, ni el águila de las montañas que cazaba corderos jóvenes, nada molestara al ganado que ella guardaba. Y si alguno se extraviaba del rebaño, para traerlo de vuelta ella trepaba empinadas lomas que no ofrecerían asideros ni a una mosca, o cruzaba traicioneros montones de guijarros, moviéndose por las peligrosas rocas con más seguridad que una cabra montesa.

Éstos eran sus dominios, donde estaba sola con el viento y el silencio, la belleza de las flores silvestres en primavera o el vasto océano de estrellas en las frías noches de otoño. La segunda vez que él fue hasta allí, ella le vio en el sendero que bajaba desde su puesto en las montañas. Había recogido un buen montón de piedras para estar preparada si ocurría. Se las tiró hasta que él salió corriendo con el rabo entre las piernas. Esa noche, cuando devolvió los rebaños al granero cerca de la granja, se esperaba una paliza, probablemente una paliza tremenda. Pensaba que podía llegar a matarla, pero creía que merecía la pena simplemente por mantener su propio mundo a salvo. Pero no recibió ni un golpe. No la mató. En vez de eso la vendió a un tratante

de esclavos y, más tarde, dado que era fuerte y todavía guapa cuando llegaron a la ciudad —muchos de los niños que llevaban a rastras desde las montañas ya no lo eran para cuando llegaban a la costa—, la vendieron para el negocio del sexo.

Antonius, su hijo, no era sólo su hijo, también era su medio hermano. Si le hubiera podido poner las manos encima a su padre entonces, no hubiese parado hasta verle torturado y muerto. Todavía lo haría, si se lo encontrase cara a cara mañana. Pero ahora comprendía por qué le había hecho lo que le había hecho. Lo que más desea un tirano es gobernar, y su padre era un tirano, tan temible como cualquiera de los que hayan marcado las páginas de la historia humana. No pueden soportar la oposición porque amenaza su control sobre aquéllos a quienes gobierna. Y él veía, reflejadas en ella, su propia fuerza y determinación.

Así que había necesitado destruirla, tal y como él lo veía. Lo intentó y casi lo consiguió... porque él sabía que ella nunca se rendiría por completo.

Ya se había hecho de noche y el cielo estaba bañado en el resplandor de las estrellas. No, nunca se bebería el frasco de vino. Haga lo que haga un ser, nunca puede negar su naturaleza esencial, y ella no podía negar la suya. Sí, probablemente muriese. Pero moriría intentando vivir.

Hizo inventario de sus posesiones. Todavía tenía el cuchillo, más opio y valeriana, su camisa de algodón y el vestido de lana. Entre los desechos del suelo de piedra había algo de hierba seca y unos cuantos trozos de madera. Seleccionó uno de los trozos de madera y le hizo una muesca. Intentaría llevar la cuenta de los días. Después apiló la hierba seca para hacer una cama. Un sorbo del vino no la mataría y probablemente acabaría con su jaqueca y le ayudaría a dormir.

Así que bebió un poquito, tapó la jarra y la apartó a un lado junto con el pan. De todas formas, tenía demasiadas náuseas como para intentar comer. Después se tumbó y se quedó dormida.

Regeane viajaba de noche y dormía de día. Intentó sacar de su mente a la mujer y ser sólo la loba. Matrona le había dicho que era posible y funcionaba la mayor parte del tiempo. Pero las cosas que había aprendido a través del oso la atormentaban.

Cerca de cada asentamiento humano, veía sombras. Un templo festivamente engalanado apareció en su mente mientras sus ojos observaban sólo ruinas; podía ver los ornamentos pintados en vivos colores y las estatuas con ojos de cristal, joyería de pan de oro y piedras semipreciosas. Carne cubierta de mármol, joyas de latón o cristal engastadas en las togas y los vestidos; las pintadas hojas de hiedra, alcachofa y acanto que decoraban los capiteles, y los frisos rojos y azules brillaban ante ella como si acabaran de ser creados y expuestos al sol.

A veces aparecía ante ella gente muerta hacía largo tiempo, pero éstos —por el contrario que otros fantasmas que había visto— ignoraban por completo su presencia. Así que encontró el camino que llevaba a la costa, tal y como Hugo había hecho, y

comprobó que la soledad le servía como fuente de renovación, cosa que Hugo no había hecho. Había vuelto a ser ella misma y lo sabía. Las críticas que le había hecho Maeniel ya no eran válidas. Era una cazadora competente y siempre encontraba algo para comer. Pescaba bien y con facilidad, incluso en los rompientes.

Las otras manadas de lobos ya no resultaban un problema, gracias a su experiencia con el oso. Usaría su sentido aumentado de posición temporal para investigar con rapidez la actividad de cualquier manada que se encontrase en las proximidades, con lo que después casi siempre podría predecir sus movimientos. Lo mismo podía decirse sobre las presas. Notar la presencia de un ciervo significaba saber dónde había estado las últimas horas y, por tanto, a menudo sabía hacia dónde iba.

Sus sentidos, preternaturalmente agudos por ser loba y humana a la vez, ahora abarcaban aún más. Mientras saltaba y bailaba en el rompiente cerca del campamento de Hugo, descubrió que podía sentir la presencia de todas y cada una de las criaturas vivientes: un banco de pequeños peces que lanzaba destellos a través de las sombras e intentaba ser más rápido que una barracuda; una docena de mejillones que se agarraban a las rocas en una pequeña charca creada por la marea; la oscura y fría inteligencia de algo que navegaba al borde de las profundidades. Hasta las efímeras y ligeras medusas, restos de naufragio llevados por las olas sobre la columna de agua, quedaban registradas en su conciencia.

Se volvió humana y nadó a lo largo de un gran banco de arena que se adentraba en el mar, dejándose llevar por las olas pulidas por la luz del sol. Después se acercó hasta la orilla, junto a un promontorio rocoso, y se comió unos crustáceos y un poco de pescado blanco antes de volver a convertirse en loba y dormir en una caverna de arena cerca de la desierta ciudad en ruinas en la que Hugo había tenido su fatídico encuentro con el oso.

Al día siguiente tendría que ser más cuidadosa, ya que se estaba acercando a los campos poblados de los alrededores de Roma.

Encontró una colina y desde ella examinó el paisaje llano y ondulado, observando y dejando que sus percepciones lo exploraran hasta encontrar una ruta segura. Después se acurrucó en una madriguera de tejón abandonada hasta que se hizo de noche.

Poco después del alba, saltó el muro de la villa de Lucila y se deslizó entre los bellos jardines de hierbas y flores cerca de su triclinio. Se alegró al ver a Dulcinia sentada en un banco con una taza de su té preferido.

Dulcinia levantó la vista cuando vio a la loba en el sendero, trotando hacia ella con aspecto amistoso.

—Un perro —murmuró—. No sabía que Lucila tuviera un perro... Eso no es un perro, es un...

Justo en ese instante, Regeane decidió asumir forma humana.

—Dulcinia, ¿podrías...?

Eso es todo lo que pudo decir, porque Dulcinia soltó un grito tremendo y se puso en pie de un salto. Regeane, con la mente humana todavía mezclada con la de la loba, escuchó pies que corrían hacia ellos desde todas las direcciones. Le arrebató el manto a Lucila y se envolvió con él en el preciso momento en que lo que parecía todo el personal de la villa descendía por el jardín. Al menos la mitad de ellos blandían armas o el objeto más pesado o afilado que habían encontrado a su alcance. Dulcinia se tambaleó hasta quedar apoyada en un tejo, con la mano en el pecho, intentando recuperar el aliento.

—Lo siento —dijo Regeane—. Pensé que Lucila te habría contado que puedo hacer... eso.

—¿Hacer qué? —chilló Dulcinia—. ¿Hacer qué? ¡No sabía que nadie pudiera hacer eso!

—Quieres decir que no te dijo...

En ese momento llegó una oleada de sirvientes, soldados y obreros de la granja que trabajaban en el campo, acompañados por unos cuantos extraños o viandantes que habían escuchado la conmoción y venían a ver lo que pasaba.

Era el momento de dar explicaciones.

—Creo que he sobresaltado a la señora Dulcinia —dijo Regeane, que intentaba sofocar la risa.

Dulcinia le dirigió una mirada fulminante.

—¿Sobresaltarme? Sí, supongo que darme un susto que casi me provoca un ataque al corazón puede ser descrito como sobresaltarme... pero no creo que la señora Regeane desee hacerme ningún daño.

Bajó la mirada hasta la copa de cristal rota sobre los adoquines.

—Si no contamos la copa de la señora Lucila, no ha pasado nada. ¿Podría alguien traerme un poco de vino, por favor? Siento la necesidad de tomar un reconstituyente.

Seguidamente, dejó su puesto en el árbol y, teniendo cuidado de no pisar los cristales rotos, se tambaleó de vuelta al banco y se sentó. Una de las doncellas barrió los cristales, recogiendo con cuidado las piezas y llevándoselas para ver si podían recomponerse. El cristal era valioso, un lujo para los ricos. Romper cristal era un asunto grave.

—¿Dónde está Lucila? —preguntó Regeane—. Vengo a verla. Recibí un mensaje pidiéndome que viniese a Roma.

Dulcinia se tragó media copa de vino.

—No está aquí. ¿Un mensaje? ¿Quién te dio un mensaje? ¿Has estado en contacto con ella? ¿Sabes dónde está? Si lo sabes, por todos los santos, dímelo. Todos están muy preocupados; hemos estado...

—Dulcinia, ve un poco más despacio. No, no sé dónde está Lucila y la persona que me dio el mensaje de que fuera a Roma es... es... Bueno, digamos que si la loba te trastornó, éste te hubiera puesto realmente...

—Temo preguntártelo —dijo Dulcinia—. Y llevas razón, no estoy segura de

querer saber cómo recibes la información. Llevas razón; estoy segura de que me inquietaría.

Regeane cogió otro vaso de la bandeja, se sirvió un poco de vino, le añadió unas gotas de agua y bebió con ganas.

—Dulcinia, necesito comida, ropa y descanso. Llevo en la carretera toda la noche. ¿Entiendes? Es más seguro viajar de noche.

La risa con la que Dulcinia le contestó rozaba la histeria.

—Oh, sí, por supuesto, mucho más seguro. Si te encontraras con alguien, matarlo y comértelo sería...

—Dulcinia. Yo nunca... bueno, sólo raras veces y casi siempre en defensa propia, casi siempre, de hecho una o dos veces no tuve otra elección, pero... Oh, por amor de dios, Dulcinia. Te lo explicaré más tarde. Pero yo nunca, absolutamente nunca, me he comido a nadie.

—Vaya, qué reconfortante.

—Para. Te estás vengando de mí por haberte asustado.

—¿Asustarme? Oh, sí, recuérdame que me mire en un espejo cuando entre en casa. Me gustaría saber si se me ha puesto el pelo blanco.

Regeane dio otro sorbo al vino con agua.

—Tu pelo no se puede volver blanco. Eso es un cuento de viejas.

—Sí, bueno, estoy empezando a reconsiderar todos y cada uno de los cuentos de viejas que he escuchado. Parece que esas viejas deben de saber algo. Mírate a ti. Pensaba que eras un cuento de viejas. —Dulcinia parecía indignada.

—Dulcinia, llévame hasta los baños. Necesito ropa, comida y también lavarme —sus cabellos estaban empapados de rocío, como también lo había estado su pelaje. Sacudió la cabeza y duchó a Dulcinia con las gotitas.

Dulcinia cerró los ojos y apretó los puños.

—Para. Me vas a volver loca. Me estás volviendo loca.

—¿Cuánto vino has tomado con el estómago vacío? —le preguntó Regeane.

—Demasiado. No soy bebedora. Creo que estoy un poco achispada pero ¿por qué te preocupa?

—Yo le añadí agua. Además, si me emborracho demasiado, siempre puedo cambiar a loba y volver a cambiar después a forma humana. Parece que sea lo que sea que hace que el vino sea vino simplemente se quema.

—Oh, Dios mío —dijo Dulcinia. Después se levantó, sin demasiada estabilidad y se llevó a Regeane.

Regeane se bañó. A Dulcinia se le pasó la borrachera y recuperó la templanza que antes había perdido. No era una persona rencorosa por naturaleza y cuando ambas mujeres salieron al jardín para desayunar, limpias y refrescadas, ya eran de nuevo amigas. Dulcinia informó a Regeane sobre todo lo que había pasado desde que abandonara Roma y, a cambio, Regeane le proporcionó un relato altamente adaptado de sus propias actividades.

Dulcinia le dijo a Regeane lo que había pasado tras la muerte de Stella.

—Intentamos seguir a Adalgiso pero perdimos su rastro en el bosque. Pensábamos que probablemente había cabalgado hasta la villa Jovis, pero está bien fortificada. Ansgar y Ludolf no quisieron intentar un ataque allí. Es prácticamente una ciudad y está repleta de hombres armados. Desde allí sería imposible saber hacia dónde iría, así que volvimos y Ansgar me envió a Roma. Rufus y él son amigos. ¿Recuerdas al Rufus de Cecilia?

—Oh, sí, claro —dijo Regeane—. Por supuesto que le recuerdo.

—Él le consiguió un salvoconducto a Ansgar para venir a visitar al papa. Creo que Ansgar va a cambiar sus lealtades.

—¿Culpa a Lucila de lo sucedido?

—Sí y no —dijo Dulcinia lentamente—. Dice que nada habría sucedido si ella no hubiese llegado y provocado a Stella, pero es un hombre justo y dice que Stella no debería haber sido tan tonta como para mandarle un mensaje a Adalgiso. Sabía tan bien como Ansgar que el hombre era idiota. Y eso es lo que ocurre cuando las mujeres se inmiscuyen en los asuntos de los hombres. Pero, en todo caso, Adalgiso debería haber tenido el suficiente sentido común como para no llevarse a Stella cuando fue a capturar a Lucila. Después, Eberhardt y Dagobert se comportaron de la forma más estúpida posible. Ambos murieron y Ansgar piensa que tanto mejor. Y si les hubiera puesto las manos encima, hubieron muerto de una manera mucho más dolorosa. Culpa a los hombres más porque dice que deberían tener más sentido común, pero también dice que tiene que asegurar el futuro de su hijo. Si tiene que jurar lealtad a Carlomagno para conseguirlo, lo hará. Y no pone objeciones a mi matrimonio con Ludolf, si él así lo desea, pero empiezo a pensármelo dos veces —Dulcinia comenzó a darle vueltas al elaborado anillo de rubí que llevaba en uno de sus dedos—. Verás, estoy embarazada y Ludolf dice que él no es de los que hacen bastardos. Quiere criar a su hijo en su ciudad.

—Quizá no ponga objeciones si el bebé es niña. Me refiero a que se quede en Roma —dijo Regeane.

Dulcinia se animó.

—No había pensado en esa posibilidad... que fuera una niña. Entonces puede que a Ludolf no le importara...

—Pero me importaría —dijo Ludolf mientras salía desde detrás de un pilar en el sendero que rodeaba el jardín de la villa. Se sentó y miró a Dulcinia.

—Ludolf, ésta es Regeane, una amiga de Lucila y mía. Está emparentada con la familia real franca y su marido es el señor de un ducado en los Alpes.

—Maeniel. Sí, lo sé. Es un honor conocerte.

—Gracias —dijo Regeane—. Lo mismo digo.

Ludolf se volvió hacia Dulcinia.

—Padre está con Adriano en estos momentos. Creo que llegarán a un acuerdo. Rufus no mantuvo en secreto su alegría ante la oferta de mi padre de unirse a él para

jurar lealtad al rey franco. Entre los dos, deberían poder rehabilitar las tierras sin cultivar que se encuentran entre los dominios de Rufus y los nuestros. Y sí, incluso si el bebé es niña, todavía querría teneros a ambas a mi lado. Puedo comprender algunos de tus miedos y dudas. Te has labrado tu propia posición independiente, algo que pocas mujeres consiguen, y no me gustaría arrebatarte eso. Pero el mundo está cambiando y nuestro pueblo, aunque recién nacido, parece que será próspero. Nuestra pequeña corte puede llegar a convertirse en un centro artístico y cultural y me gustaría que te quedaras conmigo para ayudarme a construir un lugar así.

—Querido mío —dijo Dulcinia—. ¿Estás seguro? Te quiero pero ¿qué diría el mundo de una unión así?

—Nada. O al menos nada que a nosotros, a cualquiera de nosotros, nos tenga que preocupar. Harán los típicos comentarios tontos que siempre hacen y nosotros viviremos juntos y, espero, muy felices —se llevó su mano a los labios y la besó—. No se gana si no se arriesga. Que no te asuste probar la vida.

Regeane sentía algo raro. Intentó apartarlo de su mente, pero crecía en intensidad. El jardín que la rodeaba estaba lleno de gente. Andaban en las sombras, pero la luz cambiaba de una cara a otra: una magnífica mujer de pelo oscuro vestida de seda rosa y con una corona; un hombre moreno con pelo espeso y rizado y cejas negras, frunciendo el ceño enfadado; un papa que llevaba el vestido más elaborado que hubiese visto nunca, de cara delgada, estética y también enfadado; un guerrero, con aspecto de ser más casto que el papa. Y entonces, bruscamente, antes de que pudiera ordenar toda la información, desaparecieron y ella se sentó junto a Dulcinia, mientras Ludolf todavía sostenía la mano de ésta junto a sus labios.

Y Regeane supo que el tiempo se había destruido a sí mismo de nuevo. Había visto... ¿qué?

Su viaje al otro mundo le había proporcionado poderes casi divinos, pero no tenían valor si no poseía el conocimiento concomitante de Dios. Todo lo que sabía tras la visión es que estas dos personas tendrían descendientes, pero no estaba segura de si serían de ambos o no. Se le había concedido el poder de ver por debajo del universo tranquilo y ordenado que mece la vida siguiendo una línea temporal desde el nacimiento hasta la muerte, pero distaba mucho de comprender el significado de sus visiones.

Susana, la doncella personal de Lucila, llegó justo en ese momento con aspecto apresurado. Era una mujer esbelta de pelo oscuro. Vestía las ropas negras habituales entre las ancianas de Italia. Al principio de conocerla Regeane se preguntaba por qué sería tan reservada, ya que apenas salía de la amplia vivienda de Lucila, hasta que vio que Susana tenía un labio leporino. Era posible operar tal defecto, pero dejaba a su dueño sólo pasablemente atractivo. Susana había sido rechazada el día de su boda por un pretendiente cuya familia pensó que bastaría con ofrecerle a su hijo un matrimonio acomodado y no tuvo en cuenta su reacción cuando viera a la chica.

—«No engendraré hijos con esa perra», fue lo que dijo —le contó Lucila a

Regeane—. El padre de Susana desenvainó la espada y lo mató en el acto. Entonces todas las partes se enzarzaron en una pelea... y durante la confrontación el padre de Susana fue asesinado.

»Adriano estaba presente. Tuvo que llamar a la guardia para detener la pelea y las dos partes culparon a la pobre chica, como si ella tuviera algo que ver con lo sucedido. Al joven bocazas deberían haberle enseñado mejores modales y, para empezar, no tendría que haberse sentido decepcionado. La familia de Susana no fue mucho mejor. Deberían haberse dado cuenta de que había que discutir abiertamente el pequeño problema de Susana antes del día de la boda. Pero, en cualquier caso, ella vino aquí y yo he salido ganando gracias a ella. Gestiona todo mi dinero y propiedades y ha doblado mi capital con el paso de los años.

Regeane sabía que las dos mujeres eran amigas y que Lucila tenía una gran confianza depositada en ella, pero Susana todavía se tapaba la parte inferior de la cara con su velo, incluso cuando hablaba con los íntimos de Lucila.

—Señoras, será mejor que me acompañen. Simona está aquí con alguien que debéis conocer y vos, mi señor Ludolf, acompañadme también, por favor.

Se levantaron y la siguieron hasta el *tablinum* de Lucila justo al lado de la fuente del atrio. Simona estaba allí de pie con una chica, Lavinia. Cuando Lavinia vio que se acercaba un guapo y joven guerrero con tres mujeres ricamente vestidas, empezó a retroceder. Regeane vio el mismo terror loco en su cara que había observado en algunos animales cuando se enfrentaban no a una amenaza mortal, sino a lo absolutamente desconocido. Afortunadamente, había una gruesa columna de mármol detrás de Lavinia. Topó con ella y se quedó paralizada.

—Id despacio —le dijo Regeane al resto. Andaban deprisa—. Está asustada y lista para saltar.

Sólo con mirar a la chica, la loba notaba el dolor y el miedo: miedo durante largo tiempo, dolor durante largo tiempo, tanto que habían destruido su habilidad para comer y hasta dormir con tranquilidad. Esta chica estaba tan asustada y tan cansada que parecía casi dispuesta a renunciar a la vida, tumbarse en algún lugar y morir. El resto, al sentir la extrañeza de la chica, redujeron la marcha, confundidos y temerosos de asustarla aún más.

Regeane saludó a Simona.

—¿Cómo estás?

—Muy bien, mi señora —se adelantó y besó a Regeane en la mejilla—. Pareces radiante. Dime, ¿te ha dejado en estado ya?

Regeane hizo una mueca.

—No, pero trabajamos duro para conseguirlo.

—Umm. Quieres decir que él trabaja duro para conseguirlo.

Ambas rieron.

—¿Y Póstumo? —le preguntó Regeane.

—Él y esa marimacho de Elfgifa están en la corte del rey inglés. ¿Puedes creerlo?

Mi hijo en la corte de un rey. Estoy contenta por él, pero le echo mucho de menos. Pero esa fulana de Silve está en cinta, así que imagino que pronto tendré a otro que criar. Ella no será lo que yo llamaría una madre devota. Demasiado ocupada contando las manos que le suben por las faldas para poder cobrarles después.

—Algo más que una mano debe haber subido por su falda. No he oído nunca que una mano haya hecho un bebé —dijo a su vez Regeane.

Simona volvió a reírse, después alargó el brazo y tomó la mano de Lavinia.

—Ven aquí. Habla con la señora Regeane. No te morderá. Por lo menos, no ahora —dijo riéndose entre dientes—. Bajo todas esas ropas elegantes sólo hay una mujer como todas las demás.

Regeane le ofreció la mano y Lavinia la tomó dudosa. La atrevida charla de Simona había servido para que la chica se sintiera un poco más segura. Regeane inclinó la cabeza ante Lavinia.

—Señora —dijo Lavinia.

Regeane podía sentir la tensión en la chica. Sólo con tocar su mano notó que temblaba como un pájaro enjaulado. Regeane la condujo delicadamente hasta un banco de mármol junto al estanque del atrio. Le pidió a Susana que trajera un poco de pan y vino.

—Ahora, chica —dijo Simona—, cuéntale lo que me contaste a mí.

Lavinia asintió. Su discurso parecía ensayado y Regeane pensó que probablemente lo habría repetido una y otra vez en su mente mientras yacía tumbada en zanjias, en ruinas desiertas en los claros de los bosques, o corriendo furtivamente a través de cientos de senderos y caminos apartados mientras intentaba esconderse de sus perseguidores.

—Conocí a una dama en la villa Jovis. Se llamaba Lucila. Le dije que era desgraciada allí pero que no tenía ningún sitio a dónde ir. Ella me dijo que si entregaba un mensaje de su parte en Roma, sus amigas Simona, Dulcinia y Susana, me ayudarían a encontrarme trabajo y un lugar donde vivir.

—Lo haremos —dijo Regeane—. Ella es Susana, ésa es Dulcinia, y su prometido, Ludolf, y ésta es, como ya sabes, Simona.

—Tenía que darte esto —Lavinia le entregó a Regeane el anillo.

Regeane se lo mostró a Susana.

—Es suyo. Adriano se lo regaló.

Lavinia asintió.

—El mensaje que me dio, no lo comprendo. Pero... —miró a Simona—. Quizá no me crean...

—Te creeremos —le dijo Regeane—. Sabemos que no podías llevar un mensaje largo ni complicado. Dinos lo que es y veremos si podemos encontrarle sentido.

Lavinia parecía más tranquila.

—Todo lo que dijo fue una palabra: Verona.

—Bien —dijo Dulcinia y después siseó. Su mirada y la de Ludolf se cruzaron.

—Sí —dijo él, llevándose la mano a la empuñadura de la espada.

—Adriano debe ser informado lo antes posible —dijo Susana.

—¡El papa! —exclamó Lavinia. Parecía dispuesta a morir de miedo allí mismo.

—Shh —le dijo Simona—. Eso no será responsabilidad tuya.

—Será mía y de inmediato —Ludolf besó la mano de Dulcinia de nuevo y se alejó caminando.

—Lucila tuvo éxito en su misión —dijo Dulcinia.

—¿Qué me decís sobre el lugar donde vivir y trabajar? Un trabajo que no incluya abrirme de piernas —dijo Lavinia con dureza.

—Te agradecemos mucho lo que has hecho, pequeña. No te puedes imaginar cuánto —le dijo Regeane.

—Sí —dijo Susana. Se sacó una cadena de oro que llevaba alrededor del cuello y se la puso a Lavinia—. Esto ya es tuyo. Y habrá mucho más después, una vez te hayas bañado y comido. En cuanto a un lugar donde vivir, quédate aquí. Lucila no querría que hiciese menos.

—Pero puede que me lleve algún tiempo encontrar trabajo.

—Eres huésped de Lucila y mía durante todo el tiempo que quieras —le dijo Susana—. Ahora ven conmigo. ¿Tenían baños en la villa Jovis?

—No para nosotros.

—Bueno, aquí sí tenemos... para todo el mundo.

Simona sacudió la cabeza mientras Susana se llevaba a la niña.

—Verona. Supongo que vosotros sabéis lo que significa.

—Lo sabemos —dijo Dulcinia.

Regeane salió del atrio y comenzó a bajar a toda prisa por el sendero bordeado de columnas.

—Para —dijo Dulcinia.

Regeane no le hizo caso.

Simona y Dulcinia la persiguieron.

Regeane llegó al jardín. Era la hora de la siesta. No había nadie. El vestido que llevaba cayó flotando. Simona y Dulcinia lo encontraron enredado en un arbusto cubierto de rosas blancas.

Nadie vio a la loba saltar el muro de la villa y desvanecerse en el paisaje de la tranquila tarde.

Lucila luchaba por sobrevivir dentro del agujero en el que había sido abandonada. Tras estudiar la reja del techo de la celda, descubrió que podía empujarla lo bastante como para sacar una mano fuera, pero no se abría más, ya que ambos extremos estaban asegurados con cadenas y cerrojos. Las bisagras del otro lado estaban nuevas y bien apretadas.

Ella sabía abrir cerraduras, pero quienquiera que fuese que la había puesto allí

había previsto esa posibilidad. Los ojos de las dos cerraduras estaban atrancados con madera. Probablemente un palo o una rama empujada hacia el interior del agujero, clavada y después rota.

Se arrastró rodeando las paredes, examinándolas. El único punto débil que pudo encontrar era que uno de los extremos de la celda estaba excavado en la colina. En el extremo más alejado, podía ver lo bastante como para saber que el suelo descendía y que probablemente no habría más de metro o metro y medio de suciedad entre ese extremo de la celda y la colina. Consideró todas las posibilidades y después comenzó a cavar metódicamente.

Una tarea descorazonadora. El terreno por ese lado estaba completamente seco y tenía prácticamente la misma consistencia que una piedra. Además, estaba lleno de desechos de todo tipo: madera, cuencos de barro rotos, trozos de ladrillo. Su cuchillo comenzó a desgastarse con rapidez. Se quedó consternada cuando la punta se rompió al chocar con un pedazo de mármol.

Ya estaba cansada y todavía le dolía la cabeza. Se sentó en la columna rota y lloró. Se secó los ojos cuando se le ocurrió que las lágrimas gastaban una pequeña parte de la reserva de agua de su cuerpo. Sabía, gracias a la amarga experiencia, que se podía sobrevivir largo tiempo sin comida, pero sólo un periodo muy breve sin agua. Si no tenía suerte con su excavación, sólo le quedarían unos tres días de vida. La sed ya la empezaba a atormentar. Tomó un sorbo del vino con opio y se controló para que fuese pequeño. Después se sentó en silencio sobre el tambor de la columna con la espalda contra la pared y cerró los ojos.

El opio acabó con su dolor de cabeza y la calmó. Se descubrió estudiando la basura que ya había arrancado de la pared. La pieza de mármol parecía parte de un mortero. La maja.

Se arrastró hasta ella y la examinó. Estaba al lado de un trozo de madera y varios fragmentos de cerámica variada. Le sacudió la suciedad a la madera golpeándola contra el tambor de la columna; la suciedad cayó y vio que el objeto tenía forma de taza. Probablemente antes sirviera para sostener la pata de una mesa, pero podía ser un contendedor pasable. La dejó a un lado cuidadosamente. Era primavera y las grandes lluvias eran habituales en la región. Puede que ninguna llegara a tiempo, pero podría hacerlo, y una taza serviría de ayuda. Ahora, en cuanto al bloque de mármol... Lucila frunció el ceño y sus ojos se estrecharon. Una media hora después tenía varias piezas de mármol del tambor de la columna. Una de ellas sería una excelente herramienta para cavar; varias tenían bordes tan cortantes como los de un cuchillo. Con ellos pudo cortar el pan duro en trozos lo bastante pequeños como para poder masticarlos.

Al anoecer, cenó unos cuantos trocitos de pan duro y unos cuantos sorbos de vino. Consiguió sosegarlo bastante para dormir sobre la cama de hierba seca.

El día siguiente fue como el primero, salvo por el hecho de que estaba más débil y más sedienta. Del vino con opio sólo quedaban los posos. Entrada la tarde se le hizo

imposible seguir cavando. Se tumbó sobre la cama de hierba y se preguntó si lo único que sus esfuerzos habían logrado era condenarla a morir agonizando de sed.

El segundo día por la mañana había comenzado a marcar el tiempo en un palo. Miró las muescas y contó: cinco. Había estado allí cinco días. Intentó recordar si había contado el primer día o si había comenzado la cuenta en el segundo, pero no pudo recordarlo y se enfadó consigo misma por su falta de agudeza mental. Después se rió en silencio por ser tan tonta al pensar que eso importaba algo. No podía reírse con más fuerza porque tenía los labios agrietados y la lengua se le empezaba a hinchar.

Esa tarde, con un guijarro, consiguió extraer saliva de su reseco cuerpo y escupirla en la jarra para soltar los últimos posos. Se quedó dormida, porque había bastante opio concentrado en el fondo como para tumbar a un caballo, así que durmió, pero cuando se despertó por la mañana tenía una sed atroz y la lengua tan hinchada que le empezaba a sobresalir de la boca.

Pudo abrirse una vena en el dorso de la mano con uno de sus improvisados cuchillos y beberse la sangre. No servía de mucho, pensó, pero al menos le alivió un poco el dolor de la boca y la garganta.

Siguió cavando durante un rato por simple tozudez y para mantenerse ocupada y evitar pensar en el inevitable fin de su lucha. Pero, de nuevo, cuando llegó la tarde estaba demasiado cansada para seguir. Había una última forma de sacar un poco más del opio apelmazado en el fondo de la taza y, despreciándose a sí misma por necesitar la droga para borrar sus sufrimientos, utilizó su propia orina.

La horrible mezcla le quemó la boca, pero consiguió dormirse. Cuando se despertó estaba oscuro. Tanteó en la oscuridad en busca del cuchillo, pero no pudo encontrarlo. Ya no le quedaban fuerzas para buscar. Dentro de su agujero la oscuridad era completa y se preguntó si se habría quedado ciega, pero después consiguió ver unas cuantas estrellas.

Cerró los ojos de nuevo y pensó sobre la muerte. No rezó. No suplicó ni imploró ante el obispo por su vida y tampoco haría semejante cosa ante Dios. Había llegado hasta allí con una intención cruel. Lo había sabido cuando empezó. Y si Dios la había juzgado indigna de asistencia, se lo podría decir muy pronto. Si no había Dios... Recordó lo que Sócrates dijo sobre la muerte antes de tomar la cicuta. Quizá fuera sólo un sueño eterno. Si era así, no lo consideraba algo malo, ya que nunca había oído a nadie criticar la experiencia de un sueño largo y reparador. Así que, ¿por qué iba a tener miedo de una siesta eterna?

No había por qué. El hombre estaba en lo cierto. Era lo que Lucila opinaba cuando leyó los *Diálogos* por primera vez y lo seguía pensando. Por la mañana, cuando llegara el día, encontraría su cuchillo. Sabía en qué lugares el pulso pasaba más cerca de la piel, en el codo y cerca del pulgar. Un corte decidido abriría un vaso sanguíneo en ese lugar y a ella no le faltaba decisión. Y todo acabaría. Después de pensarlo, se estiró, se relajó y volvió a quedarse dormida.

Esa noche llovió.

Hasta los cielos parecían llorar por el rey lombardo. Carlos persiguió a Desiderio a través de un campo bajo la lluvia mientras los aguaceros de primavera caían sobre las tierras bajo los Alpes. Carlos mantuvo a su ejército en orden. Cabalgaba por delante bajo estrecha vigilancia de sus mejores hombres a caballo. El grueso de los famosos *scarae* les seguía, protegiendo a las columnas de a pie, y otro contingente avanzaba trabajosamente en la retaguardia con los carromatos de suministros.

Maeniel y unos cuantos y selectos guerreros ocupaban un lugar de honor junto a Bernard, el tío de Maeniel, en la vanguardia. El hecho de que dos de los guerreros fueran mujeres inquietaba a algunos de los cortesanos de Carlos, pero ninguno deseaba realmente enfrentarse a Silvia o a Matrona.

Durante el tiempo que pasaron en el campamento, Gavin se había dedicado a revolcarse en la comodidad de los carromatos y sus excesos —sexuales, gustativos y alcohólicos— eran ya legendarios en ciertas secciones de la corte. Pero había tenido que pasar por muchos lavados, fumigados, cambios de lobo a humano y viceversa para librarse de un gran surtido de pulgas, piojos —de siete variedades distintas— e incómodas enfermedades sociales contraídas durante sus peregrinaciones entre las damas y caballeros de vida alegre.

En estos momentos Matrona no se hablaba con él. Silvia tampoco.

El viaje no resultaba cómodo y llevaba lloviendo a ratos durante toda la mañana. El viento les daba de cara. Casi todos vestían malla. Tenía que ser acolchada y el relleno estaba realmente empapado.

Maeniel contrajo su piel de forma decididamente poco humana para sacudirse el agua de los brazos.

Gavin dio un sorbo de una jarra y se la ofreció a Maeniel.

—Realmente deberías probarlo, mi señor. Es estupendo. Lo he estado bebiendo desde anoche y no puedo sentir absolutamente nada.

Maeniel lo olió y decidió que Gavin debería estar muerto. Beber eso debía matar a cualquiera en poco tiempo.

—Se lo compramos a un viejo en una granja de las montañas. Primero hace vino de nabo. Después lo congela, tira lo que no se congela, añade algunas hierbas y...

—Se mea en él —dijo Maeniel.

—Oh, eso es sólo para meter los hongos —le dijo Gavin—. Si los remojas, se pone demasiado fuerte.

Maeniel se lo creía, sólo con oler el aliento de Gavin le lagrimeaban los ojos. El contenido de alcohol era simplemente increíble y el aroma a valeriana, muérdago, beleño y un par de gotitas de opio era apestoso.

—Tengo que acordarme del nombre del viejo para poder volver y conseguir un poco más —comentó Gavin—. Resulta agradable en los días de lluvia.

En ese momento, Arbeo llegó al galope. Frenó junto a Audovald y gritó:

—La caravana con el equipaje está siendo atacada.

Carlos no parecía muy preocupado.

—Querrán frenarnos. ¿Puedes encargarte de esto, señor Maeniel?

Maeniel movió la cabeza.

—Sí.

Silvia y Matrona le siguieron hasta la caravana del equipaje. Cuando llegaron todo estaba revuelto. Habían herido a un hombre y dos de los bueyes que tiraban de los carros de provisiones estaban muertos.

Silvia saltó del caballo y se unió a los sirvientes para ayudarles a cortar los arcos de los bueyes muertos y arrastrar el carro a un lado para evitar que bloqueara el camino. A un tipo musculoso parecía no gustarle mucho recibir órdenes de Silvia, pero cuando ella cogió a uno de los bueyes por las patas y arrastró el enorme cadáver hasta un árbol (su intención era despellejar y destripar a la bestia para salvar la carne, pero primero iba a colgarlo usando para ello una sola mano) todos decidieron que la discreción era mejor que el valor a la hora de tratar con Silvia. Maeniel no creía que fueran a causarle problemas. Así que él y Matrona se alejaron en persecución de los atacantes.

Aunque habían salido de las montañas, el paisaje era todavía abrupto, con multitud de afloramientos rocosos, altas colinas, profundos barrancos y pequeños valles fluviales. Cruzaron un valle estrecho atravesado por un arroyo y se detuvieron en la ladera de una colina aún más alta.

—Robert —dijo Maeniel—. Y creo que el capitán de Desiderio, Antonius me dio su nombre... Nirvardd. Saben lo que puedo hacer.

—Ummm —dijo Matrona—. Cabalga hasta lo alto de la colina.

Maeniel lo hizo.

El arroyo que acababan de cruzar desembocaba en un afluente del enorme Po. Fluía a través de un valle densamente poblado de árboles bajo la colina. Desde el interior del bosque, cerca del agua, Robert y Nirvardd le observaban.

—Dios mío —dijo Robert.

—¿Sabes lo que puede hacer? —le preguntó Nirvardd.

—Oh, sí, él y su esposa. Pero está demasiado lejos para una ballesta y, de todos modos, no...

—No, no, no —dijo Nirvardd—. No estaba pensando en eso. Es sólo que no me gustaría tenerle detrás.

—¡Dios, no! —dijo Robert—. Iremos al río. Ni siquiera los perros de caza pueden... Se marcha.

A una señal de Matrona, inaudible para los humanos, Maeniel dio la vuelta al caballo y regresó por donde había llegado. A Silvia no le iría mal que la ayudase con

los bueyes.

Nirvardd y Robert siguieron cabalgando y nunca vieron a la loba negra que les observaba entre las sombras.

Entrada la noche, Maeniel estaba sentado delante de una copa de vino, hablando sobre asuntos de estado con Antonius. El resto de la manada había elegido su habitación como dormitorio comunal. Estaban tirados con abandono sobre las alfombras persas, las sábanas de seda y el sofá plegable. Cuando estuviera cansado, los de la cama le harían un sitio. Todos menos Gavin, que estaba dormido en el suelo bajo la mesa.

Antonius vio algo que se movía por el rabillo del ojo, miró hacia allí, y vio que Gavin se había convertido en lobo de nuevo.

—Se está volviendo descuidado.

—Lo sé —dijo Maeniel—. El otro día cuando cenaba con el rey, alguien comentó que yo tenía muchos perros en el campamento.

—Sí —contestó Antonius—. El otro día Joseph me dijo que era demasiado molesto cambiar sólo para salir por la noche a vaciar la vejiga. Que además hacía frío y que la piel de lobo era mucho mejor —puso los ojos en blanco—. ¿Qué le dijiste a la persona que hizo el comentario?

—Que no molestase a mis perros. Que eran peligrosos —dijo Maeniel—. Perros de guerra. Entrenados para matar. Como nuestros caballos, entrenados para la batalla.

Antonius se rió entre dientes.

Matrona entró en la tienda. Antonius dio un respingo, aunque él y Maeniel habían estado esperando su llegada. Llevaba un vestido largo de seda pura. Era rojo y llevaba violetas y acantos bordados en oro y flores de cardo bordadas en plata.

—Eres —dijo Antonius— simple, asombrosa e increíblemente bella.

—Gracias, me complace que lo pienses. Estaba buscando un entretenimiento. Ese idiota... —echó una mirada rápida a Gavin— no merece la pena en estos momentos. El rey está ocupado y el sajón todavía vaga por el bosque. ¿Qué me dices, quieres compañía esta noche?

—Mi señora, sería un honor y un gran placer contar con su presencia en mi cama.

Matrona alargó la mano.

Antonius se la besó.

—Esperemos que así sea —dijo ella.

—Creo que lo puedo garantizar —respondió él—. Llevo célibe algún tiempo.

Matrona ronroneó como un gran gato.

—Oh, sí —dijo Antonius.

Después ella se volvió hacia Maeniel.

—Es como pensabas. Nirvardd y Robert. Cuando me fui dormían el sueño de los justos. Creen que están siendo listos y, para ser humanos, lo son. Los dos tienen al

menos cierto carácter y están intentando sublevar a los campesinos en contra de Carlos. Se mueven por el campo, recogen hombres, organizan una incursión. Después la banda se disuelve y Nirvardd y Robert siguen solos, para evitar ser capturados fácilmente. Entre una cosa y otra podrían causarle muchos problemas a Carlos.

Maeniel miró a Antonius.

—No ha mandado ninguna partida de reconocimiento, cuelga a los desertores y flagela a los que se pierden. Creo que puede estar pensando lo mismo que nosotros.

Maeniel asintió.

—Vayamos a por ellos.

Antonius se levantó, su manto cayó al suelo y dejó ver que estaba armando.

—¿Me necesitáis? —preguntó Matrona.

—No necesariamente —dijo Maeniel. Dio un aullido grave y Gavin se despertó. Bostezó con ganas y después levantó el hocico al cielo.

—No lo hagas —dijo Maeniel.

Gavin se detuvo y después se sacudió con tanta fuerza que las orejas se le movieron a un lado y a otro.

—Te necesito como hombre —dijo Antonius.

De nuevo se produjo un extraño parpadeo y Gavin, desnudo, comenzó a arrastrarse para salir de debajo de la mesa.

—Es guapo —dijo Antonius.

—Apesta a mujeres, bebida, drogas y al sudor que acompaña a la bebida y al sexo, además de a algunas otras cosas realmente desagradables que sólo un humano se podría comer. A lo que hay que sumarle las últimas cuatro o cinco mujeres con las que se acostó, por no mencionar los dos o tres carromatos de alterne que ha visitado. ¿A qué viene eso de que Gavin es guapo? —le preguntó Matrona—. ¿Te gustan los hombres?

—Digamos que creo que puedo ser como la Madre en ese aspecto. Tengo fama de no rechazarlo si surge la oportunidad.

Gavin era guapo, pensó Maeniel. Tenía el pelo rojo y la piel blanca de la mayoría de los pelirrojos. Era nervudo más que imponente, pero tenía una constitución elegante, un cuerpo esbelto y muy muscular, unos rasgos bien definidos y unos ojos magníficos.

Gavin estaba sentado en un banco, atándose el taparrabos y poniéndose las calzas. Se detuvo y miró a Antonius.

—¿Cómo es? —le preguntó—. Nunca lo he probado.

Antonius sonrió lentamente. Sabía que la mayoría de los tabúes humanos no significaban nada para esta gente.

—Puede ser placentero. Ven conmigo alguna vez y te lo mostraré. Pero ahora deberás aceptar mis disculpas. Tengo una oferta algo mejor.

Gavin miró a Matrona airadamente.

—Sin duda alguna —dijo mientras comenzaba a abrocharse los pantalones de

montar.

Matrona se rió.

—Iré como loba.

Unas cuantas horas más tarde, Maeniel conducía a Nirvardd y Robert hasta el interior de su tienda y los sentaba a la mesa. Resultaba difícil, porque ambos hombres estaban atados, con las manos en la espalda y cuerdas alrededor del cuello. Antonius se sentó en un extremo de la mesa y Matrona entró vestida con el mismo vestido escarlata.

Los huéspedes no entraron tranquilamente.

Nirvardd había luchado, haciendo todo lo posible para que Maeniel le matara, pero Antonius le había cogido con un lazo con la correa envuelta en piel flexible. Un vendaje ensangrentado alrededor de la cabeza le cubría un enorme moratón y un corte en un lado de la frente.

Robert había huido, pero Matrona le alcanzó.

Aterrizó sobre su espalda, descargando sus ochenta kilos de peso sobre el hombre. Robert bajó dando traspies por la empinada ladera, se estrelló contra un tronco de árbol y se rompió dos costillas. Seguía intentando luchar, pero Maeniel ya había llegado hasta allí y lo redujo.

—Os traje aquí porque quería hablar con vosotros —le dijo Maeniel a la pareja.

Robert soltó una carcajada de pura mofa y descubrió que tenía la boca llena de sangre. La nariz también estaba rota. Se dio la vuelta para escupir y vio que el suelo de lona de la tienda estaba cubierto con una alfombra, una alfombra de seda. Estaba demasiado bien educado como para escupir en una alfombra de seda.

Matrona se levantó y le ofreció un retal de lino. Él escupió y después ella le echó la cabeza hacia atrás para ponerle una tela limpia húmeda en la nariz. Le masajeó la mejilla con los dedos.

—Quédate quieto —le dijo Matrona—. Nadie quiere haceros daño. No somos hombres y, por tanto, no somos crueles. Si mi señor Maeniel os quisiera matar, habríamos acabado con vosotros esta tarde.

Los dedos de Matrona y su voz obraron la misma magia utilizada con Otho. Robert se tranquilizó. No le dolía tanto la nariz y había dejado de sangrar. Ella dio unos pasos atrás y volvió a su asiento. Robert pudo respirar y colocar su cabeza en un ángulo normal.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó.

—Porque le estáis ofreciendo la más absoluta lealtad de vuestros muy valerosos corazones a un hombre que no se la merece, Desiderio —les dijo Maeniel.

—Es mi rey —respondió Nirvardd.

—Es el señor a quien debo obediencia —dijo Robert.

—¿Conocéis al obispo? —les preguntó Maeniel.

—Ebroin, ése era su nombre cuando servía en el ejército —dijo Nirvardd—. Sí,

por supuesto que le conozco. Crecimos juntos.

—¿Robert? —preguntó Maeniel.

—Le conozco. Me enseñó las letras. Tenía una escuela para todos los chicos del pueblo. Mi madre me envió. Es muy necesario saber leer y escribir si tienes un negocio. Era un buen amigo de la familia. Tenía un rango superior al nuestro, pero visitaba a mi madre a menudo en los buenos tiempos.

—Desiderio le colgó —dijo Maeniel.

—No —gritó Nirvardd—. No haría, no podría hacer algo así.

—No —dijo Robert, pero por su expresión se diría que acababa de recibir un golpe.

Maeniel sacó su daga, se levantó y cortó las cuerdas que ataban a ambos hombres. Después les quitó los nudos corredizos que tenían alrededor del cuello.

—Id —dijo mientras señalaba la entrada de la tienda—. Volved a Pavía y comprobad si miento. Todo lo que os pido es que evitéis llevar a cabo cualquier acción en contra del rey franco antes de hacerlo. Robert, ¿dónde está tu madre?

Robert palideció.

—Dejó la ciudad, al menos eso es lo que me dijo. Que huiría a Turín y se quedaría con unos amigos. ¿Por qué?

—Había cinco en la horca. Uno era el obispo, el segundo era Benignus, la voz de la ley; al otro no lo conocía, pero el quinto era una mujer.

—Benignus es sagrado —dijo Robert—. Dañar a un representante de la ley es una abominación. No aceptan dinero, para así ser libres y aconsejar a la gente de forma honrada.

—Aparentemente el representante no era sagrado para Desiderio —dijo Maeniel. Después miró a Nirvardd y vio que el hombre lloraba con los ojos abiertos y las lágrimas le oscurecían la barba gris.

—Era uno de mis mejores amigos —dijo Nirvardd destrozado—. No puedo recordar los días en los que no lo conocía. Si lo que dices es verdad, mi rey es un monstruo.

—Es cierto —dijo Maeniel—. Ojalá no lo fuera.

—¿Cómo has podido estar allí y volver tan rápido? —preguntó Nirvardd.

—Ya viste lo que hice en la iglesia. Para uno de nosotros, la distancia es menor una vez pasadas las montañas. Fui a Pavía de nuevo. Esta vez no me capturaron. Puedo pasar a través de los lugares habitados por el hombre como si fuera humo o viento. Estaba preocupado por tu madre. Por lo que pude ver, tu casa estaba vacía. Los ratones estaban hambrientos pero no pudieron decirme nada más.

—Los ratones no son muy listos —dijo Matrona—. Su capacidad de observación es limitada.

—O no están diciendo todo lo que saben —dijo Antonius.

—Estamos destrozados por la tristeza y vosotros gastando bromas —dijo Robert.

—No son bromas. Es cierto que estaba buscando a tu madre y que me tomé la

molestia de sobornar a los ratones con un pequeño botín de comida. Pude conseguir ropa en el pueblo y aproveché la oportunidad para moverme en forma humana —dijo Maeniel—. Nirvardd estaba en la iglesia; pero tú nos viste atrapar a los criminales. Ambos sabéis lo que podemos hacer. Os oímos hablar sobre nosotros ayer. Veíais el sol con tanta claridad como nosotros os veíamos a vosotros escondidos entre los árboles.

—¿Matrona estaba allí? —preguntó Robert.

—Era loba —dijo ella.

—Venid conmigo a ver al rey —dijo Maeniel—. Pagamos nuestras deudas. Fuisteis amables y hospitalarios con mi esposa y, cuando llegó el momento, intentasteis ayudarme. Os recomendaré ante él. Le he prestado un gran servicio y me escuchará. Si no queréis ver a Carlos, os devolveremos los caballos y os podréis ir, pero la próxima vez que atacéis las caravanas de mercancías... El rey me pidió que pusiera fin a las incursiones —Maeniel golpeó duramente la mesa con la palma de la mano produciendo un fuerte crujido—. Y lo haré.

Unas cuantas horas más tarde fueron a ver a Carlos. Cuando entraron estaba con Bernard y varios hombres encargados del abastecimiento de suministros. Los despachó a todos salvo a Bernard al ver entrar a Maeniel y a los otros.

—Éstos —dijo Maeniel— son los hombres que han estado atacando nuestros carros de suministros. —Señaló a Robert y a Nirvardd.

Carlos asintió.

—Así que la pregunta obvia es, ¿por qué no están ni cubiertos de cadenas, ni colgados, ni muertos?

—Con vuestro permiso, mi señor —dijo Maeniel—, me gustaría que Antonius respondiese a esa pregunta.

—Por supuesto —dijo Carlos—. Su majestad se siente honrada. Antonius siempre se muestra obsequioso en sus elogios a mis palabras y obras. Así debían de hablar los oradores que una vez se dirigieran al antiguo senado romano cuando colmaban de alabanzas a los conquistadores del mundo. Me haces sentir como si ya estuviera muerto, Antonius.

—Dios me libre, vuestra majestad —dijo Antonius—. Sería más acertado decir que me equivoco al ofrecer mi indigno arte en honor de aquéllos cuyas obras son de una magnificencia tal que consiguen que todas las alabanzas vulgares resulten superfluas.

Bernard estalló en carcajadas.

—Sobrino, no puedes ganar. Él siempre te superará.

Carlos sonrió.

—¿Qué pasa esta vez, Antonius?

—Mi señor, creo que a todos los efectos salvo en el nombre sois ya el conquistador del reino lombardo. Llegaremos a Pavía mañana y, aunque Desiderio espera poder resistir un sitio, no ofrecerá más resistencia.

Carlos asintió.

—Desiderio es listo. Espera que el hambre acose a vuestras tropas tanto como a su ciudad —continuó Antonius.

—Sí, por esa razón estamos celebrando este encuentro. Nos preocupa el asunto de los suministros.

—Tiempo atrás —dijo Antonius— existió otro gran hombre que dirigió a un ejército contra Italia. Su nombre era Aníbal de Cartago, un comandante de prestigio.

—La carrera del gran cartaginés no se me ha pasado por alto —interrumpió Carlos—. Ve al grano.

—El grano es que ganó todas las batallas que libró menos la última —dijo Antonius.

—La única victoria que resulta absolutamente necesaria para cualquier comandante —dijo Bernard.

—Exactamente —dijo Antonius—. Y, ¿sabéis por qué perdió?

—Picaré —dijo Carlos—. ¿Por qué?

—Porque el brillante cartaginés era conocido tanto por su crueldad como por sus proezas militares —respondió Antonius—. Al final las ciudades de Italia le temían como a la misma muerte y prefirieron apoyar al demonio conocido, Roma, en vez de enfrentarse al demonio por conocer.

Carlos asintió.

—Mi señor Maeniel trae a estos dos valientes hombres ante vos. No porque os teman, sino porque el rey de Pavía les ha traicionado a ambos de forma imperdonable.

—Lo sé —dijo Carlos—. Colgó a su obispo Ebroin. Pensé que esa acción podría hacer disminuir su popularidad. Ebroin estaba emparentado con la mitad de la nobleza lombarda.

—¿Fue mi madre asesinada? —interrumpió Robert.

—No —dijo Carlos—. Y no pongáis cara de sorpresa, Maeniel. Tengo fuentes de información independientes en Pavía —se volvió hacia Robert—. Tu madre se libró de la atención del verdugo de Desiderio. No sé hacia dónde se dirigió, pero ya no está allí. Nirvardd, ¿de verdad deseas entrar a mi servicio?

—Sí, pero no solo. Me gustaría que Robert viniese conmigo.

Carlos se volvió hacia su tío Bernard.

—Puedo usarlos a ambos —dijo Bernard—. Casi todos los cachorros aristocráticos que me envías son tan ignorantes como cualquier terrón de barro de los que arrancan los arados. No me vendrían mal dos hombres experimentados que pueden leer y escribir y saben algo sobre asuntos militares. Los grandes terratenientes escucharán a Nirvardd y... —Bernard dudó. No era hombre de gran delicadeza. Robert no era noble.

—Sí —dijo Nirvardd—. Pero habrá otros que escucharán a Robert, otros para quienes tú y yo no somos más que un par de nobles vagos que intentan recoger

plumas para sus propios nidos.

Bernard dio un gruñido de aprobación.

—Entonces que así sea —dijo Carlos—. Ambos se unirán a los *scarae*.

—Vamos —dijo Bernard al tiempo que se levantaba—. Os encontraremos un lugar donde quedaros y os presentará al resto de los chicos.

—Maeniel, deseo hablar contigo —dijo Carlos.

Esperó hasta que los otros se marcharon y sólo Antonius y Maeniel quedaron en la estancia. Carlos abrió su cartapacio y le entregó un pequeño trozo de papel a Maeniel. Maeniel fue hasta la puerta de la tienda del rey y lo miró a la luz. El papel estaba enrollado y arrugado.

Gerberga, la esposa de vuestro difunto hermano, está en Verona. Regeane ha ido hacia allí.

—¿Es ésta la letra de Adriano? —preguntó Carlos.

—Lo es —respondió Antonius—. Las palomas.

—Sí —dijo Carlos—. Fueron criadas en Ginebra. Tomé la precaución de hacer que le mandaran dos docenas de ellas al papa. Un mensajero especial me trajo esto esta mañana.

—¿Me necesitaréis para algo más? —le preguntó Maeniel.

—No.

—Entonces, iré a Verona antes de que anochezca —dijo Maeniel—. Hablad con Matrona o, si no está presente, con Antonius.

Maeniel dejó la habitación apresuradamente.

—No pidió permiso para retirarse —señaló Carlos.

—¿Ayudaría que os rogase vuestro perdón? —le preguntó Antonius.

—No —dijo Carlos—. No ayudaría en absoluto.



12

Lucila soñaba y en el sueño una mujer sin rostro le ofrecía una copa de agua fresca. Nunca había disfrutado de un sabor tan dulce. Cuando se despertó, la lluvia chorreaba a través de la reja directamente hasta su boca. Lucila se puso de pie bajo la rejilla, con la boca y los brazos abiertos para recibirla y bebió hasta hartarse. Después pudo capturar más líquido en la jarra que antes contenía vino drogado y en todos los demás contenedores que pudo improvisar usando los fragmentos de cerámica descubiertos en sus días de excavaciones.

Al amanecer la lluvia cesó, barrida al pasar de largo el frente atmosférico que había traído el aguacero. Entonces, tras apartar sus preciados contenedores de agua de la reja y colocarlos en un lugar donde no les diera el sol durante el día, Lucila se tumbó en su cama de hierba y se quedó dormida sin ninguna ayuda.

Cuando se despertó era por la tarde. Se quedó tumbada en silencio con los ojos cerrados unos instantes, pensando. Ahora tenía esperanza y la esperanza puede ser tan cruel como la tortura si no se cumple. Luchó consigo misma para no ser tan optimista, porque no cabía duda de que si el obispo y sus secuaces descubrieran que había sobrevivido durante tanto tiempo enviarían a alguien para matarla. Al cabo de un buen rato se sentó y comprobó los contenedores de agua. Había cuatro. La taza de madera, un cuenco roto, un pedazo de cerámica cóncavo que había formado parte de algo mucho más grande y la jarra de arcilla en la que había estado el vino.

En el extremo más alejado de la celda, una depresión en el suelo había acumulado un charco bastante grande. Se arrastró hasta él y bebió. Después se recogió el pelo con una tira de tela arrancada del dobladillo del vestido de lana, cogió sus herramientas, se arrastró de vuelta a la esquina y comenzó a cavar.

Cuando oscureció demasiado para seguir avanzando, se arrastró de nuevo hasta el charco, bebió de él, hizo otra muesca en el palo de los días, se tumbó y se quedó dormida.

Por la mañana el charco se había secado, así que bebió del cuenco roto y después del pedazo de cerámica. Por lo demás, el día transcurrió de igual forma que el anterior, salvo que hacía un poco más de frío. Pudo trabajar un rato mayor. Las ampollas de las manos ya se habían roto y rezumaban sangre. Se la bebió, reacia a dejar que cualquier tipo de líquido o alimento se malgastara.

El octavo día ya sólo quedaba agua en la jarra de vino. Bebió de ella frugalmente porque estaba empezando a sentir verdadera esperanza. Ahora cavaba en tierra limpia y estaba húmeda, blanda y desmenuzable. Encontró raíces por primera vez. Y estaba segura de que se acercaba a la superficie de la colina.

Esa noche llegó Adalgiso.

La luna llena ya había salido cuando le escuchó susurrar justo al otro lado de la reja.

—¡Lucila! Lucila, ¿estás viva? El hombre al que soborné me dijo que estarías muerta y apestando, pero no puedo oler nada.

Al principio Lucila pensó que su mente estaba jugando con ella, ya que acababa de despertarse. Pero tras escuchar su nombre cuatro o cinco veces, supo que él estaba realmente allí.

—Lucila, por favor, si estás viva, respóndeme.

Sonaba como el mismo quejica de siempre; sintió un estremecimiento de pura rabia que le hizo temblar todo el cuerpo con una necesidad absoluta de matarle allí mismo. Y entonces la parte más cautelosa de su mente susurró *Chica, no seas tonta, porque ésta puede ser tu única oportunidad*. Su ira se desvaneció bajo la superficie de la consciencia y buscó en su mente las instrucciones para jugar esta partida.

—Sí —susurró.

—Dios, sí, estás viva. Sabía que no te rendirías tan fácilmente como decían.

De nuevo la ira sacudió su calma y la furia hizo que la oscuridad bajo sus párpados se volviera escarlata.

—Lo estoy, pero sólo apenas —respondió—. Consígueme algo de comida, algo de agua. Si no hubiese llovido hace dos noches, ya estaría muerta.

Él introdujo algo por la reja. Vino en una jarra de barro, una servilleta con unas cuantas rebanadas de pan, algo de queso y —bendición entre las bendiciones— una salchicha dura. Se arrodilló para beberse el vino y desgarrar el duro pan con los dientes.

—Lucila, tienes que ayudarme.

Durante un segundo, Lucila casi se rió. Dios, era un niño. Ella... ¿ayudarle?

Mejor averigua lo que le pasa.

—¿Por qué? —le preguntó entre bocado y bocado.

—Carlos ha pasado las montañas y ha sitiado a mi padre en Pavía. Se dice que las grandes familias terratenientes se están poniendo de parte de Carlos y ayudan a abastecer a su ejército.

Lucila suspiró. Demasiado tarde para ella, quizá, pero por fin ocurría lo que ella y

Adriano habían esperado. Ella había vencido. Pequeño consuelo. Ahora, quizá podría usarlo como moneda de cambio con Adalgiso.

—Sácame de aquí —le dijo ella—. Te ayudaré a llegar a un acuerdo con el papa. Puede que todavía salves algo.

Él se quedó en silencio.

—Si dejas que me maten —susurró ella salvajemente—, estás condenado. Si me ayudas, hablaré en tu nombre. Adriano me escuchará y Carlos escuchará a Adriano. Te lo prometo. Pero, por amor de Dios, Adalgiso, por favor... —se quedó horrorizada ante la desesperación de su propia voz—, por favor, sácame de aquí.

Durante un momento pensó que se había ido, pero cuando contestó se quedó igualmente horrorizada por el alivio que sentía; fue como si la sacudiese un escalofrío.

—No puedo —gimió—. El hombre al que soborné para que me dijera dónde estabas no quiso darme las llaves.

Oh, Jesús, Dios, ten piedad, pensó Lucila, y no era una maldición, sino la única plegaria que había pronunciado desde que fuera encerrada en este agujero. Adalgiso había tenido en sus manos al hombre con las llaves de este lugar de horrible tormento y le había dejado marchar.

La furia pudo con ella.

—¡Cerdo, cerdo con la polla y las pelotas de un ratón! Corre, bastardo, corre. ¿Tú... tú... rey? No servirías ni para gobernar a un montón de estiércol. Corre, vete a Génova, a Venecia, chupapollas de mierda. Coge un barco y vive en el exilio, púdrete en el exilio hasta el día de tu muerte —su voz se elevó hasta un chillido—. Hasta el día de tu muerte, ¿me oyes? Hasta el día de tu muerte.

El sonido de su propia voz la horrorizó tanto que tuvo que callarse. Y fue lo mejor, porque escuchó pies corriendo, gritos y vio el brillo de luces a través de la reja. Agarró la comida del suelo y la escondió en el fondo de la celda, lejos de las luces, acurrucándose contra el muro cerca del montón de tierra que había sacado de la colina. Se quedó allí hasta que regresó el silencio y todo lo que se veía a través de la reja era la luz de las distantes estrellas y el único sonido que se oía era el suave zumbido de los insectos sobre la hierba y el viento agitando las hojas de unos cuantos árboles lejos de allí.

Y entonces lloró. Nunca supo durante cuánto tiempo, pero en algún momento paró y no sentía nada salvo una desesperación sin fondo, sin fin, sin esperanza. Había dejado de llorar y estaba descansando, apoyada sin fuerzas en el montón de tierra, cuando escuchó el aullido de un lobo.

Syagrius, Gerberga y Karl estaban sentados juntos. Escuchaban a Audoin, el verdugo público. Estaba hablando de Adalgiso.

—Se ha ido. Y sin duda debe estar ya a medio camino de Génova, si es que aún

no ha llegado. Probablemente estará en Constantinopla para cuando acabe el mes. Tendríais que haber escuchado cómo le insultaba Lucila... y eran insultos muy apropiados. Así que todavía le queda algo de fuerza.

Syagrius parecía horrorizado.

—¿Todavía está viva? Casi no me lo puedo creer. Ya han pasado ocho días. Hermano, estaría más contento si le hubieses cortado el cuello mientras la tenías bajo tu custodia. ¿Cuál es la razón de esta charada?

—No ha sufrido lo bastante —dijo Gerberga con despecho—. La puedo imaginar con él, observándome cruzar la plaza de camino a misa mientras ellos se revolcaban en su asquerosa lujuria. Yo... yo que le ofrecí un trono. Así, así me usa. Bueno, Karl ya le ha hecho pagar por ello.

Karl se rió entre dientes.

—Me pregunto cuánto más durará Lucila. Sería interesante saberlo.

—No —dijo Syagrius—. Ya basta. Audoin, coge a dos hombres y ve a la celda. Soluciona este asunto ahora mismo. Tenías que haberla enviado al garrote cuando la llevaron ante ti.

—No sigas con eso —dijo su hermano Karl—. Todo ha salido perfectamente. Gerberga quería venganza por la perfidia de Adalgiso; tú querías asustarle para tener el campo libre y llegar a nuestro propio acuerdo con el rey franco. Ambos tenéis lo que queríais.

Los labios de Gerberga se torcieron.

—¿Tenemos que tratar con Carlos?

—No, todavía no —dijo Karl—. Tenemos que esperar, ver cómo va el sitio. No sé de ningún señor o rey lo bastante poderoso como para mantener a su ejército en el campo durante más de unos cuantos meses. Incluso Carlos el Grande, el Martillo, no fue capaz de mantener a sus hombres en armas durante más de medio año. Y mientras él centra su atención en Pavía, nosotros podremos fortalecernos.

Syagrius se sentía incómodo. La mujer debería estar muerta, debería haber estado muerta. Lo mismo se podría decir de Adalgiso. Pero Karl se excedía un poco en su gusto por infligir dolor y algún día su querido hermano podría pasarse de listo. De todos modos, no encontraba ningún fallo en el razonamiento de Karl. Se inclinó ante su hermano. Karl se fue con Gerberga del brazo. Bueno, la mujer no había perdido tiempo buscándose otro campeón.

Se volvió hacia Audoin.

—Ve y acaba con ella.

—Por la mañana...

—¡Ahora! Dormiré mejor cuando sepa que está muerta.

—Pero bloqueé los cerrojos.

—¿Qué cerrojos?

—Los candados de las cadenas que mantienen la reja cerrada. El obispo me lo ordenó. Dijo que a lo mejor ella sabía abrirlos. Habrá que serrar la cadena por la

mitad.

Syagrius suspiró.

—Muy bien —estaba demasiado cansado para discutir—. Pero será lo primero que hagas por la mañana. Sin descuidos.

—No, mi señor —dijo Audoin—. Sin descuidos.

La loba aulló tres veces antes de que Lucila se diera cuenta de lo que estaba oyendo. Se arrastró hasta la reja, se levantó con los brazos extendidos, aferró los barrotes con las manos, y gritó.

—Regeane, Regeane, Regeane... —*Dios, por favor, que sea ella.*

Hubo una respuesta, un largo aullido gimiente y, unos cuantos segundos después, algo húmedo le tocó la mano y la cabeza de un lobo ocultó las estrellas.

Un segundo más tarde Regeane estaba en cuclillas sobre la reja.

—Sabía que estarías cerca de aquí. Lo sabía —dijo Regeane.

—Lavinia llegó a Roma —dijo Lucila—. No me atrevía a albergar la esperanza. Pensé que tenía muy pocas posibilidades de conseguirlo. Oh, Dios mío, Dios mío, es tan bueno saber que no estoy sola. Nunca lo entenderías.

—¿Ah, no? Lucila, estos cerrojos están atrancados. ¿Cómo te saco? Dímelo rápido, me estoy congelando.

—Ten. —Lucila llevaba la camisa de lino. Se sacó el vestido de lana y se lo pasó a Regeane a través de la reja.

Regeane se introdujo en el vestido.

—Así está mejor.

—Seguro que apesta.

—Apesta, pero está caliente. Y ahora, ¿cómo te saco de ahí?

—¿Está esta jaula en una colina?

—Sí —dijo Regeane.

—Bien, la celda se introduce bajo tierra unos cuantos pasos a mi derecha. Empecé a cavar allí. Creo que casi he llegado al otro lado.

—Muéstramelo. Haz ruido. Puedo escuchar cosas que otros no pueden.

Lucila se arrastró hasta el fondo de la celda y comenzó a golpear la tierra con su improvisado pico.

Un segundo después cedió sin la intervención de Regeane y Lucila pudo ver la cara de su amiga en el exterior.

Al principio la abertura no era lo bastante ancha para que pasara, pero en sólo unos minutos de trabajo las dos mujeres crearon un hueco lo suficientemente grande como para arrastrarse por él.

Lucila cogió la mano de Regeane y juntas bajaron tambaleantes la colina hasta llegar a un arroyo en el valle.

El agua estaba helada, pero a Lucila le daba la impresión de que no iba a poder parar de frotarse. Se puso en cuclillas desnuda dentro del agua, usando puñados de arena gruesa del arroyo para restregarse la cara, los brazos, las axilas, los pechos,

bajo los pechos, el estómago, el trasero y la entrepierna, en lo que a Regeane le pareció un intento por lijarse la piel hasta arrancársela. Se bebió sorbo tras sorbo de la dulce, estimulante, fría y clara agua.

Por último, arrojó la destrozada camisa de lino al arroyo y la hundió con una piedra; después la amasó con los pies hasta que estuvo más o menos limpia. Se puso de nuevo encima la resistente prenda, para que se secase sobre su cuerpo. Después se tiró boca abajo sobre la orilla del arroyo y bebió un poco más.

—Lucila —Regeane la sacudió—. Ansgar no está lejos de aquí. Tenemos que llegar hasta su campamento. Estoy segura de que podrás encontrar cosas limpias allí.

Lucila se puso de pie.

—El infierno, Regeane... ¿sabes lo que es el infierno? Es un agujero en el suelo sin comida ni agua. He estado en el infierno los últimos ocho días. Esperaban que muriera. Querían que muriera. Cada día del resto de mi vida me levantaré y daré gracias a Dios por seguir viva. No importa qué más cosas vayan mal en el mundo, yo seguiré haciéndolo. —Después, de repente, su mente pareció recuperar el sentido—. ¿Qué hora es? Buen Dios, ¿qué hacemos aquí perdiendo el tiempo? Podrían encontrarnos y capturarnos. ¿Dónde está el campamento de Ansgar? Muéstramelo. Stella murió, ¿verdad? ¿Me culpa por ello? Hice lo que pude. ¿Estás segura de que no correremos peligro allí?

—No sé qué hora es, pero la loba sabe que es muy tarde. Nada se mueve. No creo que nos encuentren. Sí —estaba ayudando a Lucila, que de repente se sentía débil, a levantarse—. Sí, Stella murió. No, no creo que Ansgar te culpe. O, mejor dicho, culpa a otros más que a ti. Y sí, no hay peligro en su campamento. Maeniel está allí y por la mañana llegará el rey franco.

Media hora más tarde ambas dieron con el campamento de Ansgar. Causaron una conmoción considerable, porque no las esperaban. Habían informado a Ansgar de la partida de Regeane de Roma, pero no tenían idea de lo que podía hacer ni de su posible destino. Cuando Maeniel se le unió, el lobo gris sabía que ella estaba en las proximidades, pero ya que ella no se le reveló, sólo podía suponer sus intenciones.

Después de que Regeane llegara al campamento y consiguiera algo de ropa de Matrona, se encontró con el sajón.

—¿Maeniel...?

—Obviamente no —dijo el sajón—. Sigo aquí y de una pieza. No, mi señora, no era un farol. No creo que él se eche faroles. Simplemente decidió que no cumpliría sus amenazas. Sabe que no puede hacerme responsable por tus acciones. Ahora lo acepta. Me hizo un magnífico regalo. O quizá debería decir que me presentó a un magnífico amigo.

Regeane vio al caballo, pero no tuvo tiempo suficiente para llegar a conocerlo. Matrona llegó y le dijo a Regeane que Lucila la estaba llamando y se había inquietado cuando vio que no regresaba pronto.

Regeane se apresuró a atender a su amiga.

Matrona se quedó mirando la espalda de Regeane con los ojos entrecerrados.

—¿Qué ocurre? —le preguntó el sajón.

—No lo sé —respondió Matrona—. Pero Lucila es una persona con mucho aplomo y, digámoslo así, endurecida.

—¿Endurecida? —las cejas del sajón se elevaron.

—Sí, podría desafiar a la mayoría de los hombres. Tal comportamiento no es típico de ella. Mantenlas a las dos vigiladas, por favor.

El sajón asintió y siguió a Regeane.

Lucila se había dado otro baño y, aunque la ropa de Regeane no le servía, la de Matrona sí, así que tenía un aspecto bastante respetable cuando Carlos llegó al campamento.

El rey franco no era un hombre de mucha ceremonia. Ansgar le ofreció una copa de vino y él se sentó; hablaron durante unos momentos en la entrada de la tienda de Ansgar, junto al fuego, sobre la inusual calidez de la primavera. Ansgar observó que el grupo de jóvenes bien armados que acompañaban al rey no le quitaban ojo, pero lo único que ocurrió fue que llegó Ludolf, que había estado reconociendo los alrededores de la ciudad, y fue presentado a Carlos. Postró una rodilla ante él con elegancia e hizo una reverencia. Parecieron relajarse.

Maeniel y Regeane llegaron en ese momento con más comida y vino suministrados por Matrona. Lucila y el sajón les siguieron. Matrona le había prestado a Lucila un vestido azul celeste fabricado en lino de seda, muy simple pero con líneas largas y fluidas y mangas de farol. Lo llevaba sobre una falda pantalón de montar de piel y Matrona había insistido en que llevase también una fina cota de malla entre el vestido y la camisa.

Lucila se había envuelto la cabeza en un tupido velo de lino, pero cuando Carlos la miró a los ojos algo terrible pareció saltar de ellos hacia él. Fuera lo que fuese, durante un momento le cortó la respiración. Centelleaban como carámbanos a la luz del fuego, verde grisáceo, azul, todo a la vez. Entonces ella se inclinó y postró también una rodilla ante él.

Él la invitó a sentarse. Ella se sentó.

—Ansgar me ha dicho que has estado en la ciudad y puedes decirnos qué debemos esperar allí.

Lucila asintió y después, con voz clara, tranquila y bien modulada, le habló de la organización de la ciudad, sus defensas, cuántos hombres tenía Syagrius, dónde se alojaban, dónde guardaban los caballos y las armas extra. Después procedió a dibujar un mapa en un pedazo de papel marcando la ubicación más probable de las casas de Syagrius y Karl, de la catedral, la residencia de Gerberga y la disposición de las habitaciones en las que ella y sus mujeres dormían, así como de la otra ala, en donde dormían los príncipes.

Impresionado, el rey asimiló la información.

—Los romanos fortificaron bien la ciudad. ¿Cómo entramos?

Lucila se rió. Regeane vio cómo le centelleaban los ojos. Se volvió a Ansgar.

—¿Tienen la menor idea de que estamos aquí?

Ansgar sonrió, su sonrisa era tan fría como el hielo en los ojos de Lucila.

—No.

—Eso pensaba. Por la mañana, cada mañana, abren las puertas para dejar entrar a los granjeros que llevan carne, huevos y verduras a la ciudad. El vigilante las abre cuando los carros aparecen, entre las primeras luces del día y el alba. El camino no está lejos de aquí. Nos esconde un viñedo y un gran olivar. Cuando oigáis el crujido de los carros y los gritos de los conductores, las puertas se abrirán. Simple y rápidamente, antes de que el vigilante sepa lo que pasa, cabalgad por delante de los carros de los granjeros y la ciudad será vuestra.

—Los he estado observando —dijo Ludolf—. Su plan es factible, pero debemos movernos con rapidez. Cuando llegue el día verán nuestro campamento y darán la alarma.

Lucila tomó la mano de Regeane y las dos mujeres dejaron atrás la tienda y el sordo bullicio del campamento. Se movieron en silencio juntas a través del viñedo. Regeane vio que la luz era ya azul. Las vides comenzaban a echar sus hojas; el aire era como suele serlo al hacerse de día... muy tranquilo.

—¿Te sientes mejor ahora? —le preguntó Regeane a Lucila.

—Sí, pero te necesito, Regeane. Promete que no me dejarás. Pase lo que pase, no me dejes.

—Sí —Regeane estaba algo perpleja por el miedo de Lucila. ¿Qué podía producirle miedo ahora? Los ojos de la loba eran mejores que los de la mujer pero, incluso para un humano, el azul de las primeras luces de la mañana se hacía cada vez más pálido. Se podía ver la bruma a ras del suelo convertirse en rocío sobre las robustas y fibrosas vides y depositarse en forma de gotitas sobre las jóvenes hojas verdes; los ojos de Regeane pudieron distinguir al sajón y a Maeniel montados en sus caballos entre los árboles del olivar. Y entonces escuchó los primeros carros, las ruedas traqueteando a lo largo de los grandes adoquines del antiguo camino romano.

Audoin se había sentido inquieto y había dormido mal. A Syagrius no le había gustado que esa mujer romana siguiera viva, así que había sacado a dos de sus ayudantes de la cama temprano y se estaban acercando a las puertas de la ciudad a primera hora.

Oyó el ruido, pero no vio las puertas abiertas. Empezó a apresurarse. Al llegar a las puertas, se echó a un lado para dejar pasar a un carro cargado de leña; se encontraba mirando el camino envuelto en la brumosa luz que precede al alba cuando ella apareció. La mujer de la celda. Salió cabalgando de entre la niebla matinal con algunos más, otra mujer y cuatro hombres, y tuvo la sensación de que venían más detrás.

Audoín sintió cómo se le tensaban todos los músculos del cuerpo y el pelo de la nuca se le erizaba de miedo. De todas las criaturas que poblaban el infierno, la tierra y el cielo, ella era la menos oportuna, y con diferencia. Y se descubrió rezando porque no le viera.

Ella no lo hizo y siguió cabalgando, con los ojos fijos en el camino que tenía delante. Mientras el caballo pasaba a medio galope junto a él, se dio cuenta de que estas personas estaban a la cabeza de una columna de hombres armados y a caballo que entraban en fila de a dos en la ciudad. Le dejaron atrás en medio de un torbellino de cascos, arreos y armaduras tintineantes, como si volaran por el camino. Los hombres de la guardia estaban de pie y mirando boquiabiertos la procesión que pasaba delante de ellos, hasta que uno se dio cuenta de que estaba presenciando cómo ocurría un desastre militar. Pero entonces lo único que él y sus compañeros guardianes hicieron fue correr, desvaneciéndose en el angosto laberinto de calles cercanas a las puertas, mientras los hombres de Carlos y Ansgar entraban a la ciudad en tropel. Cuando vio cómo desaparecían los vigilantes, Audoín decidió que lo mejor sería seguir su estrategia, así que él y sus dos ayudantes se dieron también a la fuga.

Ansgar, Regeane y Lucila tiraron de las riendas en la plaza, frente a la residencia de Syagrius. Media docena de *scaras* estaban ya forzando las puertas. Se abrieron de golpe y Ansgar subió los escalones y los siguió al interior de la casa, con Regeane y Lucila tras él acompañadas por el sajón.

Lucila no quería soltar la mano de Regeane.

—Te necesito —le susurró—. Se va a desencadenar un infierno. Quédate cerca, estarás más segura.

Los sirvientes y guardaespaldas de la familia ni siquiera tuvieron tiempo de oponer una resistencia simbólica. La mayoría huyeron, unos cuantos tiraron sus armas y se rindieron. Unos minutos después, los hombres de armas del rey sacaron de sus camas a Syagrius y Karl y los empujaron hasta el centro del salón para que se enfrentaran a Lucila y Ansgar.

Regeane podía oír unos gritos terribles en el exterior y oler a sangre, madera quemada y carne abrasándose. La loba se agarró a Regeane aterrada. Quería salir. Regeane, aunque asustada, la hizo retroceder. La carne quemada no era más que carne quemada. Entonces Regeane adivinó lo que la carne achicharrada era y sintió una náusea caliente cuando el contenido de su estómago pareció subir y comenzar a ahogarla. El hedor se introducía a través de las altas ventanas a ambos lados del salón de palacio.

Syagrius parecía desconcertado.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? ¿Qué ha pasado? ¿Mis hombres? ¿Mis sirvientes?

—Tus sirvientes se han ido —Ansgar parecía casi triste—. Tus hombres... Creo que eso es lo que queda de ellos, humo y hedor. Las tropas del rey los cogieron en la cama. Los barracones ya están ardiendo. Tengo una pregunta que plantearte.

—¿Qué rey? —gritó Syagrius—. ¿Qué rey está haciendo esto?

—Carlos, el rey de los francos —respondió Ansgar con calma—. Ahora responde a mi pregunta, por favor. ¿Dónde está Adalgiso?

—¿Adalgiso? ¿Dónde está Adalgiso? —repitió Syagrius estúpidamente—. Está... está... no está aquí. Lo asustamos anoche. Lo enviamos a visitar a una amiga...

—Hermano, cállate —dijo Karl—. La mujer —dijo señalando a Lucila—. Ésa es la mujer.

Syagrius retrocedió.

—Te dije que tenías que haberla matado.

Karl estaba inmóvil, mirando a Lucila con fascinado horror.

—¿Adalgiso? —repitió Ansgar.

Syagrius se limpió la boca.

—Se ha ido. Ella le insultó. Interpretamos una farsa, fingimos intentar cogerlo junto a su celda. Ella le insultó y él huyó. Cogió todas las riquezas que había atesorado en su casa. Por eso sabemos que se ha ido para siempre. Sus cofres están vacíos. Huyó hacia la costa.

En el exterior ya moría la oscuridad. Regeane podía oír a algunas mujeres llorando y a otras gritando. Por encima de los sonidos de desesperación humana, Regeane también oía el estruendo y los gritos de alarma mientras los soldados forzaban las puertas de las casas y arrancaban las contraventanas de las tiendas. El saqueo de Verona progresaba con rapidez. Intuía que toda resistencia había sido sofocada en los minutos siguientes al ataque, pero la agonía de la gente de la ciudad duraría algo más.

—Ya veo —dijo Ansgar tranquilamente—. ¿Lucila?

—Karl, ¿tienes algo que decirme? —le preguntó ella.

—Mi querida señora —dijo Karl—. Debes comprender que tengo parientes ricos. Podrían pagarte un buen rescate por mí. No teníamos malas intenciones para contigo. Era puramente un asunto de negocios, nada personal, te lo aseguro.

Lucila le quitó la ballesta de las manos al *scarae* más cercano. A esa distancia era casi imposible fallar. Un segundo después la flecha impactaba en el pecho de Karl.

Pareció volar hacia atrás, para después aterrizar hecho un ovillo, con el cuerpo laxo antes de tocar el suelo. Regeane pensó que no parecía más que una pila de ropa sucia.

Ansgar se volvió hacia Syagrius, que estaba pálido como un fantasma y temblaba visiblemente. Se había cagado en los pantalones. Regeane podía olerlo.

—Syagrius —le dijo Ansgar—. Adalgiso llamó puta a mi esposa Stella. También lo hizo su amigo Eberhardt y, más tarde, Dagobert la intentó obligar a que ejerciera de puta con él. Ahora bien, todos eran hombres jóvenes, ninguno lo bastante mayor como para conocer a mi Stella cuando ella fue injustamente encerrada en aquella casa de mala reputación de Rávena. Pero sí recuerdo verte allí. Y sé que alguien debe

haberles contado historias sobre mi Stella, y creo que ese alguien fuiste tú. Puedo recordar el miedo en sus ojos antes de rescatarla de aquel horrendo lugar. Mi pobre, frágil, pequeña Stella. Y recuerdo aún más miedo cuando te miró y veo el mismo miedo en tus ojos ahora mismo. Huelo en tu cuerpo la peste de tu miedo y, ¿sabes qué? Es un miedo bien justificado, porque voy a matarte.

Ansgar se volvió hacia los *scarae*.

—Sacadlo fuera y colgadlo. Usad un nudo corredizo y dejad que patee un rato.

Los soldados tuvieron que sacarlo a rastras y gritando. Se derrumbó al final.

Regeane salió corriendo del salón. Lucila la persiguió.

Se detuvieron porque Syagrius colgaba de un balcón del segundo piso y estaba, tal y como había dicho Ansgar, dando patadas. Regeane se tambaleó por la calle. Casi se cae porque tenía la vista fija en el hombre colgado, cuya cara se volvía negra mientras se agarraba el cuello con la mano. Lucila la alcanzó y la cogió del brazo. Cerca del palacio vio otra casa, el humo salía de cada puerta y ventana. Corrió hacia ella. Las puertas estaban en el suelo, sobre la calle.

El sajón cogió a Regeane por los hombros y le dio la vuelta.

—No entres ahí —le pidió.

Regeane le miró a él y luego a Lucila. Lucila se enfrentó a sus ojos con la mirada más fría que Regeane hubiese visto nunca.

—La reina —jadeó Regeane—. ¡Sus hijos! Tú lo sabías. Tú sabías lo que haría Carlos.

—Sí, y sabía que tú intentarías detenerlo y que él te mataría como a ellos. No se atrevía a dejar vivir a esos pequeños. Tienen tanto derecho como él al trono. Si no están muertos ya, deben morir. ¡Detenla! No dejes que se vaya.

Regeane gritó desesperada. Se retorció entre los brazos del sajón. Era un hombre poderoso. Le dio la vuelta a Regeane y le retorció el brazo en la espalda.

—Si intenta detener a Carlos, la matará y quizá también a todos nosotros.

El sajón pasó un brazo alrededor del cuello de Regeane para agarrarla mejor. Ella era increíblemente fuerte. Nunca había conocido a una mujer tan poderosa.

—Rómpele el brazo si tienes que hacerlo —ordenó Lucila—. Es mejor eso que verla muerta a manos del rey y sus hombres. Retenla...

El sajón no escuchó el resto, porque se resbaló y cayó de rodillas. Regeane había desaparecido.

—Espera... —oyó a Lucila gritar.

Estuvo de nuevo en pie en un segundo.

—Tiene algunos poderes extraños —dijo Lucila—. Encuentra a Maeniel.

El mundo se onduló de forma extraña y el tiempo se quedó inmóvil. Regeane miró a Lucila y vio a su sosias junto a ella, en brazos del sajón. El humo había desaparecido y el silencio de la mañana les envolvía. Vio al rey, a sus hombres, delante de ella derribando las puertas. Se deslizó como un espíritu detrás de él y vio cómo se enfrentaba a Gerberga, la esposa de su hermano, la que una vez fuera reina

franca.

No, pensó Regeane. *No*.

Pero entonces dejó de importar. Había salido del tiempo. Lo que había ocurrido ya había terminado. Todo lo que podía hacer era observar la representación llegar a su inevitable final. Regeane vio a Gerberga huir de sus habitaciones hacia el salón central. La luz era ya brillante, el comedor estaba abierto al jardín que miraba a un horizonte repleto de la cálida luz dorada del brumoso amanecer de primavera.

—Carlos —dijo ella, mientras se apresuraba a ponerse entre él y el ala donde dormían sus hijos—. Carlos. ¡Por favor! ¡Por favor! No les hagas daño a mis niños.

—¿Qué te hace pensar que lo haría? —le preguntó él con calma.

Regeane vio que se movía hacia la derecha y que Gerberga se daba la vuelta lentamente, ahora con la espalda apoyada en la puerta del dormitorio de sus hijos. Vio que Carlos estaba intentando captar la atención de Gerberga.

—Carlos, por favor, por favor. En el nombre de Cristo, no les hagas daño. Haré todo lo que quieras —se hincó de rodillas—. Iré a Bizancio. Seré tu prisionera. Iré a un convento, dejaré que me encierres pero, por favor...

Y Regeane supo con terrible certeza lo que iba a pasar.

Carlos sonrió y alargó la mano hacia su cuñada, como si fuera a ayudarla a levantarse.

Bernard salió de la habitación de los niños. Blandía la pequeña espada de guerra, la franca, que daba su nombre a los francos. Era una belleza delicadamente labrada en plata para reducir su peso, pero con un filo acabado en acero.

Estaba ensangrentado.

En el último segundo, la reina vio la mirada de Carlos cuando se encontraba con los ojos de Bernard por encima de ella. Y Regeane observó, por un instante, una terrible comprensión en su cara. Entonces Bernard dejó caer su hacha y Regeane recordó que la franca era todavía el instrumento predilecto para las ejecuciones.

La hoja seccionó la columna vertebral de Gerberga y la mujer cayó hacia delante, muerta a los pies del rey. Regeane le vio retroceder ante el creciente charco de sangre. Se deslizó tras Bernard y miró a través de la puerta. Los dos niños estaban juntos en la cama. Uno estaba tan relajado que parecía dormido. Aparte de la palidez amarillenta y cerosa de su piel, podría de hecho haber estado durmiendo. Pero la cabeza del otro, del mayor, estaba medio separada de su cuello. La sangre todavía corría por las sábanas, formando un pequeño charco escarlata en el suelo. Los ojos del chico estaban abiertos y sus infantiles facciones habían quedado congeladas en un rictus de miedo totalmente apropiado.

De nuevo presencié Regeane cómo la escena se desarrollaba y, a su término, la volvió a presenciar. Y supo que podía quedarse allí para siempre viendo ese horror una y otra vez durante toda la eternidad, si así lo decidía. Pero no importaba cuánto tiempo lo observase, atrapada como un insecto en ámbar durante un eterno instante de horror inimaginable, porque nunca podría cambiar ni un ápice de los sucesos que

tenían lugar ante sus ojos.

Pero alguien gritaba su nombre. Quería que parase. Era tan irritante... Y entonces descendió, luchaba entre los brazos de alguien, y la arrastraban a través de una habitación inmersa en una nube de humo negro. La única luz era la del brillo sangriento de las vigas que ardían en el techo. Luchó contra él incluso mientras la arrastraba a través de unas puertas rotas para salir a la calle; arañó, pateó y gritó, hasta que miró hacia arriba y le vio la cara, con un ojo hinchado por sus puñetazos, la piel arañada por sus uñas, y le reconoció. Su amor, Maeniel.

—Fui parte de eso. Yo ayudé —gritó ella—. Si no fuera por mí, ella... esos niños... podrían seguir...

La plaza en la que estaban era un caos. Las casas ardían, la gente corría de un lado a otro intentando encontrar a sus seres queridos o tirando sus posesiones por las ventanas; los soldados se atiborraban de alcohol y comida. Pero ya no había lucha.

—Si me amas —le suspiró a Maeniel— llévame a algún lugar limpio.

Él la abrazó y le acarició el pelo con los labios. El aire estaba lleno de humo y nadie pareció notar o ver siquiera a los dos lobos que cruzaron la plaza y después corrieron a toda prisa hacia las puertas. Nadie excepto Carlos, el rey. Les siguió, con su caballo a medio galope. Eran sólo sombras recortadas sobre los nuevos brotes de maíz de los campos, sobre los olivos que resaltaban como humo entre los viñedos y sobre los pastos que brillaban con su larga y verde hierba agitada por el viento. Después, desaparecieron.

Él se estremeció pensando, *La culpa es de Bernard. La culpa de sangre. No eran de su familia. Él es el hermano de mi madre. Yo estoy libre de culpa. Estoy libre de culpa.*

Pero, aún así, se sentó durante largo rato con las manos cruzadas sobre el pomo de la silla, observando las altas sombras de las nubes moverse por el bello, rico y verde campo que ahora podía reclamar como suyo.



ALICE BORCHARDT nació en Nueva Orleans el 6 de octubre de 1939. Fue una de cinco hermanas. Compartió una infancia llena de relatos con su hermana, Anne Rice. Su padre, Howard, un empleado de correos, le ayudó a solicitar su primer carné de biblioteca a la edad de 7 años: «Fue el mejor regalo que he recibido», dijo en una entrevista en 1999. Su madre, Katherine, era una feminista que enseñó a Alice a perseguir sus objetivos profesionales.

La familia O'Brien se trasladó a Richardson, Texas, cuando Alice era un adolescente. Comenzó su carrera de enfermería en Houston, donde conoció y se casó con su marido. Después de 30 años de carrera como enfermera profesional, Borchardt se enfrentó a las reducciones de personal en el hospital donde trabajaba. Fue su hermana Anne quien la alentó y ayudó a encontrar un agente, y escribió la introducción a varios de sus libros. Tenía más de cincuenta años, cuando la primera de sus siete novelas, se publicó en 1995. Tal vez es más conocida por su trilogía sobre hombres-lobos en la Roma medieval. En *The Silver Wolf*, *Night of the Wolf* y *The Wolf King*, la huérfana Regeane y el noble Maeniel, en parte lobos y en parte humanos, frente a la intimidación de caciques, emperadores y asediados por intervenciones sobrenaturales. Su último libro *The Raven Warrior* fue publicado en el 2003.

Falleció en el 2007 de un tumor.